

REVOLUCION FRANCESA.

9 (44) 41789:17947

Doyle

Francisco Becerra

REVOLUCION FRANCESA,

POR

M. A. PIERRES.

NUEVA EDICION.

TOMO VI.

MADRID 1843:



ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO.

DE D. F. DE P. MELIADO.—*Editor.*

lib. 86347

CAPITULO I.

Expedicion de Egipto.—Salida de Tolon: llegada á Malta; conquista de esta isla.—Salida para Egipto; desembarco en Alejandria; ocupacion de esta plaza.—Marcha contra el Cairo; combate de Chebreiss.—Batalla de las Pirámides; ocupacion del Cairo.—Trabajos administrativos de Bonaparte en Egipto; establecimiento de la nueva colonia.—Batalla naval de Abukir; destruccion de la escuadra francesa por los ingleses.

Llegó Bonaparte á Tolon el día 20 de Norcal, año VI (9 de mayo de 1798), y su presencia recogió á todo el ejército que ya empezaba á murmurar, porque temia que no se pudiese al frente de la expedicion. Era el antiguo ejército de Italia, rico, cubierto de gloria, y del cual podia decirse que *tenia hecha su fortuna*; por lo cual no anhelaba ya tanto hacer la guerra, y era menester toda la pasion que su general le inspiraba para decidirle á embarcarse, y correr los riesgos de un incierto destino. Inmenso fué, á pesar de todo, su entusiasmo al verle en Tolon, pues hacia ocho meses que no le habia visto. Bonaparte sin explicarle su destino, le dirigió desde luego la siguiente proclama:

«Soldados:

«Sois una de las alas del ejército de Inglaterra. Habeis hecho la guerra en las montañas, en las llanuras y en los sitios; réstaos solamente la guerra marítima.

«Las legiones romanas, á quienes algunas veces habeis imitado, pero no igualado todavía, combatian con Cartago, unas veces en ese mar, y otras en las llanuras de Zama. Jamás les abandonó la victoria, porque siempre fueron valientes, sufridas en las fatigas y disciplinadas, y por- que conservaron union entre sí.

«Soldados, la Europa os contempla! teneis un gran destino que cumplir, batallas que sostener, riesgos y fatigas que arrostrar, y hareis mas de lo que habeis hecho por la prosperidad de la patria, la dicha de los hombres y vuestra propia gloria.

«Soldados, marineros, infantes, artilleros y aginetes, permaneced unidos; acordáos que en el día de una batalla os necesitais unos á otros.

«Soldados, marineros, hasta ahora se ha cuidado poco de vuestra suerte; mas hoy la república os mira con la mayor solicitud: os muestra-reis dignos del ejército á que perteneceis.

«El génio de la libertad, que desde su nacimiento hizo á la república árbitra de la Europa, quiere que lo sea tambien de los mares y de las mas apartadas naciones.»

No era posible anunciar con mayor dignidad tan grandiosa empresa, dejándola ademas oculta bajo el velo que debia cubrirla.

Se componia la escuadra del almirante Brueys

de trece navios de linea, el uno de ciento veinte cañones (que era el *Oriente*, á cuyo bordo debian ir el almirante y general en jefe), dos de ochenta, y diez de setenta y cuatro. Ademas tenia dos navios venecianos de sesenta y cinco cañones, seis fragatas de la misma nacion, y ocho francesas, setenta y dos corbetas, balandras, avisos, lanchas cañoneras y barquichuelos de toda especie. Los transportes reunidos en Tolon, Génova, Ajacio y Civita-Vecchia ascendian á cuatrocientos; de suerte que formaban quinientas velas que iban á surcar á la vez el Mediterraneo, no habiendo cubierto jamás los mares armada como esta. La escuadra conducia cerca de cuarenta mil hombres de todas armas y diez mil marineros, y llevaba agua para un mes y víveres para dos.

Dió á la vela el 20 de floreal (19 de mayo) al ruido de las salvas y entre las aclamaciones de todo el ejército. Al salir del puerto estropearon una fragata los furiosos vientos. Los mismos que habian causado tales averias á Nelson, que cruzaba con tres navios, el cual se vió obligado á acogerse á las islas de San Pedro, alejándose asi de la escuadra francesa, sin haberla visto salir. La flota se dirigió primero á Genova para unirse con el convoy, reunido en este puerto á las órdenes del general Basaguy-d'Hilliers. Viró luego hacia Córcega, se incorporó al convoy de Ajacio, á las órdenes de Vaubois, y se adelantó por el mar de Sicilia para unirse con el convoy de Civita-Vecchia, que mandaba Desaix. El proyecto de Bonaparte era dirigirse á Malta á intentar al paso la audaz empresa, cuyo buen éxito tenia de antemano asegurado por medio de ocultas tramas. Que

ria apoderarse de esta isla, llave de la navegacion del Mediterráneo, interesantísima para el ejército, y que no podia menos de caer en poder de los ingleses sino se anticipaba á ellos.

La orden de los caballeros de Malta, como todas las instituciones de la edad media, habia perdido su objeto, y desde entonces su prestigio y fuerza. No era mas que un abuso, provechoso únicamente á los que lo explotaban, y sus caballeros tenian en España, Portugal, Francia, Italia y Alemania cuantiosos bienes, que la piedad de los fieles les habia legado para proteger á los cristianos que iban á visitar los santos lugares. A la sazón, que ya no se hacian peregrinaciones de esta especie, la ocupacion y deber de los caballeros era proteger á las naciones cristianas contra los berberiscos, y destruir la infame piratería que infesta el Mediterráneo. Los bienes de la orden bastaban para sostener una marina considerable; pero los caballeros no se ocupaban en plantearla, porque solo tenian dos ó tres fragatas viejas, que no salian jamás del puerto, y algunas galeras que solian ir y venir por los puertos de Italia á celebrar fiestas. Los bailios y los comendadores, escarpicados por toda la cristiandad, devoraban entre el lujo y la ociosidad las rentas de la orden. Ni un solo caballero habia que hubiese hecho la guerra á los berberiscos; por otra parte, la orden no inspiraba ya interés alguno. En Francia se les habian quitado sus bienes, y Bonaparte se apoderó de ellos en Italia sin que interviniera reclamacion alguna en su favor. Hemos visto que Bonaparte habia procurado facilitarse relaciones en Malta, ganando á algunos caballeros, y se proponia ame-

drentarlos con un golpe atrevido, obligándoles á rendirse, porque no habia ni tiempo ni medios suficientes para un ataque regular contra una plaza que se conceptuaba inespugnable. La orden, que hacia ya algun tiempo presagiaba su riesgo al ver dominado el Mediterráneo por las escuadras francesas, se habia acogido á la proteccion de Paulo I.

Hacia Bonaparte grandes esfuerzos para incorporarse con la division de Civita-Vecchia, mas no pudo lograrlo hasta llegar á Malta. Las quinientas velas francesas se desplegaron á la vista de la isla el 21 de pradiel (9 de junio), veinte y dos dias despues de la salida de Tolon. A su aspecto se azoró la ciudad de Malta, y para tener un pretexto de detenerse y producir contestaciones, Bonaparte pidió al gran maestre permiso para hacer aguada. El gran maestre, Fernando de Hompesch, respondió con una negativa absoluta, alegando los reglamentos que no permitian introducirse á la vez mas de dos navios pertenecientes á potencias beligerantes. De distinto modo acogieron á los ingleses cuando se presentaron á su vista. Bonaparte dijo que esto era una prueba del mayor desafecto, é inmediatamente dispuso un desembarco. Verificáronlo con efecto en la isla las tropas francesas al siguiente dia 22 de pradiel (10 de junio) y embistieron á Lavaletta, que contaba con unas treinta mil almas de poblacion, y que es de las plazas mas fuertes de Europa. Bonaparte mandó desembarcar artillería para bloquear los fuertes, á cuyo fuego respondieron con muy poca destreza los caballeros. Trataron de hacer una salida y quedaron porcion de ellos pri-

sioneros, con lo que empezó el desorden dentro de la ciudad. Algunos caballeros de la lengua francesa declararon que no podian batirse contra sus compatriotas, y se encarceló á algunos. Los ánimos estabau aturridos, y los habitantes querian rendirse. Entonces el gran maestre, que tenia poca energia y recordaba la generosidad del vencedor de Rivoli en Mantua, trató de salvar del naufragio sus intereses; puso en libertad á uno de los caballeros franceses que habia apresado, y le envió á Bonaparte para arreglar un convenio. En breve se procedió á este, en el cual se estipulaba que los caballeros abandonaban á la Francia la soberania de Malta y las islas dependientes, y la Francia en cambio prometia su intervencion en el congreso de Rastadt para que se diese un principio en Alemania al gran maestre, y en el caso de no ser posible, le aseguraba una pension vitalicia de trescientos mil francos, y una indemnizacion de seiscientos mil al contado. Concedió á cada caballero de la lengua francesa seiscientos francos de pension, y mil á los sexagenarios; y prometió su mediacion para que los de las demas lenguas entrasen á gozar de los bienes de la órden en sus respectivos paises. Tales fueron las condiciones por cuyo medio entró la Francia en posesion del primer puerto del Mediterraneo y de uno de los mejores fuertes del mundo. Necesario era todo el ascendiente de Bonaparte para obtenerlo sin combatir, y necesaria toda su audacia para atreverse á perder algunos dias yendo en alcance suyo los ingleses. Caffarelli-Dufalga, tan ingenioso como valiente, al recorrer la plaza, cuyas fortificaciones admiraba, pronunció estas palabras:

Fortuna ha sido hallar en la plaza alguno que nos abriese las puertas.

Dejó Bonaparte á Vauhois en Malta con tres mil hombres de guarnicion, encargando á Regnault de Saint-Jean d'Angely la comisaria civil. Formó todos los reglamentos administrativos necesarios al establecimiento del régimen municipal de la isla, y dió en seguida á la vela para dirigirse á la costa de Egipto.

Dióse el cañonazo de leva el 49 de junio, después de una estancia de diez dias, y ahora lo esencial era no hallarse con los ingleses. Nelson, habilitado en las islas de San Pedro, habia recibido del lord Saint-Vincent un refuerzo de diez navios de linea y varias fragatas, con lo que formaba una escuadra de trece navios de alto bordo y otros menores. Volvió á la vista de Tolon el 13 de pradiel (1.º de junio); pero ya hacia doce dias que habia salido la escuadra de Tolon, pasó á la rada de Tagliamon, y desde aquí á Nápoles, adonde llegó el 2 de mesidor (20 de junio), en el mismo momento de salir de Malta Bonaparte. Sabiendo que los franceses se habian presentado en esta isla, trató de darles alcance y de atacarlos si lo conseguia.

Toda la escuadra francesa estaba dispuesta para combatir, pues nadie olvidaba la posibilidad de encontrar á los ingleses, y por esto no se temia. Bonaparte habia colocado en cada navio de linea quinientos hombres elegidos, que diariamente se ensayaban en el manejo del cañon, y á cuyo frente se hallaba uno de aquellos generales tan acostumbrados al fuego bajo sus órdenes. Se habia hecho un principio de tactica maritima, á

saber: que cada navío no debia tener mas que un objeto; el de atracarse con otro, embestirlo y abordarlo. Por consiguiente, se habian dado órdenes, y contaba con el denuevo de las tropas elegidas que iban á bordo de los navíos. Tomadas estas precauciones, seguia tranquilamente su rumbo hacia el Egipto; y este hombre que, segun absurdos detractores, temia los riesgos del mar, se abandonaba sereno á la fortuna en medio de las escuadras inglesas, y se habia atrevido á detenerse algunos dias en Malta para conquistarla. La escuadra caminaba gozosa; y aunque no sabian exactamente adonde iban, empezaba ya á divulgarse el secreto, y aguardaban con impaciencia el momento de avistar las riberas á cuya conquista iban. Por la noche se reunian los generales que iban á bordo del *Oriente* con el general en jefe, y suscitaban las ingeniosas y sábias discusiones del Instituto de Egipto. Hubo un momento en que la escuadra inglesa se halló á muy pocas leguas del inmenso convoy francés, y ni unos ni otros lo supieron. Nelson, empezando á sospechar que los franceses se habian dirigido á Egipto, se encaminó á Alejandria y se les anticipó; pero no habiéndolos hallado, acudió á los Dardanelos para ver si daba con ellos. Por una feliz casualidad la expedicion francesa no llegó á la vista de Alejandria hasta el dia siguiente, 13 de mesidor (4.º de julio). Mes y medio habia que habia salido de Tolon.

Inmediatamente envió Bonaparte á buscar al cónsul francés, el cual le dijo que los ingleses se habian presentado el dia antes, y juzgándoles inmediatos, quiso intentar el desembarco al mo-

mento. No podia entrar en el puerto de Alejandria, porque la plaza parecia hallarse resuelta á defenderse; era necesario bajar á cierta distancia á la playa vecina en una ensenada dicha de Marabut. Silbaba un horroroso viento y la mar se estrellaba furiosa contra los escollos de la costa. Era cerca de anochecer. Bonaparte dió la señal y quiso bajar inmediatamente. Descendió el primero á una chalupa, y los soldados pedian á gritos seguirle á la costa. Empezaron á echar al agua los botes, pero la turbulencia de las olas les esponia á estrecharse unos contra otros. En fin, despues de grandes peligros, llegaron á la costa. Al mismo tiempo apareció una vela en el horizonte, y creyendo que seria alguna embarcacion inglesa: «*Fortuna*, exclamó Bonaparte *ya me abandonas! Ah! ni siquiera cinco dias!*» La fortuna no le abandonaba porque era una fragata francesa que venia á incorporarse á él. A duras penas lograron desembarcar cuatro ó cinco mil hombres en el discurso de la noche. Bonaparte resolvió marchar inmediatamente á Alejandria para sorprender la plaza, y no dar tiempo á los turcos de hacer los preparativos de defensa. En seguida emprendieron la marcha sin haber desembarcado un solo caballo; y Bonaparte, y su estado mayor y hasta el mismo Caffarelli, á pesar de su pierna de madera, anduvieron cuatro ó cinco leguas á pie por los arenales y llegaron al rayar el alba á la vista de Alejandria.

No tenia ya aquella antigua ciudad fundada por Alejandro, sus magnificos edificios, sus innumerables caserios ni su inmensa poblacion, pues se hallaba arruinada en sus tres cuartas partes, y los turcos, los opulentos egipcios y los comerciantes

européos habitaban en la ciudad moderna, que era la única parte que se conservaba. Algunos árabes vivían entre los escombros de la antigua ciudad, y una ruínosa muralla, defendida por algunas torres, comprendía la nueva y la antigua ciudad, estendiéndose alrededor los arenales que en el Egipto se adelantan á medida que la civilizacion retrocede.

Llegaron al amanecer los cuatro mil franceses conducidos por Bonaparte, y no encontraron por aquellas arenosas playas sino unos cuantos árabes que despues de disparar algunos tiros, se ocultaron en el desierto. Bonaparte dividió á sus soldados en tres columnas: Bon marchó con la primera por la derecha; hácia la puerta de Roseta; Kléber con la segunda se dirigió por el centro hácia la puerta de la Columna, y Menou con la tercera se adelantó hácia la izquierda y puerta de las Catacumbas. Los árabes y los turcos, excelentes soldados detras de una muralla, hicieron un terrible fuego; pero los franceses subieron por medio de escalas y saltaron la muralla antigua. Kléber fué el primero que cayó herido de un balazo en la frente. Arrojaron á los árabes de ruína en ruína hasta la ciudad nueva, y el combate iba ya á prolongarse de calle en calle y á hacerse horrible, cuando un capitán turco sirvió de mediador para negociar un convenio. Bonaparte declaró que no iba á asolar el país, ni privar de él al gran señor, sino á librarle de la dominacion de los mamelucos, y vengar los ultrajes que habian hecho estos á la Francia. Prometió conservar las autoridades del país, que las ceremonias religiosas continuarian como antes, y que respetaria las propiedades, etc.: y mediante estas condiciones cesó la resistencia, quedando en

el mismo dia dueños de Alejandria los franceses. Entretanto habia acabado el ejército de desembarcar, y se trataba de poner la escuadra al abrigo, bien fuese en el puerto, bien en alguna de las próximas ensenadas, establecer en Alejandria una administracion conforme á las costumbres del país y acordar un plan de invasion para apoderarse del Egipto. Por entonces ya habian pasado los riesgos del mar y del encuentro con los ingleses, y se habian vencido los mayores obstáculos con aquella felicidad que parece acompaña siempre á la juventud de un grande hombre.

Es el Egipto uno de los países mas singulares; el mejor situado, y uno de los mas fértiles de la tierra. Su posicion es muy conocida. El Africa se comunica con el Asia por medio de un istmo de algunas leguas llamado de Suez, que si estuviera cortado, daria entrada desde el Mediterráneo al mar de las Indias, ahorraria á los navegantes ir á inmensas distancias, y en medio de terribles tormentas á doblar el cabo de Buena Esperanza. El Egipto está paralelo al mar Rojo y al istmo de Suez que le domina. Este país era entre los antiguos y en la edad media, durante la prosperidad de los venecianos, la escala del comercio de la India: tal es su posicion entre el Occidente y el Oriente. Su constitucion física y su forma no son menos extraordinarias. El Nilo, que es uno de los grandes rios del orbe, nace de las montañas de la Abisinia, camina seiscientas leguas por los desiertos de Africa, despues entra en el Egipto, ó mas bien se precipita en él por las cataratas de Siena, y recorre aun doscientas leguas hasta el mar. Sus orillas forman todo el Egipto, pues es un valle de doscien-

las leguas de longitud y cinco ó seis de anchura. Por ambas partes le guarnece un océano de arena, que atraviesan tristemente algunas cordilleras de montañas bajas, estériles y desiguales, y trazan apenas algunas sombras en su vasto espacio. Las unas separan al Nilo del mar Rojo, las otras del gran desierto en donde van á perderse. En la orilla izquierda del Nilo, y á cierta distancia en el desierto serpentean dos lenguas de tierra cultivable, que son una escepcion de los arenales, y están cubiertas de un poco de verdor. Estas son las *oasis*, especies de islas vegetales en medio de aquel océano de arena. Hay dos, la grande y la pequeña, y si por medio de un esfuerzo humano se vertiese en ellas un brazo del Nilo, se convertirían en fértiles provincias. El Nilo se divide en dos brazos cincuenta leguas antes de llegar al mar, y van á caer á sesenta leguas uno de otro en el Mediterráneo, el primero en Roseta, y el segundo en Damietta. En otro tiempo se conocían al Nilo siete bocas, y aun se advierten, aunque solo hay dos navegables. El triángulo que forman estos dos grandes brazos con el mar, tiene sesenta leguas de base y cincuenta en sus lados, y se llama el Delta. Es la parte mas fértil del Egipto, porque es la mas regada, y la que tiene mas canales. Todo el país se divide en tres partes, el Delta, ó bajo Egipto, que se llama Bahireh; el Egipto medio, que se denomina Oestanieh; y el alto Egipto, que se llama Said.

Los vientos etesios que soplan constantemente del Norte al Mediodía durante los meses de mayo, junio y julio, arrastran todas las nubes que se forman en la embocadura del Nilo, no dejan ninguna en este país, siempre sereno, y las impelen hácia

los montes de Abisinia, donde se aglomeran, se precipitan en forma de lluvia durante los meses de julio, agosto y setiembre, y producen el célebre fenómeno de las inundaciones del Nilo. Asi esta tierra recibe con las avenidas del rio las aguas que le niega el cielo. En ella no llueve jamas, y los pantanos del Delta, que serian pestilenciales en el clima de Europa, no ocasionan en Egipto ni una sola fiebre. Pasada su inundacion deja el Nilo un fértil légamo, que es la única tierra cultivable en sus orillas, y que produce las abundantes mieses que en otro tiempo se destinaban al alimento de Roma. Cuanto mas se estende la inundacion, mas tierra cultivable deja; y los propietarios de esta tierra, que nivelan anualmente las aguas, se la dividen anualmente por deslinde, y por esto el deslinde es un grande arte en Egipto. Bien se podria estender la inundacion por medio de canales que tendrian la ventaja de disminuir la rapidez de las aguas, mantenerlas por mas tiempo, y estender la fertilidad á expensas del desierto. En ninguna parte obtendria efectos mas saludables el trabajo del hombre, ni en ninguna parte seria mas de desear la civilizacion. El Nilo y el desierto se disputan el Egipto, y la civilizacion daria al Nilo un medio de vencer al desierto, y hacerle retroceder. Se cree que el Egipto sostenia en otro tiempo veinte millones de habitantes sin contar á los romanos; mas cuando los franceses entraron en él apenas podia alimentar á tres millones.

Suele concluir la inundacion poco mas ó menos en setiembre, y entonces empiezan los trabajos agricolas. En los meses de octubre, noviembre, diciembre, enero y febrero, las campañas de Egipto

to ofrecen el mas albagüeño aspecto de fertilidad y de frescura; entonces se ven cubiertas con las mas ricas mieses, esmaltadas de flores, y sembradas de innumerables rebaños. Los calores empiezan por marzo, y la tierra se aridece en tanto grado, que á veces es peligroso caminar por ella á caballo. Para entonces ya han concluido las labores del campo, y los egipcios recogido todas las riquezas del año. Además de los trigos, produce el Egipto arroz exquisito, hermosas legumbres, azúcar, añil, sen, caña-fistola, anatron, lino, cáñamo y algodón, todo en portentosa abundancia. Carece de aceites, pero los halla enfrente, en la Grecia, y aunque tampoco tiene tabaco ni café, lo encuentra á su lado, en la Siria y en la Arabia. También se ve privada de maderas, porque la grande vegetacion no tiene cabida en aquel légamo anual que deposita el Nilo en un lecho de arena, y los únicos árboles de Egipto son los sicomoros y palmeras. A falta de leña, queman boñiga. El Egipto sostiene inmensos rebaños, y abunda en todo género de volatería. Posee aquellos admirables caballos tan célebres en el mundo por su gallardia, su vivacidad y su familiaridad con sus amos, y el útil camello que puede comer y beber para muchos días, cuyos pies se ahondan sin fatiga en la morible arena y que parece un navio animado, atravesando aquellos mares de tierra.

Todos los años llegan al Cairo innumerables carabanas, que vienen como flotas de entrambos lados del desierto; las unas de la Siria y de la Arabia, y las otras del Africa y de las costas berberiscas. Llevan consigo todo cuanto producen los países del Sol, el oro, el marfil, las plumas, los ini-

mitables chales, los perfumes, gomas y aromas de toda especie, el café, el tabaco, las maderas y los esclavos. El Cairo es un soberbio emporio de las mas hermosas producciones del globo, de las que no puede imitar jamás el poderoso génio de los occidentales, porque las da el sol, y siempre las apetecerá el gusto delicado. Por esto el comercio de la India es el único que no agotarán jamas los progresos de los pueblos; y no sería necesario hacer del Egipto un punto militar para ir á destruir violentamente el comercio inglés; solo se necesitaba establecer una escala con la seguridad, las leyes y las comodidades europeas para atraer á él las riquezas de todo el mundo.

La poblacion existente en el Egipto es como las ruinas de sus ciudades; un monton de reliquias de muchos pueblos. Coptos, antiguos habitantes del Egipto; árabes, conquistadores de los coptos; y turcos, conquistadores de los árabes; tales son las razas cuyos restos pululan miserablemente sobre una tierra de que son indignos. Cuando los franceses llegaron; los coptos eran doscientos mil todo lo mas, que despreciados, pobres y embrutecidos, se dedicaban, como todas las clases proscriptas, á los mas viles ejercicios. Los árabes eran los que formaban casi toda la poblacion, y descendian de los compañeros de Mahoma. Sus clases variaban hasta el infinito: algunos de esclarecida cuna, que se tenian por descendientes del mismo Mahoma, ricos propietarios, con algun vestigio de la ciencia árabe, y que reunian á su nobleza los cargos del culto y de la magistratura, eran, bajo el título de *scheiks*, los verdaderos grandes del Egipto. En los divanes representaban á su pais, cuando sus tira-

nos se dirigian á él, y en las mezquitas formaban especies de universidades, donde enseñaban la religion, la doctrina del alcorán y un poco de filosofía y jurisprudencia. La gran mezquita de Jemil Azar era el primer cuerpo científico y religioso de Oriente. Despues de estos grandes iban los propietarios menos padientes, que componian la segunda y mas numerosa clase de los árabes; y últimamente, los proletarios, que se hallaban en la situacion de verdaderos siervos; campesinos jornaleros, que cultivaban la tierra con el nombre de fellahs, y vivian en la miseria y humillacion. Otra clase de árabes habia, que eran los beduinos ó errantes, los cuales no habian querido acercarse en el pais, y eran los hijos del desierto. Montados en caballos ó camellos, y guiando numerosos rebaños, vagaban en busca de pastos por algunas oasis, ó iban todos los años á sembrar las orillas de la tierra cultivable, situada en los confines del Egipto. Su oficio era escoltar las carabanas, ó prestar sus camellos, para los trasportes; pero como bandoleros sin fé, saqueaban con frecuencia á los mercaderes á quienes escoltaban, ó prestaban sus camellos. Tambien solian á veces, violando la hospitalidad que se les concedia en las orillas de las tierras cultivables, arrojar al valle del Nilo, que tiene solo de latitud cinco leguas, y tanta facilidad ofrece de penetrar en él y saquear los pueblos montando luego en sus caballos, y llevándose su presa á lo mas obscuro del desierto. El descuido de los turcos dejaba casi siempre impunes sus rapiñas, haciendo el mismo caso de los salteadores del desierto que de sus arenales. Estos árabes vagabundos, divididos en tribus por ambos lados del valle, ascendian á

ciento ó ciento veinte mil, y suministraban veinte ó veinte y cinco mil ginetes, valientes si, pero mas á propósito para hostigar al enemigo que para combatir con él.

Últimamente, la tercera raza era la de los turcos; pero tenia tan poca gente como la de los cop-tos, es decir, no contaba á lo sumo con mas de doscientos mil individuos. Se dividia en turcos y mamelucos: los primeros llegados despues de la última conquista de los sultanes de Constantinopla, casi todos estaban inscritos en la lista de los genizaros; pero sabido es que solo se inscriben para gozar de los privilegios de tales, y que pocos se hallan realmente en servicio. Algunos cuantos habia en la milicia del bajá enviado de Constantinopla, que representaba al sultan de Egipto, el cual escoltado apenas por algunos genizaros, habia visto desvanecerse su autoridad por las precauciones mismas que el sultan Selim tomó en otro tiempo para conservarla. Juzgando este sultan que el Egipto por su mucha distancia podria emanciparse del dominio de Constantinopla, y que un bajá ambicioso y sagaz podria formarse en él un imperio independiente, ideó un contrapeso creando la milicia de los mamelucos; mas como no pueden vencerse las condiciones físicas que hacen á un pais dependiente ó independiente de otro, en vez del bajá fueron los mamelucos los que se hicieron independientes de Constantinopla y señores del Egipto. Los mamelucos eran esclavos comprados en Circasia, elegidos entre los niños mas hermosos del Cáucaso, llevados de muy tierna edad á Egipto, criados sin conocimiento de su cuna y con el gusto y ejercicio de las armas, llegando á ser

asi los mas denodados y ágiles ginetes del mundo. Tenian como un honor el vivir sin origen conocido, el haber sido comprados caros y el ser agraciados y valientes. Tenian veinte y cuatro beys, que eran sus propietarios y caudillos, teniendo cada uno quinientos ó seiscientos mamelucos, á quienes cuidaban de alimentar como á un rebaño, transmitiéndoles á veces á sus hijos y con mas frecuencia á su mameluco favorito, que tambien llegaba á ser bey. A cada mameluco servian dos fellahs, y toda la milicia constaba de unos doce mil ginetes, servidos por veinte y cuatro mil siervos. Ellos eran los verdaderos señores y tiranos del pais, pues vivian ó del producto de las tierras propias de los beys ó de la renta de los impuestos de todas clases. Los coptos, de quienes ya hemos dicho que se ejercitaban en los mas bajos empleos, eran sus maestros, sus espías y sus agentes de negocios, porque el hombre humillado sirve siempre al poderoso. Los veinte y cuatro beys eran iguales de derecho pero no de hecho, pues se hacian la guerra, y el mas fuerte que lograba someter á los demas gozaba de una soberania vitalicia. Era absolutamente independiente del bajá representante del sultan de Constantinopla, le toleraba cuando mas en el Cairo con una especie de nulidad, y á veces le negaba el *miri*, esto es, la contribucion territorial, que representaba el derecho de conquista perteneciente á la Puerta.

Era, pues, el Egipto un verdadero feudo como los de Europa en la edad media, y ofrecia al mismo tiempo un pueblo conquistado, una milicia conquistadora, rebelada contra su soberano, y finalmente una antigua clase embrutecida y al servicio del mas fuerte.

Dos beys superiores á los demas dominaban á la sazón en Egipto, el uno Ibrahim-Bey, rico, astuto y poderoso; el otro Murad-Bey, intrépido, valiente y entusiasta. Se habian convenido en una especie de division de autoridad, por la cual Ibrahim gozaba de las atribuciones civiles, y Murad de las militares. Este tenia á su cargo los combates, en los cuales sobresalia, y contaba por suyos á los mamelucos que le amaban estrordinariamente.

Bonaparte, que al génio de capitán sabia unir el tino y destreza de fundador, y que ademas habia gobernado bastantes paises conquistados para haberse formado un arte particular, comprendió desde luego la politica que debia seguir en Egipto. Por de pronto necesitaba arrancar este pais á sus verdaderos señores, es decir, á los mamelucos, clase á quien tenia que combatir y destruir con las armas y con la politica. Ademas habia algunas razones que oponerles, porque no habian dejado de maltratar á los franceses. En cuanto á la Puerta, debia aparentar no atacar su soberania, sino por el contrario fingir que la respetaba. Segun lo que habia llegado á ser, esta soberania importaba muy poco, y se podia tratar con la Puerta, bien cediéndola el Egipto, con el aumento de ciertas ventajas, bien haciendo una division de autoridad que nada tendria de enojoso; porque dejando al bajá en el Cairo, como hasta entonces lo habia estado, y menguando el poder de los mamelucos, no podia haber grandes motivos de queja. Respecto á los habitantes, para captarse su afecto, era preciso ganar la verdadera poblacion, esto es, la de los árabes; y respetando á los scheiks, lisonjeando

su inveterado orgullo, aumentando su poder, alhagando el oculto despo que reinaba en ellos, como habia reinado en Italia, y como en todas partes reina, el de restablecer la antigua patria, la patria árabe, segura era la dominacion y amor del pais. Ademas respetando las propiedades y las personas, en un pueblo que estaba habituado á mirar las conquistas como si dieran el derecho de matar, saquear y asolarlo todo, iba á producirse una sorpresa muy favorable para el ejército francés; y si por otra parte se miraba con deferencia á las mugeres y al profeta, la conquista de los ánimos no era menos probable que la del territorio.

Con arreglo á estos cálculos tan exactos como profundos, arreglo Bonaparte su conducta, mucho mas cuando estando él mismo dotado de una imaginacion enteramente oriental, le era muy fácil adoptar el estilo selenico y grave que á la raza árabe convenia. Dirigia proclamas que se tradujeron en arabe, y se esparcieron por el pais, y escribió al baja lo siguiente: «La república francesa «ha resuelto enviar un numeroso ejército para poner término á las raterias de los beys de Egipto, «asi como se ha visto obligada á hacerlo diferentes «veces en este siglo contra los beys de Tunez y de «Argel. Tú, que deberias ser el señor de ellos, y «que yaces, sin embargo, en el Cairo privado de «autoridad y de poder, debes ver con satisfaccion «mi llegada. Sin duda estarás ya instruido de que «yo no vengo á intentar nada contra el alcorán ni «contra el sultán. Sabes que la nacion francesa, es «la única aliada que el sultán tiene en Europa. Sal, «pues, á recibirme, y maldice conmigo á la impia

«raza de los beys.» Luego dirigiéndose á los egipcios les dijo estas palabras: «Pueblos de Egipto, «vos dirán que yo vengo á destruir vuestra religion; «mas no lo creais; responded que vengo á restituir vuestros derechos, á castigar á los usurpadores, y que yo respeto mas á Dios, á su profeta y al alcorán, que á los mamelucos.» Hablando de la tirania de estos decia: «Si hay alguna «tierra buena es de los mamelucos. Si hay alguna «esclava hermosa, algun gallardo caballo, ó algun «edificio excelente, tambien pertenece á los mamelucos. ¿Por qué no presentan la escritura una «vez que dicen que Dios les ha otorgado esta posesion? Pero Dios es justo y misericordioso para «el pueblo, y ha mandado que cese el imperio de «los mamelucos.» Hablando de los sentimientos de los franceses añadia: «Nosotros, tambien somos «verdaderos musulmanes. ¿No hemos sido los que «hemos destruido al papa que decia ser preciso «hacer la guerra á los musulmanes? ¿No hemos «sido los que hemos destruido á los caballeros de «Malta, porque los insensatos creian que era la «voluntad de Dios el que hiciesen la guerra á los «musulmanes? Tres veces felices los que estén con «nosotros, porque ellos prosperarán en su fortuna «y en su estado! Felices aquellos que permanezcan «neutrales, porque tendrán tiempo de reconocernos, y se unirán á nosotros. ¡Pero desdichados, «desdichados una y mil veces los que se armen en «favor de los mamelucos, y combatan contra nosotros! Ninguna esperanza deben tener, pues todos perecerán.»

A sus soldados les decia: «Vais á emprender «una conquista cuyos efectos en la civilizacion y

«comercio del mundo son incalculables. Descargareis contra la Inglaterra el golpe mas seguro y sensible, en tanto podeis darla el que concluirá con ella.

«Los pueblos con quienes vamos á vivir son mahometanos, y su primer artículo de fe es este: *«no hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta»*. «No los contradigais; conducios con ellos como nos hemos conducido con los judios y los italianos. «Respetad á los Multis y sus Imanes como hemos respetado á los rabinos y los obispos. Guardad «con las ceremonias que prescribe el alcorán, y «con las mezquitas, la misma tolerancia que hemos guardado con los conventos y las sinagogas, «con la religion de Moises y con la de Jesucristo. «Las legiones romanas protegian todas las religiones. Aquí encontrareis costumbres muy distintas «de las de Europa, y es preciso que os habitueis á «ellas. Los pueblos donde vamos á entrar tratan á «las mugeres de distinto modo que nosotros. Acor- «dáos que en todos los paises el que viola es un «cobarde.

«La primer ciudad que encontraremos fué «construida por Alejandro, y á cada paso hallaremos grandes recuerdos dignos de escitar la emulacion de los franceses.»

Inmediatamente dió Bonaparte sus disposiciones para plantear en Alejandria la autoridad francesa: dejar en seguida el Delta y apoderarse del Cairo, capital de todo el Egipto. Era el mes de julio y el Nilo iba á inundar los campos, y por esto queria llegar antes al Cairo y emplear el tiempo que durase la inundacion en efectuar su establecimiento. Mandó que siguiese todo en el mismo estado

en Alejandria, que se continuasen las prácticas religiosas, y que los cadis administrasen como aules la justicia. Unicamente quiso suceder en sus derechos á los mamelucos, nombrando un comisionado que percibiese los acostumbrados impuestos. Hizo formar un divan ó consejo municipal, compuesto de los scheiks y de los notables de Alejandria para consultarles acerca de todas las resoluciones que hubiera de tomar la autoridad francesa. Dejó tres mil hombres de guarnicion en Alejandria al mando de Kléber, á quien su herida debia condenar á la inaccion por uno ó dos meses, y encargó á un jóven oficial de extraordinario mérito, que prometia á la Francia un gran ingeniero, poner á aquella ciudad en estado de defensa, empleando á efecto los trabajos necesarios. Este jóven era el coronel Cretin, que á poca costa y en breve tiempo ejecutó en Alejandria obras magnificas. Bonaparte dió despues las órdenes convenientes para poner la escuadra al abrigo, y la cuestion se reducía á saber si los navios mayores podrian entrar en el puerto de Alejandria. Al efecto se nombró una comision de marinos para que examinase el puerto y diese su informe, y entretanto ancló la escuadra en la ensenada de Abukir. Bonaparte prescribió á Brueys que hiciese decidir brevemente la cuestion, trasladándose á Corfú si se reconocia que los navios no podian entrar en Alejandria.

Libre de estos primeros cuidados, dió sus disposiciones para emprender la marcha. Al mismo tiempo que el ejército francés, debia entrar en el Nilo y subir por él una escuadrilla considerable, encargada de los víveres, artillería, municiones y bagages, siguiendo la costa hasta la embocadu-

ra de Roseta. En seguida se puso en marcha con el grueso del ejército, que privado de las dos guarniciones que quedaron en Malta y Alejandria, constaba de unos treinta mil hombres. El dia mandado a la escuadrilla que pasase á la altura de Ramanieh á las orillas del Nilo, donde se proponia unirse con ella y subir el rio en direccion paralela para salir del Delta y llegar al Egipto medio ó Bahireh. Para ir de Alejandria á Ramanieh habia dos caminos: uno que atravesaba los paises habitados á lo largo del mar y del Nilo; y otro mas corto y recto, pero que atravesaba el desierto de Damanhour. Bonaparte no vaciló y tomó el mas corto, pues le interesaba llegar cuanto antes al Cairo. Desaix marchaba con la vanguardia, y el cuerpo del ejército seguia á pocas leguas de distancia rompiendo la marcha el 48 de mesidor (6 de julio). Cuando los soldados se vieron engolfados en aquella llanura sin fin, con arenales movedizos bajo sus pies, con un cielo abrasador sobre sus cabezas, sin agua, sin sombra, no teniendo mas objeto en que fijar sus ojos que tal cual grupo de palmeras, y sin ver mas seres vivientes que ligeras tropas de ginetes árabes que se presentaban y desaparecian en el horizonte, y á veces se ocultaban detras de algunos montecillos de arena para degollar á los rezagados, se llevaron de la mayor tristeza. Habian cobrado ya cierta alicion al descanso despues de las largas y reñidas campañas de Italia, y seguido á su general á un pais lejano, porque le miraban con pasion ciega, y porque les habia anunciado una tierra de promision, de donde volverian bastante ricos para comprar cada uno un campo de seis yugadas; mas

cuando vieron aquel desierto, dieron muestras de descontento y aun de desesperacion. Hallaron destruidos por los árabes todos los pozos que de trecho en trecho señalaban el camino del desierto, y apenas hallaban en ellos algunas gotas de agua salobre é insuficiente para apagar su sed. Les habian anunciado que hallarian en Damanhour auxilios; mas no encontraron sino miserables chozas, ni pudieron lograr pan ni vino, sino solo gran abundancia de lentejas y un poco de agua. Fuéles preciso engolfarse de nuevo en el desierto, y Bonaparte vió hasta los valientes Lannes y Murat coger su sombrero, arrojarle en la arena y patearlo; sin embargo imponia respeto á todos, y su presencia hacia guardar silencio y aun á veces renacer la alegria. Los soldados no querian imputarle sus males, sino que se quejaban de los que se complacian en observar el pais. Al ver detenerse á los sábios á examinar cualquiera ruina, decian que habian ido por ellos y se vengaban con chocarrerías á su manera. Caffarelli sobre todo, valiente como un granadero, y curioso como erudito, se les figuraba que era quien habia engañado al general, llevándole á aquellos remotos climas. Como habia perdido una pierna en el Rin, decian: *¡él se burla de todo eso, porque tiene un pié en Francia!* Sin embargo, despues de crueles privaciones, sufridas primero con enojo, y despues con alegria y resignacion, llegaron á las orillas del Nilo el 22 de mesidor (10 de julio), despues de una marcha de cuatro dias. Al ver el Nilo y aquellas ansiadas aguas, se precipitaron en ellas los soldados; y bañándose en sus olas olvidaron todas sus fatigas. La division de Desaix, que ha-

bia pasado de la vanguardia á retaguardia, vió cruzar á galope doscientos ó trescientos mamelucos, y los dispersó con algunos tiros de metralla. Erau los primeros que se habian visto, y anunciaban el próximo encuentro con el ejército enemigo. En efecto, avisado ya el valiente Murad-Bey, reunia todas sus fuerzas al rededor del Cairo, y mientras se efectuaba esto recorria con unos mil caballos las inmediaciones de nuestro ejército con el fin de observar su marcha.

Aguardó el ejército en Ramanieh la llegada de la escuadrilla, descansando hasta el 23 de mesidor (13 de julio), y saliendo el mismo dia para Chebreiss, donde nos aguardaba Murad-Bey con sus mamelucos. La escuadrilla que habia salido la primera y adelantándose al ejército, se vió comprometida antes de poder protegerla. Murad-Bey tenia tambien una, y desde la ribera acompañaba con su fuego el de los *djermes* (barcos ligeros egipcios). La escuadrilla tuvo que sostener un combate de los mas reñidos. El oficial de marina Perrée que la mandaba, desplegó un valor extraordinario, apoyándole los ginetes que habian llegado desmontados á Egipto, y que mientras se equipaban á costa de los mamelucos, se habian transportado por agua. Apresaron dos lanchas cañoneras al enemigo y le rechazaron, á cuyo tiempo llegó el ejército que se componia de cinco divisiones. Ano no habia combatido con tan singulares enemigos, á cuya rapidez, choque de sus caballos y cuchilladas, era preciso oponer la inmovilidad de la infantería, sus largas bayonetas, y las masas que hacian frente por todos lados. Bonaparte formó sus cinco divisiones en otros tantos cuadros, en cuyo centro colocó los bagajes y el es-

tado mayor. En los ángulos estaba la artillería, y las cinco divisiones se resguardaban mutuamente. Murad-Bey dirigió contra aquellas ciudadelas animadas mil ó mil doscientos de sus intrépidos caballos, que arrojándose con estrepitosa gritería y á todo escape, descargando sus pistolas, y esgrimiendo despues sus terribles alfanges, se lanzaron contra el frente de los cuadros; mas hallando por todas partes un muro de bayonetas y un terrible fuego, revoloteaban al rededor de las líneas francesas, iban cayendo delante de ellas, ó escapaban por la llanura con toda la celeridad de sus caballos. Despues de haber perdido Murad doscientos ó trescientos de sus mejores ginetes, se retiró para ganar la cima del Delta, y esperarnos en la altura del Cairo al frente de todas sus fuerzas.

Bastó este combate para familiarizar al ejército con aquella nueva especie de enemigos, y para indicar á Bonaparte la táctica que debia observar con ellos. Dirigióse al Cairo, mientras la escuadrilla se hallaba en el Nilo á la altura del ejército, marchando sin descansar en los siguientes dias. Los soldados experimentaron nuevas privaciones; pero seguian por la orilla del Nilo, y podían bañarse en él todas las tardes. La vista del enemigo les habia hecho recobrar su ardor, y decia Bonaparte que aquellos soldados, disgustados ya algun tanto de las fatigas, como acontece siempre que se tiene ganada bastante gloria, los encontraba siempre admirables al hacer fuego. Durante las marchas solia reproducirse el disgusto, y despues las chanzonetas. Los sabios empezaban á insipirar mucho respeto por el valor que manifestaban; y Monge y Bertholet habian mostrado en Chebreiss y en la s-

cuadrilla un heroico denuedo. Los soldados, aunque se hurlaban de ellos, les miraban con la mayor consideracion, y no ofreciéndose á su vista aquella capital del Cairo celebrada como una de las maravillas del Oriente, decian que no existia, ó que seria como Damanhour, una reunion de chozas. Decian que habian engañado á aquel pobre general, el cual se habia dejado seducir como un *ehiquillo* con todos sus compañeros de gloria. Por la noche, despues de haber descansado, los soldados que habian leído ó escuchado los cuentos de las mil y una noches, los repetian á sus camaradas, prometiéndose soberbios palacios artesonados de oro. Mientras tanto seguian privados de pan, no porque faltase el trigo, pues al contrario en todas partes lo hallaban, sino porque no habia ni molinos ni hornos. Comian lentejas, pichones y una especie de melon exquisito, conocido en los paises meridionales con el nombre de sandia (*pasteque*), á la que los soldados llamaban santa sandia (*sainte pasteque*).

Iban acercándose al Cairo, donde debian dar el combate decisivo, y Murad-Bey habia reunido la mayor parte de sus mamelucos, que componian unos diez mil hombres. Iban asistidos de doble número de fellahs, á los que daban armas, obligándoles á batirse detrás de las trincheras. Habia tambien reunido algunos miles de genizaros ó spahis, dependientes del bajá, que á pesar de la carta de Bonaparte, se habian agregado al partido de sus opresores. Murad-Bey habia hecho sus preparativos de defensa en las orillas del Nilo. La gran capital del Cairo se encuentra en la orilla derecha del rio, y en la opuesta, ó en la izquierda, era donde

Murat-Bey habia situado su campamento en una larga llanura entre el Nilo y las piramides de Giseh, las mas altas de todo el Egipto. Hé aqui cuáles eran sus disposiciones. De espalda al rio habia un gran pueblo llamado Embabeh, y Murad-Bey habia hecho algunas obras concebidas y ejecutadas con toda la ignorancia turca. Era un simple ramal que rodeaba el circuito del pueblo, y unas baterias inmóviles, cuyas piezas, no estando sobre cureñas de campaña, no podian moverse. Tal era el campo atrincherado de Murad. En él habia colocado á sus veinte y cuatro mil fellahs y genizaros, paratirse con toda la obstinacion que los turcos acostumbra, resguardados por las murallas. Este pueblo, fortificado y apoyado en el rio, formaba su derecha, y por la llanura, entre el rio y las piramides, se extendian sus mamelucos en número de diez mil hombres. Algunos miles de ginetes árabes que solo eran auxiliares de los mamelucos para saquear y degollar en caso de victoria, llenaban el espacio comprendido entre las piramides y los mamelucos. El compañero de Murad-Bey, Ibrahim, menos guerrero y valiente que él, estaba al otro lado del Nilo con mil mamelucos, sus mugeres, sus esclavos y sus tesoros, en disposicion de salir del Cairo y refugiarse en la Siria, si quedaban los franceses vencedores. Considerable número de barcos cubrian el Nilo y conducian todas las riquezas de los mamelucos; y esta era la disposicion en que aguardaban á Bonaparte los dos boys.

Antes de amanecer el dia 21 de julio emprendió su marcha el ejército francés, sabiendo que iba á ver el Cairo y encontrarse con el enemigo; y en efecto, al romper el alba descubrió por fin su iz-

quierda, al otro lado del río, los altos minaretes de aquella gran capital, y á su derecha las gigantescas pirámides del desierto doradas por los rayos del sol. Al descubrir aquellos monumentos, se detuvieron todos como sorprendidos de curiosidad y admiración. El semblante de Bonaparte brillaba de entusiasmo, y marchando á galope por delante de las filas de los soldados les enseñaba las pirámides y esclamaba: *Pensad, pensad que desde lo alto de esos monumentos cuarenta siglos os contemplan.* Adelantáronse con rápido paso, y á medida que se iban acercando, veían elevarse los minaretes del Cairo; veían crecer las pirámides, hormiguar la muchedumbre que guardaba á Embabeh, resplandecer las armas de aquellos diez mil ginetes, luciendo su oro y su acero y formando una inmensa línea. Bonaparte dió al punto sus disposiciones. El ejército se hallaba repartido en cinco divisiones como en Chebreiss: las de Desaix y Regnier formaban la derecha hacia el desierto; la de Dugua el centro, y las de Menou y Bon la izquierda en la prolongación del Nilo. Bonaparte que desde el encuentro de Chebreiss había juzgado del terreno y del enemigo, formó desde luego su plan. Cada division formaba un cuadro, y cada cuadro era de seis filas. Detrás estaban en pelotones las compañías de granaderos dispuestas á reforzar los puntos de ataque. La artillería estaba en los ángulos, y los bagajes y generales en el centro. Estos cuadros se movían, y cuando marchaban giraban á los flancos los dos lados, mas cuando les atacaban, debían detenerse para dar el frente á todas partes. Si despues querían tomar una posicion, debían salir las primeras filas para formar columnas de ataque, y las demas

permanecer detrás formando siempre el cuadro, pero solo de tres en fondo y en disposicion de incorporarse de nuevo con las columnas de ataque. Tales eran las disposiciones de Bonaparte, el cual temia que sus impetuosos soldados de Italia, acostumbrados á marchar al paso de ataque, no se resignarian á aquella fria é impasible inercia de murallas. Habia tenido cuidado de prepararlos, y dió orden especialmente para no apresurarse á hacer fuego, sino esperar con calma al enemigo y dispararle solo á quema-ropa.

Asi fueron avanzando hasta tiro de cañon, y Bonaparte que estaba en el cuadro del centro, formado por la division de Dugua, se aseguró por medio de un anteojo del estado del campamento de Embabeh. Vió que su artillería, no teniendo cureñas, no podia bajar á la llanura; y que el enemigo no saldria de sus trincheras, formando sobre esta prevision todos sus movimientos. Resolvió apoyar con sus divisiones hacia la derecha, es decir, hacia el cuerpo de los mamelucos, girando fuera del alcance de la artillería de Embabeh. Su intencion era separar á los mamelucos del campo atrinchado, cercarlos, precipitarlos en el Nilo, y no atacar á Embabeh hasta verse libre de ellos, pues no podia serle difícil triunfar de aquella multitud que hervia en el campamento despues de haber triunfado de los mamelucos.

Inmediatamente dió la señal, y Desaix, que formaba el extremo derecho, rompió el primero la marcha, detras iba el cuadro de Regnier, y despues el de Dugua, donde se hallaba Bonaparte. Los otros dos giraban al rededor de Embabeh, fuera del alcance de la artillería. Murad-Bey, que aun-

que carecia de instruccion , estaba dotado de un gran caracter y de suma perspicacia , adivinó al momento la intencion de su enemigo y resolvió atacarle durante este movimiento decisivo. Dejó dos mil mamelucos para proteger á Embabeh, y en seguida se precipitó con la restante fuerza sobre los dos cuadros de la derecha. El de Desaix, que andaba emboscado por las palmeras, no estaba aun formado cuando le acometió la primera caballeria; pero se formó inmediatamente y se puso en disposicion de recibirla. Enorme masa es la de ocho mil caballos que parten al galope todos á un tiempo por una llanura. Arrojanse con extraordinario impetu contra la division de Desaix, mas nuestros valientes soldados, tan frios á la sazón como enardecidos se habian mostrado en otro tiempo, la aguardaron con serenidad, y los recibieron á quemarropa con un terrible fuego de fusileria y metralla.

Detenidos por el fuego aquellos innumerables ginetes, recorrian la longitud de las filas, y galopaban al rededor de la inflamada ciudadela. Algunos de los mas valientes se arrojaron sobre las bayonetas, y volviendo despues sus caballos sobre la infanteria lograron abrirse paso y fueron á espigar treinta ó cuarenta á los pies de Desaix, en el centro del cuadro. Volviendo la caballeria bridas, se dirigió desde el cuadro de Desaix al de Regnier que iba detrás, y recibida por el mismo fuego, se volvió al punto de donde habia salido, pero ya se encontró á sus espaldas con la division de Dugua que Bonaparte habia dirigido hacia el Nilo, y quedaron completamente derrotados. Entonces emprendieron la fuga desordenadamente, y algunos

de los fugitivos fueron á dar contra nuestra derecha por la parte de las piramides, mientras otros arrojando el fuego de Dugua fueron á meterse en Embabeh, donde introdujeron la confusion. Desde este momento empezó la turbacion en el campo atrinchado, y advirtiéndolo Bonaparte, mandó á sus dos divisiones de la izquierda que se aproximasen á Embabeh para apoderarse de él. Bon y Menou se adelantaron al fuego de las trincheras, y al llegar á cierta distancia hicieron alto. Abriéronse entonces los cuadros, y las primeras filas se formaron en columnas de ataque, mientras las restantes permanecian en cuadro, pareciendo siempre verdaderas ciudadelas. Pero al mismo tiempo los mamelucos, así los que habia dejado Murad en Embabeh, como los que habian buscado en él un refugio, quisieron adelantárenos, precipitándose sobre nuestras columnas de ataque mientras marchaban; estas entonces se detuvieron, y formándose en cuadro con maravillosa prontitud, les recibieron denodadamente y dejaron un gran número fuera de combate. Uosos hubieron á Embabeh, donde el desórden habia llegado al mayor extremo, y otros por la llanura entre el Nilo y nuestra derecha, murieron á balazos ó ahogados en el rio. Las columnas de ataque se presentaron al punto en Embabeh, se apoderaron de él y arrojaron al Nilo multitud de fellahs y de genizaros; de los cuales se ahogaron muchos; mas como los egipcios son tan buenos nadadores, la mayor parte de ellos lograron salvarse. La accion estaba concluida. Los árabes que esperaban una victoria, próximos á las pirámides se escondieron en el desierto, y Murad con los restos de la ca-

balleria y el rostro lleno de sangre se retiró hacia el alto Egipto. Ibrahim, que contemplaba este desastre desde la otra orilla, se dirigió hacia Belbeys para cacaminarse á Siria. Los mamelucos prendieron fuego á los barcos (djermes) que conducian sus riquezas: presa que se nos escapó, viendo nuestros soldados toda una noche las llamas que devoraban tan precioso botín.

Colocó Bonaparte su cuartel general en Giseh, en las orillas del Nilo, donde Murad-Bey tenia una magnífica habitacion. En Giseh y en Embabeh se hallaron considerables provisiones, con las que nuestros soldados pudieron reparar sus largas privaciones. En los jardines de Giseh encontraron viñas cubiertas de esquisitas uvas, que vendimiaron muy pronto; pero lograron en el campo de batalla otro botín de distinta especie, de magníficos ehales, de preciosas armas, de caballos, y de bolsillos que contenian hasta doscientas y trescientas piezas de oro; porque los mamelucos llevaban consigo todas sus riquezas. Pasaron la tarde, la noche y el día siguiente en recoger estos despojos. Murieron quinientos ó seiscientos mamelucos, y se ahogaron mas de mil en el Nilo. Los soldados se ocuparon en pescarlos para despojarlos de lo que tenian, y emplearon todavía algunos dias en esta especie de exámen.

Apenas nos habia costado aquella batalla cien hombres entre muertos y heridos; porque si es terrible una derrota en los cuadros desechos, tambien es insignificante en los que logran triunfar. Los mamelucos habian perdido sus mejores ginetes por el fuego y en el agua, y dispersadas todas sus fuerzas, teniamos segura la posesion del

Cairo. Reinaba en esta capital el mayor desorden, pues contiene mas de trescientos mil habitantes, y la ocupa un populacho feroz y embrutecido, que se entregaba á toda clase de excesos, y queria aprovecharse del desorden para saquear los ricos palacios de los beys. Por desgracia aun no habia subido el Nilo la escuadrilla francesa, y no podiamos atravesarle para ir á tomar posesion del Cairo. Los scheiks enviaron á Bonaparte algunos mercaderes franceses, de los que residian allí, para acordar el modo de ocupar la ciudad. Proporcionóse el general algunos djermes para enviar un destacamento que restableciese el orden, y libró las personas y propiedades de la saña de la poblacion, entrando al día siguiente en el Cairo, y tomando posesion del palacio de Murad-Bey.

No bien se vió establecido en el Cairo, se apresuró á usar de la política que adoptó en Alejandria por cuyo medio debia ganarse el pais. Visitó á los principales scheiks, les lisonjeó, les dió esperanzas de restablecer la dominacion árabe, les prometió conservar su culto y sus costumbres, y logró completamente captarse su afecto, valiéndose de alhagos y de severidad, y empleando la ostentacion oriental. Lo esencial era obtener una declaracion en favor de los franceses de los scheiks de la mezquita de Junil-Azar, que era como un breve del papa entre los cristianos. Bonaparte desplegó entonces toda su astucia, y lo logró completamente. Los grandes scheiks hicieron la deseada declaracion, y obligaron á los egipcios á someterse al enviado de Dios que respetaba al profeta, y que llegaba á vengar á sus hijos de la tirania de los mamelucos. Bonaparte estableció en el Cairo

un divan como lo habia hecho en Alejandria, compuesto de los principales scheiks, y de los habitantes mas distinguidos. Este divan ó consejo municipal debia servirle para captarse la benevolencia de los egipcios, consultándoles, y para instruirse por su medio de todas las circunstancias de la administracion interior. Convino en establecer otros semejantes en todas las provincias, y que estos divanes particulares enviaran diputados al del Cairo, que seria por lo tanto el gran divan de la nacion.

Resolvió Bonaparte que los cadis continuasen ejerciendo la administracion de justicia, y segun su proyecto de suceder en los derechos de los mamelucos, se apoderó de sus propiedades, y mandó seguir en favor del ejército francés el cobro de derechos anteriormente establecidos. Para lograr esto, necesitaba tener á los coptos á su disposicion, y nada omitió con el fin de grangearse su afecto, dándoles esperanzas de que mejoraria su suerte. Mandó salir algunos generales con destacamentos para arreglar la ocupacion del Delta, que solo habia que atravesarlo, bajando por el Nilo. Envió algunos al Nilo superior, para tomar posesion del Egipto medio, y situó á Desaix con su division á la entrada del alto Egipto, que debia conquistarlo de Murad-Bey asi que bajasen por el otoño las aguas del Nilo. Cada general llevando al efecto circunstanciadas instrucciones, debia repetir en todo el pais lo mismo que se habia hecho en Alejandria y el Cairo, valiéndose de los jeques, granjeándose el afecto de los coptos, y estableciendo el cobro de los impuestos para atender á las necesidades del ejército.

En seguida se ocupó Bonaparte de la salud y comodidades de sus soldados, á quienes empezaba á agradar el Egipto, porque hallaban en él reposo, abundancia y un clima saludable y puro. Se acostumbraban á los extraños usos del pais, que convertian en continuo objeto de sus bufonadas; pero adivinando con su natural sagacidad la intencion del general, aparentaban tambien respeto al profeta; y se mofaban con él del papel que la politica les obligaba á representar. Bonaparte hizo construir hornos para que tuviesen pan, y les acuarteló en las hermosas habitaciones de los mamelucos, encargándoles sobre todo, que respetasen á las mugeres. Hallaron en Egipto hermosos asnos en gran número, y se divertian en ir por los alrededores galopando con ellos por medio de los campos. Su precipitacion causó algunas desgracias entre los graves habitantes del Cairo, y así hubo que prohibir que atravesasen tan de prisa. La caballeria iba montada en los mejores caballos del mundo, es decir, en los caballos árabes cogidos á los mamelucos.

Tambien se dedicó Bonaparte á conservar las relaciones con los paises vecinos, para sostener y apropiarse el rico comercio del Egipto. Nombró él mismo el Emir-haggi, que es un oficial elegido anualmente en el Cairo para proteger la gran caravana de la Meca. Escribió á todos los cónsules franceses de la costa de Berberia, para noticiar á los beys de que ya estaba nombrado el Emir-haggi, y que podrian partir las carabanas. Hizo que los scheicks escribiesen al scherif de la Meca, que los peregrinos serian protegidos, y que las carabanas encontrarian seguridad y proteccion.

El bajá del Cairo habia seguido á Ibrahim-Bey á Belbeys, y Bonaparte les escribió, así como á los varios bajás de san Juan de Acre y de Damasco, asegurándoles las buenas intenciones de los franceses con respecto á la sublime Puerta. Por desgracia estas precauciones eran inútiles, pues aquellos oficiales no creían tan fácilmente que yendo los franceses á invadir una de las mas ricas provincias de su soberano, fuesen en realidad sus amigos.

Estaban admirados los árabes del carácter del joven conquistador; y no comprendían cómo un hombre que lanzaba rayos fuese tan elemental. Llamábanle digno hijo del profeta y favorito del gran *Alá*, cantando en la gran mezquita la siguiente letanía:

«Ya el grande *Alá* no está irritado contra nosotros! Ha olvidado nuestros crímenes, bastante espíados con la larga opresión de los mamelucos! Cantemos las misericordias del gran *Alá*!

«¿Quién es el que ha salvado de los peligros del mar y del furor de sus enemigos al *Favorito de la victoria*? ¿Quién es el que ha conducido sanos y salvos hasta las márgenes del Nilo á los *valientes del Occidente*?

«El gran *Alá*, el gran *Alá*, que no está ya irritado contra nosotros. Cantemos las misericordias del gran *Alá*!

«Los beys mamelucos habian puesto su confianza en sus caballos: los beys mamelucos habian colocado su infantería en batalla.

«Pero el *Favorito de la victoria*, al frente de los *valientes del Occidente*, ha destruido la infantería y los caballos de los mamelucos.

«Así como los vapores que exhala por la mañana el Nilo se disipan á los rayos del sol, del mismo modo el ejército de los mamelucos ha sido adispado por los *valientes del Occidente*; porque el gran *Alá* está irritado ahora contra los mamelucos; porque los *valientes del Occidente* son la pupila derecha del gran *Alá*.»

Quiso Bonaparte, para entrar mejor en las costumbres de los árabes, tomar parte en sus fiestas, y asistió á la del Nilo, que es una de las mas suntuosas del Egipto. Este río es el bienhechor de aquella nación, y por esto le veneran tanto sus habitantes, siendo objeto de una especie de culto. Durante la inundación, se introduce por un gran canal en el Cairo, y un dique le impide entrar en él hasta que ha llegado á cierta altura, que lo rompen, siendo el día destinado á esta operación un día de regocijo. Declárase la altura á que ha llegado el río; y cuando se espera una gran inundación, la alegría es general, porque es presagio de abundancia. Celébrase esta especie de fiesta el 18 de agosto (1.º de fructidor), y Bonaparte habia hecho tomar las armas á todo el ejército, y colocádle á la orilla del canal. Habia acudido un pueblo inmenso, que contemplaba gozoso á los *valientes del Occidente*, asistiendo á sus regocijos, y Bonaparte, al frente de su estado mayor, acompañaba á las principales autoridades del país. Declaró un *scheick* la altura á que habia llegado el Nilo, que era veinte y cinco pies, y esto produjo extraordinaria alegría. Empezaron despues á trabajar para cortar el dique, y toda la artillería francesa resonó á un mismo tiempo en el momento de precipitarse las aguas del río. Se-

gun la costumbre, se lanzaron por el canal infinidad de barcos para ganar el premio destinado al que primero entrase, y el mismo Bonaparte fué quien lo adjudicó. Bañabanse en las aguas del Nilo multitud de hombres y de niños, que atribuían á este baño saludables propiedades: las mugeres echaban en él cabellos y piezas de lienzo, y Bonaparte mando despues iluminar la ciudad, terminándose el dia entre festines. No fué menor la ostentacion con que se celebró la fiesta del profeta: Bonaparte pasó á la gran mezquita, se sentó sobre almohadones, con las piernas cruzadas como los scheicks, y rezó con ellos las letanías del profeta, meciendo la parte superior de su cuerpo y agitando su cabeza, edificando así con su piedad á todo el santo colegio. En seguida asistió á la comida que dió el gran scheick, elegido en aquel dia.

De todos estos medios se valia el jóven general, tan profundo politico como gran capitán, para captarse el afecto del pais. Mientras ahagaba momentáneamente las preocupaciones, trabajaba por derramar en él algun dia la ciencia, creando el celebre Instituto de Egipto. Reunió á los sabios y artistas que lo acompañaban; y asociandolos á varios de sus mas instruidos oficiales, compuso aquel Instituto, á quien destinó rentas y uno de los mas soberbios palacios del Cairo. Unos debian ocuparse en hacer una descripcion exacta del pais, levantando el mapa mas circunstanciado; otros debian estudiar sus ruinas y dar nuevos datos á la historia; otros analizar sus producciones, y hacer observaciones útiles á la física, astronomia é historia natural; otros finalmente, ocuparse en bus-

car las mejoras que pudieran hacerse á la existencia de los habitantes, por medio de máquinas, canales, trabajos en el Nilo, y métodos adecuados á aquel suelo tan singular y distinto de la Europa. Si la fortuna habia de privarnos con el tiempo de aquel hermoso pais, al menos no podia quitarnos las conquistas que hubiesen hecho las ciencias, pues se preparaba un monumento que honraria el génio y constancia de nuestros sabios, así como la expedicion honraba el heroismo de nuestros soldados.

Monge fué el primero que obtuvo la presidencia, y Bonaparte el segundo, que propuso las siguientes cuestiones: investigar la mejor construccion de los molinos de agua ó de viento; reemplazar el lúpulo de que carece el Egipto para la fabricacion de la cerveza; determinar los sitios á propósito para el cultivo de la viña; indagar el mejor medio para facilitar agua á la ciudadela del Cairo; abrir pozos en los diferentes parages del desierto; buscar un medio para clarificar y refrescar el agua del Nilo; idear un modo de utilizar los escombros que obstruian la ciudad del Cairo y todas las antiguas de Egipto, y buscar las materias necesarias para la fabricacion de la pólvora en aquel pais. De estas cuestiones se puede inferir la imaginacion que el general tendria. Inmediatamente se esparcieron por todas las provincias los ingenieros, los dibujantes y sabios, para dar principio á la descripcion y mapa del pais; y hé aquí los cuidados de la naciente colonia, y el modo con que dirigia los trabajos su fundador.

Muy poco habia costado hasta entonces la con-

quista de las provincias del bajo y medio Egipto, pues solo mediaron algunos encuentros con los árabes, bastando una marcha forzada sobre Bel-boys para rechazar á Siria á Ibrahim-Bey. Desaix aguardaba el otoño para privar del alto Egipto á Murad-Bey, que se había retirado á él con los restos de su ejército.

Pero durante aquel tiempo había experimentado Bonaparte el mas penoso revés de la fortuna. Cuando salió de Alejandria, recomendó eficazmente al almirante Brueys que pusiese la escuadra al abrigo de los ingleses, bien introduciéndola en Alejandria, bien encaminándola á Corfú, pero especialmente que no quedase en la ensenada de Abukir, porque mas valia encontrar al enemigo yendo á la vela, que recibirlo anclado. Suscitóse una acalorada discusion respecto á saber si podrian entrar en el puerto de Alejandria los navios de ochenta, y ciento veinte cañones: pues respecto á los demás no había ninguna duda, pero para los de ochenta, y ciento veinte, se requeria aligerarlos de modo que pudiesen ganar tres pies de agua. Para esto era preciso desarmarlos ó construir algunos medios aparejos, cuya dificultad impidió á Brueys introducir su escuadra en el puerto, pues juzgaba que si le obligaban á tomar semejantes precauciones respecto á los tres navios mas fuertes que llevaba, jamás podria salir del puerto á la vista del enemigo, quedando así bloqueado por una escuadra muy inferior en fuerza, y por lo tanto se decidió á salir para Corfú. Pero siendo muy apasionado del general Bonaparte, no queria darse á la vela sin saber cosa cierta de su entrada en el Cairo y de su establecimiento en

Egipto. El tiempo que gastó, ya en hacer sondear los pasos de Alejandria, ya en esperar noticias del Cairo, fué lo que le perdió, y produjo uno de los mas funestos acontecimientos de la revolucion, y de los que en aquella época influyeron mas en los destinos del mundo.

Había anclado Brueys en la ensenada de Abukir, que forma un semicírculo muy regular, y nuestros trece navios formaban una línea arqueada paralela á la ribera. Para asegurar su línea, el almirante la había apoyado por una parte hacia una pequeña isla llamada el islote de Abukir, sin poder sospechar que pudiese pasar un navio entre este islote y su línea para cogerle la retaguardia, y en esta persuasion se había contentado con establecer una batería de á doce, únicamente para impedir que desembarcase el enemigo. Tan inexpugnable se creía por aquella parte, que colocó en ella sus peores navios, estando mucho mas receloso por el otro extremo del semicírculo. Por allí creía fácil que pasase el enemigo entre la orilla y su línea, y por esto puso los navios mas fuertes y mejor mandados. Además le tranquilizaba otra circunstancia interesante, y era que hallándose esta línea al Mediodia, y soplando el viento del Norte, el enemigo que atacase por aquel lado, tendria viento contrario, y no se espondria á combatir con tal desventaja.

En esta situacion, protegida su izquierda por un islote que contemplaba suficiente para cerrar la bahía y su derecha por sus mejores navios, y por el viento, esperaba con confianza las noticias que debian decidir su marcha.

Nelson, despues de haber recorrido el archi-

piélago, y vuelto al Adriático, á Nápoles y á Sicilia, supo por fin de cierto el desembarco de los franceses en Alejandria, y al instante determinó dirigirse allí á fin de buscar su escuadra y batirla. Envio una fragata á buscarla y reconocer su posicion, la cual habiendo entrado en la bahía de Abukir, pudo observar á su satisfaccion nuestra linea de anclage. Si el almirante, que tenia en el puerto de Alejandria una multitud de fragatas y navios ligeros, hubiese tenido la precaucion de mantener algunos á la vela, hubiera podido tener siempre á distancia respetuosa á los ingleses, é impedirles que observasen su linea, ó por lo menos ser advertido de su llegada. Pero por desgracia no hizo nada de esto, y la fragata inglesa, despues de concluido su reconocimiento, volvió á dar aviso á Nelson, que enterado de todos los pormenores de nuestra posicion, empezó al punto á maniobrar hácia Abukir, donde llegó el 4 de termidor, día 4.º de agosto, á cosa de las seis de la tarde. El almirante Brueys estaba comiendo, y dió al punto la señal del combate; pero estaban tan desprevenidos para recibir al enemigo, que en ningun navio se habia hecho el zafarrancho, y parte de la tripulacion estaba en tierra. El almirante envió á varios oficiales para que acudiesen los marineros y reunir parte de los que se hallaban en los convoyes, aunque no creia que Nelson se atreviese á atacarle aquella misma tarde, y esperaba tener tiempo para recibir los refuerzos que acababa de pedir.

Nelson resolvió atacar inmediatamente, é intentar una maniobra atrevida, de la cual se prometia el buen resultado de la batalla. Quería

abordar por la izquierda á nuestra linea, es decir, por el islote de Abukir, pasar por entre el islote y nuestra escuadra, á pesar del riesgo de los bajos, y colocarse así entre la orilla y nuestra linea. Esta maniobra era peligrosa, pero no titubeó un momento el intrépido inglés. El número de los navios era igual por ambas partes, es decir, de trece navios de linea. Nelson atacó á las ocho, mas su maniobra no logró entonces un feliz resultado, pues el *Culloden* baró en un bajo al querer pasar por entre el islote y nuestra linea; pero el *Goliath* que iba despues, fué mas feliz y pasó, aunque empujado por el viento, se adelantó á nuestro primer navio, y no pudo detenerse hasta el tercero. Los navios ingleses el *Zélé*, el *Atrevido*, el *Tesco* y el *Orion*, siguieron el movimiento y lograron colocarse entre nuestra linea y la ribera, avanzando hasta el *Tonante*, que era el octavo, y se trabaron así con nuestra izquierda y centro. Los demas navios se adelantaron por fuera de la linea, y la pusieron entre dos fuegos; mas como la escuadra francesa no esperaba verse atacada por esta parte, aun no se hallaban dispuestas ni desembarazadas las baterias por la parte de tierra, y nuestros dos primeros navios no pudieron hacer fuego mas que por un lado; de modo que el uno quedó desamparado y desarbolado el otro. Pero en el centro, donde se hallaba el *Oriente*, navio almirante, el fuego fué terrible, de suerte que el *Belerofonte*, que era uno de los principales de Nelson, quedó sin jarcias, desarbolado y obligado á amainar. Otros navios ingleses, horriblemente estropeados, tuvieron que alejarse del sitio del combate. El almirante Brueys solo habia recogido al-

gunos marineros; sin embargo, se defendia con ventaja, y aun esperaba que á pesar de lo bien que habia salido á Nelson su maniobra, lograria la victoria, si las órdenes que daba á la sazón á su derecha se efectuaban. Los ingleses solo habian empeñado el combate con la izquierda y el centro, y nuestra derecha, que se componia de nuestros mejores navios, se hallaba sin ningun enemigo al frente. El almirante Brueys la hacia señal de darse á la vela y de estrechárse esteriormente sobre la linea de batalla, pues si se efectuaba esta maniobra, los navios ingleses que nos atacaban por fuera, se hubieran visto entre dos fuegos: pero no se percibieron las señas. En semejante caso no debe dejar un subalterno de acudir al peligro, y volar en auxilio de su gefe; pero el contra-almirante Villeneuve, valiente, aunque sin decision, permaneció sin moverse esperando órdenes. Quedaron, pues, entre dos fuegos nuestra izquierda y centro; sin embargo, el almirante y sus capitanes hacian prodigios de valor, y sostenian con gloria el honor de nuestro pabellon. Ya habiamos perdido dos navios y los ingleses otros dos, de los cuales el uno naufragó y el otro quedó desarbolado, siendo superior nuestro fuego. Entonces fué herido el desgraciado Brueys y no quiso que le bajasen del puente de su navio diciendo que un *almirante debia morir dando órdenes*, pero vino una bala de cañon que le dejó muerto sobre el banco de popa. A las once se prendió fuego el magifico navio el *Oriente*, que se voló inmediatamente, y aquella espantosa explosion suspendió por algunos momentos la encarnizada refriega. Nuestros cinco navios el *Franklin*, el *Tonante*, el *Pueblo sobera-*

no, el *Espartano* y el *Aquilon*, sostuvieron el fuego toda la noche. Ya era tiempo de que nuestra derecha levase áncoras, y acudiese al socorro, cuya maniobra temia Nelson, pues estaba tan debilitado que no hubiera podido sostener el ataque; pero Villeneuve en lugar de dar á la vela para socorrer á sus compañeros lo hizo para retirarse y salvar su ala, que no creia se pudiera oponer con ventaja á Nelson. Tres de sus navios encallaron en la costa, y él se salvó con los dos restantes y dos fragatas, tomando el rumbo de Malta. Duró el combate mas de quince horas, y todas las tripulaciones atacadas habian hecho prodigios de valor. El valiente capitan Du Petit-Thouars habia perdido dos miembros, y mandó que le llevasen tabaco, permaneciendo sobre el banco de popa, y esperando como Brueys que le llevase otra bala de cañon. Toda nuestra escuadra, excepto los navios y fragatas que se llevó Villeneuve, quedó destruida y Nelson tan mal parado, que no pudo perseguir á los navios fugitivos.

Tal fué la célebre batalla naval de Abukir, la mas desastrosa que hasta entonces hubiese experimentado la marina francesa, y cuyas consecuencias militares debian ser las mas funestas. La escuadra que habia llevado á Egipto á los franceses, que podia auxiliarlos ó reforzarlos, auxiliar sus movimientos en las costas de Siria, en el caso de que hubiera necesidad de efectuarlos, imponer respeto á la Puerta, obligarla á contentarse con buenas palabras, y precisarla á sufrir la invasion de Egipto, últimamente la escuadra que en caso adverso debia volver á los franceses á su patria, se hallaba enteramente destruida. Los navios france-

ses estaban incendiados, pero no eran los ingleses los que les habian pegado fuego, lo cual hacia variar mucho la cuestion en cuanto al efecto moral. No tardó en circular rápidamente aquella funesta noticia por el Egipto, y produjo por el pronto cierta desesperacion en el ejército; pero Bonaparte la recibió con imperturbable serenidad y dijo:—¡Pues bien, es preciso morir aquí, ó salir con tanta gloria como los antiguos! Entonces escribió a Kleber, diciéndole:—Esto nos obligará á hacer mayores hazañas de las que pensábamos; por lo tanto debemos estar preparados.—La magnanimidad de Kleber era digna de este lenguaje:—Sí, respondió Kleber, es necesario hacer heroicidades; *yo preparo mis facultades.*—El valor de estos grandes hombres sostuvo al ejército, y alentó los ánimos. Bonaparte procuró distraer á sus soldados con diferentes expediciones, y les hizo olvidar en breve aquel desastre. Quiso también exaltar la imaginación con el aniversario de la fundación de la república que se celebraba el 4.º de vendimiarío, y mandó grabar sobre la columna de Pompeyo los nombres de los cuarenta primeros soldados que habian muerto en Egipto, en la toma de Alejandria. Estos cuarenta nombres que habian salido de las aldeas de Francia, se veían de aquel modo asociados á la inmortalidad de Pompeyo y Alejandro. En seguida dirigió á su ejército esta singular y sublime alocución, en que estaba trazada su maravillosa historia:

«Soldados, estamos celebrando el primer día del año VII de la república.

«Hace cinco años que se hallaba amenazada la independencia del pueblo francés; pero tomásteis

«á Toion, y esto fué el presagio de la ruina de vuestros enemigos.

«Un año despues batisteis en Dego á los austriacos.

«Al siguiente ya estábais en la cima de los Alpes.

«Hace dos años que luchábais aun contra Mantua, y ganábais la célebre victoria de San Jorge.

«El año pasado os hallábais en el nacimiento del Drave y del Isonzo, de vuelta de Alemania.

«¿Quién hubiera dicho entonces que os veríais hoy en las orillas del Nilo, en el centro del antiguo continente?

«Desde el inglés, tan célebre en las artes y el comercio, hasta el horrendo y feroz beduino, todo el mundo tiene fijas sus miradas en vosotros.

«Soldados, vuestro destino es glorioso porque sois dignos de vuestros propios hechos, y de la opinión que os habeis grangeado. Morireis con honor, como los valientes cuyos nombres están grabados en esa pirámide, ó volveréis á vuestra patria coronados de laureles y acompañados de la admiración de todos los pueblos.

«Despues de cinco meses que nos hemos alejado de Europa, hemos sido objeto constante de la solícitud de nuestros compatriotas, y en este instante cuarenta millones de ciudadanos celebran la era de los gobiernos representativos; cuarenta millones de ciudadanos están pensando en vosotros, y todos dicen: que á vuestros trabajos y á vuestra sangre se debe la paz general, el sosiego, la prosperidad del comercio, y los beneficios de la libertad civil.»

CAPITULO II.

Efectos de la expedición de Egipto en Europa. Funestas consecuencias de la batalla naval de Abukir. — Hace la Puerta la declaración de guerra. — Esfuerzos de la Inglaterra para formar otra nueva coalición. — Conferencias con el Austria en Solz. — Progresos de las negociaciones de Rastadt. — Nuevas conmociones en Holanda, en Suiza y en las repúblicas italianas. — Variación de la constitución cisalpina; apuros del Directorio con este motivo. — Situación interior. — Nueva oposición que se declara en los consejos. — Propensión general á la guerra. — Ley sobre la conscripción. — Estado económico del año VII. — Renuévanse las hostilidades. — Invasión en los estados romanos por el ejército napolitano. — Conquista del reino de Nápoles por el general Championnet. — Abdicación del rey de Piemonte.

Por mucho tiempo fué un misterio para la Europa la expedición á Egipto, aun despues de haber partido nuestra escuadra. La toma de Malta empezó á fijar las conjeturas. Esta plaza se tenia por inespugnable, y como se tomó sobre la marcha, produjo extraordinaria celebridad á los argonautas franceses. Tanto en Francia como en Europa se hallaban pasmados todos los ánimos del desembarco en Egipto, de la ocupación de Alejandría, y de la batalla de las Pirámides. El nombre de Bonaparte, que tan grande parecia al volver de los Alpes, adquirió mayor celebridad, y asombró mas desde los apartados climas del Oriente. Bonaparte

y el Egipto eran el asunto de todas las conversaciones, y en nada se tenian aun los proyectos efectuados, sino que se suponian otros mas gigantescos todavía, diciéndose que iba á atravesar la Siria y la Arabia, y arrojarse sobre Constantinopla ó la India.

La desgraciada batalla de Abukir no destruyó el prestigio de la empresa, pero sí reanimó todas las esperanzas de los enemigos de la Francia, y aceleró el triunfo de sus planes. La Inglaterra, que se hallaba sumamente alarmada por su poder comercial, y que solo aguardaba ocasion favorable para darnos nuevos enemigos, llevó a Constantinopla sus intrigas. No le disgustaba al Gran señor ver castigados á los mamélucos; pero tampoco queria perder el Egipto. Todavía no habia salido de Paris M. de Talleyrand, que debió presentarse á dar satisfacciones al Diván, y los agentes de la Inglaterra hallaron ilimitado campo para persuadir á la Puerta que no podia saciarse la ambición de la Francia; que despues de haber trastornado la Europa, queria conmovier el Oriente; y que despreciando una antigua alianza, iba á invadir la provincia mas rica del imperio turco. Estas sugerencias y el dinero esparcido en el Diván no hubieran, sin embargo, bastado á decidirle, si la hermosa escuadra de Brueys hubiese podido ir á bloquear los Dardanelos; pero la batalla de Abukir privó á los franceses de todo su ascendiente en el Levante, y dió á la Inglaterra decidida preponderancia. La Puerta declaró solemnemente la guerra á la Francia el día 4 de setiembre, y por una provincia perdida de muy atrás, se enemistó con su amiga natural, y se unió con sus mas temibles enemigos la

Rusia y la Inglaterra. El sultan mandó que se reuniese un ejército para reconquistar el Egipto; cuya circunstancia hacia en extremo ardua la posicion de los franceses. Separados de la Francia, y privados de todo auxilio por las vencedoras escuadras de los ingleses, estaban ademas espuestos á ver sobre sí todas las hordas del Oriente, siendo solo unos treinta mil hombres para luchar contra tamaños riesgos.

Victorioso Nelson fué á Nápoles para carenar su malparada escuadra y recibir los honores del triunfo: y á pesar de los tratados que unian á la corte de Nápoles con Francia, y la prohibia suministrar ningun auxilio á nuestros enemigos, todos los puertos y astilleros de Sicilia quedaron abiertos para Nelson, á quien se recibió tambien con estraordinarios honores. Salieron á recibirle el rey y la reina á la entrada del puerto, y le llamaron el héroe libertador del Mediterráneo. Dijeron que el triunfo de Nelson debia ser la señal del universal levantamiento; y que las potencias debian aprovecharse del momento en que el mas temible ejército de la Francia y su mas distinguido capitán se hallaban en Egipto, para marchar contra ella y ahogar en su seno á sus soldados y sus principios. Estraordinariamente activas fueron las indicaciones que se hicieron á todas las cortes. Escribieron á Toscana y al Piamonte para estimular su odio, hasta entonces encubierto, pues decian que habia llegado el momento de secundar á la corte de Nápoles, ligarse contra el comun enemigo, sublevarse todos á un tiempo á espaldas de los franceses, y degollarlos desde un extremo al otro de la península. Se dijo al Austria que debia aprovecharse

del instante en que las potencias italianas acometiesen por la espalda á los franceses, para atacarlos de frente y privarlos de la Italia. No era, en efecto, difícil, porque ni Bonaparte ni su terrible ejército se hallaban ya en el Adige, y al mismo tiempo se dirigieron al imperio, privado de parte de sus estados, y reducido á ceder la orilla izquierda del Rin; trataron de sacar de su neutralidad á la Prusia, y finalmente, se valieron respecto á Paulo I de cuantos medios podian ser eficaces para con su apocado ánimo, y decidirle á suministrar los auxilios tanto tiempo antes aguardados y tan vanamente prometidos por Catalina.

No podian menos todas las cortes de acoger bien tales sugestiones aunque no todas estuviesen en disposicion de ceder á ellas. Las mas enconadas y predispuestas á sofocar la revolucion eran las mas próximas á Francia; mas por lo mismo estaban mas cerca del coloso republicano, se veian precisadas á guardar mayor reserva y prudencia para entrar en lucha con él. La mas fácil de seducir era la Rusia así como la menos espuesta á venganzas, ya por su distancia, ya por el estado moral de sus pueblos. Catalina, cuya sagaz política habia dirigido siempre á complicar la situacion del Occidente, así para tener el pretexto de intervenir en él, como por tener tiempo para hacer en Polonia cuanto quisiera. Catalina no se habia llevado al sepulcro su política. Esta es innata al gabinete ruso, pues proviene de su misma posicion: puede variar de conducta ó de medios, según su soberano, sea astuto ó violento; pero siempre se encamina al mismo fin llevado de una tendencia irresistible. La ingeniosa Catalina se habia conten-

tado con dar esperanzas y ausilios á los emigrados, predicandola cruzada, pero sin aprontar ni un soldado. El mismo rumbo iba á seguir su sucesor, aunque con distinto carácter, porque aquel príncipe violento y casi insensato, si bien hombre generoso, pareció separarse en un principio de la política de Catalina, y negarse al tratado de alianza concluido con la Inglaterra y el Austria; pero despues de esta momentánea divergencia volvió muy pronto á la política de su gabinete. Viósele dar acogida al pretendiente, y sostener de su cuenta á los emigrados despues del tratado de Campo-Formio. Persuadióronle que debía hacerse el caudillo de la nobleza europea amenazada por los demagogos, y no contribuyó poco á exaltar su imaginacion el paso dado por la orden de Malta que le tomó por su protector, adoptando la idea que le proponian con la inconstancia y frenesí de los príncipes rusos. Ofreció su proteccion al imperio, y quiso hacerse responsable de su integridad. Irritóle sobremanera la toma de Malta, y ofreció la cooperacion de sus ejércitos contra la Francia, resultando de todo que la Inglaterra habia triunfado en San Petersburgo como en Constantinopla, y que iba á hacer marchar juntos á unos enemigos que hasta entonces eran irreconciliables.

No reinaba el mismo celo en todas partes; pues la Prusia se hallaba muy bien con su neutralidad y con las pérdidas del Austria para querer intervenir en la lucha de ambos sistemas. Vigilaba solo sus fronteras por la parte de Holanda y de la Francia para impedir el contagio revolucionario, y para eso habia colocado sus ejércitos de modo que formasen una especie de cordon sanitario. El im-

perio, que habia aprendido á costa suya á conocer el poder de la Francia, y que se veía espuesto á ser continuamente el teatro de la guerra, anhelaba la paz, y hasta los príncipes desposeidos la deseaban tambien, porque estaban seguros de lograr indemnizaciones en la orilla derecha, siendo los únicos que deseaban la guerra los príncipes eclesiásticos, que se veían amenazados con la secularizacion. Las potencias italianas del Piamonte y de la Toscana tambien aguardaban ocasion oportuna, pero temian la mano de hierro de la república francesa, y esperaban á que les precediesen Nápoles ó el Austria. En cuanto á esta, á pesar de que era la mejor inclinada de cuantas formaban la liga monárquica, vacilaba, sin embargo, segun su acostumbrada lentitud en adoptar un partido, y temia especialmente por sus pueblos, ya demasiado azotados por la guerra. La Francia la habia opuesto dos nuevas repúblicas que eran la Suiza y Roma, una á su costado, y la otra en Italia, lo cual la irritaba mucho y la estimulaba á volver á la lucha; pero hubiera prescindido de todas estas nuevas invasiones de la coaliccion republicana, si se la hubiera indemnizado con algunas conquistas, y con este objeto habia propuesto conferencias en Selzt. Debían estas verificarse en el verano de 1798, no lejos del congreso de Rastadt, y coincidir con él; dependiendo de su resultado la determinacion del Austria y el logro de los esfuerzos intentados para formar nueva coaliccion.

El enviado elegido por la Francia era Francisco de Neufchateau, y por eso se habia designado la pequeña ciudad de Selzt á causa de su situacion á la orilla del Rin, y no lejos de Rastadt, aunque en

la márgen izquierda. Esta última condicion era necesaria porque la constitucion prohibia al director cesante alejarse de Francia antes de un tiempo dado. El Austria envió á M. de Cobentzel, y desde el primer momento pudo ya conocerse las intenciones de esta potencia. Quería ser indemnizada con adquisiciones de territorio y de las conquistas que el sistema republicano habia hecho en Suiza y en Italia. La Francia queria ante todo tratar del acontecimiento de Viena, y exigir satisfacciones por el insulto hecho á Bernardotte, pero el Austria evitaba las esplicaciones en este particular, y emplazaba siempre esta parte de la negociacion, al paso que el agente francés las reproducia sin cesar, bien que por lo demas tenia orden para contentarse con la menor satisfaccion. La Francia hubiera deseado que el ministro Thugut, depuesto al parecer, lo hubiese sido realmente, y que se hubiese dado respecto á Bernardotte un paso cualquiera, el mas insignificante del mundo, para reparar el ultrage recibido. M. de Cobentzel se contentó con decir que su córte desaprobaba lo que habia acontecido en Viena; pero no se avino á dar ninguna satisfaccion, y continuó insistiendo en las estensiones de territorio que reclamaba. Era evidente que no se otorgarian satisfacciones al amor propio ofendido, mientras no se obtuviesen las que reclamaba la ambicion. El Austria decia que la institucion de las dos repúblicas romana y helbética, y la evidente influencia que se ejercia sobre las repúblicas Cisalpina, Liguria y Batava, eran contravenciones al tratado de Campo-Formio, y una peligrosa alteracion en el estado de Europa, sosteniendo que era indispensable que la Francia

concediese indemnizaciones, si queria que se le perdonáran sus últimas usurpaciones, y por lo que hace al Austria pedia el negociador que se le concediesen nuevas provincias en Italia. Quería se estableciese mas alla la linea del Adige, y que se estendiesen las posesiones austriacas hasta el Adda y el Pó; es decir, que se diese al emperador mas de la mitad de la república Cisalpina. M. de Cobentzel proponia indemnizar á esta última con una parte del Piamonte y que lo restante de este reino se cediese al gran duque de Toscana, dando al rey de Piamonte por via de indemnizacion los estados de la iglesia. De este modo, con tal de engrandecerse el emperador en la Lombardia, y su familia en Toscana, sancionaba la institucion de la república helbética, la destitucion del papa y el desmembramiento de la monarquía del Piamonte. La Francia no podia acceder á estas proposiciones por infinitas razones. En primer lugar no podia desmembrar la Cisalpina, apenas formada, ni imponer otra vez el yugo del Austria á unas provincias que habia libertado, y á quienes habia prometido y hecho comprar la libertad. Finalmente, en el año anterior habia concluido un tratado con el rey de Piamonte, por el cual le garantizaba sus estados. Sobre todo se habia estipulado aquella garantía contra el Austria, y la Francia no podia de ningun modo sacrificar el Piamonte, por lo cual Francisco de Neufchateau no pudo adherirse á las proposiciones de M. de Cobentzel, y se separaron sin haber convenido en nada. Por consiguiente, tampoco se dió la menor satisfaccion sobre el acontecimiento de Viena, y M. de Degelmann, que debia ir á Paris de embajador, no fué,

deklarándose que los dos gabinetes continuarian su correspondencia por medio de sus ministros en el congreso de Rastadt; aquella separacion se tuvo generalmente por un rompimiento.

Desde aquel instante se fijó el Austria en su resolucion; pero antes de renovar las hostilidades con Francia, queria ganarse el auxilio de las principales potencias europeas. Salió para Berlin M. de Cobentzel, con órden de trasladarse desde allí á San Petersburgo, y el objeto de aquellos viages no fué otro que el de contribuir con la Inglaterra á formar la nueva coalicion. El emperador de Rusia habia enviado á Berlin á uno de los principales personajes de su imperio, que era el principe de Repnin, debiendo este unir sus esfuerzos y M. de Cobentzel á los de la legacion inglesa para convencer al jóven rey.

La Francia por su parte habia mandado á Berlin á uno de sus mas distinguidos ciudadanos, que era Sieyes, cuya reputacion habia sido inmensa antes del establecimiento de la Convencion, oscureciéndose durante la comision de salvacion pública; pero viósele renacer de repente así que pudieron las existencias volver otra vez á sus naturales progresos, y el nombre de Sieyes se habia hecho el mas glorioso de Francia despues del de Bonaparte; porque en Francia, despues de una reputacion militar, nada sobresale tanto como la del hombre profundo y meditador. Era pues, Sieyes uno de los dos grandes personajes de su época. Siempre enojado, y vituperando al gobierno, no por ambicion, como Bonaparte, sino por aversion á una constitucion que no habia él hecho, no podia menos de ser importuno. Se pensó darle una emba-

jada, pues así se lograba alejarle, hacerle útil, y especialmente proporcionarle recursos para existir, porque la revolucion se los habia arrebatado todos al abolir los beneficios eclesiasticos, y una buena embajada le ofrecia el medio de que los recobrase. La mejor era la de Berlin, porque ni en Austria, ni en Rusia ni en Inglaterra teníamos enviados; mientras que Berlin era el teatro de todas las intrigas, y aunque Sieyes no era hombre muy acostumbrado al manejo de los negocios, era sin embargo un sagaz y seguro observador. Ademas, su gran nombradía le constituia en disposicion de representar la Francia, especialmente en Alemania, en donde convenia mas que en ninguna otra parte.

No agradó mucho al rey ver en sus estados á un revolucionario tan célebre; sin embargo, no se atrevió á oponerse á su nombramiento y Sieyes se condujo con moderacion y dignidad, y fué recibido del mismo modo, aunque le dejaron aislado, porque tanto á él como á los demas enviados nuestros en el extranjero, se les observaba con atencion y digámoslo así se les secuestraba. Los alemanes tenían mucha curiosidad por verle, pero no se atrevían. Su influencia en la corte de Berlin era nula, pues el rey de Prusia únicamente se debia llevar del sentimiento de sus intereses contra las instancias de la Inglaterra, del Austria y de la Rusia.

Mientras en Alemania se procuraba decidir al rey de Prusia, la corte de Napoles, llena de regocijo y temeridad desde la victoria de Nelson, hacia inmensos preparativos de guerra y redoblaba sus instancias con la Toscana y el Piamonte. Por una especie de condescendencia le habia dejado la Francia ocupar el ducado de Benevento; mas esta con-

cesion no la inquietó, y se lisonjaba de que adquiriría para la próxima guerra la mitad de los antiguos estados pontificios.

Continuaban las negociaciones de Rastadt con bastantes ventajas para la Francia y habiendo llegado á ser director Treilhارد y encontrándose Bonaparte en Egipto, habian sido reemplazados en el congreso por Juan Debry y Roberjot. Despues de haber conseguido la linea del Rin, quedaban que resolver una porcion de cuestiones militares, políticas y comerciales. Nuestra diputacion se habia hecho en extremo exigente, y pedia mucho mas de lo que tenia derecho á obtener, pues queria desde luego todas las islas del Rin, que era un artículo importante, sobre todo considerado militarmente. Despues pretendia conservar á Kehl y su territorio frente á Strasburgo, á Cassel y su territorio tambien en frente de Maguncia. Solicitaba ademas que se restableciese el puente mercantil entre los dos Brisahs; que se nos concediesen cincuenta yugadas de terreno enfrente del antiguo puente de Hunioga, y que se demoliese la importante fortaleza de Ehrenbreitstein. Exigia asimismo que fuese libre la navegacion del Rio y de todos los rios de Alemania que desaguaban en él; que se aboliesen todos los derechos de portazgo; que pagasen la misma aduana los géneros en las dos orillas y que se conservasen por los riveranos todos los caminos de rueda. Finalmente pedia otra condicion muy importante y era que las deudas de los paises de la orilla izquierda cedidos á la Francia, se traspasasen á los de la derecha, destinados á servir de indemnizacion.

Respondió con mucha razon la diputacion del

imperio que la linea del Rio debía ofrecer la misma seguridad á las dos naciones, pues esta razon era la que se habia alegado para conceder esta linea á la Francia; mas que no existiria para la Alemania semejante seguridad, si guardaba la Francia todos los puntos ofensivos, ya reservándose las islas, ya conservando á Cassel, Kehl y las cincuenta fanegas de tierra enfrente de Hunioga etc. La diputacion del Imperio no quiso admitir las exigencias de la Francia, y propuso por verdadera linea divisoria el *thalweg*, es decir, el punto medio del principal brazo navegable. Todas las islas que estaban á la derecha de esta linea debian pertenecer á la Alemania, y todas las de la izquierda á la Francia; de este modo se situaba entre ambas naciones el verdadero obstáculo que hace del rio una linea militar, es decir, el principal brazo navegable. Por consecuencia de esto pedia la diputacion la demolicion de Cassel y Kehl, y negaba las cincuenta fanegas de tierra enfrente de Hunioga, como asimismo el que conservase la Francia ningun punto ofensivo, puesto que la Alemania los perdia todos. No tanta razon se oponia á la demolicion de Ehrenbreitstein, que era incompatible con la seguridad de Coblenza. Otorgaba la libre navegacion del Rin, pero la estendia á toda su corriente y queria que la Francia obligase á la república bávara á reconocer esta libertad. Respecto á la libre navegacion de los rios interiores de Alemania, decia que este artículo era ageno de su competencia y correspondia individualmente á cada estado. No tenia reparo en conceder los caminos de rueda, pero pretendia dejar para un tratado de comercio todo lo relativo á los portazgos y á su abolicion. Finalmente queria,

en lo concerniente á los países de la orilla izquierda cedidos á la Francia, que se encargase de sus deudas, por el principio de que toda deuda va unida á su hipoteca, y que los bienes de la nobleza inmediata, se considerasen como propiedades particulares y se conserváran bajo este concepto. La diputacion solicitaba accesoriamente que las tropas francesas evacuasen la orilla derecha y dejasen de bloquear á Ehrenbreitstein, porque reducian á la miseria á sus habitantes.

Estas contrarias pretensiones dieron ocasion á una multitud de notas, y contranotas, durante todo el verano; hasta que últimamente por los meses de agosto y setiembre de 1798, quedó admitida por la diputacion francesa la línea del thalweg y se tomó por límite entre la Francia y la Alemania el principal brazo navegable, y á consecuencia de este principio, debieron dividirse las islas entre los dos estados. Consintió la Francia en la demolicion de Cassel y Kehl, pero exigió la isla de Pettersau, situada en el Rin, á la altura poco mas ó menos que Maguncia, y que es muy importante para esta plaza. El imperio germánico consintió por su parte en la demolicion de Ehrenbreitstein, en la libre navegacion del Rin, y en la abolicion de los portazgos. Faltaba convenirse en el establecimiento de los puntos mercantiles, en los bienes de la nobleza inmediata, en la aplicacion de las leyes de la emigracion en los países cedidos, y en las deudas de los mismos. Los príncipes seculares habian declarado que era menester hacer cuantas concesiones fuesen compatibles con el honor y seguridad del imperio, para obtener la paz tan necesaria á la Alemania. Era evidente que la mayor parte de estos

principes querian negociar como se lo aconsejaba la Prusia, mas el Austria empezaba á manifestar disposiciones enteramente opuestas, escitando el resentimiento de los príncipes eclesiásticos contra la marcha de las negociaciones. Aunque los diputados del imperio se pronunciaban por la paz, guardaban sin embargo la mayor reserva por el temor que el Austria les inspiraba, y vacilaban entre esta y la Prusia, pero en cuanto á los ministros franceses, mostraban mucha entereza viviendo aparte, y en una especie de aislamiento como todos nuestros ministros en Europa. Tal era la situacion del congreso á fines del estío del año VI (1798).

Mientras acontecian estas cosas en el Oriente y en la Europa, la Francia, encargada de dirigir las cinco repúblicas creadas á su alrededor, estaba abrumada de atenciones. A cada paso se suscitaban nuevas dificultades para dirigir el espíritu público de ellas, para sostener á nuestras tropas, tener en armonia á nuestros embajadores y generales, y seguir finalmente una buena correspondencia con los estados vecinos.

Casi en todas partes habia sido preciso obrar como en Francia. Esto es, despues de haber humillado á un partido, escarmentar á otro. El 3 de pluvioso (22 de enero), habia ocurrido en Holanda un remedo del 18 de fructidor, para desviar á los federalistas; abolir los antiguos reglamentos, y dar al país una constitucion concentrada, á semejanza de la de Francia; pero de esta revolucion habian logrado casi toda la ventaja los demócratas, que se abrogaron todos los poderes. Despues de haber espulsado de la Asamblea nacional á todos los diputados que parecian sospechosos, se habian consti-

tuido ellos mismos en Directorio y formados dos consejos sin recurrir á nuevas elecciones, tratando en esto de imitar á la Convencion nacional de Francia y sus famosos decretos de 5 y 13 de fructidor. En seguida se habian apoderado de la direccion de los negocios, traspasando los limites en que el Directorio francés queria se contuviesen todas las repúblicas confiadas á su cuidado. Llegó á Paris el general Daendels, uno de los hombres mas distinguidos del partido moderado, habló con nuestros directores, y volvió á salir para Holanda, á descargar sobre los demócratas el mismo golpe que habian recibido últimamente en Paris, excluyéndoles del cuerpo legislativo por medio de las escisiones. Asi que todo lo que se hacia en Francia, era preciso repetirlo poco despues en los estados que dependian de ella. Joubert tuvo orden de apoyar á Daendels, y este se reunió á los ministros, y auxiliado por las tropas bávaras, desbizo el Directorio y los consejos, formando un gobierno provisional, y procediendo á nuevas elecciones. Se mandó retirar al ministro de Francia Delacroix, que habia apoyado á los demócratas y estas escenas produjeron el efecto de costumbre, que fué decir que las constituciones republicanas no podian existir por sí, que á cada momento habia que sostenerlas con bayonetas, y que los nuevos estados dependian enteramente de la Francia.

Tampoco habia podido plantearse en Suiza la república *una é indivisible* sin algunos combates, y oscitados por los clérigos y aristócratas suizos los pequeños cantones de Schwitz, Zug y Glaris, habian jurado oponerse á la adopcion del nuevo régimen. El general Schauenbourg, sin querer re-

ducirlos por la fuerza, habia prohibido toda comunicacion de los demas cantones con estos. Acudieron al punto á las armas los pequeños cantones sublevados, y entraron en Lucerna asolando y saqueando; pero Schauenbourg marchó contra ellos, y despues de algunos porfiados encuentros los redujo á pedir la paz. Estipulóse en ella la aceptacion de la nueva constitucion, y hubo que entrar tambien á fuego y sangre para contener á los paisanos del alto Valais, que habian descendido al bajo, con el objeto de restablecer en él su dominio. Apesar de todos estos obstáculos, la constitucion estaba ya en pleno vigor en mayo de 1798 y se habia reunido en Arau el gobierno helbético, compuesto de un Directorio y dos consejos que principiaban á plantear la administracion del pais. El nuevo comisionado francés era Rapinat, cuñado de Rewbell, con el cual debia entenderse el gobierno helbético en la administracion de los negocios. Ardua la hacian las circunstancias, pues los clérigos y aristócratas acechaban desde las montañas la ocasion favorable para amotinar de nuevo al pueblo, y era preciso vigilarlos mucho, sostener y contentar al ejército francés que tenian para contrarestarlos, organizar la administracion y ponerse en estado de existir en breve con absoluta independencia; cargo no menos difícil para el gobierno helbético que para el comisionado francés que tenia á su lado.

Era muy natural que la Francia se apoderase de los fondos pertenecientes á los antiguos cantones aristocráticos para satisfacer los gastos de la guerra; y para que existiese su ejército, le eran indispensables el dinero existente en cajas y las pro-

visiones de los almacenes formados por los anteriores cantones. Esto era comun en el derecho de conquista; derecho á que hubiera podido renunciar sin duda, pero la necesidad la obligaba á usar de él por entonces. Recibió pues Rappinat orden para poner su sello en todas las cajas, y muchos suizos, aun algunos de los que habian deseado la revolucion, no llevaron á bien que se apoderase del peculio y almacenes de los antiguos gobiernos. Los suizos, como todos los montañeses, son cuerdos y valientes, pero en estremo avaros; querian gozar de libertad, verse libres de sus oligarcos, pero no costear la guerra. Mientras la Holanda y la Italia habian sufrido, casi sin quejarse, el enorme gravamen de largas y ruinosas campañas, los patriotas suizos levantaron el grito porque se vieron sin algunos millones. El Directorio helbético mandó por su parte poner otros nuevos sellos sobre los que acababa de poner Rappinat, y protestó contra la resolucion de poner las cajas á disposicion de la Francia. Rappinat mandó inmediatamente quitar los sellos del Directorio helbético, y le declaró que sus funciones eran meramente administrativas, que nada podia intentar contra la autoridad de la Francia, y que en lo sucesivo no tendrian vigor sus leyes y decretos, mientras continuiesen alguna cosa contraria á las disposiciones del comisionado y general francés. Los enemigos de la revolucion, que no eran pocos los que habia en los consejos helbéticos, triunfaron en aquella lucha, y alzaron su voz contra la tiranía, diciendo que se habia quebrantado su independencia, y que la república francesa, suponiendo darles la libertad no les proporcionaba en realidad mas que servidumbre y miseria; y no solo

en los consejos se manifestaba oposicion, sino tambien en el Directorio y en las autoridades locales. En Lucerna y en Berna habia antiguos aristócratas al frente de las administraciones, que entorpecian el impuesto de los quince millones sobre la antigua nobleza, para satisfacer las necesidades del ejército. Rappinat se propuso purgar el gobierno y las administraciones helbéticas, y pidió en una carta de fecha 28 de pradiel (16 de junio) la dimision de los dos directores llamados Bay y Pflüger, la del ministro de negocios estrangeros, y la renovacion de las cámaras administrativas de Lucerna y Berna. Esta peticion, hecha en tono de orden, no podia negarse, y al momento se hicieron las dimisiones; pero la aspereza con que procedió Rappinat suscitó nuevas quejas y se le imputaron todos los desaciertos. El en efecto comprometia á su gobierno, faltando abiertamente á las formalidades en unas alteraciones que se hubieran logrado facilmente por otros medios. El Directorio francés escribió desde luego al helbético, desaprobando la conducta de Rappinat y dándole satisfaccion respecto á la infraccion de las formalidades. Se depuso á Rappinat, y sin embargo quedaron escludidos los dimisionarios. Los consejos helbéticos nombraron en reemplazo de los dos directores á Ochs, autor de la constitucion, y al coronel Laharpe, hermano del general muerto en Italia, uno de los motores de la revolucion del canton de Vaud, y ciudadano de los mas integros y virtuosos de su patria.

Se concluyó una alianza ofensiva y defensiva entre la república helbética y francesa y se firmó el tratado el 19 de agosto segun el cual, cualquiera de las potencias que estuviere en guerra tenia de-

recho para exigir la intervencion de la otra y pedirle un auxilio, cuya fuerza se determinaria con arreglo á las circunstancias. La potencia que lo requiriese debía pagar las tropas que la otra aprontase, y quedaba recíprocamente asegurada la libre navegacion de todos los rios de la Suiza y Francia. Debían abrirse dos caminos; uno desde Francia á la Cisalpina, á través del Valais y el Simplon, y el otro desde Francia á Suavia, subiendo por el Rin y siguiendo la márgen oriental del lago de Constancia. Con este sistema de repúblicas unidas se proporcionaba la Francia dos grandes caminos militares para pasar á los estados de sus aliados y poder desembocar rápidamente en Italia ó en Alemania. Se ha dicho que estos dos caminos trasladaban el teatro de la guerra á los estados aliados, pero no eran los caminos, sino la alianza con Francia lo que esponía á estos estados á tales inconvenientes. Los caminos no eran mas que un medio para acudir mas pronto y protegerlos á tiempo tomando la ofensiva en Alemania ó en Italia.

Quedaron reunidas á la Francia las ciudades de Ginebra y Mulhausen, y los baillatos italianos, que habian vacilado largo tiempo entre la Cisalpina y la república helvética, se declararon por esta, y votaron su reunion. Las líneas de los grisones, que hubiera querido el Directorio reunir á la Suiza, se hallaban divididas en dos facciones rivales, y titubeaban entre el dominio austriaco y el helvético, por lo cual las observaban nuestras tropas. Ocasionaron los frailes y los agentes extranjeros un nuevo desastre en el Underwalden, haciendo sublevar á los paisanos de aquel valle con-

tra las tropas francesas, de que resultó un sangriento combate en Stanz, y fué preciso incendiar aquel desdichado pueblo, para espulsar de él á los fanaticos que abrigaba.

Las mismas dificultades se ofrecian en el otro lado de los Alpes, donde reinaba una especie de anarquía entre los súbditos de los nuevos estados y sus gobiernos, entre estos y nuestros ejércitos, y entre nuestros embajadores y generales, que producía una espantosa confusion. La pequeña república liguriana estaba encarnizada contra el Piemonte, y quería á toda costa prender en él el fuego de la revolucion. Se habian refugiado en ella gran número de demócratas piemonteses, saliendo luego armados y organizados para invadir su país, y derrocar el gobierno del rey. Otra faccion habia salido por la parte de la Cisalpina, adelantándose por Domo-d'Ossola; pero se rechazaron todas estas tentativas, inmolándose sin fruto innumerables victimas. No por esto habia dejado de acosar al gobierno del Piemonte la república liguriana; antes bien acogia y armaba nuevos refugiados, queriendo hacer por sí misma la guerra. Mucho trabajo costaba reprimirla á Sotio, nuestro ministro en Génova; y el que teniamos en Turin, Guinguenó, tambien se veia apurado por su parte para satisfacer las continuas quejas del Piemonte, calmando sus resentimientos de venganza contra los patriotas.

Reinaba un espantoso desorden en la Cisalpina, porque al constituirla Bonaparte no habia tenido tiempo para calcular exactamente las proporciones que hubieran debido observarse en las divisiones del territorio y número de los funciona-

rios, ni para organizar el régimen municipal y sistema de hacienda. Este pequeño estado tenía hasta doscientos cuarenta representantes; y siendo muy numerosos los departamentos, se hallaba devorado por infinitos funcionarios. Carecía de todo sistema regular y uniforme de impuestos, y a pesar de su considerable riqueza; no tenía hacienda, y apenas podía sufragar al subsidio convenido para el sosten de nuestros ejércitos. Por lo demás, la confusion rayaba bajo todos conceptos en el mayor extremo.

Desde que se escluyeron algunos individuos del consejo, a propuesta de Berthier, cuando fué preciso hacer aceptar el tratado de alianza con la Francia, llevaban la voz los revolucionarios, y dominaba en los consejos y clubs el lenguaje de los jacobinos. Apoyaba este movimiento y su exaltacion nuestro ejército, y Brune despues de haber terminado la sumision de la Suiza, regresó á Italia, donde recibió el mando general de todas las tropas francesas despues de la salida de Berthier para Egipto. Hallábase de corifeo de los mas acalorados patriotas, y en las mismas ideas y sentimientos abundaba Lahoz, comandante de las tropas lombardas, cuya organizacion habia empezado Bonaparte. Otras causas de desorden existian ademas en la desagradable conducta de nuestros oficiales, que se conducian en la Cisalpina como en pais conquistado, maltratando á los habitantes, exigiendo alojamientos, que segun los tratados no debian dárseles, asolando los pueblos donde se hallaban, propasandose á veces á hacer requisiciones como en tiempo de guerra, usurpando el dinero á las administraciones locales, y desfalcan-

do las arcas públicas, sin alegar mas pretesto que su albedrio. Los comandantes de plazas imponian intolerables esacciones, pues el de Mantua, por ejemplo, habia llegado a arrendar en favor suyo la pesca del lago, y los generales proporcionaban sus exigencias á su grado, y ademas de lo que saqueaban, cobraban de las compañías escandalosas ganancias. La que estaba encargada de dar provisiones al ejército de Italia cedia á los estados mayores un cuarenta por ciento de beneficio, y puede inferirse lo que ganaria cuando semejante lucro daba á sus protectores. No habia en las filas, por efecto de las deserciones, ni la mitad de las plazas que constaban en las listas, de modo que la república pagaba doble de lo que hubiera debido; mas á pesar de estos agiotages, los soldados estaban muy mal pagados, y á la mayor parte se les debian muchos meses. Asi es que el pais que ocupábamos se hallaba horroresamente vejado, sin que lo pasasen bien nuestros soldados; y los patriotas cisalpinos toleraban sin quejarse todos estos desórdenes, porque el estado mayor les prestaba apoyo.

Mejor aspecto presentaba Roma, donde gobernaba con cordura y probidad todo el pais recién libertado, una comision compuesta de Daunou Florent y Faypoult, los cuales habian redactado una constitucion que quedó adoptada, y que salvaba algunas diferencias de nombres, se asemejaba en un todo á la francesa. Los directores se llamaban cónsules, el consejo de los Ancianos, senado, y el segundo consejo, tribunado; pero la dificultad no estaba en dar una constitucion, sino en ponerla en planta. Lo que se oponia á su ejecucion no

era como se creeria araso, el fanatismo de los romanos, sino su desidia; y no habia apenas quien hiciese oposicion sino algunos aldeanos del Apennino; incitados por los frailes, y cuya sumision era muy facil; mas entre los habitantes de Roma destinados á formar el consulado, senado y tribunado, reinaba un descuido y una ineptitud estremada para el trabajo. Eran menester grandes esfuerzos para decidirlos á asistir un dia si y otro no, queriendo tener vacaciones todo el estio. A semejante indolencia debe agregarse la inesperienza é incapacidad absoluta en materia de administracion. Mas celo habia entre los cisalpinos, pero celo ignorante y destemplado que era tan funesto como la indolencia; y así era de temer que apenas se ausentase la comision francesa, se disolviese el gobierno romano por inaccion ó retirada de sus individuos. Sin embargo, se apetecian los destinos en Roma, y se les preferia como en todo estado que carece de industria.

Habia puesto término la comision á todas las malversaciones cometidas en los primeros momentos de nuestra entrada en Roma, tomando á su cargo la direccion de la hacienda, que dirigia con integridad é inteligencia. Faypoult, que era un administrador irrepreensible é ilustrado, habia establecido para todo el estado romano un sistema de contribuciones muy bien entendido, logrando así satisfacer las necesidades de nuestro ejército, y pagando todos los atrasos, no solo al ejército de Roma, sino tambien á la division embarcada en Civita Vecchia. Si se hubiese manejado del mismo modo la hacienda en la Cisalpina, no se hubiera vejado el país, y nuestros soldados hubieran vivi-

do en la abundancia. La autoridad militar de Roma se hallaba sometida en un todo á la comision; el general Saint Cyr, que habia sustituido á Massena, se distinguia por una severa integridad, pero participando del deseo de autoridad que reinaba en todos sus compañeros, parecia que no estaba contento con verse sometido á la comision. En Milan especialmente se miraba con poco agrado lo que se practicaba en Roma, y los demócratas italianos se irritaban al ver anonadados ó reprimidos por la comision á los demócratas romanos. El estado mayor francés, de quien dependian las divisiones acuarteladas en Roma; veia con sentimiento escapársele una rica parte de los países conquistados, y ansiaba el momento en que la comision cesase en sus funciones.

No debe culparse al Directorio francés de los desordenes que reinaban en los países aliados, porque no hubiera podido la mas decidida voluntad aplacar el delirio de las pasiones que los conmovia; y por lo que hace á las esacciones, ni la misma voluntad de Napoleon logró impedir las en las provincias conquistadas; pues lo que un solo individuo, dotado de sumo génio y vigor, no pudo ejecutar, menos lo podria un gobierno compuesto de cinco individuos y situado á tan lejana distancia; sin embargo, se advertia en la mayoría de nuestro Directorio el mayor celo para alianzar el bien estar de las nuevas repúblicas, y la mas terrible indignacion contra la insolencia y cohechos de los generales, y contra las manifiestas estafas de las compañías. Excepto Barrás, que iba á medias en todas las ganancias de las compañías, y que formaba la esperanza de todos los revoltosos

de Milan, los cuatro directores denunciaban con la mayor energía cuanto en Italia se practicaba, y especialmente Larevelliere, cuya austera probidad se escandalizaba de tantos desórdenes, propuso al Directorio un plan que fué aprobado. Quería que continuase una comision dirigiendo el gobierno romano y reprimiendo la autoridad militar; que se enviase un embajador á Milan para representar al gobierno francés y privar de todo influjo al estado mayor; que este embajador tendria á su cargo las modificaciones que era preciso hacer en la constitucion cisalpina, como así mismo reducir el número de las divisiones locales, de empleados y de individuos de los consejos; finalmente que este embajador tuviese por agregado un administrador, capaz de crear un sistema de impuestos y contabilidad. Adoptóse este plan, y Trouvé, ministro en otro tiempo de Francia en Nápoles, y Faypoult, uno de los individuos de la comision de Roma, fueron enviados á Milan para llevar á cabo las medidas propuestas por Larevelliere.

Inmediatamente, despues que llegase Trouvé á Milan, tenia órden de reunir á los hombres mas ilustrados de la Cisalpina, y concertarse con ellos sobre todas las variaciones que fuese necesario hacer, ya en la constitucion, ya en el personal del gobierno. Esa seguida debia, apenas se acordasen todas estas modificaciones, hacerlas proponer en el consejo de la Cisalpina por los diputados amigos suyos, y en caso de necesidad apoyarlos con la autoridad de la Francia, sin dejar de disimular en lo posible el influjo de donde emanaban.

Habiendo pasado Trouvé desde Nápoles á Mi-

lan, hizo cuanto se le habia ordenado, pero era muy difícil guardar el secreto de su comision, y no tardó en saberse públicamente que iba á alterar la constitucion y sobre todo á reducir el número de toda clase de empleos. Los patriotas convencidos, segun la conducta del embajador, de que las reducciones se verificarian en ellos, estaban sumamente irritados, acudieron al estado mayor del ejército, que se hallaba muy resentido de la nueva autoridad á que tenia que acomodarse, y provino una escandalosa oposicion entre la legacion francesa y el estado mayor francés unido á los patriotas italianos. Delataron con mucha violencia en los consejos cisalpinos á Trouvé y á cuantas personas concurrían á su casa, se quiso dar á entender que el ministro francés iba á infringir la constitucion y renovar uno de aquellos actos opresores que habia ejercido el Directorio con todas las repúblicas aliadas. Trouvé recibió muchos desaires de toda especie de los patriotas italianos y de nuestros oficiales; particularmente estos últimos le trataron con la mayor grosería en un baile que dió, y produjeron extraordinario escándalo. Sensibles eran estas escenas, especialmente por el efecto que producian en los ministros estrangeros, los cuales no solo eran testigos de las mas odiosas divisiones, sino que se les insultaba en los banquetes diplomáticos, bebiendo en su presencia por el esterminio de todos los reyes. En Milan reinaba el mas furioso jacobinismo, y Brune y Lahoz partieron para Paris con el objeto de conseguir el apoyo de Barrás; mas el Directorio, avisado de antemano, no cedia en sus resoluciones, y Lahoz recibió órden para salir de Paris

apenas llegó á esta corte , y á Brune se le mandó volver á Milan y ausiliar á Trouvé en las modificaciones que se habian mandado ejecutar.

Después de haber hecho las que creyó necesarias en la constitucion , reunió Trouvé en su casa á los mas ilustrados diputados y las sometió á su exámen. Aprobáronlas todas; pero era tal el furor que reinaba , que no se atrevieron á encargarse de proponerlas por sí en ambos consejos , viéndose por lo tanto precisado Trouvé á desplegar la autoridad francesa , y ejercer á primera vista un poder que hubiera querido tener oculto. Por lo demas poco importaba el medio que se emplease , pues hubiera sido un absurdo para la Francia , que habia creado estas nuevas repúblicas y que las sostenia con su apoyo , no valerse de su fuerza para establecer el orden que mas conveniente juzgase. El verro estaba en que no hubiera herido todo lo posible desde el primer dia y de un golpe , para no verse forzada á renovar estos actos de su omnipotencia. El 30 de agosto (13 de fructidor , año VI), reunió Trouvé al Directorio y á los dos consejos de la Cisalpina y les presentó la nueva constitucion y leyes de administracion y hacienda preparadas por Faypoult. Los consejos quedaban reducidos de doscientos cuarenta á ciento veinte individuos , designando los que habian de permanecer en ellos y en el gobierno. Se establecia un sistema de contribuciones divididas en personales é indirectas , que era el sistema que se trataba á la sazón de plantear en Francia , y que disgustaba mucho á los patriotas. Quedaron aprobadas y adoptadas todas estas modificaciones. Brune se vió obligado á prestar el auxilio de las tropas

francesas , con lo cual quedó frustrada la cólera de los patriotas cisalpinos , y la revolucion se verificó sin ningun obstáculo. Decidióse ademas que para aprobar las alteraciones hechas en la constitucion , se procediese á la próxima convocacion de las Asambleas primarias.

Quedaba cumplida la comision de Trouvé , pero viendo el gobierno francés el encono que habia escitado este ministro , creyó no ser posible dejarle en la Cisalpina , y que era preciso darle otra embajada , enviando á Milan á un hombre que nada tuviese que ver con los últimos acontecimientos. Por desgracia se dejó llevar el Directorio de cierto ex-jacobino , que se habia hecho un despreciable y bajo adúlador de Barrás , asociado con él en los agiotajes de las compañías , é introducido en el camino de los honores ; este era Fouché cuyo nombramiento arrancó Barrás á sus cólegas. Fouché salió en sustitucion de Trouvé y este debió pasar á Stuttgart; pero aprovechándose Brune de la salida de Trouvé , se atrevió con una osadía que solo puede esplicarse por la licencia militar que reinaba entonces , á hacer alteraciones de la mayor consideracion en la obra del ministro de Francia. Exigió la dimision de tres de los directores nombrados por Trouvé ; varió muchos ministros , y alteró como quiso la constitucion. Uno de los directores , cuya dimision habia exigido , era Sopranzi , al cual por haber rehusado animosamente hacerla , hizo prender á la fuerza por sus soldados y arrancarle del palacio del gobierno , apresurándose en seguida á convocar las Asambleas primarias para que aprobasen la obra de Trouvé , modificada segun su capricho. Fouché ,

que llegó en aquel intervalo, hubiera debido oponerse á semejante arreglo y no permitir que se sancionasen unas alteraciones que el general no tenia facultad de hacer; pero dejó á Brune proceder á su antojo y quedó aprobado todo por las Asambleas primarias, sometidas á un mismo tiempo al poder militar y al furor de los patriotas.

Cuando el Directorio francés supo aquellos pormenores, no los disimuló sino que dió por nulo todo lo hecho por Brune, le depuso, y encargó á Joubert que pasase á poner las cosas en el estado en que las dejó Trouvé. Fouché hizo algunas observaciones, pretendiendo que hallandose aprobada la nueva constitucion con las alteraciones hechas por Brune, produciria muy mal efecto el insistir mas. Tenia razon, y logró poner á Joubert de su parte; pero el Directorio no debia sufrir semejantes arbitrariedades de parte de sus generales, ni permitirles que ejercieran tal autoridad en los estados aliados. Destituyó tambien á Fouché que por esta razon permaneció muy pocos dias en la Cisalpina, y mandó que se restableciese integramente la constitucion, tal como la habia formado Trouvé en nombre de la Francia. Respecto á los individuos á quienes habia arrancado Brune su dimision, se les obligó á renunciarla para evitar nuevos trastornos.

Quedó, pues, constituida la Cisalpina como lo habia querido el Directorio, salva la destitucion de algunas personas depuestas por Brune; pero estas continuas alteraciones, estos rigores, y estos choques de nuestros agentes civiles y militares, producian un deplorable efecto, desalentaban á los nuevos pueblos libertados, desconceptuaban

á la república madre, y probaban la dificultad de mantener en su centro á todos estos cuerpos.

Atribuyeron al Directorio todos los acontecimientos de la Cisalpina, porque es costumbre convertirlo todo en cargos cuando se ataca á un gobierno, é imputarle como crimén hasta los obstáculos que se oponen á su marcha. La doble oposicion que empezaba á renacer en los consejos, combatió de otro modo las operaciones efectuadas en Italia. El argumento era muy sencillo para la oposicion de los patriotas, porque se reducía á decir que se habia cometido un atentado contra la independencia de una república aliada, y hasta una infraccion de las leyes francesas, porque la constitucion cisalpina que acababa de alterarse estaba garantida por un tratado de alianza, el cual estaba aprobado por los consejos, y no podia infringirlo el Directorio. En cuanto á la oposicion constitucional ó moderada, era natural esperar su aprobacion mas bien que sus cargos, porque las alteraciones hechas en la Cisalpina se dirigian contra los patriotas pronunciados; pero entre los que formaban la oposicion, se contaba á Luciano Bonaparte, que buscaba motivos para quejarse del gobierno, y creia por otra parte deber defender la obra de su hermano, combatida por el Directorio; por eso gritaba como los patriotas que se atacaba á la independencia de los aliados, que se violaban los tratados, etc.

Cada dia se iban pronunciando mas los dos partidos, y empezaban á refutar al Directorio ciertas atribuciones que le daba la ley del 19 de fructidor, y de que habia hecho uso algunas veces. Por ejemplo, aquella ley le daba derecho

para cerrar los clubs, ó suprimir los periódicos cuya tendencia fuese peligrosa, y en efecto habia cerrado algunas sociedades demasiado acaloradas, ó suprimido algunos periódicos que habian dado noticias falsas y forjadas sin duda con intencion siniestra. Periódico hubo entre otros que pretendió que el Directorio iba á reunir á la Francia el pais de Vaud, y el Directorio le suprimió. Los patriotas declamaron contra este poder arbitrario, y pidieron que se revocasen varios artículos de la ley del 49 de fructidor, á lo cual se resistieron los consejos decidiendo que continuasen con vigor hasta que se promulgara una ley sobre la imprenta, á cuyo efecto se mandó preparar trabajos.

El Directorio sufrió igualmente terribles contradicciones en materia de hacienda, pues se trataba de cerrar el presupuesto del año VI (1797—1798), y proponer el del año VII (1798—1799). El del año VI se habia fijado en seiscientos diez y seis millones; pero de esta suma resultaba un déficit de sesenta y dos millones, y ademas un atraso considerable en los ingresos. A pesar de la solemne promesa de pagar el tercio consolidado, no se habia satisfecho del todo á los acreedores, y asi se decidió que recibirian en pago de atrasos pagarés admisibles en las contribuciones. Era preciso fijar inmediatamente el presupuesto del año VII, en que iba á entrarse, y se calculaban los gastos en seiscientos millones, sin contar con una nueva guerra continental. Fue menester reducir las contribuciones de fincas y personal en extremo subidas, y aumentar los impuestos de papel sellado, registro y aduanas. Decretáronse céntimos adicionales para los gastos locales, y portazgos á la en-

trada de los pueblos, para manutencion de los hospitales y otros establecimientos. A pesar de estos aumentos sostuvo el ministro Ramel que de los impuestos se cobraria, cuando mas, las tres cuartas partes, calculando por los años anteriores, y que era darles mucho aumento el considerar las entradas efectivas por de cuatrocientos cincuenta á quinientos millones; pidió, pues, nuevos recursos para cubrir el gasto de seiscientos millones, y propuso una contribucion sobre las puertas y ventanas, y otra sobre la sal. Respecto á esto, mediaron violentas contestaciones; pero se decretó el impuesto sobre las puertas y ventanas, y se preparó un informe sobre el segundo.

Estas contradicciones nada tenian de chocante en sí mismas, pero eran el sintoma de un oculto aborrecimiento, que solo necesitaba alguna desgracia pública para estallar. El Directorio, perfectamente enterado del estado de la Europa, conocia que se preparaban nuevos riesgos, y que iba á encenderse otra vez la guerra en el continente, segun era el movimiento que se observaba en diferentes gabinetes. Cobentzel y Repnin no habian podido sacar á la Prusia de su neutralidad, y la habian dejado muy descontentos; pero Paulo I, enteramente seducido, habia estipulado un tratado de alianza con el Austria, y se decia que sus tropas estaban ya en marcha. El Austria armaba gente con la mayor actividad; la corte de Nápoles mandaba alistar á toda su poblacion, y así hubiera sido notable imprudencia no hacer preparativo alguno, viendo el mismo movimiento desde las orillas del Vistula hasta las del Vulturno; y habiendo disminuido estraordinariamente nues-

tros ejércitos por tantas deserciones, resolvió el Directorio hacer los reemplazos por medio de una gran institucion que estaba todavía por plantear. Dos veces habia dispuesto la Convencion de la poblacion de Francia, pero de un modo extraordinario, y sin fijar una ley permanente para la quinta anual de los soldados. En marzo de 1793 ordenó una de trescientos mil hombres, y en agosto del mismo año adoptó la grandiosa y brillante resolucion del levantamiento general, por orden de generaciones. Despues la republica habia existido solo por esta medida, obligando á permanecer en las filas á cuantos habian tomado las armas en esta época; pero así la guerra como las enfermedades habian diezimado mucha gente, y la paz habia proporcionado á muchos el retiro para sus casas. Solo se habian licenciado doce mil hombres, pero habia un número diez veces mayor de desertores, y era muy difícil ensañarse contra unos hombres que habian defendido su patria por espacio de seis años y héchola triunfar de la Europa á costa de su sangre. Quedaban los cuadros, que eran excelentes, y era menester llevarlos con otra quinta, adoptando no una medida extraordinaria y temporal, sino general y permanente; en una palabra, era menester dar una ley que fuese en cierto modo parte inherente de la constitucion del Estado. Esta ley fué la de la conscripcion.

El general Jourdan fué quien dió el informe de aquella grande y saludable ley, de la que se ha abusado como de todas las cosas de este mundo, pero que no por eso dejó de salvar la Francia y llevarla á su mas alto grado de gloria. Por esta

ley se declaró soldado de derecho á todo francés durante una época de su vida; época que se marcó de veinte á veinte y cinco años. Los jóvenes que llegaban á esta edad se dividian en cinco clases, año por año, y segun la necesidad, el gobierno llamaba á los jóvenes empezando por la primera clase, la de veinte años, y por los que menos edad tenian en cada clase. Podia llamar sucesivamente á las cinco clases, segun la precision lo exigiese. En tiempo de paz los conscriptos estaban obligados á servir hasta los veinte y cinco años. y así el tiempo de servicio de los soldados variaba de un año á cinco, segun hubiesen entrado desde la edad de veinte y cinco á la de veinte. En tiempo de guerra la duracion del servicio era ilimitado, pues el gobierno debia espedir las licencias cuando creyese poderlo verificar sin inconveniente. Nadie se eximía de esta ley sino los que se hubiesen casado antes de su promulgacion, ó hubiesen servido ya en las anteriores guerras. Así esta ley comprendia los casos ordinarios; pero en circunstancias extraordinarias, cuando la patria se hallaba en peligro, el gobierno tenia derecho, como en 93, para echar mano de toda la poblacion, renovandose el levantamiento general.

Quedó aprobada aquella ley sin oposicion alguna considerándosela como una de las mas importantes obras de la revolucion. * Inmediatamente pidió el Directorio ponerla en práctica, y declaró la quinta de doscientos mil conscriptos para completar los ejércitos y ponerlos en un pie respetable, a cuya peticion se accedió por aclamacion el

* Espidióse el 19 de fructidor, año VI (5 de setiembre de 1798).

2 de vendimiario, año VII (23 de setiembre de 1798). Aunque las dos oposiciones impugnaban con frecuencia al Directorio por disgusto ó por celos, sin embargo, querian que la república conservase su ascendiente en presencia de las potencias de Europa. Una quinta de hombres exige una contribucion de dinero; y el Directorio pidió ciento veinte y cinco millones, noventa para el equipo de los doscientos mil conscriptos, y treinta y cinco para reparar el último descalabro de la marina. La cuestion se reducía á saber de donde se sacarían. El ministro Ramel probó que las pagarés para el reintegro de las dos terceras partes de la deuda se habían percibido casi en su totalidad, y quedaban cuatrocientos millones en bienes nacionales, de los que se podia disponer libremente y destinarlos á cubrir las nuevas necesidades de la república, por lo tanto, se decretó la venta de ciento veinte y cinco millones de bienes nacionales, de los cuales una duodécima parte debia pagarse al contado, y lo demas en obligaciones de los compradores, negociables á voluntad, y pagaderas sucesivamente en un plazo de diez y ocho meses. Este papel podia equivaler á un pago al contado, por la facilidad de endosarlo á los asentistas. Los bienes debian venderse en ocho veces mas que su producto; y este recurso fué aprobado lo mismo que la ley de remplazos, cuya consecuencia era.

De este modo podia el Directorio hacer frente á las amenazas de la Europa, y sostener la dignidad de la república. Acababan de acontecer dos sucesos de mediana importancia; uno en Irlanda y otro en Ostende. Habíase sublevado la Irlanda, y el Directorio envió al general Humbert con mil

quinientos hombres. * Por desgracia se retrasó una remesa de fondos que debia hacer la tesorería, y no pudo embarcarse otra division de seis mil hombres, mandada por el general Sarrazin, quedando Humbert sin apoyo. Se habia sostenido por largo tiempo, y lo bastante para probar que la llegada del esperado refuerzo hubiera cambiado enteramente el aspecto de los sucesos; pero despues de una serie de gloriosos combates, acababa de verse obligado á deponer las armas con toda su gente. Un descalabro de la misma naturaleza, sufrido hacia poco, por los ingleses, compensó esta pérdida. Los ingleses solian de vez en cuando arrojar algunas bombas sobre nuestros puertos del Occéano, y trataron de hacer un desembarco para destruir las esclusas; pero acosados sin cesar, é interceptados con sus navios, quedaron prisioneros en numero de dos mil hombres.

A pesar de la alianza contratada por el Austria con la Rusia y la Inglaterra, y de poder contar con un ejército ruso y un subsidio inglés, vacilaba sin embargo, en empeñar la lucha con la república francesa. La España, que veía con sentimiento volverse á encender la guerra en el continente, y que temia asimismo los progresos del sistema republicano y su ruina, porque en un caso podia introducirse en ella la revolucion, y en otro purgar su alianza con la Francia. La España se habia interpuesto de nuevo para aplacar á unos adversarios irritados; y su mediacion, dando margen á discusiones, y prometiendo alguna esperanza de arre-

* Desembarcó el 5 de fructidor (22 de agosto), y quedó batido y hecho prisionero el 22 (8 de setiembre) por el general Cornwallis.

glo, producía nuevas dudas en Viena, ó al menos nuevas demoras. En Nápoles, donde hervía un furor implacable, se indignaban por tanta tardanza, y se quería hallar un medio de empeñar la lucha, para obligar al Austria á desnudar la espada. Insensata sin igual era aquella pequeña corte. El destino de los Borbones en aquella época era ser arrastrados al precipicio por sus mugeres. Tres se habian visto al mismo tiempo en idéntico caso: Luis XVI, Carlos IV y Fernando IV. Sabida es la suerte del desdichado Luis XVI. Carlos y Fernando caminaban, aunque por distinto rumbo, conducidos por la misma mano, á una inevitable ruina. Al pueblo de Nápoles le hacían usar escarapela inglesa, y contemplaban á Nelson como á un dios tutelar. Se mandó que tomase las armas la quinta parte de la poblacion; medida sumamente ridicula porque hubiera bastado armar la quincuagésima para poder figurar entre las potencias. Cada convento debia aprontar un ginete equipado. Se habian puesto en venta parte de los bienes del clero, duplicandose todos los impuestos, y finalmente, llamándose á Nápoles, para mandar el ejército napolitano, á aquel Mack, aborto de desgraciados proyectos, cuyos planes militares habian salido tan mal, y cuyo destino le reservaba tan estraños contratiempos. Decretáronle los honores del triunfo antes de vencer, y le dieron el nombre de libertador de Italia, como se apellidó Bonaparte. A todos estos grandes recursos se agregaban novenas á todos los santos, y rogativas á san Genaro, levantándose cada uno para aquellos de quienes se sospechaba que eran afrancesados.

Proseguia la corte de Nápoles intrigando en el

Piamonte y en Toscana. Quería que se sublevasen los piamonteses á espaldas del ejército que resguardaba á la Cisalpina, y los toscanos á retaguardia del que observaba á Roma. Los napolitanos se hubieran aprovechado de la ocasion para combatir cara á cara con el ejército romano, y el Austria se hubiera tambien valido de tan favorable coyuntura para embestir de frente al de la Cisalpina, prometiéndose segun todas estas combinaciones que ni un solo francés se salvaria. El rey del Piamonte, que era un príncipe timorato, sentia ciertos escrúpulos por el tratado de alianza que le unia á la Francia; pero le decian que no era sagrada la palabra dada á unos capresores, y que los piamonteses tenían derecho para asesinar hasta el último francés; por lo demas no eran tan grande obstaculo los escrúpulos como la rigurosa vigilancia del Directorio. El archiduque de Toscana carecia enteramente de medios, y para decidirle, le prometia Nápoles enviarle un ejército, valiéndose para ello de la escuadra de Nelson.

No se descuidaba el Directorio por su parte en tomar toda clase de precauciones. La república liguriana que seguia irritada contra el rey del Piamonte le habia por fin declarado la guerra, y agregándose á la rivalidad de principios el inveterado encono de vecinas, estas pequeñas potencias querian venir á las manos á toda costa. Intervino el Directorio en el asunto, manifestó á la república liguriana lo conveniente que seria deponer las armas, y declaró al rey del Piamonte que se encargaba de conservar la tranquilidad en sus estados siempre que ocupase al efecto algun punto de importancia. Por lo tanto le pidió que dejase ocupar

á sus tropas la ciudadela de Turin; mas semejante pretension no podia justificarse sino por los temores que inspiraba la corte piemontesa, pues siendo incompatibles los nuevos estados y los antiguos, no podian tener confianza los unos en los otros. El rey del Piemonte opuso varios argumentos, mas no habia medio de resistir á las exigencias del Directorio. Los franceses ocuparon la ciudadela y empezaron desde luego á armarla, habiendo el Directorio separado al ejército de Roma del de la Cisalpina, y dado el mando al general Championnet, que se habia distinguido en el Rin. Hallábase diseminado el ejército por todo el estado romano, habiendo en la Marca de Ancona cuatro ó cinco mil hombres mandados por el general Casa-Bianca, y el general Lemoine se hallaba con dos ó tres mil hombres en la vertiente opuesta al Apenino, y hacia Terni. Macdonald se hallaba en el Tiber con la izquierda, que constaba de unos cinco mil hombres, y en Roma habia una pequeña reserva; de modo que el ejército llamado de Roma constaba cuando mas de quince á diez y seis mil hombres. La precision de custodiar el pais y la dificultad de permanecer en él nos habian obligado á dispersar nuestras tropas; y si hubiera sabido aprovecharse de esta ocasion un enemigo activo y bien protegido, hubiera podido hacer arrepentirse á los franceses de su aislamiento.

Pensaban aprovecharse de esta circunstancia en Nápoles, lisonzándose de poder sorprender á los franceses, y destruirlos por partes. ¡Cuán glorioso no hubiera sido tomar la iniciativa, conseguir el primer triunfo y obligar al fin al Austria á seguir el ejemplo! Estas fueron las razones que de-

cidieron á la corte de Nápoles á arrojarle la primera, esperando que los franceses serian batidos sin dificultad, y que una vez desenvainado el acero, el Austria no titubearia. El marques de Gallo y el principe Belmonte-Pignatelli, que conocian algo mejor la Europa y los negocios, se openian á tomar la iniciativa, pero ni aun fueron escuchados sus prudentes consejos. Dicese que para decidir á aquel pobre rey y distraerle de sus inocentes ocupaciones, le presentaron una carta fingida del emperador, escitándole á empezar las hostilidades. Al momento se dió la orden de marchar á fines de noviembre, y todo el ejército napolitano se puso en movimiento. El mismo rey salió con gran aparato para presenciar las operaciones, y sin mas declaracion de guerra que intimar á los franceses la salida del estado romano, se prepararon estos á combatir á pesar de la desproporcion numérica.

Atendida la respectiva posicion de ambos ejércitos era facilísimo estrechar á los franceses, dispersados por las provincias romanas á derecha é izquierda del Apenino, solo con marchar directamente hacia su centro y llevar la masa de las fuerzas napolitanas entre Roma y Terni. De este modo la izquierda de los franceses situada al otro lado del Apenino para guardar las Marcas, se hubiera visto interceptada con su derecha colocada á este otro lado para guardar las orillas del Tiber; y así tambien se les hubiera impedido reunirse llevándolos en desorden hasta la Italia alta, quedando al menos libre la peninsula, y vuelto al gobierno de Nápoles la Toscana, el estado romano y las Marcas. El número de tropas napolitanas facilitaba y aseguraba mas este proyecto, pero era

imposible que Mack echase mano de tan sencilla maniobra. Trató, siguiendo sus antiguos planes, de envolver al enemigo por una multitud de cuerpos separados, y contaba con cerca de sesenta mil hombres, cuarenta mil hombres que formaban el ejército de operaciones, y veinte mil las guarniciones. En vez de dirigir este total de fuerzas al punto esencial de Terni, las dividió en seis columnas. La primera que debía obrar al otro lado del Apenino, y en la longitud del Adriático, debió encaminarse por Ascoli á las Marcas; la segunda y tercera para operar al otro lado de los montes y unirse á la precedente, debieron dirigir-se una hacia Terni y otra hacia Magliano, la cuarta y principal que formaba el cuerpo de batalla, se dirigió contra Frascati y Roma; la quinta que guarnecía el Mediterráneo, quedó encargada de recorrer las Lagunas Pontinas, y renunciar con el cuerpo de batalla en la Via-Appia; finalmente, la última, embarcada en la escuadra del Nelson, se encaminó á Livorno para sublevar la Toscana y cortar la retirada á los franceses. Todo, pues, estaba preparado para envolverlos y apoderarse de ellos, mas no para derrotarlos antes.

Este fué el orden con que Mack se puso en marcha con sus cuarenta mil hombres, caminando muy lentamente á causa de la multitud de bagajes, la indisciplina de las tropas, y el mal estado de los caminos. El ejército napolitano formaba una larga cola sin orden ni concierto; y Championnet, noticioso á tiempo del peligro, destacó dos cuerpos para observar la marcha del enemigo y proteger la reunion de los destacamentos que se replegasen, y creyendo imposible conservar á Ro-

ma resolvió tomar una posición á retaguardia en la orilla del Tíber, entre Civita Castellana y Civita-Lucala, y concentrar allí sus fuerzas para tomar la ofensiva. Mientras Championnet se retiraba acertadamente y evacuaba á Roma, dejando ochocientos hombres en el castillo de Saint-Angelo, iba avanzando fieramente Mack por todos los caminos como si no pudiera hallar resistencia. Llegó á las puertas de Roma el 9 de febrero, año VII (29 de noviembre de 1798), y penetró en la ciudad sin ningún obstáculo. Se había preparado al rey un recibimiento triunfal, y este pobre príncipe, viéndose tratado como libertador y conquistador, estaba embriagado de aquella especie de gloria militar que le habían preparado sin saber como. Por lo demás se le aconsejó que usase noblemente de la victoria, é invitó al papa para que se volviese á sus estados; sin embargo su ejército, menos generoso que él, saqueó horriblemente la ciudad, precipitándose el pueblo romano con su acostumbrada inconstancia sobre las casas de los acusados de revolucionarios, y devastándolas. Por fin exhumaron y ultrajaron vilmente los restos mortales del desdichado Duphot.

Mientras que los napolitanos malgastaban así el tiempo en Roma, Championnet llevaba á cabo con extraordinaria actividad la ingeniosa determinación que había tomado, y conociendo que el punto esencial se hallaba en el centro hacia el alto Tíber, mandó ocupar á Macdonald una fuerte posición en Civita-Castellana, reforzándole con cuantas tropas pudo haber á la mano. Traslado parte de las fuerzas que tenía en las Marcas, del otro lado del Apenino, y únicamente dejó al general Ca-

sa-Bianca lo precisamente necesario para entorpecer por aquella parte la marcha del enemigo. Pasó personalmente á Ancona con el fin de acelerar la llegada de sus parques y municiones, y sin cuidarse mucho de lo que se preparaba á sus espaldas en Toscana, encargó á un oficial que pasase con un corto destacamento á observar lo que por aquella parte se efectuaba.

Encontraron por fin los napolitanos á los franceses en los diferentes caminos que recorrían y aunque eran tres veces mas numerosos, tenían que luchar con los famosos tercios de Italia, y hallaron arduo el empeño. Casa-Bianca rechazó en las Marcas á la columna que se adelantaba por Ascoli, y Lemoine hizo prisionero con todo su cuerpo en el camino de Terni, á un coronel napolitano. Este primer paso no debia alentar mucho á los napolitanos; sin embargo dió Mack sus disposiciones para apoderarse de la posición que mas importante creía, á saber, la de Civita-Castellana, donde se hallaba Macdonald con el grueso de nuestro ejército. Civita-Castellana, la antigua Veya, está situada en un barranco, en una posición muy fuerte. Los franceses tenían varias avanzadas que resguardaban las avenidas, y el 14 de febrero año VII (4 de diciembre), mandó atacar Mack á Borghetti, Nepi y Rignano por considerables fuerzas. Dirigió por la orilla opuesta del Tiber una columna accesoria que debia apoderarse de Rignano; mas se frustraron todos sus ataques, pues una de sus columnas emprendió la fuga y perdió toda su artillería, y otra envuelta por todos los lados, dejó tres mil prisioneros. Los demas, enteramente desanimados, se contentaron con meras

demostraciones, y por fin en ninguna parte pudieron sostener las tropas napolitanas, el cheque con las francesas. Mack, se hallaba algo aturdido y renunció á tomar la posición central de Civita-Castellana, empezando á conocer que no debia haber tratado de intentar por este punto el ataque contra la línea enemiga, sino por Terni, que era el punto mas inmediato al Apennino y menos defendido por los franceses. Desde entonces trató de desviar sus tropas y pasarlas de Civita-Castellana á Terni; mas para encubrir este movimiento, convenia una rapidez de ejecución que era imposible en unas tropas sin disciplina. Necesitó muchos dias para hacer repasar el Tiber al grueso del ejército, y entorpeció una operación que era por sí demasiado lenta; de modo que Macdonald á quien juzgaba que retenia aun en Civita-Castellana con sus amagos; se habia corrido ya al otro lado del Tiber, y reforzado á Lemoine en Terni. Los napolitanos, pues, quedaron prevenidos en todos los puntos que se propenian sorprender. El primer movimiento del general Metsch, desde Calvi á Otricoli no produjo mas que un desastre, porque al volver desde Otricoli á Calvi, se vió envuelto aquel general y obligado á deponer las armas cuatro mil hombres á un cuerpo de solo tres mil quinientos. Desde entonces ya no pensó Mack sino en entrar en Roma, y en replegarse desde esta ciudad al pié de las montañas de Frascati y Albano para reunir su ejército, y reforzarle con nuevos batallones; triste recurso en verdad, porque no era el número de los soldados lo que debia aumentarse, sino su calidad; ni por retirarse algunas leguas del campo de batalla, podia

infundirles la disciplina y valor de que carecían.

Al saber el rey de Nápoles aquellos tristes sucesos, salió furtivamente de Roma donde había entrado algunos días antes como triunfador, y los napolitanos evacuaron la ciudad en el mayor desorden, con gran regocijo de los romanos, á quienes molestaba mucho mas su presencia que la de los franceses. Championnet volvió á Roma diez y siete dias despues de su salida, y bien merecia los honores del triunfo, pues concentrándose hábilmente con quince ó diez y seis mil hombres, habia sabido recobrar la ofensiva contra cuarenta mil, rechazándolos ignominiosamente. No se contentó Championnet con defender los estados romanos, sino que concibió el audaz proyecto de conquistar el reino de Nápoles con sus escasas fuerzas. Dificil era la empresa, no tanto por el poder del ejército napolitano, cuanto por la disposición de sus habitantes que podian hacernos una guerra muy larga y peligrosa; pero Championnet no por eso dejó de seguir avanzando, y saliendo de Roma para acosar á Mack en su retirada, le cogió infinidad de prisioneros, y derrotó completamente la columna que habia desembarcado en Toscana, de la cual solo escaparon tres mil hombres.

Completamente desbaratado Mack se retiró rápidamente al reino de Nápoles; y no se detuvo hasta Capua detrás de la línea del rio, que es muy profundo, y forma un harrera difícil de atravesar. Entre tanto el rey habia entrado ya en Nápoles, y su regreso produjo en la corte notable confusion, porque furioso el pueblo por los reveses del ejército, gritaba que todo era una traicion, y pedia armas, amenazando degollar á los generales, á los

ministros y á todos los que creia ser causa de las desgracias de la guerra. Quería tambien pasar á cuchillo á los sospechosos de afrancesados y revolucionarios. Esta odiosa corte no vaciló en dar armas á los lazzarones, y fácil era preveer el uso que harian de ellas, pues apenas recibieron esta especie de bárbaros los despojos de los arsenales, cuando se sublevaron ó hicieron dueños de Nápoles. Clamando siempre contra los traidores, cogieron á un correo de gabinete y lo asesinaron, en vista de lo cual el favorito Acton, á quien empocaban á atribuir las calamidades públicas, la reina, el rey y toda la corte se hallaban en la mayor zozobra, y ya no parecia Nápoles un asilo seguro, sino que se concibió y adoptó la idea de refugiarse á Sicilia. El 11 de nivoso (31 de diciembre), se embarcaron en la escuadra de Nelson para Sicilia las alhajas de la corona, los tesoros de los palacios de Caserta y Nápoles y veinte millones. Acton, que era el autor de todas las desgracias públicas, no quiso aventurarse á permanecer en Nápoles y se embarcó con la reina despues de haber incendiado todo lo que no pudieron llevarse, incluso los arsenales. Así salió enmedio de una tempestad y al resplandor de las llamas del incendio, aquella corte criminal y débil del reino que habia comprometido. Dicese que dejó orden para degollar al vecindario principal acusado de espíritu revolucionario, y que debía sacrificarse á todo el mundo hasta la clase de los escribanos. El principe Pignatelli quedó en Nápoles encargado de la autoridad régia.

Durante aquel tiempo iba avanzando Championnet sobre Nápoles y cometiendo á su vez el

mismo error que Mack, pues dividió su ejército en muchas columnas que debían unirse delante de Cápua, operación que á través de un país escabroso, y en medio de un pueblo fanático y sublevado en todas partes contra los supuestos enemigos de Dios y de San Genaro, era sumamente arriesgada.

Llegó Championnet con su cuerpo principal á las orillas de Vulturno, y quiso hacer una tentativa contra Cápua, pero rechazado por una numerosa artillería, se vió precisado á renunciar á este golpe y retirar sus tropas, esperando la llegada de las demás columnas. Verificóse esta tentativa el 14 de nivoso año VII, (3 de enero de 1799), y los soldados napolitanos sublevados por todas partes, interceptaban nuestros correos y convoyes, sin que Championnet tuviese noticia alguna de sus columnas, pudiendo considerarse su situación en un estado muy crítico. Mack aprovechó esta ocasión para entrar con él en negociaciones amistosas; mas Championnet contando con la fortuna de los franceses, las rechazó audazmente todas; y solo cuando llegaron sus columnas, accedió á un armisticio con las siguientes condiciones: Mack debía abandonar la línea de Vulturno, ceder la ciudad de Cápua á los franceses, retirarse detrás de la línea de los Regi-Lagni, por la parte del Mediterráneo, y del Ofanto por la del Adriático, cediendo así gran parte del reino de Nápoles. Además de estas concesiones de territorio, se estipuló otra de ocho millones en dinero, y el armisticio se firmó el 22 de nivoso (11 de enero).

Cuando se supo en Nápoles la noticia del armisticio, se enfureció de nuevo el pueblo y empe-

zó á gritar con mayor cólera que nunca que los oficiales de la corona leeran traidores. La presencia del comisario encargado de percibir la contribucion de los ocho millones hizo que el populacho se propasase á los mayores excesos, amotinándose é impidiendo la ejecución del armisticio. Llegó el alboroto hasta tal punto, que atemorizado el príncipe Pignatelli abandonó á Nápoles, y quedó aquella hermosa capital á discreción de los lazzarones. No habia en ella autoridad alguna reconocida, y amenazaba un horrible trastorno; mas al fin después de tres días de confusión, pudieron elegir un gefe en quien confiaban los lazzarones, que tenia medios para reprimirlos, y fué el príncipe Moliterno. Entretanto se conducía con el mismo furor el ejército de Mack cuyos soldados lejos de atribuir sus desgracias á su propia cobardía, se las imputaron á su general y quisieron degollarle. El pretendido libertador de Italia, que un mes antes habia recibido los honores del triunfo, no halló mas asilo que el campamento de los franceses. Pidió licencia á Championnet para buscar un amparo á su lado, y el generoso republicano, olvidando el indecoroso lenguaje empleado por Mack en su correspondencia, le dió refugio, le hizo sentar á su mesa, y le dejó la espada.

Autorizado Championnet por la oposicion de Nápoles á llevar á efecto las condiciones del armisticio, se adelantó hacia esta capital con el objeto de apoderarse de ella. Cosa difícil era, porque un inmenso pueblo que hubiera sido arrollado en campo raso por unos cuantos escuadrones de caballería, era muy temible detrás de las murallas de una ciudad, y así hubo algunos choques antes

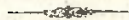
de aproximarse á la plaza, en los cuales los lazzaronos mostraron mas valor que el ejército napolitano. La inminencia del peligro habia aumentado su saña, y el principe de Moliterno, que queria aplacarlos, cesó bien pronto de ser su idolo y eligieron por gefes á dos de ellos llamados Paggio y Miguel el loco. Desde este momento se entregaron á los mayores excesos y cometieron toda especie de atentados contra los vecinos y nobles, acusados de jacobinos. Llegó el desorden hasta el extremo de que todos los interesados en la tranquilidad deseaban la entrada de los franceses, y los habitantes mandaron á decir á Championnet que se unirían á él para entregarle la ciudad, obligándose el mismo principe de Moliterno á apoderarse del fuerte de San Telmo y entregarle á los franceses. El dia 13 de enero, dió Championnet el asalto, y aunque los lazzaronos se defendieron denodadamente, habiéndose apoderado los vecinos del fuerte de San Telmo, y de diferentes puntos de la ciudad, dieron entrada á los franceses. Los lazzaronos, sin embargo, fortificados en las casas, estaban dispuestos á defenderse de calle en calle, y acaso á incendiar la ciudad; pero quedó prisionero uno de sus gefes, se le trató con mucho miramiento, le prometieron respetar á San Genaro, y obtuvieron por fin que hiciese deponer las armas á todos los suyos.

Desde aquel instante se halló Championnet dueño de Nápoles y de todo el reino, apresurándose á restablecer el orden y desarmar á los lazzaronos. Proclamó la nueva república, segun los deseos del gobierno francés, dándola el nombre antiguo de república partenopeya. Este fué el resultado de las locuras y maldades de la corte de Nápoles.

Veinte mil franceses y dos meses, bastaron para trastornar sus grandes proyectos y cambiar en república sus estados. Esta corta campaña valió desde luego á Championnet una reputacion gloriosa, y con tal motivo el ejército de Roma se llamó desde entonces de Nápoles, y separándole del de Italia, quedó Championnet independiente de Joubert.

Mientras que estos sucesos ocurrían en la península, se habia consumado al fin la ruina del reino piemontés. Por una precaucion que disculpaban las circunstancias, se habia ya apoderado Joubert de la ciudadela de Turin, armándola con la artilleria tomada en los arsenales piemonteses; pero esta precaucion no era suficiente en el actual estado de cosas. Seguía alterado el Piemonte, donde los republicanos hacian sin cesar nuevas tentativas, y aun acababan de perder seiscientos hombres por haber tratado de sorprender á Alejandria. Una comparsa de máscaras que salieron de la ciudadela de Turin, donde se hallaba representada toda la corte y que era obra de los piemonteses y de los oficiales franceses, á quienes no siempre podian reprimir los generales, estuvieron á pique de trabar un sangriento choque con los del mismo Turin. La corte del Piemonte no podia ser amiga nuestra, y lo demostraba la correspondencia del ministro de Nápoles con M. de-Priseca, ministro director del Piemonte. En semejantes circunstancias, la Francia, espuesta á una nueva guerra, no podia dejar en su comunicacion de los Alpes luchando á dos partidos y un gobierno enemigo. Tenia sobre la corte del Piemonte el derecho que tienen los defensores de una plaza sobre todos los edificios que estorban ó comprometen la defensa.

Decidióse que se obligaría á abdicar al rey del Piemonte; apoyóse á los republicanos, y les ayudaron á apoderarse de Novara, Alejandria, Suza y Chivasso. Dijose entonces al rey que no podia permanecer mas en unos estados que se sublevaban é iban á ser en breve el teatro de la guerra, pidiéndole su abdicacion, y dejándole la isla de Cerdeña. Firmóse la abdicacion el 19 de frimario (9 de diciembre de 1798). Asi los dos príncipes mas poderosos de Italia, el de Napoles y el del Piemonte, no tenian de sus estados mas que dos islas. En las circunstancias que se preparaban no quisieron tomarse el trabajo de crear una nueva república sino que hasta ver el resultado de la guerra, se resolvió que la Francia administrase interinamente el Piemonte. En toda Italia no quedaba por invadir mas que la Toscana, y solo se necesitaba para ocuparla una simple indicacion; pero se diferia hacerla, hasta que el Austria hubiese declarado formalmente la guerra.



Francisco Becerra

CAPITULO III.

Estado de la administracion de la república y de los ejércitos á principios de 1799. — Preparativos militares. Leva de doscientos mil conscriptos. Medios y planes de guerra del Directorio y de las potencias coligadas. — Declaracion de guerra al Austria. Apertura de la campaña de 1799. Invasion de los grisones. Combate de Pfaffendorf. Batalla de Settschach. Retirada de Jourdan. Operaciones militares en Italia. Batalla de Magnano; retirada de Scherer. — Asesinato de los plenipotenciarios franceses en Rastadt. — Efectos de nuestros primeros reveses. Acusaciones frecuentes contra el Directorio. — Elecciones del año VII. — Se nombra director á Sieyes en remplazo de Rewbell.

Tal era el estado de los sucesos á principios del año de 1799 en que ya no quedaba duda de la guerra despues de los acontecimientos que acabamos de referir. Ademas de las correspondencias interceptadas, y del levantamiento repentino de la corte de Napoles, que no hubiera tomado la iniciativa sin estar muy segura de una intervencion poderosa, no dejaban la menor incertidumbre los incesantes preparativos del Austria, y la llegada de un cuerpo ruso á Moravia. Estábamos en nivoso (enero de 1799) y era evidente que antes de dos meses comenzarían las hostilidades, probándose asi prácticamente la incompatibilidad de los dos grandes sistemas que habia empleado la revolucion. La Francia habia empezado el año de 1798 con tres repúblicas á su

lado: la bátava, la cisalpina y la liguriana, y á fines de este año existian ya seis con la creacion de las repúblicas helbética, romana y partenopeya. Esta estension fué resultado, no tanto del espíritu de conquista como del de sistema, pues se habian visto obligados á socorrer á los vaudeses oprimidos; Roma provocó la venganza de la muerte del desgraciado Duphot, sacrificado al querer separar los dos partidos, y Nápoles no habia hecho mas que rechazar una agresion; de suerte que se habian visto precisados á volver á la lucha. Es cierto que aunque el Directorio tenia una inmensa confianza en el poder francés, anhelaba sin embargo, la paz, por razones políticas y de hacienda; lo es tambien que á pesar de que el emperador deseaba la guerra, queria todavia diferirla; sin embargo, todos habian obrado como si en efecto hubieran querido volver á las armas, pues tanta era la oposicion de ambos sistemas.

Por mas que la revolucion hubiese infundido al gobierno francés una confianza y osadía extraordinarias, el último acontecimiento de Nápoles, aunque poco interesante en sí mismo, le convencia de que nadie podia oponer resistencia á las bayonetas francesas. Esta era ademas la opinion de la Europa, y bien se necesitaban los inmensos recursos reunidos contra la Francia para dar ánimo á sus enemigos á presentarse denodadamente á ella. Pero esa confianza del gobierno francés en su poder era tan exagerada, que le ocultaba una parte de las dificultades de su situacion. El tiempo ha probado que sus recursos eran inmensos, mas que por entonces no eran bastante seguros para prometer la victoria. El Directorio tenia que regir ademas de la Francia,

la Holanda, la Suiza y la Italia, divididas en repúblicas; y regirlas por medio de sus gobiernos, era segun hemos visto, mucho mas difícil, que si hubieran dependido de él inmediatamente. No podian sacarse apenas recursos, ni en dinero, ni en hombres por falta de organizacion; era sin embargo preciso defenderlas, y combatir en una línea que se prolongaba sin interrupcion desde el Tegel al Adriatico, línea que atacada de frente por la Rusia y el Austria, quedaba flanqueada por otro lado por las escuadras inglesas, así en Holanda, como en Nápoles. Las fuerzas que exigia semejante posicion militar, no podian sacarse sino de Francia, y ademas los ejércitos habian disminuido considerablemente, pues cuarenta mil soldados, que eran los mejores, existian en Egipto con nuestro gran capitán, y los que habian quedado en Francia se hallaban disminuidos en una mitad, á causa de las deserciones que ocasiona siempre la paz. El gobierno pagaba el mismo número de soldados, pero no tenia tal vez ciento cincuenta mil hombres efectivos, en términos que las administraciones y los estados mayores, se apropiaban aquellos sueldos sin ventaja para el erario. Estos ciento cincuenta mil hombres efectivos, formaban excelentes cuadros que podian completarse con la nueva leva de los conscriptos; mas para esto se necesitaba tiempo, y no habia habido bastante desde que se estableció la conscripcion, siguiendo finalmente la hacienda en el mismo desorden por el mal sistema de las cobranzas. Se habia votado un presupuesto de seiscientos millones, y un subsidio extraordinario de ciento veinte y cinco, sacado de los cuatrocientos millones que quedaban de bienes nacionales; pero

la lentitud de los ingresos y el error en la valuacion de ciertos productos, ocasionaban un déficit considerable. Por último empezaba a faltar la subordinacion tan necesaria en una máquina de tanta complicacion. Ya no podia reprimirse á los militares, pues aquel estado de guerra perpétua les daba á conocer que eran necesarios, y por eso se hacian imperiosos y exigentes. Viviendo en países fértiles, querian aprovecharse de ellos, y entraban á la parte en todas las malversaciones. Querian ademas que en los países don le residian triunfasen sus opiniones, y obedecian con repugnancia á los agentes civiles, habiendo visto demostrado esto en el choque de Brune con Trouvé. Últimamente la oposicion que hemos visto renacer en el interior despues del 18 de fructidor y tomar dos distintos caracteres, se pronunciaba cada dia mas. Los patriotas reprimidos en las ultimas elecciones, se preparaban a triunfar en las nuevas y los moderados criticaban fria pero amargamente todas las disposiciones del gobierno, y segun las costumbres de todas las oposiciones, le hacian cargo hasta de las dificultades que tenia que arrostrar, y que por lo comun eran insuperables. El gobierno es la fuerza misma y es menester que triunfe á toda costa, porque jamás se da oídos a sus excusas cuando da la razon de sus contratiempos.

Tal era la situacion del Directorio en el instante en que volvía á principiar la guerra en Europa, mientras que él estaba haciendo grandes esfuerzos para reorganizar aquella máquina. Reinaba la mayor confusion en Italia, los recursos de aquel hermoso país se desperdiciaban inútilmente para el ejército, y solo se aprovechaban de ellos algunos

estafadores. La comision encargada de crear y gobernar la república romana acababa de terminar sus funciones, y al momento se habia hecho sentir la influencia de los estados mayores. Se habian variado los cónsules reputados por moderados, y anulándose los contratos ventajosos para la manutencion del ejército. La comision en que Faypoult tenia á su cargo la direccion de hacienda, habia concluido una contrata para alimentar y pagar á las tropas existentes en Roma y para el transporte de los objetos artisticos que se enviaban á Francia. Se adjudicaban en pago bienes nacionales del clero, y la contrata tenia ademas de la ventaja respecto al precio, la de dar salida á los bienes nacionales; pero se rescindió y traspasó á la compañía de Baudin que devoraba la Italia. Esta compañía tenia su apoyo en los estados mayores á quienes cedía un uno por ciento de ganancia. El Piamonte donde acababa de entrarse, ofrecia una nueva presa que devorar, y la integridad de Joubert, general en jefe del ejército de Italia, no era suficiente para poner coto á la corrupcion del estado mayor y los asentistas. Pero donde no tenia limites el pillage era en Nápoles, porque parecia haber sido entregado al saqueo todo el reino. Habia en el directorio cuatro hombres de probidad, Rewbell, Larevelliere, Merlin y Treilhard, á quienes exasperaba cualquier desorden, en especial á Larevelliere, que como mas rígido y enterado de los hechos por sus relaciones particulares con el embajador Trouvé y con los individuos de la comision de Roma, queria que se desplegase la mayor energia. Propuso é hizo adoptar un proyecto muy acertado; el de crear en todos los países dependientes de la Francia, don-

de existian ejércitos nuestros, comisiones encargadas de la parte civil y de hacienda, y absolutamente independientes de los estados mayores. En Milan, Turin, Roma y Nápoles debian recibirse por comisiones civiles las contribuciones estipuladas con los paises aliados de Francia, celebrar las contratas, tomar todas las disposiciones económicas, y en una palabra, cubrir las necesidades de los ejércitos, sin dejar manejar fondo alguno á los gefes militares; sin embargo las comisiones tenian orden para aprontar á los generales los fondos que pidiesen, sin que tuvieran estos necesidad de justificar el destino á que los aplicaban, dando solo cuenta al gobierno, con lo cual no se faltaba á la consideracion debida á la autoridad militar. Los cuatro directores hicieron adoptar esta resolucion, dando orden á Scherer para que la llevase desde luego á efecto con el mayor rigor; y como manifestaba cierta indulgencia hacia sus camaradas, se le hizo responsable de todos los desórdenes que no se corrigiesen.

Por mas justa que fuese esta medida, debia ofender mucho á los estados mayores, y en Italia especialmente dieron muestras de querer sublevarse, diciendo que se deshonoraba á los militares con las precauciones que se tomaban con ellos, y que se cohartaban las facultades de los generales con privarles de toda su autoridad. Championnet habia ya tomado en Nápoles el carácter de legislador, y nombrado comisiones encargadas de administrar el pais conquistado, y se envió á Faypoult para que administrase la parte de hacienda. Acordó lo necesario para hacerse cargo de la administracion, y revocó ciertas providencias muy mal en-

tendidas que habia adoptado Championnet; mas este contemplandose ofendido, con todo el orgullo de los de su clase, especialmente cuando son vencedores, se propasó á mandar que Faypoult y los demas comisarios saliesen de Nápoles en el término de veinte y cuatro horas. Semejante conducta no podia tolerarse, pues desconocer las órdenes del Directorio y espulsar de Nápoles á los enviados revestidos de sus poderes, era un acto que merecia el mas severo escarmiento, á no ser que la autoridad suprema abdicase su dignidad en favor de los generales. No cedió el Directorio, sino que gracias á la energia de los individuos integros que querian desterrar los agiotages, usó en esta ocasion de toda su autoridad. Quitó el mando á Championnet, á pesar de sus últimos triunfos, y le entregó á una comision militar. Por desgracia no paró aqui la insubordinacion, pues el valiente Joubert se figuró que los acuerdos del Directorio herian la delicadeza militar, y no quiso conservar el mando con las nuevas condiciones que se prescribian á los generales, presentando su dimision, que fué aceptada por el Directorio. Bernardotte no quiso suceder á Joubert por los mismos motivos; el Directorio sin embargo no cedió, y llevó adelante sus órdenes.

Inmediatamente despues se ocupó el Directorio en la leva de los conscriptos, que se verificaba poco á poco, y como no bastasen las dos primeras clases para cubrir los doscientos mil hombres, pidió autorizacion para sacarlos de todas las restantes hasta que se completase el número necesario. Con objeto de ganar tiempo, se decidió que se encargasen los ayuntamientos de equipar á los nuevos reclutas que se descontase este gasto en el pago de la con-

tribucion territorial. Luego que estuviesen equipados los nuevos conscriptos, debian pasar á las fronteras, entrar en los batallones de guarnicion, reemplazar á las tropas antiguas en las plazas y campamentos de reserva, y así que estuviesen instruidos, incorporarse con los ejércitos de operaciones.

Tambien se ocupaba el directorio del déficit, pues el ministro Ramel, que manejaba nuestra hacienda con talento é integridad desde que se estableció el Directorio, aseguraba despues de comprobar el producto de los impuestos, que el déficit seria de sesenta y cinco millones, sin contar con los atrasos que provenian de la falta de entradas. Suscitose una acalorada disputa acerca del importe del déficit; pues los adversarios del Directorio solo le hacian subir á quince millones, mientras que Ramel probaba que ascenderia á sesenta y cinco y á setenta y cinco acaso. Se habia ideado el impuesto sobre puertas y ventanas, pero no habia. Entróse en la cuestion del impuesto de la sal, y empezaron las exclamaciones de que se oprimia al pueblo, de que se hacian pagar las cargas públicas á una sola clase, de que se renovaban las gabelas, etc. Luciano Bonaparte era el que con mas furor presentaba las objeciones; mas los partidarios del gobierno respondian alegando la necesidad. Al fin se desestimó este arbitrio por el consejo de los Ancianos, y para reemplazar su producto se duplicó el impuesto sobre las puertas y ventanas, y decupló el de las puertas cocheras. Se procedió á la venta de los bienes del culto protestante, y se declaró que su clero recibiria una asignacion en reintegro de sus bienes. Finalmente se puso á dis-

posicion del gobierno la suma que debian los propietarios de los bienes todavia indivisos con el estado.

Pero por desgracia todos aquellos recursos no eran para el momento, pues ademas de la dificultad de nivelar el producto del impuesto con los seiscientos millones, habia otro inconveniente con el retardo de los ingresos, pues se veia reducido el gobierno en este año, lo mismo que en los anteriores, á conceder certificados de crédito á los proveedores sobre productos que no se habian cobrado todavia. Los censualistas á quienes se habia prometido la mayor exactitud desde el reintegro de los dos tercios, tambien recibian pagarés admisibles en pago de contribuciones; y así se vivia otra vez con arbitrios.

No bastaba reunir soldados y fondos para mantenerlos, sino que era preciso distribuirlos convenientemente y darles generales. Ya hemos dicho que era menester defender la Holanda, la linca del Rin, la Suiza y toda la Italia, esto es, estenderse desde el golfo de Tarento hasta el Tejél. La Holanda se hallaba por una parte resguardada con la neutralidad de la Prusia, que parecia segura; pero debia desembarcar una escuadra anglo-rusa y era urgente protegerla contra este riesgo. La linca del Rin se hallaba protegida por las dos plazas de Maguncia y Strasburgo; y aunque no era muy probable que el Austria intentase romperla, era prudente tener á la vista un cuerpo de observacion; y bien se tomase la ofensiva ó se esperase, donde debia encontrarse á los ejércitos austríacos era en las orillas del alto Danubio, por las inmediaciones del lago de Constanza ó en Suiza. Necesitábase un

ejército activo que saliendo de la Alsacia ó de la Suiza, se adelantase por los llanos de Biviera; en seguida un cuerpo de observacion para cubrir la Suiza, y finalmente un grande ejército que protegiese la Italia alta contra los austriacos, y la baja contra los napolitanos ó ingleses reunidos.

Este campo de batalla era inmenso y no tan conocido ni examinado como lo ha sido despues de largas guerras, y campañas inmortales. Creíase entonces que la llave de la llanura estaba en las montañas. La Suiza, situada en medio de la inmensa linea en que se iba á combatir, parecia la llave de todo el continente; y la Francia, que poseia la Suiza, parecia tener una decidida ventaja, y que poseyendo los manantiales del Rin, del Danubio y del Pó, era la señora de todas las corrientes; mas esto era un error. Facilmente se concibe que dos ejércitos que apoyan inmediatamente un ala en montañas, como los austriacos y franceses cuando combatian en las cercanias de Veroua ó de Rastadt, den la mayor importancia á la posesion de las montañas, porque en consiguiendo dominarlas puede sobreponerse al enemigo por las alturas; pero cuando se batien á cincuenta ó cien leguas de las montañas, no tienen ya estas la misma importancia. Mientras se luchase por la adquisicion de Saint-Gothard, cualquier ejército, situado en el Rin ó en el bajo Pó, tendria tiempo para decidir de la suerte de Europa. Pero se racionaba de lo poco á lo mucho; de que las alturas son interesantes en un campo de batalla de algunas leguas, se deducia que la potencia que poseyera á los Alpes, deberia ser señora del continente. La Suiza no tiene mas que una ventaja positiva; la de

abrir desembocaderos directos á la Francia sobre el Austria, y al Austria sobre la Francia; lo cual manifiesta que seria un gran beneficio el cerrar estos desembocaderos por el bien de ambas potencias y de la Europa. Cuanto mas se eviten los puntos de contacto y los medios de invasion, tanto mejor, sobre todo entre dos estados que no pueden chocar sin que se conmueva todo el continente. En este sentido es interesante para toda la Europa la neutralidad de la Suiza, y con razon se la mira como un principio de seguridad general.

Con la invasion de la Francia habia adquirido la ventaja de los desembocaderos para el Austria é Italia, en cuyo sentido podia mirar como interesante la posicion de la Suiza. Pero si el gran número de desembocaderos es favorable á la potencia que se propone tomar la ofensiva y que tiene recursos para ello, tambien es un gran inconveniente para la que se ve reducida á la defensiva, por la inferioridad de sus fuerzas; y esta debe desear entonces que sea muy pequeño el número de puntos de ataque para poder concentrar ventajosamente sus fuerzas. Si hubiera sido un bien para la Francia, bastante prepara la á tomar la ofensiva, el poder desembocar en Baviera por la Suiza, era por el contrario un mal, en el caso de estar á la defensiva, el no poder contar con la neutralidad suiza; era un mal el tener que guardar todo el espacio que media desde Maguncia á Génova, en vez de poder concentrar sus fuerzas, como lo hizo en 1793, entre Maguncia y Strasburgo por una parte, y por otra entre Génova y el Monte Blanco.

De este modo podia la ocupacion de la Suiza llegar á ser peligrosa para la Francia en el caso de

defensiva, pero estaba muy distante de contemplarse en esta situacion. El proyecto del gobierno era antes por el contrario anticiparse en todas partes á tomar la ofensiva, y descargar como en otro tiempo aterradores golpes; pero la distribucion de sus fuerzas, fué muy desacertada pues se colocó un cuerpo de observacion en Holanda y otro en el Rin, debiendo salir de Strashurgo un ejército de operaciones que atravesase la Selva Negra, é invadiese la Baviera. Otro ejército debia combatir en Suiza para apoderarse de las montañas, y apoyar así por una parte al que obrase en el Danubio y por otra al que combatese en Italia. Del Adige debia salir otro grande ejército para arrojar á los austriacos á la otra parte del Isonzo, y finalmente otro ejército de observacion habia de cubrir la Italia baja y guardar á Nápoles. Se decidió que el ejército de Holanda constase de veinte mil hombres, el del Rin de cuarenta, el del Danubio de ochenta, el de Suiza de cuarenta, el de Italia de ochenta y el de Nápoles de cuarenta, que componian un total de trescientos mil hombres ademas de las guarniciones. Con semejantes fuerzas era menuda defectuosa la distribucion; mas aunque por medio de la leva de conscriptos podian con el tiempo llegar nuestros ejércitos á este número, en la actualidad, no podian dejarse mas que diez mil hombres en Holanda. En el Rin apenas podian reunirse unos cuantos miles, y las tropas destinadas á este ejército de observacion permanecian en el interior, para vigilar la Vendée, amenazada todavía, ó para proteger la tranquilidad pública en las próximas elecciones. El ejército destinado á operar en el Danubio constaba cuando mas de

cuarenta mil hombres, el de Suiza de treinta, el de Italia de cincuenta y el de Nápoles de treinta; de modo que apenas contábamos con ciento sesenta ó ciento setenta mil hombres, siendo el intento mas descabellado el desparramarlos desde el Tegel al golfo de Tarento.

Ya que el Directorio, llevaba de la osadia revolucionaria, queria tomar la ofensiva, era mas necesario que nunca elegir los puntos de ataque, reunirse en suficiente número sobre ellos, y no diseminarse para combatir en todos á un mismo tiempo. Así en Italia en vez de estender sus fuerzas desde Verona hasta Nápoles, era preciso como lo hizo Bonaparte, reunir la mayor fuerza en el Adige, y allí dar golpes de alguna importancia, pues batiendo á los austriacos en el Adige, era indudable que podia imponerse respeto á Roma, Florencia y Nápoles. Por la parte del Danubio, en vez de perder inútilmente millares de valientes al pié de San Gotardo era menester disminuir el ejército de Suiza y el Rin, reforzar el activo del Danubio, y dar con éste una batalla decisiva en Baviera. De este modo podian reunirse los puntos de ataque, permanecer en observacion en el Adige, tomar solo la ofensiva en el Danubio, y obrar, allí con mas firmeza y seguridad, reforzando el número que habia de emplearse. Napoleon y el archiduque Carlos demostraron, el primero con grandes ejemplos, y el segundo con profundos razonamientos, que toda disputa entre el Austria y la Francia, debe ventilarse en el Danubio, por que en él existe el camino mas corto para conseguir sus fines, y un ejército francés victorioso en Baviera, inutiliza todos los triunfos de un ejército austriaco, vencedor en Ita-

lia, porque está mucho mas próximo á Viena. No debimos omitir en disculpa de los planes del Directorio, que no se habian empleado aun tan inmensos campos de batalla, y que el único hombre que hubiera podido verificarlo, se hallaba entonces en Egipto. Disemináronse pues los ciento sesenta mil hombres, poco mas ó menos, de que á la sazón podia disponerse, en la inmensa línea que hemos descrito, y con el órden indicado. Diez mil hombres debian quedar en observacion de Holanda, y algunos batallones en el Rin; cuarenta mil formaban el ejército del Danubio, treinta mil el de Suiza, cincuenta mil el de Italia y treinta mil el de Nápoles. Los conscriptos debian incorporarse á la mayor brevedad con estas fuerzas, y hacerlas ascender al número que se fijaba en los planes del Directorio.

No estuvieron mas acertados en la eleccion de generales que en la concepcion de tales proyectos. Verdad es que desde que murió Hoche y salieron para Egipto, Bonaparte, Desaix y Kleber, habia pocos de quien echar mano. El único general, cuya reputacion era universal y merecida, era Moreau, porque aunque otros pudiesen ser mas osados, mas emprendedores, no habia ninguno mas completo ni mas fiel; y una nacion defendida por semejante hombre no podia perecer. Destituido por la conducta que observó en el asunto de Pichegrú, consintió con la mayor modestia en ser mero inspector de infanteria. Propusieronle al Directorio para mandar en Italia desde que Bonaparte llamó tanto la atencion sobre aquel hermoso suelo, y desde que se habia hecho la manzana de la discordia entre el Austria y la Francia. Este cargo

parecia el de mayor importancia, y por esto se pensó en Moreau; pero Barrás se opuso á el con toda su fuerza, alegando argumentos de gran patriota y presentando á Moreau como sospechoso por su conducta en el 48 de fructidor, teniendo sus colegas la debilidad de ceder. Moreau pues quedó separado y permaneció de simple general de division en el ejército, que hubiera debido mandar en gefe, aceptando noblemente este cargo subalterno é inferior á sus conocimientos. Joubert y Bernadotte habian hecho dimision del mando del ejército de Italia por los motivos que ya sabemos, y así se acordaron de Scherer, ministro de la guerra, que por sus victorias en Bélgica y su bien dirigida batalla de Loano, habia adquirido una gran reputacion. Tenia si, talento, pero estaba muy achacoso y enfermo, y no era á propósito para mandar á una juventud vigorosa y atrevida, y por otra parte se habia enemistado con casi todos sus compañeros queriendo llevar con cierto rigor la correccion de la indisciplina. Propúsole Barrás para general del ejército de Italia. Dijose que era para que saliese del ministerio de la guerra, donde empezaba á importunar con su severidad; sin embargo los militares á quienes consultaron, y especialmente Bernadotte y Joubert, hablaron de él como se hablaba en el ejército, es decir honrosamente, y le nombraron general en gefe del ejército de Italia. Else disculpó mucho con su edad, su salud, y especialmente su impopularidad, debida al cargo que habia desempeñado, pero tanto insistieron, que se vió obligado á aceptar.

Championnet, despues de juzgado por una comision fué reemplazado en el mando del ejército de

Nápoles por Macdonald, encargándose á Massena el del ejército de Helbecia. Estas elecciones eran excelentes, y la república debía aprobarlas. El importante ejército del Danubio se confió al general Jourdan, cuyos servicios en 1793 y 94 no se habían olvidado, á pesar de la desgraciada campaña de 1798, y esperaban que no desmentiría sus primeras hazañas. De no dar este mando á Moreau, no podía verse en mejores manos el ejército del Danubio; mas por desgracia era tan inferior en número, que para mandarle con confianza hubiera sido preciso la audacia del vencedor de Arcole y Rivoli. El ejército del Rin se dió á Bernardotte, y el de Holanda á Brune.

Muy superiores á los nuestros eran los preparativos que el Austria había hecho, pues no confiando como nosotros en la victoria, había empleado los dos años trascurridos desde el armisticio de Leoben en levantar, equipar é instruir nuevas tropas, proveyéndolas de todo lo necesario, y esmerándose en elegir los mejores generales. Podía presentar á la sazón en batalla doscientos veinte y cinco mil hombres efectivos, sin contar con los reclutas que aun tenía. La Rusia la suministraba un contingente de setenta mil hombres, cuyo fanático denuedo era ponderado en toda Europa, mandados por el célebre Suwarow. De modo que la primera coalición iba á presentarse delante de nuestra línea con cerca de trescientos mil hombres, y se anunciaban otros dos contingentes rusos combinados con tropas inglesas, destinados el uno á Holanda, y á Nápoles el otro.

No tenía mucha ventaja el plan de la liga sobre el nuestro, pues era una invencion pedantesca

del consejo áulico, que desaprobó altamente el archiduque Carlos, pero que hubieron de sujetarse á él este y todos los generales, sin que les fuese permitido alterarle. Este plan se apoyaba como el de los franceses, en el principio de que las montañas son la llave de la llanura, y por esto se amontonaron considerables fuerzas para guarnecer el Tirol y los grisones, y privar si fuese posible de la gran cordillera de los Alpes á los franceses. El segundo objeto á que parecia atender el consejo áulico, era la Italia, habiéndose situado por esta razon detras del Adige, considerables fuerzas. El mas importante teatro de la guerra, que era el Danubio, parecia no ser el que llamaba mas la atencion, y lo único acertado que por esta parte se habia hecho, era situar en ella al archiduque Carlos. Hé aquí como se habían distribuido las fuerzas del Austria. El archiduque Carlos se hallaba con cincuenta y cuatro mil infantes y veinte y cuatro mil caballos en Baviera. El general Hotze mandaba veinte y cuatro mil de los primeros, y dos mil de los segundos en el Voralberg, á lo largo del Rin hasta su embocadura en el lago de Constancia. Bellegarde ocupaba el Tirol con cuarenta y seis mil hombres, entre los que tenia dos mil caballos, y Kray el Adige con sesenta y cuatro mil infantes y once mil caballos, que hacian en todo setenta y cinco mil hombres. El cuerpo ruso debia incorporarse con Kray para operar en Italia.

Infíerese que los veinte y seis mil hombres de Hotze y los cuarenta y seis mil de Bellegarde debían operar en las montañas, y apoderarse de los manantiales de los rios, mientras los ejércitos que obrasen en la llanura procurarian atravesar su cor-

riente. El ejército francés de Helbecia debia efectuar lo mismo; de modo que por una y otra parte iban á destruirse inútilmente inñinidad de valientes, por unas rocas inaccesibles, cuya posesion no podia tener influjo alguno en la suerte de la guerra.*

Los generales franceses no habian dejado de manifestar al Directorio la insuficiencia de sus recursos en todo género, y Jourdan se vió obligado á enviar algunos batallones á Bélgica para reprimir ciertas turbulencias, y media brigada al ejército de Helbecia para relevár á otra que habia pasado á Italia, de suerte que no contaba mas que con treinta y ocho mil hombres efectivos. Semjantes fuerzas eran muy desproporcionadas á las del archiduque para poder combatir con ventaja, y así solicitaba con instancia la pronta formacion del ejército de Bernardotte, que solo contaba aun con cinco ó seis mil hombres, y especialmente la organizacion de los nuevos batallones de campaña. Hubiera deseado poder agregarse el ejército del Rin ó el de Helbecia, lo cual era muy justo. Massena se quejaba por su parte de que no tenia ni almacenes, ni los medios de trasporte indispensables para sostener su ejército en paises estériles y en extremo inaccesibles.

A estas observaciones respondia el Directorio que en breve se reunirían los conscriptos y formarían batallones de campaña, uscendiendo al punto el ejército de Helbecia á cuarenta mil hombres y el del Danubio á sesenta; que luego que se

terminasen las elecciones, los batallones veteranos que permanecian en el interior, irían á formar el núcleo del ejército del Rin. Bernardotte y Massena tenían órden para ausiliar á Jourdan en sus operaciones y acomodarse á sus planes; pues contando siempre con el efecto de la ofensiva, y alentado por la misma confianza en sus soldados, deseaba que á pesar de la desproporcion numérica, se apresurasen sas generales á presentar batalla y deshacer á los austriacos con una impetuosa embestida, dándose al efecto las competentes órdenes.

Divididos los grisonos en dos facciones, habian vacilado largo tiempo entre la dominacion austriaca y la suiza, y por fin habian llamado á los austriacos á sus valles; mas como el Directorio les consideraba como súbditos suizos, mandó á Massena que ocupase su territorio, intimidando antes á los austriacos que le evacuasen, y debiendo atacar inmediatamente en caso de negativa. Al mismo tiempo, como los rusos seguían avanzando por Austria, dirigió sobre el particular dos notas, una al congreso de Rastadt y otra al emperador, declarándoles, que si en el término de ocho dias no se daba á los rusos contraórden para retirarse, tendria por declarada la guerra, y Jourdan tenia órden para pasar el Rin así que espirase ese término.

El congreso de Rastadt habia adelantado mucho sus tareas, pues habiéndose terminado las cuestiones sobre la linea del Rin, la division de las islas y la construccion de los puentes, solo trataban de las deudas. La mayor parte de los principes alemanes, escepto los eclesiasticos, no querían mas

* Todos estos asertos se fundan en el dictámen del archiduque Carlos, el general Jomini y Napoleon.

que convenirse para evitar la guerra; pero como muchos de ellos dependian del Austria, no se atrevian á pronunciarse. Los individuos de la diputacion abandonaban poco á poco el congreso, y en breve iban á verse en la imposibilidad de deliberar, por lo cual declaró el congreso que no podia responder á la nota del Directorio, y la trasmitió á la dieta de Ratisbona. Envióse á Viena la nota destinada al emperador, que quedó sin respuesta, hallándose así declarada la guerra de hecho, y mandándose á Jourdan que atravesase el Rin, y avanzase por la selva Negra hasta los manantiales del Danubio. Atravesó, pues, el Rin el 11 de ventoso, año VII (1.º de marzo); y el archiduque Carlos el Lech el 13 del mismo mes (3 de marzo), quedando así rotos los limites que ambas potencias se habian fijado, y estando otra vez próximos á venir á las manos; sin embargo, á pesar de haber emprendido una marcha ofensiva, llevaba orden Jourdan para dejar descargar al enemigo los primeros tiros, mientras se aprobaba por el cuerpo legislativo la declaracion de guerra.

Entretanto operó Massena en los grisones, é intimó la salida á los austriacos el 16 de ventoso (6 de marzo). Compónense los grisones del alto valle del Rin y tambien del alto valle del Inn ó Engadin. Massena resolvió pasar el Rin junto á su embocadura en el lago de Constancia, apoderándose así de todos los cuerpos esparcidos por los valles altos. Lecourbe, que mandaba su ala derecha, y que por su actividad y audacia extraordinarias era el general mas á propósito para la guerra de montaña, debía salir de los alrededores de San Gotardo, atravesar el Rin hácia sus manantiales, é invadir

el valle del Inn, protegiéndole con una division del ejército de Italia y marchando desde la Valtelina al valle del alto Adige, el general Dessoles.

Ejecutáronse aquellas sabias disposiciones con extraordinario vigor, y el 16 de ventoso (6 de marzo) se atravesó el Rin por todos los puntos. Los soldados se valieron de carretas para pasar el rio, haciendo de ellas un puente, y en dos dias se vió Massena dueño de toda la corriente del Rin, desde sus manantiales hasta su embocadura en el lago de Constancia, apoderándose de quince piezas de artilleria y de cinco mil prisioneros. No con menor fortuna efectuaba Lecourbe por su parte, con peor resultado, las órdenes de su general en jefe. Atravesó el Rin superior, pasó de Dissentis á Tüsis, en el valle del Albula, y desde este valle se precipitó osadamente en el del Inn, atravesando las mas elevadas montañas de la Europa, cubiertas aun con las nieves del invierno; mas habiendo impedido un retraso inevitable que Dessoles pasase desde la Valtelina al alto Adige, se hallaba Lecourbe espuesto á verse atajado por todas las fuerzas austriacas acantonadas en el Tirol. En efecto, mientras se adelantaba andazmente por el valle del Inn, y se dirigia á Martiusbruck, salió en persecucion suya Landou, con una division, pero retrocediendo el intrépido Lecourbe, acometió á Landou, le derrotó, le hizo multitud de prisioneros, y volvió á emprender su marcha por el valle del Inn.

Tan felices principios, prometian que así en los Alpes como en Nápoles podrian arrostrar los franceses á un enemigo que le llevaba tanta ventaja numérica, y confirmaron al Directorio en la idea

de que era preciso seguir en la ofensiva, y suplir la falta de brazos con la osadía.

Envió el Directorio á Jourdan la declaracion de guerra que habia obtenido de los consejos el dia 2 de marzo, y la orden de atacar inmediatamente. Jourdan habia salido por los desfiladeros de la Selva Negra al pais comprendido entre el Danubio y el lago de Constanza. El ángulo que forman el rio y el lago se va ensanchando cada vez mas, á medida que se adelanta hácia la Alemania; y así Jourdan que queria apoyar su izquierda en el Danubio y su derecha en el lago de Constanza, para ponerse en comunicacion con Massena, se veia obligado, á proporcion que ganaba terreno, á entender su linea, y por consiguiente debilitarla peligrosamente, mucho mas delante de un enemigo que le llevaba tanta ventaja en fuerzas. Primero se adelantó por una parte hasta Mengen, y por otra hasta Marckdorf; pero al saber que el ejército del Rin no se organizaria hasta despues del 10 de germinal (30 de marzo), y temiendo ser envuelto por el valle de Necker, empezó á temer y retrocedió. Las órdenes de su gobierno y el triunfo de Massena le decidieron despues á seguir adelante, eligiendo una buena posicion entre el lago de Constanza y el Danubio. Hay dos torrentes, el Ostrach y el Aach, nacidos con poca diferencia de un mismo punto, y que van a pirar el primero al Danubio, y el otro al lago de Constanza, formando una linea recta detrás de la cual se situó Jourdan. Saint Cyr se hallaba en Mengen con su izquierda; Souham con el centro en Pfullendorf, Ferino con la derecha en Barendorf, quedando d'Hautpoul con la reserva, y Lefebvre en Ostrach con la divi-

sion de vanguardia. Este era el punto mas accesible de la linea, porque situado en el origen de los dos torrentes, ofrecia pantanos que podian pasarse por una larga calzada: contra este punto resolvió hacer su mayor esfuerzo el archiduque Carlos que no queria que se le anticipasen, y así envió dos columnas á derecha é izquierda de los franceses contra Saint Cyr y Ferino; pero su principal fuerza, que constaba de unos cincuenta mil hombres, se encaminó toda al punto de Ostrach, defendido cuando mas por nueve mil. Empezó el combate el 2 de germinal (22 de marzo por la mañana), y fué de los mas sangrientos, porque los franceses desplegaron en este primer encuentro un denuedo y obstinacion, que dejaron admirado al mismo principe Carlos. Acudió Jourdan á aquel punto; mas la estension de su linea y la naturaleza del pais no le permitian trasportar con movimiento rapido sus fuerzas desde las alas al centro. Rompióse la linea, y despues de una honrosa resistencia, se vió Jourdan precisado á retirarse verificándolo entre Singen y Tuttlingen.

Era muy fatídico un revés al principio de la campaña, pues destruia el prestigio de audacia y superioridad que necesitaban los franceses para oponerse á mayor número; pero la inferioridad de fuerzas habia hecho inevitable casi este contratiempo. Jourdan, sin embargo, no renunció á tomar la ofensiva; y sabiendo que Massena se adelantaba por el otro lado del Rin, y confiando en la cooperacion del ejército del Danubio, se creia obligado á intentar el último esfuerzo para sostener á su compañero y apoyarle, dirigiéndose al lago de Constanza. Otro motivo ademas le impelia á se-

guir avanzando; el deseo de ocupar el punto de Stokach, donde se cruzan los caminos de Suiza y Suavia; punto que habia cometido el yerro de abandonar al retirarse entre Singen y Tuttlingen. Fijó, pues, su movimiento para el 3 de germinal (23 de marzo).

No estaba aun seguro el archiduque Carlos de la direccion con que debia obrar, y no sabia si dirigir su marcha a la Suiza, para separar á Jourdan de Massena, ó si á los manantiales del Danubio, para apartarle de su base del Rin. La direccion hácia Suiza le parecia ser la mas ventajosa á ambos ejércitos, porque los franceses tenian tanto intereses en unirse con el ejército de Helbecia como los austriacos en separarles de él; pero ignoraba los proyectos de Jourdan, y queria hacer un reconocimiento, que determinó efectuarlo en el 3 de germinal (23 de marzo), dia en que intentaba Jourdan atacarle.

Era sumamente complicada la situacion de los dos ejércitos por la naturaleza del terreno, porque el punto estratégico era Stokach, donde se cruzan los caminos de Suavia y de Suiza; posicion que queria recobrar Jourdan y conservar el archiduque. El Stokach es un pequeño rio que corre por medio de mil recodos delante del pueblo del mismo nombre, y termina su tortuosa corriente en el lago de Constanza. En este rio era donde habia tomado posicion el archiduque, teniendo su izquierda entre Neuzingen y Wahlwies, en las alturas, y á la espalda una de las revueltas del Stokach; su centro se hallaba sobre una elevada llanura llamada el Nellenberg, y delante del Stokach; su derecha en la prolongacion de la misma llanura y á lo

largo de la calzada que conduce desde Stokach á Liptingen; de suerte que se hallaba como el centro, delante del Stokach, cubriendo la estremidad de esta ala espesos bosques que se estienden por el camino de Liptingen. Esta posicion era muy defectuosa, porque si la izquierda tenia á su frente el Stokach, el centro y la derecha le tenian á la espalda y podian verse precipitadas en él por un esfuerzo del enemigo. Ademas todas las posiciones del ejército tenían una misma salida hácia el pueblo de Stokach, y en caso de una retirada forzosa, la izquierda, el centro y la derecha se agolparian en un solo camino, y producirian en su encuentro una desastrosa confusion; pero al querer cubrir á Stokach el archiduque, tampoco podia tomar otra posicion, y la necesidad le disculpaba. Solo podia quejarse de dos desaciertos en que incurria: el uno no haber mandado practicar algunas obras para guardar mejor su centro y su derecha, y el otro el haber agolpado demasiadas tropas á su izquierda que se hallaba suficientemente protegida por el rio, pero el motivo que tuvo para distribuir así aquellas tropas fué el extremo deseo que tenia de conservar el interesante punto de Stokach, pues por lo demas tenia la ventaja de una inmensa superioridad.

Jourdan ignoraba parte de las disposiciones del archiduque, porque no hay cosa mas difícil que un reconocimiento, especialmente en un país tan escabroso como el que ocupaban ambos ejércitos. Seguia en el ángulo formado por el Danubio y el lago de Constanza desde Tuttlingen á Steusslingen, cuya linea era muy esteasa, y la naturaleza del país que no permitia concentrarse con rapidez, ha-

cia mayor este inconveniente. Prescribió al general Ferino, que mandaba su derecha hácia Steusslingen que se dirigiese á Wahlwies, y á Souham que mandaba el centro en Eigeltingen, que pasase á Nenzingen. Los dos generales debían combinar sus esfuerzos para apoderarse de la izquierda y centro del archiduque, pasando el Stokach, y salvando el Nellenberg. Jourdan se proponía hacer obrar á su izquierda, vanguardia y reserva en el punto de Liptingen para atravesar los bosques que cubrían la derecha del archiduque, y lograr desalojarlo. Estas disposiciones tenían la ventaja de dirigir el grueso de las fuerzas contra el ala derecha del archiduque, que era la mas comprometida. Por desgracia todas las columnas del ejército tenían puntos de partida muy distantes, como que para operar sobre Liptingen tenía la vanguardia y la reserva que venía desde Emingen-ob-Ek, y la izquierda de Tuttlingen á una jornada de distancia; era tanto mas peligroso este aislamiento, cuanto que el ejército francés que constaba de unos treinta y seis mil hombres, era inferior lo menos en una tercera parte al ejército austriaco.

Encontráronse los dos ejércitos el 3 de germinal (23 de marzo), por la mañana, marchando el francés á dar una batalla, y el austriaco á hacer un reconocimiento. Los austriacos que se habían movido un poco antes que nosotros, sorprendieron nuestras avanzadas, pero pronto fueron rechazados en todos puntos por el grueso de nuestras divisiones. Ferino á la derecha, y Souham en el centro llegaron á la derecha, á Orsingen, á Nenzingen, á la orilla del Stokach, al pié del Nellenberg, y rechazaron los austriacos á la posición que

por la mañana ocupaban, empezando el ataque formal de aquella posición. Tenían que atravesar el Stokach y forzar el Nellenberg, empujándose el fuego de la artillería en toda la línea.

Mucho mas pronto y decisivo era el resultado en nuestra izquierda, pues la vanguardia, mandada por el general Soult, por haber sido Lefebvre, herido, rechazó á los austriacos que se habían adelantado hasta Emingen-ob-Ek, les lanzó de Liptingen, y derrotándolos en la llanura, les persiguió con notable brio y logró arrojarlos de los bosques. Estos eran los mismos que cubrían la derecha austriaca, y siguiendo el movimiento, podrían los franceses precipitarla en el Stokach, y ocasionarla un desastre; pero era evidente que este flanco se reforzaria á costa del centro y de la izquierda y que era preciso obrar sobre él con muchas fuerzas, siendo por lo tanto necesario que la vanguardia, la reserva y la izquierda hiciesen un movimiento de conversión segun el plan primitivo. Por desgracia el general Jourdan, confiando demasiado en el fácil triunfo que acababa de obtener, quiso aspirar á mas, y en vez de llamar á Saint-Cyr para que se le incorporase, le ordenó que diese un largo rodeo para envolver á los austriacos y cortarles la retirada. Esto era querer acelerar el fruto de la victoria, cuando aun no se había conseguido; y Jourdan solo mantuvo en el punto decisivo la division de vanguardia y la reserva que llevaba Hauptoult.

Entretanto, viendo la derecha de los austriacos forzada por el enemigo los bosques que la cubrían, dió media vuelta y disputó con extraordinaria tenacidad la calzada de Liptingen en el Sto-

kach que atraviesa estos bosques. Batianse desesperadamente cuando llegó acelerado el archiduque, y adivinando el peligro con sagacidad, retiró a los granaderos y coraceros del centro y la izquierda para que pasasen á su derecha. En vez de alarmarse por el movimiento de Saint-Cyr contra su espalda, conoció que rechazado Jourdan, se vería Saint-Cyr mucho mas comprometido, y resolvió contentarse con un esfuerzo decisivo en el punto amenazado.

Se estaban disputando los bosques con un encarnizamiento extraordinario, y los franceses, aunque inferiores en número, resistían con un denuedo que el archiduque llama admirable; pero cargó el mismo príncipe con algunos batallones por la carretera de Liptingen, y logró sobreponerse á los franceses. Perdieron estos los bosques y se hallaron por fin en la llanura descubierta de Liptingen de donde habían salido, y aunque Jourdan pidió socorros á Saint Cyr, ya no era tiempo: quedábale su reserva, y resolvió dar una carga de caballería para recobrar lo perdido, lanzando de una vez cuatro regimientos de caballería, pero esta carga fué contrarestada por otra que dieron á tiempo los coraceros del archiduque y entonces entró una horrenda confusion en la llanura de Liptingen. Despues de haber hecho los franceses prodigios de valor, se desbandaron y á pesar de los heroicos esfuerzos que hizo el general Jourdan para detener á los fugitivos, se vió tambien arrollado; sin embargo, causados los austriacos de tan porfiado combate, no se atrevieron á perseguirlos.

Desde entonces terminó la accion porque Ferrino y Souham se habian sostenido, pero no ha-

bian forzado el centro ni la izquierda de los austriacos. Saint-Cyr recorría sus espaldas y no podía decirse que se hubiese perdido la batalla, pues los franceses, inferiores en una tercera parte, habian conservado el campo y desplegado un valor extraordinario; pero el no vencer con su menor número, y el aislamiento de sus divisiones, era equivalente á quedar derrotados. Era preciso llamar inmediatamente á Saint-Cyr que se hallaba en riesgo, reunir la vanguardia y reserva maltratadas, é incorporar el centro y la derecha; y así dió Jourdan las oportunas órdenes, y prescribió á Saint-Cyr que se replegase cuanto antes pudiese, como que en efecto habia llegado á ser muy peligrosa su situacion, pero efectuó su retirada con la serenidad que le distinguió siempre, y pasó el Danubio sin contratiempo alguno. La pérdida habia sido casi igual en muertos, heridos y prisioneros, ascendiendo de cuatro á cinco mil hombres.

Despues de aquella desgraciada accion, los franceses ya no podían sostener la campaña, y debían acogerse al resguardo de una linea poderosa. ¿Debían retirarse á Suiza ó al Rin? Si lo primero, era evidente que combinando sus esfuerzos con el ejército de Massena, podían recobrar una actitud imponente; mas por desgracia no creyó deber obrar así el general Jourdan, temiendo que quedase muy debilitada la linea del Rin, en que Bernadotte solo habia reunido siete ú ocho mil hombres, y resolviendo retirarse á la entrada de los desfiladeros de la Selva Negra. Allí tomó una posicion que creía fuerte, y dejando el mando á su gefe de estado mayor Ernonff, salió para Paris, á donde iba á quejarse de la inferioridad á que se veía reducido su

ejército. Los resultados decían mas que todas las quejas del mundo, y hubiera hecho mucho mejor permanecer en el ejército que en ir á quejarse á París.

Por fortuna el consejo áulico habia obligado al archiduque á cometer una falta grave que reparaba en parte las nuestras, porque si prosiguiendo sus ventajas, hubiese perseguido sin cesar á nuestro ejército vencido, hubiera podido ponerle en completo desorden, talvez destruirle, y volverá Suiza para acometer á Massena, privado de todo auxilio, reducido á sus treinta mil hombres, y metido en los altos valles de los Alpes, no siendo imposible cortarle el camino de Francia; pero el consejo áulico prohibió al archiduque avanzar hacia el Rin, mientras no quedase evacuada la Suiza; consecuencia del principio de que la llave del teatro de la guerra eran las montañas.

Mientras que estos sucesos ocurrían en la Suavia, seguía la guerra en los altos Alpes, donde Massena operando en los manantiales del Rin, Lecourbe hacia los del Inn, y Dessoles por los del Adige, habian obtenido ventajas y sufrido pérdidas. Al otro lado del Rin y un poco mas arriba del punto en que entra en el lago de Constanza, habia una posición que era urgente ganar, la de Feldkirch. Massena se empeñó en lograrlo con toda su tenacidad, pero perdió mas de dos mil hombres sin conseguirlo. Lecourbe y Dessoles, el primero en Taufers, y el segundo en Nauders, habian dado brillantes choques, de los que habian conseguido cada uno tres ó cuatro mil prisioneros, reparando sobradamente la derrota de Feldkirch. Así los franceses por su viveza y atrevimiento conservaban su superioridad en los Alpes.

Principiaban las operaciones en Italia al siguiente día de la batalla de Stokach; habiendo recibido los franceses cerca de treinta mil conscriptos que hacían ascender su número en Italia á unos ciento diez y seis mil hombres, poco mas ó menos, distribuidos en esta forma: treinta mil veteranos á las órdenes de Macdonald guardaban á Roma y Nápoles. Los treinta mil reclutas se hallaban en las plazas, y quedaban cincuenta y seis mil hombres á las órdenes de Scherer. De este número habia sacado cinco mil para ocupar la Toscana á las órdenes del general Gauthier, y cinco mil á la del general Dessoles para operar en la Valtelina, quedando por lo tanto á Scherer cuarenta y seis mil hombres para batirse en el Adige, punto esencial á donde hubiera debido llevarse todo el grueso de nuestras fuerzas. Además del inconveniente de los pocos hombres en este punto decisivo, habia otro no menos fatal para los franceses, y es que el general no inspiraba confianza alguna, pues no tenia edad á propósito como hemos dicho, y á mas de esto, se habia desconceptuado durante su ministerio. Bien lo conocia él, y por esto tomó el mando á disgusto. Iba por la noche á escuchar por las tiendas las conversaciones de los soldados y oír por sí mismo las pruebas de su impopularidad. Circunstancias eran estas muy desfavorables para empezar una grandiosa y árdua campaña.

Debían mandar á los austriacos Melas y Suwarow, y mientras tanto estaban á las órdenes del baron de Kray, uno de los mejores generales del emperador, y aun antes de que llegasen los rusos, contaban con ochenta y cinco mil hombres en la alta Italia. En el Adige habia ya unos sesenta mil,

y ambos ejércitos tenían orden para tomar la ofensiva. Los austriacos debían salir de Verona, seguir la falda de las montañas y adelantarse al otro lado del río para apoyar el movimiento del ejército del Tirol por las montañas.

Scherer no había recibido otra instrucción que la de atravesar el Adige, y era encargo difícil, porque toda esta línea la tenían los austriacos. Debe conocerse ya por la campaña de 1793. Verona y Legnago, que la dominan, pertenecían á los austriacos y era muy espuesto echar un puente, sobre cualquier punto, porque poseyendo los austriacos á Verona y Legnago, podían caer sobre el flanco del ejército que intentaba el paso. A no haber mediado la orden de tomar la ofensiva, hubiera sido mas acertado dejar salir al enemigo lejos de Verona, en posicion que hubiera habido tiempo de elegir, presentarle batalla y aprovecharse de los resultados de la victoria, para pasaren persecucion suya el Adige. Pero Scherer que se vió obligado á tomar la iniciativa, vaciló en el partido que adoptaria, y se decidió por último á un ataque por su flanco izquierdo. Se tendrá sin duda presente la posicion de Rivoli, situada en las montañas a la entrada del Tirol, y en la parte superior de Verona, donde los austriacos habian fortificado todas las avenidas y formado en Pastrengo un campamento. Resolvió Scherer privarles desde luego de esta defensa y rechazarlos por esta parte al otro lado del Adige, destinando á este objeto las tres divisiones de Serrurier, Delmas y Grenier. Moreau, que era solo general de division á las órdenes de Scherer, debia inquietar á Verona con las dos divisiones de Hatry y Victor. El general Montrichard debia ame-

nazar á Legnago con una division; distribucion de fuerzas que anunciaba las dudas é incertidumbre del general en jefe.

Verificóse el ataque el dia 26 de marzo, al dia siguiente de la batalla de Stokach, y las tres divisiones encargadas de acometer por varios puntos el campamento de Pastrengo, se apoderaron de él con un valor digno del antiguo ejército de Italia, y tomaron á Rivoli, haciendo quinientos prisioneros á los austriacos, y privándoles de muchos cañones. Repasaron estos el Adige aceleradamente por un puente que habian colocado en Polo, y que tuvieron tiempo de destruir. En el centro, junto a Verona, se batieron por los pueblos de las inmediaciones, obstinandose Kaim en defenderlos y recobrarlos, en términos que el de San Máximo fué perdido y recobrado siete veces. Moreau, no menos tenaz que su enemigo, no le dejó adquirir ventaja alguna, y le encerró en Verona. Cuando Montrichard hizo aquella inútil demostracion contra Legnago, corrió verdaderos peligros, porque Krav, alucinado con falsas noticias, creyó que los franceses iban á dirigirse principalmente contra el bajo Adige, y envió gran parte de sus fuerzas, las cuales sabiendo de Legnago pusieron á Montrichard en el mayor apuro. Por fortuna este se supo aprovechar de la escabrosidad del terreno, y se replegó acertadamente hácia Moreau.

Habia sido sangrienta la jornada y favorable á los franceses en la izquierda y centro, pudiéndose calcular la pérdida de estos, entre muertos, heridos y prisioneros, en cuatro mil hombres, y la de los austriacos en ocho mil lo menos; sin embargo, á pesar de la ventaja que habian conse-

guido los franceses, los resultados no eran de gran importancia. En Verona no hicieron mas que estrechar á los austriacos; y si bien por mas arriba les habian rechazado al otro lado del Adige, logrando el medio de pasarlo tras ellos con restablecer el puente de Polo; desgraciadamente no importaba mucho pasar el rio por este punto. Recordaremos que el camino que guarnece exteriormente el rio, atraviesa por Verona, y que no habia otra salida á la llanura. No interesaba, pues, atravesar el Adige por Polo, porque despues de efectuado esto, se hallaban delante de Verona, en la misma posicion que Moreau en el centro, y les era preciso tomar la plaza. Si en el mismo dia se hubieran aprovechado del desorden que produjo en los austriacos el ataque del campamento de Pastrengo, y se hubieran apresurado á restablecer el puente de Polo, acaso hubiesen podido entrar en la plaza detrás de los fugitivos, y mucho mas á favor del obstinado combate en que se hallaba Moreau con el general Kaim al otro lado del Adige.

Mas por desgracia no se habia hecho nada de esto, aunque podia repararse esta falta, obrando activamente al siguiente dia, y trasladando la masa de las fuerzas delante de Verona, y en la parte superior hacia el puente de Polo; pero Scherer dudó tres dias seguidos el partido que tomaria. Hacia buscar un camino al otro lado del Adige, que permitiese evitar el paso por Verona, y el ejército estaba indignado de semejante indecision, quejándose de que no se aprovechaban las ventajas conseguidas en la accion del 6 (26). Por fin el 9 de germinal (29 de marzo), se celebró un

consejo de guerra, y Scherer se decidió á hacer algo, formando el singular proyecto de pasar la division de Serrurier al otro lado del Adige por el puente de Polo, y conducir el grueso de su ejército entre Verona y Legnago, para intentar el paso del rio. Para mejor efectuar el paso de estas fuerzas, llevó dos divisiones de izquierda á derecha, las hizo dar un rodeo por detrás de su centro, y las espuso á inútiles fatigas en caminos intransitables y enteramente perdidos por las lluvias.

Púsose el dia 30 en ejecucion el nuevo plan, y Serrurier pasó el Adige por Polo con su division, que constaba de seis mil hombres, mientras el grueso del ejército se dirigia mas abajo, entre Verona y Legnago. Facil era preveer la suerte de la division de Serrurier, pues estrechada despues del paso del rio en un camino que concluia en Verona y formaba por lo tanto una especie de callejon, corria graves peligros. Conociendo Kray su posicion, dirigió contra ella fuerzas muy superiores, y la rechazó al puente de Polo, introduciendo en ella tal confusion, que repasó el rio en el mayor desorden. Viéronse precisados á abrirse paso algunos destacamentos, y quedaron prisioneros mil quinientos hombres. Al saber Scherer este revés, que era inevitable, se contentó con reunir la division batida y aproximarla al bajo Adige, donde habia concentrado á la sazón la mayor parte de sus fuerzas.

Pasáronse varios dias de indecision por una y otra parte, hasta que últimamente Kray tomó una determinacion, resolviendo, mientras se encaminaba Scherer al bajo Adige, salir en masa de Verona, dirigirse hacia el flanco de Scherer, y

arriacionarle entre el bajo Adige y el mar. La direccion era buena; pero por fortuna interceptó Moreau una orden en la que se manifestaba el plan de Kray; y noticiándosele inmediatamente al general en jefe, le obligó á que volvieran sus divisiones para dar frente á Verona, de donde debia salir el enemigo.

Al ejecutar aquel movimiento fué cuando se encontraron los dos ejércitos el día 3 de abril en las inmediaciones de Magnano. Las divisiones de Victor y Grenier, que formaban la derecha hacia el Adige, subieron el rio por San Giovanni y Tomba, para llegar hasta Verona, y derrotaron á la division de Mercantin, destruyendo totalmente el regimiento de Wartensleben; así llegaron ambas divisiones casi á la altura de Verona, pudiendo conseguir su objeto; que era incomunicar con la ciudad á todos los que saliesen de ella. La division de Delmas, que debia acudir al centro, hacia Butta-Preda y Magnano, se retrasó, y dejó que la division austriaca pudiese llegar hasta Butta-Preda, formando así un ángulo saliente hacia el centro de nuestra linea. Pero Moreau, con las divisiones de Serrurier, Hatry y Montrichard por la izquierda, se adelantaba victorioso, habiendo mandado á esta última que variase su frente para dar cara á Butta-Preda, hacia el punto en que el enemigo se habia dejado ver, y él se dirigió con sus dos restantes divisiones á Dazano. Llegó por fin Delmas á Butta-Preda, cubriendo nuestro centro, en cuyo momento parecia declararse á favor nuestro la victoria; porque triunfando nuestra derecha por el lado del Adige, iba á cortar á los austriacos la retirada á Verona.

Pero conociendo Kray que el punto principal estaba en nuestra derecha, y que debia renunciar á vencer en los demas puntos con tal de conseguirlo en este, dirigió á él la mayor parte de sus fuerzas. Una ventaja llevaba á Scherer, que era la mayor inmediacion de sus divisiones, que le permitia disponer mas fácilmente de ellas. Las francesas estaban por el contrario muy distantes unas de otras, y combatian en un terreno atajado por innumerables cercas. Precipitose Kray de improviso con toda su reserva contra la division de Grenier; y Victor, que quiso protegerle, se vió tambien atacado por los regimientos de Nadasty y Reisky. No se contentó Kray con esta primer ventaja, sino que reuniendo á la espalda la division de Mercantin batida por la mañana, la precipitó de nuevo contra las dos divisiones de Grenier y Victor, decidiendo así su derrota. A pesar de su viva resistencia, se vieron obligadas ambas á abandonar el campo de batalla, y hallándose nuestra derecha en plena derrota, no podia menos de verse amenazado nuestro centro; y en efecto Kray no dejó de acudir á él; pero estaba allí Moreau, que le impidió ganar otro triunfo.

La batalla estaba indudablemente perdida, y era necesario pensar en retirarse habiendo sido grande la pérdida por ambos lados, pues los austriacos tuvieron tres mil entre muertos y heridos y dos mil prisioneros, y los franceses igual número de aquellos; pero perdieron cuatro mil prisioneros. Entre los heridos lo fué mortalmente el general Pigeon, que durante la primera campaña de Italia desplegó en las vanguardias tanto talento é intrepidez.

Era Moreau de parecer de dormir en el campo de batalla para evitar el trastorno de una retirada nocturna; pero Scherer quiso verificarla inmediatamente. Al siguiente dia lo efectuó detrás de la Molinella; y al dia despues, 18 de germinal (7 de abril), al Mincio, donde apoyado por una parte en Pescara, y en Mantua por la otra, podia oponer una fuerte resistencia, traer á Macdonald del centro de la peninsula, y por medio de esta concentracion de fuerzas recobrar la superioridad perdida en la accion de Magnano; pero el desgraciado Scherer habia perdido totalmente la cabeza, y sus soldados estaban peor dispuestos que nunca. Poseedores tres años hacia de la Italia, se irritaban al verse privados de ella, é imputaban sus descalabros á la impericia de su general. Verdad es que ellos habian hecho su deber como en los dias de su mayor gloria, pero por lo mismo estas murmuraciones de su ejército habian afectado el ánimo del general tanto como su derrota, y no creyendo poder sostenerse en el Mincio, se retiró al Oglio, y despues al Adda, adonde llegó el 12 de abril, sin que pudiera calcularse adonde iria á parar con este movimicnto retrógrado.

Apenas hacia mes y medio que se habia empezado la campaña, y habiamos tenido que cejar en todos los puntos, porque el gefe de estado mayor Ernouff, á quien Jourdan dejó en la entrada de los desfiladeros de la Selva negra con el ejército del Danubio, se habia amedrentado al saber la aproximacion de algunas tropas ligeras hácia uno de sus flancos, y se retiró precipitadamente al Rin; de manera que en Alemania y en Italia nuestros ejércitos, denodados como nunca, perdian sin

embargo sus conquistas, y volvian batidos á las fronteras. Solo en Suiza conservábamos nuestra fortuna, pues Massena se sostenia allí con toda la tenacidad de su carácter, y escepto en la infructuosa tentativa contra Feldkirch, siempre salió vencedor; pero situado en el ángulo saliente que forma la Suiza entre Italia y la Alemania, se hallaba entre dos ejércitos vencedores y era indispensable que se retirase. Acababa, en efecto, de dar esta orden á Lecourbe, y se retiraba al interior de la Suiza, aunque ordenadamente y guardando la mas imponente actitud.

Nuestros ejércitos estaban humillados, y nuestros ministros iban á ser en el estrangero victimas del mas odioso y atroz atentado. Hallándose declarada la guerra al emperador, y no al imperio germánico, seguia reunido el congreso de Rastadt y muy próximos ya á entenderse sobre la última dificultad, que era la de las deudas; pero los dos tercios de los estados habian llamado ya á sus diputados, lo cual se debia al influjo del Austria que no queria se hiciese la paz. Solo quedaban en el congreso algunos diputados de la Alemania, y quedando abierto el pais por la retirada del ejército del Danubio, se deliberaba en medio de las tropas austriacas. El gabinete de Viena concibió entonces un infame proyecto que dió á su politica perdurable sello de deshonra. Estaba muy quejoso de la entereza y vigor que habian manifestado en Rastadt nuestros ministros, á quienes imputaba el haberse divulgado con grave compromiso suyo para con el ejército germánico, cuales fueron los artículos secretos, convenidos con Bonaparte para la ocupacion de Maguncia. Estos arti-

culos secretos probaban que para poseer á Palma-Nova, en el Friuli, habia entregado el gabinete austriaco á Maguncia, y perjudicado indignamente á los intereses del imperio. Irritado profundamente este gabinete, queria vengarse de nuestros ministros, y trataba de apoderarse de sus papeles, para saber quiénes eran los principes germánicos que trataban á la sazón particularmente con la república francesa, y concibió la idea de prender á nuestros ministros al volver á Francia, robarlos, insultarlos y asesinarlos si era necesario; mas no se ha sabido jamás si dió positivamente orden de asesinarlos.

Ya tenían nuestros ministros cierta desconfianza, y sin temer un atentado contra sus personas, se receiaban algo acerca de su correspondencia. En efecto, se interceptó el 30 de germinal por el arresto de los guardas del portazgo que servian para llevarla y habiendo reclamado nuestros ministros y tambien la diputacion del imperio, preguntaron si podria creerse seguro el Congreso; mas el oficial austriaco á quien se dirigió la pregunta no dió respuesta alguna satisfactoria. Nuestros ministros declararon entonces que partirian dentro de tres dias, es decir, el 9 de floreal (28 de abril), para Strasburgo, donde añadieron que permanecerian dispuestos á volver á las negociaciones asi que se manifestase este deseo. El 7 de floreal se detuvo á un correo de la legacion, haciendo todo el congreso nuevas reclamaciones, y preguntando espresamente si estaban seguros los ministros franceses. El coronel austriaco que mandaba los húsares de Szecklers acantonados junto á Rastadt, respondió que los ministros franceses no tenían mas

que salir dentro de veinte y cuatro horas. Pidiéronle una escolta, pero se la negó, asegurando que se respetarian sus personas. Nuestros tres ministros Juan Debry, Bonnier y Robejeot; salieron el 9 de floreal (28 de abril) á las nueve de la noche en sus carruages con sus familias, y detrás de ellos iban la legacion liguriaca y los secretarios de embajada. Al principio les presentaron alguna dificultad para salir de Rastadt, pero por fin se les dejó partir sin obstáculo. La noche estaba muy obscura, y apenas se hallaban á cincuenta pases de Rastadt, cuando salió á ellos una partida de húsares de Szecklers con sable en mano, y detuvo los carruages. Iba el primero el de Juan Debry, y abriendo violentamente los húsares la portezuela, le preguntaron en su bárbara jergonza si era Juan Debry, y habiendo respondido afirmativamente, le cogieron del cuello, le sacaron del carruage, y le dieron de cuchilladas en presencia de su muger y sus hijos. Dejaronle por muerto, pasaron á los demás carruages, y degollaron á Robejeot y Bonnier en los brazos de sus familias. Los individuos de la legacion liguriaca y los secretarios de embajada tuvieron tiempo de salvarse. En seguida los asesinos encargados de esta ejecucion saquearon los carruages, y se llevaron todos sus papeles.

La herida de Juan Debry no era mortal, y habiendo vuelto en sí con el frío de la noche, fué arastrando como pndo y cubierto de sangre hasta Rastadt. Luego que cundió la noticia de semejante atentado se indignaron altamente los habitantes é individuos del Congreso, y la lealtad alemana se resintió de un crimen contra el derecho

de gentes inaudito en naciones civilizadas, y que solo podia concebirse en un gabinete medio bárbaro. Los individuos de la diputacion que quedaron en el Congreso, prodigaron á Juan Debry y á las familias de los ministros asesinados las mas solícitas atenciones, y luego se reunieron para redactar una declaracion en que patentizaban al mundo el atentado que acababa de cometerse, protestando contra toda sospecha de complicidad con el Austria. Este crimen se supo al momento en toda la Europa y excitó universal indignacion. El archiduque Carlos escribió una carta á Massena, anunciándole que iba á perseguir al coronel de los húsares de Szecklers; pero esta carta, fria y escrita con repugnancia, probaba la incertidumbre del príncipe y no era digna ni de él ni de su carácter. El Austria no respondió, ni podia responder á las acusaciones que contra ella se dirigian.

Así era implacable la guerra entre los dos sistemas que dividian al mundo. Los ministros republicanos, mal recibidos al principio y ultrajados despues durante un año de paz, acababan de ser por último vilmente asesinados con la misma ferocidad que hubiera podido verse entre naciones bárbaras, y violándose para ellos solos el derecho de gentes, que se observaba hasta con los mas encarnizados enemigos.

Así los inesperados contratiempos que marcaron el principio de la campaña, y el atentado de Rastadt, produjeron la mas funesta impresion en el Directorio. Desde el momento mismo en que se declaró la guerra tomaron las oposiciones un carácter destemplado, y no guardaron consideracion alguna así que vieron batidos á nuestros ejér-

citos y asesinados á nuestros ministros. Los patriotas reprimidos por el sistema de las escisiones, los militares cuya indisciplina habia querido reprimirse, y los realistas que se ocultaban á la sombra de todos estos descontentos, se aprovecharon de los recientes sucesos para acusar al Directorio. Cada dia se dirigian las mas injustas y repetidas acusaciones diciendo que habia abandonado totalmente los ejércitos; que habia dejado debilitarse sus filas con la desercion sin procurar reponerlas por medio de la nueva conscripcion; que habia retenido en el interior muchos batallones veteranos empleados en coartar la libertad de las elecciones en vez de pasar la frontera; que á estos ejércitos, tan menguados en comparacion de los enemigos; no habia suministrado ni almacenes, ni víveres, ni efectos de equipo; ni medios de transporte, ni caballos de remonta; que los habia entregado á la rapacidad de las administraciones, las cuales habian devorado inútilmente seiscientos millones, y finalmente que habia elegido los peores gefes por generales. Que Championnet, el vencedor de Nápoles, se hallaba preso por haber querido poner freno á la rapiña de los agentes del gobierno. Que Moreau se hallaba reducido al cargo de mero general de division, y Joubert, el vencedor del Tirol, y Augereau, uno de los héroes de Italia, se hallaban sin mando, mientras Scherer, que habia preparado con su mala administracion todas las derrotas, se hallaba por el contrario al frente del ejército de Italia, solo por ser paisano y amigo de Rewbell. No se contentaban con esto, pues habia otros nombres que recordaban con cierta amargura. ¿Dónde estaban el ilustre Bona-

parte, sus distinguidos compañeros Kleber y Desaix y sus cuarenta mil soldados, vencedores del Austria?... En Egipto, en apartados climas, donde iban á perecer por la imprudencia del gobierno, ó acaso por sus siniestras miras; y una empresa, antes tan admirada, empezaban á decir ya que la habia inventado el Directorio para deshacerse de un célebre guerrero, que le hacia sombra.

No se limitaba á esto su indignacion sino que imputaban al gobierno hasta la misma guerra, y el haberla provocado con su imprudencia respecto á las potencias, y que habia invadido la Suiza, derribado al papa y trastornado la corte de Nápoles, apurando así el sufrimiento del Austria, sin estar preparado para entrar en la lucha; que con invadir el Egipto habia decidido el rompimiento de la Puerta, y con este librado á la Rusia de todo recelo por su espalda, permitiéndola enviar sesenta mil hombres á Alemania, y finalmente, llegó su furor al extremo de decir que el autor secreto del asesinato de Rastadt era el Directorio, valiéndose de este medio para provocar la opinion contra los enemigos, y pedir nuevos recursos al cuerpo legislativo.

Tribuna, periódicos y lugares públicos repetian estos cargos, añadiéndose que Jourdan habia ido á París á quejarse del gobierno ó imputarle todas sus pérdidas, y los generales que no habian seguido su ejemplo, habian espuesto sus quejas por escrito. No se comprenderia un desencadenamiento tan general sino se supiesen los furores, y sobre todo las contradicciones que reinaban en los partidos.

Por poco que se recuerden los hechos, puede

darse respuesta á todos estos cargos. El Directorio no habia dejado debilitarse los ejércitos, porque solo habia espedido doce mil licencias; pero tampoco le fué posible evitar las deserciones en tiempo de paz, pues ningun gobierno del mundo puede impedir las. El mismo Directorio habia dado lugar á que le tratasen de tirano porque obligó á muchos soldados á incorporarse con sus regimientos, y en efecto que habia cierta dureza en volver á sus banderas á unos hombres que por espacio de seis años habian prodigado su sangre. La conscripcion se habia decretado hacia cinco meses, sin que se hubiera podido en tan corto tiempo organizar el sistema de alistamiento, y mucho menos equipar é instruir á los conscriptos, formarlos en batallones de guerra y encaminarlos á Holanda, Alemania, Suiza ó Italia. Verdad es que habia detenido á algunos batallones veteranos porque eran indispensables para mantener el orden en las elecciones; y porque no podia encargarse esto á los soldados jóvenes que ni tenian un espíritu decidido, ni un amor bastante marcado á la república. Razones de importancia justificaban ademas esta precaucion: la Vendée, agitada aun por los emisarios extranjeros, y la Holanda amenazada por las escuadras anglo-rusas.

En cuanto al desorden de la administracion, tampoco eran ciertos los cargos que al Directorio se hacian; porque aunque sin duda alguna habia habido dilapidaciones, casi todas habian sido en provecho de los mismos que las citaban, y á pesar de los esfuerzos del Directorio en impedir las. A tres clases podian reducirse estas dilapidaciones: las del saqueo de los paises conquistados;

las de reclamar al estado el prest de los militares que habian desertado, y finalmente, las de las compañías de asentistas en sus desventajosos negocios; pero todas ellas se habian cometido por los generales y estados mayores á quienes fueron útiles, porque ellos saquearon el pais conquistado, se aprovecharon del prest, y participaron de las ganancias de los asentistas. Hemos visto que estos cedian á veces un cuarenta por ciento del beneficio para lograr la proteccion de los estados mayores; Scherer se habia enemistado con sus compañeros de armas antes de salir del ministerio por haber tratado de atajar estos desordenes, y aunque el Directorio procuró para terminarlos nombrar comisiones independientes de los estados mayores, hemos visto que Championnet los favoreció en Nápoles. Las desfavorables contratas con los asentistas provenian de la situacion de las haciendas, pues solo se pagaba en promesas á los poseedores, y ellos se indemnizaban en el precio de la incertidumbre del cobro. Los créditos abiertos en este año ascendian á seiscientos millones para el gasto ordinario y ciento veinte y cinco para los extraordinarios. De esta suma habia librado ya el ministerio cuatrocientos millones para atenciones vencidas; solo habian entrado doscientos diez, y se habian suplido los ciento noventa restantes con libramientos.

No se podia, pues, imputar nada al Directorio respecto á las dilapidaciones, ni debia tampoco culpársele por la eleccion de los generales, excepto por uno, Championnet no podia retener el mando despues de la conducta que observó con los comisionados enviados á Nápoles; Macdonald lo me-

recia al menos, y era conocido por su severa provida. Joubert y Bernardotte no habian querido aceptar el mando del ejército de Italia, y designaron por sí á Scherer. Barrás fue quien se opuso al nombramiento de Moreau, y el que quiso que se eligiese á aquel; en cuanto á Augereau, su desenfreno demagógico era fundado motivo para no darle empleo alguno, siendo ademas muy inferior al de general en jefe, á pesar de sus incontestables cualidades. En cuanto á la expedicion de Egipto, ya hemos visto si el Directorio tenia alguna culpa, y si es cierto que hubiera querido alejar á Bonaparte, Kléber, Desaix y sus cuarenta mil compañeros de armas cuando Larevelliere Lepeaux se habia indispuerto con el héroe de Italia solo por su constancia en oponerse á la expedicion.

Tampoco era causa el Directorio de la provocacion de la guerra, pues ya ha debido conocerse que la única verdadera fué la incompatibilidad de las pasiones que reinaban en Europa. Y no podia imputarse á nadie, y mucho menos tener derecho para acusar al Directorio los patriotas y militares. ¿Qué hubiesen dicho los primeros si no se hubiera defendido á los vevdeses, humillado al gobierno papal, derribado al rey de Nápoles, ú obligado á abdicar al del Piamonte? ¿No eran los militares los que habian obligado siempre en el ejército de Italia á ocupar nuevos paises? La noticia de la guerra les llenó de júbilo á todos, y aun en caso de que se hubiesen cometido imprudencias; ¿aules mayores que las de Bernardotte en Viena, y las de un hermano de Bonaparte en Roma? No era la resolucion de la Puerta la que dió margen á la de Rusia: pero si asi hubiera sido, solo al au-

tor de la expedicion de Egipto podia hacerse semejante reconvenccion.

De todo punto absurdas eran la infinitad de acusaciones que contra el Directorio se acumulaban, pues el solo cargo que podia hacersele era el haber participado demasiado de la excesiva confianza que tenian los patriotas y militares en el poder de la república. Habia abrigado pasiones revolucionarias, y entregándose á ellas, habia creído que para principiar la guerra eran suficientes ciento setenta mil hombres, y que la ofensiva lo decidiria todo. Respecto á sus planes, eran ciertamente malos, pero no peores que los de Carnot en 1793, ni que los del consejo áulico; ademas que estaban fundados en parte en un proyecto del general Jourdan. Un solo hombre podia haber concebido, como ya hemos dicho, otros mas acertados; pero no era culpa del Directorio que no se hallase en Europa.

Obligacion de la historia es el manifestar la injusticia de estos cargos, si ha de ser imparcial; pero desgraciado de un gobierno cuando todo se le atribuye á crimen. Una de las cualidades indispensables á todo gobierno es el disfrutar de la nombradía que no da lugar á la injusticia, pues cuando la ha perdido, y se le atribuyen las faltas de los demas, y hasta las de la fortuna, no puede ya gobernar, y esta impotencia debe condenarle á retirarse. ¡Cuántos gobiernos no se habian desacreditado desde el principio de la revolucion! La accion de la Francia contra la Europa era tan violenta, que debia destruir en breve todos sus resortes. El Directorio se hallaba imposibilitado, como la comision de salvacion pública antes que él, y como despues el mismo Napoleon; y todas las acu-

saciones de que era blanco, probaban, no sus desaciertos, sino su decrepitud.

Ni tampoco era de extrañar que á cinco magistrados civiles, elevados al poder, no por su grandeza hereditaria ó su gloria personal, sino por haber merecido alguna mas estimacion que sus con-ciudadanos, que á cinco magistrados, armados solo con el poder de las leyes para luchar con las facciones desatadas, y someter á la obediencia numerosos ejércitos y generales cubiertos de gloria y llenos de pretensiones, y finalmente, para gobernar la mitad de la Europa, se les considerase tan pronto insuficientes para continuar en la terrible lucha que acababa de reproducirse. Un solo reves faltaba para poner de manifiesto su impotencia. Las facciones, sucesivamente derrocadas, y los militares cuyos excesos habian sido mas de una vez reprimidos, los llamaban con desprecio los *abogados*, y decian que la Francia no podia ser gobernada por ellos.

Por una extraña singularidad, que se observa á veces en tiempos de revolucion, solo mostraba la opinion alguna indulgencia para con el director que menos la merecia de los cinco. Barrás merecia por sí solo sin disputa todo lo que del Directorio se decia. Jamás habia trabajado, sino que dejó á sus cólegas todo el peso de los negocios; y excepto en los momentos decisivos, en que dejaba oír su voz, mas vigorosa que sudennado, en nada se ocupaba sino en el personal del gobierno, que era lo que se adaptaba mas á su genio intrigante y en tomar parte en todas las ganancias de las compañías; justificando de este modo aquellos cargos de dilapidacion. Siempre habia sido el defensor de

los alborotadores y malvados, y él fué quien apoyó á Brune y envió á Fouché á Italia. El era la causa de la mala eleccion de los generales, porque se opuso al nombramiento de Moreau y pidió con ahínco el de Scherer; pero á pesar de tan graves defectos, se le consideraba de otro modo; no le trataban de *abogado*, como á sus cuatro cólegas, porque su ociosidad, sus desarregladas costumbres, sus modales soldadescos, su intimidad con los jacobinos, y el recuerdo del 18 de fructidor, que le atribuian esclusivamente, le hacian al parecer hombre de ejecucion, y mas capaz de gobernar que sus cólegas. Los patriotas hallaban en él cierta semejanza, y creian que era amigo suyo; los realistas le merecian ocultas esperanzas, los estados mayores, á quienes lisongeaba y protegía contra la justa severidad de sus cólegas, le miraban con mucho aprecio; los proveedores le elogiaban; y así se salvaba de la general enemistad. Hasta era pérfido con sus compañeros, porque poseia el arte de hacer recaer sobre ellos las acusaciones que él solo merecia. Semejante situacion no puede durar por mucho tiempo; pero triunfa por algunos momentos, y triunfó en la actualidad.

Sabido es el odio que tenia Barrás á Rewbell, el cual como hacendista verdaderamente inteligente, habia chocado por su génio adusto á cuantos le trataban. Se habia mostrado severo con los agentes de negocios, con todos los protegidos de Barrás y especialmente con los militares; de suerte que era el blanco del aborrecimiento general. Era íntegro aunque un tanto avaro, y Barrás sabia hacer recaer sobre él en su concurrida tertulia las mas odiosas sospechas, contribuyendo á corrobo-

rarlas una fatal circunstancia. El agente del Directorio en Suiza, Rapinat, era cuñado de Rewbell, y allí lo mismo que en todos los países conquistados, se habian hecho exacciones, aunque mucho menores que en las demas partes; sin embargo las quejas de aquel pequeño pueblo tan avaro, habian producido un murmullo extraordinario. Rapinat recibió la fatal comision de sellar las arcas y tesoros de Berna, y habia tratado con altivez al gobierno helvético. Estas circunstancias y su aciago nombre le valieron la reputacion de ser el Verres de la Suiza, y el pasar por el autor de dilapidaciones que no eran obra suya; pues habia salido de Suiza antes de la época en que esta padeció mas estorsiones. En la tertulia de Barrás se inventaban sinistros equívocos sobre su nombre, recayendo todo en Rewbell que era su cuñado, por lo que se vió la probidad de este director espuesta á multitud de calumnias.

No era mirado con menos odio Larevelliere, bien fuese por su inflexible severidad, bien por su inllujo en los asuntos politicos de Italia; sin embargo de que observaba una conducta tan sin tacha y moderada, que hubiera sido imposible dudar de su probidad. Era objeto de risa en la tertulia de Barrás burlándose de su persona y de sus pretensiones á un nuevo pontificado, y diciendo que queria fundar el culto de la theoflantropía, aunque no era su autor. Merlin y Treilhard eran menos antiguos en el poder y menos zaheridos que Rewbell y Larevelliere, mas no por eso dejaban de participar de la misma opinion.

Dispuestos los ánimos de esta suerte, se hicieron las elecciones del año VII, que fueron las últi-

mas. Furiosos los patriotas, no querian que se les escluyese en este año como en el anterior, del cuerpo legislativo, pronunciándose contra el sistema de las escisiones y esforzándose en desacreditarlo de antemano, lográndolo hasta el punto de que nadie se atreviese á emplearlo. En aquel estado de agitacion en que se supone que los adversarios tienen cuantos proyectos se teme de ellos, decian que el Directorio, valiéndose como en el 18 de fructidor, de medios extraordinarios, iba á prorogar por cinco años los poderes de los actuales diputados, y suspender por todo este tiempo el ejercicio de los derechos electorales. Afirmaban que iba á traerse suizos á Paris, porque se apresuraban á organizar el contingente helvético, y levantaron el grito por medio de una circular á los electores, esparcida por el comisario del gobierno (prefecto) al departamento del Sarthe, cuyo documento no era segun vimos despues, sino una exhortacion. Obligóse al Directorio á desaprobirla por un mensage; de suerte que las elecciones hechas sobre estas bases, introdujeron en el cuerpo legislativo considerable número de patriotas, no tratándose en este año de escluirlos de él, sino por el contrario confirmando sus elecciones. El general Jourdan, que podia con fundamento atribuir sus descalabros á la inferioridad numérica de su ejército, pero que no procedia con su acostumbrado juicio al atribuir al gobierno el desseo de desacreditarle, fué nombrado de nuevo para el cuerpo legislativo, entrando en él lleno de resentimiento. Tambien se eligió á Augereau, que estaba mas exaltado que nunca.

Era preciso elegir un nuevo director y la suer-

te no se declaró propicia á la república, porque en vez de Barrás, tocó salir del Directorio á Rewbell, que era el mejor de los gobernantes. Recibieron con esto todos sus enemigos mucha satisfaccion, hallando otra ocasion para calumniarle mas á su placer; sin embargo como fué elegido para el consejo de los Ancianos, tuvo proporcion de responder á sus acusadores, y lo hizo del modo mas victorioso.

A la salida de Rewbell precisamente se cometió la única infraccion de las leyes rigurosas de la probidad, que puede imputarse al Directorio. Los cinco primeros directores nombrados en la época de institucion de este gobierno, habian hecho entre sí un convenio, por el cual cedia cada uno diez mil francos de su asignacion para darlos al director cesante, siendo el objeto de este noble sacrificio el hacer mas llevadera á los individuos del Directorio, la transicion del poder supremo á la vida privada, especialmente á los que no estaban muy bien acomodados. Una razon de dignidad habia tambien para obrar de este modo, porque no conviene á la consideracion de ningun gobierno dejar en la indigencia al hombre que se hallaba el dia antes en la cumbre del poder; razon que decidió á los directores á dulcificar de un modo conveniente la suerte de sus compañeros. Sus asignaciones eran ya tan pequeñas, que pareció escensiva la cesion de diez mil francos; y así resolvieron dar cien mil francos por una sola vez á cada director de los que saliesen; gravándose al estado de este modo con una carga de cien mil francos. Esta suma debia pedirse al ministro de hacienda, que podia adquirirla de los muchos

fondos reservados que proporciona un presupuesto de seiscientos ú ochocientos millones. Decidióse además que cada director se llevase su coche y caballos, y como todos los años el cuerpo legislativo otorgaba gastos de mueblage, debían manifestarse estos, con lo cual se ponía en evidencia esta disposicion. Acordaron tambien los directores repartirse entre sí las economías que hiciesen en dichos gastos, que á la verdad, poco perjudicaban á las rentas publicas en caso de que las perjudicase algo; y mientras los generales y asentistas ganaban sumas tan enormes, cien mil francos anuales para que se alimentase un hombre que acababa de ser gefe del gobierno, no era una usurpacion. Las razones y la forma de esta disposicion la escusaban en cierto modo; mas Larevelliere á quien se le participó no quiso jamás acceder á ello, y declaró á sus cólegas que jamás recibiría su parte. Rewbell cobró la suya, dándole los cien mil francos de los dos millones de gastos secretos, de que no estaba obligado á dar cuenta el Directorio. Esta es la única falta que puede colectivamente imputársele, y solo uno de sus individuos, de los doce que se sucedieron, fué acusado de haberse embolsado alguna ganancia; pero ¿qué gobierno hay en el mundo de quién no pueda decirse otro tanto?

Era preciso nombrar un sucesor de Rewbell; y deseando adquirir un hombre de gran prestigio para dar cierta consideracion al Directorio, se acordaron de Sieyes, cuyo nombre era despues del de Bonaparte el mas célebre de la época. Su empuje en Prusia habia aumentado su celebridad, considerándosele, y con razon, como un ingenio profundo; pero despues que fué á Berlin, le atri-

buián la conservacion de la neutralidad prusiana, que á decir verdad, no se debía tanto á su intervencion, como á la situacion de esta potencia. Por esta razon se le creia tan á propósito para dirigir el gobierno, como para concebir una constitucion, y por lo mismo se le eligió director. Muchos hubo que se figuraron ver en este nombramiento la confirmacion del rumor generalmente esparcido, sobre modificaciones muy próximas en la constitucion, y decian que se habia colocado á Sieyes en el Directorio para que interviniere en esta operacion, porque dudaban tanto de que pudiera sostenerse el actual estado de cosas, que en cada suceso se hallaban indicios seguros de alguna próxima reforma.

CAPÍTULO IV.

Continuacion de la campaña de 1799; reúne Massena el mando de los ejércitos de Helvecia y del Danubio, y ocupa la línea del Limmat.—Llegada de Suwarow á Italia.—Scherer cede el mando á Moreau.—Batalla de Cassano.—Retirada de Moreau al otro lado del Pó y el Apenino.—Intentos de unirse con el ejército de Nápoles; batalla del Trebbia.—Liga de todos los partidos contra el Directorio.—Revolucion del 30 de pradiel.—Salen del Directorio Larevelliere y Merlin.

Mientras el gobierno se ocupaba en efectuar las variaciones que acabamos de referir, no dejó el Directorio de hacer los mayores esfuerzos para reparar los reveses sufridos al principio de la campaña. Perdió Jourdan el mando del ejército del Danubio, y Massena recibió el de todas las tropas acantonadas desde Dusseldorf hasta San Gothard, cuya acertada eleccion debia salvar á la Francia. Impaciente Scherer, por dejar un ejército que no le miraba con confianza, obtuvo el permiso de ceder el mando á Moreau; comunicándose al mismo tiempo á Macdonald la orden urgente de evacuar el reino de Nápoles y los estados romanos, uniéndose con el ejército de la Italia alta. Dirigiéronse á la frontera todos los batallones de veteranos que habia en el interior, activándose el equipo y organizacion de los conscriptos, y empezando á llegar refuerzos por todas partes.

Apenas fué nombrado Massena general en jefe de los ejércitos del Rin y de Suiza, trató de distribuir convenientemente las fuerzas que se le habian confiado, y á fé que no podia haber tomado el mando en situacion mas crítica. Solo tenia cuando mas treinta mil hombres, esparcidos por Suiza desde el valle del Ródano hasta Basilea; se hallaba con treinta mil hombres á la vista, al mando de Bellegarde en el Tirol, con veinte y ocho mil al de Hotze en el Vorarlberg, y cuarenta mil al del archiduque entre el lago de Constanza y el Danubio. Esta masa de cien mil hombres aproximadamente, podia envolverle y aniquilarle; porque si el archiduque no se hubiera visto contrariado por el consejo anlico, detenido por una enfermedad, y hubiese atravesado el Rin por entre el lago de Constanza y el Aar, hubiera podido cortar á Massena el camino de Francia, envolverle y desbaratarle. Por fortuna no era árbitro de sus movimientos, ni se hallaban tampoco bajo sus inmediatas órdenes, Bellegarde y Hotze; lo cual escitaba entre los tres generales continuas desavenencias, é impedía que se ayudasen para una operacion decisiva.

Estas circunstancias favorecieron á Massena y pudo tomar una posicion sólida y distribuir convenientemente las tropas que á su disposicion tenia. Todo probaba que el archiduque solo queria observar la línea del Rin por la parte de la Alsacia, proponiéndose operar en Suiza entre Schaffhouse y el Aar; por consiguiente hizo volver Massena á Suiza, á la mayor parte del ejército del Danubio, y les designó posiciones que hubiera debido tomar desde el principio, es decir, en seguida de la batalla de Stokach. Cometió el error de dejar lar-

go tiempo á Lecourbe en la Engadina, viéndose obligado este á retirarse, después de haber sostenido brillantes combates en que mostró una intrepidez y presencia de ánimo admirables. Quedaron evacuados los grisones, y Massena distribuyó entonces su ejército desde la gran cordillera de los Alpes hasta la confluencia del Aar y el Rin, eligiendo la línea que mejor le parecia.

Muchas son las líneas de agua que ofrece la Suiza y que saliendo de los grandes Alpes, la atraviesan toda para precipitarse en el Rin. La mas estensa y caudalosa es la del mismo Rin, que tomando su origen no lejos de San Gothard, corre primero hácia el norte, despues se estiende por el lago de Constanza del cual sale cerca de Stein y sigue la direccion del oeste, donde empieza á desviarse hácia el norte para formar la frontera de la Alsacia. Esta linea es la mayor y comprende toda la Suiza. La segunda, la de Zurich, inscrita en la anterior, que es la del Lint, la cual naciendo en los pequeños cantones, se detiene para formar el lago de Zurich, sale de él con el nombre de Limmat y va á concluir en el Aar, no lejos de la embocadura de este último en el Rin. Esta linea que solo comprende una parte de la Suiza, es mucho menos estensa que la primera. Otra hay por fin, la de Reuss inscrita tambien en la precedente, que desde el cáuce del Reuss pasa al lago de Lucerna, y desde este al Aar, muy cerca del punto en donde se precipita el Limmat; líneas que empezando en la derecha al pié de enormes montañas, y perdiéndose en la izquierda entre grandes rios, consistiendo unas veces en riachuelos, y otras en lagos, presentan innumerables ventajas para la defensiva,

Massena no podia esperar conservar la mayor, que era la del Rin, teniendo que estenderse desde San Gothard hasta la embocadura del Aar, y asi se vió obligado á retirarse á la del Limmat, donde se situó sólidamente. Estendió su ala derecha que constaba de las tres divisiones de Lecourbe, Menard y Lorge, desde los Alpes hasta el Lago de Zurich, bajo el mando de Ferino, colocando su centro en el Limmat, que comprendia las cuatro divisiones de Oudinot, Vandamme, Thureau y Soult mientras su izquierda guardaba el Rin hácia Basilea y Strashurgo.

Antes de encerrarse en esta posicion, trató de impedir por medio de un combate la union del archiduque con su segundo Hotze, pues estos dos generales situados en el Rin, el uno antes de la entrada del rio en el lago de Constanza, y el otro despues de su salida, se hallaban separados por toda la linea del lago. Al atravesar esta linea y fijarse delante de la de Zurich y el Limmat, donde se hallaba Massena, debian salir de los dos extremos del lago para verificar su reunion al otro lado, pudiendo Massena elegir el momento en que no hubiese llegado Hotze, precipitarse sobre el archiduque, rechazarle al otro lado del Rin, acudir contra Hotze, y rechazarle tambien. Se calculó que hubiera tenido tiempo para efectuar estas operaciones y batir aisladamente á los dos generales austriacos; pero por desgracia no pensó en atacarlos hasta que estaban muy próximos á protegerse reciprocamente. Les combatió en muchos puntos el 5 de pradiel (24 de mayo), en Aldelfingen y en Frauenfeld, y aunque en todas partes logró ventajas, gracias al impulso que daba siempre á su

ejecucion, no pudo sin embargo impedir que se reuniesen, y se vió obligado á replegarse á la línea del Limmat y de Zurich, donde se preparó á recibir denodadamente al archiduque, si este se decidia á atacarle.

Mucho mas desgraciados habian sido los acontecimientos de Italia, donde aun no habian cesado los desastres.

Suwarow se habia reunido al ejército austriaco con una division de veinte y ocho ó treinta mil rusos. Tomó Melas el mando del ejército austriaco, siendo Suwarow general en jefe de ambos ejércitos, que ascendian lo menos á noventa mil hombres. Llamábale el invencible, era muy célebre por sus campañas contra los turcos y sus crueldades en Polonia, y tenia mucha energia en su carácter extravagante, afectado y frenético; pero sin genio alguno de combinacion. Era un verdadero bárbaro, incapaz por fortuna de calcular el valor de sus fuerzas, pues de lo contrario hubiera acaso sucumbido la república. Su ejército era lo mismo que él; se distinguia por su gran valor y fanatismo, mas no por su instruccion. La artilleria, caballeria é ingenieros no sabian hacer uso de otra arma que de la bayoneta, de la cual se servian como los franceses al principio de la revolucion. Suwarow, sumamente insolente con sus aliados, puso entre los austriacos oficiales rusos, que les enseñasen el manejo de la bayoneta. Hablaba en el mas altivo lenguaje, diciendo que las *mugeres, señoritos y holgazanes*, debian dejar el ejército; que los habladores, que no hacian mas que zaherir *el servicio del soberano*, serian tratados como egoistas y perderian sus grados, debiendo sacrificarse todo el mundo por

librar á la Italia de los franceses y de los ateos. Tal era el estilo de sus proclamas: felizmente despues de habernos hecho bastante mal, esta energia salvage iba á encontrarse con la entereza juiciosa y meditada, y estrellarse contra ella.

Habiendo Scherer perdido enteramente su presencia de ánimo, se retiró al momento sobre el Adda, acompañado de los gritos de indignacion de sus soldadas, y habiendo perdido diez mil hombres entre muertos y prisioneros, de los cuarenta y seis mil de que se componia su ejército. Viéndose despues en la necesidad de dejar ocho mil en Peschiera ó Mantua, no le quedaron mas que veinte y ocho mil; sin embargo, si con esta poca gente hubiera sabido maniobrar con acierto, hubiera podido dar á Macdonald tiempo para incorporarse con él, y evitar muchos desastres; pero se situó en el Adda muy desventajosamente, dividiendo su ejército en tres divisiones; la de Serrurier en Lecco á la salida del Adda, de aquel lago; la de Grenier en Cassano, y la de Victor en Lodi. Situó á Montrichard con algunos cuerpos ligeros hácia Módena y las montañas de Gónova, para conservar las comunicaciones con la Toscana; por donde debia salir Macdonald, de suerte que esparcidos así por una línea de veinte y cuatro leguas sus veinte y ocho mil hombres, no podian resistir en ninguna parte y debian ser arrollados en cuantas se presentase con algunas fuerzas el enemigo.

En la tarde del 8 de floreal (27 de abril) y en el momento de estar ya rota la línea del Adda, entregó Scherer á Moreau la direccion del ejército. Motivos tenia este valiente general para no aceptarla, pues se le habia hecho descender á general

de division, dándole el mando á la sazón, porque estaba perdida la campaña, y no se esperimantaban mas que desastres; sin embargo, aceptó una derrota al recibir el mando en el mismo dia de hallarse forzado el Adda, con una generosidad patriótica que no podrá ponderar la historia. Aquí empieza la parte menos celebrada y mas gloriosa de su vida.

Habiase Suwarow aproximado al Adda por diferentes puntos, y cuando se presentó el primer regimiento ruso delante del Puente de Lecco, salieron los valientes carabineros de la 18.^a ligera de las trincheras y acometieron á aquellos soldados que se tenían por colosos tremendos é invencibles. Quedaron rechazados los rusos, pues encendidos en admirable denuedo los corazones de nuestros valientes, querian que se arrepintiesen de su viage los insolentes bárbaros que se mezclaban en una cuestion que no les pertenecia. El nombramiento de Moreau les habia llenado de entusiasmo, y confianza pero por desgracia la posicion no era para defenderse. Suwarow, rechazado en Lecco, habia hecho pasar el Adda por dos puntos, Brivio y Trezzo, por la parte superior é inferior de la division de Serrurier, que formaba la izquierda, hallándose asi interceptada esta del resto del ejército. Moreau sostuvo en Trezzo con la division de Grenier un furioso combate para rechazar al enemigo al otro lado del Adda, y ponerse asi en comunicacion con Serrurier. Combatió con ocho ó nueve mil hombres contra una division de mas de veinte mil; y sus soldados, animados por su presencia, hicieron prodigios de valor; mas no pudieron rechazar al enemigo al otro lado del Adda. Por desgracia Ser-

rurier, que no podia recibir orden alguna, no tuvo la precaucion de acudir al mismo punto de Trezzo, donde Moreau se obstinaba en combatir para ponerse en comunicacion con él. Fué necesario ceder y abandonarle á su suerte, el cual fué rodeado con su division por todo el ejército enemigo, y se batió con estremada desesperacion, hasta que cercado por todas partes tuvo que deponer las armas. Gracias al atrevimiento y entereza de un oficial, se salvó parte de ella por las montañas en el Piamonte. Durante esta terrible accion se retiró Victor afortunadamente á la espalda con su division intacta y á esto se redujo la fatal jornada llamada de Cassano, que ocurrió en 9 de floreal (28 de abril), y redujo el ejército á unos veinte mil hombres.

Con aquel puñado de valientes se atrevió Moreau á retirarse sin perder ni un momento aquella serenidad de ánimo con que le habia dotado la naturaleza. Reducido á veinte mil soldados en presencia de un ejército que hubiera podido ascender á noventa mil, si se hubiese sabido hacerle marchar en masa, ni vaciló un momento, siendo esta serenidad mas digna de celebrarse aun que la que manifestó al volver de Alemania con un ejército de sesenta mil hombres vencedores, y con todo no se ha celebrado esta última: tal es el influjo de las pasiones en los ánimos de los contemporáneos!

Procuró por de pronto cubrir á Milan para facilitar el medio de evacuar los parques y dejar espeditos los equipages, dando tiempo á los individuos del gobierno cisalpino y á todos los milaneses comprometidos para retirarse á su espalda. Nada mas peligroso para un ejército que estas familias de fugitivos que se ve obligado á colocar entre sus

filas, pues entorpecen su marcha, entorpecen sus movimientos, y pueden á veces comprometer su existencia. Despues de haber pasado dos dias Moreau en Milan, emprendió su marcha para atravesar el Pó, y segun los movimientos de Suwarow juzgo que podria establecerse ventajosamente; tenia que atender á dos objetos, á cubrir sus comunicaciones con la Francia y la Toscana, por donde se adelantaba el ejército de Nápoles. Para lograr tan interesante mira, creyó conveniente ocupar la vertiente de las montañas de Génova, que era el punto mas favorable y marchó en dos columnas, la una que escoltaba los parques, bagages y tren del ejército tomó el camino real de Milan á Turin, y la otra se dirigió hácia Alejandria para ocupar los caminos de la ribera de Génova. Efectuó esta marcha sin que le molestase mucho el enemigo, pues en vez de caer Suwarow con sus vencedoras fuerzas sobre nuestro débil ejército y destruirle completamente, hacia que le tributasen en Milan los honores del triunfo clérigos, frailes y nobles, y todas las hechuras del Austria, que entraban de tropel detrás de los ejércitos coligados.

Tuvo tiempo Moreau de llegar á Turin y enviar á Francia todo su tren de guerra. Armó la ciudadela, procuró reanimar á los partidarios de la república, y se reunió despues con la columna que dirigió á Alejandria. Eligió alli una posicion que prueba todo el tino de su penetración situándose en la confluencia de los dos rios Tánaro y Pó, que se unen por mas abajo de Alejandria al bajar del Apenino. Estando así cubierto por uno y otro no temia un ataque de viva fuerza, y guardaba al mismo tiempo todos los caminos de Génova, pu-

diendo esperar tranquilamente la llegada de Macdonald. Esta posicion no podia ser mas acertada, porque ocupaba á Casale, Valenza, Alejandria y tenia una sucesion de puntos en el Pó y el Tánaro, y sus fuerzas se hallaban colocadas de modo que podia acudir en pocas horas al primer punto atacado. Situóse alli con veinte mil hombres y esperó con imperturbable serenidad los movimientos de su formidable enemigo.

Afortunadamente Suwarow empleó mucho tiempo en avanzar y pidió al consejo aulico que pusiera á su disposición el cuerpo austriaco de Bellegarde que estaba destinado al Tirol. Este cuerpo acababa de llegar á Italia y hacia subir el ejército combinado á mas de cien mil hombres; pero teniendo Suwarow orden de sitiar á un mismo tiempo á Pescara, Mántua y Pizzghitone, queriendo resguardarse á la vez por la parte de Suiza, é ignorando ademas el arte de distribuir las masas, solo tenia cuarenta mil hombres disponibles, fuerza por lo demas muy suficiente para deshacer á Moreau si hubiera sabido emplearla con destreza.

Vino por fin á bordear el Pó y el Tánaro, situándose en frente de Moreau y se estableció en Tortona, donde fijó su cuartel general. Pasados algunos dias de inaccion resolvió por fin hacer una tentativa contra el ala izquierda de Moreau, es decir, por la parte del Pó. Un poco mas arriba de la confluencia de este rio con el Tánaro, y enfrente de Mugarone, se encuentran unas islas arboladas, á cuyo favor resolvieron los rusos intentar el paso, como en efecto lo verificaron en la noche del 22 al 23 de floreal (11 á 12 de mayo) en número de unos dos mil por una de aquellas islas, hallándose

asi á la otra parte del brazo principal. El que les quedaba por pasar era de poca consideracion, y podia atravesarse á nado, lo cual hicieron audazmente, pasando á la orilla derecha del Pó. Conociendo el peligro los franceses, acudieron al punto amenazado; y Moreau, que estaba sobre sí por otras demostraciones hechas por la parte del Tánaro, esperó que se descubriese bien el verdadero punto de peligro para acudir á él con fuerzas: así que se convenció enteramente, se dirigió con su reserva y precipitó en el Pó á los rusos que se habian atrevido á pasarlo, y perdieron dos mil quinientos hombres entre muertos, ahogados y prisioneros.

Aquel vigoroso golpe aseguraba enteramente la posicion de Moreau en el singular triángulo que habia elegido; pero le inquietaba la inaccion del enemigo, pues tomia que hubiese dejado Suwarow solo un destacamento delante de Alejandria y que hubiera subido por el Pó con el grueso de sus fuerzas para dirigirse á Turin y tomar por la espalda la posicion de los franceses, ó que hubiese salido al encuentro de Macdonald. Incierto pues de la inaccion de Suwarow, resolvió obrar por sí y convencerse del estado de las cosas; y así ideó abandonar á Alejandria y efectuar un buen reconocimiento. Si el enemigo habia dejado á su vista un destacamento, proyectaba Moreau convertir el reconocimiento en un ataque formal, destrozár este destacamento y retirarse despues poco á poco por la carretera de la Bochetta, hácia las montañas de Génova para esperar á Macdonald; mas si por el contrario se batia con la fuerza principal, intentaba replegarse inmediatamente y tomar acelera-

damente la ribera de Génova por todas las comunicaciones que le quedaban. La razon mas poderosa que tuvo para adoptar este partido decisivo fué la insurreccion del Piamonte á sus espaldas, que le precisaba á aproximarse á su base cuanto antes pudiera.

Mientras Moreau formaba aquel acertado proyecto, Suwarow concibió otro totalmente descabellado. Su posicion en Tortona era seguramente la mejor que podia elegir, porque le colocaba entre dos ejércitos franceses, el de la Cisalpina y el de Nápoles, y no debía dejarla de ningun modo; mas sin embargo, trató de llevar parte de sus fuerzas al otro lado del Pó para subir por el rio hasta Turin, apoderarse de esta capital, organizar en ella á los realistas del Piamonte y allanar la posicion de Moreau. Semejante maniobra era un desacuerdo porque para lograr su objeto, era menester intentar un ataque directo y vigoroso, y sobre todo no abandonar la posicion intermedia de los dos ejércitos que procuraban reunirse.

Mientras Suwarow dividiendo sus fuerzas dejaba parte de ellas en los alrededores de Tortona á orillas del Tánaro, y llevaba las restantes al otro lado del Pó para dirigirse contra Turin, Moreau efectuaba su proyectado reconocimiento. Adelantó la division de Victor para atacar vigorosamente al cuerpo ruso que tenia á la vista, y él quedaba un poco detrás con toda su reserva preparado á trocar el reconocimiento en un ataque formal, si creia poder destruir á los enemigos. Despues de un encuentro bastante reñido en que las tropas de Victor desplegaron un valor extraordinario, creyó Moreau que tenia delante todo el ejército ruso, y

no se atrevió á atacar del todo, recelando tener que habérselas con un enemigo muy superior; por consiguiente, de los dos partidos que se habia propuesto adoptar, prefirió el segundo como mas seguro, y resolvió retirarse á las montañas de Génova. Era su posicion sumamente critica, porque se hallaba sublevado el Piamonte á su espalda y ya un cuerpo de los insurgentes se habia apoderado de Ceva, que cierra el principal camino y único para la artilleria. Estaba amenazado de ser cogido el gran convoy de los objetos artísticos sacados de Italia y todas estas circunstancias eran muy delicadas, porque si se tomaban los caminos situados mas á la espalda, que salian á la ribera de poniente, temia Moreau separarse mucho de las comunicaciones de la Toscana dejándolas á merced del enemigo, á quien suponía reunido en masa alrededor de Tortona. En semejante incertidumbre se decidió inmediatamente y dió las siguientes disposiciones. Envio á la division de Victor sin artilleria ni bagages por sendas transitables solo para la infanteria, á las montañas de Génova con orden de ocupar á toda prisa los pasos del Apenino, para incorporarse con el ejército procedente de Napoles, y reforzarle en caso de que le atacase Suwarow. Moreau con solo unos ocho mil hombres, salió con su artilleria, caballeria, y todo lo demas que no podia seguir las veredas de las montañas, á una de las carreteras que se encontraban á la espalda de Ceva, y dirigian á la ribera de poniente. Calculaba ademas, al decidirse á esta retirada escéntrica, que atraeria así al ejército enemigo y le separaria de perseguir á Victor y acometer á Macdonald.

Victor se retiró felizmente por Acqui, Spigno

y Dego, y fué á ocupar las cumbres del Apenino mientras Moreau se retiró con extraordinaria celeridad á Asti, pues la toma de Ceva, que le interceptaba su principal comunicacion, le tenia en sumo cuidado. Dirigió por el collado de Fenestrelle casi todo sus parques sin conservar mas que la artilleria de campaña que le era indispensable, y resolvió abrirse paso por el Apenino, haciéndole construir por sus propios soldados. Despues de cuatro dias de increíbles esfuerzos, quedó el camino transitable para la artilleria, trasladándose Moreau á la ribera de Génova sin haber retrocedido hasta el collado de Tenda, lo cual le hubiera apartado mucho de las tropas de Victor.

Al saber Suwarow la retirada de Moreau se apresuró á perseguirle; pero no supo adivinar ni prevenir sus sábias combinaciones; y así gracias á su serenidad y destreza, logró Moreau conducir sus veinte mil hombres sin que se los desmembrasen, antes bien reprimiendo á los rusos donde quiera que los habia hallado. Dejó en Alejandria una guarnicion de tres mil hombres, y se hallaba con unos diez y ocho mil en los alrededores de Génova, situado en la cumbre del Apenino, y esperando que llegase Macdonald. Habia conducido para incorporarlos á este á la division de Lapoye, al cuerpo ligero de Montrichard, y á la division de Victor al alto Trebbia. El seguia en las cercanias de Novi con el resto de su ejército, y su plan de reunion estaba profundamente meditado. Podia traer al ejército de Napoles por las orillas del Mediterraneo, reunirle en Génova y salir con él de la Bochetta, ó bien hacerle salir de la Toscana á las llanuras de Plasencia y márgenes del Pó.

El primer intento aseguraba la incorporacion, porque se efectuaba al abrigo del Apenino; pero habia que atravesarlo de nuevo y encontrarse de frente con el enemigo para apoderarse de la llanura. Por el contrario saliendo por delante de Plasencia, dominaba toda la llanura hasta el Pó, tomaba en sus orillas el campo de batalla, y en caso de victoria, precipitaba en él al enemigo. Moreau queria que Macdonald tuviese su izquierda apoyada siempre en las montañas para unirse con Victor que estaba en Bobbio, y él no cesaria de observar á Suwarow, dispuesto á acometerle por sus flancos si salia al encuentro de Macdonald. En semejante situacion parecia la incorporacion tan segura como detrás del Apenino, y se situaba en terreno preferible.

Entretanto acababa de reunir el Directorio en el Mediterráneo considerables fuerzas marítimas poniéndose al frente de la escuadra de Brest el ministro de la marina Bruix, que habia hecho levantar el bloqueo de la española, y cruzaba con cincuenta navios el Mediterráneo, con el objeto de librarle de los ingleses, y restablecer las comunicaciones con el ejército de Egipto. Hizose aquella reunion tan deseada que podia restablecer nuestra preponderancia en los mares de Levante y se hallaba Bruix á la sazón á la vista de Génova, circunstancia que llenó de consuelo á nuestro ejército. Decíase que conducia viveres, municiones y refuerzos y aunque esto no era cierto, Moreau se valió de estas voces, y procuró confirmarlas estendiendo la noticia de que la escuadra acababa de desembarcar veinte mil hombres y considerables provisiones. Con esta noticia se alentó mucho el

ejército y decayó por el contrario la confianza del enemigo.

A mediados de pradial (primeros de junio) ocurrió en Suiza un nuevo acontecimiento. Hemos visto que Massena tenia ocupada la línea del Limmat, ó Zurich, y que el archiduque, saliendo con dos grandes divisiones por ambos extremos del lago de Constanza, ceñia aquella línea en toda su estension. Resolvió atacarle entre Zurich y Bruck, esto es, entre el lago de Zurich y Aar, en la prolongación del Limmat. Massena habia tomado posicion, no en el mismo Limmat, sino en una cordillera de montañas que están delante del río, y cubre al mismo tiempo que éste lago fortificándola de tal modo que quedaron casi inaccesibles; mas á pesar de que esta parte de nuestra línea era la mas fuerte, resolvió atacarla el archiduque, porque hubiera sido muy arriesgado dar un largo rodeo para intentar despues un ataque por encima del lago en la longitud del Lint. Massena podia entonces aprovecharse de semejante coyuntura para destruir los cuerpos que quedasen á su frente, y lograr así una ventaja decisiva.

Efectuóse el proyectado ataque el 4 de junio (16 de pradial), por toda la estension del Limmat, quedando en todos partes rechazados los austriacos, á pesar de su tenaz resistencia. Al dia siguiente, juzgando el archiduque que no debia renunciarse á semejantes tentativas, para que no se perdiesen infructuosamente, volvió al ataque con la misma obstinacion; y reflexionando Massena que podia ser arrollado, en cuyo caso seria muy difícil la retirada, y que á la línea que abandonaba se seguia otra mas fuerte, la cordillera del Albis, que guar-

nece por detras el Limmat y el lago de Zurich, resolvió retirarse espontáneamente. En esta retirada solo perdía el pueblo de Zurich, que no consideraba de gran importancia. La cordillera del Albis, que costea el lago de Zurich, presentando además el Limmat un derrumbadero casi sin intermision hasta el Aar, era casi inespugnable. Al ocuparle solo se perdía un pequeño terreno, porque se retrocedía solamente desde la anchura del lago y el Limmat; por consiguiente se retiró espontáneamente y sin pérdida alguna, situándose de modo que no concibió el archiduque deseos de acometerle.

Nuestra posicion seguia siendo casi la misma en Suiza, esto es, formando nuestra linea defensiva contra los austriacos el Aar, el Limmat, el lago de Zurich, el Lint y el Reuss hasta San Gothard.

Macdonald se adelantaba al fin por la parte de Italia hacia Toscana y habia dejado guarnicion en el fuerte de San Telmo, en Capua y en Gaeta, con arreglo á sus instrucciones; lo cual era comprometer inútilmente á unas tropas que no eran capaces de sostener al partido republicano, y que dejaban un gran hueco en el ejército de operaciones. Al retirarse el ejército francés, habia dejado entregada la ciudad de Nápoles á una reaccion realista que podia compararse con las mas horribles escenas de nuestra revolucion. Macdonald habia juntado en Roma algunos miles de hombres de la division de Garnier, en Toscana la division de Gauthier, y en Modena la tropa ligera de Montrichard, formando así una division de veinte y ocho mil hombres. Hallábase en Florencia el 6 de pradiel (25 de mayo), habiendo efectuado su retirada con mucha rapi-

dez y con notable orden, pero desgraciadamente perdió mucho tiempo en Toscana, y no salió del Apenino á las llanuras de Plasencia hasta fines de pradiel (mediados de junio).

Si hubiera desembocado mas pronto, habria sorprendido á los aliados en tal estado de dispersion, que hubiera podido destrozarlos sucesivamente y rechazarlos detras del Pó. Suwarow se hallaba en Turin, que acababa de tomar, hallando allí inmensas municiones. Bellegarde observaba los desembocaderos de Génova y Kray, sitiaba á Mantua, la ciudad de Milan y las plazas; pero en ninguna parte habia reunidos treinta mil austriacos ó rusos. Si Macdonald y Moreau se hubiesen presentado juntos con cincuenta mil hombres, hubieran podido variar el aspecto de la campaña; pero el primero creyó deber emplear algunos dias en dar descanso á su ejército, y reorganizar las divisiones que habia sucesivamente reunido, con lo cual perdió un tiempo precioso, y dejó que Suwarow reparase sus descalabros. Al saber el general ruso la marcha de Macdonald, se apresuró á salir de Turin, y con treinta mil hombres de refuerzo para situarse entre ambos generales franceses, recobrar la posicion que no hubiera debido abandonar nunca. Mandó al general Ott, que estaba de observacion en el Trebbia, cerca de Plasencia, que se retirase hacia él en caso de ser atacado; encargó á Kray que le enviase de Mantua cuantas tropas tuviese disponibles; prescribió á Bellegarde que observase á Novi, por donde debia salir Moreau, y él en persona se preparó á marchar á las llanuras de Plasencia al encuentro de Macdonald.

Estas son las únicas disposiciones que en to-

da esta campaña han dado á Suwarow la aprobacion de los militares. Los dos generales franceses seguian ocupando las posiciones que hemos indicado, y situados ambos en el Apenino, debian bajar de él para reunirse en las llanuras de Plasencia. Moreau debia salir de Novi y Macdonald de Pontremoli, habiendo el primero enviado de refuerzo al mismo Macdonald la division de Victor, y situandole en Bobbio en la pendiente de las montañas, al general Lapoype con algunos batallones para proteger la incorporacion, pues su proyecto era aprovechar la ocasion en que Suwarow marchase de frente contra Macdonald para acometerle por el flanco: no obstante, para esto era preciso que Macdonald siguiese apoyado en las montañas y no aceptase batalla muy adentro de la llanura.

Púsose Macdonald en movimiento á fines de pradiel (mediados de junio), custodiando el bajo Pó la division de Hohenzollern, situada en las cercanías de Módena, el cual oprimido por superiores fuerzas, perdió mil quinientos hombres y estuvo á pique de perderlo todo. Este primer triunfo alentó á Macdonald y le hizo acelerar su marcha formando su vanguardia la division de Victor, que acababa de incorporarse, haciendo subir su ejército á unos treinta y dos mil hombres. La division polaca de Dombrowsky marchaba á la izquierda de la de Victor, y ambas iban apoyadas por las de Rusca. A pesar de que el grueso del ejército, formado por las divisiones de Montrichard, Olivier y Watrin, estaba aun muy atras, estimulado Macdonald por el triunfo logrado contra Hohenzollern, quiso arrollar á Ott, que estaba de observacion en el Tidone, y mandó á Victor, Dombrowsky y Rus-

ca que marchasen contra él inmediatamente.

Formaban el campo de batalla tres torrentes que bajan paralelos del Apenino al Pó, que son el Nura, el Trebbia y el Tidone. El grueso del ejército francés se hallaba todavia en el Nura, cuando las divisiones de Victor, Dombrowsky y Rusca, avanzaban hacia el Trebbia con orden de atravesarle para dirigirse á Tidone y deshacer á Ott, á quien creia Macdonald sin apoyo. Marcharon el 29 de pradiel (17 de junio) rechazando al principio la vanguardia del general Ott de las orillas del Tidone, y obligándola á tomar una posicion á la espalda, hacia el pueblo de Sermet. Iba Ott á ser tambien arrollado, cuando llegó á protegerle Suwarow con todas sus fuerzas. Envió al general Bagration contra Victor, que seguia en la longitud del Pó, colocó á Ott en el centro contra Dombrowsky y dirigió á Melas á la derecha contra la division de Rusca. Bagration no estuvo al principio muy feliz contra Victor, y se vió precisado á retroceder; pero en el centro mandó Suwarow cargar á la division de Dombrowsky por la infanteria rusa, envió contra su flanco á dos regimientos de caballeria y le desalojó, desde cuyo momento Victor, que habia avanzado hacia el Pó, se halló aislado y comprometido. Bagration, reforzado por los granaderos, volvió á la ofensiva. La caballeria rusa que habia deshecho en el centro á los polacos y atajado á Victor, le acometió por el costado y le precisó á retirarse, viéndose entonces Rusca obligado á ceder el campo por la derecha y las tres divisiones á repasar el Tidone y retroceder al Trebbia.

No habia sido feliz aquella primera jornada en

que una tercera parte á lo mas del ejército, se habia tenido que batir contra todo el del enemigo y conociendo entonces Macdonald que se habia apresurado demasiado, resolvió situarse detrás del Trebbia, reunir allí todas sus divisiones y vengarse del golpe que habia sufrido. Por desgracia las divisiones de Olivier, Montrichard y Watrin se hallaban aun á la espalda sobre el Nura, y resolvió esperar al segundo dia, es decir, al 4.º de mesidor (19 de junio), para presentar batalla.

Pero Suwarow no le dió tiempo para reunir sus fuerzas y se preparó á atacarle el siguiente dia, esto es, el 30 de pradiel (18 de junio). Los dos ejércitos iban á juntarse en la longitud del Trebbia, apoyando sus flancos en el Pó y el Apenino y calculando Suwarow acertadamente que el punto esencial estaba en las montañas, por donde podrian comunicarse los dos ejércitos franceses, llevó hacia aquella parte su mejor infanteria y caballeria. A la division de Bagraion, que al principio estaba á su izquierda á lo largo del Pó la llevó hacia su derecha, al pié de las montañas, poniéndola con su division de Schweikofsky á las órdenes de Rosenberg, y mandando pasar á ambos el Trebbia hacia Rivalta por la parte superior de su corriente para separar á los franceses de las montañas. Las divisiones de Dombrowsky, Rusca y Victor estaban situadas hacia esta parte á la izquierda de la linea de los franceses. En el centro y á lo largo del Trebbia debian colocarse las de Olivier y Montrichard, y la de Watrin ocupar la derecha hacia el Pó y Plasencia.

En la mañana del 29 de pradiel (17 de junio), atacaron las vanguardias rusas á las francesas que

se hallaban al otro lado del Trebbia, en Casaliggio y Grignano, rechazándolas; y Macdonald, que no esperaba ser atacado, se ocupaba en alinear sus divisiones del centro. Victor que mandaba nuestra izquierda, dirigió al punto toda la infanteria francesa al otro lado del Trebbia, poniendo por algunos instantes en gran riesgo á Suwarow; pero llegando Rosenberg con la division de Scheiwkofsky recobró la ventaja, y despues de un furioso combate en que ambas partes experimentaron muchísima pérdida, obligó á los franceses á retirarse detrás del Trebbia. Entretanto llegaban al centro las divisiones de Olivier y Montrichard, y la de Watrin á la derecha, empezándose un cañoneo en toda la linea; mas despues de haber hecho algunos disparos, se pararon unos y otros en las orillas del Trebbia que dividió á los dos ejércitos, y á esto se redujo la segunda jornada, que consistió en un choque con nuestra izquierda, choque terrible, pero sin resultado alguno.

Macdonald tenia ya á su disposicion toda su gente, y queria que el tercer combate fuese decisivo. Su plan consistia en atravesar el Trebbia por todos los puntos, y atajar los dos flancos del enemigo. Para esto debia la division de Dombrowsky subir por el rio hasta Rivalta, y pasarle por mas allá de los rusos, debiendo efectuarlo la division de Watrin cerca de su embocadura en el Pó, y ganar la orilla izquierda de Suwarow. Presumia al mismo tiempo que Moreau, cuya cooperacion esperaba hacia dos dias, entraria en accion aquel dia á mas tardar. Tal fué el plan para la accion del 4.º de mesidor (19 de junio); pero durante la noche sobrevino una horro-

rosa refriega, porque habiendo atravesado el canal del Trebbia un destacamento francés para tomar posicion, se creyeron atacados los rusos, y acudieron á las armas. Otro tanto hicieron los franceses, y los dos ejércitos se encontraron, y trabaron un combate nocturno, degollándose por ambas partes sin distinguir amigos ni enemigos. Después de una infructuosa matanza, lograron por fin los generales recoger su gente en los campamentos, y al siguiente dia se hallaban unos y otros tan cansados de tres dias de combate, y de la lucha de la noche anterior, que no entraron en accion hasta las diez de la mañana. La batalla empezó á nuestra izquierda en el alto Trebbia. Atravesóle Dombrowsky por Rivalta, á despecho de los rusos, enviando á aquel punto Suwarow al principe Bagration, cuyo movimiento dejó desamparados los flancos de Rosenberg, aprovechándose inmediatamente Victor y Rusca para arrojarle sobre él al pasar el Trebbia. Avanzaron con buen éxito, y envolvieron por todas partes á la division de Schweikofsky, donde se hallaba Suwarow, y la pusieron en estremo riesgo; pero hizo frente á todos lados, y se defendió denodadamente. Viendo Bagration el peligro, bajó al punto amenazado, y obligó á Victor y Rusca á desistir de su empresa. Si entonces Dombrowsky, aprovechando aquel momento, se hubiera lanzado tambien contra Bagration, hubiéramos conseguido el triunfo en aquella parte, que era la mas interesante, porque tocaba á las montañas, mas por desgracia permaneció en inaccion, y Victor y Rusca se vieron precisados á retirarse al Trebbia. Montrichard lo pasó por el centro hacia Crignano, y Olivier por San Nicolo.

El primero marchaba contra al cuerpo de Forter, cuando las reservas austriacas que habia perdido Suwarow á Melas, y desfilaban por la espalda del campo de batalla, chocaron inesperadamente con los flancos de su division, y viéndose sorprendida la 5.^a media brigada ligera, que habia hecho prodigios en cien batallas, huyó desordenada. Montrichard se vió precisado entonces á repasar el Trebbia y Olivier, que habia avanzado con buen resultado hacia San Nicolo, y rechazado denodadamente á Ott y Melas, se halló descubierto por la retirada de Montrichard. Melas, entonces, dando contra órden á las reservas austriacas, cuya presencia habia desordenado á la division de Montrichard, las dirigió contra Olivier, que se vió obligado á repasar tambien el Trebbia. Entretanto la division de Watrin, enviada inútilmente al estremo derecho, donde nada tenia que hacer, avanzaba á lo largo del Po, sin poder auxiliar al ejército, y se vió tambien precisada á repasar el Trebbia, para seguir el movimiento general de retirada. Suwarow, temiendo siempre que Moreau le atacase por retaguardia, hizo grandes esfuerzos en el resto del dia para pasar el Trebbia, mas no pudo lograrlo, porque los franceses le opusieron en toda la linea una invencible barrera; y aquel torrente, testigo de tan carnicera lucha, separó aun, y por tercera vez, á los ejércitos combatientes.

Tal fué el tercer acto de aquella sangrienta batalla. Los dos ejércitos estaban despedazados, como que cada uno habia perdido cerca de doce mil hombres y la mayor parte de los generales estaban heridos. Regimientos enteros se hallaban

desechos; pero la situacion era muy diferente porque Suwarow recibia diariamente refuerzos, y solo podia ganar en la prosecucion de aquella lucha, mientras que por el contrario Macdonald habia agotado todos sus recursos, y podia verse arrojado atropelladamente á la Toscana si se obstinaba en batirse. Asi, pues, pensó en retirarse al Nura, para ganar á Génova por detrás del Apenino; y abandonó el Trebbia el 2 de mesidor, (20 de junio) por la mañana. Cayó en manos de Suwarow un parte en que pintaba á Moreau su desesperada situacion, llenándose de gozo su enemigo, y apresurándose á perseguirle sin descanso: no obstante, verificóse la retirada con bastante orden á las orillas del Nura. Por desgracia, la division de Victor, que hacia cuatro dias sostenia continuos combates, quedó al fin desecha, y con gran número de prisioneros; pero Macdonald tuvo sin embargo tiempo para reunir su ejército al otro lado del Apenino, despues de haber perdido catorce ó quince mil hombres entre muertos, heridos y prisioneros. Felizmente, oyendo Suwarow retumbar á su espalda el cañon de Moreau, cesó de perseguir á Macdonald. Moreau, á quien insuperables obstáculos habian impedido ponerse en movimiento antes del 30 de pradiel (18 de junio), acababa por fin de salir por Novi, lanzarse contra Bellegarde, derrotarle, y hacerle cerca de tres mil prisioneros; pero esta tardia ventaja era ya inútil, y no tuvo mas resultado que retener á Suwarow, é impedirle que se cebase en Macdonald.

Aquella reunion de la que tan grandes resultados se prometian no habia producido otra cosa que una sangrienta derrota, y agrias contestacio-

nes entre los dos generales franceses que nunca se han aclarado. Los militares culparon á Macdonald de haber permanecido demasiado tiempo en Toscana, separado mucho en su marcha á unas divisiones de otras, de modo que las de Victor, Rusca y Dombrowski, fueron batidas dos dias consecutivos antes de que entrasen en linea las de Montrichard, Olivier y Watrin; de haber tratado el dia de la batalla de anticiparse á las dos alas del enemigo, en vez de dirigir su principal esfuerzo hacia su izquierda y el alto Trebbia; de haberse separado mucho de las montañas, de suerte que no dejó á Lapoype que estaba en Bobbio, acudir en su auxilio, y finalmente mas que todo, el haberse apresurado á presentar la batalla como si hubiera querido llevarse solo el honor del triunfo. Los militares al aprobar el plan sabiamente combinado por Moreau, solo le han hecho un cargo: el no haber prescindido de todo miramiento hacia un antiguo camarada y tomado el mando directo de ambos ejércitos, y especialmente el no haber dirigido por sí la batalla. Sean ó no justos estos cargos, lo cierto es que si se hubiera ejecutado tal como fué concebido el plan de Moreau, se hubiera salvado la Italia, pero se perdió totalmente con la batalla de Trebbia. Por fortuna, se hallaba alli Moreau para reparar nuestros descalabros é impedir á Suwarow aprovecharse de su inmensa superioridad. Tres meses hacia que se habia abierto la campaña, y excepto en Suiza, en todas partes habiamos experimentado infortunios. La batalla de Stokach nos produjo la pérdida de la Alemania, las de Magnano y el Trebbia nos privaban de la Italia. Únicamente Massena, firme como una roca, ocupaba

aun la Suiza á lo largo de la cordillera del Albis. Sin embargo; en medio de tan funestos reveses, no debe olvidarse que el valor de nuestros soldados era incontrastable, y tan admirable como en los dias mas gloriosos de nuestras victorias, y que Moreau habia sido á un mismo tiempo gran ciudadano y gran capitán; estorbando á Suwarow que destruyese con un solo golpe nuestro ejército de Italia.

Estas últimas desgracias dieron nuevas armas á los enemigos del Directorio, y provocaron contra él redobladas invectivas; tanto que ya empezaba á traslucirse el temor de una invasion, y los departamentos del mediodia y de los Alpes, espuestos antes que los demas á la irrupcion de los austro-rusos, se hallaban en estremada agitacion. Las ciudades de Chambery, Grenoble y Orange, dirigieron al cuerpo legislativo exposiciones que produjeron la mas profunda sensacion. En ellas se comprendian los injustos cargos que hacia dos meses circulaban por todas partes, insistiendo en el saqueo de los paises conquistados, en las dilapidaciones de los asentistas, en la desnudez de los ejércitos, en el ministerio de Scherer, en su mando de general, en la injusticia cometida con Moreau, en la prision de Championnet, etc.—¿Por qué, decian, se han visto precisado los fieles conscriptos á volverse á sus hogares? por la desnudez en que los tenian, ¿por qué han quedado impunes todas las rapiñas? ¿por qué el inepto Scherer, tildado de traidor por Moche, ha permanecido tanto tiempo en el ministerio de la guerra? ¿por qué ha podido consumir como general los males que habia preparado como ministro? ¿por

qué se han sustituido á los nombres de los favoritos de la victoria otros desconocidos? ¿por qué se halla procesado el vencedor de Roma y de Nápoles?...»

Ya ha podido conocerse el valor de estas acusaciones; pero sin embargo, las representaciones que las contenian obtuvieron el honor de imprimirse, y de que fuesen remitidas al Directorio, cuya acogida probaba suficientemente las disposiciones de ambos consejos que no podian ser peores. La oposicion constitucional se habia unido con la patria; la una compuesta de ambiciosos que querian un gobierno nuevo, y de orgullosos que se quejaban de que no se habian acogido debidamente sus dictámenes y recomendaciones; la otra de patriotas escluidos por las escisiones del cuerpo legislativo, ó reducidos al silencio por la ley de 19 de fructidor; pero una y otra pretendian la ruina del gobierno existente. Decian que el Directorio habia gobernado y defendido mal á la Francia, infringido la libertad de las elecciones, y cohartado la de imprenta y sociedades populares. Declarabanle por lo tanto débil y tiránico, y se atrevian á mencionar el 18 de fructidor, diciendo que no habiéndose respetado las leyes en aquel dia, no se podia invocarlas favorablemente.

Uno de los principales motivos de aquellas indisposiciones era el nombramiento de Sieyes para el Directorio. Colocar en él á un hombre que no habia cesado de desaprobar la constitucion directorial, y que por esta causa se habia negado á ser director, era anunciar en cierto modo que se deseaba una revolucion; y el haber aceptado Sieyes el cargo, cuando se dudaba que lo admitiese, en

vista de las anteriores renunciias, solo sirvió para confirmar estas congeturas.

Todos los de mas descontentos que anhelaban mudanzas acudieron á Sieyes, que á la verdad no era muy diestro para gefe de partido, pues ni tenia el carácter flexible y audaz, ni aunla ambicion que se requiere al efecto, pero atraia á todo el mundo con su celebridad. Sabian que no hallaba cosa buena ni en la constitucion ni en el gobierno, y le estrechaban por todas partes, como para incitarle á alterarlo todo. Barrás, que habia sabido no enemistarse por su antiguo cargo de director, sosteniendo relaciones é intrigas con todos los partidos, se unió con Sieyes y logró merecer su afecto, vendiendo hajamente á sus compañeros. Todos los enemigos del Directorio se agrupaban al rededor de estos dos hombres. Este partido habia tratado de buscar apoyo en un jóven general que gozase de reputacion, y que como tantos otros pasase por una victima del gobierno, por lo cual se decidieron en favor de Joubert, cu quien fundaban grandes esperanzas, y que se hallaba cesante desde que hizo su dimision. Iba entonces á relacionarse con M. de Semenville, porque estaba para casarse con una señorita de Montholon y le presentaron á Sieyes, el cual le hizo nombrar general de la 47.ª division militar, que era la de Paris, y procuraron hacerle gefe de la nueva liga.

No se pensaba aun en mudanzas, sino que querian apoderarse primero del gobierno, y salvar despues de una invasion á la Francia, dejando los proyectos de constitucion para cuando hubiese cesado todo peligro. Lo primero á que debia aspirarse era á la separacion de los individuos del antiguo Di-

rectorio. Sieyes no hacia mas que quince dias que entró en él, pues le nombaron en 1.º de pradiel en reemplazo de Rewbell. Barrás se habia salvado, como hemos visto, de la tormenta; de suerte que toda la ojeriza era contra Larevelliere, Merlin y Treilhard, inocentes los tres de los cargos que se hacian al gobierno.

Ellos tenian la mayoria porque eran tres, pero querian imposibilitarles en el uso de su autoridad. Resolvieron guardar la mayor consideracion á Sieyes y disimularle hasta su génio para no agregar á las dificultades de su posicion las que podrian producir enemistades personales; pero Sieyes era intratable; todo lo hallaba malo, y en esto procedia de buena fé, solo que se esplicaba de manera que probaba no querer entenderse con sus cólegas para remediar el mal. Infatuado con lo que habia visto en el pais donde estuvo; no cesaba de decirles: eso no se hace asi en Prusia. — Pues enseñadnos, le respondian sus cólegas, como se hace en Prusia: aconsejadnos y ayudadnos á hacer bien. — No me entenderiais, contestaba Sieyes; es inútil hablar mas y por consiguiente continuad como hasta aqui.

Mientras en el Directorio se declaraba la incompatibilidad entre la mayoria y la minoria, se sucedian fuera de él los mas acalorados choques por parte de los consejos y habia ya una contienda formal sobre hacienda. La escasez provenia, como hemos dicho, de dos causas; de la lentitud en los ingresos y del déficit en los productos supuestos. Apenas habian ingresado doscientos diez millones, de los cuatrocientos librados por gastos hechos. El déficit en la valuacion de los productos ascendia, segun Ramel,

á sesenta y siete y hasta á setenta y cinco millones; y como le negaban todavia este déficit, designió formalmente al diputado Genissieux en el *Monitor*, probando lo que aseguraba. ¿Pero de qué sirven las pruebas en ciertos casos? No por eso se dejó de descargar invectivas contra el ministro y el gobierno, ni de repetir que arruinaban el estado, pidiendo sin cesar nuevos fondos para cometer nuevas dilapidaciones; sin embargo, la fuerza de la evidencia hizo conceder nuevos arbitrios, y ya que se habia negado el impuesto sobre la sal, concedió para suplirle un décimo por franco sobre todas las contribuciones, y se recargó la de puertas y ventanas. Pero el decretar impuestos era lo de menos; lo necesario era asegurar su percepcion por varias leyes relativas á su reparto y recaudacion, las cuales no se habian dado. El ministro estrechaba para que se pudiesen en discusion, pero se iba dilatándolo, y respondian á sus instancias con los gritos de traicion, robo, etc.

Ademas de esta disputa sobre hacienda se suscitó otra con motivo de ciertas reclamaciones sobre varios artículos de la ley del 49 de fructidor, que permitian al Directorio cerrar los clubs y suprimir los periódicos por medio de un simple decreto. Se habia encargado un proyecto de ley sobre la imprenta y las sociedades populares, para modificar la del 49 de fructidor y privar al Directorio del arbitrario poder que se habia abrogado. Pronunciábase tambien contra la facultad que daba esta ley al Directorio para desterrar, segun le pareciese, á los clérigos sospechosos, y suprimir de las listas á los emigrados queriendo los patriotas privarle de ella, á pesar de que solo se ejercia

contra sus contrarios. Se principiò á mediados de junio por la discusion de la imprenta y las sociedades populares, cuyo proyecto estaba redactado por Berthier, y en ella sostuvieron los partidarios del Directorio, entre quienes se distinguian Chemier, Bailleul, Creuzé-Latouche, Lecointe-Puyraveau, que aquella dictadura concedida al Directorio por la ley de 49 de fructidor, aunque era temible en tiempos tranquilos, era de indispensable necesidad en las actuales circunstancias. En tan estremo peligro, decian, que no debia disminuirse las fuerzas del gobierno, pues la dictadura que se le otorgó el dia despues del 48 de fructidor, le era sumamente necesaria, no ya contra la faccion realista, sino contra la anarquista, que era tan temible como la primera, y ocultamente unida con ella, añadiendo que los discipulos de Babeuf renacian por todas partes y amenazaban á la república con nuevos riesgos.

Los patriotas que abundaban mucho en los Quinientos respondian con su acostumbrado frenesi á los discursos de los secuaces del Directorio diciendo, que era preciso conmovier la Francia y devolverla la energia de 1793, sofocada totalmente por el Directorio, imponiéndola un yugo opresor. Que se distinguiria todo el patriotismo si no se abrian los clubs, ó no se restituia la libertad á los periódicos patriotas. En vano, añadian, se acusa á los patriotas, y en vano se afecta el temor de una agresion por su parte. ¿Qué han hecho estos hombres á quienes se acusa tanto? Tres años ha que mueren degollados, proscriptos y sin patria en la república que tan poderosamente contribuyeron á fundar y defendieron. ¿Qué crímenes se les atribuyen? ¿Ilan

procedido contra los reactivos? No. Son exaltados y turbulentos, es verdad; ¿pero son crimenes estos? hablan, y aun gritan, si se quiere; pero ellos no asesinan y se ven todos los dias asesinados... —Tal era el language de Briot del Doubs, del Corso Arena y de otros muchos.

De distinta manera se esplicaban los individuos de la oposicion constitucional, pues naturalmente moderados usaban de un tono templado, aunque agrio y dogmatico. Segun ellos, era preciso reproducir los principios desatendidos y volver a la imprenta y a las sociedades populares su libertad. Los riesgos de fructidor habian podido dar una dictadura momentánea al Directorio; pero ¿cómo se habia usado de esta confianza? preguntan á los parti los, decia Boulay del Meurthe. Realistas, patriotas y constitucionales, todos estaban acordes, aunque tenian diferentes miras para declarar que el Directorio habia abusado de su omnipotencia, y una misma opinion entre hombres tan opuestos en sentimientos é intereses, no podia dejar la menor duda, y quedaba condenado el Directorio.

Asi los patriotas irritados se quejaban de vivir oprimidos, y los constitucionales, llenos de pretensiones, de mal gobierno. Reuniéronse todos é hicieron derogar los articulos de la ley del 19 de fructidor, relativos á los periódicos y sociedades populares. Este era un importante triunfo que iba á producir un descufreno en los periódicos, y la reproduccion de los jacobinos.

Iba creciendo la agitacion en los últimos dias de pradiel, circulando por todas partes los mas siniestros rumores. La nueva liga resolvió emplear los medios de que se valen las oposiciones en los

gobiernos representativos para obligar á retirarse á un ministerio. Cuestiones embarazosas y reiteradas, amenazas de acusacion, todo se puso en práctica. Estos medios son tan naturales, que aun sin la práctica del gobierno representativo, el instinto solo de los partidos dá con ellos desde luego.

Reuniéronse las comisiones de gastos, de fondos y de guerra, establecidas en los Quinientos para ventilar todos estos puntos, y acordaron enviar un message al Directorio encargando á Boulay del Meurthe que le redactase y en efecto lo presentó el dia 15 de pradiel. El consejo de los Quinientos dirigió segun su proposicion al Directorio un message en que pedia se le manifestasen las causas de los peligros interiores y exteriores que amenazaban á la república, y los medios que existian para remediarlos. Exigencias semejantes no producen otro efecto que el de arrancar desengaños y comprometer mas al gobierno de quien se solicitan, porque repetimos que un gobierno debe ser superior á todo; y cuando se le precisa á decir que no ha triunfado, es lo mismo que obligarle á hacer la revelacion mas funesta. Adjuntas á este message iban varias proposiciones de orden que tenian un objeto análogo porque eran relativas al derecho de formar sociedades populares, á la libertad individual, á la responsabilidad de los ministros, á la publicidad de las cuentas, etc.

Al recibir el Directorio el message referido resolvió dar una respuesta circunstanciada, en la que manifestando todos los acontecimientos, se espusieran los medios empleados, y los que se proponia emplear aun para librar á la Francia de la crisis en que se hallaba. Una respuesta como esta exi-

gia la concurrencia de todos los ministros, para que cada uno pudiese dar su informe. Se necesitaba ademas bastantes dias para redactarla, que era lo que no convenia á los corifeos de los consejos, pues no querian un estado exacto y fiel de la Francia, sino confesiones prontas y dudosas. Asi despues de haber esperado algunos dias las tres comisiones que habian propuesto el mensaje, presentaron en los Quinientos una nueva proposicion por medio del diputado Poulain-Grand-Pre, el 28 de pradial (16 de junio). El informante propuso á los Quinientos que se declarasen en sesion permanente hasta que respondiera el Directorio al mensaje del 13 y se adoptó la proposicion. Con esto se daba el grito de alarma, y anunciaba un próximo acontecimiento. Los Quinientos comunicaron á los Ancianos su determinacion, obligándoles á seguir su ejemplo, que en efecto imitaron, quedando asimismo en sesion permanente. Siendo muy numerosas las tres comisiones de los gastos, de los fondos y de la guerra, se redujeron á una sola compuesta de once individuos y encargada de proponer las medidas que exigian las circunstancias.

A estos respondió el Directorio que tambien él iba á constituirse en sesion permanente para activar el informe que se le pedia, y se infiere la agitacion que debiera producir una determinacion semejante. Se hacian circular, como era de costumbre, los mas siniestros rumores, y los enemigos del Directorio decian que meditaba un nuevo golpe de estado, y que trataba de disolver los consejos. Sus secuaces por el contrario propalaban que habia una coaliccion entre todos los partidos para derribar violentamente la constitucion; pero en

nada de esto se habia pensado por unos ni por otros. La liga de las dos oposiciones queria únicamente que hiciesen dimision los tres antiguos directores, y al efecto se imaginó un medio. La constitucion exigia que entre la legislatura y el cargo de director mediase un año cumplido. Se observó que Treilhard, el cual era director hacia trece meses, salió de la legislatura el 30 de floreal del año V, y fué nombrado para el Directorio el 26 del mismo mes del año VI, faltándole por consiguiente cuatro dias para el término prescrito; pero esto era un subterfugio, porque semejante irregularidad quedaba salvada con el silencio de dos legislaturas; y ademas el mismo Sieyes se hallaba en idéntico caso. Inmediatamente propuso la comision de los once anular el nombramiento de Treilhard, como así se verificó el mismo dia 28, comunicándose al Directorio.

Era Treilhard un hombre adusto pero no tenia una firmeza correspondiente á la rudeza de su carácter, y estaba dispuesto á ceder; pero Lareveillere tenia distintas cualidades. Este hombre integro y desinteresado, á quien era gravoso su cargo, que lo habia aceptado solo por deber, y que todos los años anhelaba que la suerte le volviese á su retiro, no queria abandonar su puesto desde que las facciones coligadas parecian exigirlo. Figurábase que espulsar á los antiguos directores era porabolirla constitucion de año III, y que Sieyes, Barrás y la familia de Bonaparte caminaban á un mismo fin con diferentes miras, aunque funestas todas á la república. En esta persuasion no queria que los antiguos directores abandonasen sus puestos y acudió á casa de Treilhard, á aconsejarle, que opusiese resis-

cia diciéndole: formais la mayoría, con Merlin y conmigo, y nos oponemos a la ejecución de esa resolución del cuerpo legislativo, como ilegal, sediciosa y dictada por una facción; mas Treillard no quiso seguir este consejo, y envió inmediatamente su dimisión a los Quinientos.

Viendo Larevellière perdida la mayoría, no por eso pensó en rehusar su dimisión si se la pedían. Los corifeos de los Quinientos resolvieron dar inmediatamente a Treillard un sucesor y aunque Sieyes hubiera deseado nombrar a una persona de su confianza no pudo tener influjo, y nombraron a un antiguo abogado de Rennes, presidente a la sazón del tribunal supremo, y conocido mas bien como individuo de la oposición patriota, que de la constitucional. Este era Gohier, ciudadano de probidad y amante de la república, pero de poca capacidad y falto del conocimiento de los hombres y de los negocios. Quedó nombrado el 29 de pradiar, y debía tomar posesión al siguiente día.

Mas no bastaba con la esclusión de Treillard, sino que se quería espulsar del Directorio a Larevellière y a Merlin, estando sobre todo los patriotas muy furiosos contra el primero, pues recordaban que, a pesar de su rigidez, no fué mentañés nunca, que mas de una vez se habia declarado en pugna contra su partido despues del 9 de termidor, y que en el año anterior habia dado impulso al sistema de las escisiones. Por consiguiente, amenazaron con acusarle, así como a Merlin, si no presentaban ambos su dimisión, y se le encargó a Sieyes de dar el primer paso para que cediesen espontáneamente.

El día 29 por la tarde, que fué el de la salida

de Treillard, propuso Sieyes una reunion particular de los cuatro directores en casa de Merlin, a la que en efecto acudieron; presentándose Barrás, como si hubiese algun peligro, con su sable al lado, pero sin desplegar sus labios. Tomó la palabra Sieyes, algo turbado, é hizo una prolija digresion sobre los desaciertos del gobierno, divagando mucho tiempo, hasta que se suscitó el verdadero objeto de la reunion. Al fin Larevellière le obligó a explicarse con mas claridad.—Vuestros amigos y los de Mr. Merlin, respondió Sieyes, les instan a ustedes a presentar la dimisión. Larevellière preguntó que quiénes eran sus amigos; mas Sieyes no pudo citar a ninguno que mereciese confianza, visto lo cual le habló Larevellière con el tono de un hombre irritado, al contemplar vendido el Directorio por sus mismos individuos, que le entregaban a las maquinaciones de los facciosos. Probó que su conducta y la de sus colegas habia sido hasta entonces irreprehensible, y que los desaciertos que les imputaban eran únicamente un tegido de calumnias: despues atacó directamente a Sieyes sobre ocultos proyectos, dejándole en la mayor confusion con sus vehementes apóstrofes. Barrás entretanto guardaba el mas profundo silencio, siendo muy critica ciertamente su posicion, porque él era el único que merecia todos los cargos que se hacian a sus colegas, y pedirles la dimisión por faltas que no habian cometido ellos, sino que estaban en él, era asunto muy delicado. Callóse, pues, y se separaron sin haber logrado nada, diciendo únicamente Merlin que seguiria el ejemplo de Larevellière.

Ideó Barrás valerse de un tercero para lograr la dimision de sus dos cólegas, y se sirvió de un antiguo girondino, llamado Bergoeng, á quien la afición á los placeres habia introducido en su tertulia. Encargóle que visitase á Larevelliere y le decidiese á dejar su cargo, como así lo verificó aquel en la noche del 29 al 30, y se valió de la antigua amistad que los unia, empleando todos los medios para decidirle, asegurándole que Barrás le apreciaba y honraba, mirando como injusta su separacion; pero que le suplicaba cediese, para no esponerse á los peligros de una tormenta. Larevelliere no cedió, sin embargo, respondiendo que Sieves engañaba á Barrás, Barrás á Sieyes, y que ambos lo serian por los Bonapartes; que se descaaba la ruina de la república, pero que él opondria resistencia hasta el último momento.

Al día siguiente 30, debia ser instalado Gobier y habiéndose reunido los cuatro directores y todos los ministros, no bien se concluyó la instalacion, pronunciaron sus discursos el presidente y el nuevo director, y se suscitó de nuevo el asunto de la vispera. Barrás pidió hablar particularmente á Larevelliere; y pasando ambos á un salon inmediato, renovó aquel las mismas instancias y obsequios á su cólega, hallándole tan obstinado como antes. Volvió á entrar bastante avergonzado por no haber conseguido nada, y temiendo siempre la discusion de los actos del nuevo Directorio, que no podia serle favorable. Tomó entonces la palabra con despecho, y no atreviéndose á impugnar á Larevelliere, se desató contra Merlin, á quien detestaba, haciendo de él la mas ridicula y falsa pintura, presentándole como una especie

de perdonavidas, meditando con una pandilla de valentones un golpe de estado contra sus cólegas y los consejos. Larevelliere, que salió á la defensa de Merlin, tomó al punto la palabra, y demostró lo absurdo de semejantes imputaciones. En nada se parecia efectivamente el retrato al juriconsulto Merlin. Larevelliere trazó entonces la historia de toda la administracion del Directorio, haciéndolo circunstanciadamente, para instruir á los ministros y al nuevo director. Barrás se hallaba en una cruel incertidumbre, hasta que por fin se levantó diciendo:—¡Pues bien! las espadas están desenvainadas.—Miserable, le respondió Larevelliere con la mayor firmeza, ¿qué hablas tú de espadas? aquí no hay mas que cuchillos que amagan á unos hombres irrepreensibles, á quienes quereis degollar porque no podeis arrastrarles á una vileza!

Gobier quiso servir entonces de mediador, pero no pudo adelantar nada; y habiéndose reunido varios individuos de los Quinientos y de los Ancianos, fueron á solicitar á los directores que cediesen, prometiéndoles que no se entablaria contra ellos acusacion alguna; pero Larevelliere respondió con valor que él no admitia gracia de ninguna especie, y que le acusasen, que él sabria responder.

Volviéronse los diputados á sus consejos, y produjeren nueva alteracion con la noticia de lo que habia pasado. Boulay del Meurthe denunció á Larevelliere, y aunque confesó su integridad, le atribuyó muy inoportunamente proyectos de religion nueva, hablando mucho de su obstinacion, que iba segun él, á ser causa de la perdi-

cion de la república. Los patriotas se pronunciaron entonces con mas violencia que nunca, y dijeron que pues seguitan obstinándose, no debia guardarse consideracion alguna con los dos directores.

Estraordinaria era la agitacion, y una vez empeñada la lucha no se podian preveer sus resultados. Reuniéronse muchos moderados de los dos consejos, y dijeron que para evitar mayores males debian ir á suplicar á Larevelliere que cediese á tan deshecha tormenta y en efecto pasaron á verle en la noche del 30, y le rogaron, en atencion á los riesgos que á la república amenazaban, que hiciese dimision. Dijéronle que todos estaban espuestos á graves peligros, y que si se obstinaba en su idea, no sabrian hasta qué término llegaria el furor de los partidos.—«Pero ¿no conoceis, les respondió Larevelliere, que la república corre otros riesgos mayores? ¿no veis que no es contra nosotros, sino contra la constitucion á quien se dirige el golpe, y que si se cede hoy, habrá que ceder mañana y siempre, y que nuestra debilidad ocasionará la ruina de la república? Yo desempeño con repugnancia este cargo, y si me obstino en conservarle ahora, es porque creo que debe oponerse una barrera insuperable á las maquinaciones de los partidos. Sin embargo, si creéis todos que mi resistencia os compromete, dispuesto estoy á ceder; pero os declaro que se pierde la república. Un hombre solo no puede salvarla, y asi cedo porque me veo aislado, y os entrego mi dimision.

La envió en efecto aquella noche, acompañándola de una carta sencilla y noble en que expre-

saba sus motivos. Merlin le pidió que le dejase copiarla, y fueron al mismo tiempo ambas dimisiones. De esta manera quedó disuelto el antiguo Directorio, habiéndose reunido todas las facciones para derrocarlo, haciendo comunes todos sus resentimientos. Solo era culpable de una sola falta, de ser mas débil que ellas; falta grave en verdad, y que justifica la caída de un gobierno.

A pesar del desencadenamiento general, Larevelliere conservó la estimacion de todos los ciudadanos ilustrados y no quiso recibir, al dejar el Directorio, los cien mil francos que sus colegas habian convenido en dar al director saliente. Tampoco quiso admitir la parte que le correspondia por la retencion de sus sueldos, ni tomó el carruage que se acostumbraba dejar al director que cesaba, sino que se retiró á Andilly, á una casita que poseia, y en ella recibió las visitas de todos los hombres distinguidos á quienes no intimidaba el furor de los partidos. Uno de los que le visitaron en su retiro fué el ministro Talleyrand.

Francisco Becerra

CAPITULO V.

Formacion del nuevo Directorio.—Moulin y Rogerio Ducos sustituyen á Larevelliere y Merlin.—Mudanzas en el Directorio.—Leva de todas las clases de conscriptos.—Empréstito forzoso de cien millones.—Ley de los rehenes.—Nuevos planes militares.—Empiezan de nuevo las operaciones en Italia; Joubert, general en jefe; batalla de Novi y muerte de Joubert.—Desembarco de los anglo-rusos en Holanda.—Nuevos alborotos en el interior; desenfreno de los patriotas; arresto de once periodistas.—Destitucion de Bernardotte; proposicion de declarar la patria en peligro.

El tiempo desacredita y gasta á los partidos, pero se necesita mucho para concluir con ellos, pues las pasiones no se extinguen sino con la vida de los que las abrigan. Es necesario que desaparezca toda una generacion, porque entonces no quedan de las pretensiones de los partidos sino sus legitimos intereses, y el tiempo puede conciliar natural y razonablemente estos mismos intereses. Pero antes de este término, los partidos son indomables si se quiere sujetarlos con solo el freno de la razon, y no pueden soportar el gobierno que trate de hablarles con el lenguaje de la justicia y de la ley, mirándole con tanto mas desprecio por su debilidad é impotencia, cuanto mayor ha sido su moderacion. Si cuando trata con hombres que no escuchan sus consejos, quiere em-

plear la fuerza, le tienen por tiránico, y dicen que ademas de débil es mal intencionado. Mientras llega la correccion del tiempo, solo un gran despotismo puede refrenar á los partidos irritados. El Directorio era este gobierno legal y moderado que queria imponer el yugo de la ley á los partidos abortados por la revolucion, no amansados en el transcurso de veinte y cinco años, que se cogieron, como hemos visto, el 30 de pradial para derrocarlo. Conseguidos sus deseos, se hallaron unos en frente de otros sin freno alguno que contuviese sus demasías, y ya veremos como se condujeron.

Aunque la constitucion no era mas que una sombra, no se habia abolido, y era preciso poner otra sombra en vez del Directorio que acababa de desplomarse. Gohier habia sucedido á Treilhard, y era necesario reemplazar tambien á Larevelliere y á Merlin, eligiéndose á Rogerio Ducos y Moulin. El primero era un antiguo girondino, hombre de probidad, pero de pocos alcances, y muy amigo de Sieyes, por cuyo influjo habia sido elegido individuo de los Ancianos. Moulin era general desconocido, empleado en otro tiempo en la Vendée, republicano ardiente y de integridad, y nombrado como Gohier por el influjo del partido patriota. Se habia propuesto á varios personajes civiles ó militares, para el Directorio, pero los desecharon á todos, y era bien claro en tales elecciones que los partidos no habian querido nombrar para que los gobernasen sino personas de poca nombradía, á quienes se encarga comunmente todas las interinidades.

El actual Directorio, compuesto como los con-

sejos de partidos encontrados, era mucho mas débil y heterogéneo que el anterior, y Sieyes que era el único hombre superior entre los cinco directores, pensaba como hemos visto en una nueva organizacion politica. Era el jefe del partido que se llamaba moderado ó constitucional, cuyos individuos todos anhelaban no obstante una nueva constitucion. Su único amigo entre sus colegas era Roger-Ducós; pues Moulins y Gohier, que ambos eran acalorados patriotas, é incapaces de conseguir mas que lo que tenian, se contentaban con la constitucion actual, aunque querian cumplirla é interpretarla en el sentido de los patriotas. Por lo que hace á Barrás, naturalmente destinado á dividirlos, no se podia contar con él porque era el emblema vivo de aquel laberinto de vicios, pasiones, intereses y opiniones contrarias que la moribunda república presentaba; y por lo tanto la mayoría que dependia de su voto, se hallaba entregada al acaso. Sieyes manifestó francamente á sus nuevos colegas, que tomaban las riendas de un gobierno amenazado de próxima ruina, pero que era menester salvar la república, ya que no pudiera salvarse la constitucion. Este lenguaje desagradó mucho á Gohier y Moulins, mostrándose así opuestos en sentimientos desde el primer dia. En los propios términos habló Sieyes á Joubert, que era el general destinado para el partido reorganizador; mas este, como veterano del ejército de Italia, y partícipe de aquellas ideas, tuvo por muy sospechosas las de Sieyes y, habiendo conferenciado secretamente con Gohier y con Moulins, se unió en un todo con ellos. Pero estas eran cuestiones que no podian suscitarse hasta mas adelante y lo que á la sazón urgía era

gobernar y defender la amenazada república, pues la noticia de la batalla del Trebbia, que circulo por todas partes, alarmó todos los ánimos, y eran por lo tanto precisos, eficaces medios de salvacion pública.

El primer cuidado de un gobierno, es hacer todo lo contrario que su antecesor, aunque no sea mas que por satisfacer las pasiones á quien debe su triunfo. Por tanto no podian menos Championnet, aquel héroe tan ponderado en Nápoles, Joubert y Bernardotte, de salir de las prisiones, ó de la obscuridad para ocupar los primeros cargos. Championnet fué puesto inmediatamente en libertad y nombrado general de un nuevo ejército que se proponian formar en los grandes Alpes. El ministerio de la guerra se encargó á Bernardotte, y á Joubert el mando del ejército de Italia, porque sus triunfos en el Tirol, su juventud y su heroico carácter inspiraban las mayores esperanzas, y los reorganizadores le deseaban triunfos y gloria para que pudiese apoyar sus proyectos. Muy buena era sin duda la eleccion de Joubert, pero tambien era una nueva injusticia para Moreau, que con tanta generosidad habia aceptado el mando de un ejército batido, y salvádole con tanta pericia; pero los patriotas, que eran los que á la sazón triunfaban, no gustaban mucho de Moreau, á quienes dieron el mando de un proyectado ejército del Rin que todavia no existia.

Hubo ademas otros diferentes cambios en el ministerio, como por ejemplo el de Ramel, que tantos servicios habia hecho desde que se instaló el Directorio, y en la difícil transicion del papel moneda al numerario. Habia participado Ramel del

odio que se tenia al antiguo Directorio, y le atacaron con tanta violencia, que á pesar de la estimacion que le profesaban, los nuevos directores se vieron precisados á aceptar su dimision. Nombraron para que le sucediera á un sugeto muy querido de los patriotas y respetable para todos los partidos, Roberto Lindet, el antiguo individuo de la comision de salvacion pública, tan indecorosamente acusado durante la reaccion. Mucha resistencia opuso á la proposicion de este nuevo cargo, pues la experiencia que tenia de la injusticia de los partidos no debia inspirarle mucho desco de volver á los negocios; pero admitió al fin en obsequio de la república.

No menos desaprobada habia sido la diplomacia del Directorio que su administracion económica acusándole de que habia renovado la guerra de la república con toda la Europa, lo cual era inexacto, mucho mas si se atiende á quienes eran los acusadores; porque los verdaderos causantes de la enemistad con todas las potencias eran los mismos patriotas, cuyas pasiones habian producido nuevamente la guerra. Lo que mas se echaba en cara al Directorio era la expedicion de Egipto antes tan encomiada, pretendiendo que habia ocasionado el rompimiento con la Puerta y la Rusia. El ministro Talleyrand, no muy bien quisto ya de los patriotas por su condicion de antiguo emigrado, cargó con toda la responsabilidad de aquella diplomacia, siendo tan vivamente atacado, que hubo de hacerlo que Ramel, y aceptaron su dimision. Nombraron en su lugar á M. de Reinhard natural de Wurtemberg, que bajo la capa de sencillez alemana, ocultaba notable talento, segun el dictámen

del mismo Talleyrand. Dijose que esta eleccion fué interina, y que M. de Reinhard la admitia mientras se volvia á dar el mismo destino á M. de Talleyrand. Retiróse á Lambrechts del ministerio de la justicia, por el estado de su salud, dándosele á Cambaceres. En el de policia se puso á Bourguignon, antiguo magistrado y patriota sincero é integro. Fouché, aquel jacobino tan flexible é insinuante, á quien hizo partícipe Barrás del agiotage de los asentistas, y nombrado en seguida para la embajada de Milán; Fouché, depuesto por su conducta en Italia, pasaba tambien por victima del antiguo Directorio, debiendo por consiguiente entrar en el triunfo decretado á favor de todas las victimas, y así fué enviado á La Haya.

Estas fueron las mas notables variaciones en el personal del gobierno y en los ejércitos; pero no bastaba mudar los hombres sino el proporcionarles nuevos medios para desempeñar los cargos á que sucumbieron sus predecesores. Los patriotas acostumbrados á las medidas revolucionarias, defendian que á grandes males grandes remedios, y proponian las urgentes providencias de 1793. Nada se habia otorgado al anterior Directorio, y al actual querian facilitárselo todo, proporcionándole medios estraordinarios y obligándole á ponerlos en práctica. La comision de los once, formada de las tres comisiones de gastos, fondos y guerra, y encargada, durante la crisis de pradiel, de aconsejar los medios para salvar la república, celebró una junta con los individuos del Directorio, y acordó con ellos diferentes providencias que se resentian de la actuales disposiciones. En lugar de los doscientos mil hombres que habian de sacarse de toda

clase de conscriptos, el Directorio tuvo facultad para echar mano de todas las clases. En vez de los impuestos pedidos por el antiguo Directorio, y negados con tanto empeño por ambas oposiciones, se ideó todavía un empréstito forzoso, el cual fué progresivo segun el sistema de los patriotas, es decir, que en vez de hacer contribuir á cada uno segun el valor de sus contribuciones directas, lo cual procuraba en seguida los catastros de la contribucion territorial y personal por base de la reparticion, se obligó á contribuir á todos segun su fortuna. Entonces debia recurrirse á la junta repartidora, que equivalia á cobrar de los ricos por medio de una comision. El partido medio impugnó este proyecto, diciendo que era renovar el terror, y que la dificultad del repartimiento volveria á hacer ineficaz y nula esta providencia, como los antiguos empréstitos forzosos; mas los patriotas respondieron que era menester hacer cubrir los gastos de la guerra no á todas las clases, sino solo á los ricos. Unas mismas pasiones adoptan siempre como vemos razones idénticas. Decretóse el empréstito forzoso y progresivo, hasta la cantidad de cien millones de francos, reembolsable en bienes nacionales.

Ademas de las providencias de leva y hacienda, hubo que acudir á la policia para atajar la renovacion de los chuanes en el Mediodia y en los departamentos occidentales, teatros de la antigua guerra civil. Cometianse allí nuevas raterias, asesinaban á los compradores de bienes nacionales, á los hombres tenidos por patriotas y á los funcionarios públicos, deteniendo especialmente á las diligencias y robándolas. Entre los que semejantes tropelías efectuaban, habia muchos antiguos ven-

deanos ó chuanes individuos de las compañías del Sol, y tambien muchos conscriptos desertores. A pesar de que estos salteadores, cuya reproduccion anunciaba una especie de disolucion social, tuviesen por principal objeto la rapiña, era evidente, segun la eleccion de las victimas, que tenian un objeto politico. Nombróse una comision para proponer un sistema represivo, la cual presentó una ley que se llamó de los rehenes, y que se ha hecho célebre bajo este título. Comose atribuia á los parientes de los emigrados y á los antiguos nobles la mayor parte de aquellas fechorias, se trató de obligarles á ofrecer rehenes; de suerte que siempre que un concejo se hallaba en estado de desorden, los parientes ó aliados de los emigrados, los antiguos nobles y los ascendientes de los conocidos por individuos de aquellas reuniones, se consideraban como rehenes, civil y personalmente responsables de los crímenes que se cometieran. Las administraciones centrales debian designar los individuos elegidos por rehenes, y tenerlos en casas dispuestas para este objeto, donde debian vivir á sus expensas y voluntad, permaneciendo encerrados mientras durasen los desórdenes. Cuando estos llegasen hasta el asesinato, debia desterrarse á cuatro rehenes por cada homicidio, deduciéndose de aquí lo que en favor, y contra esta ley podia decirse. Era, segun decian sus partidarios, el único medio de reprimir á los autores de los desórdenes, sin faltar á la dulzura y á la humanidad. Segun sus adversarios, era una ley de sospechosos, una ley revolucionaria, que no pudiendo alcanzar á los verdaderos reos, castigaba en masa y cometia todas las injurias comunes en leyes de esta naturaleza.

za. En una palabra, se dijo en favor y en contrato lo que hemos tantas veces repetido en esta historia acerca de las leyes revolucionarias. Pero otra objecion mas poderosa que todas las demas podia hacerse á semejante medida, y era que proviniendo todos estos crímenes de una verdadera disolucion social, el único remedio consistia en reorganizar vigorosamente el estado y no adoptar resoluciones completamente desacreditadas, que no podian templar de ningun modo los resortes del gobierno.

Por último se adoptó la ley despues de una discusion bastante acalorada en que se dividieron con escándalo los partidos que se unieron por un momento para derribar al antiguo Directorio. A estas importantes resoluciones, que tenian por fin robustecer al gobierno por medios revolucionarios, se añadieron otras que bajo distintos conceptos debilitaban su poder. Estas medidas accesorias eran una consecuencia de los cargos hechos al antiguo Directorio. Para evitar nuevas escisiones en lo sucesivo se decidió que fuese nulo el voto de toda fraccion electoral; que se castigase como un atentado contra la soberania del pueblo á todo agente del gobierno que tratase de influir en las elecciones; que el Directorio no podria introducir tropas en el radio constitucional sin expresa autorizacion; que no pudiera privarse de su grado á ningun militar sin que así lo decidiera un consejo de guerra; que el derecho concedido al Directorio de despedir mandatos de prision, no se pudiera trasmitir á sus agentes; que ningun empleado del gobierno, ni funcionario pudiese ser asistente ni tener interés ninguno en las contratas, y que no pudiera cerrarse ningun club sin decision de las administraciones municipal

y central. No estuvieron acordes en la formacion de una ley de imprenta; mas no por eso dejó de abolirse el artículo de la del 19 de fractidor, que concedia al Directorio la facultad de suprimir los periódicos, y mientras se presentaba un nuevo proyecto, quedó la imprenta absolutamente libre.

Estas fueron las providencias tomadas en consecuencia del 30 de pradiar, tanto para reparar supuestos abusos, cuanto para dar al gobierno la energia de que carecia. Las providencias á que se acude en los momentos de crisis, despues de un cambio de sistema, son ilusorias para salvar al estado, y rara vez son oportunas, pues por lo comun está todo decidido cuando se las pone en ejecucion, y sirven cuando mas para lo sucesivo. El empréstito de los cien millones y la nueva quinta no podian verificarse sino en el espacio de algunos meses; sin embargo, el resultado de una crisis es como ver todos los resortes y darles cierta energia. Bernadotte se apresuró á escribir circulares ejecutivas, logrando de este modo activar la organizacion empezada ya de los batallones de conscriptos. Roberto Lindet, á quien no proporcionaba en la actualidad ningun recurso el empréstito de los cien millones, reunió á los principales banqueros y comerciantes de la capital, y les obligó á prestar su crédito al estado. Aviniéronse ellos y dieron sus firmas al ministerio de hacienda, formando un consulado, y aceptando mientras se recaudaban las contribuciones, letras de que debian irse reintegrando á medida que se realizasen los ingresos: que fué una especie de banco provisional establecido por la necesidad del momento.

Quisieron arreglar nuevos planes de campaña,

para lo cual pidieron un proyecto á Bernardotte, que se apresuró á presentar, muy extraño por cierto, y que por fortuna no se puso en ejecucion. Nada más susceptible de infinitas combinaciones que un campo de batalla tan vasto como el de nuestras operaciones. Cada cual debía concebir ideas diferentes, con solo cechar una ojeada sobre él; y si todos los planes que proponian se habian de adoptar, era necesario variar de pensamiento á cada instante; pero aunque la diversidad de opiniones sea útil en una discusion, en la practica es muy dañosa. Al principio se creyó que debian dirigirse las operaciones hácia el Danubio y Suiza al mismo tiempo, despues de la batalla de Stokach no se atendió ya mas que á Suiza suprimiéndose el ejército del Danubio, y en la actualidad pensó Bernardotte de distinto modo, suponiendo que la causa de las victorias de los aliados era la facilidad con que podian comunicarse á través de los Alpes, desde Alemania á Italia. Para privarlos de esta comunicacion, queria que se les quitase el San Gothard y los grisones en el ala derecha del ejército de Suiza y que se formase un ejército del Danubio que llevase la guerra á Alemania. Para la formacion de éste, proponia organizar prontamente el ejército del Rin y reforzarle con veinte mil hombres que se sacasen de los de Massena, lo cual era comprometer á éste, que tenia á su vista todas las fuerzas del archiduque, y que podia quedar deshecho en semejante operacion. Es cierto que hubiera sido bueno llevar la guerra al Danubio, pero bastaba suministrar medios á Massena de tomar la ofensiva, para que su ejército llegase á ser el mismo del Danubio, y

entonces en vez de debilitar sus fuerzas, se debía reunir las todas bajo su mando. Segun el plan de Bernardotte debía formarse un ejército en los grandes Alpes para cubrir la frontera contra los austro-rusos por la parte del Piamonte, y Joubert saliendo por el Apenino, acometiese á Suwarow impetuosamente, reuniendo los restos de todos los ejércitos de Italia, y reforzado con las tropas disponibles del interior.

Fué aprobado este plan por Moulins y remitido á todos los generales, de cuyas resultas fastidiado Massena de tantos proyectos extravagantes hizo dimision, pero no la aceptaron y quedó el plan sin ejecucion, conservando él el mando de todas las tropas desde Basilea hasta San-Gothard, y persistiendo en el proyecto de reunir un ejército en el Rin para cubrir esta linea. Otro cuerpo de ejército se formó en los Alpes á las órdenes de Championnet, el cual constaba de unos quince mil hombres, y enviaron á Joubert, que debía salir por el Apenino, todos los refuerzos de que podian disponer. Empezaron á llegar á mediados de julio pasando á la frontera algunos batallones veteranos que se hallaban en lo interior. Los conscriptos iban organizándose ya para reemplazar á las tropas antiguas de las guarniciones, y finalmente como no habia bastantes cuadros para tanto número de conscriptos, se pensó aumentar el número de batallones en las medias brigadas ó regimientos, con lo cual se podian agregar los nuevos quintos á los antiguos cuerpos.

Se sabia que iba á llegar á Alemania un refuerzo de treinta mil rusos, á las órdenes del general Korsakoff, y se estrechaba á Massena para

que, saliendo de sus posiciones, atacase al archiduque y le derrotara antes de incorporarse con los rusos. El gobierno obraba con razon en esto, porque era urgente hacer una tentativa antes de que se reuniesen tan imponentes fuerzas; sin embargo, Massena no quiso tomar la ofensiva, bien fuese por que le faltó en esta ocasion su acostumbrada audacia, bien porque esperase las nuevas operaciones ofensivas de Italia. Todos los militares han desaprobado su inaccion, que por otra parte tuvo muy buen éxito, gracias a los yerros del enemigo, y á que se reparó con inmensas ventajas. Para obedecer, no obstante, á las instancias del gobierno, y ejecutar parte del plan de Bernardotte, que consistia en privar de la comunicacion de Alemania con Italia á los austro-rusos, ordenó Massena á Lecourbe que prolongase su derecha hasta San-Gothard, apoderándose de este interesante punto y recobrando los grisones. Por medio de esta operacion volvian los grandes Alpes al dominio de los franceses, y se hallaban los ejércitos enemigos que operaban en Alemania incomunicados con los de Italia. Lecourbe llevó á cabo esta empresa con la intrepidez y audacia que le distinguian en la guerra de montaña, y se apoderó de San-Gothard.

Preparábanse en este tiempo nuevos acontecimientos en Italia, donde obligado Suwarow por la corte de Viena á terminar el asedio de todas las plazas antes de llevar adelante sus triunfos, no se aprovechó de la victoria del Trebbia. Bien hubiera podido, sin apartarse de sus instrucciones, reservar una fuerza bastante para aniquilar las que nos restaban; pero carecia de génio militar

para obrar de esta manera. Empleaba, pues, el tiempo en poner sitios, habiendo caído ya en su poder Peschiera, Pizzighitone, la ciudadela de Milan y la de Turin: las dos célebres plazas de Mantua y Alejandria resistian aun, y no daban muestras de rendirse en mucho tiempo: Kray sitiaba á la primera y Bellegarde á la segunda. Por desgracia se habian confiado todas nuestras plazas á gefes faltos de energia ó de instruccion; su artilleria estaba muy mal servida, porque habian entrado en ella cuerpos en esqueleto, y la distancia de nuestros ejércitos de operaciones, retirados al Apenino, infundia en los ánimos mucha desconfianza. Mantua, que era la principal de aquellas plazas, no merecia ya la reputacion que adquirió con las campañas de Bonaparte: la combinacion de los acontecimientos, y no su fuerza, prolongaron su defensa; pues Bonaparte, con una docena de miles de hombres, redujo á catorce mil á morir en ella de enfermedad y de miseria. Su gobernador actual era el general Latour-Foissac, instruido ingeniero, pero faltarle de la necesaria energia para esta clase de defensa. Desanimado por la irregularidad de la plaza y el mal estado de las fortificaciones, creyó que no podria suplir á las murallas con la osadia; ademas, no tenia bastante guarnicion, y desde los primeros asaltos se manifestó dispuesto á rendirse. En Alejandria mandaba el general Gardanne, que era hombre de resolucion, pero no de suficientes luces, y aunque rechazó denodadamente el primer asalto, no supo hallar en la plaza los recursos que presentaba todavia.

Desde aquella época (mediados de julio), se

habia pasado mas de un mes desde la revolucion del 30 de pradiar y el nombramiento de Joubert. Moreau comprendia cuan importante era tomar la ofensiva antes de que se entregasen las plazas, saliendo despues con el ejército reorganizado y reforzado contra los austro-rusos, que andaban dispersos. Por desgracia, se hallaba sujeto con las órdenes del gobierno que le mandaban esperar a Joubert, de suerte que en esta desgraciada campaña todo fué una série de órdenes intempestivas que nos ocasionaron mil contratiempos; como que el cambio de ideas y planes en los asuntos de ejecucion, y especialmente en la guerra, es siempre funesto. Si Moreau, a quien se hubiera debido dar el mando desde el principio, lo hubiera tenido al menos despues de la accion de Cassano conservandole enteramente solo, todo se hubiera salvado; pero asociado unas veces a Macdonald y otras a Joubert, le impidieron por segunda y tercera vez reparar nuestras desgracias y volver por el honor de nuestras armas.

Joubert, á quien pretendieron ganar para el partido que proyectaba una reorganizacion, por medio de un matrimonio y de lisonjas, perdió todo un mes, el de mesidor (junio y julio), en celebrar sus bodas, desperdiciando así una ocasion decisiva. No se agregó realmente al partido que le buscaba por apoyo, porque siguió siendo amigo de los patriotas, y solo le hicieron perder inútilmente un tiempo precioso. Al fin partió, diciendo á su jóven esposa: *me volverás á ver muerto ó victorioso*. Iba en efecto con la heroica resolucion de vencer ó morir; y cuando este noble jóven llegó al ejército á mediados de termidor (1.º de agosto), mani-

festó el mayor respeto al consumado maestro, cuyo sucesor era, y le rogó que permaneciese á su lado para aconsejarle. Moreau, no menos generoso que el jóven general, asistió á su primera batalla y le ayudó con sus consejos: noble é interesante fraternidad que honra las virtudes de nuestros generales republicanos, y pertenece á un tiempo en que el celo patriótico era mayor aun que la ambicion, en las almas de nuestros guerreros.

El ejército francés, compuesto de los restos de los de la alta Italia y Nápoles y los refuerzos del interior, ascendia á cuarenta mil hombres, perfectamente reorganizados, y con ardiente deseo de batirse de nuevo con el enemigo. Nada podia compararse con el patriotismo de aquellos soldados que batidos siempre, nunca se desanimaban, antes bien pedian volver á las manos con sus contrarios. Ningun ejército republicano fué mas benemérito de la Francia, porque ninguno respondió mejor á la injusta invectiva de que los franceses no saben sobrellevar los contratiempos. Verdad es que parte de su firmeza se debia al denodado y modesto general en quien habia puesto toda su confianza, y del cual le privaban siempre cuando iba á proporcionarle una victoria.

Aquellos cuarenta mil hombres eran independientes de los quince mil que á las órdenes de Championnet debian formar el núcleo del ejército de los grandes Alpes. Habian desembocado por el Bormida sobre Acqui, y por el Bochetta sobre Gavi, situándose en la línea de Novi. Estos cuarenta mil hombres, saliendo oportunamente antes de que se reuniesen los cuerpos empleados en los sitios podian conseguir triunfos decisivos; pero

Alejandría acabada de rendirse el 4 de termidor (22 de julio), y circulaba un vago rumor de que Mantua habia hecho otro tanto. Confirmóse en breve esta funesta noticia, y se supo haberse firmado la capitulacion el 12 de termidor (30 de julio). Kray acababa de incorporarse á Sawarow con veinte mil hombres, de suerte que la fuerza de los austro-rusos llegaba en la actualidad á sesenta y tantos mil. No era, pues, posible que Joubert luchase cuerpo á cuerpo contra tan superior enemigo. Reunió su consejo de guerra, y el dictámen general fué volverse al Apennino, limitándose á la defensiva mientras llegaban nuevas fuerzas.

Iba Joubert á conformarse con aquella resolucion cuando se halló atajado por Suwarow y obligado á aceptar batalla. El ejército francés formaba un semicírculo en las faldas del Monte-Rotondo, dominando toda la llanura de Novi. La izquierda formada por las divisiones de Grouchy y Lemoine, se estendia circularmente delante de Pasturana, y tenia á la espalda el barranco de Riasco, por donde era accesible al enemigo que se aventurase á entrar en él. La reserva de caballeria mandada por Richepanse, se hallaba detrás de esta ala, y en el centro la division de Lahoissiere, cubriendo las alturas á derecha é izquierda de Novi. La division de Watrin defendia en el costado derecho el paso del Monte-Rotondo por la parte del camino de Tortona, y Dombrowsky con una division, bloqueaba á Serralvalle, mandando Perignon nuestro flanco izquierdo, y Saint-Cyr nuestro centro y ala derecha. La posicion era fuerte, bien ocupada en todos los puntos y difícil de tomar; sin embargo, cuarenta

mil hombres contra mas de sesenta mil no podian lograr grandes ventajas; por cuya razon Suwarow resolvió atacar la posicion con su acostumbrado impetu, y dirigió á Kray hacia nuestra izquierda con las divisiones de Otte y Bellegarde. El cuerpo ruso de Derfelden, que tenia á la cabeza la vanguardia de Bagration, debia acometer á nuestro centro hacia Novi; Melas, rezagado algun tanto con el resto del ejército, acometió nuestra derecha, y por una singular combinacion, ó mas bien por falta de ella, debian ser sucesivos los ataques y no simultaneos.

El 28 de termidor (15 de agosto de 1799), principiò Kray el ataque á las cinco de la mañana, acometiendo Bellegarde á la division de Grouchy en el extremo izquierdo, y Ott á la de Lemoine. Ninguna de las dos estaban aun formadas, de modo que faltó poco para que fuesen sorprendidas y arrolladas; pero la tenaz resistencia de una de las medias brigadas obligó á Kray á dirigirse contra ella su principal esfuerzo. Ya estaban próximas a la llanura sus tropas, cuando Joubert acudió á galope al punto del peligro; y como ya no era tiempo de pensar en retirarse, y era preciso no omitir nada para rechazar al enemigo, adelantándose en medio de las guerrillas para alestarlas, recibió un balazo cerca del corazon que lo derribó al suelo. Estaba ya espirando el jóven héroe, y seguia gritando á sus soldados: *adelante amigos míos, adelante!* Este acontecimiento podia haber introducido el desórden en el ejército, mas por fortuna estaba allí Moreau, y tomando inmediatamente el mando que le conferia la confianza general, reunió á sus

soldados furiosos de resentimiento, y los dirigió contra los austriacos. Los granaderos de la media brigada 34.^a les echaron de la colina á la bayoneta; y desgraciadamente no tenían los franceses puesta en batería su artillería, mientras los austriacos por el contrario hacían estragos en sus filas con una lluvia de balas y granadas. Entretanto procuraba Bellegarde cercar el extremo izquierdo por el barranco de Riasco, que como hemos indicado era accesible por nuestra espalda, y ya había avanzado bastante, cuando presentándole Perignon muy oportunamente la reserva que mandaba el general Clausel, le atajó en su marcha. Perignon acabó de precipitarle en la llanura, haciendo que le acometiesen los granaderos de Partouneaux, y la caballería de Richempanse. Este vigoroso golpe dejó libre el ala izquierda.

Gracias á la singular combinacion de Suwarow que se empeñó en dar ataques sucesivos, no se había visto acometido aun nuestro centro, y Saint-Cyr tuvo tiempo para dar sus disposiciones y acercar á Novi la division de Watrin, que formaba su extremo derecho. Bagration se había decidido por fin á embestir con su vanguardia el centro, á instancia de Kray, que pedía este auxilio. La division de Laboissiere, que se hallaba á la izquierda de Novi, dejó aproximarse á los rusos de Bagration á medio tiro de fusil, los envolvió de repente en una espantosa nube de fusilería y metralla, y llenó de cadáveres toda la llanura. Bagration sin intimidarse, dirigió entonces algunos batallones para cercar á Novi por nuestra derecha, pero hallándose con la division de Watrin que se acercaba á aquel, tuvieron que retroceder á la llanura.

Se había pasado la mitad del día y aun no se había desmembrado nuestra línea, cuando llegando Suwarow con el cuerpo ruso de Delfelden mandó otro ataque general contra toda ella. Kray debía acometer de nuevo la izquierda, Delfelden y Bagration el centro, y Melas tenía aviso para acelerar el paso y precipitarse sobre nuestra derecha. Preparado así todo, se desplegó el enemigo por toda la línea y Kray cebándose en nuestra izquierda, procuraba todavía que la acometiese de frente Ott; pero la reserva de Clausel rechazó á las tropas de Bellegarde, y la division de Lemoine precipitó á Ott por las laldas de los cerros. Suwarow en el centro mandó acometer furiosamente á derecha é izquierda de Novi, y la division de Watrin frustró de nuevo como por la mañana otra nueva tentativa para rodear el pueblo. Por desgracia llevados de su arrojo nuestros soldados se abandonaron con demasiada precipitación á perseguir al enemigo, y se aventuraron tanto en la llanura que fueron rechazados á su posición. Al cabo de una hora disminuyó el fuego por efecto del general cansancio, pero en breve se reprodujo con nueva furia, resistiendo los franceses, inmóviles como murallas, por espacio de cuatro horas todo el ímpetu de los rusos, sin haber experimentado aun pérdidas considerables. Los austro-rusos por el contrario estaban horriblemente desmembrados, estando la llanura cubierta de sus muertos y heridos. Desgraciadamente llegaba por la parte de Rivalta á las órdenes de Melas el resto del ejército austro-ruso, que debía dirigirse contra nuestra derecha. Conócelo Saint-Cyr, y replegando la division de Watrin, que había avanzado mucho por la llanura,

ladirigeá una eminencia á la derecha de Novi; pero mientras se efectúa este movimiento, se ve envuelta ya por todas partes por las divisiones de Melas; y á su vista se desune, huyendo precipitadamente hácia la llanura. Reúnese sin embargo un poco mas atrás, durante cuyo tiempo, redoblando Suwarow sus esfuerzos en el centro hácia Novi, rechaza por fin del pueblo á los franceses, y se apodera de las alturas que á derecha é izquierda le dominan. Juzgando Moreau desde aquel momento necesaria la retirada, manda verificarla antes que queden cortadas por nuevos progresos del enemigo las comunicaciones por Gavi. La division de Watrin se ve precisada en la derecha á abrirse paso para recobrar el camino de aquel punto ya interceptado; la de Laboissiere se retira de Novi, y las de Lemoine y Grouchy se replegan á Pasturana, sufriendo las terribles cargas de Kray. Introdúcese un batallon en el barranco de Riasco, que pasa por detrás de Pasturana, y su fuego desordena nuestras columnas confundiendo la artillería y caballería. Estrechada por el enemigo la division de Lemoine, se desordena y precipita en el barranco, y nuestros soldados quedan arrollados como el polvo impelido por el viento. Perignon y Grouchy reúnen algunos valientes para contener al enemigo y salvar la artillería, pero les acuchillan y quedan prisioneros. Perignon recibió siete sablazos y Grouchy seis. El valiente Colli, el general piemontés que tanto se había distinguido en las primeras campañas contra nosotros y pasádose después á nuestro ejército, forma un cuadro con algunos batallones; resiste hasta que se ve deshecho, y cae cubierto de heridas en manos de los rusos.

Después del primer momento de confusion, se reunió el ejército delante de Gavi sin que los austro-rusos pudieran perseguirle, por estar muy fatigados, y así pudo seguir su marcha sin ningun inconveniente. Igual era por ambos lados la pérdida, que en cada ejército podia calcularse en unos diez mil hombres, pero en el ejército austro-ruso fué mucho mayor el número de heridos y muertos, al paso que nosotros perdimos mas prisioneros; al general en jefe, á cuatro generales de division, treinta y siete piezas de artillería y cuatro banderas. Nunca habiamos manifestado un denuedo mas admirable ni mayor tenacidad, pero nuestras fuerzas no llegaban á las del enemigo en una tercera parte. Mostraron los rusos su fanático ardimiento, pero debieron el triunfo, mas bien á su número, que á los planes de su general, el cual manifestó en esta ocasion la mas crasa ignorancia. En efecto, espuso á sus columnas á ser abrasadas una después de otra, y no operó bastante contra nuestra izquierda, que era el punto en donde debia haber cargado. Esta funesta batalla nos ocasionaba la pérdida definitiva de Italia, imposibilitándonos de sostener la campaña; teniamos que reducirnos al Apenino, y nos dábamos por contentes con conservarlo. No podia imputarse á Moreau la pérdida de esta batalla, sino á la fatal circunstancia de haberse reunido Kray con Suwarow, y solo se debió este último desastre á la tardanza de Joubert.

No se reducian nuestras derrotas á la batalla de Novi, porque al fin verificaban los ingleses y rusos la expedicion contra la Holanda que anteriormente se habia anunciado. Paulo I habia estipulado un tratado con Pitt, por el cual debia dar diez

y siete mil rusos, pagados por la Inglaterra y con destino á Holanda. Despues de vencidas dificultades inmensas, se preparó la expedicion para fines de agosto, (principios de fructidor) reuniéndose treinta mil ingleses con los diez y siete mil rusos, y si se efectuaba sin impedimento alguno el desembarco, habia grandes esperanzas de arrebatár la Holanda á los franceses, interés á que exclusivamente atendia la Inglaterra, que aunque solo hubiera logrado destruir las escuadras y arsenales de la Holanda, quedaba sobradamente reintegrada de los gastos de la expedicion. Dirigióse hacia el Báltico en busca de los rusos una numerosa escuadra, dándose á la vela el primer destacamento con el general Abercrombie para intentar el desembarco; y estando reunidas todas las tropas expedicionarias quedarian bajo las órdenes superiores del duque de York.

El punto que habia mas á propósito para desembarcar en Holanda era la embocadura del Mosa, pues así se amenazaba la línea de retirada de los franceses y se abordaba cerca de la Haya, que era donde mas secuaces tenia el Stathouder; pero se prefirió el norte de Holanda por la comodidad de las costas. Dirigióse Abercrombie hacia el Helder, donde llegó a fines de agosto, desembarcando cerca de este punto, despues de vencer muchos obstáculos en las cercanías de Groot-Keeten, el 10 de fructidor (27 de agosto). Los inmensos preparativos que exigió la expedicion y la vigilancia de las escuadras inglesas en la costa, despertó bastante la atencion de los franceses para que dejasen de vivir alerta. Brune mandaba á un mismo tiempo los ejércitos francés y bávaro, no teniendo á su dis-

posicion mas que siete mil franceses y diez mil holandeses mandados por Daendels. Dirigió la division bávara á las cercanías de Helder, y colocó la francesa en las inmediaciones de Harlem: de suerte que al desembarcar Abercrombie se encontró con los holandeses en Groot-Keeten, los rechazó y logró así asegurar el desembarco de sus tropas. No les faltó valor en esta ocasion á los holandeses, pero no fueron dirigidos con bastante habilidad por el general Daendels viéndose obligados á replegarse. Recogiólos Brune, y dió sus disposiciones para acometer en breve á las tropas desembarcadas antes de que se situasen ventajosamente y recibiesen el refuerzo de las divisiones inglesas y rusas que debian incorporárseles.

Los holandeses manifestaron entonces los mejores deseos, ofreciéndose sus guardias nacionales á custodiar las plazas, con lo cual pudo Brune disponer de nuevas tropas. Envio á llamar á la division de Dumonceau que constaba de seis mil hombres, y resolvió atacar en los primeros dias de setiembre el campo en que acababan de establecerse los ingleses. Era este el terrible Zip, antiguo pantano desaguado por la industria holandesa, que formaba un vasto terreno atravesado de canales, entorpecido con diques y cubierto de habitaciones. Ocupabanle diez y siete mil ingleses, los cuales habian construido muy buenas obras de defensa, y Brune podia acometerle con veinte mil hombres cuando mas, fuerzas que no eran suficientes atendida la naturaleza del terreno. Acercóse al campo el 22 de fructidor (8 de setiembre), y despues de un obstinado combate, se vió obligado á retirarse á Amsterdam, desde cuyo momento no podia ya

evitar que se reuniesen todas las fuerzas anglo-rusas, y tenia necesidad de aguardar á que se formase un ejército francés, para ir á atacarlás. Esta posiccion de los ingleses en el Norte de Holanda produjo lo que debia temerse tanto, la desercion de la gran escuadra holandesa. Como no se habia cerrado el Tejel, el almirante ingles Mitchell pudo penetrar en él á toda vela, y estando ya ganados los marineros holandeses por los emisarios del principe de Orange, á la primera intimacion del almirante Mitchell se sublevaron y obligaron al suyo, Story, á rendirse; y asi quedó en poder de los ingleses toda la marina holandesa, lo cual era ya una imponderable ventaja para ellos.

Estas noticias que una tras otra iban llegando á Paris, produjeron el efecto que naturalmente debia esperarse, aumentandola irritacion de los partidos y especialmente el furor de los patriotas, que pedian con mas empeño que nunca la adopcion de los grandes medios revolucionarios. La libertad concedida á los periódicos y clubs hizo renacer innumerables de unos y otros, y los restos del partido jacobino se reunian en el antiguo salon del Picadero, donde se celebraban nuestras primeras Asambleas. Aunque la ley prohibia á las sociedades populares tomar la forma de asambleas deliberantes, la sociedad del Picadero no por eso dejó de nombrarse bajo diferentes titulos, presidente, secretarios, etc. Concurrían allí el ex-ministro Bouchotte, Crouet, Felix Lepelletier y Arcna, discipulos todos ó cómplices de Babœuf, se invocaban los manes de Goujou, y Soubrani y de las victimas de Grenelle, pidiendo á imitacion de 1793, el castigo de todas las sanguiuélas del pueblo, el

desarme de los realistas, la leva en masa, el establecimiento de fabricas de armas en las plazas públicas, y la restitution de cañones y picas á los guardias nacionales, etc. Exijian principalmente que se encausase á los antiguos directores, á quienes atribuian los últimos desastres como resultados de su administracion. Cuando llegó la noticia de la batalla de Novi y de los acontecimientos de Holanda, se soltó la rienda al furor; prodigando injurias á los generales, llamando tímido á Moreau y atribuyendo al mismo Joubert, á pesar de su heroica muerte, la pérdida del ejército, por haber tardado en ir á incorporarse. Se llenó de ultrages á su joven esposa, y á MM. de Semonville, Saint-Foy y Talleyrand, á quienes atribuian su matrimonio; acusaron de traidor al gobierno holandés, y dijeron que lo componian aristócratas y stathouderianos, enemigos de la Francia y de la libertad. *El diario de los hombres libres*, órgano del mismo partido que se reunia en el salon del Picadero, repetia todas estas declaraciones, y añadía al escándalo de las palabras el de la impresion.

Causaba una especie de terror en muchos ánimos este desenfreno, y temian que se reprodujesen las escenas de 93, al paso que los que se llamaban *moderados ó políticos*, que á imitacion de Sieyes, tenian la laudable intencion y arriesgada pretension de salvar á la Francia del furor de los partidos, constituyéndola de nuevo, se indignaban por el desenfreno de los nuevos jacobinos. Sieyes especialmente estaba acostumbrado á temerlos, y se declaraba contra ellos con toda la vivacidad de su carácter; pero en realidad no podian menos de

aparecer temibles, porque ademas de los alborotadores y bullangueros que desplegaban su energia en los clubs y en los periódicos, contaban con secuaces mas graves y poderosos; y por consiguiente mas peligrosos para el mismo gobierno. Hallábanse en los consejos todos los patriotas rechazados primeramente por las escisiones, é introducidos por fuera en las elecciones de este año, que repetían aunque en lenguaje mas moderado, casi todo lo que se decia en la sociedad del Pica-dero. Eran estos los que no querían correr los riesgos de una nueva constitucion, desconfiando ademas de los que querían hacerla, y temiendo que se buscara en los generales un temible apoyo. Descaban así mismo, para librar de todo peligro á la Francia, resoluciones semejantes á las que habia tomado la comision de salvacion pública. Los Ancianos, como mas templados y prudentes por su posicion, no se avenían mucho á este dictamen; pero en los Quinientos le sostenían con calor mas de doscientos individuos, entre quienes no solo habia hombres frenéticos, como Augereau, sino prudentes é ilustrados como Jourdan, los dos generales que mayor ascendiente daban en los Quinientos al partido patriota. Este tenia dos secuaces en el Directorio: Godier y Moulins. Barrás permanecía indeciso, pues por una parte desconfiaba de Sieyes, que le manifestaba muy poco afecto, mirándole como inútil, y por otra temia á los patriotas y sus estravagancias, vacilando así en el partido á que se agregaría. Los patriotas acababan de hallar en el ministerio un apoyo en Bernardotte, cuyo general no era tan decidido como la mayor parte de los del ejército de Ita-

lia, debiendo recordarse que su division chocó al llegar al Tagliamento con la de Augereau con motivo de la espresion *monsieur*, que sustituía á la de *ciudadano*; pero Bernardotte sentia una ambicion inconstante; vió con desagrado la confianza que daba á Joubert el partido reorganizador, y temia que se pensase en Moreau, muerto ya Joubert, circunstancia que le indisponia contra los proyectos de reorganizacion, y le aproximaba enteramente á los patriotas. Lo mismo que Bernardotte pensaba el general Marbot, gobernador de la plaza de Paris, y republicano acalorado.

Asi no era extraño que infundiesen algun respeto doscientos diputados de los Quinientos, á cuyo frente se hallaban dos famosos generales, el ministro de la guerra, el gobernador de la plaza de Paris, dos directores, muchos periódicos y sociedades, y una multitud de hombres comprometidos y dispuestos á cualquier tentativa, y aunque no era posible que renaciara el partido de la montaña, era bien disculpable el temor que todavia inspiraba á los hombres que no podían borrar de su memoria los recuerdos de 1793.

No inspiraba mucha confianza Bourguignon en el desempeño de las funciones de la policia, porque aunque era un honrado ciudadano, tenia muy limitados alcances, y Barrás propuso á Sieyes la eleccion del lisongero y taimado Fouché, hechura suya, á quien acababa de enviar de embajador á Holanda. Individuo antiguo de los jacobinos, perfectamente instruido en su conducta y secretos, pero sin embargo, enemigo declarado de su causa, sin atender en el naufragio de los partidos, mas que á salvar su fortuna. Fouché era el mas

apropósito para espiar á sus antiguos amigos y tranquilizar al Directorio acerca de sus proyectos. Accedieron á su nombramiento Sieyes y Ducos, y obtuvo el ministerio de la policia. Esta adquisicion era de inmenso valor en semejantes circunstancias, y con ella se confirmó Barrás en la idea de unirse mas bien al partido reorganizador que al patriota, porque este último carecia de porvenir, y podia ademas alejarlo demasiado de su centro.

Apenas se tomó aquella resolucion, empezó á hacerse la guerra á los patriotas, y Sieyes, que gozaba de grande influjo en los Ancianos, porque todo este consejo se componia de *moderados y políticos*, se aprovechó de él para cerrar la nueva sociedad de los jacobinos. El salon del Picadero, próximo á las Tullerías, se hallaba comprendido en el recinto del palacio de los Ancianos, y como cada consejo tenia la policia de su local, los Ancianos podian hacer cerrar aquel salon. Efectivamente, la comision de inspectores estendió un acuerdo y prohibió toda reunion en él, bastando un solo centinela que se colocó á la puerta para impedir la reunion de los nuevos jacobinos: prueba evidente de que si las palabras eran las mismas, las fuerzas distaban mucho de serlo. Dió margen á este acuerdo del consejo de los Ancianos un informe del diputado Cornety Courtois: el mismo que dió el informe sobre el 9 de termidor, se aprovechó de él para denunciar nuevamente las maquinaciones de los jacobinos, y á su acusacion se siguió una deliberacion con el objeto de ordenar un informe sobre el particular.

Privados los patriotas del salon del Picadero,

se retiraron á un espacioso local en la calle de Bac donde se entregaron á sus acostumbradas declamaciones, mas como su organizacion continuaba siendo la misma, la constitucion daba al poder ejecutivo la facultad de disolver aquella sociedad. Resolvieron pues, cerrarla Sieyes, Roger Ducós y Barrás, á sugestion de Fouché; pero Gohier y Moulins no eran de este dictámen, diciendo que en el actual peligro era necesario reanimar por medio de sociedades el espíritu público; que en la de los nuevos jacobinos habia gente turbulenta, pero no facciosos temibles, puesto que habian cedido á un solo centinela cuando se cerró el salon del Picadero. Lejos de dar oidos á su dictámen, se acordó la resolucion, difiriéndose el ponerla en práctica para despues que se celebrase el aniversario de 10 de agosto, que seria en 23 de termidor. Sieyes era presidente del Directorio, y como tal tenia que pronunciar un discurso en aquella solemnidad, lo cual verificó, procurando demostrar el peligro á que esponian á la república los nuevos anarquistas, denunciándolos como conspiradores perniciosos, y creyendo ver otra dictadura revolucionaria. Los patriotas que asistieron á la ceremonia recibieron muy mal este discurso, y empezaron á alborotar, tanto que en medio de las salvas de artilleria, creyeron Sieyes y Barrás que pasaban algunas balas silbando por sus oidos, y volvieron al Directorio en extremo irritados. Desconfiando de las autoridades de Paris, resolvieron privar del gobierno de la plaza al general Marbot, sospechoso de acalorado patriota y de cómplice en las supuestas maquinaciones de los jacobinos. Fouché propuso para reemplazarle á Lefebvre, ge-

neral valiente, que no conocía mas que la consigna militar, y totalmente extraño à las intrigas de los partidos. Quedó, pues, Marbot destituido, y al siguiente dia se comunicó la orden que mandaba cerrarse la sociedad establecida en la calle de Bac.

Tampoco opusieron la menor resistencia los patriotas para abandonar este local, antes bien se retiraron y separaron definitivamente; pero todavía les quedaban los periódicos, y se valieron terriblemente de ellos. El denominado Diario de los Hombres libres, se declaró con estremo furor contra todos los individuos del Directorio que se sabia habian aprobado la deliberacion, y particularmente contra Sieyes. Este pérfido clérigo, decian los periódicos patriotas, ha vendido la república à la Prusia, conviniéndose con esta potencia en restablecer la monarquía en Francia, y dar la corona à Brunswick.—No tenian mas fundamento estas acusaciones que la sabida opinion de Sieyes sobre la constitucion, y su permanencia en Prusia, porque en efecto diariamente repelia que los alborotadores y vocingleros hacian imposible todo gobierno; que era menester concentrar la autoridad, que la libertad podia ser compatible hasta con la monarquía, como lo atestiguaba la Inglaterra, pero que no lo era con aquel sucesivo dominio de todos los partidos. Atribuianle tambien el dicho de que el Norte de Europa tenia muchos principios sabios y juiciosos, que con una enérgica constitucion, podrian hacer la felicidad de Francia. Estas espresiones verdaderas ó falsas bastaban para atribuirle intrigas que solo existian en la imaginacion de sus enemigos. No menos mal se hablaba

de Barrás que de Sieyes, habiendo pasado ya la época de las consideraciones que por tanto tiempo le habian tenido los patriotas por haberse confiado en su apoyo, en la actualidad le llamaban traidor y hombre corrompido que para ningun partido era bueno. Con las mismas invectivas se perseguia a Fouché su consejero y apostata como el, y Roger-Ducós, segun ellos, era un imbécil que adoptaba à ojos cerrados el dictámen de dos traidores.

La libertad de la imprenta no conocia limites y desechada la ley propuesta por Berlier, solo habia un medio para reprimir a los escritores, que era el de resucitar una ley de la Convencion contra los que con sus acciones ó escritos propendian a la ruina de la república. Esta intencion debia aparecer patente para que pudiera aplicarse la ley que imponia entonces pena de muerte; y siendo imposible valerse de ella, se pidió otra al cuerpo legislativo, y se resolvió ventilarla inmediatamente. Pero entretanto continuaba con el mismo furor el desenfreno, y los tres directores que componian la mayoría afirmaban ser imposible gobernar. Ocurrióseles aplicar à este caso el artículo 144 de la constitucion que facultaba al Directorio para expedir autos de prision contra los autores ó cómplices de los planes fraguados contra la república y era necesario violentar el sentido de aquel artículo para aplicarle à los periodistas. Mas como el medio de reprimir la intolerancia de sus escritos era apoderarse de sus prensas y personas, la mayoría del Directorio, siguiendo el parecer de Fouché, espidió autos de prision contra los autores de once periódicos y se embargó sus prensas. Co-

municóse el acuerdo al cuerpo legislativo el 17 de fructidor (3 de setiembre), y produjo una especie de motin entre los patriotas que gritaron contra la violencia, la dictadura, etc.

Tal era la situacion de las cosas, y la lucha que se seguia en el Directorio, en los consejos, y en todas partes entre los *moderados y políticos* contra los patriotas. Los primeros tenian la mayoria en el Directorio y los consejos; pero los segundos tenian mas ardor y vociferaban mas para intimidar á sus contrarios. Por fortuna estaban tan desacreditados los medios como los partidos, y por una y otra parte era mayor el temor que podian infundirse, que el mal que podian experimentar. El Directorio habia cerrado dos veces la nueva sociedad de los jacobinos y suprimido sus periódicos; y aunque los patriotas prorumpian en gritos y amenazas, no tenian osadia ni secuaces suficientes para atacar al gobierno. En semejante situacion, que duraba desde el 30 de pradiel, esto es, tres meses hacia, se concibió la idea, tan frecuente en la víspera de los acontecimientos decisivos, de una reconciliacion y muchos diputados de todos los partidos propusieron una entrevista con los individuos del Directorio para esplicarse y entenderse en sus reciprocos cargos. Todos somos amantes de la libertad, decian; todos queremos salvarla de los riesgos á que se halla espuesta por la derrota de nuestros ejércitos; procuremos, pues, convenirnos en la eleccion de los medios, ya que ella es la única causa de desunion. — Verificóse la entrevista en casa de Barrás, pero no hubo ni pudo jamás haber reconciliacion entre los partidos, porque seria menester que renunciassen á sus fines, lo cual no pue-

de conseguirse con una conversacion. Los diputados patriotas se quejaron de que diariamente se hablaba de conspiraciones, y de que el mismo presidente del Directorio habia designado una especie de hombres perjudiciales que meditaban la ruina de la república. Exigian, pues, que se les manifestase quiénes eran estos hombres para no confundirlos con los patriotas, y Sieyes á quien se dirigia esta interpelacion, respondió recordando la conducta de las sociedades populares y de los periódicos, y advirtiendo los riesgos de una nueva anarquía. Le preguntaron de nuevo que quiénes eran los verdaderos anarquistas para reunirse contra ellos y combatirlos. — ¿Cómo ha de verificarse esta union, dijo Sieyes, cuando todos los dias se presentan en la tribuna individuos del cuerpo legislativo solo para apoyarlos? — ¿Luego nosotros somos el objeto de vuestras persecuciones? replicaron los diputados á quienes Sieyes acababa de responder. ¿Cuándo queremos reconciliarnos con vosotros, nos injurias y rechazais de esta manera! Quedaron enojados, y se separaron al momento con palabras mas amenazadoras que amigables.

Poco despues de esta entrevista, formó Jourdan el proyecto de hacer una proposicion importante, cual era la de declarar la patria en peligro. Esta declaracion envolvia la idea del levantamiento general, y otras muchas medidas revolucionarias, y habiéndola presentado en los Quinientos el 23 de fructidor (13 de setiembre), el partido moderado se opuso á ella fuertemente diciendo, que esta medida lejos de robustecer la fuerza del gobierno, la enervaria, escitando exagerados temores y perjudiciales inquietudes. Sostuvieron los pa-

triotas que se necesitaba un gran impulso para reanimar el espíritu público y salvar la revolucion; pero este medio que hubiera sido excelente en 1793, no podia ser eficaz á la sazón, ni era mas que una errónea aplicacion de lo pasado. Combatiéronle vivamente Luciano Benaparte, Boulay del Meurthe y Chenier, logrando que se suspendiese para el siguiente dia. Los patriotas de los clubs cercaron amotinados al palacio de los Quinientos é insultaron á varios diputados, y se corrió la voz de que á instancias de ellos iba Bernardotte á montar á caballo á la cabeza y dar un buen golpe. Es cierto que le habian instado vivamente algunos alborotadores del partido, y podia temerse que les prestase oído; pero Barras y Fouché se avistaron con él y entraron en esplicaciones, ballándolo muy resentido contra los proyectos que decia haberse fraguado con Joubert: entonces Barras y Fouché la aseguraron que todo era falso y consiguieron que permaneciese tranquilo.

Volvieron ambos á buscar á Sieyes, y convinieron con él en arrancar á Bernardotte su dimision sin que él la diese; de suerte que aquel mismo dia hablando Sieyes con Bernardotte, le hizo decir que deseaba volver cuanto antes al servicio activo, contemplando el mando de un ejército como la mejor recompensa de su ministerio. Interpretaron inmediatamente esta respuesta por solicitud de dimision, y Sieyes, Barras y Roger Ducós resolvieron escribir á Bernardotte que quedaba aceptada su dimision aprovechando la ocasion en que Gohier y Moulins no estaban presentes para adoptar este partido. Escribieron la carta al siguiente dia, y Bernardotte quedó tan sorprendido de ella, que respondió al

Directorio con otra bastante ágría, en que decia haberse aceptado una dimision que no habia él hecho, y pedía su sueldo de reformado. Anuncióse en los Quinientos la noticia de esta simulada destitucion en el mismo momento de ir á votar sobre el peligro de la patria, y escitó una grave conmocion. Se están preparando golpes de estado, esclamaban los patriotas.—Juremos, dijo Jourdan, morir en nuestras sillas curules.—Mi cabeza, exclamó Augereau, caerá antes de que se menoscabe la Representacion nacional.—Al fin, despues de mucha gritería, se procedió á la votacion, desestimándose la proposicion de Jourdan por una mayoría de doscientos cuarenta y cinco votos contra ciento sesenta y uno; y por consiguiente no declarándose en peligro á la patria.

Cuando los dos directores Gohier y Moulins supieron la destitucion de Bernardotte acordada sin conocimiento suyo, se quejaron á sus cólegas diciendo que no debia haberse tomado semejante determinacion sin la concurrencia de los cinco; á lo cual respondió Sieyes, que ellos formaban la mayoría, y tenían facultad para hacer lo que habian hecho. Gohier y Moulins pasaron inmediatamente á hacer una visita de oficio á Bernardotte, y tuvieron cuidado de dar á este paso la mayor publicidad.

Tambien inspiraba alguna desconfianza á la mayoría directorial la administracion del departamento del Sena, y así fué menester cambiarla, y se nombró á Dubois-Crancé ministro de la guerra.

Era, pues, completa la desorganizacion bajo todos aspectos y la república batida en lo exterior por la liga, y trastornada casi interiormente por

los partidos, parecia que amenazaba una muy inmediata ruina, y asi era preciso que se elevase un poder en cualquiera parte, bien fuese para reprimir á las facciones, bien para resistir á los estrangeros; mas no podia esperarse ya ese poder de ningun partido vencedor, porque todos se hallaban igualmente aniquilados y desacreditados; solo podia buscarse en el centro de los ejércitos donde reside la fuerza, y la fuerza silenciosa, regular y gloriosa como conviene á una nacion cansada de la violencia de tantas luchas y de la confusion de pasiones tan diversas. En medio de tan completa disolucion todas las miradas se dirigian á los hombres que se habian distinguido durante la revolucion, pareciendo buscar un caudillo. *Basta de charlatanes*, dijo Sieyès: *lo que aquí se necesita es una cabeza y una espada*. Cabeza ya la tenian en el Directorio, y se pensaba en la espada. Hoche habia muerto; Joubert tan recomendable para todos los amigos de la república, por su juventud, sus buenos deseos y su heroismo acababa de espirar en Novi. Moreau, reputado por el mayor guerrero de los generales que quedaron en Europa, dejó cierta impresion de un carácter frio, indeciso, poco emprendedor, y no muy inclinado á tomar sobre si un cargo de muchísima responsabilidad. Massena, uno de nuestros mas célebres generales, no habia conseguido aun la gloria de ser nuestro salvador, ni tampoco se advertia en él mas cualidad que la de guerrero. Jourdan acababa de quedar vencido. Augereau era un hombre turbulento; Bernadotte inconstante, y ninguno tenia bastante celebridad. Un personaje grandioso habia, que reunia todas las glorias; que ademas de cien victorias, habia conseguido una

dichosa paz; que sublimó la Francia á la mayor grandeza en Campo-Formio, y que al alejarse parecia haber llevado consigo la fortuna: este hombre era Bonaparte, pero se hallaba en lejanos paises, y su nombre resonaba en los ángulos del Oriente. El solo seguia siendo vencedor, y fulminaba en las orillas del Nilo y del Jordan los rayos con que en otro tiempo habia amedrentado á la Europa en el Adige. No bastaba que fuese glorioso, sino que se le queria interesante, y se le pintaba desterrado por una autoridad desconfiada y celosa. Mientras se labraba como aventurero un nombre tan grande como su imaginacion, se le creia un ciudadano sumiso que pagaba con victorias el destierro a que le condenaron.—¿Dónde está Bonaparte? decian. Su vida ya aniquilada, se está consumiendo en un clima abrasador, mientras que si se hallase entre nosotros no se veria amenazada la república de tan inevitable ruina. La Europa y las facciones la respetarian á un mismo tiempo!—Corrian acerca de él ciertas voces siniestras, diciendo: que la victoria, infiel á todos los generales franceses, le habia abandonado á él del mismo modo en una expedicion tan distante; pero se despreciaban tales noticias, porque le tenian por invencible, y aseguraban que lejos de haber experimentado ningun contratiempo, caminaba á la conquista de todo el Oriente. Atribuiendo gigantescos planes, llegando algunos á decir que habia atravesado la Siria y cruzado el Eufrates y el Indo; otros que se habia dirigido á Constantinopla, y que despues de derrotar el imperio otomano, iba á tomar la Europa por la espalda. De todas estas conjeturas se hablaba en los periódicos, y ellas prueban la confianza con

que contemplaban los ánimos á aquel jóven.

El Directorio le habia enviado orden para volver y tenia reunida en el Mediterráneo una inmensa escuadra, compuesta de marineros franceses y españoles, para acoger al ejército. * También los hermanos del general que estaban en París, encargados de noticiarle cuanto ocurriese, le habian enviado pliegos sobre pliegos para informarle del estado de confusion en que se hallaba la república é instarle á que se volviese; pero los pliegos tenian que atravesar los mares y las escuadras inglesas, y no se sabia si el héroe podria estar enterado, y de vuelta antes que se acabase de arruinar la república.

(4) Hay mucha duda de que se espidiese semejante orden, aunque se sabe que hubo un acuerdo del Directorio, firmado por Treilhard, Barrás y Larevelliere, su fecha 7 de pradiel, que mandaba á Bonaparte volver á Europa. Larevelliere declaró en sus memorias no acordarse de haber puesto tal firma, y tiene por apócrifo el mencionado acuerdo; sin embargo, no se sabe como explicar la expedición marítima de Bruix. Lo cierto es que el Directorio anhelaba entonces la vuelta de Bonaparte, y temia mucho menos su ambición que la ferocidad de Suwarow, y así aunque no fuese auténtica esta orden, es al menos verosímil que se espidiera, y en todo caso no de gran importancia averiguarlo, porque Bonaparte estaba autorizado para volver cuando lo creyese oportuno.

CAPITULO VI.

Continúan las operaciones de Bonaparte en Egipto.—Conquista del alto Egipto por Desaix; batalla de Sediman.—Expedición de Siria; toma del fuerte de El-Arisch y de Jaffa; batalla del monte Tabor, sitio de San Juan de Acre.—Vuelta al Egipto; batalla de Abukir.—Viage de Bonaparte á Francia. Operaciones en Europa. El archiduque Carlos marcha hacia el Rin, y Suwarow a Suiza; movimiento de Massena, memorable victoria de Zurich; peligrosa situación de Suwarow; su desastrosa retirada; sálvese la Francia.—Acontecimientos en Holanda; derrota y capitulación de los anglo-rusos; evacuación de la Holanda. Fin de la campaña de 1799.

De resultas de la batalla de las Pirámides quedó Bonaparte dueño del Egipto y principiaba á establecerse en él, distribuyendo por las provincias á los generales que debían conquistarlas. Desaix, situado en la entrada del alto Egipto, con una división de unos tres mil hombres, estaba encargado de conquistar aquella provincia contra los restos del bey Amurates. Empezó su expedición en octubre de 1798 cuando terminaba la inundación, y entonces el enemigo retirándose á su vista le esperó en Sediman, donde Desaix dió el día 7, una sangrienta batalla contra los desesperados restos de Amurates. Ningun combate de los franceses en Egipto fué tan sangriento como este, en que dos mil franceses tuvieron que luchar contra cuatro mil mamelucos y ocho mil fellahs,

fortificados en el pueblo de Sediman. El orden de la batalla fué idéntico al que se siguió en la de las Pirámides, y al de todas las que se dieron en Egipto; es decir, los fellahs estaban resguardados por las paredes del pueblo, y la caballería en la llanura. Desaix se formó en dos cuadros, y colocó en sus alas otros dos pequeños para disminuir el choque de la caballería enemiga. Por primera vez se vió deshecha nuestra infantería y penetrado uno de los cuadros pequeños; pero por una especie de instinto repentino y admirable se arrojaron al suelo nuestros valientes soldados para que los cuadros grandes pudiesen hacer fuego sin herirlos. Los mamelucos pasaron por encima de sus cuerpos, estuvieron acometiendo á los cuadros grandes durante muchas horas seguidas con el mayor furor, y murieron desesperados en las puntas de las bayonetas. Los cuadros se desplegaron en seguida, según costumbre, para atacar los atrincheramientos, y se apoderaron de ellos, mientras los mamelucos describiendo un gran arco de círculo fueron á degollar á los heridos que iban á retaguardia, pero en breve fueron arrojados de aquel campo de sangre, por los soldados que enfurecidos, degollaron considerable número. Jamás hubo tantos muertos en el campo de batalla, en el que solo de franceses habia trescientos por lo menos. Desaix continuó su marcha mientras duró el invierno, y después de una serie de combates en que quedó dueño del alto Egipto hasta las cataratas, se hizo temer tanto por su denuedo, como amar por su clemencia. En el Cairo llamaron á Bonaparte el sultán Kehir, *sultán de fuego*; en el alto Egipto se llamó á Desaix *sultán el justo*.

Entretanto Bonaparte se dirigia á Belbeys para cazar al bey Ibrahim á Siria, recogiendo al paso las reliquias de la caravana de la Meca, robada por los árabes. Cuando volvió al Cairo siguió planteando una administración enteramente francesa, y habiéndose promovido una revolución por los agentes secretos del bey Amurates el día 21 de octubre de 1798, fué reprimida, y castigados los revoltosos con tal severidad, que desanimó enteramente á los enemigos de los franceses. * Bonaparte supo entonces la declaración de guerra de la Puerta, y los preparativos que contra él hacia auxiliada de los ingleses, formando dos ejércitos, uno en Rodas y el otro en Siria. Ambos ejércitos debían obrar simultáneamente en la primavera de 1799, desembarcando el uno en Abukir, cerca de Alejandria, y el otro atravesando el desierto que separa la Siria del Egipto. Bonaparte conoció al momento su posición y procuró, según su costumbre, desconcertar al enemigo por medio de un ataque repentino. No podía atravesar el desierto que separa al Egipto de la Siria en el verano, y resolvió aprovecharse del invierno para destruir las reuniones que se iban formando en Acre, en Damasco y en las principales ciudades. Estaba nombrado para seraskier del ejército reunido en Siria el célebre baja de Acre, Djczzar cuya vanguardia mandaba Abdallah, baja de Damasco, y se habia adelantado hasta el fuerte de El-Arisch, que franquea el Egipto por la parte de Siria. Quiso Bonaparte obrar inmediatamente, para lo cual estaba en relaciones con los

(*) Ocurrió este suceso el 30 de vendimiario año VII (21 de octubre 1798.)

habitantes del Libano; y los drusos, tribus cristianas; y los mutualis, mahometanos cismáticos, le ofrecian su auxilio y le llamaban con ansia. Asaltando bruscamente á Jaffa, Acre y otras plazas mal fortificadas, podia en breve tiempo apoderarse de la Siria, añadir esta preciosa conquista á la del Egipto, hacerse señor del Eufrates, como lo era del Nilo, y tener entonces en su poder todas las comunicaciones con la India. Su accierada imaginacion se remontaba aun mas, y concebía algunos de los proyectos que le atribuían sus admiradores en Europa. No era del todo imposible que sublevando á los habitantes del Libano reuniese sesenta ú ochenta mil auxiliares, y con estos, apoyados por veinte y cinco mil soldados los mas valientes del universo, marchase á Constantinopla para apoderarse de ella. Fuese ó no realizable tan colosal proyecto, lo cierto es que ocupaba su imaginacion; y al ver cuanto hizo protegido por la fortuna, es aventurado calificar de insensato alguno de sus proyectos.

Púsose Bonaparte en marcha en pluvioso (principios de febrero), al frente de las divisiones de Kleber, Regnier, Lannes, Bon y Murat, que componian unos trece mil hombres. La de Murat era toda de caballería, y Bonaparte habia creado además un regimiento de un arma enteramente nueva que era el de los dromedarios; en cada uno de los cuales iban sentados dos hombres, espalda con espalda, que gracias á la fuerza y velocidad de aquellos animales, podian andar veinte y cinco ó treinta leguas sin descanso. Bonaparte formó este regimiento para perseguir á los árabes que infestaban los alrededores del Egipto, y seguía al ejército expedicionario. Bonaparte mandó además al con-

tra-almirante Perrée que saliese de Alejandria con tres fragatas y pasase á la costa de Siria para conducir á ella la artillería de sitio y las municiones. Llegó á la vista del fuerte del El-Arisch el 29 de pluvioso (17 de febrero), entregándose prisionera la guarnicion de mil trescientos hombres, después de una leve resistencia. Halláronse en el fuerte considerables almacenes y habiendo querido protegerle el bey Ibrahim fue puesto en derrota, quedando su campo en poder de los franceses que recogieron en él un botin considerable. Los soldados tuvieron que sufrir mucho al atravesar el desierto, pero viendo á su general marchar á su lado, y experimentar, á pesar de su quebrantada salud, las mismas privaciones y fatigas, no se atrevian á quejarse. Llegaron en breve á Gazah y la tomaron á la vista del bajá Djezzar, hallando en ella, como en el fuerte de El-Arisch muchos materiales y provisiones. Desde Gazah se dirigió el ejército á Jaffa, que es la antigua Joppé, á donde llegó el 13 de ventoso (13 de marzo). Estaba rodeada esta plaza de una gruesa muralla con torres, y tenia cuatro mil hombres de guarnicion. Hizo Bonaparte batirla en brecha, y después intimó la rendicion al comandante, que por toda respuesta cortó la cabeza al parlamentario; visto lo cual se dió el asalto y se tomó la plaza con extraordinaria osadía, entregándola á treinta horas de saqueo y degüello. Allí se encontró gran repuesto de artillería y víveres de toda especie. Quedaban algunos miles de prisioneros que no se podian enviar á Egipto, por falta de escolta, y no queriendo devolverlos al enemigo, pues hubieran aumentado sus filas, Bonaparte entonces se decidió á adoptar una medida terri-

ble, única crueldad que cometió en el transcurso de su vida. Hallándose en un país bárbaro había adquirido involuntariamente sus costumbres, y así mando pasar á cuchillo á los prisioneros que le quedaban, ejecutando el ejército aquella orden por obediencia, aunque con una especie de terror, y asombro. Nuestros soldados se contagiaron en Jaffa con los primeros gérmenes de la peste.

Avanzó en seguida Bonaparte sobre San Juan de Acre, la antigua Tolemaida, situada al pié del monte Carmelo, que era la única plaza que le detenía, pudiendo apoderarse de la Siria si conseguía rendirla. Pero Djezzar se encerró en ella con todos sus tesoros y una fuerte guarnición, contando con el auxilio de Sidney-Smith, que cruzaba por aquellas aguas, y le proporcionó ingenieros, artilleros y municiones. Además, no podía tardar en ser socorrido por el ejército turco reunido en Siria que se adelantaba por Damasco para atravesar el Jordán. Apresuróse Bonaparte á atacar la plaza para tomarla como la de Jaffa, antes que recibiese el refuerzo de nuevas tropas, y que los ingleses tuviesen tiempo para mejorar su defensa. Inmediatamente se abrió la trinchera; mas por desgracia Sidney-Smith apresó la artillería de sitio que debía ir por mar desde Alejandría, y no tenía mas artillería de sitio y campaña que una carronada de treinta y dos, cuatro piezas de á doce, ocho obuses y unos treinta cañones de á cuatro. Carecían de balas, pero se ideó un medio de adquirirlas, que consistía en salir á la llanura algunos caballos: al verlos Sidney-Smith hacia un fuego terrible con todas sus baterías, y los soldados, á quienes se daba un real por cada bala, iban á recogerlas en

medio del fuego con estrepitosas carcajadas.

Se abrió la trinchera el 30 de ventoso (20 de marzo), y el general de ingenieros Sanson, creyendo haber llegado en un reconocimiento nocturno hasta el pié de la muralla, declaró que no había contra-escarpa ni foso; de modo que solo tenían que abrir brecha, y montar al asalto. Abrióse en efecto aquella el 3 de germinal (25 de marzo), y cuando iban á dar el asalto se hallaron con foso y contra-escarpa y pusieronse entonces á minar inmediatamente, efectuándose esta operacion al abrigo del fuego de todos los puntos y de la hermosa artillería que Sidney nos había quitado. Dió á Djezzar excelentes artilleros ingleses, y un antiguo emigrado, Phelippeaux, oficial de ingenieros de mucho mérito. Estalló la mina el 8 de germinal (28 de marzo), llevándose solo parte de la contra-escarpa. Entonces subieron al asalto veinte y cinco granaderos con el joven Mailly á su cabeza; y al ver los turcos poner una escala al valiente oficial, quedaron aterrados, pero Mailly cayó muerto de un balazo. Con esta desgracia se desanimaron los granaderos y repusieron los turcos; dos batallones que iban detrás sufrieron un horroroso tiroteo, quedando muerto su comandante Laugier y malográndose otra vez el asalto.

Acababa de recibir la plaza un refuerzo de muchos miles de hombres, gran número de artilleros enseñados á la europea, é inmensas municiones; de suerte que era sitio muy superior á trece mil hombres casi sin artillería. Necesitábase abrir otra nueva mina para que saltase toda la contra-escarpa, y empezar otra galería. Siendo el 12 de germinal (1.º de abril), llevando ya diez dias de—

lante de la plaza, y anunciándose como próxima la llegada del gran ejército turco, era menester proseguir los trabajos y resguardar el sitio; todo con solo el ejército expedicionario. El general en jefe mandó que se trabajase sin intermision en ninar de nuevo, y destaco á la division de Kleber hacia el Jordan para disputar el paso al ejército procedente de Damasco.

Reunido este ejército con los aduare de las montañas de Naplusa, ascendia á cerca de veinte y cinco mil hombres, consistiendo su fuerza en mas de doce mil ginetes, y llevando un inmenso bagage. Mandábale Abdallah, bajá de Damasco, y pasó el Jordan por el puente de Jacob el 13 de germinal (4 de abril). Junot con la vanguardia de Kleber que constaba a lo mas de quinientos hombres, encontró á la vanguardia turca en el camino de Nazareth, el 19 (8 de abril); mas lejos de retroceder, arrojó denodadamente al enemigo y formado en cuadro, cubrió de cadáveres el campo de batalla y cogió cinco banderas: despues viéndose precisado á ceder al número se replegó hacia la division de Kleber, la cual se adelantaba y aceleraba su marcha para incorporarse con Junot. Enterado Bonaparte de la fuerza del enemigo, se destaco con la division de Bon para proteger á Kleber y dar una batalla decisiva, Djezzar, de acuerdo con el ejército que iba en auxilio suyo, trató de hacer una salida, pero rechazado terriblemente, dejó cubiertas de cadáveres nuestras obras, pudiendo por consecuencia emprender su marcha Bonaparte.

Habia desembocado Kleber con su division en las llanuras que se estienden al pié del monte Tabor, no lejos del pueblo de Fouli, con la idea de

sorprender por la noche el campamento turco, pero llegó demasiado tarde. El 27 de germinal (16 de abril) por lamañana, halló todo el ejército turco formado en batalla, ocupando quince mil infantes el pueblo de Fouli, y mas de doce mil caballos desplegados en la llanura. Kleber apenas contaba con tres mil infantes en su cuadro y toda aquella caballeria partió para precipitarse sobre él, y apesar de que jamás habian visto los franceses escaramuzar tanta caballeria, cargándoles en todos sentidos, conservaron su acostumbrada serenidad, y los recibieron á quema-ropa con un terrible fuego, derribando á cada descarga considerable número. En breve se vieron rodeados de una muralla de hombres y caballos, pudiendo resistir por seis horas seguidas, guarecidos con tan horrible defensa, todo el furor de sus enemigos. Al mismo tiempo salia Bonaparte del monte Tabor con la division de Bon, y vió cubierta la llanura de fuego y humo y á la valiente division de Kleber mantenerse firme, tras un parapeto de cadáveres. Dividió al punto la gente que llevaba en dos cuadros, que se adelantaron formando un triángulo equilátero con la division de Kleber, y encerraron al enemigo entre ellos. Siguiéron su marcha con el mayor silencio y sin dar indicio alguno de su aproximacion hasta cierta distancia en que Bonaparte mandó disparar un cañonazo y se presentó en el campo de batalla. Hicieron en seguida un espantoso fuego las tres estremidades del triángulo, acometiendo á los mamelucos que estaban en medio, y arremolinándoles de este modo les hicieron huir en todas direcciones. Recobrando nuevo brio entonces la division de Kleber, se precipitó sobre el pueblo de Fouli, y

tomándole á la bayoneta, hizo una horrible matanza en el enemigo. En breve desapareció toda aquella muchedumbre, y se vió cubierta de cadáveres la llanura, quedando en poder de los franceses el campamento turco, las tres colas del bajá, cuatrocientos camellos y despojos inmensos. Mural, que se hallaba en las márgenes del Jordan, mató gran número de fugitivos, y Bonaparte mandó prender fuego á todos los pueblos de los napsinos. Seis mil franceses destruyeron aquel ejército que los habitantes decían ser tan numeroso como *las estrellas del cielo y las arenas del mar*.

Durante este tiempo no se habia dejado de minar y contra-minar alrededor de las murallas de San Juan de Acre, disputándose un terreno todo arruinado por consecuencia de los sitios. Mes y medio hacia que se hallaba sitiada la plaza, habiéndose intentado varios asaltos, rechazado muchas salidas y muerto gran número de enemigos; pero á pesar de las continuas ventajas, se espermentaban irreparables pérdidas de tiempo y de hombres. El 48 de floreal (7 de mayo) llegó al puerto de Acre un refuerzo de doce mil hombres, y calculando Bonaparte que no podrian desembarcar hasta pasadas seis horas, manda inmediatamente hacer repetidos disparos con una pieza de veinte y cuatro sobre un lienzo de muralla que estaba á la derecha del punto contra el que tanto tiempo hacia se dirigian todos los esfuerzos. Llegada la noche, se trepó á la brecha, se hicieron dueños de las obras del enemigo, se terraplenaron, se clavó la artillería, se entró á degüello, y finalmente se apoderaron de la plaza, mientras las tropas que habian desembarcado se adelantaban desplegando batalla y presen-

tando una imponente masa. Fué muerto Rambaut que mandaba los primeros granaderos que dieron el asalto, y Lannes herido. Al mismo tiempo hace el enemigo una salida, toma la brecha por la espalda y corta la retirada á los valientes que habian penetrado en ella. Unos consiguen salir, y otros tomando un partido desesperado, huyen á una mezuquita, se hacen fuertes, apuran sus últimos cartuchos y se manifiestan resueltos á vender cara su vida, cuando Sidney-Smith, prendado de tanto heroismo, les concede capitulacion. Las tropas sitiadoras marchan entretanto contra el enemigo, lo rechazan á la plaza y hacen en él una espantosa mortandad, cogiéndole ochocientos prisioneros. Furioso Bonaparte, despues, dedardos dias de descanso á sus tropas, mandó dar otro asalto el 21 (10 de mayo). Escalan la brecha con el mismo denuedo, pero no pueden pasar de ella, pues todo un ejército guardaba la plaza y defendia sus calles, por lo que fué preciso renunciar á él. Dos meses hacia que se hallaban en el sitio de Acre, habiendosufrido irreparables pérdidas, y hubiera sido una imprudencia esponerse á otras mayores. Se propagaba la peste por esta ciudad, cuyo gérmen habia contagiado al ejército en Jaffa. Aproximábase la estacion de los desembarcos, y se anunciaba la llegada de un ejército turco á las bocas del Nilo; de suerte que si seguia con su tenacidad Bonaparte, podia debilitarse hasta el extremo de no poder luchar con nuevos enemigos. Habiasse realizado lo principal de sus proyectos, porque habia destruido las reuniones formadas en Siria, y reducido por aquella parte al enemigo á la imposibilidad de obrar por aquel punto. En cuanto á la parte grandiosa de todos

aquellos proyectos, las vagas y mágicas esperanzas de conquistas en el Oriente, debía renunciarse á ellas. Decidióse pues á levantar el sitio, pero fué tal su pesar, que no obstante su inaudita suerte, se le oyó repetir mas de una vez, hablando de Sidney-Smith: *Ese hombre ha destruido mi fortuna*. Los drusos que habian sostenido al ejército durante el sitio, y todos los adueros enemigos de la Puerta, supieron su retirada con desesperacion.

Habia principiado el sitio el 30 de ventoso (20 de marzo), y se levantó el 1.º de pradiel (20 de mayo), es decir dos meses justos. Antes de perder de vista á San Juan de Acre, quiso dejar una terrible memoria, abrasando la ciudad con sus fuegos y dejándola casi reducida á cenizas. Volvió á tomar el camino del desierto, perdiendo entre el fuego, las fatigas y las enfermedades una tercera parte de su ejército expedicionario, es decir, cerca de cuatro mil hombres; llevando consigo mil doscientos heridos. En su marcha asoló todo el pais, dejándole aterrado profundamente, y á su llegada á Jaffa hizo volar las fortificaciones. Habia allí un hospital de apestados, y como el llevarlos era imposible y de no hacer esto se les dejaba espuestos á una muerte inevitable, por enfermedad, por hambre ó por el furor del enemigo, dijo Bonaparte al médico Desgenettes que seria proceder mas humanamente administrarles opio que dejarles con vida, pero el médico le contestó con aquella respuesta tan celebrada: *Mi profesion es curar y no matar*. No se les dió opio, pero este hecho bastó para propagar una calumnia indigna, destruida en el dia.

Regresó por fin Bonaparte á Egipto despues de una expedicion de cerca de tres meses, siendo oportu-

tuna su llegada, pues el espíritu de insurreccion habia cundido por todo el Delta. Un impostor que se llamaba el ángel, El-Mohdhy, que se suponía invulnerable, creía poder espulsar á los franceses, y con solo levantar una polvareda, reunió algunos miles de insurgentes, que auxiliados por los agentes de los mamelucos, se habian apoderado de Dammanhour, degollando la guarnicion. Bonaparte envió un destacamento que dispersó á los sublevados y mató al ángel invulnerable; y habiendo cundido la rebelion por las demas provincias del Delta, su sola presencia bastó para restablecer en todas partes la sumision y el sosiego. Mandó hacer en el Cairo soberbias fiestas para celebrar sus triunfos en Siria, pues aunque no confesaba la parte fallida de sus proyectos, ensalzaba con razon los muchos combates dados en Siria, la gran batalla del monte Tabor y la terrible venganza tomada de Djezzar. Esparció entre los habitantes nuevas proclamas en que les decia que penetraba sus pensamientos, y adivinaba sus proyectos en el momento mismo de estarlos concibiendo. Dieron crédito á estas estrañas palabras del sultan Kebir, creyendo que adivinaba todos sus pensamientos. Bonaparte no solo tenia que reprimir á los habitantes, sino tambien á sus generales y al ejército mismo, porque reinaba en él un oculto descontento, que no provenia de las fatigas y peligros, ni mucho menos de las privaciones, cuando el ejército no carecia de nada, sino del amor á su patria que acompaña por todas partes á los franceses. Un año entero hacia que se hallaban en Egipto, y seis meses que no recibian noticia alguna de Francia. No habia podido arribar ningun navio, y una sombría tristeza rei-

naba en todos los ánimos. Los oficiales y generales pedían todos los dias licencia para volverse á Europa, y Bonaparte ó concedía muy pocas, ó las daba acompañadas de espresiones tan temibles como una deshonra. El mismo Berthier, su fiel Berthier, atormentado por una antigua pasión, pedía volverse á Italia: pero se avergonzó por segunda vez de su debilidad y renunció á su viage. Intentó un dia el ejército sacar del Cairo sus banderas y dirigirse á Alejandria para embarcarse, pero no pasó de intentarlo, ni se atrevió jamás á oponerse á su general. Los tenientes de Bonaparte, que eran los primeros en quejarse, guardaban silencio delante de él, y cedían á su ascendiente, no siendo el primer choque que habia tenido con Kleber, cuyo descontento no provenia de falta de ánimo, sino de su indómito génio; pero siempre acababan por avenirse, porque Bonaparte admiraba el alma grande de Kleber, y Kleber estaba enamorado del talento de Bonaparte.

Habia entrado ya el mes de junio y no se sabían aun los acontecimientos de Europa ni los desastres de la Francia; solo se tenía noticia de que el continente se hallaba en una completa confusion, y que era inevitable otra guerra. Bonaparte aguardaba impaciente nuevos datos para decidirse y volver si le convenia al primer teatro de sus glorias; pero antes de todo queria destruir el segundo ejército turco congregado en Rodas, cuyo próximo desembarco se anunciaba.

Por fin apareció aquel ejército embarcado en numerosos trasportes, y escoltado por la division naval de Sidney-Smith, el 23 de mesidor (14 de julio) á la vista de Alejandria, fondeando en Abu-

kir: que era la misma bahía en que habia quedado destruida nuestra escuadra. El punto de desembarco que los ingleses eligieron era la península que forma aquella bahía y que lleva su mismo nombre, cuya estrecha península se prolonga entre el mar y el lago Madich terminando con un fuerte. Bonaparte habia prescrito á Marmont, comandante de Alejandria, que mejorase la defensa del fuerte, y destruyese el pueblo de Abukir, situado alrededor; pero en vez de obedecer esta orden, se quiso conservarlo para alojar á los soldados, cercándole meramente con un reducto para protegerle por la parte de tierra; mas como el reducto no llegaba hasta las dos orillas del mar, no constituía un recinto cercado, y quedaba aquel punto como una simple fortificación de campaña. Desembarcaron en efecto los turcos con extraordinaria audacia, llegaron hasta las trincheras consable en mano, las tomaron, apoderándose del pueblo de Abukir y degollando á la guarnición. Tomado el pueblo, no podía oponer resistencia el fuerte, y se vió precisado á rendirse. El comandante Marmont salió con mil doscientos hombres en auxilio de las tropas de Abukir, pero al saber que habian desembarcado considerable número de turcos, no se atrevió á intentar arrojarlos al mar por medio de una fuerte embestida y se volvió á Alejandria dejándoles establecerse tranquilamente en la península de Abukir.

Ascendía el ejército turco á unos diez y ocho mil infantes, los cuales no eran como aquellos miserables fellahs de la infantería de los mamelucos, sino valientes genizaros que llevaban un fusil sin bayoneta, terciándosele á la espalda despues de haberle disparado, y arrojándose en seguida sobre

el enemigo con pistola y sable en mano. Llevaban una artillería numerosa y bien servida por oficiales ingleses; contaban con muy poca caballería, porque solo llevaban trescientos caballos, pero aguardaban la llegada del bey Amurates que debía dejar el alto Egipto, costear el desierto, atravesar los valles y acudir á Abukir con dos ó tres mil mameluocs.

Cuando Bonaparte supo los pormenores de aquel desembarco salió del Cairo y se dirigió á Alejandria, haciendo una de aquellas extraordinarias marchas de que tantos ejemplos habia dado en Italia. Llevaba las divisiones de Lannes, Bon y Murat, y ordenó á Desaix que evacuase el alto Egipto, y á Kleber y Regnier, que estaban en el Delta, aproximarse á Abukir. Eligió Birkel, que era el punto intermedio entre Alejandria y Abukir para concentrar sus fuerzas y obrar segun las circunstancias, pues temia que desembarcase un ejército inglés al mismo tiempo que el turco.

Conforme al plan acordado con el bajá Mustafá, habia intentado el bey Amurates descender al bajo Egipto, pero encontrado y batido por Murat, se vió precisado á retroceder al desierto. Solo quedaba que batir al ejército turco, que aunque falto de caballería, estaba acampado detras de los atrinchamientos, y dispuesto á resistir con su obstinacion acostumbrada. Despues de haber Bonaparte examinado en Alejandria las excelentes obras ejecutadas por el coronel Crelin, y despues de haber afeado su conducta á Marmont, que no se habia atrevido á atacar á los turcos en el momento del desembarco, salió de Alejandria el 6 de termidor (23 de julio), hallándose al siguiente dia 7 á la en-

trada de la península. Su primer proyecto era acorralar por medio de trincheras á los turcos, y esperar para acometerlos la llegada de todas sus divisiones, porque solo tenia disponibles las de Lannes, Bon y Murat, compuestas de unos seis mil hombres; pero al ver los preparativos de los turcos, varió de opinion y resolvió acometerlos inmediatamente, confiando en cercarlos en Abukir y aniquilarlos con bombas y granadas.

Ocupaban los turcos el centro de la península, que es muy estrecha, y estaban cubiertos por dos lineas de trincheras. A media legua de Abukir, donde acampaban, habian ocupado dos alturas arenosas; la una apoyada en el mar, y la otra en el lago de Madieh, que formaban su derecha é izquierda. En el centro de ambas alturas se hallaba un pueblo que tambien guardaban, teniendo mil hombres en el alto de la derecha, dos mil en el de la izquierda, y de tres á cuatro mil en el pueblo, todo lo cual formaba su primera linea. La segunda estaba en el mismo pueblo de Abukir, formada por el reducto que construyeron los franceses, y que se comunicaba con el mar por dos ramales. En esta habian colocado su principal campamento, y el grueso de sus fuerzas.

Tomó Bonaparte sus disposiciones con su actividad y precision acostumbradas, mandando al general Destaing que marchase con algunos batallones sobre la colina izquierda donde estaban los mil turcos, á Lannes al de la derecha donde estaban los otros dos mil, y á Murat que se hallaba en el centro, que formase su caballería por la espalda de las colinas. Ejecutáronse estas disposiciones con suma exactitud, dirigiéndose Destaing al alto

de la izquierda, y rodeándole Murat con un escuadron. Al ver esto los turcos abandonaron su posición, y se encontraron con la caballería que les acuchilló y precipitó al mar; prefiriendo ellos arrojarse á él mas bien que rendirse. Igual operacion se ejecutó en la derecha, rechazando Lannes á los dos mil mamelucos, envolviéndoles y acuchillándoles hasta dar en el mar con ellos. Destaing y Lannes se dirigieron en seguida al centro que formaba el pueblo y les acometieron de frente. Defendianse los turcos valerosamente, contando con el auxilio de la segunda linea, y en efecto, salió una columna del campamento de Abukir; pero Murat, que habia tomado ya la espalda del pueblo, acuchilló la columna y la rechazó á Abukir. La infantería de Destaing y Lannes entraron en el pueblo á paso de ataque, rechazaron á los turcos en todas direcciones, y empeñándose estos en no rendirse, no tuvieron mas retirada que el mar, en donde se ahogaron.

Ya habian perecido de aquel modo cuatro ó cinco mil hombres, y tomádose por consiguiente la primera linea, con lo cual consiguió su objeto Bonaparte pudiendo bombardear á los turcos encerrados en Abukir, mientras llegaban Kleber y Regnier; pero aun quiso aprovecharse mas de su triunfo y consumir en aquel momento su victoria. Apenas tomaron aliento sus tropas se dirigió á la segunda linea, apoyando la division de Lanusse, que estaba de reserva, á Lannes y Destaing. Era difícil de tomar el reduto que cubria á Abukir, pues habia en él nueve ó diez mil turcos, teniendo por la derecha un ramal que le reunia con el mar, y por la izquierda le prolongaba otro ramal, aunque sin

unirle enteramente con el lago de Madieh. Ocupaba el enemigo el espacio abierto y defendido por numerosas cañoneras; mas Bonaparte, acostumbrado á dirigir á sus soldados contra los mas formidables obstáculos, les manda á la posición enemiga, marchando sus divisiones de infantería por el frente y derecha del reduto. La caballería, oculta en un bosque de palmeras, debia atacar por la izquierda y atravesar bajo el fuego de las cañoneras el espacio abierto entre el reduto y el lago de Madieh. Ejecutóse la carga, haciendo Lannes y Destaing avanzar su valiente infantería, marchando la 32.^a media brigada con el arma al brazo hacia las trincheras, y la 48.^a rodeándolas por el extremo derecho. Sale el enemigo, sin esperarlas, á su encuentro, se baten cuerpo á cuerpo, y los soldados turcos, despues de haber disparado su fusil y sus dos pistolas, esgrimen sus alfares, y quieren coger las bayonetas con sus manos, pero sienten atravesados sus pechos antes de haber llegado á ellas. Asi se degollaba en los atrincheramientos, y cuando ya se acercaba la 48.^a al reduto, la rechazó un terrible fuego de artillería y la hizo retroceder al pié de las fortificaciones. Muere gloriosamente el valiente Leturcq por querer retirarse el último, y Fugieres pierde un brazo. Murat habia avanzado con la caballería para atravesar el espacio comprendido entre el reduto y el lago de Madieh, acometiendo varias veces y rechazando al enemigo, pero metido entre los fuegos del reduto y las cañoneras, se vió precisado á retroceder. Algunos de sus soldados se adelantaron hasta los fosos del reduto, mas eran sin fruto los esfuerzos de tantos valientes. Contemplaba Bonaparte aque-

lla carniceria aguardando ocasion á propósito para volver á la carga. Afortunadamente salen los turcos de las trincheras para cortar, segun su costumbre, las cabezas de los muertos, y Bonaparte valiendose de esta coyuntura, dirige dos batallones, uno de la 22.^a y otro de la 69.^a, que se arrojan á las trincheras y las toman. Por el lado derecho se aprovecha tambien de esta ocasion la 48.^a y entra en el reducto. Murat manda dar otra carga, y por fin atraviesa uno de sus escuadrones el terrible espacio entre las trincheras y el lago, y penetra en Abukir. Azorados los turcos entonces, huyen por todas partes y sufren una horrible mortandad; atravesados por las bayonetas iban á encontrar su sepultura en las aguas. Murat entra á la cabeza de su caballeria en el campamento del bajá Mustafá, el cual entregado á la desesperacion, coge una pistola y se la dispara hiriéndole levemente; mas Murat le corta dos dedos de un sablazo y le envia prisionero á Bonaparte. Los turcos que no murieron ni se ahogaron se retiraron al fuerte de Abukir.

Mas de doce mil cadáveres flotaban sobre aquellas ondas, que en otro tiempo sirvieron de sepulcro á nuestros marinos: el fuego y el acero habian acabado con otros dos ó tres mil hombres, mientras los demas encerrados en el fuerte, no tenian mas recurso que la clemencia del vencedor. Esta es la extraordinaria batalla, tal vez la primera en la historia de la guerra, en que quedó destruido enteramente todo el ejército enemigo. Entonces fué cuando Kleber, que llegó al ponerse el sol, abrazó á Bonaparte y exclamó: *General, sois tan grande como el mundo.*

De este modo bien por la expedicion de Siria ó por la batalla de Abukir, quedaba libre el Egipto, al menos momentáneamente, de las fuerzas de la Puerta. Podia verse con satisfaccion la situacion del ejército francés, que despues de tantas pérdidas contaba con unos veinte y cinco mil hombres, los mas valientes y mejor acaudillados del universo. Cada día debia simpatizar mas con los habitantes y consolidar su establecimiento. Hacia un año que estaba allí Bonaparte: llegó en el estio antes de la inundacion, y empleó los primeros momentos en apoderarse de Alejandria y la capital, lo cual consiguió con la batalla de las Pirámides. Pasada la inundacion y en el otoño, terminó la conquista del Delta y confió á Desaix la del alto Egipto. En el invierno intentó la expedicion de Siria y destruyó en el monte Tabor el ejército turco de Djezzar, acabando de derrotar en el estio y en Abukir el segundo ejército de la Puerta. Habíase, pues, empleado el tiempo del mejor modo posible, y mientras la victoria volvia en Europa el rostro á las banderas de la Francia, las miraba con predileccion en Africa y en Asia. El estandarte tricolor ondeaba triunfante en el Nilo y el Jordan, en los mismos lugares que sirvieron de cuna á la religion de Jesucristo.

Todavía ignoraba Bonaparte lo que ocurría en Francia por no haber recibido ninguno de los pliegos del Directorio ni de sus hermanos, y se hallaba en la mayor ansiedad. Con el deseo de adquirir noticias, hacia cruzar varios bergantines con órden de que detuviesen á los barcos mercantes y se informasen de cuanto pasaba en Europa. Envió á la escuadra turca un parlamento, que con el pre-

testo de ajustar un cange de prisioneros, debia procurar adquirir algunas noticias. Entretuvo Sidney-Smith al parlamentario, le trató muy bien, y viendo que ignoraba Bonaparte los desastres de Francia, se complació malignamente en enviarle un paquete de todos los periódicos. Volvió el parlamentario y entregó el paquete á Bonaparte, que pasó toda una noche devorandolos é informandose de cuanto pasaba en su patria. Formó al punto su resolucíon, decidiendo embarcarse ceultamente para Europa, é intentar la travesía con peligro de ser apresado por las escuadras inglesas. Llamó al contra-almirante Gantheaume, y le ordenó poner en estado de darse á la vela las fragatas el *Muiron* y la *Carrere*, y sin hablar á nadie una palabra pasó al Cairo para dar sus disposiciones y redactando una larga instruccion para Kleber, á quien queria dejar el mando del ejército, salió al punto para Alejandria.

El dia 5 de fructidor (21 de agosto) llevando consigo á Berthier, Lannes, Murat, Andreossy, Marmont, Berthollet y Monge se dirigió con la escolta de algunos guías á una playa distante donde le esperaban algunas lanchas, y embarcándose en ellas subieron todos á las dos fragatas el *Muiron* y la *Carrere*, que iban acompañadas de los jabeques la *Revanche* y la *Fortuna*. Diéronse al punto á la vela para que antes de amanecer no estuviesen á la vista de los cruceros ingleses, mas por desgracia sobrevino calma; empezaron á temblar de que los sorprendiesen y aun quisieron volverse á Alejandria; mas Bonaparte se opuso á semejante intento. —«Estén vds. tranquilos, les dijo, que ya pasaremos.»—Contaba, como César, con la fortuna.

No era aquella como algunos han querido decir, una cobarde desercion, supuesto que dejaba á un ejército vencedor para arrostrar peligros de toda especie, y el mas horrible de todos el de gemir prisionero en Lóndres; antes bien puede reputarse como una temeridad de aquellas con que intentan los ambiciosos escalar el cielo, debiendo á ellas el arrojó que los encumbra unas veces, y los precipita otras.

Mientras tan grande suerte estaba entregada al vaiven de los vientos ó á la casualidad de un encuentro, acudia de nuevo la victoria á nuestras banderas en Europa, y la república rechazaba con un heroico esfuerzo los peligros á que acabamos de verla espuesta. Continuaba Massena en la línea del Limal, retardando el momento de tomar la ofensiva. Habíase dispersado por el Apenino el ejército de Italia, perdido que hubo la batalla de Novi; mas felizmente Suwarow no se aprovechaba mejor de la victoria de Novi que de la del Trebbia, perdiendo en el Piamonte el tiempo que empleaba la Francia en hacer preparativos. Al mismo tiempo el consejo áulico tan inconstante como el Directorio en sus planes, ideó uno que no podía menos de cambiar el aspecto de los sucesos. Estaba celoso de la autoridad que Suwarow habia querido ejercer en Italia, observando con sentimiento que este general habia escrito al rey de Cerdeña para reintegrarle en sus estados. El consejo áulico tenia ciertas miras acerca del Piamonte, y trataba de separar de allí al anciano marsical. Además no estaban muy acordes los rusos y los austriacos, y todas estas causas decidieron al consejo áulico, á variar totalmente la distribucion de las tropas en la

línea de operaciones. Estaban los rusos mezclados con los austriacos en ambos teatros de la guerra. Korsakoff operaba en Suiza con el archiduque Carlos, y Suwarow con Melas en Italia; mas el consejo áulico resolvió trasladar al archiduque al Rin y á Suwarow á Suiza, quedando así reunidos los dos ejércitos rusos. Los austriacos debían obrar solos en el Rin, así como en Italia, en donde á la mayor brevedad, les reforzaria otro ejército destinado á cubrir el vacío que Suwarow dejaba. La razón que dió el consejo para hacer este cambio, fué la necesidad de que combatesen juntas las tropas de cada nación, que los rusos hallarian en Suiza una temperatura mas análoga á su clima, y que el movimiento del archiduque Carlos en el Rin auxiliaria á la expedición de Holanda. La Inglaterra no podía dejar de aprobar este plan que le daba muchas esperanzas para la expedición de Holanda; con la presencia del archiduque Carlos en el Rin; no disgustándola tampoco que los rusos, introducidos ya en Corfú, y con el proyecto de apoderarse de Malta, se hallaran distantes de Génova.

Era excesivamente peligrosa esta traslación á la vista de Massena, mucho mas cuando por ella se trasladaba á los rusos á un punto que de ningún modo les convenia, porque aquellos soldados acostumbrados á acometer en llano y á la bayoneta, no sabían disparar un tiro, y lo que mas se necesitaba en las montañas es tener hábiles tiradores. El consejo áulico, que segun la máxima de los gabinetes, anteponia las razones políticas á las militares, prohibió á los generales que hiciesen objeción ninguna, mandando ejecutar rigurosamente su plan para fines de agosto (mediados de fructidor).

Ya hemos descrito la configuración del teatro de la guerra y la distribución que tenían en él los ejércitos. * Las aguas que descienden de los grandes Alpes corriendo unas veces en forma de ríos, y estancándose otras en la de lagos presentaban diversas líneas enlazadas unas con otras, empezando en la derecha al pie de una larga cordillera de montañas, y yendo á terminar en la izquierda en el gran río que separa á la Alemania de Francia. Las dos principales eran la del Rin y la del Limmat. Obligado Massena á abandonar la primera, se retiró á la segunda y aun algo mas atrás de esta, apoyándose en el Albis. La línea del Limmat separaba los dos ejércitos, y se componia del Lint, que nace junto á los grandes Alpes, en el canton de Glaris, y entra despues en el lago de Zurich; de este lago y del Limmat, que sale de él en el mismo Zurich, y vá por fin á desaguar en el Aar, cerca de Bruck. El archiduque Carlos se hallaba detrás del Limmat, desde Bruck á Zurich; y Korsakoff estaba situado á espaldas del lago de Zurich mientras se le designaba posición. Hotze defendía el Lint.

El archiduque, destinado al Rin, debía ser reemplazado detrás del Limmat por Korsakoff con arreglo al plan que habian acordado. Hotze debía permanecer en el Lint con el cuerpo austriaco de Voralberg, para darse la mano con Suwarow, que

* Por mas que procüre explicarme con claridad no creo que se comprenderán los siguientes acontecimientos, si el lector no tiene á la vista algun mapa, aunque sea incompleto, porque son tan extraordinarios estos sucesos, y decidieron de tal suerte la salvación de la Francia, que me parece debe reflexionarse en ellos; y aconsejo al lector que consulte el mapa de Suiza, que por malo que sea, bastará para enterarse en globo de las operaciones.

llegaba de Italia. La cuestion se reducía á saber qué camino se haría tomar á Suwarow, porque teniendo que atravesar los montes, podia seguir cualquiera de las lineas que cortan la Suiza. Si preferia entrar por el valle del Rin, podia atravesando el Spluguen, pasar por Coira al Rin superior y unirse allí con Hotze. Se habia calculado que podria llegar hácia el 25 de setiembre (3 de vendimiario, año VIII), y este movimiento tenia la ventaja de efectuarse lejos de los franceses y fuera de su alcance, lo cual era mas seguro. Tambien podia Suwarow tomar otro camino, y en vez de seguir la linea del Rin, entrar por San-Gothard al valle del Reuss, y desembocar por Schwitz detrás de la linea del Lint ocupada por los franceses. Esta marcha tenia la ventaja de conducirlo á espaldas de la linea enemiga; pero tenia que pasar por San-Gothard, ocupado por Lecourbe, debiendo preparar un movimiento de Hotze al otro lado del Lint, para que diese la mano al ejército que salia por San-Gothard; era preciso para proteger este movimiento un ataque sobre el Limmat; en una palabra, era menester una operacion general en toda la linea, una oportunidad y una precision difiles de lograr cuando se opera á tan grandes distancias y en tan numerosos destacamentos. Este plan, del que los rusos echan la culpa á los austriacos, y los austriacos á los rusos, fué precisamente el que obtuvo la preferencia, por cuya razon se prescribió un ataque general en toda la linea para fines de setiembre. En el momento de salir Suwarow por San-Gothard al valle del Reus, Korsakoff debia atacar por debajo del lago de Zurich, esto es, á lo largo del Limmat, y Hotze por

la parte superior del mismo á lo largo del Lint. Linken y Jellachich, segundos de Hotze, debian penetrar en el canton de Glaris hasta Schwitz, y dar la mano á Suwarow. Una vez efectuada esta reunion general, ascenderian las tropas incorporadas en Suiza á ochenta mil hombres; pues Suwarow llegaba con diez y ocho mil, Hotze tenia veinte y cinco mil, y treinta mil Korsakoff. Este último tenia ademas de reserva, el cuerpo de Condé y algunos miles de bávaros; pero mientras se efectuaba esta incorporacion se hallaban espuertos al ímpetu de todo el ejército de Massena, los treinta mil hombres de Korsakoff y los veinte y cinco mil de Hotze.

En efecto, aquel intérvalo en que el archiduque Carlos abandonase el Limmat y en que Suwarow no hubiese pasado aun los Alpes, era muy favorable para que dejara de aprovecharlo Massena, saliendo por fin de la inaccion que tanto se le habia censurado. Su ejército habia ascendido á unos setenta y cinco mil hombres por los refuerzos que recibió, pero debia cubrir desde San-Gothard á Basilea, que era una linea inmensa. Lecourbe, que formaba su derecha teniendo á sus órdenes á Gudin y Molitor, guardaba el San-Gothard, el valle del Reus y el alto Lint, con doce ó trece mil hombres. Soult ocupaba con diez mil el Lint hasta su embocadura en el lago de Zurich, y Massena con las divisiones de Mortier, Klein, Lorge y Mesnard, que componian un total de treinta y siete mil hombres, se hallaba delante del Limmat, desde Zurich á Bruck. La division de Thureau, de nueve mil hombres, y la de Chabran de ocho mil, guardaban la una

el Valés, y la otra los alrededores de Basilea.

Aunque Massena era inferior en fuerzas, tenia la ventaja de poder reunir su masa principal en el punto mas importante, de modo que tenia delante del Limmat treinta y siete mil hombres con que acometer á Korsakoff. Acababa este de desprenderse de cuatro mil hombres enviados á Hotze de refuerzo por la espalda del lago de Zurich, con lo que quedaba reducido á veinte y seis mil. El cuerpo de Condé y los bávaros, que debian servirle de reserva, se hallaban aun á mucha distancia en Schaffhouse. Massena podia, por lo tanto, embestir con treinta y siete mil hombres á veinte y seis mil, y una vez derrotado Korsakoff, podia dirigirse contra Hotze, y despues de haberlos batido ó destruido tal vez á ambos, destrozar á Suwarow que llegaba á Suiza con la esperanza de encontrar un enemigo vencido, ó reducido á lo menos á su linea.

Prevenido Massena de los proyectos del enemigo, anticipó un dia el ataque general, fijándole para el 3 de vendimiario (23 de setiembre de 1799). Desde que se retiró al Albis á pocas leguas detrás del Limmat, pertenecia al enemigo el cauce de este rio, siendo preciso privarle de él por medio de un paso, lo cual se propuso efectuar con sus treinta y siete mil hombres. Al mismo tiempo que iba á maniobrar por mas abajo del lago de Zurich, encargó á Soult que hiciese la misma operacion por la parte superior, atravesando el Lint en el mismo dia. Los militares hicieron un cargo á Massena, diciendo que debia mas bien atraerse á Suwarow á Suiza que apartarle de ella, y que si en vez de dejar á Leconbe batirse infructuo-

samente en San-Gothard contra Suwarow, le hubiese incorporado Massena á Soult, hubiera tenido mas seguridad de derrotar á Hotze y atravesar el Lint. Por lo demas, como el resultado que se obtuvo fué tal como podia desearse, se ha hecho esta objecion á Massena solo por la rigorosa conservacion de los principios científicos.

Salí el Limmat del lago de Zurich en el mismo Zurich, dividiendo la ciudad en dos partes. Segun el plan acordado entre Hotze y Suwarow, se preparaba Korsakoff á atacar á Massena, para lo cual habia llevado la masa de sus fuerzas á la parte de Zurich situada delante del Limmat, dejando solo tres batallones en Closter-Fahr para guardar el punto por donde es mas accesible el rio. Marchó Durasof con una division cerca de la embocadura del Limmat en el Aar, para vigilar aquella parte; pero su ejército, que constaba lo menos de diez y ocho mil hombres, se hallaba delante del rio en actitud ofensiva.

Teniendo Massena presentes estas circunstancias, formó su plan y resolvió cubrir, mas bien que atacar, el punto de Zurich, donde Korsakoff habia agolpado sus fuerzas, intentando despues con gran parte de sus tropas pasar el Limmat por Closter-Fahr, punto débilmente defendido. Efectuado el paso, queria que la misma division subiese el Limmat por la orilla opuesta y fuese á situarse á la espalda de Zurich, proponiéndose entonces atacar á Korsakoff en ambas orillas, y tenerle encerrado en el mismo Zurich. Esta disposicion podia dar inmensos resultados.

Mortier fué enviado á Zurich con su division, que constaba de ocho mil hombres, y ocupaba la

derecha del campo de batalla, para contener primero y acometer despues al ejército ruso. Klein con su division de diez mil hombres, debia situarse en Altstetten, entre el punto de Zurich y el de Closter-Fahr por donde iba á intentarse el paso, pudiendo tambien pasar delante de Zurich y auxiliar á Mortier contra las fuerzas rusas ó acudir al punto del paso, si fuese necesario. Esta division se componia de cuatro mil granaderos, y una reserva de excelente caballeria. El paso de Closter-Fahr debia efectuarle la division de Lorges con parte de la de Mesnard, componiendo esta masa unos quince mil hombres, y debiendo el resto de la division de Mesnard amagar por el bajo Limmat para engañar y contener á Durasoff.

Estas disposiciones que tanto han admirado á los críticos se pusieron en ejecucion el 3 de vendimiario año VIII, (25 de setiembre de 1799), á las cinco de la madrugada, despues de aprontados todos los preparativos para el paso; cerca del pueblo de Dietikon con estraordinario cuidado y sigilo. Se trasladaron algunas barcas á brazo, ocultándolas en los bosques, y hallándose desde la madrugada en el agua con las tropas formadas silenciosamente en la orilla. El general Foy, célebre despues como orador, mandaba la artilleria en aquella inmortal batalla, colocando muchas baterias para proteger el paso. Embarcáronse audazmente seiscientos hombres, y llegaron á la otra orilla precipitándose inmediatamente sobre los tiradores enemigos y dispersándolos. Korsakoff habia situado en la llanura de Closter-Fahr tres batallones con artilleria; pero la nuestra, superiormente dirigida, apagó en breve los fuegos de la

rusa, y siguió protegiendo el paso de nuestra vanguardia. Luego que el general Gazan reunió á los seiscientos hombres que pasaron los primeros un refuerzo suficiente, se dirigió contra los tres batallones rusos que guardaban á Closter-Fahr, los cuales se habian emboscado y se defendian valerosamente, pero Gazan los envolvió viéndose precisado á matarlos casi todos para que desalojasen el puesto. Destruídos estos tres batallones, y echado el puente, pasaron el Limmat el resto de la division de Lorges y parte de la de Mesnard, hallándose por lo tanto al otro lado del rio quince mil hombres. La brigada de Bontemps se situó en Regensdorf para hacer frente á Durasoff, en caso de que pretendiera subir del bajo Limmat; y el grueso de las tropas, dirigido por el gefe de estado mayor Oudinot, subió por la orilla del mismo rio para colocarse á la espalda de Zurich.

Ejecutada esta operacion, Massenase dirigió personalmente á la otra parte del Limmat, para observar el movimiento de sus alas. Mesnard habia engañado en el bajo Limmat tan completamente á Durasoff que éste pasó á la orilla donde era mayor el fuego. Mortier se adelantó por la derecha y por Wollishofen sobre Zurich, pero se halló con la gente de Korsakoff, apostada como se ha dicho delante del Limmat, y se vió precisado á replegarse. Massena que llegaba al mismo tiempo, movió la division de Klein que estaba en Altstetten y Humbert marchó contra Zurich al frente de sus cuatro mil granaderos y restableció el combate: Mortier renovó sus esfuerzos, logrando encerrar á los rusos en Zurich.

Entretanto incomodado por el continuo caño-

neo que sentia Korsakoff , á su espalda, envió algunos batallones al otro lado del Limmat , pero sirvieron de poco tan débiles auxilios. Continuaba pues, Oudinot subiendo el Limmat con sus quince mil hombres, tomó el pequeño campamento situado en Hoog, así como las alturas que están á la espalda de Zurich, y se apoderó del camino real de Vintherthur , que sale á Alemania, único por donde podian los rusos retirarse.

Estaba casi concluida la jornada y preparados para el dia siguiente resultados inmensos, supuestó que los rusos se hallaban encerrados en Zurich; pues habiendo Massena situado para el paso de Closter-Fahr quince mil hombres á la espalda, y veinte y ocho mil al frente, era casi imposible que no les ocasionase un desastre. Se ha opinado que en vez de dejar delante de Zurich á la division de Klein, hubiera debido llevarla por Closter-Fahr á espaldas de aquel punto, para cerrar enteramente el camino de Vintherthur, pero temia que quedándose Mortier con solos ocho mil hombres , le arrollase Korsakoff y pasase al Lint. Verdad es que se hubiera encontrado con Soult y Lecourhe, pero tambien hubiera podido incorporarse con Suwarow procedente de Italia, no siendo fácil presumir lo que hubiera provenido de tan estraña combinacion.

Conociendo por fin Korsakoff la posicion en que se hallaba, dirigió sus tropas á la otra parte de Zurich, detras del Limmat. Cuando Durasoff tuvo noticia del paso del enemigo evitó encontrar á la brigada de Bontemps, dió un rodeo y volvió á colocarse en el camino de Vintherthur. Al siguiente dia 4 de vendimiario (26 de setiembre) , debia en-

carnizarse el combate, porque los rusos querian abrirse paso, y los franceses adquirir inmensos trofeos. Empezó el combate muy temprano, hallándose cercada de fuego la desgraciada ciudad de Zurich, llena de artilleria, de equipages, de heridos, y acometida por todas partes. Por un lado del Limmat se habian aproximado á ella Mortier y Klein y estaban próximos á entrar en ella ; por la parte opuesta la estrechaba Oudinot por la espalda, y deseaba cerrar el camino á Korsakoff. Varias veces se habia tomado y perdido éste, que fué teatro de un sangriento combate hasta que Korsakoff trató por fin de retirarse, y colocó su infanteria á la cabeza, su caballeria en el centro, y á retaguardia la artilleria y equipages, marchando así en una larga columna. Su valiente infanteria acomete con furia, destroza cuanto se la presenta delante, y se abre paso; pero cuando ha pasado con parte de la caballeria, vuelven los franceses á la carga, atacan lo restante de la caballeria y bagages, y les obligan á retroceder hasta las puertas de Zurich. Klein y Mortier entran en la ciudad al mismo tiempo, se batien en las calles, causando la muerte del ilustre y desgraciado Lavater, á quien un suizo embriagado puso el fusil al pecho para sacarle dinero , dejándole gravemente herido en un muslo, de cuyas resultas murió algunos meses despues. Toda la tropa que habia en Zurich , tuvo que rendir las armas, quedando en poder de los franceses cien piezas de artilleria , los bagages , las oficinas, la tesoreria del ejército y cinco mil prisioneros. Korsakoff se quedó además en tan encarnizada lucha con ocho mil hombres fuera de combate, de suerte que perdió trece mil, ó lo que es lo mismo , la

mitad de su ejército. Ni aun en las grandes batallas de Italia se habian visto triunfos tan extraordinarios, no debiendo ser menores las consecuencias para la campaña sucesiva. Korsakoff se apresuró á volver al Rin con unos trece mil hombres á lo sumo.

Entretanto Soult, que estaba encargado de pasar el Lint por mas arriba del lago de Zurich, lo ejecutaba con tan buen éxito como el general en jefe, pasando por entre Bitem y Richemburgo. Atravesaron el rio á nado con los fusiles en la cabeza, ciento cincuenta valientes que llegaron hasta la opuesta orilla, arrollaron á los tiradores, protegiendo el desembarco de la vanguardia. Hotze que acudió inmediatamente al sitio del peligro, quedó muerto de un balazo, bastando esto para intraducir el desórden en las filas austriacas. En vano propuso Petrarsch, que reemplazó á Hotze, rechazar al Lint á las tropas que habian pasado, pues se vió obligado á replegarse, retirándose precipitadamente á Saint-Gall y el Rin, dejando tres mil prisioneros y alguna artillería. Los generales Jellachich y Linken, encargados de salir por el alto Lint al canton de Glaris para recibir á Suwarow en el desembarcadero de San-Gothard, tuvieron que retirarse al saber todos estos desastres; viéndose de este modo sesenta mil hombres rechazados desde la línea de Limmat al otro lado de la del Rin, despues de sufrir innumerables pérdidas. Suwarow, que creia desembocar en Suiza por el flanco de un enemigo acometido por todas partes, y que confiaba completar su derrota con su presencia, iba por el contrario á hallarse con todos sus subalternos dispersados, y á encerrarse en

medio de un ejército en todas partes victorioso.

Salió de Italia con diez y ocho mil hombres, y llegó al pié de San-Gothard el quinto dia complementario del año VII (21 de setiembre); se vió precisado á desmontar á sus cosacos para conducir á lomo la artillería, enviando á Rosenberg con seis mil hombres para flaquear el monte por Dissentis y el Crispalt. Llegó el 1.º de vendimiario (23 de setiembre) á Ariolo, en la entrada del desfiladero de San-Gothard: se encontro allí á Gudin con una brigada de la division de Lecourbe, y se batió contra ella con la mayor obstinacion; pero sus soldados, que eran malos tiradores, y solo sabian avanzar y morir, cuian en gran número á pedradas y balazos. Por fin se decidió á inquietar á Gudin por los costados obligándole así á ceder el desfiladero hasta el hospital. La resistencia de Gudin dió tiempo á Lecourbe para recoger sus tropas; pero no teniendo á su disposicion mas que seis mil hombres, no podia oponer resistencia á Suwarow que llegaba con doce mil, ni á Rosenberg, que trasladado ya á Urseren, tenia seis mil á su espalda. Arrojó su artillería al Reuss, ganó en seguida la opuesta orilla trepando por rocas casi inaccesibles, y se lanzó al valle. Traspuesto ya el Urseren, y no teniendo á Rosenberg á la espalda, rompió el puente del Diablo, y mató innumerables rusos antes de que atravesasen el precipicio, descendiendo al cauce del Reuss y subiendo por la orilla opuesta. Así hizo Lecourbe una retirada paso á paso, aprovechando todos los obstáculos para fatigar y matar uno á uno á los soldados de Suwarow.

De este modo llegó el ejército ruso á Altorf en

el centro del valle del Reuss, rendido de fatiga, falto de viveres, y sumamente debilitado por las pérdidas que habia sufrido. El Reuss desemboca en Altorf sobre el lago de Lucerna, y si Hotze, segun el plan acordado, hubiera podido hacer llegar á Jellachich y Lincken al otro lado del Lint hasta Schwitz, habria enviado lanchas para recibir á Suwarow en la embocadura del Reuss, pero con los sucesos ocurridos no halló ni una embarcacion, viéndose encerrado en un espantoso valle. Era el dia 4 de vendimiario (26 de setiembre), dia de la derrota general en toda la linea, y no le quedaba mas recurso que arrojarle al Schachental, y pasar por entre horribles montañas, donde no se descubria ni una sola senda para entrar en el valle de Muthenthal. En efecto, emprendió su marcha al siguiente dia, no pudiendo andar mas que un hombre de frente, por el sendero que seguian, de suerte que empleó dos dias en hacer aquella travesia de pocas leguas. El primer hombre llegaba á Mitten cuando aun no habia salido el último de Altorf, por cuya razon los precipicios estaban cubiertos de equipages, caballos y soldados que agonizaban de hambre y de cansancio. Llegando al valle de Muthenthal, podia salir Suwarow por Schwitz, no lejos del lago de Zurich, ó bien subir el valle y precipitarse por el Bragel, sobre el Lint; pero por la parte de Schwitz llegaba Massena con la division de Mortier, y por la parte de Bragel estaba Molitor ocupando el desfiladero de Kloenthal, junto á las orillas del Lint. Despues de haber hecho descansar dos dias á sus tropas, se decidió Suwarow á retroceder por el Bragel. Púsose en marcha el 8 de vendimiario (30

de setiembre), atacándole Massena por la espalda, mientras por la otra parte del Bragel le hacia frente Molitor en el desfiladero de Kloenthal. Rosenberg resistió denodadamente todos los ataques de Massena, pero Bagration hizo inútiles esfuerzos para reprimir á Molitor, pues aunque se abrió el paso de Glaris, no pudo efectuarlo con el Wessén. Suwarow, despues de haber sostenido sangrientos y horriblos combates, atajado por todas partes y rechazado á Glaris, no tenia mas recurso que subir por el valle de Eugi para introducirse en el del Rin; pero todavia era mas horrible este camino que el que habia llevado. Decidióse no obstante, y despues de cuatro dias de inauditos esfuerzos y padecimientos llegó á Coira y al Rin. Apenas pudo salvar diez mil hombres de sus diez y ocho mil; los Alpes estaban cubiertos con los cadáveres de sus soldados, y aquel bárbaro que se reputaba por invencible, tenia que retirarse lleno de confusion y bramando de ira. Sucumbieron en quince dias mas de veinte mil rusos y cinco ó seis mil austriacos, los ejércitos dispuestos á acometernos habian perdido la Suiza y quedaban rechazados á Alemania, y la liga estaba disuelta, porque Suwarow, irritado contra los austriacos no queria servir con ellos, de modo que podia decirse que la Francia estaba salvada.

Honor y gloria eterna á Massena, que acababa de efectuar una de las admirables operaciones que se mencionan en la historia de la guerra, y que nos salvó en circunstancias mas críticas que las de Valmy y Fleurus! Admirables son las batallas grandiosas por su plan ó resultados políticos, pero mas dignas de encomio son las que

salvan de graves riesgos, porquese á las unas se debe admiracion. las otras exigen el tributo del reconocimiento. Zurich es el mas glorioso timbre de Massena, y en ninguna corona militar se encuentra otro mas brillante.

Mientras ocurrían tan gloriosos sucesos en Suiza, volviamos á obtener victorias en Holanda, donde Brune, débilmente estrechado por el enemigo, tuvo tiempo de concentrar sus fuerzas, y despues de haber batido á los anglo-rusos en Katrikum, los encerró en Zyp, y los redujo á capitular. Las condiciones eran evacuarla Holanda, restituir cuanto se habia tomado en el Helder, y dar libertad, sin cange alguno, á ocho mil prisioneros. Hubiera sido de desear la restitucion de la escuadra holandesa; pero los ingleses se negaban á esto, y por otra parte se temia que de desechar la capitulacion podian ocasionar muchos males al pais.

Así terminó aquella memorable campaña de 1799. La república, que se precipitó demasiado en obrar, y cometió el error de tomar la ofensiva, sin haber antes concentrado sus fuerzas, fué batida en Stokach y Magnano, perdiendo así en dos derrotas la Alemania y la Italia. Massena, que quedó solo en Suiza, formaba un temible raudal entre dos fuerzas vencedoras. Replegóse primero al Rin, despues al Limmat, y por fin al Albis, donde se hizo inespugnable por espacio de cuatro meses. Entretanto fué derrotado en el Trebbia el ejército de Nápoles al querer incorporarse con el de la Italia alta; y cuando logró por fin reunirse con él por detrás del Apenino, y recobrarle y verse reforzado, perdió en Novi á su general, siendo nuevamente destrozado, y quedando definitivamente sin la Ita-

lia. Hasta el Apenino estaba invadido, y el Var amenazado; pero nuestros contratiempos no pasaron adelante. La liga, trocando sus fuerzas, llevó al Rin al archiduque Carlos y á Suwarow á Suiza; pero aprovechando Massena esta ocasion, destruyó á Korsakoff, privado del archiduque, y ahuyentó á Suwarow, privado de Korsakoff, reparando así todas nuestras desgracias con una inmortal victoria. La campaña de Oriente habia terminado con gloriosos triunfos, pero, es preciso decirlo, si todas estas heroicas hazañas sostuvieron la república, próxima á sucumbir, y la dieron algun esplendor, no por eso la devolvieron su antiguo renombre y poderío. La Francia se hallaba salvada, pero nada mas; pues no habia recuperado su perdida gloria, y aun corria en el Var algunos riesgos.

CAPITULO VII.

Regreso de Bonaparte ; su desembarco en Frejus; entusiasmo que inspira su prescucia.—Comocion de todos los partidos á su llegada.—Unese con sienes para derribar la constitucion directorial.—Preparativos y jornada del 18 de brumario.—Destruccion de la constitucion del año III ; institucion del consulado provisional.—Fin de esta historia.

Fuéronse sucediendo las noticias de la batalla de Zurich y de la capitulacion de los anglo-rusos casi inmediatamente una á otra , y tranquilizaron los ánimos sobresaltados. Siendo esta la primera vez que se habia batido á aquellos rusos tan aborrecidos , y tan completamente, que debía ser muy grande la satisfaccion ; pero la Italia seguia perdida, amenazado el Var, y en sumo riesgo la frontera del Mediodia. No recobrábamos las glorias de Cambrino, y por lo demas , donde mayores peligros existian era interiormente. Un gobierno desorganizado, unos partidos discolos, que ni querian sufrir la autoridad , ni eran sobrado fuertes para apoderarse de ella ; una especie de disolucion social, y los robos, prueba de esa misma disolucion, que infestaban los caminos , especialmente en las provincias acosadas antes por la guerra civil ; tal era la situacion de la república. Proporcionando algunos meses de desahogo la victoria de Zurich,

se necesitaba en la actualidad no tanto de un defensor como de un caudillo que se apoderase de las riendas del gobierno. La generalidad de la poblacion ansiaba á toda costa la tranquilidad, el orden, el fin de las contiendas y la union de las voluntades, pues temia á los jacobinos, á los emigrados , á los chuanes y á todos los partidos. Bella ocasion de hacer maravillosa fortuna se presentaba al que calmase todas estas zozobras.

Estraordinario efecto produjeron los partes en que se referian la expedicion de Siria y las batallas del monte Tabor y de Abukir , confirmandose la idea de que el héroe de Castiglione y Rivoli saldría vencedor de cuantas empresas acometiese. Su nombre volvía á resonar por todas partes , y por todas se preguntaba de nuevo: *¿qué hace? ¿cuándo viene?* ¡ojalá viniese! decian.... El rumor de que habia llegado cundió dos ó tres veces por singular instinto. Sus hermanos le habian escrito , y tambien su esposa, pero no se sabia si habria recibido las cartas. Ya hemos visto , en efecto, que no habian podido atravesar por los cruceros ingleses.

Entretanto, aquel hombre, que era el blanco de tan vivos deseos, surcaba tranquilamente los mares por en medio de las escuadras inglesas. La travesía no era muy feliz , pues la prolongaban los vientos contrarios, habiendo avistado varias veces á los ingleses y temiendo caer en sus manos. El solo, paseándose con ademan firme y sereno por el puente de su navío , se resignaba á su estrella, y se acostumbraba á creer en ella, no inquietándose por peligros inevitables. Leía la biblia y el alcoran, obras de los pueblos que acababa de dejar, y receloso, segun los últimos sucesos, de que se hallase

invadido el mediodia de la Francia, mandó dirigir el rumbo, no á las costas de Provenza, sino á las del Languedoc. Quería desembarcar en Colibre ó Port-Vendres, pero le llevó un viento hácia Córcega, en donde salieron todos los habitantes á recibir á su célebre compatriota. En seguida hicieron vela hácia Tolon, y ya iban á llegar cuando de repente, al trasponerse el sol, vieron en el costado izquierdo del navio treinta velas enemigas, iluminadas por los rayos del sol en el ocaso. Proponíanse echar un boteal agua para arribar furtivamente, pero resignándose siempre á su destino, Bonaparte dijo que convenia esperar. En efecto, desapareció el enemigo, y el 17 de vendimiario, año VIII (9 de octubre de 1799), al amanecer, sondearon en la bahía de Frejus las fragatas el *Muiron* y *Lacarrere*, y los jabeques la *Recanche* y la *Fortuna*.

Tres años sucesivos habian estado temiendo los habitantes de Provenza la invasion del enemigo, y Bonaparte les libró de este temor en 1796, pero llegaron á concebirle mayor despues de la batalla de Novi. Al saber que Bonaparte habia anclado en la costa, creyeron haber llegado su salvador, y acudieron todos los habitantes de Frejus, viéndose cubierto en un instante el mar de embarcaciones. Enagada de entusiasmo y curiosidad la multitud, penetró en los navios, é infringiendo todas las leyes sanitarias, se puso en comunicacion con los recién venidos. Todos preguntaban por Bonaparte y todos querian verle; y como ya no era tiempo de hacer observar las leyes sanitarias, pues si los empleados en aquel ramo no hubieran dispensado al general de la cuarentena, habrian tenido que

hacer otro tanto con toda la poblacion que se habia puesto en contacto con la tripulacion. Bonaparte bajó en seguida á tierra, y quiso montar en aquel mismo dia en el carruage para trasladarse á Paris.

Ya el telégrafo, tan rápido como el viento, habia esparcido por el camino de Frejus á Paris la noticia del desembarco de Bonaparte. Al momento se manifestó el mas completo regocijo, y anunciada la noticia en todos los teatros, produjo estrordinario entusiasmo, reemplazando los himnos patrióticos á las representaciones teatrales. El diputado Baudin de las Ardenes, uno de los autores de la constitucion del año III, republicano juicioso y sincero, y ciegamente apasionado de la república, creyéndola perdida si no la sostenia un brazo poderoso; Baudin de las Ardenes, espiró de alegría al saber este acontecimiento.

Habia salido Bonaparte el mismo dia 13 de vendimiario (9 de octubre) para Paris, pasando por Aix, Aviñon, Valence y Lyon, en cuyas ciudades rayó en delirio el entusiasmo. Resonaban las campanas por los pueblos, y por la noche se encendian luminarias por los caminos. En Lyon fué el regocijo mayor que en ninguna otra parte, y cuando salió de esta última ciudad, proponiéndose llegar incógnito á Paris tomó otro camino del que habia indicado á sus correos y por eso sus hermanos y esposa que salieron á recibirle no pudieron encontrarle, sino que el dia 16 de octubre se hallaba ya en su casa de Chantereine, sin que nadie supiese su llegada. Dos horas despues acudió al Directorio, y conociéndole la guardia dió al verle el grito de *viva Bonaparte!* Pasó á casa de Gohier, que era el presidente, acordando que al otro dia

se presentaría al Directorio, como se verificó el 25. Dijo que despues de haber consolidado el establecimiento de su ejército en Egipto con las victorias del monte Tabor y de Abukir, y confiado su suerte á un general capaz de sostener su prosperidad, habia salido en auxilio de la república, porque la creia perdida. Que gracias á las hazañas de sus compañeros de armas la encontraba salvada, de lo que se alegraba sobre manera y añadió echando mano á la espada, quennunca la sacaria sino en defensa de la república. El presidente le felicitó por sus triunfos y regreso, y le dió el brazo fraternal. Lisonjero fué al parecer el recibimiento; pero en realidad existian temores demasiado ciertos y fundados en la situacion, para que agradase su presencia á los cinco magistrados republicanos.

Cuando despues de una larga apatía se apasionan los hombres en favor de alguna cosa, no pueden hacerlo sin vehemencia y esto es lo que habia sucedido en Francia donde todas las opiniones habian decaido una en pos de otra, perdido su prestigio todos los partidos y aun las mismas autoridades, llegando al estremo de ser universal el disgusto de los hombres y las cosas. Pero al aparecer el hombre extraordinario que el Oriente habia devuelto á Europa de un modo tan inesperado, se disiparon todos los disgustos é incertidumbres, y cifraron en él su atencion, sus anhelos y sus esperanzas.

Todos los generales, en servicio ó cesantes, patriotas ó moderados, fueron á visitar á Bonaparte como era natural, siendo él el primer individuo de aquella gerarquía tan ambiciosa y descontentadiza. Parecia que hallaban en él quien les vengase del gobierno, y así todos los ministros y empleados

sucesivamente depuestos durante los vaivenes del Directorio, acudieron tambien á felicitarle; y aunque en la apariencia iban á rendir homenaje al ilustre guerrero, en realidad era para observar y adular al hombre poderoso en quien creian cifrado el porvenir.

Bonaparte trajo consigo á Lannes, Murat y Berthier, que no le abandonaban, y en breve se presentaron á su lado Jourdan, Augereau, Macdonald, Beurnonville, Leclerc, Lefebvre y Marbot, á pesar de la diferencia de sus opiniones. Hasta el mismo Moreau formó tambien parte de este acompañamiento. Bonaparte le habia visto en casa de Gohier, y conociendo que su superioridad le serviría para dar el primer paso, se dirigió á él y se manifestó impaciente por sobocerle, mostrándole un afecto que le conmovió sobremanera. Le regaló en seguida un alfanje damasquino cubierto de pedrería, y consiguió ganarle enteramente, en términos que á los pocos dias formaba Moreau parte de su séquito, pues como tambien estaba descontento, iba con todos sus camaradas en casa del presunto defensor. A estos ilustres guerreros se agregaban otros sujetos de todas clases: entre ellos se veía á Bruix, ex-ministro de marina, que acababa de recorrer el Mediterráneo al frente de las escuadras francesa y española, hombre de agudo y despejado ingenio, tan hábil para sostener una negociacion como para dirigir una escuadra. Tambien asistia M. de Talleyrand, que tenia razones para temer el disgusto de Bonaparte por no haber ido á Egipto; pero Talleyrand contaba con su talento, nombradía é importancia para ser bien recibido, y lo fué en efecto. Estos dos hombres se tenian reciprocamente

mucho afecto, y les era necesario vivir amistosamente para ayudarse. Frecuentaban asimismo la calle de Chanteraine, Roederer, el antiguo procurador del consejo, sugeto sumamente franco y despejado, y Regnault de Saint-Jean-d'Angely, antiguo constituyente, á quien se habia aficionado en Italia y dado un empleo Bonaparte en Malta. Era un orador sublime y fecundo.

Pero no se crea que solo acudian á visitar á Bonaparte los cesantes y descontentos, sino que tambien mostraban la misma solicitud los actuales gefes del gobierno. Todos los directores y ministros le obsequiaban á porfia, como cuando volvió de Italia. Hiciéronse presentar en su casa muchos diputados de ambos consejos, y los ministros y directores le rendian un homenaje mas lisongero, yendo á consultarle á cada momento acerca de lo que debian hacer. Dubois-Crancé, el ministro de la guerra, habia establecido en cierto modo su despacho en casa de Bonaparte; y Moulins, que era el director que mas particularmente entendia en los negocios de la guerra, pasaba con él gran parte de la mañana, no faltando tambien en ir á consultarle Gobier y Roger-Ducós. Cambaceres, ministro de la justicia y hábil jurisconsulto, que miraba á Bonaparte con el afecto que inspira á los hombres débiles la fuerza, y á quien el mismo Bonaparte trataba con amabilidad para dar á entender que sabia apreciar el mérito civil: Fouché ministro de policía, que queria cambiar su decaído protector Barrás por otro nuevo y poderoso, y Real, comisario del departamento del Sena, ferviente y generoso patriota, y uno de los hombres de mas talento de la época, todos acudian igualmente á

Bonaparte, y conferenciaban con él sobre los asuntos del estado. Apenas hacia ocho dias que estaba el general en Paris cuando casi involuntariamente tenia ya en su mano las riendas del gobierno; y ya que no se le preguntase cual era su voluntad, porque aun no era nada, al menos se consultaba su dictamen; mas él con su acostumbrada reserva, afectaba sustraerse á las adulaciones conque le abrumaban. Reusaba su puerta á muchos, salia pocas veces de su casa y eso como á escondidas; de suerte que hasta el semblante parecia tener mas adusto y el color mas coetrino. Llevaba desde que regresó su sobretodo gris y un alfange turco suspendido de un cordón de seda, que para los que habian tenido la gran suerte de verle, era un emblema de Oriente, de las Pirámides, del monte Tabor y de Abukir. Los oficiales de la guardia nacional, los cuarenta ayudantes de la guardia nacional y el estado mayor de la plaza, solicitaban que los recibiese, pero iba dirigiéndolo de dia en dia, y parecia que cedía con repugnancia á todos estos homenajes. Escuchaba, no se descubria aun á nadie, y lo observaba todo. Esta política era profunda, porque cuando uno es necesario no importa que se haga esperar. Entonces se acrecienta la impaciencia, acude todo el mundo á uno y se está en estado de elegir.

¿Qué hará Bonaparte? era la pregunta que se hacia todo el mundo; y esto probaba que inevitablemente iba á hacerse algo. Ofrecianse á su vista dos partidos principales, y un tercero que era ramificación de ambos, los cuales estaban dispuestos á servirle si se acomodaba á sus deseos. Estos eran los patriotas, los moderados ó políticos,

y finalmente los podridos, denominados así por ser los hombres corrompidos de todas las épocas y de todas las facciones.

Los primeros desconfiaban mucho de Bonaparte y de su ambicion; pero segun su propension á destruir, y su imprevision para el siguiente día, iban á servirse de su brazo para trastornarlo todo, dejando para luego lo que hubieran de hacer. Por otra parte solo eran de esta opinion los obstinados, que descontentos siempre de lo que tenían, reputaban por el mas urgente de todos el empeño de destruir; porque los demas patriotas á quienes podriamos llamarlos verdaderos republicanos, miraban con desconfianza la celebridad del general; querian cuando mas que se le diese un asiento en el Directorio; no podian otorgarle sin violencia la dispensa de la edad, y anhelaban mas que todo que pasase á las fronteras á acrisolar las glorias de nuestras armas y restituir su pasado esplendor á la república.

Los moderados ó políticos, temiendo el furor de los partidos, y sobre todo el de los jacobinos, sin esperanza alguna en una constitucion infringida y desacreditada, querian una metamórfosis, deseando que se verificase á la sombra de un hombre poderoso. «Apoderaos del mando, dadnos una constitucion sabia y moderada, y dejadnos vivir «seguros» era el language secreto que dirigian á Bonaparte. El partido mas numeroso de Francia era este, en el cual entraban muchos patriotas comprometidos, que por temor á la revolucion querian confiar su salvacion á un hombre poderoso. Tenian la mayoría en los Ancianos, y una minoria bastante fuerte en los Quinientos. Hasta en-

tonces se habian adherido á la mayor reputacion civil que era Sieyes, con quien se habian unido tanto mas, cuanto mayores eran los ultrages que se le hacian en el Picadero. En la actualidad debian manifestarse mas solícitos con Bonaparte, pues como buscaban la fuerza, mucho mayor debia ser la de un general victorioso que la de un juriconsulto por muy distinguido que fuese.

Ultimamente los *podridos* eran la turba de los malvados é intrigantes que procuraban hacer fortuna, que se habian deshonrado por hacerla, y que todavia deseaban conseguirla mayor al mismo precio. Eran secuaces de Barrás y del ministro de policia Fouché, y habia de todo entre ellos, jacobinos, moderados y hasta realistas, porque no eran un verdadero partido, sino una numerosa tertulia.

No hacemos mencion de los partidarios de la monarquia, pues ademas de que estaban muy abatidos desde el 18 de fructidor, Bonaparte no les servia de nada; y un hombre como este solo podia pensar en si, y no apropiarse el poder para trasladarlo á otro. Contentábanse, pues, con aumentar el número de los enemigos del Directorio y acusarle en el idioma de todos los partidos.

Entre todos ellos en solo uno podia fijarse Bonaparte, no conviniéndole de ningun modo los patriotas, pues los unos apegados al sistema actual, desconfiaban de su ambicion; los otros querian un golpe de mano, y continuas agitaciones, no pudiendo intentarse nada con ellos. Por otra parte eran contrarios de los progresos del tiempo, y estaban reducidos al último grado de abyeccion. Los *podridos* para nada servian, sino para el gobierno, donde naturalmente se habian introducido, porque

á él se habian dirigido siempre sus conatos. Además, lo mejor era no hacer caso de ellos, porque ya acudirían al que mas votos reuniese, queriendo como querian conservar sus destinos y su dinero. El único partido con que Bonaparte podía contar, era aquel que participando de las necesidades de toda la población, queria libertar á la república del ímpetu de las facciones, constituyéndola con solidez. Por él debia regular su porvenir, y en él debia colocarse.

Ninguna duda tuvo en la eleccion, pues aunque no hubiese sido sino por instinto, debia tenerla meditada. Bonaparte aborrecia los hombres turbulentos y no gustaba de los corrompidos; solo podía adherirse á los moderados que querian gobernarse otro, pues ellos y toda la nacion pertenecia á este partido; pero era preciso aguardar, dejar que los partidos se le brindasen, y observar á sus corifeos para ver con quienes podría unirse.

Todos los partidos estaban representados en el Directorio. Los patriotas tenian á Moulins y Gohier, los *podridos* á Barrás, y los políticos ó moderados á Sieyes y Roger-Ducós. Los dos primeros eran unos patriotas sinceros y honrados, y mas moderados que su partido, porque se hallaban en el poder, admiraban á Bonaparte; pero no queriendo servirse de su espada sino para sostener la constitucion del año III, deseaban enviarle á los ejércitos. Tratábales Bonaparte con mucha consideracion, y apreciaba su honradez como lo habia hecho toda su vida, siendo este un instinto natural en un hombre nacido para gobernar. Fuera de esto, las consideraciones que le merecian eran un medio para probar que honraba á los verdaderos

republicanos. Su esposa se habia hecho amiga de la de Gohier, calculando del mismo modo, y diciendo á la esposa del director: «Nuestra amistad responderá á todas las calumnias.»

Barrás, que veia aproximarse el término de su vida política, y no dudando que le sucediese Bonaparte, le aborrecia con todo su corazón. Bien hubiera querido adularle como en otro tiempo, pero viéndose despreciado por él, no se acercaba á hablarle. Bonaparte detestaba cada dia mas á aquel epicúreo ignorante, insoluto y corrompido, probando bastante su aversion y desprecio el nombre de *podridos* con que le designaba á él y á sus secuaces, siendo por lo tanto muy difícil que se hiciese amigo suyo.

El único que quedaba verdaderamente importante, era Sieyes, el cual disponia á su antojo de Roger-Ducós. Cuando se eligió á Sieyes para el Directorio en el 30 de pradiar, parecia que se ponía en sus manos el estado, y Bonaparte, bastante disgustado de que hubiese ocupado el primer puesto en su ausencia, y ganándose por algun tiempo los ánimos, haciendo concebir lisonjeras esperanzas, le miraba con cierta antipatia que él mismo no podia explicar. Pero aunque su génio y costumbres eran opuestas diametralmente, tenian sin embargo, bastante superioridad para comprenderse y perdonar sus diferencias, si bien el suficiente orgullo para no transigir uno con otro. Por desgracia no se habian dirigido aun la palabra, y dos grandes talentos que no se han alagado mutuamente, son enemigos por naturaleza. Se observaban, y cada uno esperaba á que diese el otro el primer paso. Al fin se hallaron en una comida en casa

de Gohier: Bonaparte se creia muy superior á Moreau y no le importaba anticiparse; pero no opinó lo mismo respecto á Sieyes, á quien no dirigió la palabra. Hizo este lo mismo, y ambos se retiraron furiosos. «¿Se habrá visto tal insolencia? dijo Sieyes, no haber siquiera saludado al individuo de «un gobierno que hubiera debido mandarle fusilar.» — «¿Quién se han figurado que es ese clérigo vendido á la Prusia, y que al menor descuido os entregará á ella, dijo Bonaparte, para ponerle en el «Directorio?» Así es como muchas veces en los hombres de mas superioridad escende el orgullo á la política, porque á no ser de este modo no tendrian aquella altivez que les hace tan á propósito para dominar á los demas.

He aquí como el personage á quien Bonaparte tenia mas interés en ganar, era aquel hácia quien experimentaba mayor repugnancia; pero sus intereses eran tan idénticos, que aun á pesar suyo, iban á verse unidos por sus parciales mismos.

Mientras tanto que se observaban el uno al otro y se aumentaba la concurrencia en casa de Bonaparte. éste, incierto todavia del partido que debía adoptar, tanteó á Gohier y á Ducós para saber si consentirian en que fuese director á pesar de que no tenia la edad necesaria. Hubiera deseado sustituir á Sieyes en el gobierno; pues excluyendo á este, era muy fácil dominar á sus colegas y asegurar el gobierno. Escaso triunfo era sin duda; pero era un medio para adquirir el poder sin verse precisado á hacer una revolucion; y logrado una vez, podia esperar ocasion mas oportuna. Fuese sencillamente ó porque quisiera engañarles, que era muy posible, y persuadirles que su ambicion se

contentaba con ocupar el Directorio, les sondeó y halló que no estaban acordes en dispensarle la edad. Aun cuando lo hubiera conseguido de los consejos, le parecia que era infringir la constitucion, y por lo tanto tuvo que renunciar á esta idea.

Empezaban á inquietarse ya los dos directores Gohier y Moulins del deseo que manifestaba Bonaparte por elevarse, y trataron de alejarle dándole el mando de un ejército; pero Sieyes no fué de esta opinion, y dijo enojado que lejos de proporcionarle ocasion para adquirir mayor gloria, era conveniente por el contrario olvidarle y hacer que todos le olvidasen. Como se hablaba de enviarle á Italia, añadió Barrás que bastante habia medrado allí para tratar de que volviese, y al fin se decidió que se le invitase á aceptar un mando, dejando á su eleccion el ejército que quisiera.

Presentóse Bonaparte en el Directorio, noticioso del dicho de Barrás, y antes de que le comunicáran el objeto con que se le llamaba, tomó la palabra con aire altivo y amenazador; citó las espresiones de que se creia ofendido, y mirando á Barrás dijo: que si habia medrado en Italia no habia sido al menos á costa de la república. Barrás guardó silencio, y el presidente Gohier respondió á Bonaparte que el gobierno se hallaba persuadido de que la única fortuna que logró en Italia fueron sus laureles, añadiéndole que el Directorio le invitaba á aceptar un mando, y le dejaba en libertad de elegir ejército. Bonaparte respondió con frialdad, que no habia descansado suficientemente de sus fatigas, que se habia resentido de la transicion de un clima ardiente á otro

húmedo, y que necesitaba algun tiempo todavía para restablecerse, retirándose sin mas esplicaciones. Este hecho debia revelar sus miras á los directores, y á él no dejarle duda de la desconfianza que les inspiraba.

Por lo mismo era necesario no perder tiempo: sus hermanos y sus consejeros, Roederer, Real, Regnault de Saint-Jean-d'Angely, Bruix y Talleyrand, le presentaban diariamente individuos del partido moderado y político de los consejos. Del de los Quinientos eran Boulay del Meurthe, Gaudin, Chazal, Cabanis y Chenier, y de los Ancianos Cornudet, Lemercier, Farquet y Dannon. La opinion general era unirse con el verdadero partido, el reformador, y con Sieyes, que tenia concluida una constitucion y asegurada la mayoría del consejo de los Ancianos. Bonaparte participaba de esta opinion, conociendo que no podia adoptarse otro medio; mas era preciso relacionarle con Sieyes, lo cual no era muy facil; sin embargo, eran tan graves los intereses, y mediaban entre su orgullo y el de Sieyes, personas tan ingeniosas y sagaces, que no podia menos de hacerse en breve esta alianza. M. de Talleyrand hubiera conciliado la altivez de otros hombres mas intratables que estos, y así apenas principiò la negociacion, quando ya estaba terminada, de cuyas resultas se acordó dar á la Francia otra constitucion mas enérgica, valiéndose de Sieyes y Bonaparte. No mediaron esplicaciones sobre la forma y especie de tal constitucion, pero se daba por supuesto que seria republicana, aunque librando á la Francia de lo que ambos llamaban charlatanes, y apoyando con grande influjo á aquellos dos poderosos

talentos, que quedaban unidos desde entonces.

Unidos dos seres, de los cuales el uno era un sistemático que soñaba en el tardío cumplimiento de sus ideas, y el otro un ambicioso que aspiraba á gobernar el mundo, poco importaba que sus genios no fuesen compatibles. Las circunstancias eran las mas oportunas, la sagacidad de los mediadores y la gravedad de los intereses bastaban para paliar semejante inconveniente, al menos por algun tiempo, y poco se necesitaba para hacer una revolucion.

Estaba decidido Bonaparte á obrar de acuerdo con Sieyes y Roger-Ducós. Manifestaba siempre la misma aversion á Barrás, y las mismas consideraciones con Gohier y Moulins, aunque observaba con los tres la misma reserva; pero Fouché, que era muy hábil para adivinar el poder naciente, veia con el mayor sentimiento la enemistad de Bonaparte con su protector Barrás, causándole gran desconsuelo el que este no procurase desterrarla. Se hallaba decidido á trasladarse al campamento del nuevo César, pero dudaba por un resto de pudor si abandonar á su favorecedor, que hubiera deseado le acompañase. Constante al lado de Bonaparte, y bien quisto de él, porque tenia á su cargo la policía, trabajaba en vencer su repugnancia contra Barrás, ayudándole en esta empresa, Real, Bruix y los demas consejeros del general. Creyó haberlo logrado, é hizo que Barrás convidase á comer á Bonaparte, como así lo efectuó, para el 8 de brumario (30 de octubre). Acudió Bonaparte, y despues de la comida se suscitó la conversacion sobre los negocios; y como ambos estaban prevenidos, Barrás sacó la conversacion. Co-

menzó á hablar en general de si mismo, esperando sin duda que Bonaparte afirmaria lo contrario, y diciéndole que se hallaba enfermo, achacoso y precisado á renunciar á los negocios. Bonaparte seguia guardando silencio; y Barrás añadió que la república estaba desorganizada, y que para salvarla se haria preciso concentrar el poder y nombrar un presidente, indicando como propósito para el caso al general Hedouville. Hedouville era tan desconocido como incapaz; pero Barrás disfrazaba su pensamiento, designando á este por no nombrarse á si mismo.—En cuanto á vos, general, añadió, parece teneis intencion de volver al ejército. Id, pues, á conseguir nuevos lauros, y á restituir á la Francia su verdadera importancia europea. Yo pienso retirarme al descanso de que tengo gran necesidad.—Bonaparte clavó sus ojos en Barrás, no le respondió nada, y quedó así la conversacion. Barrás quedó cortado, y no añadió mas palabra, retirándose inmediatamente Bonaparte, y pasando á la habitacion de Sieyes antes de salir del Luxemburgo. Fué á manifestarle espresamente que solo queria entenderse con él, y que no le restaba mas que convenir en los medios de ejecucion. Ratificóse la alianza en esta entrevista, conviniéndose en prepararlo todo para el 18 ó 20 de bromario.

Cuando llegó á su casa Bonaparte, encontró en ella á Fouché, Real y los amigos de Barrás.—¿Sabeis lo que me ha propuesto vuestro amigo? les dijo; nombrar presidente á Hedouville, es decir, á él mismo, y que yo me vaya al ejército! no se puede tratar con semejante hombre. Los amigos de Barrás quisieron disculpar su poco acier-

to, pero Bonaparte habló muy poco, y mudó de conversacion, porque ya se habia resuelto. Fouché pasó al momento á ver á Barrás, para reconvenirle y estimularle á reparar el efecto de su torpeza. Al dia siguiente por la mañana acudió Barrás en casa de Bonaparte para sincerarse de lo que le habia dicho, ofreciéndole su adesion y auxilio para todo cuanto le necesitase; pero Bonaparte apenas le escuchó, y le respondió con palabras generales, hablandole tambien de sus fatigas, de su decaida salud y del fastidio con que miraba á los hombres y los negocios.

Desde entonces se contempló perdido Barrás, y conoció que habia terminado su papel, siendo ya llegado el tiempo de que recibiese el premio de sus dobles intrigas y viles falsedades. Los patriotas fogosos nada querian con él, despues de la conducta que observó con la sociedad del Picadero; los republicanos afectos á la constitucion del año III, le miraban con desprecio y desconfianza; los reformadores y politicos le tenian por hombre desacreditado, aplicándole el epíteto de podrido, inventado por Bonaparte. Solo le quedaba tramar algunas intrigas con los realistas, por medio de ciertos emigrados ocultos en su corte. Ya aquellas intrigas eran muy antiguas, pues tenian su origen en el 18 de fructidor; y habiéndolas revelado al Directorio, se hizo autorizar para perseguirlas y tener en su mano la trama de la contra-revolucion procurándose así el medio de pronunciarse, segun mejor le pareciera, por la república ó por el pretendiente. Tratábase á la sazón con este último de una suma de algunos millones para proteger su regreso; y si bien no es muy posible que Barrás

fuese sincero con el pretendiente, porque toda su propension debia ser hácia la republica, no puede sin embargo averiguarse á punto fijo á quien preferiria un hombre tan relajado, y acaso él mismo lo ignoraria; ademas de que cuando se llega á tan alto grado de corrupcion, poco dinero basta, por desgracia, para ceder á todos los gustos y opiniones.

Fouché se desesperó al ver perdido á su protector, y viéndose envuelto en su desgracia, redobló sus solicitudes con Bonaparte; mas este, que le miraba con suma desconfianza, le ocultó todos sus designios. Fouché, sin desalentarse por esto, como veia segura la victoria de Bonaparte, resolvió templar sus rigores á fuerza de servicios. Como tomó á su cargo la policia, y la desempeñaba perfectamente, sabia que se conspiraba por todas partes; pero se guardó de comunicárselo al Directorio, cuya mayoría compuesta de Moulins, Gohier y Barrás, hubiera podido deducir de sus revelaciones alguna resolucion funesta á todos los conjurados.

No hacia mas de quince dias que Bonaparte se hallaba en Paris, y estaba casi todo preparado, dedicándose Berthier, Lannes y Murat en ganar diariamente algunos oficiales y generales. Entre ellos, Bernardotte por envidia, Jourdan por amor á la república, y Augereau por jacobinismo, se negaron á ceder, y aun comunicaron sus zozobras á todos los patriotas de los Quinientos, pero la mayor parte de los militares estaban ya cohechados. Moreau, republicano sincero, pero sospechoso á los patriotas que estaban dominando, y descontento del Directorio que tan mal habia recompensado

sus talentos, no tenia mas recurso que Bonaparte, y ahagado, seducido por él, y sufriendo sia gran disgusto un superior, declaró que coadyubaria á todos sus proyectos. No queria que le confiasen secreto alguno, porque aborrecia las intrigas políticas, deseando solamente que se valiesen de él en el momento de la ejecucion. Estaban en Paris el 8.º y 9.º de dragones, que habian servido antiguamente á las órdenes de Bonaparte en Italia, enteramente decididos por él, y lo mismo sucedia al 21.º de cazadores que organizó cuando mandaba el ejército del interior, y al cual perteneció Murat en otro tiempo. Estos regimientos pedian siempre desfilar por delante de él, y los oficiales de la guarnicion y ayudantes de la guardia nacional, solicitaban tambien que les admitiese á cumplimentarle, pero aun no lo habian logrado, porque lo iba retardando para que esterecibimiento concurriese con sus planes. Sus dos hermanos, Luciano y José, y los diputados de su partido, iban haciendo cada día nuevos prosélitos en los consejos.

Señalóse para el día 15 de brumario una entrevista con Sieyes con el designio de acordar el plan y medios de ejecucion, en cuyo día debian dar un banquete al general Bonaparte los consejos, como se habia hecho cuando regresó de Italia, si bien no lo efectuaban de oficio como entonces. Propúsose el plan en junta secreta; pero los Quinientos que en el primer momento del desembarco habian nombrado á Luciano presidente, para honrar al general en la persona de su hermano, desconfiaban á la sazón y no querian asistir al banquete. Decidióse entonces darlo por sus-

ericion, y sin embargo llegó á unos seiscientos ó setecientos el número de suscritores. Verificóse la comida en la iglesia de San Sulpicio, pero estuvo poco animada, porque todos se observaban y guardaban la mayor reserva. Era evidente que esperaban un gran acontecimiento, y que debía ser parto de muchos de los concurrentes. Bonaparte se mantuvo sombrío y taciturno como era natural, porque al salir de allí iba á determinar el sitio y hora de una conjuración. Apenas concluyó la comida, se levantó, fué pasando con Berthier por todas las mesas, dirigió algunas expresiones á los diputados, y se retiró en seguida precipitadamente.

Marchó á casa de Sieyes para tomar con él las últimas disposiciones, y allí se convino en la clase de gobierno que había de suceder al actual. Decidiéndose tambien suspender por tres meses los consejos, y sustituir á los cinco directores tres cónsules interinos, que durante los tres meses conservasen una especie de dictadura y formasen una constitucion. Los tres cónsules debían ser Bonaparte, Sieyes, y Roger Ducós. En seguida se trató de los medios de ejecucion, entre los cuales contaba Sieyes con la mayoría segura de los Ancianos; y como continuamente se hablaba de proyectos incendiarios de los jacobinos, imaginaron atribuirles uno atentatorio contra la representacion nacional. La comision de inspectores de los Ancianos, que estaba de la parte de Sieyes, debía proponer que se trasladase á Saint-Cloud el cuerpo legislativo. En efecto, la constitucion daba este derecho al consejo de los Ancianos, el cual debía añadir á esta resolucion otra que no se halla-

ba autorizada por la constitucion: confiar el cuidado de proteger la traslacion á un general elegido por él, es decir, á Bonaparte. Los Ancianos debían al mismo tiempo conferirle el mando de la 17.^a division militar y de todas las tropas acantonadas en Paris. Bonaparte conduciria con estas fuerzas á Saint-Cloud al cuerpo legislativo, donde esperaban imponer la ley á los Quinientos y arrancarles el decreto de un consulado interino. En el mismo dia debían presentar Sieyes y Roger-Ducós la dimision de directores, proponiéndose conseguir lo propio de Barrás, Gohier y Moulins. El Directorio quedaba entonces desorganizado con la disolucion de la mayoría, haciendo presente á los Quinientos que no existia ya gobierno, y obligándoles á nombrar los tres cónsules. Hallábase este plan perfectamente concebido, porque cuando se quiere hacer una revolucion, debe paliarse siempre la ilegalidad todo lo que se pueda, y servirse para destruir una constitucion de su mismo testo y para derrocar á un gobierno de sus individuos mismos.

El 18 de brumario fué el señalado para adquirir el decreto de traslacion, y el 19 para la sesion decisiva en Saint-Cloud. Repartiéronse los cargos confiándose á Sieyes y sus amigos la comision de conseguir el decreto, y encargándose Bonaparte de manejar la fuerza armada y de conducir las tropas á las Tullerías.

Tomadas todas estas disposiciones, se separaron; no oyendo hablarse por todas partes mas que de un gran acontecimiento próximo á efectuarse, que es lo que sucede siempre que ocurre algo semejante. Solo las revoluciones conocidas de antemano son las que se verifican. Fouché se abs-

tenia de avisar á los tres directores que no formaban parte de la conjuracion: pero Dubois-Cran-
oé, á pesar del respeto que tenia al talento mili-
tar de Bonaparte, era ferviente patriota, y habien-
do tenido noticia del proyecto, fué á denunciarlo
á Gohier y Moulins. Creían ver, si, una extraordi-
naria ambicion, pero no daban fé á la proximidad
de una conspiracion. Barrás sospechaba en un
gran movimiento, pero como se veia perdido de
todos modos, se dejaba llevar cobardemente por
los sucesos.

Quedó encargada la comision de los Ancianos
que presidia el diputado Cornet, de prepararlo
todo en la noche del 17 al 18 para que se espidie-
se el decreto de traslacion, cuidando de cerrar los
postigos y correr las cortinas de las ventanas para
que el público no advirtiese por la luz que se tra-
bajaba de noche en la oficina de la comision. Pro-
curóse convocar al consejo de los Ancianos para
las siete de la mañana y al de los Quinientos para
las once, pues de este modo se daba el decreto
de traslacion antes de que se reuniesen en sesion
estos últimos; y como la constitucion prohibia toda
deliberacion desde el momento de promulgarse
un decreto de traslacion, cesaba por este medio
en sus tareas la tribuna de los Quinientos, y así
se ahorraban de desagradables cuestiones. Se cui-
dó ademas de retardar el aviso de convocacion
á ciertos diputados, pues con esto quedaban se-
guros de que los que inspiraban desconfianza no
llegarian hasta despues de espedido el decreto.

Bonaparte no dejó de tomar por sí todas las
precauciones necesarias, siendo una de ellas la de
llamar al coronel Sebastiani, que mandaba el 9.º

de dragones, para cerciorarse de la opinion del re-
gimicuto. Componiase este de cuatrocientos hom-
bres de infanteria y seiscientos de caballeria, y
constaba de muchos jóvenes, aunque los que lleva-
ban la voz eran los veteranos de Arcole y Rivoli.
El coronel respondió del regimiento á Bonaparte,
y acordó que so pretexto de pasar revista, saliese
á las cinco de los cuarteles, se distribuyera la gen-
te, parte en la plaza de la Revolucion y parte en
el jardin de las Tullerias, y que el mismo coronel
ocupase con doscientos caballos las calles de Mont-
Blanc y Chantereine. Bonaparte envió á decir á
los coroneles de los demas regimientos de caba-
lleria que les pasaria revista el 18, avisando tam-
bien á los oficiales que solicitaban cumplimentar-
le que los recibiria en la mañana del mismo dia,
pretestando un viage para que no estrañasen la hora.
Advirtió a Moreau y á todos los generales que
asistiesen sin falta á la calle de Chantereine á la
misma hora, y á media noche envió un edecan á
Lefebvre para que pasase á su casa á las seis de la
mañana. Lefebvre era amigo del Directorio, pero
Bonaparte contaba con que no resistiria al ascen-
diente que egercia sobre él. No dió aviso alguno
á Bernadotte, ni á Augereau, y para alucinar á
Gohier, tuvo la precaucion de hacerse convidar á
comer en su casa el mismo dia 18 con toda su fa-
milia, rogándole al mismo tiempo por medio de su
muger para que presentase su dimision, que
á las ocho de la mañana siguiente fuese á almor-
zar á la calle de Chantereine.

El dia 18 por la mañana se observó por todas
partes un movimiento imprevisto, aun por los mis-
mos que concurrían á efectuarlo. Recorria los ba-

luartes mucha caballería, y acudían de gran gala á la calle de Chantreine todos los generales y oficiales que habia en París, ajenos del gran número de personas con que iban á hallarse. Los diputados de los Ancianos acudían á sus escaños sorprendidos de tan repentina convocación, y la mayor parte de los Quinientos ignoraban casi todos lo que se preparaba. Gobier, Moulins y Barrás tampoco sabían una palabra; pero Sieyès, que hacia algun tiempo estaba tomando lecciones de equitación y Roger-Ducós, se hallaban ya á caballo en direccion de las Tullerías.

Luego que se reunieron los Ancianos, el presidente de la comision de inspectores tomó la palabra en estos términos.—La comision encargada de vigilar por la seguridad del cuerpo legislativo ha sabido que se traman siniestros planes, que acuden muchos conspiradores á París, donde celebran conciliabulos, y preparan atentados contra la libertad de la representacion nacional.—El diputado Cornet añadió que el consejo de los Ancianos tenia en su mano el medio de salvar la república, del cual debia aprovecharse. Que este era trasladar el cuerpo legislativo á Saint-Cloud para librarle de los atentados de los conspiradores, y asegurar entretanto la tranquilidad pública, encargándola á un general capaz de defenderla, eligiendo al efecto á Bonaparte. No bien se concluyó la lectura de esta proposicion y del decreto que la contenia, cuando se manifestó cierta conmocion en el consejo. Intentaron oponerse algunos individuos, mas la apoyaron Cornudet, Lebrun, Fargues y Regnier. El nombre de Bonaparte que se habia alegado, y con cuyo apoyo se creian seguros, decidió á la

mayoría, y á las ocho ya estaba dado el decreto. Por él se mandaba trasladar los consejos á Saint-Cloud, á donde se les convocaba para el siguiente mediodia. Nombrábase á Bonaparte general en jefe de todas las tropas pertenecientes á la 17.^a division militar, de la guardia del cuerpo legislativo, de la del Directorio, y de la guardia nacional de París y sus alrededores. Hallábase á sus órdenes Lefebvre, comandante actual de la 17.^a division, y Bonaparte tenia orden para acudir á la barra á recibir el decreto y jurar en manos del presidente. Se envió un mensajero de estado que inmediatamente llevase el decreto al general.

Encargóse de esta comision el mismo diputado Cornet, que halló agolpada en los baluartes numerosa caballería, y llenas de oficiales y generales con uniforme de gala las calles de Mont-Blanc y Chantreine. Todos acudían á la invitacion del general Bonaparte, cuyas salas eran demasiado reducidas para tanta gente, y así mandó abrir las puertas, se adelantó á la escalera, desde donde arengó á los oficiales diciéndoles, que la Francia estaba en peligro, y que contaba con ellos para que le ayudasen á salvarla. El diputado Cornet entonces le presentó el decreto, le tomó en sus manos, lo leyó en alta voz y les preguntó si podia contar con su apoyo. La respuesta fué empuñar las espadas y decir que estaban prontos á darle auxilio; tambien se dirigió á Lefebvre, el cual viendo las tropas en movimiento sin orden suya, preguntó al coronel Sebastiani, que sin responderle le obligó á entrar en casa de Bonaparte. Presentóse Lefebvre muy irritado.—Y bien, Lefebvre, le dijo Bonaparte; vos que sois uno de los apoyos de la república, ¿quer-

reis dejarla perecer en las manos de esos *abogados*? Unios á mí para ayudarme á salvarla. Tomad; añadió Bonaparte alargándole un sable, este es el sable que yo llevaba en las Piramides; os le doy como prenda de mi afecto y confianza.—Si, replicó Le-febvre bastante conmovido, echemos de cabeza al río á los *abogados*. José había llevado á Bernardotte, pero viendo este lo que se trataba de hacer, se retiró para ir á dar cuenta á los patriotas: Fouché no se hallaba en el secreto, pero al saber el acontecimiento, mandó cerrar las barreras y suspender la salida de los correos y carruages públicos, yendo apresurado á decirselo á Bonaparte protestándole su adhesion. Este, que hasta entonces le había dejado á un lado, no le despreció, pero si le dijo que sus precauciones eran inútiles, y que no debía cerrar las barreras ni suspender la marcha regular de las cosas, puesto que él obraba en favor de la nacion y contaba con ella. Supo al mismo tiempo que Gohier no había querido ceder á su invitacion, y manifestó algun enojo, mandándole á decir con un tercero que porfiaría inútilmente si trataba de resistir. Montó en seguida á caballo para pasar á las Tullerías y prestar juramento ante el consejo de los Ancianos, y casi todos los generales de la república, iban á su lado. Moreau, Macdonald, Berthier, Lannes, Murat y Leclerc se colocaron detrás como tenientes suyos, y se encontró en las Tullerías los destacamentos de 9.^{os}, los arengó, y dejándoles entusiasmados, entró en el palacio.

Presentóse delante de los Ancianos acompañado de un soberbio estado mayor, y su presencia produjo muy viva sensacion, probando á aquel consejo que se había asociado á un poderoso, el cual

tenia todos los medios necesarios para hacer cuanto quisiese. Se presentó en la barra y dijo: «Ciudadanos representantes: la república iba á perecer, y con vuestro decreto la habeis salvado. Desgraciados los que quisieren oponerse á su ejecución; auxiliado por todos mis compañeros de armas que veis reunidos al rededor de mí, sabré reprimir sus tentativas. En vano se buscan ejemplares pasados para sobresaltar nuestros ánimos; nada se parece en la historia al siglo XVIII, ni nada de este siglo á su terminacion... queremos la república... la queremos cimentada en la verdadera libertad y en el sistema representativo... ¡y juro que lo conseguiremos en mi nombre y en el de mis compañeros de armas...—¡Lo juramos todos!» repitieron los generales y oficiales que se hallaban en la barra. Sagaz era el modo con que acababa Bonaparte de prestar su juramento, evitando el hacerlo en favor de la constitucion. Quiso un diputado tomar la palabra para hacer una observacion, mas el presidente se la negó, á causa de que el decreto de traslacion, prohibia deliberar. Separáronse al punto y Bonaparte pasó al jardin; montó á caballo, y acompañado de todos los generales, pasó revista á los regimientos de la guarnicion que iban sucesivamente llegando. Dirigió una breve y enérgica proclama á los soldados diciéndoles que iba á hacer una revolucion que les proporcionaria abundancia y gloria, y por todas las filas resonaron los gritos de ¡viva Bonaparte! El tiempo estaba hermoso, y la concurrencia era extraordinaria: todo parecia proteger el inevitable atentado que iba á poner término á la confusion con el poder absoluto.

En aquel momento sabedores los Quinientos de la revolucion que se preparaba, acudieron atropelladamente al salon de sus sesiones, donde apenas se reunieron, cuando llegó el mensaje de los Ancianos con el decreto de traslacion. Al oír su lectura prorrumpieron en ruidosas voces gran número de diputados, pero el presidente Luciano Bonaparte, les impuso silencio en virtud del artículo de la constitucion que no les permitia ya deliberar. Separáronse al punto los Quinientos, y los mas acalorados se reunian unos en casa de otros y formaban juntas para exhalar su indignacion é idear medios de resistencia. Los patriotas de los arrabales estaban muy alterados y se habian amotinado teniendo por corifeo á Santerre.

Entretanto Bonaparte, terminado que hubo la revista de las tropas, se volvió á las Tullerías, pasando á la comision de inspectores de los Ancianos. La de los Quinientos igualmente se adhirió en su totalidad á la nueva revolucion, accediendo á todo lo que se preparaba. Allí debia efectuarse todo, con pretexto de verificar la traslacion, asistiendo Bonaparte á su sesion permanente. Ya habia acudido el ministro de justicia Cambacéres, como asimismo Fouché. Sieyes y Roger-Ducós acababan de presentar su dimision, pero interesaba obtener otra mas en el Directorio, porque entonces quedaba disuelta la mayoría, no existia ya poder ejecutivo, y no debia temerse ninguna revolucion enérgica de su parte; y así no esperando á que la presentase Gobier ni Moulins, fueron M. de Talleyrand y el almirante Bruix á obligar á Barrás á dar la suya.

En seguida distribuyó Bonaparte el mando de

las tropas, encargando á Murat que con una numerosa caballeria y un cuerpo de granaderos fuese á ocupar á Saint-Cloud. Colocó á Serrurier con una reserva en Point-du-jour; confió á Lannes el mando de las tropas que custodiaban las Tullerías, dando en seguida á Moreau una estraña comision, y á la verdad la menos honrosa de todas en tan gran acontecimiento. Le encargó que fuese con quinientos hombres á guardar el Luxemburgo, dándole por instruccion que bloquease á los directores con el pretexto de afianzar su seguridad, y les prohibiese absolutamente toda comunicacion exterior. Bonaparte ordenó al mismo tiempo al comandante de la guardia del Directorio que le obedeciese, dejando con su tropa el Luxemburgo, é incorporándose con él en las Tullerías. Finalmente, tomó, con el auxilio de Fouché, una importantísima precaucion, y fué que como el Directorio tenia facultad para suspender los ayuntamientos, el ministro Fouché, obrando en el concepto de ministro de la policia y como si le hubiera autorizado el Directorio, suspendió los doce Ayuntamientos de Paris, privándoles de toda su potestad. De este modo no tenian los patriotas ningun punto de reunion, ni en el Directorio ni en los doce Ayuntamientos, sustituidos al grande que en otro tiempo habia. Fouché mandó en seguida fijar bandos, para invitar á los ciudadanos al orden y tranquilidad, asegurándoles que se trabajaba en aquellos momentos en salvar de sus riesgos á la república.

Todas aquellas medidas surtieron muy buen efecto, quedando en todas partes reconocida la autoridad del general, á pesar de que el consejo de los Ancianos no obró constitucionalmente al

conferírsela. Estos podían mandar ciertamente la traslacion, pero no nombrar un gefe supremo de la fuerza armada. Moreau pasó á Luxemburgo, y le bloqueó con quinientos hombres, y el comandante de la guardia directorial Jubé, obedeciendo inmediatamente las órdenes que acababa de recibir mandó montar á caballo á su tropa, y dejó el Luxemburgo para pasar á las Tullerías. Los tres directores Moulins, Gohier y Barrás permanecían entre tanto en una terrible ansiedad, y conociendo por fin los dos primeros que se les había ocultado la conjuración, pasaron á la habitacion de Barrás, para saber si quería sostenerse con ellos y formar la mayoría; pero el vicioso director se hallaba en el baño, y apenas sabia lo que ejecutaba en Paris Bonaparte.—Ese hombre, exclamó con una espresion grosera, nos ha engañado á todos!—Ofreció unirse á sus colegas, porque él siempre lo prometia todo, y envió á su secretario Bottot á las Tullerías para adquirir noticias, pero apenas le dejaron Gohier y Moulins, cayó en manos de Bruix y de Talleyrand. No era difícil dárlo á entender la impotencia á que se veía reducido, ni era de esperar que quisiese sucumbir gloriosamente en defensa de la constitucion directorial. Prometiéronle tranquilidad y fortuna, y accedió á dar su dimision. Le habian escrito una carta que firmó al momento, y que Talleyrand y Bruix se apresuraron á llevar á Bonaparte. Gohier y Moulins hicieron desde entonces inútiles esfuerzos para verle, y luego supieron que acababa de renunciar. Aislados y sin facultad para deliberar, no sabian lo que hacer, aunque sin embargo, querian desempeñar fielmente sus deberes respecto á la constitucion del año III. Por

tanto resolvieron pasar á la comision de inspectores, para saber si sus dos colegas Sieyes y Ducós querian reunirse á ellos, y formando la mayoría, promulgar al menos el decreto de traslacion; pero era muy triste recurso este. No era posible reunir una fuerza armada, ni alzar un estandarte contrario al de Bonaparte, de suerte que era inútil ir á las Tullerías á contrarestarle en medio de su gente y defensores.

Sin embargo, habiendo manifestado deseos de presentarse allí, les dejaron salir. Hallaron á Bonaparte rodeado de Sieyes, Ducós, una multitud de diputados y un numeroso estado mayor, en el momento que acababa de recibir muy mal á Bottot, el secretario de Barras, diciéndole en voz alta: «¿Qué se ha hecho de aquella Francia que yo dejé tan brillante? Dejé la paz, y he hallado la guerra; dejé victorias, y he hallado descalabros; dejé los «millones de Italia, y he hallado leyes usurpadoras y miseria. ¿Dónde están aquellos cien mil franceses que yo conocia, compañeros todos de mi gloria? ¡ninguno existe!» Bottot se retiró aterrado, pero al mismo tiempo llegó la dimision de Barrás, y se tranquilizó el general. Dijo á Gohier y Moulins que los veía con satisfaccion, y que contaba con su renuncia porque los creia muy buenos ciudadanos para que se opusieran á una revolucion inevitable y provechosa. Gohier respondió con entereza que iba con su colega Moulins á procurar la salvacion de la república.—Si, respondió Bonaparte, salvarla, ¿y con qué?... ¿con los recursos de la constitucion que se desploma por todas partes?—¿Y quién ha dicho eso? replicó Gohier; hombres que no tienen valor ni voluntad para sostenerla.—

Trabóse una disputa bastante acalorada entre Gohier y Bonaparte, y estando en ella presentaron un oficio al general en que se le participaba el grande motin del arrabal de San Antonio.—General Moulins, dijo Bonaparte, ¿sois pariente de Santerre?—No, respondió Moulins, no soy su pariente pero sí su amigo.—Veo, añadió Bonaparte, que ha alborotado los arrabales; decidle que al primer movimiento le mando fusilar.—Moulins replicó con energía á Bonaparte, el cual repitió que mandaría fusilar á Santerre. Continuó el altercado con Gohier, y el general le dijo por último:—La república peligra, es preciso salvarla... ¡Yo lo quiero! Sieyes y Ducós han hecho dimision y Barrás acaba de enviar la suya. Sois dos hombres aislados, y no podeis hacer nada, así, os aconsejo que no opongais resistencia de ninguna especie.—Gohier y Moulins respondieron que no abandonarían su puesto, y se volvieron al Luxemburgo, quedando desde aquel momento encarcelados, separados uno de otro, y privados de toda comunicacion, en virtud de las órdenes que dió á Moreau Bonaparte. Barrás acababa de salir para su casa de campo de Gros-Bois, escoltado por un destacamento de dragones.

No existía, pues, ya el poder ejecutivo, y Bonaparte era el único que disponia de la fuerza, y todos los ministros se hallaban reunidos á su lado en la comision de inspectores, de donde emanaban todas las órdenes como del único punto en que existía una autoridad organizada. Terminóse el dia con bastante tranquilidad. Los patriotas formaban numerosas reuniones y resoluciones desesperadas, aunque sin creer que fuese posible efectuarlas: ¡tal

era el temor que inspiraba el ascendiente de Bonaparte sobre la tropa!

Por la noche se celebró consejo en la comision de inspectores con el objeto de convenir entre los principales individuos de los Ancianos, lo que al dia siguiente habian de hacer en Saint-Cloud. El proyecto convenido con Sieyes era proponer el emplazamiento de los consejos con un consulado interino; pero esta proposicion presentaba algunas dificultades y muchos individuos de los Ancianos que habian contribuido á expedir el decreto de traslacion, temian ahora el predominio del partido militar. No se habian figurado que se tratase de crear una dictadura, para Bonaparte y sus dos asociados; solo hubieran querido formar de otro modo el Directorio, y aun consentido, á pesar de la edad del general, en nombrarle para aquel cargo. Hicieron la proposicion, pero Bonaparte respondió con resuelto tono, que no podia seguir la constitucion, que se necesitaba una autoridad mas concentrada, y especialmente una tregua á los debates politicos que conmovian la república. Propusieronse el nombramiento de los tres cónsules y la suspension de los consejos hasta el 1.º de ventoso, y despues de una larga discusion se aprobaron estas determinaciones. Eligiéronse por cónsules á Bonaparte, Sieyes y Ducós, estendiéndose el proyecto para proponerse al siguiente dia por la mañana en Saint-Cloud. Sieyes que conocia perfectamente los impulsos revolucionarios, queria que se prendiera por la noche á cuarenta diputados de los que llevaban la voz en los Quinientos; pero Bonaparte no lo consintió, y tuvo motivos de arrepentirse.

Pasóse la noche con bastante tranquilidad, y

al siguiente dia por la mañana, 49 de brumario (10 de noviembre), estaba cubierto de tropas, carruages y curiosos el camino de Saint-Cloud. Habianse preparado tres salones en el alcázar, uno para los Ancianos, otro para los Quinientos y el tercero para la comision de inspectores y Bonaparte. Debian estar concluidos al mediodia los preparativos, pero no pudieron efectuarse hasta las dos; cuyo retraso estuvo para dar al traste con los autores de la nueva revolucion. Se paseaban por los jardines de Saint-Cloud los diputados de ambos consejos, conversando juntos con mucho acaloramiento. Irritados los de los Quinientos por haber sido en cierto modo espulsados por los Ancianos, sin darles tiempo ni aun para tomar la palabra, les preguntaban naturalmente lo que querian y lo que proyectaban para aquel dia.—El gobierno está desorganizado, les decian, enhorabuena; convenimos en que es preciso reformatarlo, y que es urgente: ¿queréis introducir en él en vez de hombres ineptos y sin nombradía otros de mas prestigio? ¿queréis colocar en él á Bonaparte?... pues aunque no tiene la edad que se requiere, tambien nos allanamos.—Estas cuestiones sin réplica ponian en un conflicto á los Ancianos. Era preciso convenir en que se queria otra cosa, y que se intentaba derrocar la constitucion; algunos de ellos hicieron insinuaciones sobre el particular, pero fueron mal recibidas. Los Ancianos, recelosos ya el dia antes por lo que habia acontecido en la comision de inspectores, acabaron de entrar en cuidado al ver la resistencia que los Quinientos manifestaban. Desde entonces parecieron inciertas las disposiciones del cuerpo legislativo, y muy arries-

gado el proyecto de revolucion. Bonaparte estaba á caballo al frente de sus tropas; Sieyes y Ducós tenian una silla de posta con seis caballos en las verjas de Saint-Cloud, igual precaucion habian tomado tambien otros muchos personajes, con ánimo de emprender la fuga en caso de malograrse el proyecto. Pero Sieyes mostró, sin embargo, en toda esta escena, una serenidad extraordinaria, y mucha presencia de ánimo. Se temia que Jourdan, Augereau y Bernardotte fuesen á arengar á las tropas, y por lo tanto se mandó acuchillar al primero que se presentase á dirigir alguna allocucion, fuese representante, fuese general.

Abrióse á las dos de la tarde la sesion de ambos consejos, y principiaron en el de los Ancianos á hacerse varias reclamaciones por parte de los individuos á quienes no se habia citado el dia antes para asistir á la discusion del decreto de traslacion, pero se prescindió de ellas, y se pasó á tratar de comunicar á los Quinientos que el consejo estaba en mayoría y pronto á deliberar. En los Quinientos comenzó la deliberacion de distinto modo. Empezó el diputado Gaudin, comisionado por Sieyes y Bonaparte para abrir la discusion, hablando de los riesgos que corria la república, y propuso dos cosas: en primer lugar, un voto de gracias á los Ancianos por haber trasladado el consejo á Saint-Cloud; y en segundo, formar una comision para que informase de los peligros de la república, y de los medios de evitarlos. Por si se aprobaba esta proposicion, habia ya preparado un informe, y se hubiera aconsejado el consulado interino y el emplazamiento; pero apenas concluyó de hablar el diputado Gaudin, estalló en la

Asamblea un espantoso tumulto. Prorumpieron en descompasados gritos, esclamando por todas partes:—¡Fuera dictadores! ¡Fuera de dictadura! ¡viva la constitucion!—¡Constitucion ó muerte! grita Delbrel... No nos intimidan las bayonetas! ¡aquí somos libres!—Continuaba después de estas palabras el griterio, y algunos diputados repiten furiosos, mirando al presidente Luciano: nada de dictadura, ¡muera los dictadores!—Luciano tomó la palabra al oír estos insultos.—Sé demasiado, dijo, lo que es la dignidad de presidente, para sufrir mas las insolentes amenazas de ciertos oradores, á quienes llamo al órden!—Pero esta insinuacion, en vez de aquietarlos, les enfureció doblemente, y después de una larga agitacion, propuso el diputado Grand-Maison prestar juramento á la constitucion del año III, cuya proposicion fué inmediatamente aprobada, asi como el que la votacion fuese nominal. Cada diputado acudió sucesivamente á la tribuna, en medio de los gritos y aplausos de todos los concurrentes, y aun el mismo Luciano se vió precisado á dejar el sillón para prestar el juramento que desconcertaba todos los proyectos de su hermano.

Iban tomando los sucesos un giro peligroso, pues en vez de nombrar una comision para oír proyectos de reforma, juraban los Quinientos sostener el actual régimen; y los Ancianos, ya dudosos, estaban dispuestos á desdecirse. Parecia que iba á frustrarse la revolucion, y era urgente el peligro. Augereau, Jourdan y los patriotas influyentes se hallaban en Saint-Cloud aguardando un momento favorable para atraerse las tropas. Bonaparte y Sieyes convienen desde luego en que es

preciso obrar y poner de su parte todos los elementos. Decidese, pues, el general á presentarse en los dos consejos al frente de su estado mayor. Encuentra á Augereau, que en tono burlon le dice: ¡amigo, estais en buena posicion!—¡Pœr me hallaba en Arcole! le respondió Bonaparte, y se presentó en la barra de los Ancianos. No estaba acostumbrado á hablar en Asambleas politicas, y el hablar en público por primera vez, no solo es difícil, sino aun temible, para los hombres de mas carácter, y en las circunstancias mas triviales. Mas difícil debia serle aun, en medio de tan criticos acontecimientos, á un hombre que jamás se habia presentado en una tribuna. Bonaparte tomó conmovido la palabra, y con voz trémula, aunque robusta, dijo á los Ancianos: «Ciudadanos representantes, no os hallais en circunstancias ordinarias, sino sobre un volcan; permitidme algunas esplicaciones. Hais creído en riesgo á la república, y trasladado á Saint-Cloud el cuerpo legislativo, me habeis llamado para ejecutar vuestros decretos, y yo he salido de mi casa para obedeceros, abrumándonos ya á calumnias á mí y á mis compañeros de armas: hablan de un nuevo Cromwell, de otro César. Ciudadanos, si hubiera tenido semejante ambicion, fácil me hubiera sido «saciarla al volver de Italia, en el momento del mayor triunfo, y cuando el ejército y los partidos «me invitaban á apoderarme del mando. Ni entonces lo admiti, ni lo admito ahora. Solo los peligros de la patria han despertado mi celo y el «vuestro.» Luego hizo con la voz trémula aun, la reseña de la peligrosa situacion de la república, desgarrada por todos los partidos, y amenazada

por una nueva guerra civil en el Oeste, y por una invasion en el Mediodia, añadiendo despues: «Evitemos tan graves males; salvemos los dos objetos que nos han costado tantos sacrificios: la libertad y la igualdad...»—Decid: tambien algo de la constitucion, le gritó el diputado Linglet.—Esta interrupcion le dejó cortado por algunos instantes; pero reponiéndose le contestó con voz balbuciente: «¡Constitucion! ¡ya no la teneis! la habeis destruido vosotros al atentar el 18 de fructidor contra la representacion nacional; al anular en 22 de «floreo las elecciones populares, y al atacar en 30 «de pradio la independencia del gobierno. Todos «los partidos quieren destruir esa constitucion de «que hablais; todos han venido á hacerme participe de sus proyectos, y á brindarme para que les «auxiliase. Yo no he querido; pero si es preciso, «designaré los partidos y las personas.»—¡Nombradlas! gritaron entoncez los opositores, pedid una junta secreta! Siguióse á esta interrupcion un prolongado tumulto, hasta que Bonaparte, volviendo á tomar la palabra, y pintando de nuevo el estado de la Francia, obligó á los Ancianos á adoptar resoluciones que pudiesen salvarla. «Rodeado, «añadió, de mis compañeros de armas, yo podré «auxiliaros, y pongo por testigos á esos valientes «granaderos, cuyas bayonetas veo, y á quienes «tantas veces he conducido al enemigo; pongo su «valor por testigo de que os ayudaremos á salvar «la patria. Y si algun orador, añade Bonaparte «con voz amenazadora, si algun orador, pagado por el estrangero, hablase de ponerme fuera «de la ley, acudiré entoncez á mis compañeros «de armas. No olvideis que yo marchó acom-

«pañado de la fortuna y del dios de la guerra!»

Este lenguaje atrevido era una leccion para los Quinientos, pues por lo que hace á los Ancianos le oyeron favorablemente y parecieron tranquilizarse con la presencia del general, á quien concedieron los honores de la sesion.

Despues que Bonaparte escitó á los Ancianos, trató de pasar á los Quinientos é intimidarlos y así se adelantó con algunos granaderos y entró en el salon, dejándolos á un estremo. Tenia que andar la mitad de la pieza para llegar á la barra, y no bien hubo llegado al medio, cuando prorumpen por todas partes en furiosos gritos.—¿Cómo! dicen una porcion de voces, ¡soldados y armas aqui! ¿de qué se trata?... ¡Muera el dictador! muera el tirano! Arrojanse muchos diputados en medio del salon, rodean al general y le dirigen las mas terribles interpelaciones.—Decid, ¿habeis vencido para esto? Ya habeis ajado todos vuestros laureles... Vuestra gloria se ha convertido en infamial respetad el templo de las leyes. Salid, marcháos de aqui.—Bonaparte quedó confuso en medio de la multitud que le oprimia, y los granaderos que habia dejado á la puerta acudieron rechazando á los diputados y le cogieron por en medio del cuerpo. Dicese que en medio de tan grande confusion recibieron algunos soldados las puñaladas que le asestaban, y el granadero Thomé salió con todo el vestido desgarrado. Es muy posible que en semejante lucha hubiera sucedido esto sin que por eso se sacasen puñales, pero tambien lo es que se empuñase mas de uno: pues los republicanos que creian ver en él otro César, pudieron muy bien armarse con el hierro de Bruto sin ser

asesinos, y seria una debilidad tratar de disculparlos. Como quiera que sea, se rechazó á Bonaparte fuera del salon, y aunque se dijo que estuvo turbado, lo cual no dejaba de ser una suposicion tan estraña como la de los puñales; montó á caballo, acudió á donde estaban sus tropas, las dijo que habian querido asesinarle y que su vida habia peligrado á lo que contestaron con los gritos de viva *Bonaparte!*

Entretanto continuaba la tempestad en la Asamblea con mas furor que nunca dirigiéndose contra Luciano, el cual manifestó una firmeza y serenidad admirables.—¡Vuestro hermano, le dijeron, es un tirano; en un dia ha perdido toda su gloria!—Luciano procuró en vano disculparle diciendo:—No habeis querido escucharle cuando venia á esplicaros su conducta, á comunicaros sus intentos y á responder á todas las cuestiones que no cesais de suscitar desde que os reunisteis. Sus servicios merecian que á lo menos se le dejase hablar.—No, no, fuera el tirano! gritaron furiosos los patriotas. ¡Fuera de la ley! añadian, ¡fuera de la ley!—Esta palabra era terrible, pues habia perdido á Robespierre, y pronunciada contra Bonaparte podia hacer vacilar á las tropas y dejarle. Luciano se opuso con fortaleza á la proposicion de ponerle fuera de la ley, y pidió que se oyese antes á su hermano. Luchó por largo tiempo en medio de un espantoso tumulto hasta que por fin, quitándose el bonete y la toga les dijo: — ¡Miserables! ¡quereis que ponga fuera de la ley á mi propio hermano! ¡renuncio la presidencia y voy a la barra á defender al acusado!

En aquel momento oyendo Bonaparte desde fuera del salon lo que pasaba y temiendo por su

hermano, envió á diez granaderos para que le sacasen de allí. Entraron estos, y encontrando á Luciano en medio de un grupo le cogieron por un brazo diciéndole que su hermano lo mandaba, y lo sacaron fuera de aquel recinto. Habia llegado el momento de tomar un partido decisivo, y todo se perdia si se andaba vacilando. Los medios oratorios para calmar á la Asamblea eran ineficaces, y no quedaba mas que el de la fuerza, debiendo arriesgar uno de aquellos actos audaces ante los cuales vacilan los usurpadores. César titubeó al pasar el Rubicon, y Cromwell al cerrar el Parlamento; pero Bonaparte se decidió á enviar los granaderos contra la Asamblea, y montando á caballo con Luciano, recorre la linea de las tropas.—El consejo de los Quinientos está disuelto, les dice Luciano; yo soy quien os lo declaro como presidente. Se han introducido asesinos en el salon de las sesiones y violado la mayoria, por lo tanto os mando que marcheis á ponerla en libertad.—Juró en seguida que él y su hermano serian los defensores fieles de la libertad. Murat y Leclerc ponen en movimiento un batallon de granaderos y le conducen á la puerta de los Quinientos adelantándose hasta la entrada del salon. Al ver las bayonetas los diputados empezaron á gritar, como cuando se presentó Bonaparte; pero el redoble de los tambores ahogó sus voces.—¡Granaderos, marchen! dijeron los oficiales, y los granaderos penetraron en el salon, y dispersaron á los diputados que salieron huyendo unos por los pasadizos y otros por las ventanas. En un momento quedó evacuado el salon, y Bonaparte dueño de aquel triste campo de batalla.

Llevóse la noticia á los Ancianos que estaban llenos de inquietud y de disgusto, pues no habian creido en semejante atentado. Se presentó Luciano en su barra y justificó su conducta en los Quinientos. Oyeron tranquilos sus razones, porque ¿qué habia de hacerse en situacion semejante? ... Era preciso acabar de una vez y llevar á cabo el objeto que se habian propuesto. El consejo de los Ancianos no podia decretar por sí solo la suspension del cuerpo legislativo é institucion del consulado. El consejo de los Quinientos estaba disuelto, pero quedaban unos cincuenta diputados, partidarios de aquella revolucion, reuniéronles y les hicieron expedir el decreto que se deseaba. Pasóse á media noche el decreto á los Ancianos, los cuales lo aprobaron, nombrándose por cónsules interinos, revestidos de todo el poder ejecutivo á Bonaparte, Roger-Ducos y Sieyes. Se suspendieron los consejos hasta el 1.º de ventoso próximo, sustituyéndose en su lugar dos comisiones de á veinte y cinco individuos, sacadas de los consejos y encargadas de aprobar las providencias legislativas que hubieren de tomar los tres cónsules. Estos y las comisiones quedaron encargados de redactar otra constitucion.

A esto se redujo la revolucion del 18 de brumario juzgada con tanta variedad por los hombres, mirada por unos como atentado que desacreditó nuestra libertad, y por otros como una revolucion audaz aunque necesaria, que puso término á la anarquía. Lo único que pudo decirse fué, que despues de haber tomado la revolucion todas las formas, la monárquica, la republicana y democrática, adoptaba por fin la militar, porque en medio

de aquella perpétua lucha con la Europa, era menester que se constituyese sólida y fuertemente. Los republicanos se lamentaban de tantos esfuerzos infructuosos y de tanta sangre inútilmente vertida para cimentar la libertad en Francia, y se apesadumbraban al verla sacrificada por uno de los héroes que ella misma habia producido. En esto les engañaba un sentimiento noble, porque la revolucion que debia darnos la libertad, y que lo preparaba todo para que la gozásemos algun dia, no era ni debia ser por sí misma la libertad, sino una fuerte lucha contra el antiguo régimen que despues de haber sido vencido en Francia, debia serlo tambien en Europa. Pero tan violenta lucha no admitia ni las formas ni el espíritu de la libertad, pues aunque se disfrutó por algun tiempo con la Constituyente, fué por cortos momentos; mas luego el partido popular se hizo tan poderoso que intimidó á todos; cuando invadió las Tullerías en el 10 de agosto; cuando en el 2 de setiembre sacrificó á todos los que le inspiraban recelos; cuando en 21 de enero obligó á todos á comprometerse con él, empapando sus manos en la sangre real; cuando en 9 de agosto de 93 precisó á todos los ciudadanos á pasar á las fronteras ó á entregar su fortuna; cuando abdicó él mismo su poder, transmitiéndole á aquella gran comision de salvacion pública compuesta de doce individuos, ¿habia ni podia haber libertad? no; lo que si existia era un violento esfuerzo de pasiones y heroismo; aquella tension muscular de un atleta que lucha con un enemigo poderoso. Despues de aquellos momentos de peligro y despues de nuestras victorias hubo un instante de descanso. El fin de la Convencion y

el Directorio ofrecieron algunos días de libertad; pero la lucha con Europa solo podía suspenderse por muy poco tiempo; se renovó en breve, y al primer contratiempo se levantaron todos los partidos contra un gobierno demasiado moderado, é invocaron el auxilio de un brazo poderoso. Bonaparte al volver de Oriente, fué aclamado como soberano y convidado con el poder. En vano se dirá que en Zurich se salvó á la Francia; Zurich no era mas que un incidente, una tregua, y era menester aun Marengo y Hohenlinden para salvarla enteramente. Se necesitaba mas que de triunfos militares de una reorganizacion poderosa de todas las partes del gobierno en lo interior, y la Francia habia menester mas que una cabeza politica de un corifeo militar. Eran, pues, absolutamente necesarios el 18 y 19 de brumario, pudiendo decirse que solo el 20 fué reprehensible porque el héroe abusó del servicio que acababa de hacer. Pero podrá responder á esto que iba á cumplir la misteriosa mision que sin saberlo, recibio del destino, y que sin querer verificaba; pero no iba á continuar la libertad, porque no podia existir todavia, sino la revolucion del mundo bajo la forma monárquica; iba á continuarla sentándose, aunque plebeyo, en un trono; conduciendo al pontífice á Paris para que derramase el óleo sagrado sobre una frente plebeya; creando una aristocracia de plebeyos, obligando á las aristocracias á asociarse con su aristocracia plebeya; haciendo reyes de plebeyos; y por último, uniendo su suerte á la de la hija de los césares, mezclando su sangre plebeya con una de las mas nobles de Europa; revolviendo, en fin, todos los pueblos y esparciendo las leyes francesas

por Alemania, Italia y España, al mismo tiempo que desvanecía tantos prestigios y conmovia ó alteraba tantas cosas. Esta era la inmensa tarea que debia desempeñar, y entretanto que se consolidaba la nueva sociedad al abrigo de su espada: la libertad ya vendria despues. No ha llegado aun, pero vendrá. No he hecho mas que describir la primera crisis que preparó sus elementos en Europa, y he procurado hacerlo sin encono, compadeciendo los errores, acatando la virtud, admirando la grandeza de alma, procurando descubrir los profundos designios de la Providencia en estos grandes sucesos, y respetándolos, tan luego como he creído penetrar sus arcanos.

NOTAS

Y

DOCUMENTOS JUSTIFICATIVOS.



Nota 1ª., página 53, tomo I.

¶ Creo necesario citar el siguiente trozo de las memorias de Ferrieres, porque algunos bajos detractores han procurado desacreditar todos los actos de la revolucion francesa. Este extracto hará conocer el efecto que produjeron, aun en los ánimos menos plebeyos, las funciones nacionales de aquella gran época.

«Llevado del placer de referir aqui la impresion que produjo en mí aquella augusta é interesante ceremonia, voy á copiar la relacion que escribí entonces, llena aun de lo que mi interior sentia. Si este trozo no es histórico, tendrá tal vez para algunos lectores mayor interés.

«La nobleza, con trage negro, chupa y solapa de tisú de oro, capa de seda, corbata de encaje y sombrero de plumas; armado á lo Enrique IV; el clero con sotana, manteo y bonete, los obispos con sus hábitos morados y roquetes, y el tercer estamento vestido de negro, con capa de seda y corbata de batista. Colocóse el rey en un estrado, ricamente adornado; Monsieur, el conde de Artois, los príncipes, ministros y grandes

digitarios de la corona estaban sentados por bajo del rey; la reina se puso en frente de él, y la condesa de Provenza, condesa de Artois, las princesas y las damas de la corte, magníficamente adornadas y cubiertas de pedrería, formaban una lucida comitiva. Las calles estaban colgadas con los tapices de la corona; los regimientos de las guardias francesas y suizas formaban una línea desde Nuestra Señora hasta san Luis; un inmenso pueblo nos miraba pasar con respetuoso silencio; los balcones estaban adornados con preciosas colgaduras, y las ventanas llenas de espectadores de todas edades y sexos y de mujeres hermosas, vestidas con elegancia. La variedad de sombreros, plumas y trajes; la amable ternura que en todos los rostros se notaba; el regocijo que se advertía; los aplausos y las expresiones del interés mas cariñoso; las miradas que se nos anticipaban y nos seguían aun despues de habernos perdido de vista... ¡cuadro lisongero y encantador, que en vano procuraría describir! Las orquestas que de trecho en trecho hacían resonar el aire con melodiosos tonos; las marchas militares; el ruido de los tambores; el sonido de las trompetas y el noble canto de los sacerdotes, que se oían alternativamente sin disonancia ni confusion, animaban aquella marcha triunfante del Eterno.

«Arrobado en el mas dulce éxtasis, se presentaron á mi imaginacion pensamientos sublimes, aunque melancólicos. Yo oía á aquella Francia, mi patria, apoyada en la religion, decirnos: sofocad vuestras pueriles rencillas; héd aquí el instante decisivo que va á darme una nueva vida ó á destruirme para siempre... ¡Amor de la patria, tú resonaste en mi corazón!... ¡Cómo! algunos hombres turbulentos, necios, ambiciosos y viles intrigantes procurarán desunir á mi patria con su sinistra conducta: cimentarán sus destructores sistemas sobre engañosas ventajas, y te dirán: tú tienes dos intereses, y toda tu gloria y poderio, tan envidiado de tus vecinos, se disipará como leve humo impelido por el

viento del mediodia... No, yo pronuncio ante tí mi juramento: enmudezca mi lengua si olvido jamás tu solemnidad y grandeza.

«¿Cuánto brillo daba á aquella humana pompa el aparato religioso! Sin tí, religion venerable, hubiera sido una vana ostentacion de orgullo; pero tú purificas y santificas, tú engrandeces la grandeza misma; hasta los reyes y poderosos del siglo prestan homenaje y tributan respetos, simulados por lo menos, al rey de las reyes... Si, á Dios solo pertenecen el honor, el imperio y la gloria... Esas santas ceremonias, esos cánticos, esos sacerdotes revestidos con los ornatos del sacrificio, esos perfumes, ese dosel y ese sol resplandeciente de oro y pedrería... Me acordaba de aquellas palabras del profeta... «hijas de Jerusalem, vuestro rey se acerca: poned las túnicas nupciales y salid á recibirle.» Mis ojos se inundaban con lágrimas de gozo. Mi Dios, mi patria y mis conciudadanos se habían identificado conmigo.»

«Al llegar á san Luis los tres órdenes del estado, tomaron asiento en banquetas colocadas en la nave. El rey y la reina se colocaron bajo un dosel de terciopelo morado, sembrado de flores de lis de oro; los príncipes, princesas, dignatarios de la corona y damas de palacio ocupaban el recinto reservado á sus magestades. Se espuso el Santísimo al sonido de la música mas expresiva, y era el *O salutaris hostia*. Este canto natural, pero verdadero, melodioso, libre del estrépito de instrumentos que sofocan la expresion; aquella uniforme consonancia de voces que se alzaban al cielo me convenció de que lo sencillo es siempre hermoso, siempre grande y sublime siempre... Los hombres son insensatos cuando con su vana sabiduría tratan de pueril el culto que se ofrece al Eterno. ¿Cómo pueden ver con indiferencia esa cadena moral que une al hombre con Dios, que le hace visible á los ojos y perceptible al tacto? M. de La Fare, obispo de Nancy, pronunció el discurso.... La religion constituye la fuerza de los

imperios, y forma la felicidad de los pueblos. Esta verdad, de que jamás dudó ningún hombre cuerdo, no era la cuestión importante de que debía tratarse en aquella augusta reunión; el lugar y las circunstancias presentaban mas anchuroso campo; pero el obispo de Nancy no se atrevió, ó no pudo esplayarse en él.

«Al siguiente día se reunieron los diputados en el salon que les estaba preparado, y el acto no fué menos imponente ni grandioso que el del día anterior.» (*Memorias del marqués de Ferrieres, t. I. p. 8 y siguientes*).

Nota 2.ª, página 48, tomo. I.

«No creo fuera del caso referir aquí algunos de los principales motivos en que la Asamblea de los comunes fundó la determinación que iba á tomar, cuyas consideraciones son del abate Sieyès.

«Viendo la Asamblea de los comunes que los señores de la nobleza, á pesar del allanamiento anunciado al principio, introducen ya una modificación que la desmiente casi enteramente, cree por lo tanto que su acuerdo sobre este punto es una negacion terminante.

«Esto supuesto, y en atención á que los señores de la nobleza no han desistido de sus anteriores deliberaciones, contrarias á todo proyecto de union, los diputados de los comunes opinan ser inútil seguir tratando de un medio que no puede ya llamarse conciliatorio desde que una de las partes conciliadoras lo han desestimado.

«En esta situacion que coloca á los diputados de los comunes en su primera posición, juzga la Asamblea que no puede permanecer pasiva respecto á las clases privilegiadas, sin hacerse criminal para con el país que tiene el derecho de exigirla emplee mejor su tiempo.

«Cree que es un deber para los representantes de la nacion, constituirse sin mas demora en Asamblea activa capaz de empezar y llenar el objeto de su cargo.

«Encarga la Asamblea á los señores comisarios que

han entendido en las varias conferencias llamadas conciliatorias, que escriban la relacion de los muchos é inútiles esfuerzos hechos por los diputados de los comunes para reducir á los verdaderos principios á las clases privilegiadas; recomienda que espongan los motivos que la obligan á pasar de la expectativa á la acción, y acuerda por fin que se imprima esta narracion y considerandos al principio de la presente deliberacion.

«Pero ya que no es posible constituirse en Asamblea activa, sin reconocer antes los que tienen derecho de componerla, es decir, la condicion de votar como representantes de la nacion, los mismos diputados creen deber hacer la última tentativa con los señores del clero y la nobleza, que sin embargo se han desentendido hasta ahora del reconocimiento.

«Interesada ademas la Asamblea en acreditar la negativa de estas dos clases de diputados, en el caso de que insistiesen en no ser reconocidos, cree indispensable hacer una invitacion por última vez, que se la transmitirán los diputados encargados de leerla.

«Señores, estamos encargados por los diputados de los comunes de Francia, de advertiros que no les es posible diferir por mas tiempo el cumplimiento de la obligacion impuesta á los representantes de la nacion. Ya es tiempo seguramente de que los que se anuncian con semejante titulo, se den á reconocer por medio de una exhibicion comun de sus poderes, y principien á ocuparse no de los intereses particulares sino del bien general, único que presenta un objeto digno de nuestros comunes esfuerzos. En consecuencia, y atendida la necesidad en que se hallan los representantes de la nacion de ponerse en actividad, os suplican de nuevo, señores, tanto en particular, como colectivamente os intiman por última vez que concurráis á la sala de los Estados para asistir y someteros como ellos á la aprobacion comun de los poderes. Igualmente estamos encargados de preveniros que dentro de una hora se leerá la lista gene-

ral de los distritos que están convocados, y que inmediatamente se procederá al exámen, quedando escludido de hecho el que no comparezca.»

Nota 3.ª, página 62, tomo I.

No acostumbro á apoyar con citas y documentos sino lo que puede ponerse en duda; y la cuestion de si teniamos alguna constitucion, me parece de las mas importantes de la revolucion, porque la falta de una ley fundamental, nos disculpa de haber tratado de formar una. No creo que haya autoridad mas respetable, ni menos sospechosa en este concepto que la de Lally-Tolendal. Este excelente ciudadano pronunció en 15 de junio de 1789, en el estamento de la nobleza, un discurso del cual citaré algunos trozos.

«Señores, se han achacado hasta con alguna severidad, á los individuos de esta Asamblea, ciertas dudas que manifestaron, aunque con pesadumbre y reserva, sobre lo que se llama nuestra constitucion; y aunque este objeto no tuviese conexion muy directa con el que estamos tratando, seáme permitido, supuesto que ha servido de pretexto para la acusacion, que lo sea tambien para la defensa; y así voy á dirigir algunas palabras á los señores que han dado motivo á ella.»

«No teneis en verdad ninguna ley que espresé los estados generales; pues aunque la habeis solicitado, hasta ahora os prohibia deliberar un acuerdo del consejo, ó anulaba vuestras deliberaciones la sentencia de un parlamento.

«No teneis ley alguna que establezca la reunion periódica de los estados generales, que hace ciento setenta y cinco años que no se habian reunido.

«No hay ninguna ley que ponga vuestra seguridad y libertad individual al abrigo de atentados arbitrarios, puesto que la solicitais y sin embargo bajo el dominio de un rey, cuya justicia y probidad conoce y respeta toda la Europa, ha habido ministros que han arranca-

do á vuestros magistrados del santuario de las leyes, valiéndose de satélites armados. Bajo el reinado precedente todos los magistrados del reino fueron arrestados en el tribunal mismo ó en sus hogares, dispersados por el destierro los unos en la cima de las montañas, los otros en el fango de los pantanos, y estando todos en parages mas horribles que las mismas cárceles. Si retrocedemos algo mas encontrareis un sin número de mandamientos de prision, dictados por miserables disputas teológicas, y si nos alejamos mas aun, vereis infinitas comisiones sanguinarias y despóticas órdenes sin poder hallar intervalo en estas persecuciones mas que durante el reinado de Enrique el Bueno.

«No existe ley que establezca la libertad de imprenta, que por mas que la pedís, hasta ahora han sido burlados vuestros pensamientos, despreciados vuestros deseos y ahogado entre cadenas el grito de vuestros corazones, unas veces por el despotismo de los particulares, y otras por el de las corporaciones, que es mas terrible aun.

«No teneis ninguna ley que exija vuestro consentimiento en la exaccion de las contribuciones, porque á pesar de pedirla continuamente, hace dos siglos que os hallais recargados con mas de trescientos ó cuatrocientos millones de impuestos sin haber aprobado ninguno.

«No teneis tampoco ninguna ley que haga responsables á los ministros del poder ejecutivo, porque pedís una, y los autores de esas comisiones sanguinarias, los repartidores de esas órdenes arbitrarias, los dilapidadores del tesoro público, los que han violado el santuario de la justicia burlándose de las virtudes de un rey, lisongeados las pasiones de otro y causado la ruina de la nacion, no han dado cuenta ninguna, ni sufrido el menor castigo.

Últimamente, no teneis ninguna ley general, positiva y escrita, ningun diploma nacional y real á un mismo tiempo, una carta, por último, en que se esta-

blezca un orden fijo é inalterable, en que cada uno sepa lo que debe sacrificar de su libertad ó intereses para conservar los de los demas, que asegure todos los derechos y defina todos los poderes. Por el contrario, el régimen de vuestro gobierno ha variado en cada reinado y tal vez en cada ministerio, dependiendo siempre de la edad ó del carácter de un hombre. En las memorias ó en reinados de príncipes débiles se ha visto la autoridad real, que tan necesaria es para la dicha y la dignidad de la nacion, vilipendiada groseramente, ó por la grandeza que con una mano hacia vacilar el trono y con la otra oprimia al pueblo, ó por corporaciones que unas veces invadían temerariamente lo que otras habian defendido con valor. Bajo príncipes orgullosos á quienes se lisonjaba, ó de los virtuosos á quienes se procuraba engañar, esa misma autoridad salia de todos los límites; sin que hayan estado mejor definidos ni mas demarcados los poderes secundarios ó como llaman intermedios. Unas veces sentaban como principio los parlamentos que no podian mezclarse en negocios de estado; otras sostenian que á ellos les tocaba tratarlos, como representantes que eran de la nacion. Por un lado hemos visto proclamar que anunciaban la voluntad del rey, por otro acuerdos en que los dependientes del rey prohibian en su nombre que fuesen obedecidas sus reales órdenes. Tampoco los tribunales estaban mas acordes entre sí, pues se disputaban su origen, sus atribuciones, y se anatematizaban mutuamente con sus sentencias.»

«No me detendré en citar circunstancias que podría prolongar hasta el infinito; pero si estos hechos son innegables, si no teneis ninguna de esas leyes que pedís, y que acabo de mencionar, ó si aunque las teneis y reparad en lo que voy á decir, ó si aunque las teneis, careceis de la que obliga á ejecutarlas, de la que responde de su cumplimiento, y asegura su duracion, decidme lo que entendéis por la palabra consti-

tucion, y convenid en que á lo menos se puede perdonar algo á los que abrigan ciertas dudas sobre la existencia de la nuestra. Háblase continuamente de unirse á esta constitucion, pero ¡ah! perdamos de vista esta ilusion para sustituirla con una realidad. Y en cuanto á la espresion de *innovaciones*, y á la calificacion de *innovadores* con que sin cesar nos zahieren, convengamos en que los primeros innovadores están en nuestras actas, respetemos y bendigamos la dichosa innovacion que debe arreglarlo todo, hacer inviolables todos los derechos, bienhechoras á todas las autoridades y felices á todos los individuos.

«Por esa constitucion, señores, es por la que yo clamo, y ella es el verdadero objeto de nuestros mandatos, y debe ser el fin de nuestras tareas. Esa constitucion es la que repugna el mensaje que se nos está proponiendo, mensaje que comprometeria al rey tanto como á la nacion; y mensaje en fin que me parece tan peligroso, que no solo me opondré á él hasta lo último, sino que si fuera posible que se adoptára, me vería en la sensible precision de protestar solemnemente contra él.»

Nota 4.ª, página 63, tomo I.

Me ha parecido conveniente copiar el resumen de las actas presentadas por el conde de Clermont-Tonnerre á la Asamblea nacional, porque puede servir de estadística del estado en que se hallaban las opiniones en Francia durante aquella época. Por mas que la de Paris tuviese no poca influencia en la redaccion de este resumen, no por eso dejó de ser cierto que se consultó mucho la de las provincias, y este es precisamente el punto de vista bajo que yo considero su importancia.

Resumen del acta relativo al estado de las opiniones en Francia, leído en la Asamblea nacional por el conde de Tonnerre, sesión del 27 de junio de 1789.

«Señores, habeis sido llamados á regenerar el imperio francés, para lo cual debéis contar con vuestras propios luces y las de vuestros comitentes.

«Con este objeto nos ha parecido del caso, reunir y presentaros los datos de que abundan la mayor parte de nuestras actas, á los cuales se seguirá luego la idea particular de vuestra convicción, y los que ha podido ó pueda recoger de los diferentes planes, memorias y observaciones que la han dirigido ó dirijan varios particulares é individuos de esta augusta Asamblea.

«Vamos á daros cuenta de la primera parte de este trabajo, y está reducido, señores, á que nuestros comitentes están todos de acuerdo sobre un punto, que es la regeneración del estado. Pero hay unos que la esperan de la sola reforma de los abusos y del restablecimiento de una constitucion que existe hace catorce siglos, y que aun creen posible el que pueda revivir, con tal que se reparen los ultrages que ha recibido del tiempo y de las innumerables insurrecciones del interés personal contra el del público.

«Otros hay que consideran tan viciado el régimen social existente, que piden una constitucion nueva, y para ello os facultan competentemente con tal que conserveis el gobierno é instituciones monárquicas, grabadas en los corazones de todos los franceses, que descan y os mandan respetar; pero en lo demas estais autorizados para crear una constitucion que fije sobre principios seguros la distincion regular de todos los poderes y la prosperidad del imperio francés. Los que opinan de este modo, señores, creen que el primer capítulo de la constitucion debe contener la declaracion de los derechos del hombre, de aquellos derechos imprescriptibles, para cuyo mantenimiento se estableció la sociedad.

«Esta demanda de la declaracion de derechos por tanto tiempo desconocida, es, digámoslo asi, el único punto de divergencia que existe entre los poderes que reclaman una constitucion nueva y los que solo se contentan con el restablecimiento de la que miran como actual.

«Asi unos como otros convienen uniformemente en los principios del gobierno monárquico, en la continuacion de su autoridad, en la organizacion del cuerpo legislativo, en la necesidad del consentimiento nacional para las contribuciones, en la organizacion de los cuerpos administrativos y en los derechos de los ciudadanos.

Vamos, señores, á presentaros como decisiones los resultados uniformes, y como cuestiones los resultados diferentes ó contradictorios que arrojan vuestras actas, cuyo escrutinio hemos podido verificar.

1.º «El gobierno monárquico, la inviolabilidad de la persona sagrada del rey, y el heredamiento de la corona por la linea masculina, están igualmente reconocidos y consagrados por la mayor parte de las actas, sin que en ninguna se pongan en duda.

2.º «El rey queda igualmente reconocido por depositario de todo el complemento del poder ejecutivo.

3.º «Se pide generalmente la responsabilidad de todos los agentes de la autoridad,

4.º «Algunas actas reconocen en el rey el poder legislativo limitado por las leyes constitucionales y fundamentales del reino; otras reconocen que el rey en el intervalo de una asamblea de los estados generales á otra, únicamente puede formar las leyes de policia y administracion que sean interinas, y para las que se exige el libre registro en los tribunales supremos, y aun ha habido distrito que ha exigido que el registro no pudiera verificarse sino con el consentimiento de los dos tercios de las comisiones intermedias de las asambleas de distritos. La mayor parte de las actas re-

conocen la necesidad de la sancion real en la promulgacion de las leyes.

«En cuanto al poder legislativo, casi todas reconocen que reside en la representacion nacional con la sancion real, y parece que vuestros comitentes consagran la antigua máxima de los capitulares: *Lex fit consensu populi et constitutione regis*.

«En cuanto á la organizacion de la representacion nacional, las cuestiones sobre que debeis deliberar se refieren á la convocacion, duracion ó formacion de la representacion nacional, ó al sistema de deliberar que vuestros comitentes la proponian.

«En cuanto á la convocacion, unos han declarado que los estados generales solo pueden disolverse por sí mismos, otros que el derecho de convocar, prorrogar y disolver pertenecia al rey, con la única condicion, en caso de disolucion, de hacer inmediatamente nueva convocatoria.

«En cuanto á la duracion, los unos han pedido que sean periódicos los estados generales, y exigido que el plazo periódico no dependiese ni de la voluntad ni del interes de los depositarios del poder; y otros, aunque en menor número, han pedido la permanencia de los estados generales, de modo que la separacion de los individuos no produjese la disolucion de los estados.

«El sistema periódico ha producido otra cuestion: ¿existirá ó no alguna comision intermedia durante las sesiones? La mayoría de nuestros comitentes ha mirado la creacion de una comision intermedia como peligrosa.

«En cuanto á la formacion, los unos están por la separacion de los tres estamentos, pero respecto á esto la estension de los poderes que han consagrado ya muchos representantes, dá indudablemente mas latitud para resolver esta cuestion.

«Algunos distritos han pedido la reunion de los dos primeros estamentos en una misma cámara, otros la supresion del clero, y division de sus individuos en los

otros dos estamentos, y otros, por fin, que la representacion de la nobleza fuese doble que la del clero, y que ambas reunidas compusiesen igual número que los comunes.

«Un distrito al pedir la reunion de los dos primeros estamentos ha propuesto el establecimiento de un tercero con el título de estamento rural, é igualmente se ha exigido que toda persona que tuviese algun encargo, empleo ó destino en la corte, no pudiese ser diputado en los estados generales. Finalmente la mayor parte de los distritos reconocen la inviolabilidad de las personas de los diputados, y en cuanto al sistema de deliberar, queda resuelta la cuestion de que sea por individuos y por estamentos, pidiendo algunos distritos las dos terceras partes de votos para cualquiera resolucion.

«Reconócese generalmente la necesidad del consentimiento nacional en las contribuciones. Todos limitan la duracion de ellas al término señalado, que no podrá prolongarse jamás de una Asámblica á otra; cláusula imperativa que ha parecido á todos vuestros comitentes la garantia mas segura para que se perpélén nuestras asámblicas nacionales.

«Como un empréstito es solo una contribucion indirecta, han creido que debe arreglarse á los mismos principios.

«Algunos distritos han esceptuado de los impuestos temporales los que tuviesen por objeto la liquidacion de la deuda nacional, opinando que deberian percibirse hasta quedar estinguidos del todo.

«En cuanto á los cuerpos administrativos ó estados provinciales, todas las actas piden que se establezcan, dejando la mayor parte su organizacion á vuestra prudencia.

«Finalmente toda la Francia reclama los derechos de los ciudadanos, la libertad y la propiedad, y pide para cada uno de sus individuos la inviolabilidad de las propiedades particulares, y para sí la de la propiedad

pública; pide la libertad individual en toda su extension, asi como acaba de fundar para siempre la libertad nacional; pide la libertad de la imprenta, ó la libre comunicacion de los pensamientos, y se declara indignada contra las cartas reselladas que disponian arbitrariamente de las personas y contra la violacion del secreto de correos, que es una de las mas absurdas é infames invenciones del despotismo.

«Entre tantas reclamaciones hemos observado, señores, algunas modificaciones particulares relativas á los mandamientos de prision y á la libertad de imprenta, las cuales sabreis apreciar en vuestra sabiduria, y tranquilizareis sin duda ese sentimiento del honor francés, que arrebatado por su horror á la ignominia, ha desconocido muchas veces la justicia, y que se apresurará á obedecer la ley que se dicta contra los fuertes con la misma sumision que cuando solo se promulgaba para los débiles. Vosotros dispareis las inquietudes religiosas, reprimiendo los frecuentes ultrages que han sufrido bajo el régimen prohibitivo, y el clero se acordará de que la licencia fué por largo tiempo compañera de la esclavitud y reconocerá que el primero y mas natural efecto de la libertad, es el restablecimiento del orden, y del respeto hácia todos los objetos de la veneracion pública.

«Tal es, señores, el informe que la comision ha creido deber presentaros de lo que contienen vuestros códigos relativo á constitucion. En ellos encontrareis sin duda la piedra fundamental del edificio que estais encargados de levantar á su mayor elevacion; pero tal vez echéis de menos aquel orden y conjunto de combinaciones políticas, sin las cuales siempre ofrecerá muchos defectos el régimen social. Los poderes están indicados, pero no distinguidos con la necesaria exactitud; no está bien demarcada la organizacion de la representacion nacional; no se han fijado las bases de la ley electoral; pero vosotros supliréis estas faltas. La nacion desea ser libre y á vosotros os encarga su eman-

cipacion; el génio de la Francia ha precipitado, por decirlo asi, la marcha del espíritu público acumulando para vosotros en pocas horas aquella esperiencia que apenas podria esperarse del transcurso de muchos siglos. Podeis, señores, dar una constitucion á la Francia, el rey y el pueblo os lo piden y ambos lo merecen.»

Resúmen del extracto de los códigos.

BASES APROBADAS.

- «Artículo 1.º El gobierno francés es monárquico.
- 2.º La persona del rey es inviolable y sagrada.
- 3.º Su corona es hereditaria de varon en varon.
- 4.º El rey es el depositario del poder ejecutivo.
- 5.º Los agentes de la autoridad son responsables.
- 6.º Se necesita la sancion real para la promulgacion de las leyes.
- 7.º La nacion hace las leyes con la sancion real.
- 8.º Se necesita el consentimiento nacional para los empréstitos y contribuciones.
- 9.º No puede concederse impuesto alguno sino por el tiempo de una legislatura á otra.
- 10. La propiedad es sagrada.
- 11. La libertad individual es sagrada.

Cuestiones en que no están de acuerdo los Códigos.

Artículo 1.º ¿Ha de ser limitado el poder legislativo del rey por las leyes constitucionales del reino?

2.º ¿Puede el rey solo hacer leyes provisionales de policia y administracion en el intervalo de las sesiones de los estados generales?

3.º ¿Estarán sujetas estas leyes á la libre intervencion de los tribunales supremos?

4.º ¿No pueden disolverse los estados generales sino por sí mismos?

5.º ¿Puede el rey por sí solo convocar, prorogar y disolver los estados generales?

6.º En caso de disolucion, ¿no está obligado el rey á hacer nueva invocacion inmediatamente?

7.º ¿Los estados generales serán permanentes ó periódicos?

8.º Si son periódicos, ¿habrá ó no comision intermedia?

9.º ¿Se reunirán en una misma cámara los dos primeros órdenes?

10. ¿Se formarán las dos cámaras sin distincion de clases?

11. ¿Se repartirán los individuos del clero entre las otras dos clases?

12. La representacion del clero, nobleza y estado llano ¿estará en la proporcion de uno, dos y tres?

13. ¿Se establecerá un tercer orden bajo el título de orden de las campañas?

14. ¿Los que ocupan cargos, empleos ó dignidades de la corte, pueden ser diputados á los estados generales?

15. ¿Serán necesarias las dos terceras partes de votos para formar resolucion?

16. ¿Se continuarán cobrando los impuestos destinados á la liquidacion de la deuda nacional hasta su total estincion?

17. ¿Serán abolidas ó modificadas las órdenes arbitrarías de prision?

18. ¿Será indefinida ó modificada la libertad de imprenta?

Nota 5.ª, página 117, tomo I.

En el capítulo VII del tomo I, al principiar la Asamblea legislativa, se hallará un juicio que me parece imparcial, sobre los errores imputados á la cons-

titucion de 91. Solo diré dos palabras acerca del proyecto de establecer en esta época en Francia el gobierno inglés. Esta forma de gobierno es una transacion entre los tres intereses que dividen los estados modernos; el trono, la aristocracia y la democracia. Semejante transacion no es posible hasta despues de haberse debilitado las fuerzas, es decir, hasta despues del combate, ó lo que es lo mismo, de la revolucion. En efecto, en Inglaterra no se verificó hasta que pasó una larga lucha, despues de la democracia y la usurpacion; pero el querer efectuar la transacion antes del combate, es querer hacer la paz antes que la guerra. Triste es esta verdad, pero inegable, pues los hombres no ceden hasta que sienten encerradas sus fuerzas. La constitucion inglesa no era por lo tanto posible en Francia hasta despues de la revolucion. No era malo predicarla, pero sí desacertado; y aunque se hubiera hecho mejor, nada se hubiera conseguido. Para disipar cualquier sentimiento añadiré, que aun cuando se hubiera escrito en nuestra tabla de la ley toda la constitucion inglesa, no por eso se hubieran calmado las pasiones; antes bien, se hubiera chocado del mismo modo, y trabádose la batalla á pesar de este tratado preliminar. Repito, pues, que era necesaria la guerra, es decir la revolucion, porque Dios ha concedido la justicia á los hombres á costa de combates.

Nota 6.ª, página 119, tomo I.

Estoy muy lejos de vituperar la obstinacion del diputado Mounier, pues nada hay mas respetable que el convencimiento; pero es un hecho muy curioso que merece aclararse, y hé aquí un trozo entresacado de su informe á sus comitentes:

«Muchos diputados, dice, resolvieron obtener de mí el sacrificio de este principio (*la sancion real*), ó sacrificándole ellos mismos, obligarme á concederles por agradecimiento alguna compensacion. Me llevaron

á casa de un celoso amante de la libertad que deseaba la union entre ellos y yo, con el fin de que la libertad sufriese menos obstáculos, y cuyo objeto era únicamente presenciar nuestras conferencias, sin tomar parte en la decision. Para convencerles ó desengañarme yo mismo, acepté la conferencia, en la cual se declaró fuertemente contra los supuestos inconvenientes del derecho ilimitado que tendria el rey para impedir una ley nueva, asegurándome que si la Asamblea reconocia este derecho habria una guerra civil. Estas conferencias que se repitieron por dos veces, no produjeron resultado alguno; renováronse en casa de un americano conocido por su ilustracion y virtudes, que poscia al mismo tiempo la esperiencia y teoria de las instituciones propias para la conservacion de la libertad. Su decision fué favorable á mis principios, y así que se convencieron de que eran inútiles todos los esfuerzos hechos para que desistiera de mi opinion, me declararon por fin que no daban mucha importancia á la cuestion de la *sancion real*, á pesar de que pocos dias antes la habian presentado como un motivo de guerra civil; ofrecieron votar por la *sancion* ilimitada, y así mismo por dos cámaras, aunque con la condicion de que yo no sostendria en favor del rey el derecho de disolver la Asamblea de los representantes, ni reclamaria para el primer estamento mas que un *veto* suspensivo, ni me opondria tampoco á una ley fundamental que estableciese *Convenciones nacionales* en épocas fijas, ó á propuesta de la Asamblea de los representantes ó de las provincias, para revisar la constitucion y hacer en ella las alteraciones que se creyesen necesarias. Entendian por *Convenciones nacionales* ciertas Asambleas á las que se trasmitieran todos los derechos de la nacion, que reasumiesen todos los poderes, y por consiguiente anulasen con solo su prescencia la autoridad del monarca y de la legislatura ordinaria, y que pudiesen disponer á su arbitrio de toda clase de autoridades, trastornar la constitucion á su antojo y

restablecer el despotismo ó la anarquía. Finalmente, se queria dejar en cierto modo á una sola Asamblea, que se hubiera denominado Convencion nacional, la suprema dictadura, esponiendo así el reino á un retroceso periódico de facciones y disturbios.

Manifesté mi sorpresa al ver que querian obligarme á tratar de los intereses de un reino como si fuésemos sus dueños absolutos, y observé que si solo se dejaba el *veto* suspensivo á una suprema cámara, y si se componia de individuos elegibles, seria muy difícil que entrasen en ella personas dignas de la confianza pública; entonces todos los ciudadanos preferirian ser nombrados representantes, y siendo la cámara juez de los crímenes de estado debia estar revestida de gran dignidad, y por consecuencia no debia ser su autoridad menor que la de la otra cámara. Añadí, en fin, que cuando creia verdadero un principio, estaba obligado á defenderlo, y no podia prescindir de hacerlo, porque la verdad pertenecia á todos los ciudadanos.

Nota 7.^a, página 126, tomo *Francisco Becerra*

Las particularidades de la conducta de Mirabeau con respecto á todos los partidos no son generalmente muy conocidas, aunque lo serán en breve. He conseguido de los que van á dar á luz estos detalles algunos datos positivos, y he tenido en mis manos algunos documentos importantes, y sobre todo el escrito en forma de profesion de fé que se referia á su tratado secreto con la corte. No me es permitido dar al público ninguno de estos documentos ni citar los nombres de sus depositarios, mas lo que puedo ciertamente afirmar es que á nadie le quedará la menor duda despues de que se publiquen, y que Mirabeau no entró jamás en las supuestas tramas del duque de Orleans. Mirabeau salió de Provenza con el único proyecto de combatir el arbitrario poder de que habia sido víctima, y que así su razon como sus sentimientos se lo presenta-

ban detestable. Al llegar á París trató mucho con un banquero muy conocido entonces y hombre de mucho mérito, en cuya casa hablaba de política, de hacienda y de economía pública. Allí adquirió muchos conocimientos en esta materia, y trabajó amistad con lo que se llamaba Colonia ginebrina desterrada, de la cual formaba parte Claviere, que fué despues ministro de hacienda. Sin embargo, Mirabeau no tuvo ninguna amistad muy íntima; tenia en sus modales cierta familiaridad debida al sentimiento de su fuerza, sentimiento que rayaba á veces en imprudencia, y gracias á esta familiaridad, adquiria relaciones con todo el mundo, y parecia ser amigo de todos aquellos con quienes trataba. Por esto se le creyó muchas veces amigo y cómplice de algunos con quienes no le ligaba ningún interés. He dicho y repito que no pertenecía á ningún partido. La aristocracia no podia contar con él y el partido de Necke y Mounier no supo comprenderle; solo el duque de Orleans puede parecer que se unió con él, y así se ha creído, porque Mirabeau trataba familiarmente al duque, y porque se suponía en ambos una extraordinaria ambición, y el uno como príncipe, y el otro como tribuno parecia que debían unirse. Motivo de alianza era tambien la escasez en que vivia Mirabeau y la fortuna del duque; no obstante el primero vivió pobre hasta sus relaciones con la corte. Entonces observaba á todos los partidos, procuraba que se declarasen y conocia su mucha importancia para que se uniese á nadie sin reflexion. Solo una vez empezó á tener relaciones con uno de los supuestos agentes del duque de Orleans, el cual le convidó á comer, y él, que nunca temia aventurarse, accedió mas bien por curiosidad que por otra causa. Antes de ir al convite, se lo participó á su íntimo confidente, y parece que se mostró muy satisfecho de aquella entrevista de la cual sacaria grandes descubrimientos. Verificóse la comida, y Mirabeau volvió á referir que solo habian hablado ligeramente del duque de Orleans, de la es-

tima en que tenia el talento de Mirabeau y de la aptitud con que le juzgaba para gobernar un estado; de modo que la entrevista fué insignificante, y cuando mas solo pudo manifestar á Mirabeau que de buena gana le harian ministro. Por esto dijo á su amigo con su acostumbrado buen humor: «No puedo menos de ser ministro, porque el duque de Orleans y el rey quieren nombrarme.» Pero todo esto no pasaba de ser una broma, y el mismo Mirabeau jamás dió crédito á los proyectos del duque.

Nota 8.ª página 134, tomo I.

La carta del conde de Estaing á la reina es un documento curioso que deberá consultarse siempre en los acontecimientos del 3 y 6 de octubre.

Este valiente marino tan leal como independiente, (cualidades que parecen contradictorias pero que se hallan á menudo reunidas en los marinos), habia conservado la costumbre de no ocultar nada á sus príncipes, á quienes amaba. No puede ofrecer duda su testimonio cuando está consignado en una carta confidencial en que espone á la reina las intrigas que ha descubierto y que le han inquietado mucho. Por ella se verá si en efecto la corte carecia de proyectos en aquella época.

«Mi deber y fidelidad exigen que manifieste á los pies de la reina el resultado de mi viaje á París. Me alaban de que duermo tranquilo en la víspera de un asalto ó de un combate naval, y me atrevo á asegurar que no soy medroso en los encuentros. Educado junto al delfin que me distinguia, y acostumbrado á decir en Versalles la verdad desde mi infancia; soldado y marino, é impuesto en las atenciones, las respeto, sin que puedan alterar mi franqueza y ánimo.

«Debo, pues, confesar á V. M. que en toda la noche he cerrado los ojos. Me han dicho en la alta sociedad (¡y qué seria, justo cielo, si se esparciese por el pueblo!),

me han repetido que se recogian firmas entre el clero y la nobleza. Unos pretenden que es de acuerdo con el rey, otros que lo ignora. Aseguran que hay un plan, y que el rey se retirará ó le arrebatarán por Champaña ó por Verdun, y por el último que irá á Metz. Nombran á Bouillé, ¿y quién? M. de Lafayette que me lo ha dicho en secreto comiendo en casa de M. Jauge. Temblaba no fuera que lo oyese algun criado, y le he advertido de que una sola palabra suya podia ser la señal de muerte. M. de Lafayette lo dá por cierto con la mayor serenidad, y me ha contestado que en Metz, como en todas partes, los mas fuertes eran los patriotas, y que mejor era que muriese uno para que se salvarsen todos.

«El baron de Breteuil, que no acaba de alejarse, dirige este proyecto: andan buscando dinero y prometen dar millon y medio mensual. Por desgracia se cita como cómplice al conde de Mercy, y si las voces que corren llegan á esparcirse por el pueblo, sus consecuencias serán incalculables; no obstante hasta ahora solo se habla de ello en secreto, y los hombres sensatos se aterrorizan al considerar los efectos que puede producir la sola duda de que haya algo de cierto. He estado en casa del embajador de España, y no oculto á la reina que se han aumentado mis recelos. Fernán Núñez ha hablado conmigo de estos rumores y de lo terrible que era suponer un plan imposible que produciria la mas desastrosa y vergonzosa guerra civil, que ocasionaria la separación ó total pérdida de la monarquía, víctima del encono interior y ambicion estrangera, y que seria indudablemente la pérdida irreparable de las personas mas queridas de la Francia.

«Después de haber hablado de la corte fugitiva, perseguida, engañada por los que no la han sostenido cuando podian y que quieren ahora precipitarla con ellos... afligida por una bancarrota general, indispensable entonces y espantosa.... En este momento no pude menos de interrumpirle manifestando que al menos el único

mal seria el que produjese esta falsa noticia si llegaba á cundir, porque era una idea sin ningun fundamento. El embajador de España bajó los ojos al oír esto, y habiéndole yo instado de nuevo, me confesó que personas de suposicion y crédito le habian manifestado haberles propuesto suscribir á una asociacion que no ha querido nombrar, y fuese por inadvertencia ó de intento, felizmente no me exigió la palabra de honor, en cuyo caso me veria obligado á guardarla, ni tampoco le prometí ocultar á todo el mundo un hecho que me inspira el mayor terror que jamás he experimentado. No temo solamente por mí, y solo suplico á V. M. que pese en su consideracion todo lo que podria suceder á consecuencia de un mal paso: el primero cuesta muy caro. He visto el sensible corazon de la reina verter lágrimas por las víctimas sacrificadas, y en la actualidad deberian sentirse los torrentes de sangre inútilmente derramada. Una simple indiscrecion puede ser irremediable, y solo anticipándose al torrente y alhagándole, puede lograrse en parte conducirle á donde se desee. Nada se ha perdido. La reina puede reconquistar para el rey su reino. La naturaleza la ha prodigado los medios, que son los únicos posibles. Puede imitar á su augusta madre, pues de lo contrario..... enmudezco. Suplico á V. M. que me conceda una audiencia para un dia de esta semana.

Nota 9.ª, página 145, tomo I.

La historia no puede menos de justificar á los individuos de una revolucion en que hasta las primeras dignidades son muy numerosas. Lafayette ha sido tan calumniado y su carácter es tan puro y sostenido, que es justo dedicarle una nota.

Su conducta en los dias 5 y 6 de octubre fué un continuo sacrificio, y sin embargo se ha presentado como un crimen por aquellos mismos que le debian la vida. Por lo pronto se le hizo un cargo hasta de que

la guardia nacional le condujese á la fuerza á Versailles.

Nada mas injusto, porque si puede avasallarse con firmeza á soldados conducidos por mucho tiempo á la victoria, y á ciudadanos reciente y voluntariamente alistados, que aman á su jefe por exaltacion de opiniones, son incontrastables cuando se deja llevar de estas opiniones mismas. Lafayette luchó contra ellos todo un dia y no puede desearse mas; por otra parte nada mas útil que su partida, porque sin la guardia nacional, se tomaba el palacio por asalto, y no puede preverse cuál hubiera sido la suerte de la familia real en medio del desenfreno popular. Hemos visto que los guardias de corps hubieran sido arrollados sin los granaderos nacionales, y así era indispensable la presencia de Lafayette y de sus tropas en Versailles.

Lo que mas cruel y continuamente se ha vituperado ha sido el haberse entregado al sueño. Lafayette permaneció en pié hasta las cinco de la mañana, empleando toda la noche en distribuir patrullas y restablecer el orden y la tranquilidad; y lo que prueba que sus precauciones eran muy acertadas, es que no se atacó á ninguno de los puntos que estaban á su cuidado. Todo parecia tranquilo, é hizo una cosa que nadie hubiera dejado de hacer en su caso, reposar en una cama, porque hacia veinte y cuatro horas que luchaba contra el populacho. Su descanso apenas fué de media hora, y no solo acudió á los primeros gritos, sino bastante á tiempo para salvar á los guardias de corps, que iban á ser degollados. ¿Qué puede, pues, echársele en cara?... ¿El no haber acudido al primer minuto?... Lo mismo podia haber sucedido en otro caso, porque cualquiera orden ó reconocimiento podia haberle alejado media hora del sitio en que ocurrió el primer ataque. ¿Pero llegó á tiempo de librar á casi todas las víctimas, y de salvar el palacio y las augustas personas que en él se hallaban? ¿se espuso generosamente á todos los peligros? Esto es lo que no puede negarse y

lo que le valió en aquella época acciones de gracias de todas partes. Madame de Staël, de quien no puede creerse parcialidad en favor de Lafayette, refiere que oyó gritar á los guardias de corps ¡viva Lafayette! Mounier, que no merece menos crédito, alaba su comportamiento, y M. de Lally-Tolendal desea que se le hubiera dado en aquellos momentos una especie de dictadura: estos dos diputados se esplican con demasiada severidad contra los dias 5 y 6 de octubre para que su testimonio no merezca la mayor confianza. Nadie negó en los primeros momentos un celo que todos aplaudieron; pero despues, conociendo el espíritu de partido lo peligroso de suponer virtudes en un constitucional, negó los servicios de Lafayette, empezando entonces aquella série de calumnias de que ha sido despues objeto.

Nota 10, página 131, tomo I.

Ya he espuesto las relaciones casi nulas de Mirabeau con el duque de Orleans. Hé aquí el sentido de aquella famosa espresion: *Ese G. C... no merece el trabajo que se toma uno por él.* La violencia de Lafayette con el duque de Orleans indispuso al partido popular, y sobre todo á los amigos del príncipe condenado á destierro. Pensaban estos contraponer Mirabeau á Lafayette, aprovechándose de la envidia del orador contra el general. Un amigo del duque, Lauzun, fué una noche á casa de Mirabeau para obligarle á tomar la palabra al dia siguiente, y ya iba á ceder Mirabeau que solia ser avenible, cuando sus amigos, mas cuidadosos que él de su propia conducta, le instaron para que guardase silencio, como así quedaron acordados. Al dia siguiente al abrirse la sesion se supo la marcha del duque de Orleans; y Mirabeau que no podia tolerar su condescendencia con Lafayette: y que aludia á los inútiles esfuerzos de sus amigos, exclamó: *Ese G. C... no merece el trabajo que uno se toma por él.*

Nota 11, página 153, tomo I.

Tenia Mirabeau, como hombre superior, muchas puerilidades al lado de su grandeza; una imaginación muy viva que debía albagarse con esperanzas. No era posible darle el ministerio sin destruir su influjo, y por consiguiente sin perder su persona y el apoyo que podía dar. Por otra parte, necesitaba aquel cebo, y los que se colocaron como mediadores entre él y la corte, aconsejaron que á lo menos se le dejase la esperanza de un ministerio; no obstante, los intereses personales de Mirabeau nunca eran objeto de mención particular en las varias comunicaciones que ocurrían, pues no se hablaba en efecto de dinero ni favores, y era difícil dar á entender á Mirabeau lo que querían decirle. Con este fin se indicó al rey un medio muy sagaz. Mirabeau tenía tan mala reputación, que pocos hubieran querido pasar por compañeros suyos. El rey preguntó á M. de Liancourt, á quien estimaba mucho, si aceptaría un ministerio en compañía de Mirabeau, y aquel respondió, por afecto al monarca, que estaba decidido á cuanto le fuese útil. Supo esto el orador, y se llenó de satisfacción, no dudando de que en cuanto lo permitiesen las circunstancias le nombrarían ministro.

Nota 12, página 160, tomo I.

No desagradará saber la opinión de Ferrieres sobre el modo con que se conducían en la Asamblea los diputados de su propio partido.

«En la Asamblea nacional; dice Ferrieres, solo había unos trescientos hombres íntegros en toda la extensión de la palabra, esentos de todo espíritu de partido, extraños á ambos clubs, descosos del bien, sin interés ninguno, dispuestos siempre á adoptar la proposición mas razonable y útil, cualquiera que fuese el

autor y defensor. Las pocas leyes buenas que salieron de la Asamblea constituyente debieron su existencia á estos hombres, dignos de su honroso encargo, y ellos fueron los que evitaron todo el mal que dejó de hacerse.

«Con adoptar lo que era bueno, y apartarse de lo malo, formaron frecuentemente mayoría para ciertas deliberaciones, que sin ellos hubieran sido desechadas por espíritu de partido, así como desecharon mociones que sin ellos hubieran sido adoptadas por espíritu de interés.

«Pero no puedo menos de manifestar, al hablar de esto, la impolítica conducta de los obispos y nobles, que, como no aspiraban mas que á disolver y desacreditar la Asamblea, lejos de oponerse á los malos decretos, manifestaban una indiferencia incomprensible. Se salían del salón en el momento en que el presidente anunciaba la cuestión, invitando á hacer lo mismo á los diputados de su partido, ó si continuaban en la sesión les gritaban para que no hablasen, así es que los de los clubs eran por abandono los que poscían la mayoría de la Asamblea, y decretaban cuanto se les antojaba. Creyendo firmemente los obispos y nobles que no subsistiría el actual régimen, apresuraban con una especie de impaciencia, y con la esperanza de acelerar su ruina, la pérdida de la monarquía y la suya propia. A tan insensata conducta se agregaba su insultante indolencia por la Asamblea y el pueblo que asistía á las sesiones. No prestaban atención, se reían, hablaban en voz alta, y confirmaban así al pueblo en la siniestra opinión que había formado de ellos, y en vez de esforzarse por reconquistar su confianza y estimación, parece que se esmeraban en atraerse su odio y desprecio. Provenían todas estas necedades de que los obispos y nobles no podían creer que la revolución se hubiese introducido hacia ya mucho tiempo en la opinión y ánimo de todo francés, juzgando contener por medio de estos diques un torrente que iba cada

vez en mas aumento. Su errada obstinacion obligaba á los revolucionarios á llevar su sistema mucho mas allá de lo que se habian propuesto: y entonces clamaban los nobles y los obispos contra la injusticia y la tiranía, hablando de la antigüedad y legitimidad de sus derechos á unos hombres que habian minado la base de todos ellos.

(*Ferrieres, tomo II, página 122*).

Nota 13, página 162, tomo I.

El restablecimiento de los guardias de corps dió lugar á una anécdota que merece referirse. Se quejaba la reina á M. de Lafayette de que el rey no era libre, y alegaba en prueba que la guardia de palacio la cubrían los nacionales, y no los guardias de corps. Lafayette la preguntó si seria gustosa en que se confiase á estos, y la reina no supo por el pronto qué decir, aunque no se atrevió á rehusar la oferta que la hizo el general de influir en el asunto. Pasó al punto al Ayuntamiento, que á instancia suya solicitó formalmente del rey el restablecimiento de los guardias de corps, ofreciendo alternar con ellos en el servicio de palacio. No disgustó á los reyes esta pretension, pero pronto especimentaron sus consecuencias, y los que no querian que apareciesen libres, les obligaron á responder negativamente. Sin embargo, no podia motivarse esta oposicion, y la reina, á quien se confiaba muy á menudo los asuntos delicados, se encargó de decir á Lafayette que no se accedia á la proposicion del Ayuntamiento, añadiendo por motivo que no queria esponer á los guardias de corps á ser degollados. No obstante, Lafayette acababa de encontrar uno que se paseaba con uniforme por palacio, y citó este caso á la reina, que se vió cortada, aunque persistió en el intento que estaba encargada de manifestar.

Nota 14, página 163, tomo I.

El discurso del hermano mayor del rey en la casa de Ayuntamiento contiene un pasage muy importante que no debe omitirse.

•En cuanto á mis opiniones personales, dice este augusto personage, hablaré con confianza á mis conciudadanos. Desde el dia en que me declaré en la segunda Asamblea de los notables sobre la cuestion fundamental que dividia los ánimos, no he dejado de creer que estaba próxima una gran revolucion; que el rey, por sus intenciones, virtudes y suprema gerarquia debia ponerse al frente, porque no podia ser ventajosa á la nacion sin serlo asimismo á su monarca; finalmente que la autoridad real debia ser el baluarte de la libertad nacional y esta libertad la base de la autoridad real. Quese cite una sola de mis acciones, un solo discurso mio en oposicion á estos principios, ó en prueba de que no haya sido el único objeto de mis pensamientos é intenciones la felicidad del rey y del pueblo, sean cuales fueren las circunstancias en que me hubiese hallado: tengo derecho á que se me crea bajo mi palabra, y yo no he variado ni variaré jamás de sentimientos ni principios.

Nota 15, página 163, tomo I.

El discurso que pronunció el rey en esta ocasion es demasiado notable para que dejemos de citarle con algunas observaciones. Este escelente y desgraciado principe estaba agitado por continuas dudas, y habia algunos momentos en que veia mejor que otro alguno, cuáles eran sus propios deberes y las sinrazones de la corte.

El tono que resaltaba en su discurso de 4 de febrero, prueba que nadie le dictaba entonces sus palabras, y que se expresaba con un conocimiento verdadero de su situacion presente.

«Señores: me trae á vuestra presencia la gravedad de las circunstancias en que se encuentra la Francia. «La progresiva relajacion de todos los vínculos de orden y subordinacion, la suspension ó inercia de la justicia, los descontentos que nacen de las privaciones particulares, las oposiciones y fatales rencores que inevitablemente se siguen á prolongados disturbios, la crítica situacion de la hacienda y la incertidumbre respecto á la fortuna pública; finalmente la general agitación de los ánimos, todo parece reunirse para aumentar la inquietud de los verdaderos amigos de la prosperidad y dicha del reino.

«Grande es sin duda el objeto que teneis á vuestro cargo, pero es necesario conseguirlo con los menos alborotos y convulsiones que se pueda. Confieso que mi intencion al reuniros, era conducirlos á él, de una manera mas pacífica, porque si bien deseaba concentrar vuestras luces y voluntades para labrar la prosperidad pública, tampoco se me oscurecia que mi felicidad y mi gloria estaban íntimamente enlazadas con el éxito de nuestros trabajos.

«He procurado en una continua vigilancia libertar vuestras afanes del funesto influjo que podian tener sobre ellos las desgraciadas circunstancias en que os hallabais. Los horrores de la escasez que tenia la Francia en el año último, se han evitado con incesantes cuidados é inmensas provisiones. El desorden que el antiguo estado de la hacienda, el descrédito, la excesiva falta de numerario y la gradual disminucion de las rentas debian producir naturalmente; este desorden, ó al menos su exorbitancia y publicidad, no se han manifestado hasta el presente. He reparado en todas partes, y principalmente en la capital, las fatales consecuencias de la falta de trabajo; y á pesar de la relajacion de todos los medios de autoridad he sostenido el reino, sino como hubiera deseado, al menos en un estado de tranquilidad suficiente para gozar de los beneficios de una libertad prudente y bien ordena-

«da, finalmente, á pesar de nuestra situacion interior, y de las borrascas políticas que agitan á otras naciones, he conservado esteriormente la paz, y mantenido con todas las potencias europeas las prudentes y amistosas relaciones que pueden hacer esta paz duradera. Despues de haberos preservado de este modo, de los principales obstáculos que hubieran podido interrumpir vuestras tareas y atenciones, me parece que ha llegado el momento en que importa al bien del estado que yo me asocie, de un modo mas espreso, á la ejecucion de todo lo que habeis meditado en ventaja de la Francia. Ninguna ocasion me parece mas oportuna que aquella en que presenteis á mi aceptacion los decretos destinados á dar al reino una nueva organizacion, que tanto debe influir en la felicidad de mis súbditos y prosperidad de este imperio.

«Sabeis, señores, que hace mas de diez y ocho años, cuando aun no se había manifestado el voto de la nacion sobre las Asambleas provinciales, que habia empezado á sustituir esta especie de administracion á la consagrada por antiguas y no interrumpidas costumbres. Habiéndome hecho conocer la esperiencia que no me habia engañado respecto á la utilidad de estos establecimientos, he procurado extenderlos á las provincias de mi reino, y para asegurar la confianza general á las nuevas administraciones, he querido que sus individuos fuesen libremente nombrados por todos los ciudadanos. Vosotros habeis mejorado mucho esta idea, principalmente con la subdivision igual y sabiamente producida, que corrigiendo los antiguos límites de unas provincias con otras y estableciendo un sistema general y completo de equilibrio, reduce á un mismo espíritu é interés todas las partes del reino.

«Esta magnífica y saludable idea os pertenece exclusivamente, y bien se necesitaba toda esta reunion de voluntades y todo el ascendiente que disfrutaban los representantes de la nacion, para emprender con

«confianza un cambio tan importante y para vencer en nombre de la nacion tanta resistencia de la costumbre y de los intereses particulares.»

Es exactísimo y está perfectamente explicado cuanto dice aquí el rey, porque en efecto, él por sí habia intentado todas aquellas mejoras y dado un ejemplo bastante raro entre los príncipes, cual es el de prevenir las necesidades de los súbditos. Esos elogios que tributa á la nueva division territorial llevan el sello de la buena fé, tanto mas cuanto era utilísima al mismo gobierno, destruyendo las resistencias que muchas veces le habian opuesto las localidades. Es, pues, evidente, que el rey hablaba con toda sinceridad. Continúa así:

«Yo favoreceré y secundaré por cuantos medios estén á mi alcance, el buen resultado de esta inmensa organizacion de que depende el bienestar de la Francia; porque no debo ocultaros que me ocupo demasiado de la situacion interior del reino y tengo demasiado abiertos los ojos sobre los peligros de todas clases que nos rodean, para no conocer que en la disposicion actual de los ánimos, y considerando el estado de los negocios públicos, es menester establecer con calma y tranquilidad un nuevo régimen, ó de lo contrario se verá espuesto el reino á todas las calamidades de la anarquía.

«Reflexionen bien en ello los buenos ciudadanos así como yo he procurado hacerlo, fijando únicamente su atencion en el bien del estado y verán, que á pesar de ser diferentes sus opiniones, debe reunirlos hoy á todos un interés evidente y comun. El tiempo reformatará los defectos que se encuentren en la coleccion de leyes emanadas de esta Asamblea.» (*Esta critica indirecta y delicada, prueba que el rey no se propónia adular sino decir la verdad aunque con la moderacion necesaria*); «pero cualquiera empresa que se dirija á trastornar los principios de la constitucion y á debilitar su benéfico influjo, solo servirá para introducir entre nosotros la tea de la discordia con todas

«sus consecuencias inevitables; y aun suponiendo que semejante tentativa contra mi pueblo y contra mi legítima á realizarse, solo se conseguiria privarnos á todos sin compasion alguna, de los muchos bienes que el nuevo orden de cosas nos presenta en perspectiva.

«Concibamos, pues, de buena fé las esperanzas que se nos ofrecen, y pensemos solo en realizarlas unánimemente. Convénzanse todos de que el monarca y los representantes de la nacion abrigan los mismos intereses y deseos, para que esta opinion y creencia infunda en las provincias la paz y la armonía, y para que todos los ciudadanos honrados, todos los que pueden servir al estado con su ilustracion y celo, se apresuren á tomar parte en las varias subdivisiones de la administracion general, cuyo conjunto y enlace deben concurrir eficazmente para restablecer el orden y prosperidad del reino.

«No se nos debe ocultar que hay mucho que hacer antes de conseguirlo, y que se necesita una voluntad constante y un esfuerzo general y unánime si hemos de obtener un éxito verdadero. Continúad vosotros vuestras tareas sin otra pasion que la del bien, fijad vuestra atencion en la suerte del pueblo y en la libertad pública; pero no os olvidéis tambien de suavizar y tranquilizar todas las desconfianzas, poniendo término, lo mas pronto posible, á los diferentes temores que van alejando de la Francia un número tan considerable de ciudadanos, y cuyo efecto forma un notable contraste con las leyes de seguridad y libertad que queréis establecer: la prosperidad no puede volver sino con el contento general. Por do quiera se nos presentan esperanzas; apresurémonos á ver tambien en todas partes la felicidad.

«Día llegará, como lo creo, en que todos los franceses indistintamente, reconozcan las ventajas de haber suprimido totalmente las diferencias de clases y estados, cuando se trata de trabajar para el bien público y para la prosperidad de la patria que interesa

«igualmente á todos los ciudadanos, debiendo ver cada uno sin sentimiento que para servir en adelante de algún modo en el estado, bastará haberse distinguido por el talento ó por la virtud.

«Sin embargo, todo lo que recuerde á una nación la antigüedad y continuación de los servicios de una clase distinguida, es una preferencia que nada puede destruir, y como va unida al deber del reconocimiento, los que en cualquier clase de la sociedad aspiren á servir con todas sus fuerzas á la patria, y los que han tenido la dicha de lograrlo, están interesados en respetar esta transmisión de títulos y recuerdos, que es la mejor herencia que puede cualquiera dejar á sus hijos.

«Tampoco podrá oscurecerse el respeto debido á los ministros de la religión; y cuando su consideración vaya unida á las sacrosantas verdades que el orden y la moral defienden, todos los ciudadanos íntegros é ilustrados tendrán el mismo interés en conservarla y defenderla.

«Los que se han desprendido de sus privilegios pecuniarios, y los que ya no formen como en otro tiempo un orden político en el estado, tienen sin duda que arrostrar sacrificios cuya importancia no desconozco; pero estoy persuadido de que serán bastante generosos para hallar compensación en todos los bienes públicos cuya esperanza ofrece el establecimiento de las Asambleas nacionales.»

El rey prosigue, como se vé, manifestando á todos los partidos las ventajas de las nuevas leyes, y al mismo tiempo la necesidad de conservar algo de las antiguas. Las palabras que dirige á los privilegiados prueban su verdadera opinión sobre la necesidad y la justicia de los sacrificios que se les habían impuesto, y su resistencia será desaprobada eternamente por las palabras que encierra este discurso. En vano se dirá que el rey no era libre: el cuidado con que procura equilibrar las concesiones, los consejos y aun las represen-

siones, prueba que hablaba con sinceridad. No se explicó del mismo modo cuando más adelante quiso hacer patente el estado de opresión en que creía estar. Su carta á los embajadores que insertamos á continuación lo probará suficientemente. La exageración popular que reina en ella, manifiesta la intención que tenía de no parecer libre. Pero sobre esto no deja duda alguna aquella medida, y lo que sigue es tan expresivo, tan delicado, que es imposible no lo hubiese sentido cuando se decidió á escribirlo y pronunciarlo.

«Yo también tendría pérdidas de que quejarme si en medio de los mas sagrados intereses del estado me «dejaviera en cálculos personales; pero me basta para «compensación la felicidad de la patria, y este sentimiento le espreso con toda la sinceridad de mi corazón.

«Yo defenderé por lo tanto y sostendré la libertad «constitucional, cuyos principios ha consagrado el «deseo general de acuerdo con el mio. *Daré mas; pues «de consuno con la reina que participa de todos mis sentimientos, formaré desde muy temprano el corazón de «mi hijo para el nuevo orden de cosas que han producido «las circunstancias, y le acostumbraré desde sus primeros años á que se crea feliz con la dicha de los franceses, y á reconocer siempre, á pesar de las lisonjas «de los aduladores, que una constitución sabia le preservará de los riesgos de la inesperienza, y que una «libertad razonable, añade mayor estima á los sentimientos de amor y fidelidad de que tan interesantes pruebas ha dado esta nación á sus reyes en el «transcurso de tantos siglos.*

«No debo poner en duda que al terminar vuestra «obra, os ocupareis seguramente con acierto y sinceridad, en consolidar el poder ejecutivo, sin el cual no «podría existir ningun sistema permanente en lo interior, ni ninguna consideración exteriormente. Ni hay «por qué abrigar desconfianza, pues como ciudadanos «y fieles representantes de la nación, es deber vuestro

«proporcionar al estado y á la libertad pública, esa «estabilidad, que solo puede ser efecto de una autori- «dad benéfica y activa. Tendreis ciertamente presente «que sin semejante autoridad, las partes de vuestro «sistema constitucional, no guardarían uniformidad ni «correspondencia; y al ocuparos en la libertad que «amais, y que yo tambien amo, no perdereis de vista «cuán facilmente degenera el desorden en la adminis- «tracion, al mismo tiempo que confunde los poderes, «en la mas peligrosa y temible de todas las tiranías.

«Así, no por mí, señores, que no hago caso de na- «da personal comparado con las leyes é instituciones «que deben arreglar los destinos del imperio, sino por «la felicidad misma de nuestra patria, por su prosperi- «dad y poder, os insto á que depongais todas las im- «presiones del momento que puedan separaros de con- «siderar en globo lo que exige un reino como el de «Francia, tanto por su estension como por su inmensa «poblacion y por sus inevitables relaciones estrangeras.

«No dejareis de fijar vuestra atencion en lo que «exigen de los legisladores las costumbres, carácter y «hábitos de una nacion demasiado célebre en Europa «por su espíritu y génio, para que parezca indiferente «el conservar ó alterar los sentimientos de dulzura, «confianza y bondad que tanta nombradía la han dado.

«Dad ejemplo tambien de ese espíritu de justicia «que es la garantía de la propiedad, derecho reseta- «do en todas las naciones, que no es producto del aca- «eso, ni emana de los privilegios de la opinion, sino «que se une íntimamente con las mas esenciales rela- «ciones del orden público y con las primeras condicio- «nes de la armonía social.

«¿Por qué ha de ser tal nuestra desgracia que cuan- «do empezaba á renacer la paz, se han manifestado «nuevas inquietudes en las provincias! ¿Por qué fatali- «dad se entregan á nuevos escesos! Uníos conmigo «para reprimirlos, y evitemos con el mayor empeño el «que nuevos atentados criminales manchen estos dias

que prometen á la nacion tan grande dicha. Voso- «tros que por tantos medios podeis influir en la con- «fianza pública, manifestad sus verdaderos intereses «al pueblo que pretenden estraviar, á ese buen pue- «blo que me es tan querido y que me aseguran serlo «yo tambien de él, cuando procuran consolarme en «mis allicciones. ¡Ah! si él supiese cuanto sufro el dia «que llega á mi noticia cualquier atentado contra las «propiedades, ó cualquier violencia contra las perso- «nas, tal vez me evitaria tan dolorosa amargura.

«No me es posible hablaros de los grandes intere- «ses del estado, sin rogaros que os ocupeis de una «manera urgente y definitiva de cuanto convenga para «restablecer el orden en la hacienda y para tranquili- «zar á la innumerable multitud de personas que de un «modo ú otro estén enlazadas con la fortuna pú- «blica.

«Ya es tiempo de calmar todas las inquietudes y de «restituir á este reino la fuerza de crédito á que tiene «derecho de pretender. No podeis hacerlo todo de una «vez, y por lo mismo os aconsejo que reserveis para «otra ocasion una parte de los beneficios cuyo cuadro «os presenta la reunion de vuestras luces; pero cuan- «do hayais añadido á lo que ya habeis hecho un plan «prudente y racional para la administracion de justi- «cia; cuando hayais asegurado las bases de un equili- «brio entre las rentas y gastos del estado; últimamen- «te cuando hayais concluido la obra de la constitucion, «grandes serán los derechos que habreis adquirido al «reconocimiento público, y luego en la continuacion «sucesiva de Asambleas nacionales, que asegura desde «ahoy esta misma constitucion, no habrá mas que ir aña- «diendo anualmente nuevos medios de prosperidad. «¿Plegue á Dios que este dia, en que vuestro monarca «viene á unirse á vosotros del modo mas franco é ín- «timo, dé principio á una época memorable en la histo- «ria de este imperio! Así espero que sucederá, si mis «ardientes descos y mis tiernas exhortaciones sirven de

«señal de paz y de union entre vosotros. Háganme el «sacrificio de los recuerdos que les atormentan los que «se alejen todavia de un espíritu de concordia que nos «es tan necesario, y yo les corresponderé con mi agradecimiento y afecto.

«Profesemos todos desde hoy, pues yo mismo os « doy el ejemplo, profesemos una sola opinion, un solo «interés, una voluntad única: el amor á la nueva constitucion y el ardiente anhelo de la paz, felicidad y «bienestar de la Francia!»

Nota 16, página 172, tomo I.

No puedo presentar mejor prueba que citar las memorias del mismo M. Froment, para dar una verdadera idea de la emigracion y de las opiniones que le dividen. En un tomo intitulado: *Compendio de varios documentos relativos á la Revolucion*, M. Froment dice lo que copio, página 4 y siguientes:

«Pasé secretamente á Turin (en enero de 1790), á ver á los príncipes franceses para solicitar su aprobacion y apoyo. En un consejo que se celebró á mí llegada, les manifesté que si querian armar los partidarios de la altar y del trono, y hacer marchar únicamente los intereses de la religion con los de la monarquía, fácil seria salvar uno y otro. Aunque constante en la fe de mis padres: no queria que se hiciese la guerra á los hereges, sino á los enemigos declarados del catolicismo y de la monarquía, á los que alborotaban diciendo que ya estaban causados de oír hablar de Jesucristo y de los Borbones; á los que pretendian ahorcar al último rey con las tripas del último sacerdote; por el contrario los que á pesar de no ser católicos se han mantenido fieles á la monarquía, siempre han encontrado en mí el ciudadano mas cariñoso, así como los católicos rebeldes el enemigo mas implacable.

«Mi plan se dirigia únicamente á formar un partido

y darle, en cuanto me fuera posible, estension y consistencia. Siendo la fuerza el verdadero argumento de los revolucionarios, conocia que la verdadera contestacion era la fuerza: así entonces como ahora, estaba convencido de aquella gran verdad que no puede combatirse una fuerte passion sino por otra todavia mas fuerte, y que el celo religioso era el único que podia sofocar el delirio republicano. Los milagros que obró desde entonces el celo de la religion en la Vendée y en España, prueban que los filósofos y los revolucionarios de todos los partidos, jamás habrian logrado establecer su sistema anti-religioso y anti-social durante algunos años sobre la mayor parte de Europa, si los ministros de Luis XVI hubiesen concebido un proyecto como el mio ó si los consejeros de los príncipes emigrados le hubiesen adoptado con sinceridad y sostenido con teson.

Pero desgraciadamente, la mayor parte de los personajes que dirigian á Luis XVI y á los príncipes de su casa, raciocinaban y obraban bajo principios filosóficos, aunque los filósofos y sus discípulos fuesen la causa de los agentes de la revolucion. Hubieran creído ponerse en ridiculo, y aun se consideraban deshonrados con solo pronunciar la palabra religion, desdeshándose de emplear los medios poderosos que esta ofrece, y que los mayores políticos han sabido aprovechar felizmente en todas épocas. Mientras que la Asamblea nacional procuraba engañar al pueblo y atraérselo suprimiendo los derechos feudales, el diezmo, las alcabalas, etc., etc., pretendian los ministros y consejeros inspirarles sumision y obediencia, haciéndole ver la incoherencia de las nuevas leyes, y presentándole el cuadro de las desgracias del rey por medio de escritos superiores á su inteligencia. Hé aquí los medios con los cuales creian hacer renacer en el corazon de todos los franceses, un amor puro y desinteresado hacia su soberano; creian que los clamores de los descontentos contendrian las sentencias de los facciosos, y permiti-

rian al rey, *lograr sin obstáculo el fin que se proponían*. Probablemente mis consejos no tuvieron mas importancia que mi nulidad y prevalecieron los de los grandes de la corte apoyados por sus títulos y por sus riquezas.»

Continúa M. Froment su discurso, y caracteriza los partidos que dividían la corte fugitiva, del modo siguiente: página 33.

«Los honrosos títulos y consideraciones que generalmente me dispensaban en Turin, me hubieran hecho olvidar lo pasado y concebir las más lisonjeras esperanzas del porvenir, si hubiera descubierto grandes recursos en los consejeros de los príncipes, y perfecta armonía entre los hombres que mas influían en nuestros negocios, pero veía con dolor dividida la emigración en dos partidos, de los cuales el uno quería intentar la contra-revolución solo por el apoyo de las potencias extranjeras, y el otro por los realistas del interior.

El primer partido pretendía que cediendo algunas provincias a las potencias, suministrarían a los príncipes franceses ejércitos bastante numerosos para reducir á los facciosos; y que con el tiempo se recuperarían fácilmente las concesiones que hubiera habido necesidad de hacer, y que no empeñándose la corte en obligación con *ningun cuerpo del Estado*, podría dictar leyes á todos los franceses.... Los cortesanos temblaban de que la nobleza de las provincias y los realistas del tercer estado lograsen el honor de restablecer la monarquía decaída, y creían que no llegarían á ser los dispensadores de gracias y favores, y que caducaría su reinado así que la nobleza de las provincias hubiese restablecido á costa de susangre la autoridad real, y héciose por lo tanto digna de las mercedes y confianza de su soberano. El temor de este nuevo orden de cosas no les incitaba á reunirse sino para impedir que los príncipes empleasen de modo alguno á los realistas del interior, á lo menos para fijar principalmen-

te su atención sobre los gabinetes de Europa, y fundar sus mayores esperanzas en los auxilios extranjeros. A consecuencia de este temor, se esmeraban *en secreto* en arruinar los recursos interiores, y en frustrar los planes propuestos, entre los cuales habia muchos que podían restablecer el orden si se hubieran dirigido con acierto y sostenido con entereza. He sido testigo de todo esto y lo probaré algun dia con hechos y testimonios auténticos, pero aun no ha llegado el momento. En una conferencia que se verificó por entonces sobre el partido que podría sacarse de las disposiciones favorables de los de Lyon y el Franco-Condado, espuse sin rebozo los medios que debían emplearse *al mismo tiempo* para asegurar el triunfo de los realistas del Gevaudan, de los Cevenas, del Vivarés, del Condado Venesino, del Languedoc y de la Provenza. En el calor de la discusión me dijo el marqués de Antichamp, mariscal de campo y *gran partidario de las potencias*: «¿Y no procurarán vengarse los oprimidos y los parientes de las víctimas?... —¿Y qué importa eso, le dije, con tal que consigamos nuestro objeto? — Hé aquí, replicó él, como le he hecho confesar que habia venganzas particulares.» Sumamente admirado de esta observación dije al marqués de La Rouziere, que estaba á mi lado: «No creía que una guerra civil se pareciese á una misión de capuchinos.» Así es que inspiraron á los príncipes el temor de hacerse odiosos á sus mas crueles enemigos, los cortesanos les inducían á emplear solo paliativos, suficientes sin duda para escitar el celo de los realistas del interior; pero no para libertarlos del furor de los facciosos, despues de haberlos comprometido.

Despues he sabido que durante el tiempo que el ejército de los príncipes estuvo en la Champagne, habiendo cogido M. Laport, ayudante del marqués de Antichamp, prisionero á un republicano, creyó segun el sistema de su general, que le haria cambiar de opinion con una arenga patética y devolviéndole sus ar-

mas y su libertad; pero apenas hubo andado algunos pasos el republicano cuando mató á su libertador. El marques de Antichamp olvidando entonces la moderacion que habia manifestado en Turin, incendió una multitud de pueblos para vindicar la muerte de su imprudente misionero.

«El segundo partido sostenia que pues las potencias habian tomado muchas veces las armas para humillar á los Borbones, y sobre todo para impedir á Luis XIV que asegurase la corona de España en su nieto, lejos de llamarlos en nuestro auxilio, se debia por el contrario reanimar el celo del clero, la adhesion de la nobleza, el amor del pueblo hácia el rey, y apresurarse á cortar una reyerta de familia de que tal vez tendrian intencion de aprovecharse los estrangeros.... A esta funesta division entre los principales emigrados, y á la impericia ó perfidia de los ministros de Luis XVI, deben los revolucionarios sus primeros triunfos. Digo mas, y sostengo que no hizo la revolucion la Asamblea nacional, sino los que rodeaban al rey y los principes; que los ministros entregaron á Luis XVI á los enemigos del trono; que la mayor parte de los cortesanos que servian á Luis XVI y Luis XVIII, y los principes de sus casas eran y son unos charlatanes, verdaderos eunucos políticos; y que á su inercia, debilidad ó traicion, deben atribuirse todos los males que ha experimentado la Francia y los que aun amenzan á todo el mundo.

Si mi apellido fuese ilustre y hubiera tenido parte en el consejo de los Borbones, no sobreviviria á la idea de que una horda de bandidos, tan viles como cobardes, de los cuales ni uno solo ha manifestado en ningun género, ni genio, ni talento superior, haya logrado derribar el trono, establecer su dominio en los estados mas poderosos de la Europa, y hacer temblar todo el universo; cuando me asalta esta idea me sepulto en la oscuridad de mi existencia que me pone al abrigo del vituperio, como me puso en la imposibilidad de detener los progresos de la revolucion.»

Nota 17, página 202, tomo I.

Ya he citado algunos trozos de las memorias de Ferrieres con relacion á la primera sesion de los Estados generales, y como nada es mas importante que averiguar los verdaderos sentimientos que producian la revolucion en los ánimos, creo deber describir la confederacion, segun el mismo Ferrieres. Por ella se verá si era verdadero el entusiasmo, y la revolucion tan horrorosa como se ha pretendido.

«Los confederados llegaban entretanto de todos los puntos del imperio, y se les hospedaba en casa de algunos particulares que se apresuraban á disponerles cama, ropa, leña y todo cuanto podia contribuir á hacer agradable y cómoda la mansion en la capital. Doce mil trabajadores se ocupaban sin descanso en preparar el campo de Marte; mas por mucha actividad que se emplease en este trabajo, se adelantaba poco y se temia que no pudiese acabarse para el 14 de julio, dia irrevocablemente fijado para la ceremonia, porque era la famosa época de la insurreccion de Paris y toma de la Bastilla. En esta duda invitan los distritos en nombre de la patria á que se incorporen con los trabajadores los buenos ciudadanos, cuya invitacion cívica entusiasma á todo el mundo y aun á las mugeres, viéndose seminaristas, estudiantes, hermanas de la caridad y cartijos encanecidos en la soledad, dejar sus claustros y acudir al campo de Marte con su azadon al hombro y llevando banderas adornadas de emblemas patrióticos. Confundidos y mezclados allí todos los ciudadanos, forman un taller inmenso y movable que ofrece un variado grupo en cada punto. La desgredada ramera al lado de la recatada ciudadana, el capuchino que arrastra la carretilla con el caballero de San Luis, el gauapan con el señorito del Palacio Real, la robusta sardinera conduce la espuerta que acaba de llenar una dama elegante, el poderoso, el in-

digente, viejos y niños, cómicos y suizos, trabajando y descansando, actores y espectadores, ofrecen á la vista admirada una escena llena de animacion y vida. Las tabernas ambulantes, y las tiendas portátiles, aumentaban la variedad y el júbilo de aquel cuadro inmenso y magnífico; los cánticos y gritos de alegría, el ruido de los tambores é instrumentos militares, el de las palas y carretones, las voces de los trabajadores llamándose y animándose unos á otros.... cada uno sentia su alma inundada de un delicioso placer, á la vista de todo un pueblo entregado al dulce sentimiento de la fraternidad primitiva.

«Al dar las nueve se deshacen los grupos, y cada ciudadano acude á su seccion y se reune con su familia y conocidos. Las cuadrillas emprenden la marcha al sonido de los tambores, y vuelven á Paris precedidos de hachones, prorumpiendo de vez en cuando en sarcasmos contra los aristócratas, y cantando la famosa cancion de *za ira*.

«Llega por fin el 14 de julio, dia de la confederacion, entre las esperanzas de los unos y las inquietudes y terror de los otros. Si no tuvo aquella gran ceremonia el carácter sério y augusto de una fiesta nacional y religiosa, carácter casi inconciliable con el espíritu francés, ofreció á lo menos la dulce y viva imagen del júbilo y del entusiasmo, mil veces mas interesante. Salen los confederados del solar de la Bastilla, colocados por departamentos, con ochenta y tres pendones, abriendo y cerrando la marcha los diputados de las tropas de linea y de la armada, la guardia nacional de Paris, tambores, coros de música y las banderas de las secciones.

«Los confederados atravesaron las calles de san Martin, san Dionisio y san Honorato, y por la carrera de la Reina, pasaron el puente de barcas construido sobre el rio. La lluvia que caia á torrentes, no desordenó ni suspendió la marcha, y los confederados empapados en agua y en sudor; danzaban y gritaban: vivan

nuestros hermanos los parisienses! La Asamblea nacional se incorporó con la comitiva en la plaza de Luis XV, yendo entre el batallon de veteranos y entre los jóvenes alumnos de la patria, imagen espresiva que parecia reunir todas las edades é intereses.

«El camino que conducia al campo de Marte está cubierto de pueblo que aplaudia y cantaba el *za ira*. El muelle de Chaillot y las alturas de Passy, presentaban un largo anfiteatro en donde la elegancia, los atractivos y las gracias del bello sexo encantaban la vista sin poder dar la preferencia á ninguno de aquellos objetos. La lluvia no cesaba, pero nadie hacia caso, que triunfaba la alegría francesa del mal tiempo, del mal piso, y de lo dilatado de la carrera.

«M. Lafayette, montado en un soberbio caballo y rodeado de sus edecanes, distribuia las órdenes y recibia los homenajes del pueblo y los confederados. Su rostro estaba bañado en sudor; y un hombre, á quien nadie conocia, atraviesa la multitud, se adelanta con una botella en una mano y un vaso en la otra, y le dice: Mi general estais acalorado, echad un trago. Lafayette recibe el vaso, mira al desconocido y se bebe el vino de un sorbo. Apláudole el pueblo, y Lafayette mira con una sonrisa de satisfaccion y benevolencia á la multitud, pareciendo como que la decia: «Yo no abrigaré jamás sospecha alguna, ni me inquietará nada mientras esté en medio de vosotros.»

«Entretanto aguardaban reunidos mas de trescientos mil hombres y mugeres de Paris y los alrededores desde las seis de la mañana en el campo de Marte. Se habia colocado en él un ancho anfiteatro para el rey, la familia real, los embajadores y los diputados. Los confederados que llegaron los primeros, empiezan á bailar; los que llegan despues se unen á ellos y forman una rueda que comprende gran parte del campo de Marte. Era digno de un observador filosófico aquel espectáculo compuesto de una multitud de hombres llegados de las provincias mas opuestas de Fran-

cia, llevados del impulso del carácter nacional, desechando todo recuerdo de lo pasado, toda idea de lo presente, todo temor del porvenir: entregándose á un delicioso abandono; y trescientos mil espectadores de todos sexos y edades siguiendo sus movimientos, marcando el compás con las manos, olvidándose de la lluvia, del hambre y de la pesadez de un entreacto tan largo. Habiendo por fin entrado toda la comitiva, cesa la danza, y cada confederado va á incorporarse con su bandera. El obispo de Autun se prepara á celebrar la misa en un ara á la antigua, erigida en medio del campo, colocándose en los cuatro ángulos del altar trescientos sacerdotes vestidos de albas blancas, ceñidas con cíngulos tricolores. El obispo de Autun bendice el oriflama y las ochenta y tres banderas, y entona el *Te Deum* que acompañan luego doscientos músicos. Lafayette al frente del estado mayor de la milicia de París y de los diputados del ejército y armada, sube al altar y jura en nombre de las tropas y de los confederados ser fiel á la nación, á la ley, y al rey, cuyo solemne juramento anuncia á toda la Francia una salva de cuatro piezas de artillería. Los doscientos músicos hacen resonar el aire con cánticos militares, ondean los estandartes y banderas y brillan los sables desenvainados. El mismo juramento repite el presidente de la Asamblea nacional, y el pueblo y los diputados contestan con el grito de: *si juro*. Levántase el rey entonces y dice con voz sonora: *Yo, rey de los franceses, juro emplear el poder que me ha confiado el acta constitucional del Estado, en mantener la constitucion decretada por la Asamblea nacional, y aceptada por mí*. La reina toma al delphin en sus brazos, le presenta al pueblo y dice: *Hé aquí mi hijo, que se une como yo á los mismos sentimientos*. Esta inesperada circunstancia se acogió con los gritos de viva el rey, viva la reina, viva el delphin! Continuaban disparando los cañones, mezclando su estruendo magestuoso con el sonido guerrero de los instrumentos militares y con las aclamaciones del pueblo. Habíase

serenado el cielo, manifestándose el sol en todo su esplendor, de suerte que parecía que el mismo Dios quería ser testigo de aquellas mútuas promesas y ratificarlas con su presencia... Si, las vió, las oyó, y los males horribles que desde aquel día no han dejado de aquejar á la Francia, son ¡oh Providencia siempre activa y fiel! el justo castigo de un perjurio. ¡Has castigado al monarca y á los súbditos, porque entrambos quebrantaron su juramento!

«No se limitaron al día de la confederación el entusiasmo y las funciones, pues mientras permanecieron los confederados en París, hubo una continua serie de convites, danzas y regocijos. Se volvió otra vez al campo de Marte, donde bebieron, cantaron y bailaron. M. de Lafayette pasó revista á parte de la guardia nacional de los departamentos y del ejército de línea, y asistieron el rey, la reina y el delphin siendo recibidos con aclamaciones. La reina dió con mucha gracia á besar su mano á los confederados, y les mostró al delphin. Antes de salir de la capital los confederados fueron á rendir homenaje al rey, y todos le manifestaron el mas profundo respeto y entrañable afecto. El gefe de los bretones poniendo una rodilla en tierra, presentó su espada á Luis XVI, diciendo: «Señor, yo os entrego pura y sagrada la espada de los bretones, que solo se teñirá en la sangre de vuestros enemigos.»—Esa espada no puede estar en mejores manos que en las de mis queridos bretones, respondió Luis XVI, levantando al gefe de los bretones y devolviéndole su espada: yo no he dudado nunca de su ternura y fidelidad: aseguradles que soy el padre, el hermano y el amigo de todos los franceses.» El rey vivamente conmovido estrecha la mano del gefe de los bretones y le abraza; y un mútuo enternecimiento prolonga por algunos instantes esta sensible escena. El gefe de los bretones toma el primero la palabra. «Señor, todos los franceses, á juzgar por nuestros corazones, os aman y os amarán, porque sois un rey ciudadano.»

«El Ayuntamiento de Paris quiso dar tambien una funcion á los confederados. Hubo justas en el rio, fuegos artificiales, iluminacion, baile y refresco en el pó-sito, y baile en el salon de la Bastilla. A la entrada se leia en letras muy gruesas: *Aquí se baila*; y contraste feliz que chocaba extraordinariamente con el antiguo horror y desesperacion que acompañaba al recuerdo de aquella mansion odiosa.

Iba y venia el pueblo de una parte á otra sin atropellarse. La policia habia prohibido la circulacion de los coches, previendo los accidentes tan comunes en las fiestas públicas, y evitando el ruido tumultuoso de los caballos, de las voces de los cocheros que molesta y aturde á los ciudadanos, les infunde á cada instante el miedo de ser aplastados, y dá á la fiesta mas brillante y mejor ordenada la apariencia de una fuga. Los regocijos públicos están destinados principalmente al pueblo, en quien solo se debe pensar, y si los ricos quieren disfrutar de ellos, háganse pueblo por un dia y adquiriran sensaciones desconocidas sin perturbar la alegria de sus conciudadanos.

En los Campos Eliseos particularmente, fué donde los hombres sencillos gozaron con mas satisfaccion de aquella deliciosa fiesta popular. Pendian de todos los árboles guirnalda iluminadas que se enlazaban unas con otras, y una multitud de pirámides de fuego colocadas de trecho en trecho, esparcian una luz pura que formaba un maravilloso contraste con las tinieblas de la noche. Las calles estaban llenas de un gentio inmenso. El campesino acompañado de su muger y de sus hijos, comia, charlaba, se paseaba y disfrutaba dulcemente de su existencia. Aquí, grupos de jóvenes de ambos sexos danzaban al son de numerosas orquestas colocadas de intento. Mas allá, marineros en mangas de camisa, rodeados de infinitos curiosos que les miraban con interés, se esforzaban en trepar á las cucañas, de las que pendian premios envueltos en banderas tricolores, reservados al mas diestro en este ejercicio. Eran

de ver las risas que provocaban los que no podian llevar á cabo su objeto, el modo con que animaban á los que mas felices ó mas diestros parecian estar próximos á obtener el premio... En una palabra, la alegria general, pero sentimental y dulce que se leia en todos los semblantes, justificaba el nombre de Campos Eliseos que le dieran los antiguos. Los trages blancos de una multitud de mugeres, agitando bajo las frondosas copas de los árboles, aumentaba doblemente la ilusion.

(Ferrieres tomo II, página 89.)

Nota 18, página 207, tomo I.

M. de Talleyrand habia predicho muy notablemente los resultados económicos del papel moneda.

En su discurso manifesta desde luego la naturaleza de esta moneda, caracterizándola con la mayor exactitud y demostrando las razones de su próximo des-credito.

«¿Mandaré, dice, la Asamblea nacional una emision de dos mil millones de asignados moneda? Se juzga de antemano acerca de esta segunda emision por el resultado de la primera, pero no se quiere ver mas que las necesidades del comercio, disminuido por la revolucion, han debido hacer recibir con avidez nuestro primer numerario convenido; y estas necesidades eran tales, que en mi opinion se hubiera adeaptado este numerario, aun cuando no hubiera sido forzoso; atenerse á este primer resultado que no ha sido completo, porque los asignados pierden en favor de una segunda y mas crecida emision, es esponerse á graves riesgos; porque el imperio de la ley tiene sus limites, y estos limites son el interés que los hombres tienen en respetarla ó infringirla.

No hay duda en que los asignados tendran condiciones de seguridad tales nunca tuvo ningun papel moneda; ninguno se habrá creado con garantía tan

preciosa ni con hipoteca mas sólida: estoy muy lejos de negarlo. El asignado considerado como título de crédito, tiene un valor positivo y material, precisamente el mismo que el de la finca que representa; sin embargo, debe convenirse en que nunca estará ningún papel nacional al nivel de los metales, jamás el signo supletorio del primer signo representativo de la riqueza, tendrá el valor exacto de su tipo: el mismo título manifiesta la necesidad, y la necesidad inspira temor y desconfianza.

«¿Por qué será siempre inferior al dinero el asignado moneda? En primer lugar porque siempre se dudará de la aplicación exacta de sus relaciones entre la masa de los asignados y la de los bienes nacionales; en segundo porque habrá por mucho tiempo dudas sobre el remate de las ventas; en tercero, porque no se concibe en qué época se extinguirán dos mil millones de asignados, que representan poco mas ó menos el valor de las fincas; en cuarto, porque hallándose en competencia el dinero y el papel, ambos se convierten en mercancía, y cuanto mas abunda esta, mas desmerece de su precio, y por último, porque con dinero no hay necesidad de asignados, al paso que es imposible pasarse solo con estos y sin dinero, aunque felizmente en caso de necesidad absoluta de este, siempre se conservará alguna especie de circulación, porque el mayor de los males sería no tener ninguno.»

Mas adelante añade el orador.

«Crear un asignado-moneda no es seguramente presentar un metal mercancía, sino un metal-moneda, y este no puede, cualquiera que sea la idea que se tenga de él, representar otro que es al mismo tiempo moneda y mercancía. Por seguro y sólido que sea un asignado-moneda, siempre es una abstracción de la moneda metálica, y así no pasa de ser un signo libre ó forzado, no de la riqueza sino del crédito. De aquí se sigue que darle al papel las funciones de moneda, haciéndole como ella intermediario entre todos los objetos

de cambio, es alterar la cantidad reconocida por unidad, llamada por otro nombre *patrón de la moneda*; es hacer en un momento lo que apenas hace en siglos un estado que se enriquece; y si valiéndonos de la expresión de un sabio extranjero, digo que la moneda hace, respecto del precio de las cosas, el mismo papel que los grados, minutos y segundos respecto de los ángulos, ó las escalas respecto de las cartas geográficas ó los planos, entonces pregunto ¿qué es lo que debe resultar de esta alteración en la medida común?»

Después de haber manifestado lo que era la nueva moneda, predijo Mr. de Talleyrand con admirable exactitud la confusión que iba á resultar en las transacciones privadas.

«Pero finalmente sigamos los asignados en su marcha, y veamos el rumbo que deben seguir. Será menester que el acreedor reintegrado compre fincas con asignados, ó que los guarde ó que los emplee en otros objetos. Si compra fincas conseguireis vuestro intento, y yo me felicitaré por la creación de los asignados, porque dejarán de estar en circulación y porque en fin, no habrán servido mas que para lo que yo propongo que se dé á los acreedores públicos, esto es, la facultad de cambiarlos por bienes tambien públicos. Pero si el acreedor desconfiado prefiere perder intereses conservando un título estéril; si convierte los asignados en metales para ocultarlos, ó en efectos extranjeros para trasladarlos; si estas últimas clases son mucho mas numerosas que la primera; si en una palabra, se deslucen los asignados por mucho tiempo en la circulación antes de sepullarse en la caja del extraordinario; si llegan á viva fuerza y paran en manos de hombres obligados á recibirlos á la par, y que no debiendo nada, han de servirse de ellos con pérdida; si dan margen á una gran injusticia cometida por todos los deudores para con los acreedores anteriores, de recibir los asignados á la par del dinero, mientras la están desmintiendo en los efectos que dispone, porque será imposible obligar

á los vendedores á tomarlos á la par del metálico, es decir, sin aumentar el precio de sus géneros, en razon á la pérdida de los asignados, ¡cuánto no habra engañado entonces esta ingeniosa operacion el patriotismo de aquellos, á cuya sagacidad se debe, y cuya buena fé la defiende; y á cuán inconsolables penas no nos veríamos condenados!

Por tanto no se podrá decir que la Asamblea constituyente haya ignorado del todo el resultado que podía tener su determinación; pero á esta prevision podía oponerse una de aquellas respuestas que no siempre se suelen dar en el momento, pero que serian perentorias y en efecto lo son en lo sucesivo: esta respuesta es la necesidad de subvenir á los gastos y de dividir las propiedades.

Nota 19, página 212, tomo I.

En una obra compuesta por varios individuos, no puede menos de haber diversas opiniones, y no habiendo unanimidad sino en ciertos puntos muy raros, es forzoso que cada parte se desapruebe por los que han votado en contra; por esto cada artículo de la constitucion de 91 debía hallar opositores, aun entre sus mismos autores. Lo que acontecia entonces era inevitable en todo cuerpo deliberante, y el medio de Mirabeau una supercheria. Puede decirse tambien que obraba con poca delicadeza: pero debe disimularse mucho á un hombre poderoso y relajado á quien la moralidad del fin le facilita la de los medios; y digo moralidad del fin, porque Mirabeau creia sinceramente en la necesidad de una constitucion modificada; y á pesar de que su ambicion y rivalidades personales contribuyesen mucho para alejarle del partido popular, era ingénuo en su temor á la anarquía. Otros y no él temian á la corte y á la aristocracia mas que al pueblo; y así es que por todas partes habia temores diferentes segun las situaciones, y todos ciertos. La

conviccion se cambia segun son los puntos de vista, pero la moralidad, es decir, la sinceridad, puede hallarse igualmente en los extremos.

Nota 20, página 216, tomo I.

Ferrieres, testigo ocular de las intrigas de aquella época, refiere las que emplearon para estorbar el juramento de los clérigos.

«Los obispos y revolucionarios se conmovieron é intrigaron, unos para hacer prestar el juramento, y otros para impedir que se efectuase. Ambos partidos conocian la influencia que en las provincias tendria la conducta de los eclesiásticos de la Asamblea. Los obispos se unieron con sus curas, y los devotos y devotas empezaron á inquietarse, no oyéndose mas conversacion, que la del juramento del clero; tanto que se hubiera dicho que el destino de la Francia y la suerte de sus hijos dependian de esta ceremonia. Los hombres mas libres en opiniones religiosas, y las mugeres mas tildadas por sus costumbres, se convirtieron de repente en severos teólogos y ardientes misioneros de la pureza é integridad de la fé romana.

«El *Diario de Fontenay*, el *Amigo del rey* y la *Gaceta de Durosuir*, emplearon sus armas ordinarias, la exageracion, la falsedad y la calumnia. Esparciéronse multitud de escritos, en que se trataba la constitucion civil del clero, de cismática, herética y destructora de la religion. Las devotas repartian por las casas escritos, y rezaban, rogaban y amenazaban, segun sus inclinaciones ó carácter. A los unos se les decia que el clero quedaria triunfante y la Asamblea disuelta, despojados de sus beneficios los eclesiásticos prevaricadores y encerrados en casas de correccion, mientras que los fieles estarian cubiertos de gloria y colmados de riquezas. El papa iba á lanzar sus excomuniones contra una Asamblea sacrílega y unos eclesiásticos apóstatas, y los pueblos privados de los sacramentos no podian

menos de sublevarse; las potencias extranjeras iban á entrar en Francia, y todo este edificio de iniquidad é infamia iba á desplomarse por sus cimientos.

(*Ferrieres, tomo II, página 198*).

Nota 21, página 219, tomo I.

M. Froment refiere el hecho siguiente en su citado escrito.

«En semejantes circunstancias, proyectaban los príncipes formar en el interior del reino, como pudiesen, legiones de todos los vasallos fieles del rey, para servirse de ellos hasta que estuviesen enteramente reorganizadas las tropas de línea. Descosco de ponerme al frente de los realistas, á quienes habia dirigido y mandado en 1789 y 90, escribí á Monsieur, el conde de Artois, para que me concediese un despacho de coronel comandante, concebido en términos de que todo realista que, como yo, reuniese á sus órdenes suficiente número de verdaderos ciudadanos para formar una legión, pudiese lisonjearse de obtener la misma gracia. Aplaudí su alteza mi idea, pero los individuos del consejo no fueron de su opinion; y les chocaba tanto que un paisano pretendiese un despacho militar, que uno de ellos me dijo con cierto enojo: *¿por qué no pedis un obispado?* Yo le respondí con una carcajada que turbó su gravedad; sin embargo se ventilió nuevamente la cuestion en casa de M. Flaschlanden, y los deliberantes acordaron llamar á estos nuevos cuerpos *legiones de paisanos*. Les manifesté «que bajo aquella denominacion volverian á crear los guardias nacionales; que los príncipes no podrian dirigirlos á donde fuese menester, porque pretenderian hallarse obligados solo á defender sus casas; que era de temer que los facciosos lograsen enemistarlos con las tropas delinea, que con las frivolas palabras habian armado al pueblo contra los depositarios de la autoridad pública, y que por lo tanto seria mas poli-

tico seguir su ejemplo, y denominar á los nuevos cuerpos *milicias reales*; que....»

«El obispo de Arras me interrumpió bruscamente diciéndome: «No, no señor, debe ponerse paisano en vuestro despacho;» y el baron de Flaschlanden, que lo redactó, puso paisano.

(*Coleccion de varios escritos sobre la Revolucion, página 62*).

Nota 22, página 242, tomo I.

Hé aquí los pormenores sobre la vuelta de Varennes, que madama Campan habia oido de boca de la misma reina.

«Desde el día de mi llegada, me hizo entrar la reina en su gabinete, para decirme que me necesitaria mucho, con motivo de las relaciones que habia entablado con MM. Barnave, Dupont y Alejandro Lameth. Me manifestó que su mediador con aquellos restos del partido constitucional era M. J.**, y me dijo que Barnave era hombre digno de estimacion: me admire al oír pronunciar con tanto afecto este nombre, pues cuando salí de Paris hablaban de él muchos con horror; se lo hice observar, y aunque S. M. no se admiró, me dijo que habia variado mucho; que aquel jóven lleno de talento y sentimientos nobles, se distinguia por su educacion, y solo le cegaba la ambicion que inspira un verdadero mérito. «Un sentimiento de orgullo, que no me atreveré á vituperar en un jóven del tercer estamento, decia la reina hablando de Barnave, le ha hecho aplaudir todo lo que facilitaba el camino de los honores y la gloria á la clase en que ha nacido; si algun dia vuelve el poder á nuestras manos, tenemos escrito de antemano en nuestros corazones el perdón de este jóven.» Añadia la reina que no era lo mismo con respecto á los nobles que habian seguido el partido de la revolucion; ellos que obtenian todos los favores y muchas veces en perjuicio de gentes de una clase inferior, entre los

cuales se hallaban los mayores talentos: en fin que los nobles, nacidos para ser el baluarte de la monarquía eran demasiado culpables en haber hecho traición a su causa, para merecer el perdón. Me sorprendía cada vez mas por el calor con que defendía la favorable opinión que concibió de Barnave, y me dijo que su conducta en el camino había sido perfecta, mientras que la republicana rudeza de Petion había sido insultante; que este comía y bebía en el coche del rey con poca limpieza, arrojando por la ventanilla los huesos de las aves, á pique de tirárselos al rey en la cara, alzando el vaso sin decir una palabra, cuando madama Isabel le echaba vino, para indicar que tenía bastante, que aquellos ofensivos modales los empleaba adrede, porque era hombre que tenía educación, y que Barnave se había incomodado mucho. Instado por la reina á tomar alguna cosa, respondió Barnave: «Señora, los diputados de la Asamblea nacional no deben ocupar en tan solemne circunstancia á VV. MM. mas que de su misión, y no de sus necesidades. En fin, con sus atenciones respetuosas y delicadas y con solo sus palabras, Barnave se había grangeado la benevolencia no solo de la reina sino tambien de madama Isabel.

«Había empezado á hablar el rey con Petion sobre la situación de la Francia y sobre los motivos de su conducta, que se fundaban en la necesidad de dar al poder ejecutivo una fuerza necesaria á su acción para el bien mismo del acta constitucional, supuesto que la Francia no podía ser constituida en república.

«No todavía, en verdad, contestó Petion, porque los franceses no están bastante maduros para ella. «Esta contestación tan dura y atrevida impuso silencio al rey que calló hasta su llegada á Paris. Solo Petion sentar sobre sus rodillas al joven delfín y se complacía en coger entre sus dedos la hermosa cabellera rubia del interesante niño, y hablando con acción tiraba del pelo bastante fuerte para que se quejase...» Deme v. d. mi hijo, le dijo la reina, está acostumbrado á ser tratado

de un modo que no le predispone á tanta familiaridad. «El caballero Dampierre había sido muerto cerca del coche del rey al salir de Varennes, y tuvo la imprudencia un pobre párroco de aldeá á algunas leguas del lugar en donde se había cometido el asesinato, de acercarse para hablar al rey. Los canibales que rodeaban el coche, se le echaron encima y al verlos les gritó Barnave, ¡etigres! ¡ghabeis dejado ya de ser franceses? Nación de valientes ¿os habeis convertido en un pueblo de asesinos?» Con estas palabras salvó al cura de una muerte inevitable. Al pronunciarlas Barnave se había salido casi fuera de la ventanilla y madama Isabel conmovida por aquel noble arrebato le retenía por los faldones de la casaca. Hablando de este acontecimiento decía la reina que en los momentos de las mayores crisis, la admiraban particularmente las cosas que contrastaban entre sí, y que en aquella circunstancia la piadosa Isabel deteniendo á Barnave por la casaca le había parecido la cosa mas estraña. El diputado había experimentado otra clase de sorpresa. Las disertaciones de madama Isabel sobre la situación de la Francia, su elocuencia dulce y persuasiva, la noble sencillez con que le hablaba, sin apartarse en nada de su dignidad todo le pareció celestial, en aquella divina princesa y su corazón dispuesto, sin duda á nobles sentimientos, sino hubiese seguido el camino del error, fué subyugado por la admiración mas tierna. La conducta de los diputados hizo conocer á la reina la total diferencia entre el partido republicano y el constitucional. En las posadas donde se apeaban tuvo algunas conferencias particulares con Barnave, el cual habló mucho de los errores de los realistas en la revolución, y dijo que había visto tan débil y desacertadamente defendidos los intereses de la corte, que había intentado mas de una vez ofrecerla un animoso defensor, que conociese el espíritu del siglo y de la nación. La reina le preguntó los medios que la hubiera aconsejado. — «La popularidad, señora. — ¿Y cómo había yo de tener-

la, replicó S. M., si me la habían quitado?—¡Ah señores, mas fácil os hubiera sido á vos el conquistarla que á mí el conseguirla.» Estas palabras darian márgenes á muchos comentarios, pero me limito á referir esta curiosa conversacion.

(*Memorias de madama Campan, tomo II, página 150 y siguientes*).

Nota 23, página 245, tomo I.

Hé aquí parte de la respuesta, obra de Barnave, y modelo de razon, de destreza y dignidad.

«Veo señores, dijo Luis XVI á los comisarios, veo por el objeto de la mision que os encargan que no se trata aqui de un interrogatorio, y así voy á corresponder gustoso con los deseos de la Asamblea. Yo no temeré nunca hacer públicos los motivos de mi conducta; y la causa de mi salida de Paris, son los ultrages y amenazas que tanto á mí como á mi familia se hicieron en 18 de abril. Varios escritos han procurado incitar á alentados contra mi persona y familia, y he creído que mi seguridad y honor exijan me alejase de esta ciudad, pero nunca fué mi intencion abandonar el reino, ni he tratado nada sobre el particular con las potencias extranjeras, ni con mis parientes, ni con ninguno de los franceses emigrados. Como prueba de mis intenciones puedo citar la de que tenia preparadas habitaciones en Montmedy para recibirme, y elegí esta plaza porque hallándose fortificada, estaria mi familia mas segura, y porque situada cerca de la frontera, podria mas fácilmente oponerme á toda especie de invasion en Francia, si se hubiera intentado alguna. Uno de mis primeros motivos para salir de Paris, era rechazar el argumento de mi falta de libertad, lo cual podia dar margen á turbulencias.

Si yo hubiera tenido la intencion de salir del reino, no hubiera publicado mi memoria el mismo dia de mi salida, hubiera aguardado á estar del otro lado de las

fronteras, pero mi deseo fué siempre volver á Paris. En este sentido debe interpretarse la última frase de ella que dice: «¡Franceses, y vosotros sobre todo, parisienses, qué placer no tendré al volverme á ver entre vosotros!...» No tenia en mi carruage mas que tres mil luises en oro y cincuenta y seis mil libras en asignados, y no avisé al conde de Artois de mi salida hasta poco antes. Este pasó á pais extranjero porque convinimos en no seguir el mismo camino; pero debia volverse á Francia, poco despues que yo. Para facilitar mi viage necesitaba de pasaporte, y lo saqué para pais extranjero, porque en la secretaria de negocios extranjeros no se espide ninguno para el interior del reino; ademas de que no he seguido el camino de Francfort, y la sola protesta que he hecho se halla en la memoria que dejé escrita antes de mi salida. Esta protesta no versa, como lo prueba su contenido, sobre el fondo de los principios de la constitucion, sino sobre la forma de las sanciones: es decir, sobre la poca libertad que parecia dejarse, y sobre que no habiéndome sido presentados los decretos en masa no podia formar juicio del conjunto de la constitucion. La repriminacion principal que contiene la memoria se refiere á las dificultades que ofrece para administrar y ejercer el poder ejecutivo. En mi viage he conocido que la opinion pública estaba decidida en favor de la constitucion, y no creia poder juzgar enteramente de ella en Paris; pero con las nociones que he adquirido personalmente en mi viage, me he convencido de lo necesario que era para el sostenimiento de la constitucion, robustecer los poderes establecidos para conservar el orden público. Así que he reconocido la voluntad general, no he vacilado, ni nunca tampoco, en sacrificar todo lo que me es personal. El objeto constante de mis deseos ha sido la felicidad del pueblo, y olvidaré con gusto todas las privaciones que he sufrido, si puedo asegurar la paz y felicidad de la nacion.»

Nota 24, página 253, tomo I.

El conde de Gouvernel era íntimo amigo de Bouillé, que á pesar de no guardar miramiento con los constitucionales, se expresa muy honoríficamente respecto á aquel, y parece que le mira con toda confianza. Para dar en sus memorias una idea de lo que acontecía en aquella época en la Asamblea, cita la carta siguiente que le escribió el conde de Gouvernel el 26 de agosto de 1791.

«Había yo dado á vd. esperanzas que ya se han disipado, y esta fatal constitucion ni será revisada ni modificada, sino que permanecerá tal cual está, es decir, un código de anarquía y un manantial de calamidades; siendo lo mas extraño, que en el momento mismo en que hasta los demócratas conocian una parte de sus defectos, son los aristócratas quienes se oponen á su reforma. Con el objeto, pues, de ilustrar á vd. y justificarme de haberle dado una esperanza vana, necesito tomar las cosas de algo mas arriba y decirle todo lo que ha pasado, ya que se me presenta una ocasion segura de escribirle.

«En el mismo dia y el siguiente de la partida del rey, permanecieron observándose repentinamente los dos lados de la Asamblea. El partido popular se hallaba consternado, y el realista muy inquieto, y la menor indiscrecion podia renovar el furor del pueblo. Todos los individuos del lado derecho guardaron silencio, y los del izquierdo dejaron á sus corifeos proponer las medidas que llamaron de *seguridad* y que nadie contradijo. Al dia siguiente de la marcha, los jacobinos se presentaron amenazadores y los constitucionales moderados: entonces eran estos y son todavia mas numerosos que los jacobinos. Hablaron de convenio y de diputacion al rey, y dos de ellos propusieron á M. Malouet conferencias que debían entablarse al siguiente dia,

pero se supo la prision del rey, y no se habló mas del particular.

«No obstante ya habian manifestado sus opiniones y por lo mismo se encontraban mas opuestos que nunca á los exaltados. Ademas de eso la vuelta de Barnave, el respeto que habia manifestado al rey y á la reina, mientras que el feroz Petion insultaba su desgracia, y la gratitud que SS. MM. mostraron hacia el primero, parece que han cambiado enteramente el corazon de este jóven que hasta ahora fué intratable. Ya sabe vd. que es el mas capaz de todos y uno de los que ejercen mayor influjo en su partido y así habia reunido las cuatro quintas partes del lado izquierdo, no solo para salvar al rey del furor de los jacobinos, sino para devolverle una parte de su autoridad, suministrándole los medios de defenderse en lo sucesivo, con tal de no apartarse de la línea constitucional. En cuanto á la última parte del plan de Barnave, solo se hallaban en el secreto Lamett y Duport, porque la turba constitucional les inspiraba todavia mucha inquietud para poderse creer seguros de la mayoría de la Asamblea sin contar con el lado derecho; pero esperaban contar con él cuando llegara el caso de revisar la constitucion y aprovechar esta circunstancia para dar mas latitud á la autoridad real.

«Tal era el estado de las cosas cuando escribí á vd.; pero por mas convencido que estuviere de la torpeza de los aristócratas y de sus continuas divergencias, confieso que nunca creí llegasen á tal grado.

«Cuando se supo la noticia de la prision del rey en Varennes, el lado derecho, en las juntas secretas, acordó no votar mas ni tomar ninguna parte en las deliberaciones y discusiones de la Asamblea; pero Malouet no fué del mismo dictámen, pues les manifestó que mientras durase la legislatura y asistiesen á ella, estaban obligados á oponerse formalmente á los proyectos que atentasen contra el órden público y principios fundamentales de la monarquía. Inútiles fueron todas sus

instancias porque insistieron en su resolucion, y redactaron en secreto una protesta contra todo lo que se habia hecho. Malouet afirmó que continuaria protestando en la tribuna, y haciendo cuantos esfuerzos pudiera para evitar el mal. Me ha dicho que no habia podido reducir a su dictámen mas que á treinta y cinco ó cuarenta individuos del lado derecho; y que temia mucho que esta desacertada providencia de los mas celosos realistas tuviese fatales consecuencias.

«Las disposiciones generales de la Asamblea eran entonces tan favorables para el rey, que mientras le conducian á Paris, ocupó Thouret la tribuna para determinar el modo de custodiarle, (yo estaba en la sesion), y reinaba el mayor silencio en el salon y las galerias. Casi todos los diputados aun los del lado izquierdo, mostraban mucho pesar de oír leer aquel fatal decreto; pero nadie hablaba palabra. Iba el presidente á ponerlo á votacion cuando de repente se levantó Malouet y con acento de dignidad exclamó.— ¿Qué vais á hacer, señores? Despues de haber prendido al rey, os proponen en un decreto tenerle prisionero! ¿A dónde vamos á parar? ¿Lo habeis meditado bien? Habinis de mandar encarcelar al rey?—No, no, exclamaron varios diputados del lado izquierdo, levantándose amotinados, *no es nuestro ánimo tener al rey preso*: y ya iban á rechazar el decreto casi por unanimidad cuando Thouret se apresuró á decir:

«El preopinante se ha enterado mal de los términos y objeto del decreto. Nuestro proyecto, lo mismo que el suyo, no es de encarcelar al rey; pero proponemos medios para su seguridad y la de la familia real» y solo pasó el decreto con esta explicacion, aunque la prision es demasiado cierta, y se prolonga todavia sin pudor.

A fines de julio los constitucionales que sospechaban de la protesta del lado derecho, sin estar sin embargo seguros, seguian muy despacio la revision y temian mas que nunca á los jacobinos y aristócratas.

Malouet pasó á su junta de revision y les habló en primer lugar como á unos hombres á quienes nada tenia que decir sobre los peligros y defectos de la constitucion: pero les halló menos dispuestos á hacer grandes reformas, pues temian perder su popularidad. Target y Duport argumentaron contra él para defender su obra. Al dia siguiente encontró á Chapelier y Barnave que se negaron al principio á responder á sus increpaciones, y por fin se acomodaron al plan de ataque, cuyas contingencias iba á arrostrar. Propuso que se disculiesen en la sesion del 8 todos los puntos principales del acta constitucional y se demostrasen todos sus vicios. «Respondedme, señores, les dijo; respondedme y confundidme con vuestra indignacion: defended vuestra obra ventajosamente sobre los artículos menos peligrosos y aun sobre otros muchos á que se extenderá mi censura, por lo que hace á los que yo habré designado como anti-monárquicos ó como estorbos de la accion del gobierno, decid que no necesita la Asamblea de mis observaciones sobre este punto, y que siempre estábais en ánimo de proponer su reforma y proponerla sobre la marcha. Creed que este es tal vez nuestro único recurso para sostener la monarquia y lograr con el tiempo proporcionarla cuantos apoyos necesita. En esto se convino; pero habiéndose sabido la protesta del lado derecho, y quitando á los constitucionales su perseverancia en no votar toda esperanza de salir bien con su proyecto de revision, tenazmente desaprobado por los jacobinos, renunciaron á hacerla. Malouet, que no tenia relaciones con ellos, no por eso dejó de hacer su impugnacion. Rechazó solemnemente el acta constitucional como anti-monárquica é impracticable en muchos puntos, y empezaba á producir una gran impresion la manifestacion de sus motivos, cuando Chapelier, que ya no esperaba se ejercitase el convenio, le rompió y dijo que era una blasfemia, interrumpiendo al orador y pidiendo que se le hiciese bajar de la tribuna, como así se efectuó. Al dia siguiente re-

conoció su yerro; pero dijo que él y los suyos habían perdido toda esperanza, desde el momento en que no podían contar con el auxilio del lado derecho.

«Era preciso referiros todo esto para que no creyeseis infundados totalmente mis pronósticos. Tristes son en el día, y el mal muy grave: para repararlo no encuentro dentro ni fuera mas remedio que la reunion de la fuerza á la razon.

(*Memorias de Bouillé, paginas 282 y siguientes.*)

Nota 25, página 264, tomo I.

El ministro Bertrand de Molleville ha dado á conocer las disposiciones del rey y la reina al principio de la primera legislatura, de un modo que no deja en duda su sinceridad. Asi cuenta su primera entrevista con aquellos augustos personages.

«Despues de haber respondido á algunas observaciones generales sobre lo árduo de las circunstancias y los innumerables errores que podría cometer en un ramo que no entendia, me dijo el rey. «Bien: ¿os queda que hacer alguna otra objecion?—No señor; el deseo de obedecer y agradar á V. M. es mi único objeto; pero para saber si puedo lisonjearme de servirle útilmente, seria necesario que tuviese la bondad de manifestarme su plan respecto á la constitucion, y la conducta que desea observen sus ministros.—Eso es muy justo, yo no contemplo esa constitucion como una obra acabada: creo que tiene grandes defectos, y si hubiese tenido libertad para dirigir observaciones á la Asamblea, hubieran resultado reformas muy provechosas; pero ya no es tiempo y la acepto tal como es; he jurado hacerla ejecutar y debo observar con estricta fidelidad mi juramento, tanto mas, cuanto creo que la mas exacta ejecucion de la constitucion es el mas seguro medio para darla á conocer á la nacion, y para que descubra las alteraciones que deben hacerse en ella. No tengo ni puedo tener mas plan que este, y no me separaré de él; antes bien desco que lo lleven á

cabo los ministros.—Este plan me parece muy acertado, señor; me siento dispuesto á seguirle y me comprometo á ello. Yo no he estudiado bastante la nueva constitucion, ni en globo ni circunstanciadamente, para tener una opinion fija de ella, y me abstendré de adoptar ninguna hasta que su ejecucion ponga á la nacion en estado de apreciarla por sus efectos. ¿Pero me permitirá V. M. que le pregunte si piensa la reina del mismo modo?—Lo mismo exactamente: ella misma es lo dirá.

«Pasé á ver á la reina, que despues de haberme manifestado con suma bondad cuanto participaba del agradecimiento del rey por haber aceptado el ministerio en tan criticas circunstancias, añadió estas palabras:—El rey os ha manifestado sus intenciones respecto á la constitucion; ¿no es verdad que el único plan que debe seguir es el de ser fiel á su juramento?—Ciertamente que sí, señora.—Pues bien: estad seguro de que no nos harán variar. Vamos, M. Bertrand, ánimo; espero que con paciencia, firmeza y constancia no se habrá perdido todo.

(*Bertrand de Molleville, tomo VI, página 22.*)

A este testimonio de Bertrand de Molleville, se une el de Mmc. Campan que aunque sospechoso algunas veces tiene todas las apariencias de verídica en esta ocasion.

«Se habia presentado, como he dicho, la constitucion al rey, el 3 de setiembre; y vuelvo á hablar de esta presentacion porque ofreció un asunto de discusion muy importante. Todos los ministros excepto Mr. de Montmorin, insistieron en la necesidad de aceptar íntegramente el acta constitucional, y tambien fué de este dictamen el principe de Kaunitz; pero Malouet deseaba que se explicase el rey con sinceridad acerca de los vicios y peligros que notaba en ella. Mas Dupont y Barnave, alarmados, inquietos con el espíritu que reinaba en la sociedad de los jacobinos y hasta en

la misma Asamblea en que Robespierre les había denunciado ya como traidores á la patria, y temiendo grandes desgracias, unieron su parecer al de la mayoría de los ministros y del príncipe de Kaunitz. Los que querían francamente mantener la constitucion aconsejaban no aceptarla pura y simplemente, de cuyo número eran como llevo dicho MM. Moutonin y Malouet. El rey parecia aprobar su dictámen y esta es una de las mayores pruebas de la sinceridad de aquel monarca.

(*Memorias de Madame Campan, tomo II, página 161.*)

Nota 26, página 273, tomo I.

Madama Campan se encargó de noticiarnos que el rey tenía con Coblenza correspondencia secreta.

«Mientras se llevaban por medio de correos las cartas confidenciales del rey á los príncipes extranjeros, la Asamblea invitó al primero á escribir á sus hermanos para hacerlos volver á Francia. El rey encargó al abate de Montesquieu que estendiese la carta que quería enviar, la cual, perfectamente escrita en un estilo interesante y sencillo, análogo al carácter de Luis XVI, y llena de poderosos argumentos sobre la utilidad de unirse á los principios constitucionales, me la entregó el rey con encargo de sacarle copia.

«Por entonces M. Mor....., uno de los intendentes de la casa del conde de Artois, obtuvo de la Asamblea un pasaporte para verse con el príncipe con motivo de un negocio indispensable de su casa. La reina le eligió para que condujese esta carta que le quiso entregar ella misma explicándole el motivo. Me sorprendió la elección del correo, pero la reina me aseguró que era perfecta, que contaba hasta con su indiscrecion, y que solo era esencial que se tuviese noticia de la carta del rey á sus hermanos. Sin duda estaban prevenidos los príncipes por la correspondencia particular.

Monsieur manifestó sin embargo alguna sorpresa, y el mensajero volvió mas afligido que satisfecho de semejante muestra de confianza, que pensó le costaría la vida en los años del terror.»

(*Memorias de madama Campan, tomo II, página 172*)

Nota 27, página 278, tomo I.

CARTA DEL REY A LUIS ESTANISLAO JAVIER, PRÍNCIPE
FRANCES, HERMANO SUYO.

Paris 11 de noviembre de 1791.

Os escribí, querido hermano, el 16 de octubre último, y no habeis debido dudar de mis verdaderos sentimientos. Me ha sorprendido el ver que mi carta no ha producido el efecto que debía prometerme. Para recordaros vuestros deberes, he empleado todos los motivos que pudieran obligaros mas. Vuestra ausencia sirve de pretexto á todos los malévolos y de excusa á todos los franceses alucinados que creen servirme conservando á toda la Francia en una inquietud y agitación que atormentan mi existencia. La revolucion está concluida: la constitucion terminada; la Francia la quiere y yo la sostendré, pues de su afianzamiento depende hoy la salvacion de la monarquia. La constitucion os ha dado derechos y ha puesto una condicion que debeis apresuraros á cumplir. Creedme, querido hermano, rechazad las dudas que pretenden infundiros acerca de mi libertad. Voy á probar por un solemne acto, y en una circunstancia que os interesa, que puedo obrar libremente. Probadme que sois hermano mio y francés cediendo á mis ruegos. Vuestro verdadero lugar es estar á mi lado; vuestro interés y sentimientos os aconsejan igualmente venir á ocuparlo; os invito, pues, y si es preciso os lo mando.

Firmado Luis.

RESPUESTA DE MONSIEUR AL REY.

Coblenza 3 de diciembre de 1791.

«Señor, mi hermano y señor:

El conde de Vergennes me ha entregado de parte de V. M. una carta cuyo sobre, á pesar de que contiene todos mis nombres, parece tan distante de ser dirigida á mí, que tuve intenciones de devolverla sin abrirla. Sin embargo, habiéndoseme asegurado positivamente que era para mí, la abrí y el nombre de hermano que encontré en ella, no me dejó la menor duda y la lei con el respeto que merecen la letra y firma de V. M. Mas la orden que contiene de que me presente cerca de su augusta persona, no es la libre espresion de la voluntad de V. M., y mi honor, mi deber y mi temura misma me prohiben obedecerla. Si V. M. desea enterarse de todos los motivos detallados de mi desobediencia, le suplico recordar mi carta del 10 de setiembre último. Le pido igualmente se digne recibir con bondad el homenaje de los sentimientos, tan tiernos como respetuosos, con los cuales soy, Señor, etc., etc., etc.»

CARTA DEL REY A CARLOS FELIPE, PRINCIPE FRANCES, SU
HERMANO.

Paris 11 de noviembre de 1791.

«Seguramente habrá llegado á vuestra noticia el decreto espedido por la Asamblea nacional, relativo á los franceses alejados de su patria; no creo deber suponerlo, lisongeándome de que los medios de suavidad harán mas asequible el objeto propuesto que reclama

el interés del estado. Los varios pasos que he dado por vos no pueden dejaros duda alguna de mis intenciones y deseos. La tranquilidad pública y mi sosiego personal están interesados en que volvais, y no podreis seguir mas en una conducta que inquieta á la Francia, y que me allige, sin faltar á vuestros primeros deberes. Evitadme el pesar de apelar contra vos á severas resoluciones; consultad vuestro verdadero interés; dejáos guiar por el afecto que debeis á vuestra patria, y ceded por fin al anhelo de los franceses y al de vuestro rey. Este paso por vuestra parte, será una prueba de vuestros sentimientos para conmigo, y os asegurará la continuacion de los que he tenido siempre hacia vos.

Firmado Luis.»

RESPUESTA DEL CONDE DE ARTOIS AL REY.

Coblenza 3 de diciembre de 1791.

«Señor, mi hermano y señor:

El conde de Vergennes me entregó ayer una carta, que segun dijo venia dirigida á mí de parte de V. M. El título que se me ponía en el sobre y que yo no puedo admitir, me hizo creer que la carta no era para mí, mas sin embargo, habiendo reconocido el sello de V. M. la abrí y respeté la letra y firma de mi rey; aunque la omision total del nombre de hermano, y mas que todas las decisiones que se recuerdan en la carta me dieron una nueva prueba del cautiverio moral y fisico en que nuestros enemigos se atreven á tener á V. M. Por lo tanto no estrañará V. M. que fiela mi deber y á las leyes del honor, no obedezca á unas órdenes evidentemente arrancadas por la violencia.

Ademas, la carta que tuve el honor de escribir á V. M. juntamente con Monsieur, el 10 de setiembre último, contiene los sentimientos, principios y resolu-

cion de que no me apartaré jamás, y así me refiero á ella absolutamente, como que será la base de mi conducta, renovando ahora aquel mismo juramento. Suplico á V. M. se digne recibir el homenaje de los sentimientos tan tiernos como respetuosos, con que soy, Señor, etc., etc., etc.

Nota 28, página 279, tomo I.

El informe de MM. Gallois y Gensonné es sin disputa el mejor relato del principio de las turbulencias de la Vendée, cuya parte mas interesante es su origen, porque dá á conocer las causas. Citaremos, pues, lo que parece dar mayor ilustracion á una de las partes mas curiosas de aquella funesta historia.

Informe dado en la Asamblea legislativa en 6 de octubre de 1791, por MM. Gallois y Gensonné comisarios civiles enviados á los departamentos de la Vendée y de los dos Sevres.

«Señores: la Asamblea nacional decretó en 16 de julio último, á propuesta de su junta de indagaciones, que se enviasen al departamento de la Vendée comisarios civiles para adquirir los datos posibles sobre las causas de los últimos trastornos de aquel pais, y concurrir con los cuerpos administrativos al restablecimiento de la tranquilidad pública.

«El 23 de julio se nos confió esta comision, y partimos dos dias despues para Fontenay-le-Comte, capital de aquel departamento.

«Despues de haber conferenciado algunos dias con los administradores del Directorio sobre la situacion de las cosas y disposicion de los ánimos, y tomado en union con los tres cuerpos administrativos, algunas providencias preliminares para la conservacion de la tranquilidad pública, resolvimos pasar á los varios distritos que forman aquel departamento, con el objeto

de examinar lo cierto y lo falso, lo positivo y lo exagerado en las quejas que se nos habian comunicado; para saber, en una palabra, con la posible exactitud la situacion de aquel departamento.

«Lo hemos recorrido casi todo, ya para adquirir los datos que necesitábamos, ya para conservar la paz, reprimir los desordenes é impedir los atropellos con que se creian amenazados algunos ciudadanos.

«Hemos oido en muchos Directorios de distrito, á todos los Ayuntamientos de que constan, y escuchado prolijamente á todos los ciudadanos que tenian que comunicarnos algunos hechos ó proponernos algunas ideas, comparando las relaciones entre sí con todos los pormenores que llegaron á nuestro conocimiento. Pero como nuestros informes han sido mas prolijos que variados, y como en todas partes eran tan semejantes las quejas, los hechos y las observaciones, vamos á presentaros bajo un punto de vista general y en extracto, aunque con exactitud, el resultado de una porcion de hechos particulares.

«Creemos inútil presentaros los pormenores que adquirimos respecto á las anteriores turbulencias, pues nos han parecido no tener una influencia bastante directa en la situacion actual de aquel departamento; ademas de que habiendo la ley de amnistia suspendido las diferentes causas á que habian dado lugar aquellas turbulencias, no podríamos ofrecerlos en este particular sino conjeturas vagas y resultados inciertos.

«La época de prestar el juramento eclesiástico ha sido para lá Vendée la primera de sus trastornos, pues hasta entonces disfrutó el pueblo de la mayor tranquilidad. Separado del centro comun de toda accion y resistencia, prepenso por naturaleza á la paz, al orden y á respetar las leyes, gozaba los beneficios de la revolucion sin sufrir sus conmociones.

«En los campos, la dificultad de las comunicaciones, la sencillez de una vida enteramente agricola, la lecciones de la infancia y los símbolos religiosos desti-

nados á atraer continuamente nuestras miradas, abrieron su alma á muchas ideas supersticiosas, que en la situacion actual no puede destruir ni corregir ningun género de ilustracion.

«Su religion, es decir, la religion tal como la concibe, ha llegado á ser el mas fuerte y único hábito moral de su vida; el objeto mas esencial que le presenta es el culto de las imágenes; y el ministro de ese culto, el mismo á quien contemplan los habitantes del campo como el dispensador de las gracias celestiales, el que con sus oraciones puede calmar la intemperie de las estaciones, y tiene en su mano la felicidad de una vida futura, ha reunido en su favor los mas tiernos y apasionados sentimientos de sus almas.

«La constancia del pueblo de aquel departamento en el ejercicio de sus actos religiosos, y la ilimitada confianza de que gozan los sacerdotes, á quienes está acostumbrado, son uno de los principales elementos de los disturbios que la han conmovido, y que pueden conmovérle todavia.

«Fácil es concebir con cuanta actividad habrán podido aprovecharse de estas predisposiciones del pueblo á su favor, unos sacerdotes extraviados ó facciosos; nada se ha omitido para encender el celo, alarmar las conciencias, dar fortaleza á los débiles y constancia á los decididos, infundiendo á los unos inquietudes y remordimientos; á los otros, esperanzas de felicidad y salvacion y sometiendo á casi todos, con buen resultado, al influjo de la seducción y del temor.

«Muchos de estos eclesiásticos son hombres de buena fe, y parecen hallarse íntimamente convencidos de las ideas que esparcen y de los sentimientos que inspiran; á otros se les acusa de que con la capa de religion cubren otros intereses que aprecian mas, y estos emplean una actividad política que se aumenta ó disminuye en proporcion á las circunstancias.

«Entre el antiguo obispo de Luzon y parte del clero de su diócesis se ha formado una poderosa liga, y

acordado un plan de resistencia al cumplimiento de los decretos que debian obedecerse en todas las parroquias; se han dirigido desde París pastorales y escritos incendiarios á todos los curas, para afirmarles en su resolucion ó incorporarles á una confederacion, que se suponía general; y una circular de M. Bauregard, primer vicario de M. de Mercy, antes obispo de Luzon, depositada en la notaria del tribunal de Fontenay, y reconocida por este eclesiástico en su interrogatorio, fijará, señores, vuestra opinion de un modo exacto, tanto sobre el decreto de aquella confederacion, como sobre la marcha, astutamente combinada, de los que la han formado. Dice así:

Carta fechada en Luzon á 31 de mayo de 1791, con sobre y direccion al cura de la Reorthé.

«Muy señor mio. Un decreto de la Asamblea nacional, dado en 7 de mayo, concede á los eclesiásticos, á quienes pretende destituir por haberse negado á jurar, el uso de las iglesias parroquiales, con el único objeto de decir misa en ellas, y el mismo decreto autoriza á los católicos romanos, así como á todos los no convenidos, para reunirse en las prácticas de su culto religioso en el sitio que eligieren al efecto, con tal que en las pláticas no se hable nada contra la constitucion civil del clero.

«La libertad concedida á los pastores legítimos por el primer artículo de este decreto, debe mirarse como un lazo, tanto mas peligroso, cuanto que los fieles no oirían en las iglesias de que se han apoderado los intrusos, mas pláticas que las de sus falsos pastores, ni podrían recibir los sacramentos de otras manos que las suyas, teniendo así una comunicacion con estos pastores cismáticos que prohiben las leyes de la iglesia. Para evitar tan grave mal, los señores curas comprenderán la necesidad de adquirir cuanto antes un sitio, en que puedan, en virtud del segundo artículo de este de-

creto, ejercer sus funciones y reunir á los fieles feligreses así que se haya apoderado de su iglesia el pretendido sucesor. Sin esta precaucion no tardarian los católicos, por miedo de quedarse sin misa y sin los oficios divinos á que les convocarian los falsos pastores, de hallarse en comunicacion con ellos y espuestos á los peligros de una seducción casi inevitable.

«En las parroquias en que haya pocos propietarios acomodados, no será ciertamente fácil hallar local oportuno, ni procurarse vasos sagrados ó ornamentos; pero en este caso bastarán para celebrar los santos misterios y el oficio divino un pajar, un altar portátil, una casulla de indiana ó de cualquiera otra tela comun, y vasos de estaño.

«Esta sencillez y pobreza, al mismo tiempo que nos recuerda los primeros siglos de la iglesia y la cuna de nuestra santa religion, puede ser un medio poderoso para escitar el celo de los ministros y el fervor de los fieles; los primeros cristianos no tuvieron otros templos que sus mismas casas, y allí es donde se reunian los pastores y el rebaño para celebrar los santos misterios, oír la palabra de Dios y cantar sus alabanzas. En las persecuciones con que estuvo afligida la iglesia, precisados á abandonar sus basílicas, se les vió retirarse á las cuevas y hasta á los sepulcros, siendo aquellos tiempos de prueba la época del mayor fervor para los verdaderos fieles. Pocas parroquias hay donde los señores curas no puedan proporcionarse algun sitio y algunos ornamentos como los que acabo de decir, y hasta tanto que puedan proveerse mejor de las cosas necesarias, podrán ayudarles los vecinos á quienes no hayan incomodado, con lo que tengan á su disposicion en sus iglesias. Nosotros podremos muy pronto surtir de aras á los que las necesiten, y desde luego podemos hacer consagrar los cálices, ó los vasos que suplan por ellos.

«El señor obispo de Luzon en los consejos particulares que nos ha transmitido como suplemento á la

instruccion del señor obispo de Langres, y que se comunicarán igualmente á las diferentes diócesis, proponen á los señores curas:

1.º «Que lleven dos registros de los bautismos, matrimonios y entierros de los católicos de la parroquia: uno de los cuales conservarán en su poder, y el otro lo depositarán anualmente en persona de confianza.

2.º «Ademas de este registro, los señores curas llevarán otro, doble tambien, de las dispensas de matrimonios, los cuales se firmarán por dos testigos, seguros y fieles, y para mas autenticidad, se aprobarán, anotarán y rubricarán por el señor obispo, ó en su ausencia por uno de sus vicarios generales, entregándose un duplicado, como ya se ha dicho, á persona de confianza.

3.º «Los señores curas esperarán, si es posible, para retirarse de su iglesia y ministerio, á que su pretendido sucesor les haya notificado el acta de su nombramiento, y protestarán contra todo lo que se haya hecho en su consecuencia.

4.º «Formarán en secreto un auto de la toma de posesion del supuesto cura, del cual acompaño modelo, y en él protestarán formalmente contra todos los actos que quisiere ejercer como cura de la parroquia, y para darle toda la autenticidad posible, lo firmarán el cura, su teniente si tiene alguno, un sacerdote vecino y aun dos ó tres seglares, piadosos y discretos, tomando no obstante todas las precauciones, para que no se descubra el secreto.

5.º «Lo mismo harán los señores curas cuyas parroquias queden suprimidas sin la intervencion del obispo legítimo, mirándose siempre como únicos pastores legítimos de sus parroquias; y si absolutamente les fuere imposible permanecer en ellas, procurarán adquirir una habitacion en las inmediaciones, de modo que puedan acudir á las necesidades espirituales de sus feligreses.

6.º «Si el poder civil se opone á que los fieles católicos tengan cementerio comun, ó si los parientes de los difuntos se oponen á que se entierren en un sitio particular, aunque espresamente bendecido, como se encarga en el artículo 19 de la instruccion; despues que el legitimo pastor, ó alguno de sus representantes hubiese hecho en la casa las plegarias que el ritual prescribe, y estendido el acta mortuoria que formarán los parientes, se podrá llevar el cuerpo del difunto á la puerta de la iglesia, acompañándole los parientes; pero se les advertirá que se retiren asi que el cura ó tenientes intrusos acudan á llevarse el cuerpo, para no participar de las ceremonias y oraciones de aquellos sacerdotes cismáticos.

7.º «En las actas en que se dispute á los curas sustituidos su título, las firmarán con su nombre y apellido, sin calificación alguna.

«Suplicó á vd., señor cura, y á los demas señores compañeros suyos á quien considereis deber comunicar esta carta, que tengan á bien informarme del dia en que se verifique vuestro réemplazo, si se verifica; de la instalacion de vuestro pretendido sucesor y de las circunstancias mas notables que ocurran; de las disposiciones de vuestros feligreses con respecto á este asunto, de los medios que penseis tomar para el servicio de la parroquia y tambien de vuestra morada, en caso que os veais absolutamente precisado á salir. Vd. no dudará seguramente que todos estos pormenores nos interesan mucho y que miramos como propias vuestras pesadumbres, siendo nuestro mayor deseo tomar parte en ellas para aliviarlas.

«Tengo el honor de ser con el afecto mas respetuoso, su mas humilde y obediente servidor.»

«Estos manejos fueron poderosamente secundados por los misioneros establecidos en el pueblo de San Lorenzo, distrito de Montaigu, y á su actividad y celo, encubiertos amañes, é infatigables y secretos sermones, creemos que debe atribuirse principalmente en

casi todo el departamento de la Vendée y en el distrito de Chatillon, departamento de los dos Sevrés, la predisposicion de gran parte del pueblo. Por tanto importa mucho fijar la atencion de la Asamblea nacional acerca de la conducta de estos misioneros y del espíritu de su institucion.

«Este establecimiento fué fundado hace cosa de sesenta años por una sociedad de eclesiásticos seculares que vivian de limosnas, y estaban destinados á la predicacion en calidad de misioneros. Estos han adquirido la confianza del pueblo distribuyendo astutamente rosarios, medallas é indulgencias, y poniendo en todos los caminos de esta parte de Francia, calvarios de diferentes formas; y se han aumentado de tal manera que han podido crear otros establecimientos para otras partes del reino. Asi los hay en las antiguas provincias del Poitou, del Anjou, de la Bretaña y de Annis, dedicados con la misma actividad al aumento y en cierto modo á la eterna duracion de esta especie de prácticas religiosas, que, gracias á su cuidado, han llegado á ser la única religion del pueblo. Su capital es la villa de San Lorenzo, donde han construido hace poco, una grande y hermosa casa conventual, y comprado otras propiedades territoriales.

Esta congregacion está incorporada por la naturaleza y espíritu de su institucion, á un establecimiento de hermanas *grises*, fundado en el mismo pueblo con la denominacion de *hermanas de la caridad*, las cuales están consagradas en este departamento, y en otros muchos, al servicio de los pobres, particularmente en los hospitales, y por tanto sirven á los misioneros de conducto para su correspondencia general en el reino. La casa de San Lorenzo ha venido á ser para ellas un lugar de retiro, cuando el fervor de su celo ó otras circunstancias han obligado á los administradores de los hospitales en que ellas servian á pasarse sin sus servicios.

«Para que podais fijar vuestra opinion acerca de

la conducta de estos ardientes misioneros y de la moral religiosa que profesan, bastará, señores, presentaros un compendio brevísimo de las máximas contenidas en diferentes manuscritos que se han encontrado en su casa, por los guardias nacionales de Angers y de Chollet.

«Estos manuscritos están redactados en forma de instruccion para los campesinos, y lo primero que en ellos se sienta como principio es que de ningún modo es lícito dirigirse para la administracion de sacramentos á los sacerdotes constitucionales, á quienes se califica de intrusos; que todos los que participan de ellos, aunque no sea mas que con su presencia, cometen pecado mortal, sin otra excusa que la de la ignorancia ó la imbecilidad; los que tengan el atrevimiento de casarse en la presencia de un cura intruso, no quedan casados, y caerá sobre ellos y sobre sus hijos la maldición del cielo; que ya llegará tiempo en que se arregle la revalidacion de los matrimonios celebrados ante los antiguos curas, mas que por el momento es preciso pasar por todo; que aun cuando los hijos no pasen por legítimos, no por eso dejarán de serlo, y que al contrario los hijos de aquellos á quienes haya casado un intruso serán *bastardos*, porque Dios no habrá ratificado su union, y que mas vale que un matrimonio sea nulo para con los hombres, que delante de Dios; que no hay que dirigirse á los nuevos curas para los entierros, y que en caso de que el antiguo no pueda hacerlos sin peligro de su vida ó libertad, conviene que los parientes ó amigos del difunto los hagan por sí mismos secretamente.

«Se observa allí tambien que el antiguo cura debe tener cuidado de llevar un registro exacto de todos estos diferentes actos, y que es imposible que los tribunales civiles no los tengan en consideracion, pero que en todo caso debe mirarse como una desgracia, si esto llegase á suceder, pues mas vale quedar privados de ellos que apostatar dirigiéndose á un intruso.

«Ultimamente se exhorta á los fieles á que en manera alguna se comuniquen con los intrusos, ni tomen parte en su usurpacion, declarando que los empleados de Ayuntamiento que los instalen, son tan apostatas como ellos y que en el instante mismo deben renunciar sus empleos los sacristanes, cantores y campaneros.

«A esto se reduce, señores, la absurda y sediciosa doctrina que contienen los tales manuscritos que la voz pública atribuye á los misioneros de San Lorenzo, á lo menos como propagadores de ella.

«Ya se les habia denunciado en otro tiempo á la comision de indagaciones de la Asamblea nacional y como se guarda silencio sobre ello han ido tomando ánimo y aumentando su funesto influjo.

«A nosotros nos ha parecido indispensable presentaros el análisis compendiado de los principios que contienen los manuscritos, segun se encuentra en un acuerdo del departamento del Maine y Loira de 3 de junio de 1791, porque basta compararlos con la carta circular del vicario general del antiguo obispo de Luçon, para convencerse de que son obra de un sistema de oposicion general contra los decretos que tienen relacion con la organizacion civil del clero; y el estado actual de la mayoría de las parroquias de este departamento no es mas que el desarrollo de este sistema y la ejecucion practica de sus principios y doctrina.

«La sustitucion, demasiado tardía, de los curas, ha contribuido mucho al buen éxito de esta liga, y el mismo retraso ha provenido al principio de la negativa de M. Servan, que despues de haber sido nombrado para obispo del departamento, y aceptado este cargo, declaró en 10 de abril que retiraba su admision. M. Rodrigue, obispo actual del departamento á quien su moderacion y firmeza sostienen en una silla rodeada de peligros é inquietudes, no pudo ser nombrado hasta principios del mes de mayo, en cuya época se habian calculado y formado por un plan uniforme los actos de resistencia; la oposicion estaba ya declarada, y se veri-

ficaba con la mayor actividad; los primeros vicarios y curas párrocos se ligaban y apoyaban fuertemente; las envidias, rivalidades y quejas de la antigua clase eclesiástica habían tenido tiempo de cesar mancomunándose todos los intereses.

«La sustitucion solo ha podido efectuarse en parte, pues casi todos los antiguos funcionarios públicos eclesiásticos existen aun en las parroquias ejerciendo sus antiguas funciones; los últimos nombramientos no han servido apenas de nada, y los sujetos nuevamente elegidos, intimidados por la perspectiva de enemistades y desavenencias que les prepara su nombramiento, contestan á él con una division. Esta division de eclesiásticos juramentados, y no juramentados, ha establecido una verdadera escision en el pueblo de sus parroquias, donde se hallan divididas las familias, viéndose diariamente separarse á las mugeres de sus maridos, y abandonar los hijos á sus padres. Las partidas de bautismo, matrimonio, etc. se dan en una papelita suelta y como los que las firman no ponen ningun título ni calidad legal, es imposible probar su autenticidad.

«Los ayuntamientos se hallan desorganizados, y la mayor parte de ellos por no concurrir á la destitucion de los clérigos no juramentados.

«Gran número de ciudadanos han renunciado al servicio de la guardia nacional, y los que quedan no podrian emplearse sin grave riesgo, en lo que tuviese por principio ó objeto actos concernientes á la religion, porque el pueblo veria entonces en los guardias nacionales, no los instrumentos impasibles de la ley, sino los agentes de un partido contrario al suyo.

«En muchas partes del departamento mira el pueblo con aversion á un administrador, un juez ó un individuo del cuerpo electoral, porque concurren á la ejecucion de la ley relativa á los funcionarios eclesiásticos.

«Es tanto mas deplorable esta disposicion de los ánimos, cuanto que cada dia es mas difícil proporcionar la instruccion del pueblo, que confunde generalmente

las leyes del estado con los reglamentos particulares para la organizacion civil del clero, y así es absolutamente inútil que se publiquen aquellas.

«Los descontentos, los hombres que no gustan del nuevo régimen y los que no miran bien las leyes relativas al clero, dan pábulo á esa aversion del pueblo, y apoyan por todos los medios posibles la buena opinion de los clérigos no juramentados, desacreditando la de los demas: el indigente carece de recursos, el artesano no puede esperar ejercitar sus talentos ó industria sino se compromete á no ver la misa del clérigo juramentado, y por esta confianza en los antiguos sacerdotes por una parte, y amenazas y seduccion por otra, se ven desiertas en la actualidad las iglesias servidas por los juramentados, al paso que acude un numeroso concurso á aquellas en que por falta de personas no han podido efectuarse las sustituciones.

«Es muy comun ver en parroquias de quinientos y seiscientos habitantes, no asistir mas que diez ó doce á la misa del juramentado, y esta es la proporcion en que deben considerarse todos los pueblos del departamento, saliendo los vecinos á una y dos leguas de distancia para oír misa los domingos y dias festivos. Estas caminatas habituales nos han parecido la causa principal de la fermentacion en parte oculta y en parte descubierta, que reina en casi todas las parroquias servidas por clérigos juramentados, siendo muy natural la aversion de los que vuelven á su casa muertos de cansancio contra los poquísimos que asisten á los actos espirituales de su propia parroquia, mirándolos como unos seres que tienen cierto privilegio esclusivo en materia de religion. Por otra parte la comparacion que hacen entre la facilidad de que gozaban en otro tiempo de tener á su lado eclesiásticos de confianza, con las dificultades, cansancio y pérdida de tiempo que les ocasionan las actuales peregrinaciones, contribuye á que echen la culpa á la constitucion de todo lo malo que les sucede.

«Estamos persuadidos de que esta causa general in-

fluye mucho mas que los consejos de los clérigos no juramentados en las discordias intestinas que hemos observado en la mayor parte de las parroquias nuevamente provistas.

«Muchas de ellas se han dirigido á nosotros asi como á los cuerpos administrativos, pidiendo que se las autorice para alquilar edificios particulares donde ejercer el culto religioso; pero como veíamos que estas peticiones eran generalmente promovidas con grande empeño por personas que no las firmaban, nos parecieron efecto de un sistema de resistencia secreta y general, y no quisimos hacernos cómplices de una separacion religiosa, que segun todos los indicios, podia producir una escision civil entre los ciudadanos. Siempre hemos dicho que esta determinacion solo dependia de vosotros, señores, que sois los únicos que deben establecer las leyes y medios de ejercer la libertad de opiniones religiosas, sin que perjudique en manera alguna á la tranquilidad pública.

«Cansará sin duda sorpresa que los clérigos no juramentados que permanecen en sus antiguas parroquias, no se aprovechen de la libertad en que la ley les deja para ir á decir la misa en la iglesia servida por el nuevo párroco, ni se apresuren, usando de esta facultad, á ahorrar á sus antiguos feligreses, á unos hombres que les han permanecido fieles, la pérdida de tiempo y los perjuicios de aquellas correrías tan repetidas y forzosas; mas para explicar esta conducta, al parecer tan extraordinaria, es menester recordar que una de las cosas que con mas empeño recomendaron á los clérigos no juramentados los hombres hábiles que dirigieron aquella gran empresa de religion, fué el abstenerse de toda comunicacion con los que llaman intrusos y usurpadores, no fuese que el pueblo se acostumbrase por fin, á no hallar diferencia alguna entre sacerdotes que ejerciesen el mismo culto en la propia iglesia.

«Esta division religiosa ha producido por desgracia, una separacion política entre los ciudadanos, la cual

toma mayor incremento con la denominacion atribuida á cada partido: al reducido número de personas que van á la iglesia de los clérigos juramentados, los llaman *patriotas* y á los que concurren á la iglesia de los no juramentados *aristócratas*.

«Asi para aquellos pobres habitantes del campo el amor ó el odio á su patria consiste hoy no en obedecer las leyes y respetar á las autoridades legítimas, sino en ir ó no ir á la misa del clérigo juramentado; y son tales las raíces que han echado la seducción y la ignorancia, que nos costaba el mayor trabajo hacerles entender que la constitucion política del estado no era lo mismo que la constitucion civil del clero; que la ley no tranizaba las conciencias; que cada cual era muy dueño de ir á oír misa donde le acomodase y con el eclesiástico que le inspirase mayor confianza; que todos ellos eran iguales delante de la ley, sin otra obligacion en este punto que la de vivir en paz y tolerarse mutuamente la diferencia de sus opiniones religiosas. Hemos hecho cuanto estaba en nuestra mano por quitar de la cabeza á aquellas pobres gentes esas denominaciones, por lo mismo que tanto nos asustaban sus consecuencias en un departamento, donde los soñados *aristócratas* forman los dos tercios de la poblacion.

«Tal es, señores, el resultado de los hechos que han llegado á nuestra noticia en el departamento de la Vendée, y de las reflexiones á que han dado margen.

«Hemos tomado sobre este objeto todas las providencias que estaban en nuestra mano, asi para mantener la tranquilidad general, como para impedir ó castigar los atentados contra el órden público, sin usar otro lenguaje que el de la ley, como órganos suyos que hemos sido. Al mismo tiempo que establecíamos los medios para mantener el órden y la seguridad, nos hemos ocupado en explicar en presencia de los cuerpos administrativos, de los tribunales y de los particulares, las dificultades que nacen ya de la inteligencia de los decretos, ya del modo de ejecutarlos, invitando á las

autoridades á redoblar su celo y vigilancia en la ejecucion de las leyes que protegen la seguridad de las personas y propiedad de los bienes, y en una palabra á usar con firmeza de la autoridad que les ha concedido la ley; hemos distribuido una parte de la fuerza pública, que estaba á nuestra disposicion, en aquellos parages donde se nos decía que amenazaban los mayores peligros; hemos ido en persona á todas partes donde asomaba el menor síntoma de alboroto, y despues de averiguar con imparcialidad el verdadero estado de las cosas y procurado calmar con buenas palabras ó con la firme espresion de la ley aquel desorden momentáneo de los ánimos, hemos creído que bastaría la presencia de la fuerza pública. A vosotros toca, señores, y á vosotros solos, tomar providencias verdaderamente eficaces sobre un objeto que por las relaciones en que se han puesto con la constitucion del estado egerce en este momento un influjo mucho mayor de lo que parece.

«En todas nuestras operaciones relativas á la fuerza pública y su distribucion, nos ha auxiliado eficazmente un oficial general, bien conocido por su patriotismo y luces. Inmediatamente que supo M. Dumouriez nuestra llegada al departamento, vino á asociarse á nuestras tareas y concurrir con nosotros al mantenimiento de la paz pública; en términos que viéndonos desprovistos de tropas de línea en el momento en que debíamos creer que teníamos mayor necesidad de ellas, su actividad y celo nos proporcionó un socorro que fué la única garantía del sosiego del país.

«Acabábamos, señores, de dar fin á nuestra comision en el departamento de la Vendée, cuando recibimos el decreto de la Asamblea nacional en 8 de agosto, que á instancias de los administradores de los dos Sevres nos autorizaba para trasladarnos al distrito de Chatillon, igualmente que el Directorio de este departamento.

«Nos habian anunciado al llegar á Fontenay-le-

Comte, que este distrito se hallaba en el mismo estado de inquietud religiosa que el departamento de la Vendée. Algunos dias antes de recibir nuestro decreto de comision, pasaron muchos ciudadanos, electores y funcionarios públicos de aquel distrito, una denuncia por escrito al departamento de los dos Sevres, sobre los disturbios que decian haberse manifestado en diferentes parroquias, y anunciaron que estaba próxima á estallar una insurreccion. El medio que mas seguro y pronto les parecia, y que propusieron con mas ahinco, era el hacer salir del distrito, en el término de tres dias, á todos los clérigos no juramentados y reemplazados, y á todos los tenientes que se hallasen en aquel caso; pero el Directorio, despues de haberse negado por largo tiempo á adoptar una resolusion que le parecia contraria á los principios de verdadera justicia, creyó por fin que bastaba el carácter público de los denunciantes para probar la existencia del mal y la urgente necesidad del remedio; por consecuencia se espidió un acuerdo en 5 de setiembre, en que el Directorio mandaba á todos los eclesiásticos saliesen del distrito en el término de tres dias, invitándoles á presentarse en el mismo plazo en Niort, cabeza del departamento, *asegurándoles que encontrarían allí toda proteccion y seguridad para sus personas.*

«Estaba ya impreso el acuerdo é iba á ponerse en ejecucion, cuando recibió el Directorio un oficio con el decreto de comision que habia solicitado, é inmediatamente estendió otro acuerdo, por el que suspendia la ejecucion del primero, dejando á nuestra prudencia el cuidado de confirmarlo, modificarlo ó suprimirlo.

«En el mismo acuerdo se nombraban dos administradores del Directorio, como comisarios, para darnos parte de todo cuanto habia ocurrido, pasar á Chatillon y en union con nosotros, tomar cuantas resoluciones creyésemos necesarias.

«Llegado que hubimos á Chatillon, hicimos reunir los cincuenta y seis ayuntamientos de que se compone

aquel distrito, que fueron llamados sucesivamente al salón del Directorio. Consultamos á cada uno de ellos sobre el estado de su parroquia, y todos nos manifestaban el mismo deseo; los que habian visto reemplazarse á sus curas nos pedian que repusiésemos á sus clérigos, y los que aun conservaban á los no juramentados nos rogaban que no los variásemos. Otro punto habia tambien en que estaban acordes todos aquellos habitantes: la libertad de opiniones religiosas que decian haberseles concedido, y de que querian gozar. Aquel mismo dia y el siguiente nos enviaron muchos diputados los pueblos de las cercanias, insistiendo en la misma súplica. «No pedimos mas gracia, nos decian unánimes, que el tener sacerdotes que nos inspiren confianza.» Muchos de ellos daban tal importancia á esta solicitud, que nos afirmaron pagarian de buena gana á trueque de obtenerla con dobles atribuciones.

«La mayor parte de los funcionarios públicos eclesiásticos de aquel distrito no han prestado juramento; y mientras sus iglesias apenas pueden contener la afluencia de los ciudadanos, las de los juramentados se ven casi desiertas. Bajo este aspecto el estado de este distrito, nos ha parecido exactamente el mismo que el departamento de la Vendée: tambien hemos hallado aqui enteramente estendida entre el pueblo la denominacion de *patriotas y aristócratas*, en el mismo sentido y acaso de un modo mas general; y la disposicion de los ánimos en favor de los no juramentados nos ha parecido mas marcada aun que en la Vendée, porque la aficion que alli se les tiene y la confianza de que gozan tiene todos los caracteres de una conviccion viva y profunda, como que en algunas parroquias los juramentados y los vecinos que los siguen han estado espuestos á amenazas é insultos que aunque un poco exagerados alli como en otras partes, no nos quedaba duda de que eran ciertos.

«Al paso que recomendábamos á los jueces y administradores la mayor vigilancia en este punto, no per-

donamos medio de cuantos pudiesen inspirar al pueblo ideas y sentimientos mas conformes con el respeto de la ley y con el derecho de la libertad individual.

«Debemos decirlos, señores, que aquellos mismos hombres que se nos habian pintado como furiosos y sordos á toda especie de razones, nos han dejado llenos de tranquilidad y ventura cuando les hemos afirmado que los principios de la nueva constitucion respetaban la libertad de las conciencias: entonces se penetraron de arrepentimiento y afliccion por las faltas que habian podido cometer algunos, y nos prometieron enteruécidos que seguirian los consejos que les diésemos; que vivirian en paz, á pesar de la diferencia de sus opiniones religiosas, y respetarian á los funcionarios públicos establecidos por las leyes.

«Al tiempo de marcharse se les oia felicitarse de habernos visto, y repetir entre ellos cuanto nos habian oido, fortificándose mutuamente en sus resoluciones de paz y buena armonia.

«En aquel mismo dia vinieron á decirnos que muchos de aquellos habitantes del campo al volver á sus casas, habian puesto carteles declarando que cada uno de ellos se comprometia á denunciar y á hacer prender á cualquiera que perjudicase á otro, particularmente á los sacerdotes juramentados.

«Debemos haceros notar que en este mismo distrito, trastornado tanto tiempo ha por la diferencia de opiniones religiosas, se han pagado, casi totalmente las contribuciones atrasadas de 1789 y 1790, que ascendian á setecientos mil francos, cuya prueba la adquirimos en el Directorio del distrito.

«Despues de haber observado cuidadosamente el estado de los ánimos y la situacion de las cosas, juzgamos que no debia ponerse en ejecucion el acuerdo del Directorio, de cuya opinion fueron tambien los comisarios del departamento y los administradores del Directorio de Chatillon.

«Prescindiendo de todos los motivos para resolver,

que las circunstancias y personas podían facilitarnos, examinamos si la resolución adoptada por el Directorio era en primer lugar justa en su naturaleza, y en segundo, si sería eficaz en la ejecución.

«Creimos que no puede considerarse como en estado de rebelión contra la ley, á unos eclesiásticos que han sido reemplazados, porque siguen habitando en un punto donde ejercían su ministerio, especialmente cuando entre ellos hay algunos que pública y notoriamente viven como hombres caritativos y piadosos, sin mezclarse en ninguna discusión pública ni privada: creimos que á los ojos de la ley, no puede nadie hallarse en estado de rebelión, sino declarándose en ella con hechos precisos, ciertos y averiguados; creimos finalmente que los actos de provocación contra las leyes relativas al clero, y contra todas las del reino, deben castigarse por las vías legales como todos los demás delitos.

«Examinando después la eficacia de esta resolución, vimos que si los fieles no miran con confianza á los sacerdotes juramentados, no se conseguirá inspirarles otro afecto por alejar así á los eclesiásticos que poseen su aprecio; vimos que en los distritos donde la mas numerosa mayoría de clérigos no juramentados continúan en el desempeño de su ministerio segun la facultad de la ley, hasta la época de ser sustituidos, no se conseguiría con tal sistema de represión disminuir el mal por alejar á tan corto número de individuos, habiendo necesidad de dejar en los mismos puntos á una infinidad que tienen las mismas opiniones.

«Ilé aquí, señores, algunas de las ideas que han dirigido nuestra conducta en estas circunstancias, aun dejando aparte todas las consideraciones locales, que hubieran bastado por sí solas á decidir nuestro juicio, porque no tememos asegurar que atendida la disposición de los ánimos, hubiera bastado la ejecución de aquel acuerdo para encender la guerra civil.

«El directorio del departamento de los dos Sevres,

luego que supo por sus comisionados y por nosotros mismos nuestra determinación, tuvo á bien manifestar su reconocimiento por medio de otro acuerdo de 19 del mes anterior. Solo añadiremos acerca de esta medida de separación de los clérigos no juramentados y reemplazados, que no han cesado de proponérsela constantemente casi todos los ciudadanos de la Vendée que son partidarios de los otros, y que, como ya hemos dicho, forman una mínima parte de la población: esto lo decimos solo para descargarnos de un deseo secreto que nos han confiado y no para ninguna otra cosa.

«Tampoco queremos que ignoreis que algunos de los mismos clérigos juramentados á quienes hemos visto, son de contraria opinion; tanto que uno de ellos nos escribió una carta con fecha 12 de setiembre en la cual, después de indicarnos las mismas causas de disidencia y los disgustos á que se veía diariamente espuesto, añade; *que el único remedio para todos estos males seria contemplar la opinion del pueblo, cuyas preocupaciones deben curarse con lentitud y prudencia, porque debe evitarse á toda costa la guerra de religion, cuyas llagas están todavia brotando sangre... Es muy de temer que las medidas de rigor, indispensables contra los perturbadores del reposo público, fuesen miradas mas bien como una persecucion que como un castigo impuesto por la ley... ¡Cuánta prudencia se necesita emplear porque no nos causemos, la suavidad y la instruccion son las armas de la verdad.*

«Tal es, señores, el resultado general de los datos que hemos adquirido y de las observaciones hechas en el trascurso de la comision que nos confiaron. La mas grata recompensa de nuestros trabajos seria el haber facilitado los medios de cimentar sobre sólidas bases la tranquilidad de aquellos departamentos y haber correspondido con la eficacia de nuestro celo á la confianza con que fuimos honrados.»

Nota 29, página 290, tomo I.

Ya he tenido ocasion de repetir mas de una vez las intenciones de Leopoldo, de Luis XVI y de los emperadores; y sin embargo citaré algunos extractos que darán de ellos una idea mas perfecta. Bouillé, que se hallaba en el extranjero, y apreciado de los soberanos por su reputacion y su talento, pudo mejor que nadie conocer las ideas de las diferentes cortes, y no es sospechoso en sus asertos.

Así se esplica en varias partes de sus memorias. «Poresta carta se podrá conocer que el rey de Suecia, se hallaba muy indeciso sobre los verdaderos proyectos del emperador y sus coligados de no mezclarse en los negocios de Francia. La emperatriz los sabia sin duda, pero no se los habia comunicado, y yo no ignoraba que á la sazón empleaba todo su influjo con el emperador y el rey de Prusia, para decidirles á declarar la guerra á la Francia.

Tambien habia escrito una carta muy terminante al primero de estos dos soberanos en que le hacia presente que el rey de Prusia, solo por una falta de urbanidad que se habia cometido con su hermana, mandó entrar un ejército en Holanda, mientras que él estaba sufriendo los insultos y afrentas que se prodigaban á la reina de Francia, la degradacion de su alta clase y dignidad y la destruccion del trono de un rey, cuñado y aliado suyo.

La emperatriz obraba con la misma eficacia respecto de España, que habia adoptado principios pacíficos; sin embargo, el emperador, despues que el rey, aceptó la constitucion, recibió de nuevo al embajador de Francia, á quien habia prohibido anteriormente que se presentase en su corte, y fué el primero que admitió en sus puertos el pabellon español.

«Las cortes de Madrid, Sin Petersburgo y Stokolmo fueron las únicas que entonces retiraron de Pa-

ris sus embajadores. Todas estas circunstancias sirven por lo tanto para demostrar que Leopoldo se inclinaba á la paz, efecto del influjo de Luis XVI y de la reina.»

(*Memorias de Bouillé, página 314*).

En otra parte decia el mismo Bouillé:

«Sin embargo se pasaron algunos meses sin que yo notase resultado alguno de los proyectos del emperador sobre reunir ejércitos en la frontera, formar un congreso y entablar negociaciones con el gobierno francés. Presumí que el rey habia confiado en que la aceptacion de la nueva constitucion le haria recobrar su libertad personal, restituyendo la calma en la nacion, espuesta á quedar alterada por una negociacion armada, y que por consiguiente habia decidido al emperador, y á los demas soberanos aliados suyos, á no dar paso alguno que produjese las hostilidades que habia procurado evitar constantemente; y me ratifiqué en esta opinion por la reticencia de la corte de España á la proposicion de suministrar al rey de Suecia los quince millones de libras tornesas que se habia obligado á darle para ayuda del coste de su expedicion. Este príncipe me habia movido á escribir de su parte al ministro español, de quien recibí solamente respuestas vagas. Entonces aconsejé al rey de Suecia que abriese un empréstito en Holanda ó en las ciudades libres marítimas del Norte, bajo la garantia de España, que no obstante me pareció haber cambiado en sus ideas respecto á Francia.

Supe que cada día iba en esta última creciendo la anarquía, lo cual se echaba de ver en la multitud de emigrados de todas clases que se refugiaban en las fronteras, á los cuales se armaba y regimentaba en las orillas del Rin, formando de ellos un pequeño ejército que amenazaba las provincias de la Alsacia y la Lorena. Estas medidas despertaron el furor del pueblo y sirvieron de mucho á los proyectos destructores de los

jacobinos y anarquistas. Hasta quisieron los emigrados hacer una tentativa contra Strasburgo, donde creían tener inteligencias seguras y partidarios que les abrieran las puertas. Mas apenas lo supo el rey, no solo empleó las órdenes sino tambien las súplicas para impedirles que hiciesen acto alguno de hostilidad. Para ello envió cerca de los príncipes, sus hermanos, al señor baron de Viomenil y al caballero Cognay á decirles de su parte que desaprobaba el armamento de la nobleza francesa, al cual no dejó de poner obstáculos el emperador, mas no por eso se suspendió el armamento. (*Ibid.*, página 309).

En fin refiere Bouillé, segun el mismo Leopoldo, su plan de congreso:

«Ultimamente, en 12 de setiembre me avisó el emperador Leopoldo de que pasase á su habitacion y le llevara el plan de las disposiciones que me habia pedido anteriormente. Me mandó entrar en su gabinete, y me dijo que no habia podido hablarme antes del asunto para que me llamaba; porque esperaba respuesta de Rusia, España é Inglaterra y de los principales soberanos de Italia; que los habia recibido: que eran conformes con sus intenciones y proyectos; que estaba seguro de su cooperacion y reunion para efectuarlas, excepto sin embargo el gabinete de San James; que habia declarado queria guardar la neutralidad mas escrupulosa, y resuelto reunir un congreso para tratar con el gobierno francés no solo del desagravio del cuerpo germánico, cuyos derechos se habian violado en Alsacia y en otras partes de las provincias fronterizas, sino al mismo tiempo sobre los medios de restablecer el orden en el reino de Francia, cuya anarquía alteraba la tranquilidad de la Europa toda. Me añadió que apoyarían esta negociacion ejércitos formidables, que envolverían á la Francia, y que esperaba atajar por este medio una sangrienta guerra, último recurso á que apelaría. Me tomé la libertad de preguntar al empera-

dor si se hallaba enterado de las verdaderas intenciones del rey; pero no las ignoraba, y sabia que este príncipe odiaba el usar de medidas violentas. Díjome que estaba enterado ademas de que dentro de pocos dias debían presentarle la carta de la nueva constitucion, que juzgaba que el rey no podia menos de aceptarla y sin restriccion alguna; pero que su sancion, forzosa en la actualidad, era de poca importancia, porque se podría volver á intentarlo todo, y dar á la Francia un buen gobierno que satisficiera á los pueblos y dejase á la autoridad real con un ensanche de poderes suficientes para conservar la tranquilidad interiormente y afianzar la paz en el extranjero.

Me pidió el plan de la disposicion de los ejércitos, asegurándome que lo examinaría despacio, y añadiendo que podría volverme á Maguncia, donde me avisaría el conde Brown, que era el que debia mandar las tropas y se hallaba á la sazón en los Países-Bajos, así como el príncipe de Hohenlohe, que pasaba á Franconi para que conferenciásemos juntos cuando fuese tiempo.

«Juzgué que el emperador no se habia fijado en este plan pacífico y sumamente razonable despues de la conferencia de Pilnitz, sino despues de haber consultado á Luis XVI, cuyo deseo habia sido constantemente convenirse y apelar al recurso de las negociaciones antes que al violento medio de las armas.»

(*Ibid.*, página 299.)

Nota 30, página 297, tomo I.

«Hé aqui como refiere este hecho Bertrand de Moñville.

«Dí cuenta en el mismo dia al consejo de la visita que me habia hecho el duque de Orleans y de nuestra conversacion. Determinóse el rey á recibirle, y tuvo con él al siguiente dia una conferencia de mas de media hora, que nos pareció haber agradado mucho á S. M. Creo como vos, me dijo el rey, que se arrepiente

de buena fé, y que hará cuanto esté en su mano para reparar el mal que ha hecho, en lo que acaso no habrá tenido tanta parte como hemos creído.

Al siguiente domingo se presentó al levantarse el rey, recibiendo la mas degradante acogida por parte de los cortesanos, que ignoraban lo que habia pasado, y por la de los realistas, que acostumbraban á ir de tropel en semejante día á palacio para hacer la corte á la familia real. Se agolparon alrededor suyo, le pisotearon y le empujaron hacia la puerta para impedirle que entrase. Bajó al cuarto de la reina, donde estaba ya puesta la mesa, y apenas se presentó, gritaron por todas partes: *señores, cuidado con los platos!* como si se temiera que llevase los bolsillos llenos de veneno.

Los insultantes murmullos que producía en todas partes su presencia, le obligaron á retirarse sin haber visto á la familia real. Le fueron siguiendo hasta la escalera de la reina, y al bajar le escupieron en la cabeza y en el vestido. Llevaba la rabia y despecho pinatados en su semblante, y salió de palacio convencido de que los incitadores de aquellos ultrajes eran el rey y la reina, que ni una palabra sabian, y que lo sintieron mucho. Juróles un odio implacable, y se mostró demasiado fiel á su juramento. Me hallaba en palacio aquel día y presencié cuanto acabo de referir.

(*Bertrand de Molléville, tomo VI, página 209.*)

Nota 31, página 312, tomo I.

Madama Campan refiere de otro modo la conversacion de Dumouriez.

«Todos los partidos, dice, trabajaban, unos para perder al rey y otros para salvarle. Un día encontré á la reina sumamente alterada; me dijo que no sabia donde estaba; que los corifeos de los jacobinos se le ofrecian por medio de Dumouriez, ó que este, abandonando el partido de aquellos, la habia hecho varias ofertas; que le habia concedido una audiencia; que ha-

llándose solo con ella, se arrojó á sus pies, y le dijo que si habia hecho alarde de llevar el gorro encarnado, no era ni podia ser jacobino; que se habia dejado rodar la revolueion hasta parar en aquella canalla de desorganizadores, que no anhelando mas que el saqueo, eran capaces de todo, y podian dar á la Asamblea un formidable ejército, dispuesto á socabar los cimientos de un trono, sobradamente conmovido. Hablando con extraordinario entusiasmo, se arrojó á la mano de la reina, y la besó enagenado, gritandola: *dejad que os salve*. La reina me dijo que no podia creerse en las protestas de un traidor, que era tan sabida su conducta, que lo mejor, sin disputa, era no fiarse de él; que por otra parte los príncipes recomendaban esencialmente el no tener confianza en ninguna propuesta del interior etc.»

Nota 32, página 314, tomo I.

Bouillé, cuyas memorias he citado, y que por su posicion se hallaba en estado de apreciar bien las verdaderas intenciones de las potencias, no creia enteramente en el celo y sinceridad de Catalina. Asi se expresa sobre el particular.

«Vése, pues, cuán diferente es aqui la relacion de esta conferencia, en algunos puntos; sin embargo el fondo es el mismo, solo que pasando por la boca de la reina á la de Mme. Campan, debió tomar un colorido poco favorable á Dumouriez, quien por su parte pinta de una manera verosímil el estado de agitación en que se hallaba la desgraciada María Antonieta; y como nada hay en ella ofensivo á esta princesa, ni nada que no esté conforme con su carácter he creído conveniente preferirla. Es posible sin embargo, que la presuncion de Dumouriez le haya obligado á dar alguna preferencia á los pormenores mas favorables para él.

«Se ve que este príncipe (Gustavo) contaba mucho con las intenciones de la emperatriz de Rusia y con

la parte activa que tomaria en la confederacion que se redujo á demostraciones. El rey de Suecia estaba equivocado, y dudo que Catalina le hubiese confiado jamás los diez y ocho mil rusos prometidos. Por otra parte estoy persuadido de que el emperador y el rey de Prusia no le habian comunicado sus miras ni proyectos, pues ambos tenian personalmente con él algo mas que desvío, y deseaban que no tomase ninguna parte activa en los asuntos de Francia.»

(*Bouillé, página 319.*)

Nota 33, página 313, tomo I.

Madama Campan nos refiere en un mismo trozo la construccion de un armario de hierro, y la existencia de una oculta protesta del rey contra la declaracion de guerra. Este temor del rey era extraordinario, y procuraba por todos medios hacerla recaer en el partido popular.

«El rey tenia una prodigiosa multitud de papeles, y por desgracia se le ocurrió la idea de mandar construir secretamente por un cerrajero que trabajaba á su lado hacia mas de diez años, una alacena en un corredor interior de su habitacion; la cual hubiera permanecido ignorada por largo tiempo, á no haberlo declarado este hombre. La pared se hallaba en el sitio donde estaba aquella, pintada, figurando piedras grandes y la abertura perfectamente disimulada en los encajes que formaban la parte de sombra de aquellas piedras pintadas. Pero antes que el cerrajero denunciase á la Asamblea lo que se ha llamado despues *armario de hierro*, supone la reina que habia hablado del particular con algunos de sus amigos, y que aquel hombre, á quien por costumbre miraba el rey con excesiva confianza, era un jacobino. Avisóselo al rey y le decidió á colocar en una gran cartera todos los papeles que mas le interesaba conservar, y á confiármela. Rogóle en presenciamia que no dejase nada en aquel

armario, y el rey la respondió para tranquilizarla que nada habia dejado. Quise coger la cartera y llevármela á mi cuarto, mas como era demasiado pesada para que pudiese yo con ella, me dijo el rey que él mismo la llevaria, y me marché yo delante para abrirle las puertas. Cuando dejó la cartera en mi gabinete interior, me dijo solamente: «La reina os dirá lo que contiene.» Volví á la habitacion de la reina, y se lo pregunté, juzgando por las palabras del rey ser menester que lo supiese. «Son, me respondió la reina, documentos que traerian gravísimo perjuicio al rey si llegasen á formarle causa. Pero lo que seguramente quiere que os diga, es que en esa cartera existe el testimonio de un consejo de estado, en que el rey ha dado su opinion contra la guerra. Le he mandado firmar por todos los ministros, y si llegase el caso del proceso, espera que ese documento le favoreceria mucho.» Pregunté á la reina que á quién creia que pudiese confiar yo la cartera. «A quien querais, me respondió; vos sois la única responsable; no os alejéis de palacio ni aun en los meses de vacaciones, porque hay circunstancias en que podria serios muy útil tenerlo al momento.»

(*Madama Campan, tomo II, página 222.*)

Nota 34, página 318, tomo I.

Exposicion de los motivos que determinaron á la Asamblea nacional á declarar, en virtud de propuesta formal del rey, que habia lugar á la declaracion de guerra al rey de Bohemia y Hungría, cuya exposicion hizo M. Condorcet en la sesion del 20 de abril de 1792.

«Obligada por la mas imperiosa necesidad á consentir en la guerra, la Asamblea nacional no ignora que la culparán de haberla acelerado ó provocado voluntariamente.

«Conoce muy bien que la marcha insidiosa de la corte de Viena no ha tenido otro objeto que el dar cierto carácter de verosimilitud á aquella imputacion, de que las naciones extranjeras tienen que valerse para ocultar á los pueblos los verdaderos motivos de la injusta agresion preparada contra la Francia: sabe ademas que semejante acusacion será repetida por los enemigos interiores de nuestra constitucion y de nuestras leyes, en la esperanza criminal de privar á los representantes de la nacion del afecto público.

«Una sencilla esposicion de su conducta bastará por única respuesta, y la ofrecen con igual confianza á los extranjeros y franceses, porque la naturaleza ha colocado en lo íntimo del corazon de todos los hombres los mismos sentimientos de justicia.

«Cada nacion tiene en sí el poder de darse leyes, y el derecho inalterable de variarlas; derecho que no pertenece á ninguna: ó que pertenece mas bien á todas con absoluta igualdad: atacarla en una sola, es declarar que en ninguna otra se la reconoce; querer arrebatarla por la fuerza á un pueblo extranjero, es anunciar que no se la respeta en aquel donde uno se halla de ciudadano ó de caudillo; es hacer traicion á su patria y proclamarse enemigo del género humano. La nacion francesa debía creer que todos los príncipes se convencerian de tan sencillas verdades, y que en el siglo XVIII no se atreveria nadie á oponerles las antiguas máximas de la tiranía; pero he visto burlada su esperanza, porque se ha formado una liga contra su independencia, y solo ha sido árbitra de ilustrar á sus enemigos sobre la justicia de su causa, ó de oponerles la fuerza de las armas.

«Instruida de esta liga amenazadora, aunque celosa por conservar la paz, la Asamblea nacional ha preguntado desde luego cuál era el objeto que se proponian en esta confederacion, unas potencias que han sido rivales por tanto tiempo; y la han contestado que la causa era la conservacion de la tranquilidad gene-

ral, la seguridad y honor de las coronas, y el temor de ver renovarse los acontecimientos que se han presentado en algunas épocas de la revolucion francesa.

«Pero cómo ha de amenazar la Francia la tranquilidad general, cuando ha tomado la solemne resolucion de no emprender conquista alguna, ni atacar la libertad de ningún pueblo, cuando en medio de la larga y sangrienta lucha que se declaró en los Países Bajos y en los estados de Lieja, entre gobiernos y ciudadanos, ha observado la neutralidad mas rigurosa?

«Es cierto que ha dicho la Francia públicamente que la soberania reside en el pueblo, que, limitado en el ejercicio de su voluntad suprema por los derechos de la posteridad, no puede ser delegado del poder irrevocable; ha reconocido que alguna costumbre, alguna ley espresa, algun consentimiento ó convenio pudiese someter la sociedad á una autoridad á la que no tenían derecho de condenar; ¿qué idea formaron los príncipes de la legitimidad de su poder ó de la justicia de que se valen, si miran la enunciacion de estas máximas como contrarias á la tranquilidad de sus estados?

«¿Dirán estos que podia turbarse la tranquilidad con las obras y discursos de algunos franceses? Esto seria exigir de mano armada una ley contra la libertad de imprenta; seria declarar la guerra al progreso de la razon: y cuando se sabe que la nacion francesa ha sido en todas partes impunemente ultrajada; que las prensas de los países vecinos no han dejado de inundar nuestros departamentos con obras destinadas á incitar á la traicion y á aconsejar las sublevaciones; cuando se recuerda la proteccion ó interés que se ha manifestado hácia sus autores, ¿podrá creerse que estos cargos hipócritas sean hijos del sincero amor de la paz, y no del odio á la libertad?

«Se ha hablado de tentativas hechas por los franceses para incitar á los vecinos pueblos á romper sus cadenas y reclamar sus derechos.... Pero los ministros

que han repetido semejantes imputaciones, sin atreverse á citar un solo hecho para apoyarlas, sabian cuán quiméricas eran; y si hubiesen sido positivas estas tentativas, las potencias que han consentido las reuniones de nuestros emigrados, prestádoles auxilio, recibido á sus embajadores, admitiéndoles públicamente en sus conferencias, y que no se averguenzan de estimular á los franceses á la guerra civil, no hubieran conservado el derecho de quejarse; ó sería preciso decir que es permitido propagar la esclavitud, y delito ensanchar la libertad; que todo es legítimo si se hace contra los pueblos, y que solo los reyes tienen derechos verdaderos. Jamas hubiera insultado con mas audacia el orgullo del trono á la magestad de las naciones.

«El pueblo francés, árbitro de establecer la forma de su constitucion, no ha podido ofender, usando de sus prerogativas, á la seguridad ni al honor de las coronas extranjeras, á no ser que los gefes de las demas naciones cuenten en el número de sus derechos, el de obligar á la Francia á que su gefe del Estado tenga un poder igual al que ellos ejercen en sus reinos. ¿Pretenderán tal vez, porque ellos no tienen sino vasallos, impedir que haya en otros pueblos, hombres libres? ¿Y cómo dejarán de conocer que haciendo todo lo que dicen ser necesario para la seguridad de los tronos, declaran legítimo cuanto haga una nacion en favor de la libertad de los pueblos?

«Si se han cometido desafueros y crímenes en ciertas épocas de la revolucion francesa, á los depositarios de la voluntad nacional correspondia castigarlos ó sepultarlos en el olvido: ningun ciudadano ni magistrado, sea su título cual fuere, debe implorar justicia sino de las leyes de su país, y solo de ellas puede esperarla. A las potencias extranjeras no les compete, mientras no sufran sus súbditos en tales acontecimientos, quejarse con justicia, ni recurrir á medidas hostiles para impedir que se reproduzcan. El parentesco ó alianza personal entre los reyes, nada valen para las naciones; esclavas

ó libres, se hallan unidas por intereses comunes: la naturaleza les ha legado el bienestar en la paz, en los mútuos auxilios de una dulce fraternidad, y se indignaria de que se atreviesen á poner en una balanza misma la suerte de veinte millones de hombres y las pasiones ó orgullo de algunos individuos. ¿Estamos aun condenados á ver la voluntaria esclavitud de los pueblos, sacrificar víctimas humanas ante las aras de los falsos dioses de la tierra?

«Resulta, pues, que esos supuestos motivos de una liga contra la Francia, no eran mas que un nuevo ultraje á su independencia, y que ella era la que tenia derecho para exigir que se renunciase á semejantes preparativos injuriosos, considerando la negativa, como una verdadera hostilidad: tales han sido los principios que han dirigido la conducta de la Asamblea nacional. Ha deseado siempre la paz, pero debia preferir la guerra, á una paciencia peligrosa para la libertad, y no podia menos de reconocer, que los cambios de la constitucion y que las violaciones de la igualdad que es su base, eran el único objeto que proponian los enemigos de la Francia, quienes querian castigar á aquella por haber reconocido en toda su estension los derechos comunes á todos los hombres: entonces fué cuando hizo ese juramento repetido por todos los franceses, de perecer antes que sufrir el menor ataque, ni contra la libertad de los ciudadanos, ni contra la soberanía del pueblo, ni contra esa igualdad, en fin, sin la cual no hay para las sociedades ni justicia ni igualdad.

«Se reconvenirá á los franceses por no haber respetado bastante los derechos de los demas pueblos al ofrecer solo indemnizaciones pecuniarias, tanto á los príncipes alemanes posesionados en Alsacia, como al papa?

«Los tratados habian reconocido la soberanía de la Francia sobre la Alsacia que hacia mas de un siglo se ejercia pacíficamente. Los derechos reservados por estos tratados eran solo privilegios. El concepto, pues, de esa

reserva era que los poseedores de los feudos de Alsacia los conservarían con las antiguas prerrogativas, mientras las leyes generales de la Francia sufrirían las diferentes formas del feudalismo; esa reserva indicaba además que si las prerrogativas feudales se envolvían en una ruina común, la nación debía indemnizar á los poseedores, por las ventajas reales que provenían, que es todo lo que puede exigir el derecho de propiedad cuando está en oposición con la ley, y en contradicción con el interés público. Los ciudadanos de la Alsacia son franceses, y la nación no puede sufrir sin mengua ni injusticia que se les prive de la menor parte de los derechos comunes á todos aquellos que lleven ese mismo nombre. ¿Se dirá que para indemnizar á estos príncipes, puede abandonárseles una porción de territorio? No; una nación generosa y libre no vende hombres ni condena á la esclavitud, ni entrega jamás á señores á los que ha admitido una vez á participar de su libertad.

«Los ciudadanos de los condados eran dueños de darse una constitución, podían declararse independientes: han preferido ser franceses, y la Francia no les abandonará después de haberles adoptado. Aun cuando se hubiera negado á acceder á sus deseos, como aquel país está enclavado en su territorio, no hubiera podido permitir á sus opresores atravesar la tierra de la libertad, para ir á castigar á hombres que se habían atrevido á hacerse independientes y á reconquistar sus derechos. Lo que poseía el papa en aquel país, era el sueldo de los empleos del gobierno; y el pueblo privándole de estos empleos, ha usado de un poder suspendido por una larga servidumbre, pero que no ha podido arrebatarle; y la indemnización propuesta por la Francia no se exigía en justicia.

«Así que, ¿son también las violaciones del derecho natural las que se atreven á pedir en nombre del papa y de los posesionados de Alsacia! ¿es para satisfacer las pretensiones de algunos hombres, por lo que se quiere

hacer correr la sangre de las naciones! ¿y si los ministros de la casa de Austria quisieron declarar la guerra á la razón en nombre de las preocupaciones, y á los pueblos en nombre de los reyes no pudieron emplear otro lenguaje!

«Se ha dado á entender que el deseo del pueblo francés por la conservación de su igualdad é independencia era el de una facción... pero la nación francesa tiene una constitución, reconocida y adoptada por la mayoría de los ciudadanos, constitución que solo puede alterar el voto del pueblo, siguiendo las formas que ella misma ha prescrito; y mientras subsista, solo los poderes establecidos por ella tienen derecho para manifestar la voluntad nacional, y por ellos se ha declarado esta misma voluntad á las potencias extranjeras. El rey es quien á invitación de la Asamblea nacional y en cumplimiento de las funciones que la constitución le concede, se ha quejado de la protección concedida á los emigrados, y solicitado inútilmente que se les negase; el rey quien ha pedido explicaciones sobre la liga formada contra la Francia; el rey quien ha exigido que se disolviese esta liga, y es indudablemente extraño que se anuncie como grito de unos facciosos el solemne voto del pueblo, públicamente manifestado por sus legítimos representantes. ¿Qué título mas respetable podrían, pues, invocar esos reyes que inducen á unas naciones ciegas á combatir contra los intereses de su propia libertad, y á armarse contra unos derechos que son también suyos para ahogar bajo las ruinas de la constitución francesa los gérmenes de su propia dicha, y la común esperanza del género humano!

«Y además, ¿qué es una facción á quien se acusa de haber fraguado la libertad universal del género humano? Es toda la humanidad á quien unos ministros esclavos se atreven á injuriar con tan odioso nombre.

«Pero dicen que el rey de los franceses no es libre... pues ¿no es ser libre el depender de las leyes de su patria? la libertad de contrarrestarlas, sustraerse á ellas

ñ oponerlas una fuerza estrangera, no sería un derecho, sino un crimen!

«De este modo, desechando todas estas proposiciones insidiosas y despreciando tan indecentes declamaciones, la Asamblea nacional se habia mostrado en todas las relaciones exteriores, tan amiga de la paz como celosa de la libertad del pueblo; de consiguiente, la continuacion de una tolerancia hostil á los emigrados, la violacion abierta de las promesas de dispersar las reuniones, la negativa de renunciar á una liga evidentemente ofensiva, los motivos injuriosos de esas negativas que anunciaban el deseo de destruir la constitucion francesa, bastaban para autorizar hostilidades que jamás hubieran sido otra cosa, que actos de una defensa legitima; porque no es atacar, dar á nuestros enemigos tiempo de agotar nuestros recursos en largos preparativos, de preparar todas las asechanzas, de reunir todas sus fuerzas, de estrechar sus primeras alianzas y buscar otras nuevas, de sostener espías en medio de nosotros, y de multiplicar en nuestras provincias las conjuraciones y los complots. ¿Merece nadie el nombre de agresor, cuando amenazado y provocado por un enemigo injusto y pérfido, se le quita la ventaja de dar los primeros golpes? Lejos, pues, de excitar la guerra, la Asamblea nacional ha hecho todo lo posible para precaverla. Pidiendo explicaciones nuevas sobre intenciones que no podian ser dudosas, ha demostrado que renunciaba con dolor á la esperanza de ver restablecido el imperio de la justicia, y que si el orgullo de los reyes es pródigo de la sangre de sus súbditos, la humanidad de los representantes de una nacion libre, es avara hasta de la sangre de sus enemigos. Insensible á todas las provocaciones, á todas las injurias, al olvido de los antiguos compromisos, á las violaciones de las nuevas promesas, á la disimulacion vergonzosa de las tramas urdidas contra la Francia, á esa condescendencia perversa, bajo la cual se ocultaban los socorros y estímulos prodigados á los franceses que

han vendido á su patria, todavía hubiera aceptado la paz, si la que se le ofrecia hubiera sido compatible con el sostenimiento de la constitucion, con la independencia de la soberanía nacional y con la seguridad del estado.

«Mas por fin se ha rasgado ya el velo que encubria las intenciones de nuestro enemigo. Ciudadanos! ¿Quién de vosotros podria suscribir en efecto á tan vergonzosas proposiciones? La esclavitud feudal y una vergonzosa desigualdad, la bancarrota y los impuestos que pagariais solos, los diezmos y la inquisicion, vuestras propiedades compradas bajo la garantia de la fé pública, devueltas á sus antiguos usurpadores, los venados repuestos en el derecho de asolar vuestros campos, vuestra sangre prodigada por los ambiciosos proyectos de una casa enemiga, tales son las condiciones del tratado entre el rey de Hungría y unos franceses pérfidos!

«Tal es la paz que os ofrecen. No, vosotros no la aceptaréis jamás! los cobardes están en Coblenza, y la Francia no contiene ya en su seno sino hombres dignos de la libertad!

«Anuncia en su nombre y en el de sus aliados el proyecto de exijir de la nacion francesa que abandone sus derechos, y da á entender que le impondrá sacrificios que solo el temor de su destruccion podria arrancarlo... ¡Pues bien! jella no se someterá nunca! ese insultante orgullo, lejos de intimidarla, servirá solo para excitar su denuedo. Los esclavos del despotismo necesitan tiempo para adquirir disciplina; pero cuando se combate contra la tirania, todo hombre es soldado; el oro saldrá de sus ocultos rincones á la voz de la patria en peligro, y esos ambiciosos y viles, esos esclavos de la corrupcion y la intriga, esos cobardes calumniadores del pueblo, de quienes se prometian nuestros enemigos ominosos auxilios, perderan el apoyo de los ciegos ó pusilánimes ciudadanos, á quienes habian engañado con hipócritas declamaciones; y el imperio francés, no

presentará ya en su inmensa estension á nuestros enemigos mas voluntad que una sola, la de vencer ó morir á la vez con la constitucion y las leyes!»

Nota 33, página 328, tomo I.

Madama Campan explica de este modo el secreto de los papeles quemados en Sevres.

«A principios de 1792, solicitó de mí una conferencia particular un estimable sacerdote. Tenia noticia del manuscrito de un nuevo libelo de madama Lamotte, y me dijo que habia notado en las gentes venidas de Londres para imprimirlo en París, únicamente el deseo de ganancia, y que estaban dispuestos á entregarle este manuscrito por mil luises, si podia hallar alguna amiga de la reina dispuesta á hacer este sacrificio á su tranquilidad; que se habia acordado de mí, y que si S. M. queria darle los ochenta mil francos, me entregaria el manuscrito al recibirlos.

«Comuniqué á la reina esta proposicion que se opuso á ella, y me mandó responder que en los tiempos en que hubiera sido fácil castigar á los p e g o n e r o s de semejantes libelos, los habia creído tan atroces é inverosímiles, que no habia querido impedir su circulacion; que si tuviese la imprudencia y la debilidad de comprar uno solo, podria descubrirlo el activo espionaje de los jacobinos; que por comprar este libelo no dejaria de imprimirse, y seria mucho mas peligroso así que el público supiese el medio que se habia empleado para que no llegase á su noticia.

«Un día fué á decirme M. de Aubier: «La Asamblea se ha ocupado mucho de una denuncia hecha por los operarios de la manufactura de Sevres, y han presentado en la mesa del presidente un legajo de folletos que han dicho ser la vida de Maria Antonieta. Se ha llamado á la barra al director de la fábrica, y ha declarado haber recibido orden de quemar estos impresos

en los hornos que sirven para cocer la pasta de sus porcelanas.»

«Mientras contaba yo esto á la reina, se puso el rey colorado y bajó la cabeza sobre su plato. La reina le dijo: «¿Teneis, señor, noticia de esto?» El rey no respondió nada. Madama Isabel le rogó que le explicase lo que significaba esto, y tampoco despegó sus labios, por lo cual me retiré al instante. Poco despues pasó la reina á mi habitacion, y me dijo que el rey por hacerla un obsequio habia mandado comprar toda la edicion impresa por el manuscrito que la habia propuesto, y que M. de Laporte no habia hallado medio mas misterioso que consumir toda la obra, haciéndola quemar en Sevres entre doscientos operarios, de los cuales ciento ochenta debian ser jacobinos. Me dijo que habia ocultado su pesar al rey, que estaba consternado, y que ella nada tenia que decir, siendo su ternura y afecto para con ella la causa de este accidente.

(Madama Campan, tomo II, página 196).

Nota 36, página 313, tomo I.

La comision que dió el rey á Mallet-Du-Pan, es uno de los hechos mas importante que deben probarse y que no pueden ponerse en duda, segun las memorias de Bertran de Molleville, ministro en aquella época; este hombre debia tener conocimiento del particular, y como ministro contra-revolucionario hubiera ocultado mas bien que confiado semejante hecho. Esta comision prueba la moderacion de Luis XVI, así como sus relaciones con el extranjero.

«Lejos de participar de aquella serenidad patriótica, el rey veia con el mayor sentimiento envuelta á la Francia en una injusta y sangrienta guerra, que parecia ponerle en la imposibilidad de sostener la desorganizacion de sus ejércitos, y que esponia mas que nunca á nuestras provincias fronterizas á ser invadidas. S. M. temia mas que todo la guerra civil, y estaba seguro de

que estallaría al primer triunfo obtenido contra las tropas francesas por los cuerpos de emigrados que formaban parte del ejército austriaco. Era muy de temer en efecto, que enfurecidos los jacobinos y el pueblo, ejerciesen las mas sangrientas represalias contra los sacerdotes y los nobles que se habian quedado en Francia. Estas inquietudes que me manifestó el rey en la correspondencia diaria que tenia con S. M., me resolvieron á proponerle que encargase á una persona de confianza el pasar á avistarse con el emperador y el rey de Prusia, para que SS. MM. no obrasen ofensivamente hasta el último apuro, y para que diesen, antes de entrar sus tropas en el reino un manifesto bien redactado, en el cual se declarase, «que el emperador y el rey de Prusia, obligados á tomar las armas por la injusta agresion que se les habia hecho, no atribuian ni al rey ni á la nacion la declaracion de guerra, sino á una faccion criminal que les tiranizaba á ambos; por consecuencia, lejos de faltar á los sentimientos de amistad que les unian con el rey y la Francia, SS. MM. solo combatirian por libertarles del yugo mas tiránico que jamás se habia visto, y que para ayudarles á restablecer la autoridad legitima, violentamente usurpada, el orden y la tranquilidad, sin mezclarse en modo alguno en la forma de gobierno, y solo para dar á la nacion la libertad de elegir el que mas le conviniese; que SS. MM. no llevaban la menor idea de conquista; que las propiedades particulares se respetarian tanto como las nacionales; que tomaban bajo su especial amparo á todos los ciudadanos pacíficos y fieles; que sus únicos enemigos eran los de la Francia, los facciosos y sus cómplices, y que SS. MM. solo deseaban conocerlos y combatirlos, etc. etc.» Mallet-Du-Pan, cuyos talentos y honradez apreciaba el rey, quedó encargado de esta comision, para la que era tanto mas apto cuanto que jamás se le habia visto en palacio, ni tenia relacion alguna con personas de la corte, y porque al tomar el camino de Ginebra, no podia infundir sospecha alguna

porque tenia costumbre de hacer frecuentes viages. «El rey dió á Mallet-Du-Pan instrucciones redactadas por sí mismo, al tenor de las que refiere Bertrand de Molleville.»

1.º «El rey une sus súplicas á sus exhortaciones, para invitar á los príncipes y á los franceses emigrados á que no hagan tomar á la guerra actual, por medio de un concurso hostil y ofensivo de su parte, el carácter de guerra estrangera hecha de potencia á potencia.

2.º «Les recomienda espresamente que se refieran á él y las córtes mediadoras en cuanto á la discusion y á la seguridad de sus intereses, cuando llegue el momento de tratarse de ellos.

3.º «Es menester que aparezcan como partes y no como árbitros en la desavenencia, debiendo quedar reservada á S. M. esta decision cuando recobre su libertad, y á las potencias que lo exijan.

4.º «Cualquiera otra conducta produciria una guerra civil en el interior, pondria en peligro los dias del rey y de su familia, derribaria el trono, haria que degollasen á los realistas, reuniria á los jacobinos todos los revolucionarios que se han separado de ellos y se separan diariamente, reanimaria una exaltacion próxima á extinguirse, y haria mas obstinada una resistencia que cederá ante los primeros triunfos, cuando no parezca que la suerte de la revolucion se halla esclusivamente en manos de aquellos contra quienes se ha dirigido, y ha usado sus victimas.

5.º «Representar á las córtes de Viena y de Berlin, la utilidad de un manifesto comun entre ellas y los demas estados que han formado la coalicion; la importancia de redactar este manifesto de una manera que separe á los jacobinos del resto de la nacion, y tranquilice á todos los que son susceptibles de volver de su extravio, ó que sin querer la constitucion actual, desean la supresion de los abusos y el reinado de la libertad moderada. bajo un monarca cuya autoridad ponga limites la ley,

6.º «Incluir en esta redacción, la verdad fundamental, de que se ha hecho la guerra á una facción anti-social y no á la nación francesa; que lo que se defiende son los gobiernos legítimos y los intereses de los pueblos contra una anarquía furiosa que rompe todos los vínculos de sociabilidad entre los hombres, y todas las convenciones á cuyo abrigo reposan la paz, la libertad, y la seguridad pública interior y exterior; disipar toda sospecha de desmembramiento de territorio, no imponer leyes, sino declarar enérgicamente á la Asamblea, á los cuerpos administrativos, á las municipalidades y á los ministros, que se les hará personalmente é individualmente responsables, con sus personas y bienes, de cualquier atentado cometido contra la sagrada persona del rey, contra la de la reina y de la familia, y contra las personas ó propiedades de los demás ciudadanos.»

7.º «Expresar el deseo del rey, de que al entrar en el reino declaren las potencias que estaban dispuestas á dar la paz, pero que no tratarán ni pueden tratar sino con el rey; que en su consecuencia reclamen que les sea devuelta la mas completa libertad, y que en seguida se convoque un congreso donde se discutan, bajo las bases acordadas, los diversos intereses donde los emigrados sean admitidos como partes demandantes, y donde el plan general de las reclamaciones, se negocie bajo los auspicios y garantía de las potencias.»

(Bertrand de Molleville, tomo 8.º, página 59).

Nota 37, página 545, tomo I.

Bertrand de Molleville, de quien he tomado los hechos relativos á Mallet-Du-Pan, refiere así el recibimiento que tuvo y las intenciones que observó:

«Mallet-Du-Pan tuvo el 15 y 16 de julio largas conferencias con el conde de Cobentzel, el de Hangoitz y M. Heyman, ministros del emperador y rey de Prusia;

y despues de haber examinado el documento de su comision, y oido con mucha atencion la lectura de sus instrucciones y memorias, reconocieron que el objeto que proponia estaba en perfecto acuerdo con el que el rey manifestó anteriormente á las córtes de Viena y Berlin, que las adoptaron respectivamente. Le manifestaron por consiguiente la mayor confianza, y aprobaron el proyecto de manifiesto que se les proponia, declarándole del modo mas explicito que ninguna mira de ambicion, interés personal ó desmembracion entraña en el plan de guerra, y que las potencias no llevaban mas interés que el de restablecer el orden en Francia, porque no podia existir paz alguna entre ella y sus vecinos mientras fuese presa de la anarquía que reinaba en ella, y que le precisaba á sostener cordones de tropas en todas las fronteras y á precauciones extraordinarias de seguridad que eran muy costosas; pero que lejos de tratar de imponer á los franceses ninguna forma de gobierno, se dejaria al rey en absoluta libertad para convenirse en este punto con la nacion. Que se le habian pedido numerosas observaciones sobre las opiniones del interior, sobre las ideas publicas relativas al antiguo régimen, á los parlamentos, á la nobleza etc. Que le habian declarado el destino de los emigrados de formar un ejército, que seria para el rey así que se viese en libertad; que se le habia hablado con enojo y prevencion de los príncipes franceses, á quienes suponian intenciones enteramente contrarias á las del rey y especialmente las de obrar independientes y nombrar un regente. (Mallet-du-Pan combatió enérgicamente esta suposicion y, observó que no debia juzgarse de las intenciones de los príncipes por los dichos inconsiderados ó acalorados de algunos que los rodeaban.) Finalmente despues de haber examinado á fondo las varias peticiones y propuestas en que Mallet-du-Pan estaba encargado de insistir, los tres ministros reconocieron unánimemente su fundamento y justicia, pidieron cada uno una nota del resumen, y dando las mas formales segurida-

des de que estando en perfecta armonía los deseos del rey, con los de las potencias, se cumplirían exactamente.»

(*Bertrand de Molleville*, tomo 8.º página 320.)

Nota 58, página 345, tomo I.

«El partido de los príncipes, dice madama Campan, se alarmó mucho al saber la reunión de los restos del partido constitucional con la reina. Esta por su parte seguía recelosa de los príncipes y de las pretensiones de los franceses que lo formaban. Hacia justicia sin embargo al conde de Artois, y decía con frecuencia que su partido obraría en sentido opuesto á sus sentimientos por el rey su hermano y por ella, pero que al fin se vería arrastrado por algunos fustamente entregados á Calonne. Culpaba al conde de Esterbazy, á quien había colmado de favores, de haberse agregado al partido de Calonne, en términos de poder considerarle como enemigo.»

(*Memorias de Madama Campan*, tomo II, pag. 195.)

Nota 59, página 347, tomo I.

«Los emigrados manifestaban mucho temor á todo lo que podía ocurrir en el interior por la unión con los constitucionales, á quienes suponían como antes de razón, y nulos en cuanto á medios para enmendar sus yerros. Preferían á los jacobinos, porque decían que no quedaría nadie con quien tratar así que se sacase al rey y su familia del abismo en que se hallaban.»

(*Memorias de Madama Campan*, tomo II, pag. 194.)

Nota 40, página 538, tomo I.

Entre las declaraciones que comprende el proceso instruido contra los autores de 20 de junio, hay una sumamente curiosa por sus pormenores, que es la del

testigo Lareynie. Comprende por sí sola cuanto repiten las demas, y por esto la citamos con preferencia. Este proceso se imprimió en 4.º

«Ante nos... compareció Juan Bautista Maria Luis Lareynie, soldado voluntario del batallón de la isla de San Luis, condecorado con la cruz militar, que reside en París, pretil de Borbon, número 1.

«El cual, profundamente afligido por los desordenes que acaban de ocurrir en la capital, y creyendo que todo buen ciudadano debe suministrar á la justicia los datos que pueda necesitar en estas circunstancias, á fin de que sean castigados los autores ó instigadores de los alborotos contra la tranquilidad pública y la integridad de la constitución francesa, ha declarado que hace unos ocho dias sabia por las relaciones que tiene en el arrabal de San Antonio, que los ciudadanos habitantes de él estaban apremiados por el señor Santerre, comandante del batallón de la Inclusa, y por otros personajes, entre los cuales se hallaba el señor Fournier, que se dice americano y elector de 1791 del departamento de París; el señor Rotondo, que se dice italiano; el señor Legendre, carnicero, que habita en la calle de las Carnicerías, arrabal de San German; el señor Coirette Verrieres, que habita encima del café de Rendez-Vous, calle del Teatro francés; los cuales tenían notoriamente conciliábulos en casa del señor Santerre, y algunas veces en el salón de la junta de seccion de la Inclusa, donde se deliberaba en presencia de algunos panaguados del arrabal, tales como el señor Rossignol, que fué oficial de platero, el señor Nicolas, zapador del susodicho batallón de la Inclusa, el señor Brierre, comerciante de vinos, el señor Honor, que se llama vencedor de la Bastilla, y otros que podía citar; que allí se acordaban las proposiciones de que debia tratarse en los grupos de las Tullerías, del Palacio Real y de la plaza de Greve, y especialmente de la puerta de San Antonio, plaza de la Bastilla; que allí se redactaban los pasquines incendiarios colocados de cuando en cuando

en los arrabales, y las peticiones que habían de presentarse por diputaciones en las sociedades patrióticas de París; y finalmente, que allí se forjó la famosa petición y complot del día 20 de este mes. Que en la víspera de este día se celebró una junta secreta en casa del señor Santerre, que empezó á media noche, y en la cual, testigos, que podrán hacer oír cuando vuelvan de la comision que les ha dado el señor Santerre para las inmediaciones, aseguran haber visto asistir á MM. Pelion, corregidor de París, á Robespierre, á Manuel, procurador del consejo, á Alejandro, comandante del batallon de San Miguel, y á Silleris, ex-diputado de la Asamblea nacional. Que en la jornada del 20, viendo el señor Santerre que muchos de los suyos, y especialmente los individuos de su partido, atemorizados por el acuerdo del directorio del departamento, se negaban á bajar armados, protestando que les harian fuego, les aseguró que no habia por qué temer, *que la guardia nacional no tendria ninguna orden, y que M. Pelion estaria alli.* Que á las once de la mañana de dicho día no ascendia la reunion mas que á mil quinientas personas, y que soio cuando el señor Santerre se puso al frente de un destacamento de inválidos saliendo de su casa, con el cual llegó á la plaza, incitando á los espectadores á unirse con él, se aumentó considerablemente el gentío en el paso de los Fuldenses; que no habiéndose atrevido á forzar aquel punto, se volvió al patio de los Capuchinos, donde hizo plantar el mayo que habia destinado para el palacio de las Tullerías; que entonces el declarante preguntó á algunos de los que acompañaban á dicho señor Santerre, por que no se plantaba el mayo en el terrado del palacio, como se habia acordado, y que ellos le respondieron *que se guardarian muy bien porque era el lazo donde querian hacerles caer los fuldenses, teniendo piezas asesiadas en el jardin, pero que no caerian en la trampa.* El declarante observa que la reunion se habia disipado casi toda, y que hasta que

se oyéron tambores y música en el recinto de la Asamblea nacional, no se reunieron los alborotados, que se habian esparcido por todos lados, y que se incorporaron con los demas espectadores y desfilaron decorosamente de tres en fondo por delante del cuerpo legislativo; que el declarante notó que al pasar por delante de las Tullerías no movieron ningun escándalo ni intentaron entrar en palacio; que reunidos en la plaza de Carrousel, adonde llegaron rodeando por el pretil del Louvre, no manifestaron intencion de entrar en los patios hasta que llegó el señor Santerre, que estaba en la Asamblea nacional, y salió al levantarse la sesion. Que entonces el mismo señor Santerre, acompañado de varias personas, entre quienes el declarante conoció al señor de Saint-Hurugue, se dirigió á su tropa, que estaba entonces tranquila, y les preguntó *que por qué no habian entrado en palacio, que era preciso ir á él, pues para esto habian bajado.* Que al momento mandó á los artilleros de su batallon que le siguieran con una pieza, y dijo que si no le abrian la puerta, la echaria abajo á balazos; que se presentó así en la puerta del palacio, donde sufrió muy poca resistencia de los gendarmes á caballo pero una oposicion muy viva por parte de la guardia nacional, lo cual ocasionó mucho ruido y trastorno, y que iban tal vez á venir á las manos, cuando dos hombres con bandas de colores nacionales, de los que el declarante conoce á uno por ser el señor Boucher-René, y el otro que nombraron los espectadores por el señor Sergeant, llegaron por los patios y mandaron, es preciso decirlo, en tono imperioso, por no decir insolente, prostiuyendo el sagrado nombre de la ley, *abrir las puertas,* añadiendo, *que nadie tenia derecho para cerrarlas, y que todos los ciudadanos tenian el de entrar:* que efectivamente abrió la guardia nacional las puertas, y que entonces Santerre y su gente se precipitaron alborotadamente en los patios; que el señor Santerre, que llevaba una pieza para echar abajo las puertas de la

habitacion del rey, si las hallaba cerradas, y hacer fuego á la guardia nacional que se opusiese á su intento, fué detenido en el último patio de la izquierda, al pie de la escalera del pabellon, por un grupo de ciudadanos que le dirigieron palabras muy razonables para tranquilizarle, y le amenazaron hacerle responsable de todo el mal que aconteciese en tan fatal ocurrencia, porque le dijeron, *vos sois el único autor de esta reunion inconstitucional, vos solo habeis alborotado á esa buena gente, y vos solo sois entre todos ellos el malvado.* Que el tono en que hablaban estos buenos ciudadanos al señor Santerre, le hizo mudar de color, pero que animado por una mirada del señor Legendre, el carnicero citado, recurrió á un hipócrita subterfugio, dirigiéndose á su tropa, y diciéndoles; señores, dadme testimonio de que no quiero marchar á vuestra cabeza á las habitaciones del rey; que la multitud acostumbrada á adivinar al señor Santerre no dió mas respuesta que atropellar á aquellos buenos ciudadanos, y entrar con su cañon y comandante, el señor Santerre, en las habitaciones, por todos los pasos, despues de haber roto las puertas y ventanas.»

Nota 41, página 406, tomo I.

Así refiere madama Campan los temores de la familia real.

«La policía de M. Laporte, intendente de la lista civil, le previno desde fines de 1791, que uno de la real casa que se habia establecido de pastelero en el Palacio Real, iba á desempeñar de nuevo su cargo, por muerte de un futuro, y que era un jacobino tan furioso, que se habia atrevido á decir que se haria un gran bien á la Francia, abreviando la vida del rey. Su empleo se reducía á la repostería, y era muy vigilado por los gentil-hombres de boca, todos afectos á S. M.; mas como puede introducirse fácilmente un veneno sutil en cualquier manjar, se decidió que el

rey y la reina solo comiesen asado; que el pan se lo trajese M. Thierry de Ville-d'Abbay, intendente de las habitaciones pequeñas, como asimismo el vino. El rey era muy aficionado á pasteles, y tuvo orden de encargarlos, como si fuese para mí, ya en casa de un pastelero, ya de otro. El azúcar molida se hallaba tambien en mi cuarto. El rey, la reina y madama Isabel comian juntos, sin criado alguno, y tenia cada uno á su lado un aparcadorcito de caoba, y una campanilla para llamar cuando quisiesen. M. Thierry me llevaba el pan y vino de SS. MM., y yo lo guardaba en un armario particular del gabinete del rey en el piso bajo. Así que el rey se sentaba á la mesa, le llevaba yo los pasteles y el pan, y todo se escondia bajo la mesa, porque no hubiese necesidad de llamar á la servidumbre; y como el rey no bebia nunca una botella de vino en la comida (las princesas solo bebian agua), bebaba aquella de que habia bebido como una mitad, con la botella servida por sus empleados, y yo me la llevaba despues de comer. No comian mas pastas que las que yo llevaba, pero se figuraba haber comido de la que estaba en la mesa. La dama que me reemplazó, halló arreglado así este servicio secreto, y lo ejecutó del mismo modo, no llegando á saberse nunca estos pormenores, ni los temores que los producian. Al cabo de tres ó cuatro meses avisó la misma policía que ya no habia que temer de esta especie de conspiración contra los días del rey, porque el plan habia cambiado enteramente, y porque los golpes que iban á asestar se dirigian contra el trono y contra el soberano.

(Memorias de Madama Campan, tomo II, página 183.)

Nota 42, página 407 tomo I.

Cuando encerraron á M. de Lafayette en Oimutz, M. de Lally-Tolendal escribió en su favor una carta muy elocuente al rey de Prusia. Enumeraba en ella todo lo

que habia hecho el general para salvar á Luis XVI, y entre estos documentos se hallaban las siguientes cartas, que manifestaban los proyectos y esfuerzos de los constitucionales en aquella época.

Cópia de una carta de M. de Lally-Tolendal al rey.

Paris, lunes 9 de julio de 1792. «Estoy encargado por M. Lafayette de proponer directamente á S. M. para el 13 de este mes, el proyecto propuesto para el 12, y que no puede llevarse á efecto en esta época, porque S. M. ha resuelto asistir á la ceremonia del 14.

«S. M. ha debido ver este plan enviado por M. de Lafayette, porque M. Duport ha debido entregarle á M. Monciel para que lo enseñase á S. M.

«M. de Lafayette piensa estar aquí el 13 con el anciano general Luckner. Ambos acaban de verse; ambos se lo han prometido, y ambos están en los mismos sentimientos y proyecto.

«Proponen que S. M. salga publicamente de la ciudad entre ambos, escribiéndoselo á la Asamblea nacional, anunciándola que no traspasará la línea constitucional, y que pasa á Compiègne.

«S. M. y toda la familia real irán en un solo coche. Es fácil hallar cien caballeros buenos que le escolten, y en caso de necesidad, protegerán la marcha los suizos y parte de la guardia nacional. Los dos generales permanecerán al lado de S. M. que á su llegada á Compiègne les dará la guardia un destacamento del pueblo, otro de la capital que será escogido, y otro del ejército.

«M. Lafayette, teniendo guarnecidas las plazas y cubierta su retirada, podrá disponer para este caso de diez escuadrones de la artillería montada. Dos marchas forzadas serian bastantes para que llegase á Compiègne toda esta division.

«Si contra toda verosimilitud no pudiese S. M. salir de la ciudad, se violaban evidentemente las leyes, y marcharian ambos generales contra la capital con un ejército.

«Las consecuencias de este proyecto se demuestran por si mismas.

«La paz con toda la Europa por la mediacion del rey; el rey recobrará todo su poder legal.

«Una amplia y necesaria estension de sus sagradas prerrogativas.

«Una verdadera monarquía, un verdadero monarca y una verdadera libertad.

«Una verdadera representacion nacional de la que el rey será jefe y parte integrante al mismo tiempo.

«Un verdadero poder ejecutivo.

«Una verdadera representacion nacional, elegida de entre la clase de propietarios.

«La constitucion revisada, abolida en parte y en parte reformada, y reorganizada sobre mas sólidas bases.

El nuevo cuerpo legislativo celebrará sus sesiones tres veces en el año solamente.

«La antigua nobleza será restablecida en sus antiguos privilegios civiles, mas no políticos, dependientes de la opinion, como titulos, blasones, libreas, etc.

«Cumpló mi encargo sin atreverme á añadir ningun consejo ni reflexion. Bastante llena tengo mi imaginacion del furor que va á apoderarse de todos esos frénéticos á la primera ciudad que nos tomen, para no disculparme, y la escena del sábado que parece tranquilizar á muchos, ha redoblado mi inquietud. Todos aquellos besos me han recordado el de Judas.

«Pido solo ser uno de los ochenta ó cien caballeros que han de escoltar á S. M., si admite el proyecto, y me lisongeo de no tener necesidad de afirmar que no llegarán á él ni á ninguno de su real familia, hasta despues de haber pasado por encima de mi cadáver.

«Añadiré una palabra mas, y es que he sido amigo de M. Lafayette antes de la revolucion, y rompí todo trato con él desde 22 de marzo del segundo año, porque yo queria que fuese desde aquella época lo que es hoy; le escribi que su deber, su honor, su interés y

todo le prescribía esta conducta, trazándole además es-
tensamente el plan que mi conciencia me sugería. El
me lo prometió, pero no vi el efecto de su promesa. No
quiere examinar si fué por importancia ó por mala vo-
luntad; pero quedamos extraños el uno al otro, como
se lo dije á él mismo, y nadie le habia dicho todavía
verdades mas severas que yo y mis amigos, que tambien
lo eran suyos. Hoy estos mismos amigos han restable-
cido mi correspondencia con él, y S. M. sabe cual ha
sido el objeto y clase de esta correspondencia. He visto
sus cartas y tenido dos horas de conferencia con él en
la noche de su partida. Reconoce sus errores y está
pronto á sacrificarse por la libertad, pero tambien por
la monarquía; se inmutará, si es necesario, por su
país y por su rey, pues ya no hace distincion entre
ellos; en fin sus principios son los que he espuesto en
esta nota, y en los cuales resalta el candor, la convic-
cion, la sensibilidad, la fidelidad al rey y el olvido de
sí mismo: respondo de él como de mí misma pródigo.

«Me olvidaba decir, que él desea no se trate nada de
esto con oficiales que puedan hallarse ahora en la ca-
pital. Todos pueden sospechar que hay algunos pro-
yectos; pero nadie está instruido del que efectivamente
existe. Bastará que lo sepan el día mismo en que hayan
de obrar; teme su indiscrecion si se les comunica an-
tes, y á ninguno exceptúa de esta observacion.

P. S.—Me atreveré á decir que esta nota debe de
ser meditada en mi concepto, por aquel solo que un
día, por siempre memorable, vencié por su valor he-
róico un ejército entero de asesinos, por aquel que al
día siguiente de este triunfo sin ejemplo, dictó por sí
mismo una proclamacion tan sublime, como lo habian
sido sus acciones la vispera, y no por los consejos á
que se debió la carta escrita en su nombre al cuerpo
legislativo, para anunciar que se hallaria en la ceremo-
nia del 14; no por los consejos que hicieron sancionar
el decreto de los derechos feudales, decreto equivalen-
te á un robo en despoblado?

«Mr. de Lafayette no admite la idea de que el rey
una vez fuera de la capital, deba seguir otra direccion
que la de su conciencia y libre alvedrio. Cree que la
primera obligacion de S. M. debe ser la de crear su
guardia; cree tambien que su proyecto puede modifi-
carse de veinte modos diferentes; prefiere la retirada al
Norte á la del Mediodia, tanto porque podia obtener por
esta parte socorros mas seguros, cuanto porque tenia
á la faccion meridional. En una palabra, la libertad del
rey y la destruccion de los facciosos, he aquí su objeto en
toda la sinceridad de su corazon.»

(Copia de una carta de M. Lafayette.)

8 de julio de 1792. «Habia dispuesto mi ejército de
modo que los mejores escuadrones de granaderos y la
artilleria á caballo, estaban á las órdenes de M... en la
cuarta division; y si se hubiera aceptado mi proposicion,
llevaba en dos días á Compiègne quince escuadrones y
ocho piezas de artilleria, hallándose escalonado el resto
del ejército con una marcha de intermedio; el regimien-
to que no hubiese dado el primer paso, hubiera acudido
á mi auxilio, si nos hubiéramos visto comprometidos
mis compañeros y yo

«Habia ganado á Luckner hasta el punto de prome-
terme que marcharia conmigo contra la capital, si la
seguridad del rey lo exigia, y de que diese la orden, y
tengo cinco escuadrones de este ejército de que dispon-
go absolutamente. Languedoc y el comandante de la ar-
tilleria á caballo tambien es esclusivamente mio. Con-
taba con que aquellos marchasen tambien á Compiègne.

«El rey ha resuelto asistir á la funcion confederativa.
Siento que no se haya adoptado mi plan, pero es preciso
sacar partido del que se ha preferido.

«Los pasos que he dado, la adhesion de muchos de-
partamentos y concejos, la de M. Luckner, mi prestigio
para con mi ejército y aún con las restantes tropas, mi
popularidad en el reino, que en vez de disminuirse se

ha aumentado, aunque no es tan grande en la capital, todas estas circunstancias unidas á otras muchas, han dado en que pensar á los facciosos, á los hombres de bien, y espero que serán mucho menores los peligros del 14 de julio. Me atrevo á asegurar que serán nulos si Luckner y yo acompañamos al rey y le custodiamos con los batallones elegidos que le tengo preparados.

«Pero si el rey y su familia permanecen en la capital, ¿no se hallan siempre en manos de los facciosos? Perderemos la primera batalla, sin duda, y digo mas, que bastará una sospecha de correspondencia entre la reina y los enemigos, para ocasionar los mayores trastornos. Por lo menos se querrán llevar al rey hacia el mediodía, y este intento tan repugnante ahora, parecerá muy natural así que se aproximen los reyes aliados. Veo pues que inmediatamente despues del 14 empieza una série no interrumpida de peligros,

«Vuelvo á repetirlo, es necesario que el rey salga de Paris. Bien conozco que sino está de buena fé pueden resultar muchos inconvenientes; pero cuando se trata de darse en él, que es un hombre tan hourado, ¿puede haber quien vacile un solo instante? No descansaré hasta que sepa que el rey está en Compiègne.

«He aquí, pues, los dos objetos en que se apoya mi proyecto.

1.º «Si el rey no nos ha llamado todavía á Luckner y á mí, debe hacerlo inmediatamente. Tenemos á Luckner, y es preciso comprometerle mas y mas. El dirá que vamos acordes, y yo añadiré lo demás. Luckner, puede venir á buscarme, de modo que estemos el 12 por la tarde en la capital. El 13 y 14 pueden ocasionar consecuencias perjudiciales; al menos nuestra presencia asegurará la defensiva; ¿y quién sabe lo que puede hacer la mia en la guardia nacional?

«Acompañaremos al rey al altar de la patria, y siendo como somos los dos generales que representamos dos ejércitos que se sabe le son adictos, podremos impedir que se atente á su dignidad. En cuanto á mí, no

es imposible que se despierte la costumbre que por tanto tiempo han tenido unos á obedecer mi voz y el terror en otros que se han convertido en facciosos; y quizás tambien me sea facil hallar algunos medios personales para salir de una crisis.... de todos modos mi presencia puede ser útil aunque no sea mas que para alejar los peligros. Mi peticion es tanto mas desinteresada cuanto mas desagradable debe ser mi posicion comprándola con la del día de la gran confederacion; pero miro como un deber sagrado hallarme al lado del rey en estas circunstancias, y tengo tanto empeño en ello que *cexiji* absolutamente del ministerio de la Guerra que me envié á llamar adoptándose á lo menos esta primera parte de mi propuesta, así como suplico que valiéndose de nuestros comunes amigos lo hagais saber al rey, á su familia y á su consejo.

2.º «En cuanto á mi segunda proposicion la creo así mismo indispensable, y he aquí como lo comprendo: el juramento del rey y el nuestro tranquilizarán á los débiles, y por consiguiente los picaros quedarán por algun tiempo privados de este apoyo. Quisiera que el rey nos escribiese en secreto á Luckner y á mí una carta comun á ambos, y que nos encontrase en el camino el 11 por la tarde ó el día 12. El rey deberá decir en ella: «Que despues de haber prestado juramento, era preciso probar á los estrangeros su sinceridad; que el mejor medio seria pasar algunos dias á Compiègne; que nos encargue reunir allí algunos escuadrones para agregarlos á la guardia nacional de aquel punto y un destacamento de la capital; que le acompañemos hasta Compiègne, desde donde cada uno pasemos á nuestro ejército; que desca nos valgamos de escuadrones, cuyos gefes sean conocidos por su amor á la constitucion, y de un general que no pueda incurrir sospecha alguna bajo este concepto.

«Segun esta carta Luckner y yo encargaremos á M.. esta espedicion, el cual llevará consigo cuatro piezas de artilleria montada, y ocho si se quiere: pero no convie-

ne que el rey le hable de esto, porque la responsabilidad de los cañones ha de recaer en nosotros. El 15 á las diez de la mañana iria el rey á la Asamblea acompañado de Luckner y de mí, y bien tuviésemos un batallón ó bien cincuenta caballos de gente afecta al rey ó de amigos, veríamos si alguno se atrevia á detener al rey, á la familia real, á Luckner y á mí.

«Supongo que sucediese: Luckner y yo entraríamos en la Asamblea para quejarnos y amenazarla con nuestros ejércitos. Entraría el rey y no se veria en mala posición porque no habria faltado á la constitución; solo tendria contrasí á los enemigos de ella, y Luckner y yo llevaríamos facilmente destacamentos de Compiègne. Nótese que esto compromete al rey necesariamente menos que los acontecimientos que se preparan.

«Se ha agotado de tal modo en fruslerias aristocráticas los fondos de que puede disponer el rey, que deben quedarle muy pocos, y no cabe duda de que si fuere necesario, habria que acudir á empréstitos para asegurarse de los tres dias de la confederación.

«Otro caso hay que prever, que la Asamblea decretase que los generales no deben ir á la capital. Entonces basta con que el rey niegue inmediatamente su sanción.

«Pero si por una inconcebible fatalidad la hubiese dado ya el rey, que nos cite para Compiègne, aunque le detengan á la salida, pues nosotros le facilitaremos medios para llegar *libre y triunfante*. Es inútil observar que en todo caso, llegado que hubiese á Compiègne, formará su guardia personal, como se la concede la constitución.

«A la verdad que cuando me veo rodeado de habitantes del campo que vienen desde mas de 10 leguas de distancia, para verme y jurarme que solo tienen confianza en mí, que mis amigos y enemigos son los suyos; cuando me veo querido de mi ejército, sobre el cual no han influido nada todos los esfuerzos de los jacobinos; cuando recibo de todas partes del reino testimo-

nios de adhesión á mis opiniones, no puedo creer que todo está perdido y que no me queda medio alguno de ser útil.»

Nota 43, página 407, tomo I.

La siguiente respuesta se ha entresacado de la misma colección de documentos, citada en la nota precedente.

Respuesta de la mano del rey.

«Es preciso responderle que agradeceré infinito el afecto hacia mi persona que le comprometeria hasta tal extremo; pero que el proyecto me parece impracticable. No es por temor personal, sino que se pondria todo en juego, y por mas que diga, si se frustraba el proyecto, lo empeoraria todo mas y mas bajo el rigor de los facciosos. Fontainebleau es un rincón, muy malo para retirada, y esto por la parte del Mediodia, que por la del Norte pareceria que iba á recibir á los austriacos. Se le contesta sobre su envío, y nada tengo que decir. La presencia de los generales en la confederación podria ser útil y motivada por ver al nuevo ministro y convenirse con él respecto á las necesidades del ejército. El mejor consejo que puede darse á M. Lafayette es que sea siempre el espantajo de los facciosos y cumpla bien con su empleo de general. Haciendo esto ganará cada dia mas y mas la confianza de su ejército y podrá servir de él como lo crea necesario.

Nota 44, página 413, tomo I.

Pormenores de los acontecimientos del 10 de agosto.

(Están sacados de un escrito firmado Carra y titulado: *Compendio histórico y exactísimo del origen y verdaderos autores de la célebre insurrección que ha salvado*

la república. El autor asegura que el corregidor no tuvo la menor parte en su resultado, sino que se halló en egercicio en aquella ocasion, como una verdadera providencia para los patriotas. (Este trozo está sacado de los *Anales políticos* del 30 de noviembre último.)

«Los hombres, dice Gerónimo Petion, en su excelente discurso sobre la acusacion intentada contra Maximiliano Robespierre, que se han atriluido la gloria de este dia, son los que la merecen menos. Se debe á los que la prepararon, y se debe á la imperiosa naturaleza de las circunstancias, como á los valientes confederados, y á su directorio secreto que meditaba hacia mucho tiempo el plan del levantamiento. Se debe en fin al genio tutelar que preside constantemente á los destinos de la Francia, desde la primera Asamblea de sus representantes.»

«De este directorio secreto de que habla Gerónimo Petion, voy á tratar yo á mi vez, ya como individuo de él, ya como actor en todas sus operaciones. Este directorio secreto se formó por la junta central de los confederados, establecida en el salon de correspondencia de los jacobinos de San Honorato. De cuarenta y tres individuos que diariamente se reunian allí desde principios de julio, se sacaron cinco para el directorio de insurreccion. Estos cinco eran Vaugeois, vicario general del obispo de Blois; Debesse, del departamento del Droma; Guillermo, catedrático en Caen; Simon, periodista de Strasburgo y Galissot de Langres. Me agregaron á estos cinco individuos cuando se formó el directorio, y pocos dias despues se invitó á Fournier el americano, á Westermann, á Kienlin de Strasburgo, á Santerre, á Alejandro, comandante del arrabal de San Marcelo, á Lazowski, capitán de los artilleros de San Marcelo, á Antonio de Metz, el ex-constituyente, á Lagrey, y á Gatin, elector de 1789.

«La primera sesion del directorio se celebró en un tabernucho, en el Sol de Oro de la calle de San Antonio, cerca de la Bastilla, en la noche del jueves al

viernes 26 de julio, y despues de la funcion cívica que se dió á los confederados en el solar de la Bastilla. El patriota Corsas se presentó en la taberna, de donde salimos á las dos de la mañana para ir á la columna de la libertad, en el solar de la Bastilla, y morir allí en caso necesario por la patria. En aquella taberna del Sol de Oro, fué donde Fournier el americano, sacó la bandera encarnada, cuya invencion propuse yo, y en la cual mandé inscribir estas palabras: *Lej marcial d'el pueblo soberano contra la rebelion del poder ejecutivo*. A la misma taberna llevé yo tambien cinco ejemplares de un cartel que decia estas palabras: *Los que hagan fuego á las columnas del pueblo morirán inmediatamente*; cuyo cartel, impreso en casa del librero Bonison, se llevó á la de Santerre, á donde fui yo á buscarlo á media noche. Nuestro proyecto se frustró entonces por la prudencia del corregidor que acaso conoció no ser ocasion favorable; y la segunda sesion activa del directorio se trasladó al 4 de agosto siguiente.

«En esta se encontraron casi las mismas personas y ademas Camilo Desmoulins: se celebró en el Cuadrante Azul, en el baluarte, y á las ocho de la noche se trasladó al cuarto de Antonio el ex-constituyente, en la calle de San Honorato, frente á la Asuncion, justamente en la casa donde habita Robespierre. La patrona de Robespierre se asustó de ver aquel conciliábulo, que á las once de la noche fué á preguntar á Antonio si iba á mandar degollar á Robespierre: *en caso de degollar á alguno será á nosotros*, dijo Antonio: *aquí no se trata de Robespierre, que no tiene que hacer mas que esconderse*.

«En esta segunda sesion fué donde yo escribí de mi puño todo el plan de la insurreccion, la marcha de Robespierre, la de las columnas y el ataque de palacio. Simon sacó una cópia y se la enviamos á media noche á Santerre y Alejandro; pero por segunda vez se frustró nuestro intento, porque Alejandro y Santerre no estaban todavia preparados, y muchos querian aguar-

dar á la discension emplazada para el 10 de agosto sobre la suspension del rey.

«Finalmente, la tercera sesion activa de este directorio se celebró en la noche del 9 al 10 de agosto último, en el momento en que estaban tocando á rebato; y en tres puntos distintos al mismo tiempo, á saber: Fourrier el americano con algunos otros, en el arrabal de San Marcelo; Westerman, Santerre y otros dos en el de San Antonio; Garin, periodista de Strasburgo, y yo en mi cuartel de los marseleses, y en el mismo cuartel del comandante, donde nos vió todo el batallón...

«En este extracto que es exactamente verdadero, y del que creo no desmentirá nadie la menor circunstancia, se vé que no se trata de Marat, de Robespierre, ni de tantos otros que quieren pasar por autores en este negocio, y que los que pueden atribuirse directamente la gloria de los famosos acontecimientos del 16 son los que acabo de nombrar, individuos del directorio secreto de los confederados.

Nota 43, página 450, tomo I.

Copia de la carta escrita al ciudadano Boze por Guadet, Vergniaud y Gensonné.

«¿Queréis saber cuál es nuestra opinion sobre la situacion actual de la Francia, y los medios que podrian elegirse para librar la causa pública de los graves riesgos que la amenazan, que es el objeto de las inquietudes de los buenos ciudadanos y de sus mas profundas meditaciones?

«Pues nos habláis de tan grandes intereses, no titubharemos en explicarnos con franqueza.

«No puede negarse que la conducta del poder ejecutivo es la causa inmediata de todos los males que afligen á la Francia y de los riesgos que corre el trono. Engañan al rey si tratan de persuadirle que lo que produce y fomenta estas alteraciones, cuya violencia pue-

de aumentarse de día en día, y cuyas consecuencias no podrán acaso calcularse, son las opiniones exageradas, la irritacion de los clubs y los manejos de algunos bullaugeros y facciones poderosas: esto es tomar por causa del mal sus síntomas.

«Si el pueblo estuviese tranquilo sobre el resultado de una revolucion, á tanta costa comprada; si la libertad pública no se hallase en peligro y la conducta del rey no infundiese desconfianza alguna, se restablecería por sí mismo el equilibrio de las opiniones, y la generalidad de los ciudadanos no pensarían mas que en gozar de los beneficios que la constitucion les ofrece; y si en semejante estado de cosas existiesen aun facciones, dejarían de ser peligrosas, porque no tendrían ni pretesto ni objeto.

«Pero mientras la libertad pública se vea en peligro, mientras la conducta del poder ejecutivo dé ocasion á alarmarse los ciudadanos, y las conspiraciones que se urden dentro y fuera del reino parezcan mas ó menos abiertamente protegidas por el rey, habrá necesariamente turbulencias, desórdenes y facciones.

«Es evidente que el actual estado de cosas debe producir una crisis, cuyos resultados los pagará el trono. En efecto, se separan los intereses del rey de los de la nacion; se hace del primer funcionario público de una nacion libre un corifeo de partido, y esta funesta política hace recaer en él el odio de todos los males que á la Francia afligen.

«¿Y qué podrán hacer las potencias extranjeras, aun cuando se lograse con su intervencion aumentar la autoridad del rey, y dar nueva forma al gobierno? ¿No es evidente que los hombres que han ideado este congreso han sacrificado á sus preocupaciones é intereses personal el interés mismo del monarca; y que estos proyectos darian un carácter de usurpacion á unos poderes que solo la nacion confiere, y que únicamente su confianza puede conservar? ¿Cómo no se conoce que la fuerza que produjese esta mutacion seria necesaria

por mucho tiempo para conservarla, y que sería causa de esparcirse por el reino un germen de divisiones y discordias, que no podría sofocar el transecurso de muchos siglos?

«Unidos sincera y constantemente á los intereses de la nacion, de los que no separaremos los del rey, mientras no los separe el mismo, creemos que el medio de prevenir los males que al imperio amenazan, sería que el rey hiciese cesar con su conducta todos los motivos de desconfianza, pronunciándose por lo hecho del modo mas franco y esplicito, y apelando á la confianza del pueblo, que es quien únicamente constituye su fuerza y puede hacer su felicidad.

«Pero en la actualidad no lo logrará ya con nuevas protestas: porque serían irrisorias, y en las actuales circunstancias tendrian un carácter de ironia que lejos de calmar la irritacion aumentarían el peligro. Una sola podría producir algun efecto; la solemne declaracion, de que en ningun caso aceptaría el rey ningun acrecentamiento de poder que no le concediesen voluntariamente los franceses, sin intervencion de ninguna potencia estrangera, y libremente acordado, segun las formas constitucionales.

«Aun en este mismo punto, se observa que muchos miembros de la Asamblea nacional, saben que se le propuso al rey hiciera esta declaracion, cuando hizo la de la guerra del rey de Hungría y que no tuvo por conveniente aprobarla.

«Pero lo que bastaría tal vez para restablecer la confianza sería que el rey llegase á dar á conocer á las potencias aliadas la independencia de la nacion francesa, hacer cesar todas las hostilidades y retirar los cordones de tropas que amenazan nuestras fronteras.

«Es imposible que no esté convencida una gran parte de la nacion de que el rey puede hacer cesar esa confederacion, y mientras tenga en peligro la libertad pública no debe esperarse que merezca la confianza.

«Si los esfuerzos que el rey hiciera sobre este pun-

to fueran ineficaces, por lo menos debería aydar á la nacion por cuantos medios están al alcance de su autoridad á rechazar el ataque exterior, sin omitir nada para alejar la sospecha de que le favorece, porque con semejante sospecha fácil es de concebir que la desconfianza se apodera de la menor circunstancia para arraigarse.

«Querer hacer de ella un crimen cuando el peligro es inminente y nadie duda de él, es un medio seguro de aumentar las sospechas, lo mismo que el quejarse de la exageracion, atacar á los clubs y suponer agitadores cuando la efervescencia y agitacion no son mas que un efecto natural de las circunstancias, es darlas nueva fuerza y aumentar el movimiento del pueblo por los mismos medios que se emplean para sosegarle. Mientras que haya una accion permanente y seguida contra la libertad, es inevitable la reaccion, y el desarrollo de una y otra adquirirá iguales progresos.

«En semejante situacion no puede restablecerse la calma, sino cuando desaparezcan los peligros, y hasta tanto que llegue esta época feliz, lo que mas importa á la nacion y al rey es que estas circunstancias no se agrien, con una conducta por lo menos equívoca de los agentes del poder.

1.º «¿Por qué el rey no elige ministros entre los hombres mas decididos por la revolucion? ¿por qué se vale en los mas críticos momentos de hombres desconocidos ó sospechosos?

«¿Se conduciría de otro modo si tuviese empeño en aumentar la desconfianza del pueblo, y excitara alborotos?

«En todos tiempos ha sido la eleccion de ministros una de las funciones mas importantes de la autoridad propia del rey, y el termómetro por donde la opinion pública mide las disposiciones de la corte; y si esta eleccion hubiera dado motivo á murmuraciones en circunstancias ordinarias, discúrrase el efecto que debe producir hoy.

«Sería pues uno de los mejores medios que pudiera

adoptar el rey para captarse la confianza pública, elegir un ministerio notoriamente patriota; mas no se crea que con eso solo la podría recobrar fácilmente. Solo el tiempo y una continuacion de esfuerzos podrían llegar a borrar las profundas impresiones que se han esparcido en la generalidad.

2.º «En circunstancias en que deben emplearse todos los medios de defensa, y en que la Francia no puede armar á todos sus defensores ¿porqué no ha ofrecido el rey todos los caballos y fusiles de su guardia?»

3.º «¿Por qué no solicita una ley que sujete la lista civil á cierta contabilidad, que pueda tranquilizar á la nacion de que no se invierte en cosas ajenas de su destino, ni en ilegítimos usos?»

4.º «Uno de los grandes medios para tranquilizar al pueblo sobre las disposiciones personales del rey seria que solicitase él mismo la ley sobre educacion del príncipe real, acelerando así el tiempo en que se confiase la custodia del joven príncipe á un director que mereciese la confianza de la nacion.

5.º «Se quejan aun de que no se ha sancionado el decreto para licenciar al estado mayor de la guardia nacional. Esta repetida oposicion á sancionar las disposiciones legislativas que la opinion pública reclama con instancia, y cuya urgencia no puede desconocerse, sugieren el examen de la cuestion constitucional sobre la aplicacion del *refo* á las leyes de circunstancias, y no son á propósito para disipar las inquietudes y el descontento.

6.º «Seria muy importante que el rey privase á Lafayette del mando del ejército, porque es evidente que no puede servir bien á la causa pública.

«Concluiremos estas sencillas observaciones con otra mas general, y se reduce á que no se debe omitir nada de cuanto pueda alejar las sospechas y reanimar la confianza. Con tal que el rey tome esta resolucion con buen ánimo, y continúe en ella con la debida entereza, se salvará la constitucion.

«Con esto nos repetimos &c.»

Copia de la carta escrita por Thierry á Boco.

«Acaban de quejarseme por segunda vez de haber recibido la carta, que llevado de mi celo me determiné á remitir.

«Sin embargo el rey me permite contestar.

1.º «Que no incurria en desatender la eleccion de ministros;

2.º «Que la declaracion de guerra se debia á unos ministros, en su concepto, patriotas.

3.º «Que nada habia omitido en su tiempo para impedir la alianza de las potencias, y que para alejar á la sazón los ejércitos de nuestras fronteras, no habia mas medios que los generales.

4.º «Que habia observado con la mayor escrupulosidad las leyes de la constitucion desde que la aceptó, pero que otros muchos trabajaban en la actualidad en sentido contrario.

Nota 46, página 19, tomo II.

El siguiente documento es del número de los citados por M. Lally-Tolendal en su carta al rey de Prusia.

Copia de la minuta de una sesion celebrada en 4 de agosto de 1792, escrita por Lally-Tolendal.

(4 de agosto).

«M. de Montmorin, antiguo ministro de negocios estrangeros.—M. Bertrand, ex-ministro de marina.—M. de Clermont-Tonnerre.—M. de Lally-Tolendal.—M. Malouet.—M. de Gouvernet.—M. de Guiliers.

«Tres horas de deliberacion en un sitio retirado del jardín de M. de Montmorin. Cada uno dió cuenta de lo que habia averiguado. Yo recibí un anónimo en que se me denunciaba una conferencia en casa de Santerre, con el proyecto de marchar á las Tuilerías, asesinar al rey

entre la confusion, y apoderarse del príncipe real para hacer con él lo que exigiesen las circunstancias; y si no se mataba al rey, para poner presa á toda la familia real. Resolvimos todos que saliese el rey de Paris, fuese como fuese, escoltado por los suizos, por nosotros y por nuestros amigos, que eran bastantes. Contabamos con M. de Liancourt que habia ofrecido salir de Ruan á recibir al rey, y después con M. de Lafayette. Al acabar de deliberar llegó M. de Malesherbes, que iba á obligar á madama de Montmorin y á madama de Beaumont, su hija, á retirarse, diciendo que se acercaba la crisis y que Paris no era punto para mugeres. A consecuencia de lo que nuevamente nos dijo M. de Malesherbes, resolvimos que M. de Montmorin fuese inmediatamente á palacio, é informase al rey de lo que habiamos determinado. El rey se avino al parecer por la tarde, y dijo á M. de Montmorin que hablase con M. de Sainte-Croix, el cual se ocupaba en un proyecto para que saliese el rey con M. de Montciel. Fuimos al dia siguiente á palacio; conferenciamos largamente con el duque de Choiseul, que era enteramente de nuestra opinion, y queria que partiese el rey á cualquiera costa, porque preferia exponerse á todos los peligros mas bien que empezar la guerra civil. Se anunciaba que la destitucion se pronunciaría el jueves siguiente. No hallé mas recurso que el ejército de Lafayette, y envié el dia 8 un borrador de carta que le aconsejé escribiese al duque de Brunswick, así que tuviese la primera noticia de la destitucion &c.

Nota 47, página 107, tomo II.

Los siguientes pormenores sobre las ocurrencias de setiembre presentan bajo su verdadero aspecto estas terribles escenas. En los jacobinos fué donde se hicieron las mas importantes revelaciones, á consecuencia de las disputas que sobrevinieron en la Convencion.

(Sesion del lunes 29 de octubre de 1792.)

Chabot: «Esta mañana ha anunciado Louvet un hecho que debe aclararse. Nos ha dicho que no eran los del 10 de agosto los autores del 2 de setiembre, y yo como testigo ocular os diré que son los mismos. Nos ha dicho que no habia doscientos ejecutores, y yo os diré que he pasado por debajo de una bóveda de diez mil sables, y pongo por testigos á Bazire, Colon y otros diputados que estaban conmigo. Desde el patio de los frailes hasta la cárcel de la Abadia, tenian que irse estrechando para abrimos paso, y por mi parte conocí hasta ciento cincuenta confederados. Es imposible que Louvet y sus amigos no hayan estado en estas ejecuciones populares; pero sin embargo cuando se pronuncia con sangre fria un discurso, tal como el de Louvet, no es uno muy humano, y confieso, que segun su discurso, no me acostaría á su lado porque no me asesinase. Que declare Petion si es cierto que no habia mas que doscientos hombres en aquella ejecucion; pero es justo que los intrigantes se separen de unos sucesos que aun no sabe la Francia... quieren destruir poco á poco á los patriotas y van á decretar auto de acusacion contra Robespierre, Marat, Danton y Santerre. En breve les agregarán á Bazire, Merlin, Chabot, Montant y hasta á Grangeneuve si no se hubiese pasado á ellos; en seguida propondrán el decreto contra todo el arrabal de San Antonio, contra las cuarenta y ocho secciones, y nos veremos encausados ochocientos mil hombres. Bueno será sin embargo que desconfien un poco de sus fuerzas ya que piden el ostracismo.»

(Sesion del lunes 5 de noviembre.)

«Fabre-d'Églantine hace algunas observaciones sobre el 2 de setiembre y asegura que los que entraron en las prisiones de la Abadia, Orleans y Versailles, son

los mismos del 10 de agosto. Dice que en aquellos momentos de crisis, vió á los mismos hombres ir á casa de Danton y manifestar su regocijo frotándose las manos; que uno de ellos deseaba que se sacrificase á Morande; añade que en el jardín del ministro de negocios estrangeros vió al ministro Roland, pálido, abatido y con la cabeza apoyada en un árbol, pidiendo que se trasladase la Convencion á Tours ó á Blois. Añade el opinante que solo Danton mostró en aquel día una superior energia de carácter; que no desesperó de la salvacion de la patria; que sacudiendo con el pie la tierra, hizo nacer millares de defensores, y que tuvo bastante moderacion para no abusar de la especie de dictadura que le dió la Asamblea nacional, al decretar la pena de muerte contra los que se opusiesen á las operaciones del ministerio. Fabre declara despues haber recibido una carta de madama Roland, en la que la esposa del ministro del interior le ruega que favorezca la táctica imaginada para obtener algunos decretos de la Convencion. Pide por último que la sociedad acuerde la redaccion de una esposicion que comprenda todos los pormenores históricos de los acontecimientos ocurridos desde la época de la absolucion de Lafayette hasta el presente.»

Chabot: «Hechos son estos que deben conocerse. El 10 de agosto queria el pueblo amotinado inmolar á los suizos, y entonces no se conceptuaban hombres del 10 los amigos de Brissot, por que nos suplicaban que les compadeciésemos segun las espresiones de Lasource. Fui un dios aquel día, porque salvé ciento cincuenta suizos y detuve solo en la puerta de los Fuldenses al pueblo que queria penetrar en el salon para sacrificar á su venganza á aquellos desdichados. Los brissotistas temian entonces que llegase hasta ellos el degüello. Segun lo que yo hice en el 10 de agosto, esperaba que el 2 de setiembre se me nombraria para diputado con el pueblo: pues bien, la comision extraordinaria, presidida entonces por el supremo Brissot, no me eligió; ¿y de quién se echó mano? de Dusaulx, á

quien á la verdad, se reunió Bazire. Sin embargo no se ignoraba quienes eran los hombres á propósito para influir en el pueblo y contener la efusion de sangre. Me encontré solo en el tránsito de la diputacion; Bazire me obligó á reunirme con el y me llevó. ¿Tenia Dusaulx instrucciones particulares? lo ignoro; pero si sé que no quiso ceder la palabra á nadie. En medio de una junta de diez mil hombres, entre quienes se contaban ciento cincuenta marseleses, se subió Dusaulx en una silla, y anduvo muy torpe, porque tenia que hablar á gente armada de puñales. Como por fin obtuvo silencio, le dirigí estas palabras: si teneis maña atajareis la efusion de sangre; decid á los parisienses que les interesa que cesen los degüellos para que los departamentos no se alarmen por la seguridad de la Convencion nacional que va á reunirse en Paris....» Dusaulx me oyó; pero fuese de mala fé ó por orgullo de la vejez, no hizo lo que le dije; ¡y es este el hombre á quien se proclama como único digno de la diputacion de Paris...! Otro hecho no menos esencial es que el degüello de los presos de Orleans no se hizo por los parisienses; estos asesinatos debian parecer mucho mas odiosos porque estaban muy distantes del 10 de agosto, y porque se cometieron por menor número de hombres. Sin embargo, los intrigantes no han hablado de ellos palabra: esto es porque perció un enemigo de Brissot, el ministro de negocios estrangeros que habia echado á su protegido Narbonne.... Si yo solo en la puerta de los fuldenses contuve al pueblo que iba á inmolar á los suizos, con mayor razon hubiera podido la Asamblea legislativa evitar la efusion de sangre. Por lo tanto si hay algun crimen, debe imputarse á la Asamblea, ó por mejor decir á Brissot que la manejaba entonces.»

Nota 48, página 178, tomo II.

«He aquí la pintura que el ministro Carat, el mejor

observador de los personajes de la revolucion, hace de los dos lados de la Convencion.

«En el lado derecho de la Convencion estaban casi todos aquellos de quienes acabo de hablar, y no podia ver en ellos mas genio que el que les suponía. Allí veía yo aquel republicanismo de corazón que no consiente en obedecer á ningún hombre que no hable en *nombre* de la nacion, y *como* la ley, y aquel otro republicanismo mucho mas raro, del pensamiento, que trastornó y volvió á su ser todos los resortes de la organizacion de una sociedad de hombres semejantes en derecho y en naturaleza; que descubrió con que feliz y hábil artificio pueden reunirse en una gran república cosas que parecen incompatibles, la igualdad y la sumision á los magistrados, la agitacion fecunda de los ánimos y de los corazones y un orden constante é inmutable; un gobierno con poder siempre absoluto sobre los individuos y la muchedumbre, y siempre sometido á la nacion; un poder ejecutivo cuyo aparato y formas, de provechosa magestad, renuevan las ideas del esplendor de la república, y jamás las de engrandecimiento de una persona.

«En el mismo lado veía sentarse á los hombres mas instruidos en las doctrinas de la economía política, que enseñan á descubrir y facilitar todos los manantiales de las riquezas particulares y de la nacional; á formar es-
crupulosamente el tesoro público con las posesiones que les debe la fortuna de cada ciudadano; á crear nuevos recursos para las fortunas particulares, adoptando el buen destino de cuanto han derramado en las arcas de la república; á proteger todo género de industria sin favorecer á ninguna: á mirar las grandes propiedades, no como lagos estériles que absorben y retienen todas las aguas que las montañas precipitan en su seno, sino como depósitos necesarios para multiplicar y aumentar los gérmenes de fecundidad universal, comunicándolos á los lugares áridos y estériles: doctrinas admirables, que han dado la libertad á las artes y al comercio antes

que á los gobiernos, pero particularmente á propósito, por su esencia á la de las repúblicas; capaces de constituir sólidamente la igualdad, no en una escasez violenta que se aviene menos con los deseos que con la industria, sino en una facilidad universal en aquellos trabajos cuya ingeniosa variedad y continuo renacimiento pueden lograr por sí solos, felizmente para la libertad, la actividad turbulenta de las democracias que después de haberlas contenido mucho tiempo, han hecho desaparecer las repúblicas antiguas en medio de las tormentas y tempestades que siempre las han amenazado.

«En el lado derecho se hallaban cinco ó seis hombres cuyo genio podía concebir esas sublimes teorías del orden social y económico, y otros muchos cuya inteligencia podía comprenderlas y comunicarlas: allí se habían agrupado cierto número de hombres en otro tiempo impetuosos y violentos, pero que después de haber desahogado y perdido el delirio de sus furores demagógicos, no aspiraban mas que á desaprobar y combatir las locuras que habían propagado; allí finalmente se sentaban, como se arredillan los hombres piosos al pié de los altares, aquellos hombres cuyas pasiones templadas, cuya buena fortuna y cultivada educacion les hacían aptos para honrar con todas las virtudes privadas á la república que les dejase gozar de su sosiego, de su fácil benevolencia y de su dicha.

Francisco Becerra

«Volviendo mi vista del lado derecho al izquierdo, y fijándola en la montaña,iqué contraste se me ofrecía! Allí veía agitarse desordenadamente á un hombre, cuyo rostro cubierto de un color atezado, parecia salir de las sangrientas cuevas de los antropófagos, ó de la abrasada mansion de los infiernos; cuyo andar convulsivo, brusco é irregular le presentaba como uno de aquellos asesinos que se han librado de los verdugos, pero no de las furias, y que parecen querer aniquilar el género humano para no sentir el horror que les inspira el aspecto de un hombre. Bajo el despotismo, que no pudo ensangrentar como la libertad, tuvo este hombre la ambi-

ción de hacer una revolución en las ciencias, viéndosele combatir con atrevidos y bajos sistemas los mayores descubrimientos de los tiempos modernos y del espíritu humano. Sus ojos vagando por la historia de los siglos se detuvieron en cuatro ó cinco asesinos, que cambiaron los pueblos en desiertos para poblarlos de nuevo con una raza formada á su imagen, ó á semejanza de los tigres: esto es cuanto conservo de los anales de los pueblos, y cuanto sabía de ellos y quería imitar. Por un instinto semejante al de las bestias, mas bien que por un conocimiento profundo de la perversidad, conoció los infinitos desvarios y atentados á que puede llegar un inmenso pueblo que acaba de romper las cadenas religiosas y políticas: esta idea le guió en todos sus escritos, acciones y palabras. ¡Y no murió sino á manos de una mujer! ¡Y se le erigieron mas de cincuenta mil estatuas en el seno de la república!

«A su rededor se colocaban hombres á quienes hubiera sido imposible concebir semejantes atrocidades, pero que arrojados con él por un acto de osadía, á los sucesos cuya realización les asombraba y cuyos peligros les horrorizaban, desaprobando las máximas del monstruo, tal vez las habían ya seguido, y no les importaba el temor que pudiesen inspirar al continuar en ellas. Horrorizábales Marat, pero no el valere de él. Colocabanle entre ellos unas veces, y otras á su cabeza, y como el terror que esparce á semejante hombre era general, se creía verle en todas partes, que representaba á la Montaña ó que esta era exactamente como él. Entre los gefes, había algunos que no desaprobaban los desafueros de Marat, sino porque eran demasiado ostensibles.

Aun entre los mismos corifeos, (y en esto me separa la verdad de la opinión de muchos hombres honrados) entre los mismos corifeos había muchos que unidos con los demás, mas bien por los acontecimientos que por ideas, volvían la vista apesadumbrados hacia la cordura y la humanidad; que hubieran sido muy vir-

tuosos y hecho grandes servicios en el momento en que se les hubiera creído capaces de ella. En la Montaña se hallaban como en un punto militar, los que sentían mucha pasión por la libertad, y conocían poco su teoría; los que creían amenazada ó perdida la igualdad por la sublimidad de las ideas ó la elegancia del lenguaje; los que elegidos en las aldeas ó en los talleres, no podían creer que hubiese republicanos en distinto traje que ellos; los que entrando por primera vez en la senda de la revolución, tenían que distinguirse por el furor y violencia con que había comenzado la gloria de casi todos los grandes revolucionarios; los que jóvenes aun y mas á propósito para servir á la república en los ejércitos que en el santuario de las leyes, vieron nacer la república al estrépito del trueno, y creían que debía conservarse y promulgar sus decretos con el mismo estruendo. Al lado izquierdo iban á refugiarse, mas bien que á colocarse, muchos de aquellos diputados que habiendo sido criados entre las clases proscriptas de la nobleza y del sacerdocio, aunque siempre puros, estaban también mas espuestos á sospechas, y trepaban á la cumbre de la Montaña para que no se les acusase de que quedaban atrasados en los principios: allí iban á devorar sus sospechas y vivir en medio de fantasmas aquellos hombres austeros y melancólicos, que habiendo visto muchas veces unida la falsedad con la finura, no creían mas que en la virtud sombría, y en la libertad furibunda: allí se hallaban algunos talentos que habían adquirido despejo y rigidez en las ciencias exactas, y que orgullosos con poseer conocimientos inmediatamente aplicables á las artes mecánicas, se alegraban de separarse en puesto y en esquivar de aquellos literatos y filósofos cuya instrucción no es útil tan pronto á los tejedores y herreros, y no penetra hasta los individuos si no despues de haber ilustrado á toda la sociedad; allí finalmente debían querer votar, cualesquiera que por otra parte fuesen sus luces y talentos, todos aquellos que por la excesiva fibra de su carácter estaban dispues-

tes á traspasar, mas bien que á quedarse detras del límite que de ia señalarse á la energia é impetu revolucionario.

«Tal era la idea que me formé de los elementos de ambos lados de la Convencion.

«Juzgando cada uno de ellos por la mayoría de sus elementos, los dos en género y grados diferentes, debian parecerme capaces de hacer grandes servicios á la república: el lado derecho para organizar el interior con sabiduria y grandeza; el izquierdo para transmitir de sus almas á la de todos los franceses, esas pasiones republicanas y populares tan necesarias á una nacion sitiada por todas partes por la turba de los reyes y la soldadesca europea.

*Nota 49, página 201, tomo II.**

Discurso de Collot-d' Herbois á Dumouriez despues de la campaña de la Argona, sacado del Diario de los jacobinos. (Sesion del domingo 14 de octubre, año I de la república.)

«Quería hablar de nuestros ejércitos y me complacia al hacerlo en presencia del soldado á quien acabais de escuchar. Quería rechazar la respuesta del presidente, pues aunque he dicho muchas veces que el presidente no debe responder nunca á los individuos de la sociedad, ha contestado á todos los soldados del ejército. Esta respuesta dá un testimonio plausible de vuestra satisfaccion. Dumouriez la recibirá con todos sus compañeros de armas, porque sabe que su gloria nada sería sin ellos. Debemos acostumbrarnos á este len-

* He creído deber añadir estas notas que me parecen útiles, ya como aclaracion de unos hechos mal conocidos y apreciados, ya como monumento de un estilo y lenguaje olvidados hoy enteramente, y sin embargo muy característicos. La mayor parte de estos trozos están tomados de fuentes totalmente abandonadas, y sobre todo de las discusiones de los jacobinos, monumento político rarísimo y curioso.

guaje. Dumouriez ha cumplido con su deber, y esta es su mas grata recompensa.... no le encomio porque es general, sino porque es soldado francés.

«¿No es cierto, general, que es muy glorioso mandar un ejército republicano? ¿Que has hallado una gran diferencia entre este y los del despotismo? Ellos, los franceses, no son solo valientes, ni se contentan con despreciar la muerte; porque ¿quién teme la muerte? pero esos habitantes de Lila y Thionville que esperan con sangre fria las balas rojas, que permanecen inmóviles entre el estallido de las bombas y la destruccion de sus casas ¿no es esto la suma de todas las virtudes? ¡Ah! Si, estas virtudes son superiores á todos los triunfos.... Hoy se ha inventado un nuevo modo de hacer la guerra con el que no acertarán nuestros enemigos: los tiranos no podrán hacer nada mientras haya hombres libres que quieran defenderse.

«Muchos compatriotas han muerto en defensa de la libertad; han muerto, aunque nos es grata su memoria, aunque han dejado ejemplos que están grabados en nuestros corazones; ¿pero viven los que nos han acometido? no: sucumbieron, y sus legiones no son ya mas que montañas de cadáveres que se estan pudriendo en donde peleaban; no son ya mas que un cenagal ponzoñoso que apenas podrá purificar el sol de la libertad... esa nube de esqueletos ambulantes se parece al esqueleto de la tiranía, y no tardarán mucho en sucumbir como él... ¿Qué se han hecho aquellos antiguos generales de tanta nombradía? Su sombra se desvaneció ante el omnipotente genio de la libertad; huyeron y no tienen mas que calabozos por retrada, porque los calabozos serán en breve los palacios de los despotas: huyen porque se sublevan los pueblos.

«No es un rey quien te ha nombrado, Dumouriez, son tus conciudadanos: acuérdate que un general de la república no debe jamás transigir con los tiranos; acuérdate que los generales como tu solo deben servir á la libertad. Ya has oido hablar de Temistocles; aca-

baba de salvar á los griegos en la batalla de Salamina; pero le calumniaron (tú tienes enemigos que te calumniarán Dumouriez, y por eso te hablo); calumniaron á Temístocles, y fué castigado injustamente por sus conciudadanos; halló un asilo entre los tiranos, pero fué siempre Temístocles. Le propusieron tomar las armas contra su patria: *mi espada no servirá nunca á los tiranos*, dijo y se la atravesó por el corazón. También te recordaré á Escipion. Trató Antíoco de seducir á este gran hombre ofreciéndole devolverle una preciosa prenda, su propio hijo; pero Escipion respondió: «No tienes bastantes riquezas para comprar mi conciencia, y nada hay en la naturaleza superior al amor de la patria.»

«Pueblos hay que gimen esclavos: tú los librarás en breve. ¡Qué misión tan gloriosa! El triunfo no es dudoso: los ciudadanos que te aguardan lo esperan, y los que están aquí te impelen.... Debe sin embargo reprenderse en tí algunos excesos de generosidad con tus enemigos, tú has despedido al rey de Prusia con un poco mas de caballerosidad que exige la manera francesa, la antigua manera francesa se entiende. (*Aplausos*.) Pero esperamos que el Austria pagará doble, porque tiene dinero: no andes en contemplaciones; aunque quieras no has de hacer que pague todos los ultrajes que ha hecho su raza al género humano.

«Irás á Bruselas, Dumouriez (*aplausos*), y pasarás á Courtrai. Allí ha sido profanado el nombre francés; un general burló la esperanza de los pueblos: el traidor Farry incendió las casas. Hasta ahora me he dirigido á tu valor, ahora lo hago á tu corazón. Acuérdate de los desdichados habitantes de Courtrai; no burlés esta vez sus esperanzas; promételes la justicia de la nación, que la nación no te desmentirá.

«Cuando estés en Bruselas. . . nada tengo que decirte sobre la conducta que has de observar. . . Si encuentras allí una muger execrable que bajo las mu-

rallas de Lila ha ido á saciar su ferocidad con la vista de las balas rojas. . . pero esta muger no te esperará. . . si la hallases será tu prisionera: otras tenemos también, que son de su familia. . . la enviarás aquí. . . hazla rapar de modo que nunca pueda llevar peluca.

«En Bruselas renacerá la libertad bajo tus auspicios. Todo un pueblo se entregará á la alegría; devolverás los hijos á sus padres, las esposas á sus maridos, y el espectáculo de su felicidad te hará descansar de tus afanes. Niños, ciudadanos, doncellas y casadas, todos te estrecharán, todos te abrazarán como á su padre. . . ¡Qué felicidad vas á disfrutar Dumouriez! Mi muger. . . es de Bruselas y también te abrazará.»

Este discurso fué muchas veces interrumpido con vivos aplausos

Nota 50, página 203, tomo II.

Narracion de la visita que hizo Marat á Dumouriez en casa de la señorita Candelle, sacada del Diario de la República Francesa, y escrita por el mismo Marat en su número del miércoles 17 de octubre de 1792.

Declaracion del Amigo del Pueblo.

«Menos admirado que sorprendido al ver á los antiguos lacayos de la corte, colocados por los sucesos al frente de nuestros ejércitos, y conservados despues del 10 de agosto por el influjo, las intrigas y la necedad, llevando su audacia hasta degradar y tratar como criminales á dos batallones patriotas, bajo el ridículo, y acaso falso pretesto, de que algunos individuos habian degollado á cuatro desertores prusianos, me presenté en la tribuna de los jacobinos para desenredar aquella odiosa trama, y rogar á dos comisarios que me acompañasen a casa de Dumouriez para ser testigos de sus

respuestas. Fui á su casa con los ciudadanos Bentabole y Monteau, y nos respondieron que estaba en el teatro y que cenaba fuera.

«Supimos al fin que debía cenar en la calle de Chantereine, en la casita de Talma, y una hilera de coches y brillantes luces nos indicaron el templo en que el hijo de Talía obsequiaba á un hijo de Marte.

«Nos sorprendimos de hallar guardia nacional de París por dentro y fuera, y después de haber atravesado un recibimiento lleno de criados y pagedillos, llegamos á un salón en que había una numerosa reunión.

«A la puerta se hallaba Santerre, general del ejército parisiense, desempeñando las funciones de lacayo ó introductor.

«Me anunció en voz alta en cuanto me vió, indiscreción que me desagradó mucho, porque podía haber hecho desaparecer algunas máscaras, que convenia descubrir. Sin embargo vi lo suficiente para coger el hilo de las intrigas. No hablaré de las diferentes badas destinadas á amenizar la fiesta, pues probablemente la política no era el objeto de la reunión. Tampoco diré nada de los oficiales nacionales que adulaban al gran general, ni de los antiguos criados de la corte que formaban su séquito con los uniformes de ayudantes de campo. En fin nada diré del dueño de la casa que descolaba entre todos en traje de Histrion. Pero no puedo menos de declarar, tanto para la inteligencia de las operaciones de la Convención, cuanto para el conocimiento de los escamoteadores de decretos, que en la augusta compañía figuraban Hersaint, gran farfante de Lebrun, Roland, Lasource, Chenier, todos dependientes de la facción de la república federativa; Dulaure y Gorsas, sus galopines libelistas. Entre la confusión no distinguí mas que á estos conspiradores, aunque es probable que hubiese una multitud de ellos, ó que siendo aun tan temprano no hubiesen llegado todavía, porque los Ver-niaud, Buzot, Camus, Rabant, Lacroix, Guadet, Barbaroux, y otros de la mayor importancia estarían sin

duda en la reunión puesto que pertenecen al conciliábulo.

«Antes de dar cuenta de nuestra conversacion con Dumouriez me detendré un instante, para hacer con el juicioso lector algunas observaciones que no serán inútiles. ¿Puede concebirse que este generalísimo de la república, que ha apoyado la fuga del rey de Prusia á Verdun, y que ha capitulado con el enemigo cuando pudo haberle hecho rendir las armas, en vez de favorecerle su retirada, haya elegido un momento tan crítico para abandonar los ejércitos confiados á su mando, correr á las diversiones, hacerse aplaudir en ellas y entregarse á orgías en casa de un actor con las niñfasc teatrales?

«Dumouriez ha ocultado los motivos secretos que le llaman á París, con el pretexto de concertar con los ministros el plan de las operaciones de campaña. ¡Como! con un Roland, miserable intrigante que no conoce sino las bajas arterias de la mentira y de la astucia! ¡Con un Lepage, digno acólito de su protector Roland! ¡Con un Claviere, que no conoce sino las rubricas del agiotage! ¡Con un Garat, que todo lo ignora, escepto las frases elegantes, y el astuto manejo de un adúlador académico! Nada diré de Monge; goza la fama de patriota pero que es tan inteligente en las operaciones militares como sus cólegas que no entienden una palabra. Dumouriez ha venido á tratar con la clase mas ínfima de entre la canalla cabalista para establecer la república federativa; este ha sido el único objeto de su viage.

«Al entrar en el salón donde se preparaba el festín conocí que mi presencia turbaba la alegría, como era natural, considerando que yo soy el espantajo de los enemigos de la patria. Dumouriez especialmente se quedó cortado, y le rogué que pasase con nosotros á otra pieza para conversar á solas por algunos momentos. Tomé la palabra, y nuestra conversacion fué literalmente esta: «Somos individuos de la Convención nacional, y venimos á rogaros, caballero, que nos deis

«algunas instrucciones sobre el asunto de los dos batallones, el Manconseil y el Republicano, á quienes habeis acusado de que asesinaron a sangre fría á cuatro desertores prusianos. Hemos examinado los documentos de la comision militar y los del departamento de la guerra, y no hemos hallado la menor prueba de tal delito, de modo que nadie mejor que vos puede manifestarnos estos pormenores.—Señores, he enviado al ministro todos los documentos.—Os aseguro, caballero, que tenemos entre manos una memoria trabajada en su oficina y á nombre suyo, y afirma que no hay hechos para fallar sobre este supuesto delito, y que es menester dirigirse á vos para adquirirlos.—Pero, señores, ya he informado á la Convencion, y me refiero á ella.—Permitidnos, caballero, os manifestemos que los informes dados no son bastantes, porque las comisiones de la Convencion, á quien se ha enviado este asunto, han declarado en su informe que nada podian fallar por falta de datos y pruebas del delito denunciado, y así os suplicamos que nos digais si sabeis algo en el particular.—Ciertamente que sí, y por mi mismo.—¿Y no es por la declaración reservada hecha por vos sobre el testimonio de M. Duchaseau?—Pero, señores, cuando yo digo una cosa me parece que debe creérseme.—Si fuese esa nuestra opinion, no daríamos este paso. Tenemos razones poderosas para dudar, y muchos individuos de la comision militar aseguran que los supuestos prusianos son cuatro franceses emigrados.—Y bien, señores, aun cuando eso fuese.....—Caballero, es que entonces ya seria otra cosa, y sin adelantarnos á probar la conducta de los batallones, tal vez serán del todo inocentes. Lo que importa saber es las circunstancias que han provocado los asesinatos, pues algunas cartas del ejército anuncian que esos emigrados se tienen por espías del enemigo, y que se revelaron contra los guardias nacionales.—¿Eso es decir que aprobais la insubordinacion de los soldados?—No señor, no la

«apruebo; pero detesto la tiranía de los gefes y tengo fundamento para creer que esto es una maquinacion de Duchaseau contra los batallones patriotas, y el modo con que los habeis tratado es un desafuero.—Señor Marat, sois demasiado vivo y no puedo explicarme con vos.» Dumouriez entonces, viéndose estrechado se libró del compromiso dejándonos: mis dos colegas le siguieron y en la conversacion que tuvieron con él se limitó á decir que habia enviado los documentos al ministro. Durante este tiempo me rodearon todos sus ayudantes de campo y los oficiales de la guardia de Paris. Santerre trataba de apaciguarme, hablándome de la necesidad de la subordinacion en las tropas. «Sé eso tan bien como vos, le respondí; pero yo me irritó del modo con que se trata á los soldados de la patria; aun tengo sobre mi alma, los asesinatos de Nancy y del Campo de Marte.» Al oír esto los ayudantes de campo empezaron á declamar fuertemente contra los agitadores. «Dejad esas ridiculas declamaciones, les dije; no hay otros agitadores en nuestros ejércitos mas que los infames oficiales, sus espias y sus pécidos cortesanos, á quienes hemos tenido la debilidad de dejar á la cabeza de nuestros ejércitos.» En seguida me puse á hablar con Moreton Chabrilan y con Bourdoin, de los cuales el primero es un antiguo criado de la corte y el otro un espion de Lafayette.

Estaba irritado por lo que habia oído y por lo atrozo que se me representaba la diosa conducta de nuestros generales. No pudiendo aguantar mas, iba á salir, cuando vi con asombro en la pieza inmediata, cuyas puertas estaban abiertas, algunos pajes de Dumouriez con el sable desenvainado al hombro; ignoro qué objeto tendria esta ridicula farsa; que si fué el de intimidarme, debe convenirse en que los criados de Dumouriez tienen sublimes ideas de libertad. Tened paciencia, señores, que ya os enseñaremos á conocerla, y entretanto creed que vuestro amo teme mucho mas el pico de mi pluma que yo los sables de sus paniaguados.

Nota 51, página 215, tomo II.

«Entre los hombres serenos é imparciales de la revolución debe citarse á Petion. Nadie ha juzgado con mas sensatez á los dos partidos que dividían á la Convención, y era su integridad tal, que ambos consentían en someterse á su dictámen.

«Las acusaciones que tuvieron lugar desde que se abrió la Asamblea suscitaron reñidas disputas en los jacobinos, y Fabre d'Eglantine propuso que fuese Petion el árbitro, expresándose en estos términos en la sesión del 26 de octubre de 1792.

«Otro medio hay que me parece muy útil y podría producir mayor efecto, porque sucede siempre que cuando se quiere armar una gran intriga, necesita esforzarse para adquirir un gran crédito personal.

«Si existiese un hombre que lo hubiese visto y meditado todo en ambos partidos, no podríais dudar de que fuese el mas á propósito para dar á conocer la verdad; pues bien; propongo que inviteis á este hombre, individuo de vuestra sociedad, para que falle sobre los crímenes que se imputan á los patriotas, y este hombre es Petion. Por mas condescendencia que se le suponga con sus amigos, me atrevo á aseguraros que jamás los intrigantes han podido corromperle, sino que siempre se ha mantenido puro y sincero y no tengo inconveniente en decir aquí que yo voy á hablarle muy á menudo en la Convención y en los momentos mismos de la explosión, en los cuales, aunque disimula su pesar, conozco bien lo mucho que sufre; y esta misma mañana estaba empeñado en subir á la tribuna. El no rehusará ciertamente escribir lo que piensa, y veremos si á pesar de que publico este medio, pueden los intrigantes frustrarlo. Observad, ciudadanos, que solo este paso probará vuestro amor á la verdad; será un homenaje que rindais á la virtud de un buen patriota, con tanto mas motivo, cuanto que los embusteros se

han cubierto con la capa de su virtud para darse alguna importancia. Pido que se vote la proposición.» (*Aplausos.*)

«*Legendre*: Todo estaba, como es claro, en el disparador: la distribución del discurso de Brissot, el informe del ministro del interior, el discurso de Louvet en el bolsillo, y todo esto prueba que estaba preparado el golpe. El discurso de Brissot sobre la cancelación, contiene todo lo que ha dicho Louvet: el informe de Roland se dirigía á presentar á Louvet ocasion de hablar. Apruebo la proposición de Fabre. La Convención va á decidir; Robespierre tiene la palabra para el lunes. Pido que la sociedad suspenda su resolución, pues es imposible que en un país libre sucumba la virtud al crimen.»

«Después de esta cita parece oportuno añadir lo que escribió Petion respecto á la disputa entre Louvet y Robespierre; porque no menos que los trozos ya citados de Garat, suministran las noticias mas curiosas sobre la conducta y carácter de los hombres de aquel tiempo, y son los que debe conservar la historia como los mas útiles para formar ideas claras acerca de aquella época.

«Ciudadanos, me habia propuesto guardar silencio sobre los acontecimientos que han ocurrido después del 10 de agosto; pero es imposible callar por mas tiempo; pues por una y otra parte invocan mi testimonio, obligándome á emitir mi opinión, y manifestaré con franqueza lo que sé de ciertos hombres, y lo que pienso de las cosas.

«He visto de cerca las escenas de la revolución, las cabalas, las intrigas, la furiosa lucha entre la tiranía y la libertad, entre el vicio y la virtud.

«Cuando se vé bien al descubierto el manejo de las pasiones y los secretos resortes que han dirigido las operaciones mas importantes, cuando se comparan los sucesos con sus causas, y se ven en claro los peligros que ha corrido la libertad; últimamente, cuando se penetra en el abismo de corrupción que amenazaba tra-

garnos á cada instante, no puede uno menos de preguntar con admiracion cuál es la série de prodigios que nos ha conducido al punto donde nos vemos hoy.

«Las revoluciones deben ser vistas desde lejos, y les es muy necesario este prestigio, como que los siglos borrarán las manchas que las oscurecen y la posteridad no vé mas que los resultados. Nuestros nietos nos tendrán por grandes; procuremos hacer que ellos sean mejores.

«Prescindo de los hechos anteriores á aquel día para siempre memorable, que ha sacado á la libertad de entre las ruinas de la tiranía, y trocado la monarquía en republica.

«Los que se han atribuido esa gloria son los que la merecen menos, pues se debe á los que la prepararon, á la impertinosa naturaleza de las cosas; á los valientes confederados y á su directorio secreto, al pueblo, y finalmente al génio tutelar que preside constantemente á los destinos de la Francia desde la primera asamblea de sus representantes.

«No puede dudarse de que hubo momentos en que estuvo indeciso el éxito, y los que están bien enterados de los pormenores de aquella jornada, saben quienes fueron los intrépidos defensores de la patria, que impidieron á los suizos y á todos los satélites del despotismo quedar dueños del campo de batalla, y quienes los que reunieron nuestras falanges ciudadanas que se habian desbandado un instante.

«Los sucesos se hubieran verificado igualmente sin el auxilio de los comisionados de algunas secciones reunidos en las casas consistoriales. Los individuos del antiguo ayuntamiento que no se movieron en toda la noche, se hallaban aun en sesion á las nueve y media de la mañana.

«Estos comisarios concibieron, sin embargo, un gran pensamiento y tomaron una resolusion atrevida, apoderándose de los cargos municipales, reemplazando á un consejo general, cuya debilidad y corrupcion te-

mian, esponiendo denodadamente su vida, si no hubiesen triunfado; pero si hubieran tenido la prudencia de deponer á tiempo su autoridad y volver á la clase de meros ciudadanos despues de la gloriosa accion que habian hecho, se hubieran llenado de gloria; pero no supieron resistir al atractivo del poder, y se apoderó de ellos el deseo de dominar.

«En los primeros momentos de enagenamiento por la conquista de la libertad, y despues de tan violenta conmocion, era imposible que recobrarse todo al instante la calma y el orden acostumbrado, y aun hubiera sido injusto exigirlo: entonces se hicieron muchos cargos al consejo municipal, que no eran fundados, porque no se conocian su posicion ni circunstancias; pero los comisarios empezaron á merecerlos así que ellos mismos prolongaron mas allá de su término el movimiento revolucionario.

«La Asamblea nacional se revistió de un gran carácter, espidiendo decretos que salvaban al imperio, suspendiendo al rey, borrando la linea de separacion que dividia en dos clases á los ciudadanos, y llamando á la Convencion. El partido realista se hallaba derrocado; era menester unirse á ella, robustecerla con la opinion y apoyarla con la confianza; así lo exigian el deber y la buena política.

«El consejo creyó mas grande rivalizar con la Asamblea, y se empeñó en una lucha, propósito solamente para desacreditar todo lo que habia ocurrido, y para hacer creer que la Asamblea se hallaba bajo el irresistible yugo de las circunstancias; unas veces obedecia y otras no á los decretos, según eran favorables ó contrarios á sus miras, usando de un lenguaje imperioso y amenazador en sus representaciones á los cuerpos legislativos, de suerte que afectando mucho poder, ni sabia gozar de sus triunfos ni hacérselos perdonar.

«Se habia logrado persuadir á los unos que mientras durase el estado revolucionario, el poder habia

ascendido á su origen; que la Asamblea nacional se hallaba sin carácter, que su existencia era precaria, y que las asambleas de los comunes eran las únicas autoridades legales y poderosas. Se había insinuado á otros que los corifeos de la opinion en la Asamblea nacional tenian proyectos pífidos, y querian derribar la libertad y vender la republica á los extranjeros; de suerte que una porción de individuos del consejo creian obrar legitimamente usurpando la autoridad, resistir á la opresion oponiéndose á la ley, y ejercer un acto de civismo, faltando á sus deberes de ciudadano; sin embargo, en medio de semejante anarquía el consejo adoptaba de cuando en cuando providencias saludables.

«Yo seguia en mi cargo, pero era solo un título vano: procuraba inútilmente ejercerlo, mas andaba repartido entre todos, y todos lo desempeñaban...

«Asistí los primeros dias al consejo, y me espanté del desórden que allí reinaba y sobre todo del espíritu que dominaba en él: no era ya un cuerpo administrativo deliberante sobre asuntos municipales, sino una asamblea política que se creia investida de plenos poderes, discutiendo los mas grandes intereses del estado, examinando las leyes ya hechas y promulgando otras nuevas; no se hablaba allí mas que de conspiraciones contra la libertad pública; se denunciaba á los ciudadanos; se les llamaba á la barra; se les oía públicamente, y se les juzgaba y absolvía ó encerraba; habían desaparecido las reglas comunes y ordinarias y era tal la efervescencia de los ánimos, que era imposible contener aquel torrente; todas las deliberaciones cedían al ímpetu y al entusiasmo, y se iban sucediendo con una rapidez espantosa, en términos que dia y noche estaba reunido el consejo.

«Yo no quise autorizar con mi nombre una multitud de actos preliminares tan opuestos á los principios.

«Igualmente conocí lo útil y prudente que sería no aprobarlos, ni autorizar con mi presencia lo que estaba pasando. Los individuos del consejo que recelaban

verme en él y á quienes incomodaba mi aspecto, deseaban que el pueblo que me miraba con confianza, estuviese persuadido de que yo presidia sus operaciones y que nada se hacia sin mi acuerdo; pero mi reserva en este punto aumentó su enemistad, aunque no se atrevieron á manifestarla abiertamente por miedo de desagradar al pueblo á cuyo favor aspiraban.

«Di en asistir allí muy rara vez, y la conducta que observé en aquella delicada situacion entre la antigua municipalidad que reclamaba contra su destitucion, y la nueva que pretendia estar legalmente constituida, no fué del todo imitil á la tranquilidad pública, porque si entonces me hubiera decidido yo fuertemente en pró ó en contra, habria ocasionado una discordia que podia tener consecuencias funestas; para todo se necesita cierto punto de madurez que es preciso saber aprovechar.

«Quedó descuidada la administracion y ya el corregidor no era un centro de unidad, sino que se rompieron en mis manos todos los vínculos; se dispersó la autoridad, perdió su fuerza la accion de la vigilancia y consiguientemente la de represion.

«Robespierre tomó ascendiente sobre el consejo, y no podia suceder de otro modo en las circunstancias en que estábamos, y segun el temple de su génio. Le oí pronunciar un discurso que me contristó sobre manera. Tratabase del decreto sobre la apertura de las barreras, y se entregó con este motivo á declamaciones acaloradas y á los delirios de una imaginacion sombría; descubrió precipicios á sus pies y tramas liberticidas; citó á los supuestos conspiradores; se dirigió al pueblo, encendió los ánimos y produjo en sus oyentes la mayor fermentacion.

«Respondí á su discurso para restablecer la calma, disipar tan siniestras ilusiones, y llevar la discusion al punto de que debió tratar la Asamblea.

Así fué como Robespierre y sus partidarios empeñaban el ayuntamiento en pasos inconsiderados y en partidos extremos.

«No por eso sospechaba yo de las intenciones de Robespierre, culpando á su cabeza mas que á su corazon; mas no dejaban de inquietarme mucho las consecuencias de sus negras visiones.

«Diariamente resonaban en las tribunas del consejo violentas diatribas, y los individuos no podian figurarse que fuesen magistrados encargados de vigilar por la ejecucion de las leyes y la conservacion del orden; se creian siempre una asociacion revolucionaria.

«Recibian esta influencia las secciones reunidas, la comunicaban á su vez, y todo Paris se vió en fermentacion al mismo tiempo.

«La comision de celadores del ayuntamiento ocupaba las cárceles, y no puede negarse que si varias de aquellas prisiones fueron justas y necesarias, otras eran legalmente aventuradas; pero no debe culparse tanto á los gefes como á sus agentes; la policia estaba mal servida, pues un hombre entre otros, cuyo nombre solo se ha convertido en injuria, é infunde el espanto en el ánimo de todos los ciudadanos pacíficos, parecia haberse apoderado de su direccion y pasos; asistiendo á todas las conferencias se mezclaba en todo, hablaba y mandaba como un despota. Me quejé altamente al consejo y terminé mi opinion con estas palabras: *Marat es el mas insensato, ó el mas malvado de los hombres*. Despues no he hablado mas de él.

«La justicia no se mostraba deseosa de decidir sobre la suerte de los presos que se amontonaban cada vez mas en las prisiones. Se presentó en el consejo del ayuntamiento una seccion en diputacion el dia 25 de agosto, y declaró formalmente que cansados é indignados los ciudadanos de la lentitud con que se procedia en los juicios, forzarían las puertas de las cárceles y sacrificarían á su venganza á los criminales que en ellas se encerraban.....y lejos de censurarse esta peticion, concebida en los terminos mas frenéticos, se recibió con aplausos.

«El dia 25 salieron de Paris unos mil doscientos

ciudadanos armados para sacar de Orleans á los presos de estado y trasladarlos á otra parte.

«Aumentaron la agitacion de los ánimos algunas noticias desagradables; se anunció la traicion de Longwy, y pocos dias despues el sitio de Verdun.

«El dia 27 invitó la Asamblea nacional al departamento de Paris y á los de los alrededores á aprontar treinta mil hombres armados que acudiesen á las fronteras; cuyo decreto dió nuevo impulso á la inquietud en que se vivia.

«El dia 31 sublevó al pueblo la absolucion de Montmorin, y se esparció el rumor de que se habia salvado por la perfidia de un comisario del rey que engañó á los jurados.

«Al mismo tiempo se publicó el descubrimiento de una conspiracion, que habia hecho un sentenciado, la cual se dirigia á libertar á todos los presos que debian en seguida recorrer la ciudad, cometer toda clase de excesos y apoderarse del rey.

«La efervescencia llegó á su colmo, y para escitar el entusiasmo de los ciudadanos y agolparlos en los alistamientos cívicos, resolvió el ayuntamiento reunirlos con aparato en el campo de Marte al estrépito del cañon.

«Llega el 2 de setiembre, dispárase el cañon de alarma y se oye tocar á rebato... ¡Oh dia de luto! aquel sonido lúgubre y alarmante reúne al pueblo que se precipita en las prisiones degollando y asesinando. Manuel y varios diputados de la Asamblea nacional acuden á aquellos sitios de sangre; pero son inútiles sus esfuerzos, pues sacrifican á las victimas hasta en sus brazos. Yo me hallaba en una falsa creencia: ignoraba aquellas crueldades, pues hacia algun tiempo que no me hablaban de nada. Las supe, en fin, ¿pero cómo? de un modo vago, indirecto y desfigurado, añadiéndome al mismo tiempo que todo se habia concluido. En seguida llegué á saber los pormenores mas horribrosos; pero me hallaba intimamente persuadido de que no se veria mas el dia que habia alumbrado tan horribles escenas;

sin embargo continúan: escribo al comandante general, le mando que lleve fuerza á las prisiones, no me responde al pronto, y le escribo de nuevo. Al fin me dice que ha dado órdenes, pero nada anuncia que se hayan obedecido. Continúan todavía los horrores: paso al consejo del ayuntamiento, y desde allí á la fuerza con algunos de mis compañeros. Obstruían la calle que conduce á aquella prision algunos ciudadanos pacíficos, y una pequeña guardia custodiaba la puerta. ¡Entro en ella y jamás se borrará de mi corazón aquel espectáculo! veo dos empleados municipales con sus bandas, y tres hombres sentados muy tranquilos delante de una mesa con los registros del encarcelaje abiertos ante su vista y llamando á los presos; otros preguntándoles, y otros ejerciendo las funciones de jurados y jueces; una docena de verdugos, con los brazos desnudos y cubiertos de sangre, unos con mazas, y otros con sables y cuchillas ensangrentadas, ejecutando las sentencias; varios ciudadanos esperaban fuera con impaciencia estas sentencias, guardando el mas triste silencio cuando oían la de muerte, y dando gritos de alegría al oír la de absolución.

«Y los que sentenciaban y los que ejecutaban manifestaban la misma seguridad que si la ley les hubiese dado aquel cargo, y me ponderaban su justicia, su cuidado en distinguir los inocentes de los culpables, y los servicios que habian hecho, pidiéndome, ¡se podrá creer! pidiéndome que les pagase el tiempo que habian invertido!.... Al oírles quedé aterrado.

«Les hablé con el lenguaje austero de la ley, con el sentimiento de la profunda indignación que sentía, y les hice salir á todos delante de mí. Apenas me separé de allí, cuando volvieron á entrar; acudí otra vez al mismo punto para echarlos, pero por la noche acabaron su horrible carnicería.

«¿Fueron mandados estos asesinatos, ó dirigidos por algunos? He tenido listas en la mano, he tomado informes, he recogido algunos datos, y si tuviese que fa-

llar como juez, no podría decir: eso es el culpable. «Me parece que estos crímenes no hubieran llegado á tanto y se hubieran contenido, si todos los que tenían á su disposición el poder y la fuerza, los hubiesen mirado con horror; pero debo decir, porque es verdad, que muchos de aquellos hombres públicos y defensores de la patria creían ser necesarios tan crueles y deshonorosos atentados; que con ellos se libraba el imperio de hombres peligrosos, y se intimidarían los conspiradores; finalmente que estos crímenes odiosos en moral, eran útiles en política.

«Si, esto fué lo que contribuyó á entibiar el celo de aquellos á quienes la ley tenía encomendado el mantenimiento del orden y entregada la defensa de las personas y propiedades.

«De este modo se comprende como pudieron enlazarse las jornadas del 2, 3, 4 y 8 de setiembre con la inmortal del 10 de agosto, y formar de ellas una continuación del movimiento revolucionario que se imprimió en aquel día, el primero en los anales de la república; pero yo no puedo resolverme á confundir la gloria con la infamia, ni á manchar el 10 de agosto con los horrores del 2 de setiembre.

«La comisión de celadores fulminó un auto de prisión contra el ministro Roland, el día 4, en que aun duraban los asesinatos. Danton lo supo y acudió al correjimiento: hallábase con Robespierre y se pronunció irritado contra aquel acto injusto de demencia, tanto que hubiera condenado no á Roland, sino á los que lo habian decretado. Danton hizo que se revocase, y quedó sepultado en el olvido.

«Tuve una esplicación con Robespierre bastante acalorada; siempre le he hecho reconvencciones que la amistad dulcificaba cuando estaba ausente, y le dije: Robespierre, haceis muy mal. Vuestras delaciones, alarmas, odios y sospechas conmueven al pueblo; pero últimamente, esplicaos; ¿teneis hechos, ¿teneis pruebas? yo combato con vos; amo solo la verdad, y no quiero mas que la libertad.

—«Haceis caso, me respondió de prevenciones, y os indisponen contra mí; veis todos los días á mis enemigos; veis á Brissot y su partido.

—«Os engañais, Robespierre; nadie hace menos caso que yo de prevenciones, ni nadie examina con mas sangre fria los hombres y las cosas.

«Es verdad que trato con Brissot, aunque le veo pocas veces, pero vd. no le conoce y yo sí desde que éramos niños, y le he visto en momentos en que el alma se muestra sin disfraza y se abandona sin reserva á la amistad y confianza. Me consta su desinterés y conozco sus principios, que le aseguro á vd. ser purísimos. Los que le suponen gefe de un partido no tienen la mas ligera idea de su carácter, porque aunque es hombre de luces y conocimientos, carece de aquella reserva, disimulo y maneras persuasivas que constituyen á un corifeo de partido, pudiendo asegurar á vd., por mas que le sorprenda, que lejos de dominar él á los otros, es facilísimo á dejarse engañar.

«Robespierre insistió en generalidades. Por Dios, le dije, espliquémonos: decidme francamente lo que pensais y lo que sabeis.

—«Pues bien, me respondió, creo que Brissot está vendido á Brunswick.

—«Etais en un error, repliqué, ó mas bien en una locura; hé aqui como os estravia vuestra imaginacion; ¿no seria Brunswick el primero que le cortaria la cabeza? Brissot no es tan necio que lo dude. ¿Quién de nosotros puede formalmente capitular? ¿quién de nosotros no arriesga su vida? dejémonos de injustas desconfianzas.

«Mas volviendo á los sucesos, de que solo os he dado una ligerísima idea, les diré que estos y algunos otros que precedieron al 10 de agosto, y la coincidencia de los hechos con una multitud de circunstancias, han inclinado á creer que algunos intrigantes habian querido apoderarse del pueblo, para usurpar la autoridad por su medio, entre los cuales designaban abier-

tamente á Robespierre, se han ido examinando sus relaciones, analizado su conducta y apuntado las palabras que se dice haberse escapado á uno de sus amigos, intruyendo de todo ello que Robespierre tenia la ambicion insensata de hacerse dictador de su pais.

El carácter de Robespierre esploma lo que ha hecho. Robespierre es sumamente celoso y desconfiado; por todas partes cree hallar maquinaciones, traiciones y precipicios; su temperamento bilioso y su imaginacion traviliaria, le representan todos los objetos con sombríos colores; imperioso en su dictámen, no escuchando mas voz que la suya, sin querer sufrir oposicion, ni perdonar jamás al que ha podido ofender su amor propio, no conociendo nunca sus errores, denunciando sin reflexion, irritándose á la mas leve sospecha, creyendo siempre que se hablaba de él para perseguirle, ponderando sus servicios, hablando de sí con poca reserva, desconociendo sus intereses, perjudicando de este modo su causa, anhelandomas que todo el favor del pueblo á quien rinde sin cesar homenaje, y cuyos aplausos busca afectadamente: esta última debilidad es sobre todo la que dominando su vida publica, ha podido hacer creer que Robespierre aspiraba á encumbrarse y que queria usurpar el poder de dictador.

Por lo que hace á mí, no puedo persuadirme á que semejante quimera le haya pasado nunca por el pensamiento, ni que este sea el objeto de sus deseos y ambicion.

Pero hay otro hombre que se ha empapado de esta idea fantástica y no cesa de clamar por la dictadura como un beneficio para la Francia, y como el unico gobierno que puede salvarnos de la anarquia que él predica, y conducirnos á la libertad y á la felicidad. El solicitaba este poder tiránico, ¿pero para quién? es imposible que lo creais, ni formeis idea de adonde llega su vanidad. ¡Le pedia para sí mismo, para Marat! Si su locura no fuera tan feroz, ciertamente no habria cosa mas ridicula que un ente semejante, en que la

naturaleza parece que ha marcado el sello de su reprobacion.

Nota 25, página 515, tomo II.

Entre las opiniones mas curiosas sobre Marat y Robespierre, no debe pasarse en silencio la que emitió la sociedad de los jacobinos en la sesion del domingo 23 de diciembre de 1792. Extractaremos lo que tiene relacion con este asunto.

«Leyó Dessieux la correspondencia y en ella una carta de una sociedad, cuyo nombre hemos olvidado, la cual dió motivo á una gran discusion, fecunda en reflexiones importantes. Anunciaba aquella sociedad á la sociedad madre, que era invariablemente adicta á los principios de los jacobinos, y que no se habia dejado alucinar por las calumnias esparcidas contra Marat y Robespierre, mas antes conservaba toda su estimacion y respeto á aquellos dos incorruptibles amigos del pueblo.

«Se aplaudió mucho la tal carta, pero se siguió á ella una discusion que Brissot y Gorsas habian anunciado la vispera, como si fuesen profetas.

Robert: «Es admirable que se confunda siempre los nombres de Marat y Robespierre. ¡Cuán corrompido debe estar el espíritu publico en los departamentos cuando no se hace diferencia alguna entre estos dos defensores del pueblo! ambos tienen virtudes, es verdad; Marat es patriota, y tiene prendas recomendables, convengo, ¡pero qué diferencia hay de él á Robespierre! Este es prudente, moderado en sus medidas al mismo tiempo que Marat es exagerado, y no tiene aquella cordura que caracteriza á Robespierre. No basta ser patriota; es preciso, para servir útilmente al pueblo, emplear con reserva los medios de ejecucion en los que escude con mucho Robespierre á Marat.

«Ya es tiempo, ciudadanos, de rasgar el velo que oculta la verdad á los departamentos; ya es tiempo

de que sepan que sabemos distinguir á Robespierre de Marat. Escribamos á las sociedades afiliadas lo que pensamos de estos dos ciudadanos; porque os confieso que soy un gran partidario de Marat.» (*Murmillos en las tribunas y en parte del salon.*)

Bourdon: «Tiempo hace que hubiéramos debido manifestar á las sociedades afiliadas lo que pensamos de Marat. ¿Cómo han podido confundirle nunca con Robespierre? Robespierre es un hombre verdaderamente virtuoso á quien ningun cargo podemos hacer desde la revolucion; Robespierre es moderado en sus disposiciones, al paso que Marat es un escritor furibundo que perjudica en mucho á los jacobinos (*murmillos*), y por otra parte es bueno observar que Marat nos hace mucho daño en la Convencion nacional.

«Los diputados creen que somos partidarios de Marat, y así nos llaman maratistas; mas si se vé que no sabemos apreciar á Marat, entonces se sentarán en la Montaña que ocupamos los diputados, y vendrán al seno de esta sociedad, y las afiliadas conocerán su error, y se colocarán de nuevo en la cuna de la libertad. Si Marat es patriota, debe acceder á la proposicion que voy á hacer. Marat debe sacrificarse á la causa de la libertad. Pido que sea borrado del catálogo de los individuos de la sociedad.

«Esta mocion excitó algunos aplausos y violentos murmullos en una parte del salon y una extraordinaria agitacion en las tribunas.

«Ya se acordarán vds. que ocho dias antes de esta escena tan nueva, habia sido aplaudido Marat en la sociedad; y como el pueblo de las tribunas tiene muy buena memoria se acordaba de aquellos aplausos y no podia persuadirse de que tan pronto se hubieran cambiado tanto los ánimos; por eso se indignó visiblemente de la proposicion de Bourdon; pues el pueblo siempre ha defendido á su virtuoso amigo, y no cree que en ocho dias haya podido desmerecer de la sociedad, pues por mas que se diga que la ingratitud es una virtud propia de

las repúblicas, será muy difícil familiarizar al pueblo francés, con esta clase de virtudes.

«De ningún modo ha ofendido al pueblo la reunion de los dos nombres de Marat y Robespierre, porque habia largo tiempo que estaban acostumbrados á verlos juntos en la correspondencia, y despues de haber visto muchas veces con indignación ese empeño de los clubs de otros departamentos, de pedir que se borre á Marat, no ha querido hoy apoyar la mocion de Bourdon.

«Un ciudadano de una sociedad afiliada llamó la atencion de la sociedad, sobre el peligro de poner juntos los nombres de Marat y Robespierre y dijo: «En los departamentos se hace mucha diferencia entre uno otro, y les sorprende mucho ver que la sociedad no diga una palabra de las diferencias que existen entre estos dos patriotas. Por tanto propongo á la sociedad que despues de haber decidido de la suerte de Marat, no se vuelva á hablar de afiliacion, cuya palabra no debe pronunciarse en una república, sino que se emplee el término de *fraternizacion*.

Dufouray: «Me opongo á la proposicion de borrar á Marat de la sociedad (*repetidos aplausos*). No negaré la diferencia que existe entre Marat y Robespierre. Estos dos escritores que pueden asemejarse en patriotismo, se distinguen notablemente, y aunque ambos han servido á la causa del pueblo ha sido por muy diferentes medios. Robespierre ha defendido los verdaderos principios con método y firmeza, y con toda la cordura que conviene; Marat, por el contrario; ha traspasado muchas veces los límites de la sana razon y la prudencia: sin embargo, á pesar de esta diferencia no soy de opinion que se borre á Marat, pues podemos ser justos sin mostrarnos ingratos con él; Marat nos ha sido útil, y ha servido con denuedo á la Revolucion. (*Ruidosos aplausos en la sociedad y en las tribunas.*) Seria una ingratitud desearle: (*si, si! gritan por todas partes*). Marat es un hombre necesario, porque en las revoluciones convienen esas imaginacio-

nes vigorosas, capaces de reunir las clases, y Marat es uno de aquellos hombres raros necesarios para derribar el despotismo (*aplausos*). Concluyo con pedir que se desestime la proposicion de Bourdon, contentándose con escribir á las sociedades afiliadas para advertirles la diferencia que establecemos entre Marat y Robespierre.» (*Aplausos*).

«Acordó la sociedad que no volviera á usar de la palabra afiliacion, mirándola como injuriosa á la igualdad republicana, y se substituyó la de fraternizacion. Despues acordó que no se borrara el nombre de Marat de la lista de sus individuos, pero que se dirigiese una circular á todas las sociedades que tenían derecho de fraternizacion en que se analizasen las relaciones, semejanzas, diferencias, acuerdos y desacuerdos que pueden encontrarse entre Marat y Robespierre, á fin de que todos los que fraternicen con los jacobinos puedan juzgar con conocimiento de causa, acerca de los dos defensores del pueblo, y aprendan de una vez á separar dos nombres que sin razon se empeñan en poner siempre juntos.

Nota 85, página 403, tomo II.

El siguiente extracto de las memorias de Garat, no menos curioso que el anterior, es la pintura mas exacta que se ha hecho de Robespierre, y de las sospechas que le devoraban. Es una conversacion.

«Apenas comprendió Robespierre que iba á hablarle de las contiendas de la Convencion, me dijo:—Todos esos diputados de la Gironda, ese Brissot, ese Louvet y ese Barbaroux, son contra-revolucionarios y conspiradores.—No pude menos de soltar la risa, y esto le enfadó.—Siempre habeis sido así. En la Asamblea constituyente os inclinabais á creer que los aristócratas amaban la revolucion.—No he sido yo siempre así, porque he podis creer cuando mas que algunos nobles no eran aristócratas, me lo he persuadido de muchos y

vos mismo lo habeis creído de algunos. «Pude persuadirme á que habríamos hecho algunas conversiones entre los mismos aristócratas si de los dos medios que teníamos á nuestra disposicion, la razon y la fuerza, hubiésemos empleado con mas frecuencia el primero que el segundo, por que aquel era solo nuestro y este otro puede pertenecer tambien á los tiranos. Creedme, olvidemos esos peligros que ya hemos vencido y que no tienen conexion con los que nos amenazan hoy. La guerra se hacia entonces entre amigos y enemigos de la libertad; hoy solo se hace entre amigos y enemigos de la república.

Si se presentase ocasion diria á Louvet que no hace bien en creeros realista, pero á vos me parece debo decir que Louvet es tan realista como vos mismo. Os pareccis en vuestras disputas á los molinistas y jansenistas, cuyas porfias se reducian al modo con que obra en nuestras almas la gracia divina, y que se acusaban recíprocamente de no creer en Dios. — ¡Si no son realistas por qué han trabajado tanto para salvar la vida de un rey! Apuesto á que vos estareis tambien por la gracia y la clemencia... ¿qué importa la averiguacion del principio que hacia justa y necesaria la muerte del tirano? Vuestro Brissot y apelantes al pueblo no la querian. ¿Descaban, pues, dejar á la tiranía todos los medios para rechazarla?— No sé, si la intencion de los apelantes al pueblo era librar de la pena de muerte á Capeto, siempre me ha parecido imprudente y peligrosa la apelacion al pueblo; pero concibo cómo los que han votado han podido creer que la vida de Capeto prisionero podria ser mas útil que su muerte; concibo cómo han podido pensar que la apelacion al pueblo era gran medio para honrar á una nacion republicana á la vista del mundo entero, proporcionándole la ocasion de ejercer por sí un gran acto de generosidad por su soberanía.—Eso es atribuir buenas intenciones á lo que no aprobaís, y á unos hombres que conspiran por todas partes.—Y ¿dónde conspiran?—

En donde quiera. En Paris, en toda la Francia y en toda la Europa. En Paris conspira Gensonné en el arrabal de San Antonio, yendo de tienda en tienda á persuadir á los mercaderes, que nosotros los patriotas vamos á saquear sus casas: la Gironda ha formado mucho tiempo ha el proyecto de separarse de la Francia, y reunirse á la Inglaterra, y los principales de su diputacion son los autores de este plan que quieren realizar á toda costa. Gensonné no lo oculta, antes bien dice que no son ellos aquí representantes de la nacion, sino plenipotenciarios de la Gironda. Brissot conspira en su periódico, que es una alarma de guerra civil; se sabe ha ido á Inglaterra, y tambien á lo que ha ido; y no ignoramos sus intimas relaciones con el ministro de negocios estrangeros. Lebrun, que es lechano y hechura de la casa de Austria; el mejor amigo de Brissot es Claviere, y Claviere ha sido conspirador en todas partes: Rabaut, traidor como protestante y como filósofo, no ha sido bastante sagaz para ocultarnos su correspondencia con el cortesano y traidor Montesquieu; seis meses hace que trabajan juntos para abrir la Saboya y la Francia á los piemonteses; Servan fué nombrado general del ejército de los Pirineos para entregar las llaves de la Francia á los españoles; y finalmente hay teneis á ese Dumouriez, que ya no amenaza á la Holanda, sino á Paris; y cuando ese charlatan de heroismo ha venido aquí, donde yo queria ponerle preso, no ha comido diariamente con la Montaña, sino con los ministros y los girondinos.—Y tres ó cuatro veces, en mi casa por ejemplo.

«Estoy ya harto de la revolucion y hasta enfermo: jamás se vió la patria en mayor peligro, y dudo que se libre de él; ahora bien: ¿teneis todavía gana de reir, y creéis que todos esos son hombres de bien y buenos republicanos?—No, no tengo gana de reir, pero apenas puedo contener las lágrimas que deben verterse por la patria al ver á sus legisladores entregados á tan terribles sospechas por tan débiles motivos. Estoy se-

guro que nada de lo que sospechais es verdadero, y mas seguro aun de que vuestras sospechas son un riesgo muy positivo y muy grande. Casi todos esos hombres son vuestros enemigos, pero ninguno, excepto Dumouriez, es enemigo de la república: y si pudiérais vencer todos vuestros rencores, la república ningún riesgo correría.—¿Vais á proponerme que reproduzca la proposicion del obispo Lamourette?—No me han aprovechado bastante las lecciones que me habeis dado; y las tres Asambleas nacionales han llegado á convencerme de que los mejores patriotas tienen mucho mas odio á sus enemigos que amor á su patria. Tengo que haceros no obstante una pregunta, y os ruego que recapaciteis antes de responderme: ¿no teneis duda alguna respecto á lo que acabais de decirme?—Ninguna.—Le dejé y me retiré lleno de asombro y atemorizado por lo que acababa de oír.

«Algunos dias despues, saliendo del consejo ejecutivo, encontré á Salles que salia de la Convencion nacional, y eran ya las circunstancias tan serias que cuantas personas se encontraban, con tal que se estimasen unas á otras, no podian menos de hablar de las cosas públicas, y así le dije á Salles acercandome á él. ¿Y no habria medio de terminar esas horribles disputas? ¡Oh! sí, me respondió, lo espero; y tambien que muy pronto arrancaré todas las máscaras que aun encubren á esos perversos y á sus horribles conspiraciones. Pero ya sé que vd. tiene siempre una ciega confianza y que su manía es no creer nada.—Se engaña vd.; yo creo como los demas, pero por presunciones y no por sospechas; por hechos demostrados y no por rumores imaginados. ¿Por qué me supone vd. tan crédulo? ¿Es acaso porque en 1789 no quise creer á vd. cuando me aseguraba que Necker estaba robando á la tesorería, y que se habian visto pasar acémilas cargadas de oro y plata que llevaban millones á Ginebra? Confieso que esa incredulidad ha llegado á ser incorregible en mí, porque hoy es dia en que creo que Necker ha dejado aqui mas millones

suyos que los que se ha llevado nuestros á Ginebra.—Necker era un tunante, aunque no tanto como los iníquos que nos rodean, y de estos es de quienes quisiera yo hablar á vd., si es que quiere oírme. Voy á decirselo á vd. todo, porque lo sé y tengo adivinadas todas sus tramas. Las intrigas y crímenes de la Montaña principiaron con la revolucion, y el jefe de esa banda de pícaros no es otro que el duque de Orleans; el inventor del plan de todas las iniquidades que están cometiendo hace cinco años es el autor de esa infernal novela titulada *las relaciones peligrosas*. Tambien era cómplice suyo el traidor Lafayette, quien aparentando cortar la intriga desde su origen, envió á Orleans á Inglaterra para arreglarlo todo con Pitt, con el príncipe de Galles y con el gabinete británico. En ella estaba tambien metido Mirabeau, que recibia dinero del rey para ocultar sus relaciones con Orleans, y á este le sacaba mucho mas para servirle. Lo que intentaba principalmente el partido de Orleans, era que los jacobinos entrasen en sus designios, y no atreviéndose, á proponerlos directamente, se valieron de los franciscanos. Estos se vendieron enteramente á él y note vd. que los franciscanos siempre han sido menos numerosos que los jacobinos y metido siempre menos ruido, porque aunque quisieran que todo el mundo fuese instrumento suyo, no quieren que estén sin embargo en el secreto. Siempre los franciscanos han sido el semillero de los conspiradores, y allí es donde Danton, el mas peligroso, les forma é instruye en la audacia y la mentira, mientras que Marat les acostumbra al degüello y al asesinato; allí es donde se ejercitan en el papel que han de representar luego en los jacobinos; de suerte que estos últimos pensando que dirigen á la Francia, son ellos mismos dirigidos sin notarlo, por los franciscanos. Estos que al parecer están escondidos en un rincón de París, negocian con la Europa y tienen enviados en todas las cortes que han jurado la ruina de nuestra libertad; el hecho es seguro y tengo la prueba de él. Ultimamen-

te los franciscanos han sumido un trono en arroyos de sangre para levantar otro, y no ignoran que el lado derecho, donde existen todas las virtudes, es tambien el sitio donde están los verdaderos republicanos, y cuando nos acusan de realismo, es porque necesitan ese pretexto para desencadenar contra nosotros el furor de la multitud; es porque es mas fácil encontrar contra nosotros puñales que razones. En cada conjuracion hay por lo menos tres ó cuatro, porque cuando esté degollado todo el lado derecho, vendrá el duque de York á sentarse en el trono, y Orleans, que es quien se lo ha prometido, le asesinará; mas este será asesinado tambien por Marat, Danton y Robespierre, que le tienen hecha igual promesa, y los triunviros se repartirán la Francia, cubierta de cenizas y de sangre, hasta que el mas hábil de ellos, que será Danton, asesine á los otros dos y reine solo, primero con el título de dictador, y luego sin disfraz con el de rey. Ese es su plan, no lo dude vd., y yo lo he descubierto á fuerza de pensar en él, como todo lo prueba hasta la evidencia; observe vd. como todas las circunstancias se enlazan unas con otras, en términos de no haber un hecho siquiera de la revolucion que no forme parte y prueba de estas horribles tramas. Conozco que se admira vd., ¿y le quedará todavía alguna duda?—En efecto, le dije, estoy admirado, pero dígame vd. ¿hay muchos de su lado que piensen como vd. sobre todo esto? todos ó casi todos. Condorcet me ha puesto algunas veces ciertas objeciones; Sieyès habla poco con nosotros; Rabaut tiene otro plan distinto, que en ciertas cosas se acerca al mio, y en otras se aleja de él; pero todos los demas están tan seguros como yo de lo que acabo de decir, y todos conocen la necesidad de obrar prontamente y poner manos á la obra con el fin de evitar tantos crímenes y desgracias y no perder del todo el fruto de una revolucion que tanto nos ha costado. Hay individuos en el lado derecho, que no tienen mucha confianza en vd., pero yo que he sido su compañero y sé que es hombre de bien

y un amigo de la libertad, les he asegurado, que será vd. nuestro y nos ayudará con todos los recursos de su destino que estén á su disposicion. ¿Le queda á vd. alguna duda de todo lo que le he dicho acerca de esos iníquos?—Seria yo muy indigno, le repliqué, de la estimacion que vd. me manifiesta, si le dejase entender la persuasion de que tengo por cierto todo ese plan que vd. atribuye á sus enemigos. Cuantos mas hechos acumula vd. y mas hombres y cosas para tenerle por verosímil, menos me lo parece á mí. La mayor parte de los hechos de que vd. compone el tegido de ese plan, han tenido un objeto que no hay necesidad de recargar, y que se presenta por sí mismo, mientras que vd. les atribuye uno que lejos de ser así, es necesario fraguarle. Preciso es tener pruebas para apartarse de toda esplicacion natural, y otras nuevas pruebas para hacer adoptar la que vd. deduce naturalmente. Por ejemplo, todo el mundo cree que Lafayette y Orleans eran enemigos y que solo para libertar á Paris, la Francia y la Asamblea nacional de muchas inquietudes, se le instó, ó mas bien obligó á Orleans á alejarse algun tiempo de Francia, y así es menester demostrar, no con simple aserto sino con pruebas 1.º que no eran enemigos; 2.º que eran cómplices; 3.º que el viage de Orleans á Inglaterra tuvo por objeto la ejecucion de sus intrigas. Yo sé muy bien que con este medio rigurosamente lógico de raciocinar nos esponemos á dejar correr los crímenes y las desgracias sin descubrirlos ni contenerlos por medio de la prevision, pero tambien sé que entregándonos á nuestra imaginacion no se hace otra cosa que fundar sistemas sobre sucesos pasados y futuros; se pierden todos los medios de discernir y apreciar los acontecimientos actuales, y mientras se sueña en millares de atrocidades que ninguno piensa cometer, se quita la facultad de ver con certeza las que nos amenazan; y se obliga á los enemigos poco escrupulosos, á caer en la tentacion de cometerlas, cuando nunca hubieran pensado en ellas.

Yo no dudo que hay alrededor de nosotros muchos diversos, ya por el desencadenamiento de las pasiones, ya por que los pague el oro extranjero. Pero creedme que por mas odiosos que sean sus proyectos, no son tan vastos ni tan complicados, como los suponeis. Hay en estos muchos mas ladrones y asesinos que verdaderos conspiradores, como que entre estos últimos, solo se deben contar á los reyes de Europa y á las pasiones mismas de los republicanos. Para rechazar á aquellos, bastan y aun sobran nuestros ejércitos: pero para impedir que nos devoren nuestras propias pasiones, no hay mas que un solo medio, que es apresurarse á organizar un gobierno fuerte y que merezca confianza. Mas en el estado á que vuestras disputas reducen el gobierno actual, aunque estuviese compuesta una democracia de veinte y cinco millones de ángeles, no tardaria en ser presa de todas las disensiones del orgullo; seria necesario, como dice Juan Jacobo, veinte y cinco millones de dioses, y hasta ahora nadie ha discurrido que haya tantos. Creedme, amigo Salles, los hombres y las asambleas no están constituidos, de modo que en una parte haya solo dioses, y en otra demonios. Mientras haya hombres de opiniones opuestas, hasta los que son buenos tendrán pasiones malas, y entre los mismos malos, si se procura penetrar en sus almas con suavidad y paciencia, se verá que son susceptibles de impresiones rectas y buenas. En mí mismo he observado la prueba evidente é irrecusable de la mitad por lo menos de esta verdad; creo que soy bueno, y tan bueno seguramente como cualquiera de vosotros; pero cuando en lugar de refutar mis opiniones con lógica, y mi buena intencion, me las refutan con sospechas o con injurias, me siento inclinado á dejar á un lado el raciocinio y mirar si están bien cargadas mis pistolas. Dos veces me habeis hecho ministro, y en ambas os habeis conducido mal conmigo, en términos, que á no ser por los peligros que á todos nos rodean, hubiera dejado inmediatamente mi puesto; pero un hombre honra-

do no se retira la víspera de una batalla. Conozco que ésta no está lejos, y como sé que ambos partidos han de pronunciarse contra mí, por eso solo me resuelvo permanecer. Nunca dejaré de deciros cuanto mi corazón y mi conciencia me dicten, pero debeis tener entendido que no escucharé mas que á ellas, y no á las de ninguno otro hombre, cualquiera que sea; porque no he de haber pasado treinta años de mi vida en adquirir la verdadera luz que debe alumbrarme, para dejarme guiar luego por la linterna de los demás.

«Salles y yo nos separamos estrechándonos las manos y dándonos un abrazo, como cuando éramos compañeros en la Asamblea constituyente.»

Nota 54, página 344, tomo II.

«Las verdaderas intenciones de Robespierre respecto al 31 de mayo se descubren patentemente en los discursos que pronunció en los jacobinos, donde se hablaba con mucha mas libertad que en la Asamblea y donde se conspiraba abiertamente. Algunos extractos de lo que dijo en distintas épocas probarán el rumbo de las ideas relativas á la gran catástrofe del 31 de mayo y 2 de junio. Su primera indicacion se hallaba en el discurso que pronunció sobre los saqueos del mes de febrero.

(Sesion del 23 de febrero de 1793.

Robespierre: «Como he amado siempre la humanidad y nunca he pretendido adular á nadie, voy á decir la verdad. Esto es una asechanza contra los mismos patriotas, á quienes quieren perder los intrigantes, y el ánimo del pueblo siente una justa indignacion. En medio de las precauciones, y sin apoyo alguno he sostenido que el pueblo jamás se equivoca; me he atrevido á proclamar esta verdad en tiempos en que aun no se conocia, y los sucesos de la revolucion la han ido

desenvolviendo. El pueblo ha oído invocar la ley tantas veces á los que querían avasallarle, que no cree ya en este lenguaje. El pueblo sufre; no ha recogido aun el fruto de sus trabajos, y se vé perseguido todavía por los ricos, que son lo que siempre han sido, es decir, duros y desalmados: (*aplousos*). El pueblo vé la insolencia de los que le han vendido, vé la fortuna acumulada en sus manos, no conoce la necesidad de adoptar los medios para lograr su objeto, y cuando se le habla en el lenguaje de la razón, solo atiende á su indignación contra los ricos, y deja que le arrastren por equivocados rumbos los que se apoderan de su confianza para destruirlo!

«Dos causas existen: la primera la propensión natural del pueblo á buscar medios para aliviar su miseria, propensión natural y legítima en sí; el pueblo cree que á falta de leyes protectoras tiene derecho para atender á sus necesidades.

«La segunda causa son los pérfidos enemigos de la libertad, de los enemigos del pueblo, que están convencidos de que el único medio para entregarnos á las potencias extranjeras es alarmar al pueblo sobre su subsistencia y hacerle víctima de los excesos que cometa. Yo mismo he sido testigo de las asonadas. Al lado de honrados ciudadanos, hemos visto extranjeros y hombres opulentos disfrazados con el respetable vestido de descamisados. Hemos oído decir: nos prometían abundancia así que muriese el rey, y somos mas infelices desde que el pobre monarca no existe. Hemos oído declamar, no contra la parte intrigante y contrarrevolucionaria de la Convención, que se sienta donde se sentaban los aristócratas de la Asamblea constituyente, sino contra la Montaña, contra la diputación de París y contra los jacobinos, á quienes pintaban como ladrones.

«Yo no os digo que el pueblo sea criminal, ni que su insurrección sea un atentado: pero cuando se subleva el pueblo, ¿no debe ser por un objeto digno de

él? ¿ha de ocuparse en frívolas mercancías? No se ha aprovechado de ellas, pues los pilones de azúcar han ido á parar á manos de los lacayos de la aristocracia; y aun suponiendo que se haya aprovechado de ellos ¿cuántos inconvenientes no pueden resultar de tan pequeña ventaja? Nuestros enemigos quieren intimidar á todo el que tiene alguna propiedad y tratan de persuadir que nuestro sistema de libertad é igualdad es destructor de toda seguridad y orden.

«El pueblo debe sublevarse, no para coger azúcar, sino para aterrar á los foragidos: (*aplousos*). ¿Será preciso recordaros vuestros pasados riesgos? Pensásteis ser víctima de los prusianos y austriacos; habia una transacción; y los que entonces traficaban con vuestra libertad son los que han movido los actuales disturbios. Yo aseguro ante los amigos de la libertad y de la igualdad, y á la faz de la nación, que en el mes de setiembre, despues de los sucesos del 10 de agosto, se acordó en París que los prusianos entrasen sin obstáculo en esta capital.»

(Sesion del miércoles 8 de mayo de 1793.)

Robespierre: «Tenemos que combatir la guerra exterior y doméstica. Los enemigos interiores alimentan la guerra civil y el ejército de la Vendée, el de la Bretaña y el de Coblenza se dirigen contra París, ciudadel de la libertad. Pueblo de París, los tiranos se arman contra tí, porque eres la parte mas apreciable de la humanidad; las grandes potencias europeas se levantan contra tí, y todos los hombres corrompidos que en Francia existen, secundan sus esfuerzos.

«Una vez que ya conoces este vasto plan de tus enemigos, fácilmente puedes adivinar cuál es el medio de defenderte. Yo no te diria este secreto, porque ya lo he manifestado en el seno de la Convención.

«Pero voy á revelártelo; y si fuese posible que se considerase como un crimen este deber del represen-

lante de un pueblo libre, sabré arrostrar todos los riesgos para confundir á los tiranos y salvar la libertad.

«He dicho esta mañana en la Convencion que los partidarios de París saldrían á recibir á los malvados de la Vendée, que irían convocando al paso á todos sus hermanos de los departamentos, y que esterminarían á todos, si, á todos los rebeldes á un mismo tiempo.

«He dicho que era menester se sublevasen todos los patriotas del interior y redujesen á la impotencia de hacer daño á los aristócratas de la Vendée y á los aristócratas cubiertos con la máscara de patriotismo.

«He dicho que los sublevados de la Vendée tenían un ejército en París; que el pueblo generoso y grande, que cinco años há soporta el peso de la revolucion, debía tomar las precauciones necesarias para que no se entregasen nuestras esposas é hijos al cuchillo contrarrevolucionario de los enemigos que encierra París en su seno. Nadie se ha atrevido á desmentir este principio. Estas medidas son de una necesidad urgente é imperiosa. ¡Patriotas! volad al encuentro de los foragidos de la Vendée.

«Son temibles porque se habia tomado la precaucion de desarmar al pueblo. Es menester que París envíe legiones republicanas; mas cuando hagamos temblar á nuestros enemigos interiores, no conviene que queden espuestas nuestras mugeres é hijos al furor de la aristocracia. He propuesto dos medios: el primero que París envíe legiones suficientes para esterminar á todos los malvados que se han atrevido á levantar el estandarte de la revolucion. He pedido que se desterrase á todos los aristócratas, fuldenses y moderados, de las secciones que han infestado con su impuro aliento. He pedido que se encarcelsese á todos los ciudadanos sospechosos.

«He pedido que la cualidad de ciudadano sospechoso no fuese simplemente limitada á la de antiguo noble, procurador, rentista, ó comerciante, sino que

todos los ciudadanos que hubiesen dado prueba de falta de civismo fuesen encarcelados hasta la conclusion de la guerra, y que tomemos una actitud imponente en presencia de nuestros enemigos.

«He dicho que era menester facilitar al pueblo medios para asistir á las sesiones sin que se perjudicase á su existencia, y que la Convencion decretase al efecto que á todo artesano que vive de su trabajo se le diese un sueldo mientras tuviese que estar sobre las armas para proteger la tranquilidad de París. He pedido que se destinasen los millones necesarios para fabricar armas y picas para armar á todos los descamisados de París.

«He pedido que se colocasen en las plazas públicas fábricas y fraguas para que todos los ciudadanos fuesen testigos de la fidelidad y actividad de los trabajos. He pedido que el pueblo destituyese á los funcionarios públicos.

«He propuesto que se dejara de poner trabas á la municipalidad y departamento de París, que tiene la confianza del pueblo.

«He pedido que los facciosos que hay en la Convencion dejasen de calumniar al pueblo de París, y que los periodistas que estravian la opinion pública fuesen reducidos al silencio. Todas estas disposiciones son necesarias, y por último, he aquí el recibo de la deuda que he contraido con el pueblo.

«He pedido que el pueblo haga un esfuerzo para esterminar á los aristócratas que existen en todas partes. (Aplausos.)

«He pedido que exista un ejército en el seno de París, no como el de Dumouriez, sino un ejército popular que esté constantemente sobre las armas para aterrar á los fuldenses y moderados. Este ejército debe componerse de descamisados pagados; pido que se destinen los millones suficientes para el armamento de los artesanos y de todos los buenos patriotas; que ocupen estos todos los puestos y que su imponente magestad haga palidecer á los aristócratas.

«Pido que desde mañana se establezcan fraguas en todas las plazas públicas donde se fabriquen armas para el pueblo. Pido que el consejo ejecutivo se encargue del cumplimiento de estas disposiciones bajo su responsabilidad; y si hay algunos que se resistan, ó favorezcan á los enemigos de la libertad, sean espulsados desde mañana mismo.

«Pido que las autoridades constituidas cuiden de la ejecución de estas providencias, y que no olviden que son los mandatarios de una ciudad, baluarte de la libertad, cuya existencia hace imposible la contra-revolucion.

«En estos momentos de crisis el deber impone á todos los patriotas que salven la patria por los mas rigurosos medios: si consentis que se deguelle poco á poco á los patriotas, desaparecerá la virtud de la tierra; vosotros debéis ver si queréis salvar al género humano.

(Todos se levantan á un mismo tiempo y gritan agitando sus sombreros: *si, si, queremos!*)

«Todos los malvados del mundo han fraguado sus planes y todos los defensores de la libertad están destinados para víctimas.

«Por eso se trata de vuestra gloria y felicidad, y por este motivo os estímulo á que veleis por la salvación de la patria. Creeréis acaso que es menester sublevaros y tomar el carácter de insurreccion: pero lejos de eso debemos esterminar á todos nuestros enemigos con la ley en la mano.

«Es una insigne imprudencia de vuestros mandatarios haber querido separar al pueblo de París de los departamentos, al pueblo de las tribunas del pueblo de París, como si tuviésemos nosotros la culpa, despues de haber hecho todos los sacrificios inimaginables para estender nuestras tribunas por todo el pueblo de París. A este pueblo es á quien yo me dirijo, y si todo él pudiera encontrarse en este recinto, me oiria defender su causa contra Brissot y Barbaroux, y no dudo que se pondria de mi parte.

«Ciudadanos, se aumentan los peligros, y se oponen los ejércitos extranjeros reunidos á los sublevados del interior, ¿mas que pueden sus esfuerzos contra millones de intrépidos descamisados? Y si seguís la máxima de que un hombre libre vale por cien esclavos, debéis calcular que vuestra fuerza es superior á todo poder.

«Teneis en las leyes todo lo necesario para esterminar legalmente á nuestros enemigos. Hay aristócratas en las secciones: espulsadlos. Teneis que salvar la libertad: proclamad los derechos de la libertad y emplead toda vuestra energia. Teneis un inmenso pueblo de descamisados puros y vigorosos que no pueden dejar sus trabajos: haced que les paguen los ricos. Teneis una Convencion nacional, y si bien es posible que todos sus individuos no amen igualmente la libertad y la igualdad, la mayor parte están decididos á sostener los derechos del pueblo y salvar la república, y los miembros podridos de la Convencion no impedirán que el pueblo combata contra los aristócratas.

¿Creéis acaso que la Montaña de la Convencion no tendrá bastante fuerza para contener á todos los partidarios de Dumouriez, de Orleans y Coburgo? Es imposible que lo creáis así.

«Si la libertad sucumbe no será por culpa de los mandatarios, sino por la del soberano. Pueblo, no olvides que tu destino está en tus manos; tú debes salvar á París y á la humanidad; sino lo haces serás culpable.

«La Montaña necesita al pueblo, y el pueblo se apoya en la Montaña. Procuran intimidarnos de mil modos, y pretenden hacernos creer que los departamentos meridionales son los enemigos de los jacobinos, pero yo os declaro que Marsella es eterna amiga de la Montaña, y que los patriotas de Lyon han conseguido una completa victoria.»

•En resumen pido: primero. Que las secciones levanten un ejército suficiente para formar el núcleo de un ejército revolucionario, que arrastre tras sí á todos los descamisados de los departamentos para exterminar á los rebeldes: 2.º Que se levante en París otro ejército de los mismos para contener á la aristocracia: 3.º Que los intrigantes peligrosos y todos los aristócratas sean arrestados; que sean pagados los descamisados á costa del tesoro público, el cual han de alimentar los ricos, y que esta providencia sea extensiva á toda la república.

«Pido que se establezcan fraguas en todas las plazas públicas.

«Que el Ayuntamiento de París anime con todo su poder el celo revolucionario de su pueblo.

•Que el tribunal revolucionario cumpla con su obligación castigando á todos los que en estos últimos dias han blasfemado contra la república.

«Que este tribunal no tarde en imponer un castigo egemplar á ciertos generales cogidos in fraganti y que deben ser juzgados.

•Pido que las secciones de París se reúnan al Ayuntamiento y que contrapongan su influjo al de los escritos pífidos de los periodistas pagados por las potencias estrangeras.

•Si tomáis todas estas medidas sin dar ningun protesto para que digan que habeis violado las leyes, dareis impulso á los departamentos, que se unirán con vosotros para salvar la libertad.

(Sesion del domingo 12 de mayo de 1793.)

Robespierre: «No puedo concebir como en momentos tan críticos se presentan algunos á hacer proposiciones que comprometan á los amigos de la libertad, al paso que nadie apoya las que tienden á salvar la república. Hasta que me prueben que no es necesario armar á los descamisados, que no es bueno pagarlos para que den las guardias y conserven la tranquilidad

de París; hasta que me prueben que no es bueno convertir nuestras plazas en talleres para fabricar armas, creeré y diré que los que prescindien de estas medidas y os proponen otras parciales, por muy violentas que sean, os diré que semejantes hombres nada entienden respecto á medios para salvar la patria, porque hasta despues de haber agotado todos los recursos que no comprometen á la sociedad, no se debe apelar á medios estremados, y estos tampoco deben proponerse en una sociedad cuerda y política. No se salva la patria con acaloramientos pasajeros cuando tenemos por enemigos los hombres mas astutos, que tienen á su disposicion todos los tesoros de la república.

«Las medidas que se han propuesto no producen ni pueden producir resultado alguno; solo han servido para dar fundamento á la calumnia, y argumento á los periodistas para pintarnos con los mas negros colores.

«Cuando se desechan los primeros medios que la razon ofrece y sin los cuales no puede lograrse la salvacion pública, es evidente que se va descaminado. No diré mas, pero declaro que protesto contra todos los medios, útiles solo para comprometer la sociedad sin contribuir á la salvacion pública. Esta es mi profesion de fe: el pueblo se verá siempre en estado de derribar la aristocracia, y hasta que la sociedad no incurra en un grande desacierto.

«Cuando veo que se trata de crear inutilmente enemigos á la sociedad y de alentar á los malvados que quieren destruirla, me inclinó á creer que hay en ello ignorancia ó mala intencion.

«Propongo á la sociedad que se limite á las providencias que la he indicado, y no puedo menos de mirar como muy culpables á los que no las mandan ejecutar. ¿Qué razon hay para oponerse á estas medidas? ¿Es posible, que haya quien desconozca su necesidad? y si se conoce porque se titubea en apoyarlas y hacer que se adopten?; yo propondré á la sociedad que

oiga una discusión sobre los principios de constitucion que se preparan á la Francia, porque conviene abarcar todos los planes de nuestros enemigos. Si la sociedad puede demostrar el maquiavelismo de ellos, no habrá perdido el tiempo. Pido, pues, que dejando proposiciones intempestivas me permita la sociedad leer mi trabajo sobre la constitucion.»

(Sesion del domingo 26 de mayo de 1793.)

Robespierre: «Os decia que el pueblo debe estar seguro de su fuerza; pero cuando vive oprimido y cuando no tiene á quien volver los ojos, será un cobarde el que no le diga que se levante, porque cuando se violan las leyes, cuando el despotismo está en toda su fuerza, y cuando se atropella la buena fé y el pudor, debe el pueblo sublevarse. Este momento ha llegado: nuestros enemigos oprimen manifestamente á los patriotas y pretenden en nombre de la ley sumir al pueblo en la miseria y esclavitud. Yo no seré jamás amigo de esos hombres corrompidos, aunque me ofrezcan los mayores tesoros, porque prefiero morir con republicanos á triunfar con malvados. (Aplausos.)

«Únicamente concibo de dos modos la existencia de un pueblo: ó gobernándose por sí mismo, ó confiando este cuidado á sus delegados. Nosotros, diputados republicanos, queremos establecer el gobierno del pueblo por sus elegidos con responsabilidad, y á estos principios se dirigen nuestras opiniones, pero las mas veces no quieren entendernos. Una rápida seña hecha por el presidente nos priva del derecho de votacion. Creo que se atropella la soberanía del pueblo cuando sus delegados ceden á favoritos los puestos que corresponden al pueblo. Segun estos principios, veo con sentimiento....»

«Interrumpe al orador la llegada de una diputacion (alboroto). «Voy, dice Robespierre, á seguir ha-

blando, no para los que me interrumpen, sino para los republicanos.

«Encargo á todos los ciudadanos que conserven el conocimiento de sus derechos, y les invito á que cuenten con su poder y con el de toda la nacion; invito al pueblo á que se subleve en la Convencion nacional contra todos los diputados corrompidos (aplausos); y declaro que habiendo recibido del pueblo la facultad para defender sus derechos, miro como tirano al que me interrumpe y me niega la palabra, y que yo solo me declaro en sublevacion contra el presidente y contra todos los individuos que se sientan en la Convencion: (aplausos). Cuando se afecta un criminal desprecio hácia los descamisados, declaro que me sublevo contra los diputados corrompidos, é invito á todos los diputados montañeses á unirse y combatir contra la aristocracia, concluyendo por decir que no tienen mas que una alternativa: ó resistir con todas sus fuerzas y poder á los esfuerzos de los intrigantes, ó presentar su dimision.

«El pueblo francés debe conocer al mismo tiempo sus derechos, porque los diputados fieles nada pueden hacer si no hablan.

«Si la traicion llama á los enemigos estrangeros al seno de la Francia; si cuando nuestros artilleros tienen en su mano el rayo que ha de exterminar á los tiranos y á sus satélites, vemos que se aproxima el enemigo á nuestros muros, entonces declaro que yo mismo castigaré á los traidores, y juro mirar á todo conspirador como enemigo mio, y tratarlo como tal.» (Aplausos.)

Francisco Becerra

INDICE.

PÁGS.

CAPITULO I. Expedicion de Egipto. Salida de Tolon; llegada á Malta; conquista de esta isla.—Salida para Egipto; desembarco en Alejandria; ocupacion de esta plaza.—Marcha contra el Cairo; combate de Chebreiss.—Batalla de las Pirámides; ocupacion del Cairo.—Trabajos administrativos de Bonaparte en Egipto; establecimiento de la nueva colonia.—Batalla naval de Abukir; destruccion de la escuadra francesa por los ingleses

5

CAP. II. Efectos de la expedicion de Egipto en Europa. Funestas consecuencias de la batalla naval de Abukir.—Hace la Puerta la declaracion de guerra.—Esfuerzos de la Inglaterra para formar otra nueva coalicion.—Conferencias en Selz con el Austria. Progresos de las negociaciones de Rastad.—Nuevas conmociones en Holanda, en Suiza y en las repúblicas italianas.—Variacion de la constitucion cisalpina; apuros del Directorio con este motivo.—Situacion interior.—Nueva oposicion que se declara en los consejos.—Propension general á la guerra.—Ley sobre la conscripcion.—Estado económico del año VII.—Renuevanse las hostilidades.—Invasion en los estados romanos por el ejército napolitano.—Conquista del reino de Nápoles por el general Champion-

net.—Abdicacion del rey de Piamonte. 54

CAP. III. Estado de la administracion de la república y de los ejércitos á principios de 1799.—Preparativos militares. Leva de doscientos mil conscriptos. Medios y planes de guerra del Directorio y de las potencias coligadas.—Declaracion de guerra al Austria. Apertura de la campaña de 1799. Invasion de los grisones. Combate de Pfullendorf. Batalla de Stockach. Retirada de Jourdan. Operaciones militares en Italia. Batalla de Magnano; retirada de Scherer.—Asesinato de los plenipotenciarios franceses en Rastad.—Efectos de nuestros primeros reveses. Acusaciones frecuentes contra el Directorio.—Elecciones del año VII.—Se nombra director á Sieyes en reemplazo de Rewell 103

CAP. IV. Continuacion de la campaña de 1799; reune Massena el mando de los ejércitos de Helvecia y el Danubio, y ocupa la linea del Limmat.—Llegada de Suwarow á Italia.—Scherer cede el mando á Moreau.—Batalla de Cassano.—Retirada de Moreau al otro lado del Pó y el Apenino.—Intentos de unirse con el ejército de Nápoles; batalla del Trebbia.—Liga de todos los partidos contra el Directorio.—Revolucion del 30 de pradiel.—Salen del Directorio Larevelliere y Merlin. 160

CAP. V. Formacion del nuevo Directorio.—Moulins y Rogerio Ducos sustituyen á Larevelliere y Merlin.—Mudanzas en el Directorio.—Leva de todas las clases de conscriptos.—Empréstito forzoso de cien millones.—Ley de los rehenes.—Nuevos planes militares.—Empiezan de nuevo las operaciones en Italia; Jouvett general en jefe; batalla de Novi, muerte de Joubert.—Desembarco de los anglo-rusos en Holanda.—Nuevos alborotos en

el interior; desenfreno de los patriotas; arresto de once periodistas.—Destitucion de Bernardotte; proposicion de declarar la patria en peligro.	202
CAP. VI. Continúan las operaciones de Bonaparte en Egipto.—Conquista del alto Egipto por Desaix; batalla de Sediman.—Espedicion de Siria; toma del fuerte de El-Arisch y de Jaffa; batalla del monte Tabor; sitio de San Juan de Acre.—Vuelta á Egipto; batalla de Abukir.—Viage de Bonaparte á Francia. Operaciones en Europa. El archiduque Carlos marcha hacia el Rin, y Suwarow á Suiza; movimiento de Massena; memorable victoria de Zurich; peligrosa situacion de Suwarow; su desastrosa retirada; sálvase la Francia.—Acontecimientos de Holanda; derrota y capitulacion de los anglo rusos; evacuacion de la Holanda. Fin de la campaña de 1799. . . .	241
CAP. VII. Regreso de Bonaparte; su desembarco en Frejus; entusiasmo que inspira su presencia.—Comocion de todos los partidos á su llegada.—Únese con Sieyes para derribar la constitucion directorial.—Preparativos y jornada del 18 de brumario.—Destruccion de la constitucion del año III; institucion del consulado provisional.—Fin de esta historia.	280
Notas y documentos justificativos. . . . , .	327